· De la autora superventas ·

Angy Skay

El caballo que venció

Trilogía Arcadiy vol.3





El caballo que venció

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

www.editoriallxl.com
04240, Almería (España) Primera edición: enero 2024
Composición: Entre Libros Editorial ISBN: 978-84-19660-38-1

el caballo que venció

vol.3

Angy Skay



La vida es el libro de los hechos, no de los intentos.
Daniel Habif

El camino no está en el cielo; el camino está en el corazón.

Buda

ÍNDICE

1

Hoy no

Arcadiy Bravo

Apreté la mandíbula con tanta intensidad debajo del puto dragón que a punto estuve de partírmela. Los movimientos nos desestabilizaron demasiado, lo que provocó que casi nos llevásemos a la mitad de los invitados por delante. El barullo de los gritos de asombro, seguido de las risas histéricas de otros, nos removió.

No había manera de escuchar lo que sucedía por las voces de Natsuki; unas que estaban ocasionándome temblores en las manos y unos nervios en el pecho que adiviné al instante que iban a convertirse en una dura ansiedad.

—¡No os entiendo! —vociferó Alessandro con sobresfuerzo, guiando el dragón a su sitio.

Nos habíamos enterado a la perfección de que había hombres de Haiden apuntándonos desde fuera, pero no sabíamos cuántos. El tema de Magome era el que menos me preocupaba, porque nosotros sí habíamos contado con el factor sorpresa y con los posibles cabos sueltos de Iwao. La sencilla razón era que Haiden ya poseía la cabeza de su hermano, pues la había recibido esa misma noche, antes de la fiesta. Yo ya estaba allí cuando eso ocurrió. Sus gritos habían resonado por todo el edificio donde vivía, unas manzanas más alejados del rascacielos de la fiesta.

Elevé las manos con los dos palos de madera y los ojos de Alessandro se encontraron con los míos. Entremedias, una gran estructura mecánica sostenía los movimientos sincronizados del dragón. Un breve asentimiento bastó para que nos entendiésemos.

Solté el palo e introduje la mano derecha en el interior del feo traje, donde llevaba un cinturón hasta arriba de armas, y saqué una recortada que había puesto a buen recaudo en uno de mis costados. Entretanto, Alessandro colaba la mano izquierda por lo alto de su cabeza y comenzaba a deslizar un rifle sin

cargar. Lo había llevado durante todo el tiempo escondido e iba más recto que un palo. Lo armó en un segundo y volví a cabecear en señal afirmativa.

—A la de tres —vocalicé para que me entendiese.

Al otro lado, las voces de Natsuki eran cada vez más sonoras, acompañadas de unos golpes que me aseguraban que estaba peleando como la fiera que era.

—¡Estoy bajando las escaleras! —conseguimos escuchar a Claudio en medio de un silencio que no me gustó.

Recé para que ese silencio se debiese a que Natsuki lo había hecho aposta para que pudiésemos localizarnos. O que lo hubiese matado, que también me valdría.

Me equivoqué, porque lo escuché con claridad decir:

—Voy a hacerte tanto daño que vas a llorar hasta que amanezca, *sukoshi*.

Si el rostro de Alessandro se ensombreció, no quise ni imaginar cuál era el estado del mío. Le enseñé tres dedos de la mano derecha, indicándole el lado hacia el que debía lanzar el dragón. No hice una cuenta regresiva lenta, porque mis piernas me pidieron a gritos salir corriendo, y mientras mis dedos bajaban, mis pies dieron dos zapatazos para deshacerse de los *geta*[1].

Un disparo que no esperaba retumbó en la sala de la derecha cuando grité:

—¡¡¡Ahora!!!

El dragón salió disparado, elevé el cañón de la recortada y disparé al hombre que ya apretaba el gatillo en mi dirección. Falló, pero yo no lo hice y sus sesos saltaron por los aires.

—¡Ve a por ella! ¡Ve a por la *ragazza*[2]! —se exasperó Angelo, para mi sorpresa, pues era quien había disparado sin avisar.

Alessandro se enfrentó al tipo que estaba a su costado, la gente gritaba y corría despavorida por la sala, e incluso algunos de los allí presentes sacaban sus armas para defenderse. No podíamos olvidar qué tipo de invitados había en la fiesta.

—¡Esto va a ser una carnicería! —añadió Claudio, dando un salto desde la mitad de las escaleras. Contuve el aire porque creí que se partiría la crisma.

Corrí.

Corrí intentando no patinar con los calcetines, saltando los cuerpos de las personas que estaban muertas, las que se habían caído y apartando de mi camino a las que todavía quedaban en pie, tratando de huir de la reyerta que habíamos organizado. Fui consciente entonces de que Natsuki no nos había dado un margen, sino que se había quitado directamente el pinganillo.

—¡Se lo ha quitado! Repito, ¡se lo ha quitado! —Ese fue Piero, más alterado de lo que acostumbraba a ver.

Un gorila me interceptó a mitad de camino, pero yo no contaba con tiempo suficiente como para perderlo en un cuerpo a cuerpo, así que elevé la recortada y disparé una sola vez, dándole en el centro del pecho. Seguí la estela de los pasos que habíamos marcado en dirección al despacho y allí me encontré a cuatro tipos como armarios empotrados salvaguardando la puerta.

—¡Me cago en la puta! —bramé.

No tuve tiempo de reflexionar, pues me escondí detrás de la pared que daba a ese pasillo cuando dispararon sin piedad. Angelo llegó a mi lado de inmediato y asomó la cabeza, y casi le despeinan el flequillo si no llega a ser porque lo apresé de la camisa y lo empujé hacia atrás.

—La japo está dando patadas voladoras. Ha conseguido soltarse del cabrón, pero pelea igual que ella —nos informó Enzo desde el dispositivo que nos conectaba—. Arcadiy, date prisa.

El corazón me latía con mucha fuerza, e intenté por todos los medios calmarme antes de que me diese un ataque de ansiedad. Cerré los ojos un segundo, pensando en la manera de meterme en el pasillo sin ser carne de la pólvora de aquellos tipos, pero lo tenía excesivamente complicado, ya que la recortada solo estaba bien para cuando tu enemigo se encontraba cerca. Miré a mi alrededor, buscando la manera de protegerme para correr hacia allí, y...

—¡¡¡Amigos!!! —escuché al otro lado. ¿Cuándo se había ido Angelo al otro extremo y cómo había llegado tan rápido?—. No es necesario que nos pongamos agresivos, ¿a que no, señor Yoshida?

El hijo de la gran puta había cogido al traficante de armas como rehén y mantenía su pistola firmemente encañonada en el cuello de Goro. Su pérfida sonrisa me demostró que estaba como una regadera.

—¡Maldito italiano! ¡¿A qué estáis esperando?! —bramó el japonés, dueño y señor de la fiesta, con las manos en alto.

«Ahora».

Salí a pecho descubierto con la recortada en alto y les disparé a dos de ellos mientras corría a la puerta del despacho del hombre a quien Angelo apuntaba. Un disparo me rozó la camiseta por el hombro izquierdo y la sangre comenzó a salir. No frené. Elevé el cañón, y justo cuando iba a disparar, una nueva bala pasó por mi derecha y se incrustó en la frente de otro. Angelo aprovechó el despiste del último y desvió su arma hacia él, pues estaba más próximo, y lo aniquiló.

Llegué a la puerta, que se encontraba cerrada desde dentro. Di un golpe en seco, ya que a través del pinganillo escuchaba demasiado jaleo, y en su mayoría eran voces italianas que gritaban, insultaban y yo qué sabía más. Alguien hizo un ruido muy estridente al otro lado, como si le hubiese

arrancado de las manos a Enzo el micro con el que nos comunicábamos.

—¡Abre la puta puerta ya! —reconocí a Tiziano.

—¡Un segundo, coño! —vociferó Enzo.

Yo le di una patada por la impotencia que sentía, emoción que empeoró cuando escuché al capo de la mafia siciliana decirme:

—Arcadiy, por todos tus muertos, ¡raja a ese cabrón como si fuese un cochino!

En la siguiente patada creí que me había partido la pierna, hecho que pasó a segundo plano porque fue justo el instante en el que Enzo desactivó el bloqueo y entré en tropel. Los ojos de Haiden se giraron hacia mí con poco asombro. Golpeó a Natsuki contra la mesa, dándome a entender quién mandaba allí.

La tenía acorralada de nuevo, ahora en el otro extremo, ya que, hasta donde había escuchado a Enzo cuando retransmitía, la había atrapado frente a la ventana por la que había dejado saltar a Hana. Ese gesto decía mucho de mi tigresa, porque perfectamente podría haberse llevado la placa base y haber saltado, dejando como cebo a la madre del capullo arrogante que me miraba con desdén.

—Suéltala —le ordené.

No me quedaban balas en la recortada, pero tenía muchas bazas más para rajarle el cuello, aunque aquel no fuese el plan. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja y la abrió para que viese adónde se dirigía.

—¿O qué? Extranjero de mierda. Es *mi* mujer —me espetó con prepotencia.

Miré a Natsuki, que mantenía la respiración agitada y el temple habitual en ella, pese a estar retenida por la mano de Haiden, quien le presionaba la cabeza contra la mesa. Mi tigresa fue deslizando las manos con disimulo y me alegré de que las tuviese sueltas. Había conseguido lo que quería: llamar la atención del gilipollas, quien tenía una herida con sangre en la boca y el labio partido. No pensaba marcharme de allí hasta darle la tunda de su vida.

Me fijé en sus pantalones desabrochados; contuve los instintos asesinos que casi me destrozaron e inmediatamente desvié la mirada al vestido destartalado de Natsuki, ya que ella no llevaba debajo los pantalones ajustados como Hana.

—Te equivocas, mamonazo de mierda. —No quiso mostrar la confusión, pero yo la vi, y entendí sin palabras que ataba cabos muy rápido—. Es *mi* mujer. Mía.

La japonesa le lanzó una patada voladora en medio de su entrepierna, se giró como si fuese una goma en la mesa y arremetió por segunda vez con las

piernas sobre los brazos de él, separándolo. A Haiden se le cayó la navaja al suelo por culpa de uno de los golpes, lo que le dio la ventaja suficiente a Natsuki para llegar hasta mí.

—¡¡Vámonos!! —solicitó, corriendo en mi dirección.

Avancé con decisión, escuchando la advertencia de Claudio a mi espalda:

—Arcadiy...

Apreté la mandíbula y los puños.

Haiden me miró retador, tocándose el interior de la mejilla con la lengua, pues había recibido un impacto de la pierna de Natsuki. Ella llegó a mis brazos, a una distancia prudencial de él. La arropé con mis manos de manera muy breve, besé su frente con cariño y le ordené:

—Sal de aquí. —No la miré. No podía, o me habría marchado con su súplica muda. Me dirigí a los italianos—: Lleváosla fuera. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—¿Qué...? —musitó atónita. Alessandro entró cuando me separé de ella poco a poco—. ¡No! ¡No! ¡Arcadiy, no!

—¿Te has casado con este miserable? —Me señaló con desdén—. Eso no es posible. *Nosotros* estamos casados. —Rio como una hiena—. Te recuerdo que si has deshonrado a tu familia, tu padre te matará con sus propias manos, mi pequeña.

«Pequeños, sus muertos». Solo yo sabía lo que intenté contenerme. Sabía que lo correcto era darse la vuelta y salir de allí antes de que acudiese la policía, pues en el ático los gritos continuaban, y los disparos también.

—Japo, tenemos que irnos ya —la urgió Alessandro.

—¡Arcadiy, por favor, no! ¡Arcadiy! —la oí a lo lejos. Nadie contestó al Haiden de los huevos—. ¡Claudio, bájame! ¡Claudio!

Intuí por sus voces que se la había echado al hombro, tal y como le había pedido un momento antes de entrar. Si la situación se complicaba, lo importante era sacarla a ella de allí y, por supuesto, valorar los daños en Magome, si es que los había.

Me quedaban cinco zancadas para estar tan cerca que podría matarlo de un solo cabezazo, sin embargo, me detuve para mirarlo fijamente, para que viera a quién se enfrentaría, porque iba a acordarse de mí hasta el último segundo que respirase.

—Me consta que has recibido un regalo esta tarde. ¿Te ha gustado? —inquirí dañino.

La perplejidad no solo pude apreciarla en sus ojos, sino también en sus puños apretados a ambos lados de su cuerpo. Le había dolido, y eso me llenaba de orgullo.

—Reviiiéééntalo. —Pude visualizar el gesto de Tiziano en mi cabeza al decirme aquello, porque le chirriaron hasta los dientes.

—Tú... —escupió.

—Si llego a saber que te duele tanto, te habría mandado su cuerpo descuartizado.

Ese fue el impulso que le bastó para que se lanzase como un tigre hacia mí. No demoré en acortar la distancia que nos separaba: de una sola zancada llegué a él, puño en alto. La primera me dio en las narices, pues consiguió esquivar mi puñetazo y su mano impactó abierta en el centro de mi tabique. Gruñí, me giré y detuve una patada voladora que salió de la derecha.

El fiera se propuso golpearme como si fuese una jodida locomotora, y a mí las ansias por hacerlo papilla me pudieron. Frené algunos ataques, pero me llevé bastantes leñazos. Cuando encontré un punto débil que no había protegido en esos diez envites que me había lanzado con las manos y piernas a la vez, le clavé el puño derecho con garra en un costado.

—¡Puto japonés de mierda! ¡Voy a reventarte la cabeza!

Frené su pierna cuando se movió hacia atrás con una táctica increíble, la sostuve con mis manos y tiré de ella hasta que la estampé contra la pared, escuchando un crujido que sonó a roto.

—¡Y yo voy a matarte para que no vuelvas a tocar a mi mujer! —bramó como un becerro.

Eso desató a la bestia que llevaba dentro, pues no sé ni cómo fui capaz de alcanzar su cabeza, ya que estaba machacándome las costillas a golpes. Eran fuertes, implacables y duros, aunque debía admitir que todavía no había visto lo que era verse los sesos espachurrados. Y yo quería darle un avance.

Así fue, entre gritos e insultos, cómo lo llevé a mi manera hasta la mesa del escritorio. Me coloqué detrás de él y aplasté su cabeza, tal y como se la había dejado a Natsuki minutos antes.

—¿Te recuerda esto a algo que le hayas hecho a alguien? —Pum—. Dime, Haiden, ¿te acuerdas? —Pum. Pum. Pum.

Trató de darme una patada, sin embargo, me había asegurado de atraparle las piernas en una sencilla llave de la que no podía escaparse si yo no quería. Le tenía la mano izquierda aplastada con la mía, retorciéndole el brazo e inmovilizándoselo. Mi derecha continuaba dando golpes secos y muy fuertes en su frente, mientras que la suya libre intentaba zafarse por todos los medios.

Deseaba, ansiaba, abrirle la cabeza con las manos, pero no quería que fuese así. Necesitaba golpearlo hasta que me sangrasen los nudillos, hasta que me quedase sin voz de tanto faltarle al respeto, hasta que...

—Lo mejor es que me la he follado tantas veces de esa manera que no

podrías hacer un cálculo en tu reducido cerebro, *asesino*.

Rio, con los dientes manchados de sangre debido a los golpes, y aquellas palabras fueron el detonante para que lo soltase y para que mi mente se detuviese. Di tres pasos hacia atrás, esperando a que se girara.

El muy condenado se lamió la sangre de la comisura de los labios, sin dejar de mirarme, sin dejar de retarme.

—Me encanta verla llorar —murmuró ido—. Me encanta cómo se calla cuando la violo...

Los dientes me rechinaron.

El grito de guerra que di no fue común.

Y la avalancha de golpes con la que lo avasallé tampoco.

Ese fue mi problema, pues me encontraba tan fijo en sus malignos ojos que no vi que había cogido un pisapapeles con un enorme punzón, y en la primera arremetida de trompazos me lo clavó en el costado. Gruñí como un animal herido y me aparté, no sin antes darle una buena somanta de hostias que provocaron que se tambalease y se quedase con los brazos en cruz sobre la mesa.

Miré hacia abajo, vi la herida y no dudé en tirar de la base de madera hasta sacarlo.

—¡Aaahrrrg! —siseé de dolor. Creí que había perdido el pinganillo, porque no escuchaba nada.

—Bufón de mierda... —Se incorporó con dificultad—. Me encargaré de que supliques clemencia... Tú no sabes quién soy yo...

Lo sujeté de la camisa destrozada y lo alcé para tenerlo en la posición necesaria. ¡¡Pum!! Le di un severo puñetazo que le saltó un diente.

—Tranquilo, no quiero saberlo ni voy a darte tiempo para que me lo expliques.

—Te interesaría mucho saber que no permitiré que te quedes con ella.

—Eres un tarado de mucho cuidado —bisbiseé con inquina.

Trasteé en el interior de mi traje hasta dar con la pistola. Cuando iba a sacarla, encontré la pegatina que teníamos por pinganillo en el borde de mi fajín. Haiden ya se levantaba e intentó darme una patada, la cual esquivé colocándome a la vez el aparato diminuto.

—¡Sal! ¡Sal! ¡Arcadiy! ¡La poli! ¡La pooolíii! —gritaba alguien a pleno pulmón.

Haiden terminó de incorporarse como si todavía le quedasen fuerzas para pelear.

—¡Ella es mía! ¡¡¡Siempre será mía!!!

Su tono me sonó obsesivo. De los que asustaban. De los que indicaban que

miserables como aquel no podían vivir sin una persona, pese a hacerles mucho daño. ¿Se podía ser peor monstruo?

—Cuando quieres a alguien, no la maltratas —murmuré, todavía asombrado por haber descubierto que él la quería de verdad.

Saqué la pistola y disparé en su muslo derecho, aposta. Apretó los dientes por el impacto, pero aun así se irguió e intentó llegar a mí.

—¿Crees que un disparo en el muslo va a matarme, asesino?

—Uno no, pero tal vez dos sí.

Disparé sin miramientos a su pierna izquierda. Se tambaleó, aunque consiguió mantenerse en pie. Sus ojos se oscurecieron tanto que parecieron sacados de una película de terror.

—Estamos entrenados para soportar torturas inimaginables... —ladró en un susurro.

Cabeceé ligeramente, como si su tono me cargase y aburriese. Elevé el cañón de la pistola, dispuesto a darle entre ceja y ceja, a ver si así se dormía para siempre.

—Y yo estoy entrenado para no fallar, ¡japonés de mierda!

No me dio tiempo.

Nuestro reto de miradas se acabó.

Los dos ventanales que estaban cerrados al lado del escritorio reventaron, haciendo saltar los cristales por los aires. Miramos hacia arriba cuando la luz se fue, y en ese mismo instante entraron por las aberturas tres tipos con uniformes negros y con puntos de luz roja en la cabeza, armados hasta los dientes.

—¡Arcadiy! ¡Arcadiy!

No sabía quién gritaba en aquel momento por el interfono, pero de lo que sí fui consciente fue de que Haiden se abalanzaba sobre mí, golpeaba mi pecho con una patada profunda y me hacía caer de espaldas entre los cristales del suelo.

Los tipos elevaron sus armas y todo pasó a una velocidad pasmosa. Haiden salió por la puerta del despacho como alma que lleva el diablo, huyendo de allí.

Me arrastré por el suelo a gatas, intentando ponerme de pie y llegar a la puerta. Los tres tipos apuntaban con sus armas a toda la estancia, sin haberme visto todavía. Los cristales crujían en el suelo y estaba clavándomelos. Me recordó al momento en el que ibas por la carretera para intentar esquivar un bache y al final pisabas hasta el último.

—¡¡No te muevas!! —me gritó uno, con el sonido retumbando por la máscara que cubría su boca.

Aguanté la respiración cuando el dolor punzante de los golpes, heridas y del pincho que me había clavado el Haiden de los cojones se hizo más profundo y se sumó al de los cortes de los jodidos cristales.

Me impulsé hacia arriba con brío, pues era eso o morir acribillado por la poli. Me lancé de cabeza a la puerta, literalmente, a riesgo de perder todos los dientes en el pasillo.

Y empezaron a disparar.

Y la huida me salió peor que un tiro por la culata.

No estábamos solos, pues me encontré rodeado por un grupo de diez hombres y todos me apuntaban a la cabeza. Me levanté muy despacio, sabiendo cuál era el siguiente movimiento si no quería que me fusilaran. Uno de ellos tenía a Haiden sujetado de la pechera también, con las posibilidades para escapar reducidas a cero.

—¡¡Las manos arriba!! ¡¡Las manos arriba!!

—¡¡No se mueva!!

—¡¡Las manos arriba!!

Aguanté la respiración, sin ver bien debido a la escasez de luz. Lo único que nos alumbraba eran las linternas de las armas de aquellos hombres. Elevé las palmas de las manos como si fuese un santo y las coloqué en alto, y uno de ellos fue rápido en obligarme a que las encajara detrás de mi cabeza.

Me fijé en el hombre que había a mi izquierda. Al ver el símbolo de su uniforme supe de dónde procedían, aunque no entendí el juego que se traía aquel personaje. Una sonrisa sarcástica perfiló mis labios cuando me crucé con la mirada iracunda del japonés.

—Hoy parece que no es tu día —le dije bien alto para que me escuchase.

—¡El tuyo tampoco! —escupió con enfado.

—¡¡Cerrad la boca!! —Uno de los agentes me golpeó en la cabeza.

Lo miré muy mal.

—Hoy no... —murmuré, pero el japonés escuchó a la perfección mi tono demente.

Ahora él también estaba jodido, y pese a la situación engorrosa en la que nos encontrábamos, una carcajada perforó el estruendo de las voces que esos *agentes* estaban dándonos para que no nos moviésemos.

Estaba deseando que nos metiesen en la misma celda.

Porque iba a pintar las paredes de un nuevo color.

2

Peter Callum

—¡Arriba! ¡Los dos!

Un puntapié en los riñones fue el impulso que necesité para ponerme de pie, sin bajar los brazos de detrás de mi cabeza, los cuales habían esposado previamente. Mis muñecas se mantenían firmemente apretadas —en exceso —, e intuí que sería porque, de quererlo, ya nos las habríamos quitado. Los dos.

Haiden y yo nos retamos con inquina desde la distancia pero demasiado cerca como para no herirnos. De sus muslos salía sangre por los dos balazos que había recibido, llevaba la camisa rajada de la somanta de hostias que nos habíamos dado, y yo... Yo estaba para tirarme a la basura también.

Nadie había visto que continuaba con el pinganillo en el interior de mi oreja, pero no tardarían en descubrirlo e involucrar a las personas que me habían acompañado hasta allí. El agente de mi espalda me golpeó con la culata de su rifle y apreté los dientes con ganas de matarlo. Me dolía respirar.

—¡¡Camina!!

Me encontré con la mirada fija en uno de los tantos cadáveres que había en el suelo. Allí estaba el dueño del ático, desplomado, con media cabeza abierta. Ese había sido Angelo, después de que entrase en el despacho; estaba seguro. Eran incontables las personas que había en cada esquina, en cada sala, puesto que había sido una verdadera carnicería.

Los que habían conseguido sobrevivir, que no escapar, se encontraban de rodillas, como nos habían tenido a los dos minutos antes. Con cuidado y sin que apenas se notase, deslicé un pulgar por el hueco entre mi nuca y mi oreja, hasta que conseguí llegar al cacharro que nos comunicaba.

—Desconecto —pronuncié, pues al otro lado de la línea el silencio había sido perturbador desde que nos pusieron de rodillas.

Imaginé que todos se encontraban viendo lo que ocurría desde las cámaras de Goro.

—Vamos a sacarte de ahí.

El tono tajante y rudo de mi amigo me hizo sonreír. No solo se encontraban en Magome los hombres de Chiyo, ahora de mi japonesa, sino que mi hermana, Jack y Ryan habían aterrizado ese mismo día para defender lo que podría ser el foco de atención de Haiden. No erramos en nuestras conclusiones, adelantándonos a sus planes. No tenía ni idea de cuál sería la situación en la casa de Eiji, aunque intuí que buena si Ryan me había hablado por el pinganillo.

Otro golpe seco me sacó de mis pensamientos, y eso que no había dejado de caminar. Aquel impacto produjo que el cacharrito cayese al suelo, por lo que me aseguré de mover mi pie descalzo, cubierto únicamente por el calcetín, para pisarlo hasta espachurrarlo. Era más complicado que si hubiese llevado mis amadas botas, pero lo conseguí.

—¡¡No te detengas!!

El porrazo fue épico, esa vez en mi cabeza. Aquello ocasionó una mirada asesina en dirección al agente que me había golpeado con violencia, y juré en silencio que si lo identificaba —que lo haría—, le partiría el cuello como al hermano cabrón del hombre que caminaba delante de mí.

Busqué sus heridas, las cuales goteaban en el pavimento. En sus movimientos lentos intuí la falta de energía, lo que indicaba que, si no le hacían un torniquete con rapidez, se desangraría antes de que nos llevasen a yo qué sabía dónde.

Menuda sorpresa iba a llevarme al salir del edificio.

Continuamos el largo trecho hasta el ascensor de cristal, donde vi la oportunidad perfecta para burlarme de él mientras las grandes puertas se abrían.

—Creo que vas a morir—añadí socarrón.

Él giró el rostro muy despacio, sonrió de manera envenenada y apuntó:

—Creo que te equivocas. Vienen para salvarme a mí y llevarte a ti.

Ahí sí que reí. Reí a mandíbula batiente y él pareció ofuscarse.

Tiempo atrás, precisamente en Tokio, cuando estuve en el puerto de Yokohama, había investigado mucho acerca de los trapicheos de Peter Callum, ya que no había podido encontrar nada relevante sobre la organización de los Keitaro. Mis descubrimientos habían sido muy claros: ese hombre no jugaba limpio con nadie. Y aunque en principio tuve mis dudas de

que con nosotros actuase igual, conocer la situación de Natsuki me confirmó que sí, que lo haría de la misma forma. A eso le sumé el intento de asesinato a toda la brigada de Aarón. Blanco y en botella: nosotros habríamos sido los siguientes, y después de nosotros, Haiden. ¿Qué quería decir eso? Pues muy simple: que las personas que nos habían retenido no eran policías corrientes, sino enviados por la brigada del inglés, quien pensaba hacernos papilla a todos.

Ya no le interesábamos.

Ya le habíamos servido.

Y ahora éramos la escoria que limpiar.

Entramos en el ascensor. El japonés continuaba con su ceja alzada, sin entender el motivo de mi histérica risa. Lo cierto era que verlo tan desencajado me otorgó un grado de satisfacción difícil de explicar. Es más, me encantaba notarlo tan fuera de juego, pese a querer partirle la cabeza en dos, porque los instintos asesinos no habían desaparecido, ni mucho menos.

—Tienes un problemita, porque acabas de quedarte sin apoyos, mandarín —me jacté de él.

Sus ojos me atravesaron con rencor, aunque sus palabras fueron más dañinas:

—El que se quedará sin apoyos serás tú cuando salga de aquí. Lo primero que haré será ir a por *mi* mujer —recalcó—. Intentaré que no te maten para que veas lo que soy capaz de hacer con las personas que me traicionan.

Su mirada se posó en mi dedo anular izquierdo, donde mantuvo la vista durante unos segundos, los suficientes como para que viese que su semblante cambiaba, o que tal vez confirmaba que sí nos habíamos casado. Cogió una gran bocanada de aire, la retuvo y la soltó sonoramente. Yo ya me había aproximado a él sin que se diese cuenta, muy cerca del único estorbo que nos distanciaba.

Me encontraba mirando al espejo; él estaba al contrario, de cara a la puerta, y lo que nos separaba era un único agente. Alrededor de nosotros, todos aguantaban sus armas, alerta.

—Antes de que le pongas una mano encima a Natsuki, te habré partido por la mitad, Haiden.

Rio con fuerza, con gravedad. Ese fue el impulso que necesité para apartar con mi hombro derecho al agente y estampar de lado mi cabeza contra la de Haiden en un golpe que lo desestabilizó y que provocó que cayera sobre otro de los hombres que nos rodeaban. No escuché los gritos indicándonos que, o nos deteníamos, o acabarían acribillándonos. No lo tenía tan claro, porque era consciente de que, cuando las puertas del ascensor se abriesen, íbamos a

encontrarnos con alguien muy especial.

Como un depredador, moví el codo derecho hasta que lo estampé contra su nariz y se la partí. La sangre salió a caño, tal y como seguía haciéndolo la de sus piernas, y el tío intentó asestarme un golpe que esquivé al doblar la cabeza. Fue entonces cuando le clavé los dientes con saña en el costado, pese a que un codo impactó contra una de mis sienes. La brutalidad fue inmensa, aunque yo estaba dispuesto a arrancarle el cacho como un caníbal.

—¡¡¡He dicho que alto!!!

Consiguieron separarnos tras varios intentos. Estaba mareado de tanta hostia, pero me recompuse más ágil que una gacela cuando un tilín del ascensor nos indicó que habíamos llegado a la calle. Las puertas metálicas se abrieron y me giré, escuchando el sonido de fondo de unas palmas severas y lentas, como si estuviesen cansadas.

Un tipo de aspecto cuidado, con las facciones marcadas por la cirugía, sonrisa siniestra y ojos muy claros nos recibió. Eran del mismo color que los de su sobrina, tan azules que eclipsaban. Quizá nadie había apreciado ese detalle por el desconocimiento del parentesco que los unía, pero ahora, si te fijabas, se le veía tanto parecido a Noa que asustaba.

Sus manos, cuidadas y sin una grieta, continuaban aplaudiendo. A simple vista parecía un hombre de negocios, más que respetable, de una estatura ni alta ni baja, corriente, engalanado con un traje de chaqueta azul marino, a juego con una camisa blanca.

—El gran Arcadiy Bravo —soltó con media sonrisa, mostrando una dentadura de anuncio—. Me has dado muchos quebraderos de cabeza. —Lo último lo añadió de manera casual, dejando de aplaudir. Miró a Haiden como si fuese un insecto, y eso lo percibió el japonés.

—¿Yo? —Me señalé con ofensa, provocando que el cascabeleo de las esposas resonase—. Creo que no nos conocemos. Así que siento decirle que no entiendo tampoco el motivo. —Mentía como un bellaco, obvio. Si su tono era distendido, el mío continuaba siendo el de un chulo de mierda al que quieres partirle la boca.

Estiró las comisuras de los labios por segunda vez en una enorme sonrisa que dejaba al descubierto toda su boca.

—¿Dónde está Aarón y su equipo, Arcadiy? —Pronunció mi nombre con mucho ahínco.

—¿Con el resto de su equipo te refieres a tu sobrina? —inquirí con estrategia, apartando el formalismo de manera inmediata. A ese hombre no le debía ningún respeto.

Nos retamos más tiempo del permitido, hasta que al final soltó una risa

sardónica, elevó una mano desnuda de ostentosidad alguna y les indicó a sus hombres que saliesen a galope del edificio mientras les ordenaba:

—Mandad al equipo de limpieza y que alguien me notifique las bajas. No quiero problemas con el Gobierno japonés.

Se giró con una galantería pasmosa, y ahí fue donde todas las barreras de Haiden cayeron como una torre de naipes.

—Señor Callum, ¿puede decirles a sus hombres que me suelten? Esta pantomima no es necesaria. Y, por si no se ha dado cuenta, estoy desangrándome.

Me sentí hinchado como un pavo, aunque supiese que las posibilidades de que me matasen fuesen extremadamente altas. Me miró con desagrado, como si el culpable de ese infortunado problema fuera yo. Sonreí como un gañán.

Peter se detuvo, lo contempló con severidad y anunció para mi poco estupor:

—Has hecho bien tu trabajo, Haiden. Ahora vamos a recompensártelo, pero de momento debes permanecer de esa forma. Así que —se hizo el interesante y se llevó un dedo a los labios—, shhh, silencio.

Me encontraba a la izquierda de Peter, detrás de él; a mi lado, un agente; al suyo, Haiden con la cara descompuesta. Su rabia tomó ese característico tono que te ponía como un tomate y a mí me salió una ronca carcajada que no reprimí.

—Qué sutil manera de decirte que van a degollarte. Estás poniéndote más amarillo de lo que ya eres, Haiden Keitaro —emití su nombre con mucha vigorosidad, burlándome de él.

Apretó la mandíbula tanto que pensé que se la partiría, aunque el muy condenado no habló. El hombre con alta bizarría se detuvo por segunda vez en un escaso tiempo, viró el rostro hasta toparse con el mío risueño y me preguntó:

—¿Cuál será tu suerte, Arcadiy?

No apagué la sonrisa que iluminaba mi cara y resaltaba esos hoyuelos que se me pronunciaban de vez en cuando.

«Nos reímos en la cara de la muerte, y al miedo lo miramos de frente».

—La misma. Aunque te pido que por lo menos me dejes correr, como en las pelis.

Imitó mi gesto, cabeceó en señal afirmativa y murmuró:

—Una pena, porque me gustas. Serías un buen hombre en mi equipo.

—Discrepo —añadí de inmediato, y miré a Haiden en conciencia—. Ya pertenezco a un clan al que le debo lealtad. No está bien que me vaya con la policía.

—Entiendo —me siguió el rollo, riendo, pero yo sabía que iba a matarme, o por lo menos intentarlo. Se volvió para continuar con su caminata y les ordenó a sus hombres—: Metedlos en el furgón. Nos marchamos a Londres en una hora.

Había ojeado su caro reloj de pulsera justo cuando el japonés abría los ojos en toda su extensión y preguntaba a viva voz:

—¡¿A Londres?! ¡¿Qué demonios es esto?! ¡¡¿Qué demonios es esto?!! —repitió con fiereza, a lo que su supuesto jefe no le contestó.

Otro agente llegó al lado de Peter, quien ignoró con descaro las desorbitadas voces del japonés a quien casi se llevaban a rastras. Lo bueno de ejercer como asesino era que estabas atento a cada detalle, que desarrollabas partes que hasta ese día habías tenido dormidas, por lo que la conversación del hombre que se había acercado la escuché a la perfección:

—Tenemos el helicóptero listo a las afueras de Tokio, señor.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al punto de encuentro?

—Treinta minutos, señor —le respondió el mismo agente, muy cuadrado para mi gusto. Aunque, viendo cómo se las gastaba el hombre que andaba con una galantería pasmosa, no me extrañaba.

Elevé el mentón para verificar que en la entrada del edificio había colocadas unas cámaras de seguridad. Recé para que mi equipo hubiera sido listo y las hubiesen intervenido, o sería prácticamente imposible que encontraran mi paradero.

Sin embargo, aun pensando que se habrían marchado de allí para que no los cazaran, comprendí al instante que había subestimado a una persona subida sobre una moto en la calle de enfrente, pasando desapercibida para el resto. Su rostro iba enfundado en un casco y era imposible vérselo, pero a mí solo me hizo falta fijarme en la firmeza con la que sujetaba el manillar, en aquellas piernas letales y el vestido de tablas que había visto antes de que entrásemos en el ático.

—Kamikaze... —musité al viento, sin dejar de caminar.

Continuamos el paso hasta que dos grandes puertas de un furgón como el de los forenses se abrieron delante de nuestras narices. El primero al que metieron fue a Haiden, y lo sentaron en uno de los bancos laterales de los dos que había. Se quejó de manera ruidosa, intentando controlar el dolor que debía carcomérselo y que había empezado a provocarle una severa cojera en ambas extremidades.

Pensé en las probabilidades que tendríamos de salir vivos de allí si nos dejaban a ambos en la parte trasera, vigilados por dos agentes únicamente. Tenía toda la pinta de que así sería y me pareció un insulto.

—Arcadiy.

Detuve mi pie sobre el apoyo del maletero antes de meterme. Giré el rostro con tranquilidad y miré a Peter, quien permanecía dándole vueltas a un teléfono en las manos y con el semblante serio pero amigable. Parecía el típico tío que demostraba ser afable con el resto del mundo, aunque lo cierto era que debajo de esa piel de cordero se escondía un lobo feroz.

Cabeceé quedo en su dirección.

—¿Vas a decirme qué quieres, o me subo ya? —Enarqué una ceja—. No me apetece que tus hombres me sacudan más, porque el siguiente golpe no sé cómo voy a tomármelo.

Uno de los agentes en el interior se dispuso a hacerle unos torniquetes a Haiden en las dos piernas, las heridas más graves, porque estaba hecho un desastre. Lo supe porque su gruñido llamó mi atención.

—Si colaboras, no será tan difícil —me dijo de manera casual, extendiéndome un apósito para la herida del pisapapeles. Casi se la arranqué de las manos—. Tu familia no tendría que salir perjudicada de aquí. Solo necesito que me digas dónde está Aarón y el resto del equipo.

Lo miré con fijeza durante largos segundos, después de haberme colocado el apósito que taponaría la herida. No era nuevo y sabía cómo funcionaba ese tono amigable, distendido, fortuito, el que te indicaba que podría llegar a ser un gran compañero, una persona en la que podrías confiar por encima de todo.

Bajé el pie del estribo y me acerqué a él. Elevó una mano en el aire cuando uno de sus hombres trató de cubrirlo. Yo había bajado las mías, pues ya no las llevaba detrás de la cabeza, pero sí delante de mi vientre sujetadas por las esposas; un objeto que desaparecería de mis manos en cuanto tuviese ocasión.

—¿Tengo cara de gilipollas, Peter? —cuestioné con indiferencia en mi voz.

—Ni mucho menos. Solo estoy dándote unas facilidades.

—¿Esas facilidades incluyen que no me tortures hasta que me desangre?

—Podríamos hablarlo.

Ahí pude ver con claridad el tipo de bestia que era. Sonreí y me acerqué un paso más, quedando a escasos centímetros de su rostro.

—No sé dónde está su equipo ni quiero saberlo —pronuncié muy despacio.

Estiró las comisuras de los labios, algo que me pareció meramente inofensivo. Era un digno líder para el cargo que le había tocado. Sin embargo, el tono ácido y recalcado que usó a continuación me tensó:

—¿Ni siquiera sabes decirme donde está mi sobrina Noa? Sé que habéis estado más unidos de lo estipulado en dos compañeros.

—Nosotros no somos compañeros de nada —casi lo interrumpí, evitando

un tema que él no estaba por la labor de dejar pasar.

Ahora, el que dio el paso fue él.

—¿Y estás seguro de que no sabes dónde están?, ¿o no quieres decírmelo por la relación que tienes con Noa?

Elevé el mentón con altivez.

—No tengo ninguna relación con Noa. Entiendo que estás preocupado por eso de ser su tío y no habérselo contado jamás, *Jacob*.

Asintió muy despacio, con el semblante cáustico y una sonrisita por haber pronunciado su nombre real. Porque no se llamaba Peter Callum. Él era Jacob Wood, y Noa nos lo había desvelado al descubrirlo.

—¿Y qué me dices de la placa base? Todo lo que puedas contarme ahora te será de ayuda cuando lleguemos a Londres. Facilidades, Arcadiy, se llama facilidades.

Detuve la retahíla de insultos que guardaba en la garganta para el japonés, quien me esperaba en el interior del furgón, sin apartarnos la mirada ni un solo momento, aunque no estuviese enterándose de nada.

—¿La placa de qué? —me hice el tonto con gracia, por lo que supo que estaba mintiéndole—. Me encantaría ver Londres.

Negó con la cabeza como si ya hubiésemos terminado la conversación; que, en realidad, así fue. De no haber sido un tío tan cabrón, habría existido la mínima posibilidad de que nos hubiésemos llevado bien.

—Lo dicho: una pena, Arcadiy. Una pena.

Se giró para marcharse, pero antes de que lo hiciese le dije a viva voz:

—Una última cosa. —Solo giró su cara un centímetro para verme de perfil—. Antes de que me dejes echar a correr y eso, ¿puedo matar yo al japo? Es un tema personal y me va a joder que lo hagas tú. Hazlo aunque sea porque te caigo mejor que ninguno.

Un sonido tipo «Hum» con socarronería salió de su garganta. Imaginé que eso era algo positivo, pero no me dio tiempo a meditarlo porque uno de los agentes me empujó para que entrase en el furgón. Lo miré muy mal, incluyendo un gruñido al contemplarlo. El tipo dio un paso atrás.

Subí con la clara intención de machacarle la cabeza a Haiden, aunque provocásemos un accidente que nos llevase a los dos a la tumba. Era el único momento en el que iba a poder resarcirme con él. Y, como había augurado, solamente nos acompañaron dos agentes.

—Si piensas que vas a comprarlo, te equivocas. Sé la inquina que os tiene a ti y a tu equipo. Al igual que a los otros imbéciles que mi mujer dejó escapar.

Me senté a plomo en el banquillo, frente a Haiden. El furgón arrancó.

—Yo no necesito comprar a nadie. Y respecto a Natsuki... —mi mirada se enturbió tanto que noté el resquemor de la ira cuando solté mordaz—: no es tu mujer ni nunca más lo será.

Se quedó en silencio unos minutos, sin perder de vista el anillo que ocupaba mi dedo anular. En ese lapso me dio tiempo a pensar en cómo le daría el golpe estelar al hombre que había a mi derecha y, por supuesto, en cómo lo haría con el que estaba al lado de Haiden.

Algo en su mirada llamó mi atención, tanto que el pecho me bombeó frenético. ¿Era dolor lo que veía en sus ojos? ¿Se podía sentir de esa forma cuando maltratabas a alguien como él lo había hecho?, ¿como él la había usado?

—Es mi *sukoshi*... —susurró como si estuviese ido.

Entonces entendí algo muy simple que analizaría más tarde si conseguía salir de ese furgón: que la amaba. El corazón me tronó con mucha más fuerza, y no tardé en ejecutar los movimientos previos que nos dejarían cuerpo a cuerpo en ese reducido espacio.

—¡Ella no es nada tuyo! —bramé.

Elevó su mirada ardiente hasta fijarla en la mía. Parecían los ojos de un poseído a punto de volverse loco.

—¡Ella siempre fue mía! ¡Siempre será mía!

Ese arranque de furia, igual que lo tuvo, lo impulsó con un movimiento de su cuerpo. Se levantó de su asiento para quedarse erguido delante de mí. Me incorporé en el mío de manera lenta, vaticinando que había pensado lo mismo que yo: intentar matarme en ese furgón.

—¡Eh! ¡Siéntate! —le ordenó uno de los agentes, pero Haiden no se movió, y el tío parecía no tener dos balas metidas en las piernas. ¿De verdad tenía tanto aguante?

Me levanté de forma pausada y osada, hasta sacarle dos cabezas. Desvié mi atención a él y musité con altanería:

—Natsuki no es tuya, porque se pertenece a ella misma. A nadie más.

Ensanchó las comisuras de los labios antes de escupir con maldad:

—Eso ya lo veremos cuando mi hijo nazca.

—Me vas a perdonar si no me creo tu patraña —rugí con tono hosco.

—¿Piensas que soy tan necio como para no saber qué ha estado haciendo? —Eso me tensó—. Tal vez, esos preparados de hierbas de su padre se los haya modificado sin que ella se haya enterado.

Los ojos se le iluminaron y sentí un mareo tremendo.

Juro que me tambaleé hacia atrás, sin entender qué coño estaba asegurando aquel condenado y por qué lo había dicho con tanta firmeza. ¿Sería cierto?

El pensamiento se quedó en el aire cuando, a la vez, como si estuviésemos sincronizados, golpeamos a los dos agentes que se habían puesto de pie para intentar sentarnos a la fuerza.

Antes de que el primer golpe llegase en forma de cabezazo a la frente de Haiden, solté con bravuconería:

—Siento decirte que no llegarás a conocerlo.

3

Misaki

Natsuki Tanaka

Salí tras ellos con disimulo, a cierta distancia y sin ser interceptada por los dos coches que custodiaban el furgón: uno delante y otro detrás. El tráfico era denso, pero nada que impidiera que aceleraran y se saltaran las normas de circulación, al igual que estábamos haciéndolo nosotros.

—El helicóptero está en marcha —avisó Enzo al otro lado de la línea.

El plan había sido rápido, pues no habíamos estado preparados para la intercepción de la policía, aunque sí para lo demás. Enzo y Piero habían conseguido meterse en los dispositivos de la propia policía, y la hermana de Riley, Eiren, se encontraba con ellos borrando el rastro para que no los cogiesen.

Avanzábamos a gran velocidad por el centro de Tokio, hasta que unos minutos después nos desviamos hacia las afueras, a una larga y oscura carretera en la que era difícil ocultarnos. Nuestras posibilidades eran ínfimas, sin embargo, no había pensado ni por un segundo abandonarlo a su suerte. Después de haber visto con mis propios ojos al demonio que había terminado casi con la vida de mi familia, no iba a permitir que me arrebatase lo más bonito que tenía. Y ese hombre era Arcadiy.

—Ya nos han visto —anuncié con seguridad, pues los coches aceleraron.

—Peter no va con ellos en el furgón. En las cámaras de los exteriores, lo he visto subirse al que encabeza el convoy —nos dijo Piero—. Tenéis que daros prisa.

El rugido de un motor acelerando se superpuso sobre el sonido de la moto.

—Coche uno avanzando —nos informó Claudio, quien me adelantó por la izquierda para colocarse el primero, por delante del vehículo de la policía.

En el que Peter iba.

—Natsuki, estoy detrás de ti —me notificó Angelo.

Calculé la distancia, apreté el puño a fondo y me pegué al culo del que custodiaba el furgón, preparada para dar el siguiente paso que podría o no costarme la vida. Las ventanillas descendieron con pasmosa ligereza y un hombre sacó por el lateral un enorme rifle con el que me apuntó.

Me mentalicé para esquivar la primera andanada de balas, instante en el que Alessandro, quien iba en el coche con Angelo, apuntaba con su arma para cubrirme. La rueda de la moto tocó el borde de la calzada, pero eso no fue impedimento para que me estabilizase y acelerase con brío hasta tratar de llegar a mi objetivo: la parte trasera del furgón.

—¡¡Alto!! ¡¡Alto!! —vociferó el agente que había salido por la ventanilla.

El sonido de las balas retumbó en mitad de la carretera oscura. Traté de controlar la bestia que rugía cada vez con más fuerza, a la vez que veía de soslayo cómo Alessandro disparaba con tino en ambas ruedas de la parte trasera del coche, desestabilizándolo. Angelo se movía en zigzag, esquivando los impactos que podía, ya que nuestros vehículos no estaban blindados y nuestro único aliciente era matar al conductor y a los acompañantes que tuviesen.

—Japo... —El tono de voz de Tiziano fue un claro incentivo para que aligerase en mi maniobra—. Si se muere mi hermano, te mato.

—¡Eso intento! —bramé con sobresfuerzo, pues era más que complicado llevar una moto a velocidad crucero e intentar esquivar al segundo hombre que disparaba sin piedad en mi dirección.

—En posición —añadió Claudio—. Saca a la samurái que llevas dentro, japonesa.

Cogí aire, presioné a fondo el acelerador con el puño y me coloqué delante del vehículo, entre el furgón y él. Supe que las posibilidades de no llevarme un balazo eran mínimas cuando elevé el cuerpo, coloqué los pies en el sillín, sin soltar el gas, y aceleré, escuchando que el coche de la policía comenzaba a tambalearse. Contemplé la vaca del furgón, con las pulsaciones a mil y los instintos alerta, pues las balas silbaban demasiado cerca de mi cuerpo. Ahora no podía contar con los disparos certeros de Alessandro, pues cualquier empuje en falso me mandaría al traste.

Como era lógico, los hombres de Peter también iban conectados y ejecutaron su estrategia. El vehículo aceleró, dejándose las gomas en el asfalto, y supe que la colisión sería inmediata.

—¡¡¡Ahora!!! —vociferó Angelo como si fuese a darle un microinfarto.

Aguanté el aire, me erguí soltando el manillar y salté justo cuando una bala rozaba mi costado derecho. La herida se produjo al encaramarme al metal, un

obstáculo que no impidió que elevase la pierna derecha y me subiese al techo. Alcé el mentón cuando el impacto de la moto resonó por encima de los hombres de Peter, ocasionando que se saliesen de la carretera y que el coche diese tantos tumbos como podía, hasta que se quedó fuera de nuestra línea de fuego. Angelo se juntó al morro, sacó la cabeza por la ventanilla y cabeceó señalando la puerta de atrás. Iba con el brazo izquierdo apoyado, como si la situación no fuese complicada.

Con cuidado de no resbalar, anclé los pies a la barra de hierro y me lancé con un impulso de cara a la carretera y bocabajo. No quise pensar en que el vestido cayese más de lo permitido y me viesen la ropa interior, aunque no fuera momento para eso. Agradecí que fuera muy ajustado hasta un poquito más arriba de la mitad de los muslos.

Me llevé la mano izquierda a la nuca, al filo que abrochaba mi vestido, y alcancé unas ganzúas para abrir las puertas dobles, sin embargo, el sonido de unos golpes amortiguados por quejidos de dolor me sobresaltó. ¿Estaban pegándose? ¿No había nadie con ellos?

—¿Qué ocurre? —quiso saber Alessandro, intuí que preocupado por mi extraño movimiento.

—¡Tengo que desviarme! ¡No puedo aguantar más! ¡Van a reventar el coche!

El derrape lejano me confirmó que Claudio había abandonado la fila, y las luces que atisbé a mi derecha acabaron por asegurármelo. Venía en dirección contraria. Me centré, olvidándome del resto, sin esperarme lo que iba a encontrarme a continuación.

El sonido que indicaba que la puerta se había abierto no fue gracias a mí, sino porque unas alarmas comenzaron a sonar. Entonces supe que teníamos un tiempo limitado para salir de allí a toda prisa. Por eso, y porque llegábamos a la zona donde se encontraba el helicóptero.

Al tirar de la puerta, me encontré con dos hombres dándose golpes como becerros y otros dos agentes derribados sobre la chapa, inconscientes y con las esposas —que supuse que ambos habían llevado— tiradas. Arcadiy tenía a Haiden en el suelo, y le machacaba la cabeza sin piedad con duros golpes que pensé que lo desnucarían. De repente, Haiden tiró del cuello de Arcadiy y consiguió cambiar las posiciones, para mi desconsuelo.

Sin sigilo alguno, porque ambos me habían visto —aunque ignorado— y porque las alarmas se escucharon en toda la carretera, me descolgué como un réptil y coloqué los pies a plomo en el interior de la furgoneta.

—¡El primer coche está girando! —Angelo sonó exaltado.

A lo lejos, las hélices del helicóptero resonaban por todo el lugar,

indicándonos el poco recorrido que nos quedaba.

Haiden me miró como si se hubiese quedado ido al verme allí y, lo que menos esperaba que me dijese, salió de su boca:

—*Sukoshi*... ¿Has venido a buscarme?...

Había duda en su voz, pero lo que más marcaba el tono era la perplejidad. Mi griego levantó el rostro del suelo, movió un pie con destreza y consiguió tirarlo de espaldas. Durante un momento me paralicé, pensando en las probabilidades que tendría si lo mataba allí mismo.

Arcadiy me miró.

Y lo que vi en sus ojos no me gustó.

¿Eran dudas? De hecho, su mirada osciló de mí a Haiden durante una pequeña fracción de segundo casi desquiciante. La furgoneta se tambaleó y me vi en la obligación de sujetarme a un lateral, sin dejar de mirarlos. Por los dioses, Arcadiy iba hecho un desastre, pero Haiden... Podrían enterrarlo ya, si se lo propusiese.

—¡Natsuki, nos abrimos! ¡Salid ya! ¡Salid ya! —bramó Alessandro, siguiendo las indicaciones del plan, pues debíamos saltar antes de que el furgón se detuviese.

Extendí una mano en dirección a Arcadiy, quien la contempló receloso. ¿Por qué hacía aquello? Haiden hizo el amago de levantarse, sin embargo, mi griego le dio otra patada en la cara que lo desestabilizó. Reparé en sus dos piernas, ambas con unos torniquetes hechos. No sabía qué había ocurrido, o por lo menos no hasta que la policía los tuvo de rodillas en el pasillo y conseguimos acceder al sistema de seguridad de Goro.

—Tenemos que marcharnos —le dije al hombre que me observaba con desconfianza y que también llevaba un apósito en el costado, el cual se veía por su vestimenta rajada. ¿Qué había sucedido?

Asintió sin decir ni media palabra, y antes de que Arcadiy diese un paso hacia mi mano extendida, Haiden se interpuso con un grito rabioso:

—¡¿Cómo puedes hacerme esto?! —escupió, con un codo apoyado en el suelo—. ¡¡Soy tu marido!! ¡Me debes un puto respeto!

No le dio tiempo a decir mucho más, pues Arcadiy se giró como un basilisco, agachó medio cuerpo y le propinó una serie de puñetazos en la cara que tuve que detener por nuestra seguridad, aunque era lo que menos me apetecía.

—¡¡Arcadiy!! ¡¡Arcadiy!! —Corrí hacia él, notando que el furgón se detenía.

—¡¡Te voy a matar, hijo de la gran puta!! —Pum. El puñetazo que golpeó el ojo derecho de Haiden fue monumental.

Cuando estuve sobre él, tiré de sus hombros, pero Arcadiy no respondió y siguió golpeándolo con violencia. Miré hacia atrás, con el corazón palpitándome muy fuerte porque solo teníamos esa salida. No me quedó más remedio que sostener su antebrazo derecho para detenerlo. Me miró encolerizado, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Tenemos que irnos ya, o no podremos escapar! —le dije de carrerilla, sintiendo que me traspasaba el alma con esa mirada.

Haiden rio con fuerza en el suelo, momento en el que escuchamos con claridad que los agentes desmontaban en el exterior. Me maldije por haberlo demorado tanto, sin oír las tremendas voces que los Sabello daban al otro lado de la línea, los derrapes y la urgencia que había en las pisadas de los hombres de Peter.

—Tarde, mi pequeña... Tarde —rumió Haiden.

Deseé con todas mis fuerzas golpearlo hasta matarlo, pero el tiempo apremiaba y no era algo que pudiésemos comprar ni pedir. Tiré con más fuerza del brazo de Arcadiy cuando se volvió un segundo para ver a mi exmarido en el suelo, aunque anduvo al momento con ligereza. Su pregunta me dejó fuera de juego mientras llegábamos a la salida:

—¿Pretendes dejarlo con vida?

¿Pretender? Yo no pretendía nada. Retuve en la punta de la lengua la contestación y, por supuesto, que no me había gustado su tono.

Me detuve en la salida del furgón, con el corazón a mil por hora. Miré a Haiden con rencor; él sonreía ladino. Enfoqué mi atención en Arcadiy, sujeté su mano con firmeza, sin fijarme demasiado en el gesto adusto de su semblante, y solté:

—¡¡Corre!!

Que Haiden no saliese detrás de nosotros me confirmó lo débil que se encontraba; eso y las heridas que Arcadiy le había regalado en el rostro y en todas las partes que no habría visto. Desvié mi camino a la izquierda tras haber sacado de la parte de mi muslo una pistola, con la que disparé sin delicadeza a los tres tipos que se acercaban por ese flanco del furgón, y tiré de la mano del hombre que libremente metió la suya por la abertura de mi vestido de tablas y descolgó la otra arma que llevaba libre.

Los disparos se efectuaron con brío por ambos bandos, pese a que nos introdujimos en el espeso bosque, en dirección al punto de encuentro con mi tía, quien ya nos esperaba con el motor en marcha, según había escuchado por el pinganillo sin dejar de correr.

A una distancia prudencial, me giré un segundo solo para ver cómo sacaban a Haiden del furgón y se lo llevaban a rastras, e intuí que lo subirían

al helicóptero, aunque imaginé que no tardaría mucho más en desangrarse; o morirse, si había suerte.

El reflejo entre los árboles de un hombre trajeado mirando en nuestra dirección me puso la piel de gallina.

«Peter Callum».

Busqué el coche estacionado en la carretera paralela, pues el bosque no era excesivamente grande, aunque sí lo suficiente como para una huida de ese calibre. No dudé en abrir, entrar y tirar de Arcadiy con miedo a que se quedase fuera. Él se soltó de mi agarre como si le quemase, y aunque no podía leerle el pensamiento, sí que pude apreciar sus gestos fieros al mirar hacia el sitio por el que habíamos escapado.

—¡¡Sube!! —lo apremió Hana cuando yo me introduje.

—¿Arcadiy? ¿Qué haces? —cuestioné, asomándome a través de la puerta abierta para buscar su mano.

La policía se acercaba.

Las pisadas eran cada vez más fuertes.

—Podría haberlo matado... —lo escuché murmurar, sin moverse.

Abrí los ojos como platos al ver que uno de los agentes salía del bosque. Arcadiy elevó el arma y lo aniquiló de un disparo.

—¡¡Arcadiy, por los dioses!! ¡¡Nos van a matar!! —le grité, perdiendo los papeles.

Y lo vi.

Su pecho subiendo y bajando a una velocidad de vértigo, su mano derecha temblando, sus dientes apretados... Trataba de calmar una ansiedad sofocante. Justo en el momento en el que pensaba vociferarle de nuevo, se montó con los labios sellados y mi tía salió derrapando.

No contuve la alarma en mi voz cuando le pregunté exaltada:

—¡¿Qué haces?!... Podrían habernos cogido a todos y...

—No has querido matarlo —sentenció con dureza y cortándome con descaro, lo que frenó mi carrera por explicarme. Aunque estuviese enfadado, lo que más me apetecía era tirarme a sus brazos porque estaba conmigo.

—¿Qué estás dicien...?

—¡Que no has querido matarlo, Natsuki! —me gritó, y me miró enfurecido —. ¡¿Por qué coño no has querido matarlo?!

Sentí el corazón en la garganta.

—¡Porque era más importante salvarte a ti! —Me puse a su altura—. ¿A qué viene este arrebato? —Juro que traté de tranquilizarme.

—¿Por qué no has querido matarlo? —repitió, en sus trece.

Me impulsé hacia delante y vi que él se apartaba sin disimulo. Ese gesto

me molestó y se reflejó en mi semblante. Ambos nos habíamos girado, de manera que estábamos muy cerca el uno del otro. Me fijé en que los dos teníamos los puños apretados.

—Arcadiy —lo llamé con tiento, como si fuese un niño de cinco años—, todos estábamos en peligro, no teníamos tiempo. Y si no llegamos a salir del furgón, ¡nos habrían fusilado!

—¡Me habría dado tiempo de sobra! —Nada. Su razón era la única existente.

—¿Cómo? ¿Abriéndole la cabeza contra el suelo? —Fui sarcástica sin querer.

Me miró muy mal. Apretó la mandíbula, me observó con la firme mirada de un asesino y murmuró envenenado:

—Llevabas dos pistolas. —Percibí el rechinar de sus dientes—. Habría tardado el mismo segundo en pegarle un tiro en la frente que a ese policía —señaló la ventanilla como si estuviera allí— que ha salido del bosque.

—No había tiempo para eso, tenía que sacarte de... —Fui a coger su mano, pero la apartó. Abrí los ojos en su máxima extensión y usé sus mismas palabras—: Arcadiy, no hagas eso.

—¡¡No has querido que lo matase!! —gritó con más veneno—. *Tú* —me señaló con el dedo— no has querido matarlo.

«¿Yo?».

Tragué saliva. Me olvidé de que mi tía nos acompañaba en ese vehículo, de que no sabía cuántas personas estaban al otro lado de la línea —pues el pinganillo continuaba activo—, y me aparté de él como si alguien me hubiese empujado para hacerlo. Sobrecogida, noté que los ojos me quemaban. Me aguanté como pude; no pensaba soltar ni una mísera lágrima por ese arranque que estaba teniendo.

Me mantuve en silencio solo unos segundos; los suficientes para saber cómo debía decir mis siguientes palabras, retomando la calma que tanto me caracterizaba. Él pareció darse cuenta de mi cambio, pues sus facciones se suavizaron y lo hicieron parecer culpable al mismo tiempo, sobre todo cuando le dije:

—He decidido salvar al hombre al que amo antes que matar al que me ha maltratado desde que tenía catorce años. Perdóname si he elegido mal...

—Natsuki...

Quiso interrumpirme, pero continué como si no hubiese escuchado el arrepentimiento en su tono:

—Siento haber actuado así.

Aparté los ojos de los suyos para girarme de cara a la ventanilla y alejarme

todo lo que pudiese —y más de él— en aquel reducido espacio. Una de sus manos se movió para coger la mía, pero la aparté con brusquedad, sintiendo el resquemor del enfado en mi pecho. Me costaba respirar.

—Natsuki, no hagas eso —me pidió.

Lo ignoré como él había hecho conmigo con anterioridad.

Contemplé cómo nos deslizábamos por la carretera con urgencia, ocasionando que las líneas se hiciesen casi invisibles ante mis ojos nublados. Me tragué el nudo de emociones, apelotonadas unas encima de las otras por la pelea tan tonta que habíamos tenido. ¿Cómo iba a no querer matar a Haiden? Ni siquiera había valorado nada más allá de salvarlo a él, y ahora me echaba en cara no haberlo ejecutado.

No separé los labios ni para respirar a medida que avanzábamos por esa zona. El silencio fue perturbador, y roto únicamente por un resoplido de Arcadiy, quien se giró en dirección a su ventanilla mientras mi tía permanecía callada, sin desviar los ojos de la carretera.

Al otro lado de la línea tampoco se escuchaba nada. Imaginé que Enzo se habría asegurado de silenciar la conversación en la casa de los Sabello, en Sicilia, y recordé que mi padre también había estado atento a lo ocurrido desde que entramos en el ático de Goro; escuchando y viendo, porque Enzo y Piero se habían encargado de mandarle un enlace directo para que viese lo mismo que ellos.

Cerré los ojos, imaginando el sufrimiento que habría tenido que pasar al haberme escuchado y visto en pleno combate con Haiden, creyéndose que hubiese podido violarme de no haber conseguido soltarme de sus garras.

El recuerdo de Haiden vino a mí, tirado en el furgón, como si fuese una alimaña, con su cara de suficiencia. Yo tenía muy claro que sobreviviría, que la policía no lo mataría de inmediato y que conseguiría escapar, si no lo había hecho ya. Mi exmarido no era cualquier hombre, y eso iba a demostrárnoslo en breve.

Me arrepentí. Me culpabilicé por no haber intentado que esos segundos de rigor se hubiesen hecho efectivos para Arcadiy, pues sabía que el odio lo carcomía por dentro. Gestioné el nudo de emociones como buenamente pude, esperando que las largas horas que nos quedaban para llegar a Magome no se hiciesen interminables.

Atravesamos un camino lleno de piedras que daba a la parte delantera de la vivienda, escondida en la montaña. La casa de los Tanaka tenía dos entradas,

por la que íbamos y la que daba al bosque, que era la que habíamos transitado el hombre que llevaba enfadado a mi lado y yo cuando llegamos a Japón, hacía solo unos días. Qué lejano se veía todo, y eso que acababa de ocurrir.

Desmonté del coche con premura, porque el silencio agónico me mataba. Podría decirse que con mi tía había establecido una tregua no verbalizada mientras entrábamos en la fiesta, pero con Arcadiy... ¿Qué había ocurrido? ¿Eso eran celos?, ¿sed de venganza?

—Natsuki.

Su tono rudo no me detuvo. Continué mi camino con más rapidez que al principio, sin querer que me alcanzase. Y, bajo mi punto de vista, me contradecía mentalmente, pues, aunque acelerase el paso, lo que más deseaba era que me sujetase y caer rendida a él.

Encontré a Chiyo en posición firme, en la entrada del camino serpenteante que llevaba a mi hogar, sin pestañear y cubierto por su uniforme oscuro, ahora más samurái que nunca. Cuadró los pies, aguardando una orden mía.

Barrí con la mirada la zona exterior y conté varios cadáveres en el suelo. Arcadiy se detuvo en seco a mi lado.

—Situación —le pedí a Chiyo, sin perder de vista por el rabillo del ojo al hombre por el que suspiraba.

—Veinte efectivos de Haiden han sido abatidos. Entraron sobre las once de la noche, *riidaa* Tanaka.

Era la primera vez que Chiyo se refería a mí como líder, y eso me embriagó el corazón de un sentimiento puro. En la distancia atisbé a los nuevos habitantes en Japón, quienes habían viajado desde muy lejos para apoyarnos en la noción.

—¿Hay alguien herido?

—No. Todos están a salvo. Al señor Tanaka lo protegimos junto al maestro Asahi en el dormitorio de su madre.

Me sorprendí.

—¿Mi padre se ha dejado encerrar?

—Tuve que argumentar que los dos podrían defender a su madre si nosotros caíamos.

Buen estratega, aunque tanto mi padre como mi maestro sabían que los hombres de Chiyo no caerían. Los superaban en número y, por supuesto, en habilidades.

—También recluimos en el mismo dormitorio a su sobrina Aleshka, Arcadiy-san.

Mi comandante lo saludó con una breve reverencia ejecutada con un golpe seco de cabeza. El asombro de Arcadiy fue palpable, y yo pensé que debía

aunar toda la paciencia posible con aquella niña cuando nos viese.

—¿Mi sobrina está aquí?

No entraba dentro de los planes, pero Micaela, Jack y Ryan sí que lo estaban. Ellos partirían a la mañana siguiente con los Sabello, en dirección a Roma y después a Londres. Miré al fondo del césped y me encontré con la familia de Arcadiy, a la espera de que avanzásemos. En los ojos de su hermana pude ver la preocupación, pues no nos quitaba la vista de encima.

—Sí, señor.

Arcadiy se encaminó con premura hasta donde se encontraba el resto, mientras que yo me quedé allí, observando cómo se alejaba de mí. Sentí celos cuando llegó a su hermana. Celos tontos de que la abrazase de aquella manera tan reconfortante, de ver cómo Micaela cerraba los ojos con verdadero amor y cómo se preocupaba de las heridas en las que ni siquiera había reparado. Observé que Aleshka salía de casa, al lado del *shogun*. Los ojos le brillaron en exceso; de hecho, creí entrever que alguna lágrima caía de esos pozos celestes.

Jack fue el siguiente, quien se abrazó a él como si le faltase la vida, y la niña impertinente se amarró a la cintura de su tío en cuanto terminó la carrera. Ryan chocó su puño con el de Arcadiy, sobrevolando la cabeza de Jack, para después darle unas palmadas en la espalda y sonreírle con cariño. Ese tipo era duro, pero los quería con locura.

—Quemad todos los cadáveres —le ordené a Chiyo, sin apartar mi mirada de Arcadiy. Mi tía Hana se había detenido a mi lado—. Habla con los Sabello cuando lleguen para organizar la salida de mañana. Es importante que se marchen cuanto antes.

Chiyo asintió quedo en señal de conformidad, se dio la vuelta y comenzó a darles órdenes en japonés al resto de los hombres.

La mirada de mi padre me penetró. Estaba en la silla de ruedas, junto a la puerta de entrada, observándonos a las dos.

Un suspiro de Hana me hizo prestarle atención.

—Me has salvado la vida —añadió con sequedad.

—Te la has salvado tú sola al saltar por la ventana —repuse. Las dos continuábamos con la mirada al frente, serias y sin desviar la atención del mismo hombre: mi padre.

—Has antepuesto tu vida a la mía, sabiendo que era mi hijo quien llegaba.

—Tenías la placa base. Lo principal era robarla y sacarla de allí —rebatí, quitándole importancia.

Suspiró con más fuerza. Mantuve las manos ancladas a mi espalda, en aquella postura de sabia de la que Arcadiy tanto se reía. Un nudo se instaló en

mi garganta en ese perturbador silencio en el que mi tía se volvió para mirarme. Sin embargo, el nudo no era por eso ni mucho menos, sino porque las dudas sobre qué haría Arcadiy ahora que estaba enfadado me asaltaron. ¿Se iría con su familia?, ¿me esperaría?

Las manos de Hana se encontraban en la misma posición que las mías y sus palabras me sacaron del sufrimiento al que estaba sometiéndome:

—*Arigato, misaki.*

Desvié la vista cuando me dio las gracias, cabeceé en señal de respeto y ella sonrió. Algo se removía en mi interior cuando me llamaba de aquella forma tan dulce. ¿Acaso era su *misaki*?, ¿su flor bonita? No era el momento de preguntarle, pero sí que, ante mi mutismo, cuando avanzó, la escuché decirme:

—No seas muy dura con él. —Se refería a mi progenitor.

Esperé unos segundos antes de añadir:

—Tú tampoco.

Cerré los ojos y un pensamiento apareció sin querer en mi cabeza.

Era la viva imagen de mi madre y traía un mensaje especial.

Un mensaje de aliento, de calma y de dolor que algún día superaríamos.

4

Alegría camuflada

Arcadiy Bravo

—¡¿Cómo que te has casado?! ¡¡¡¿Con la japonesa?!!!

—¡¡Aleshka!! —la regañó su madre en un susurro que resultó sonar muy alto.

Miré hacia atrás en busca de Natsuki, quien se encontraba al principio del bosque, ahora sola. Hana pasaba justo por nuestro lado con media sonrisa, unos ojos perversos y una postura igual que la de su sobrina. Cabeceó en nuestra dirección, y tanto Jack como Micaela y Ryan la imitaron. Seguí su rastro gracias al extenso silencio que se creó mientras avanzaba, hasta que entró en el salón, ignorando a Eiji, y se internó en el dormitorio de Kaori. Menudo panorama teníamos entre unos y otros.

—No vamos a montar un drama, *to korítsi mou* —le dije con rotundidad.

Cerró los puños a ambos lados de su cuerpo y me maldije por tener que enfrentar esa situación, con los nervios que ya de por sí tenía dentro. Me llevé la mano derecha a la frente, la restregué y acabé en mi mentón con desesperación, escuchándola berrear como la cría que era:

—¡Acabas de venir y te vas casado! ¡¿Te has vuelto loco?! ¡¡No la conoces!!

No respondí. A lo mejor sí que me había vuelto un poco loco, pero tampoco sabía cómo explicarle a mi sobrina que donde mandaba el corazón, yo no tenía nada que hacer.

—Aleshka... —Fue una llamada de atención por parte de Jack.

Pero la niña era igual de tozuda que su madre, quien la fulminó con la mirada cuando continuó:

—¡Mamá, dile algo! ¡Es tu hermano! —Llevó los brazos al aire, con los ojos muy abiertos y el enfado palpable en su semblante.

—Es mayor y sabe qué decisiones tomar, así que haz el favor de bajar la voz —la reprendió con tono duro y acusatorio—. No estás en tu casa.

Dio un paso hacia atrás, con una pataleta muy clara. Pisoteó el suelo con brío, apretó los dientes, aguantando las lágrimas, y estalló peor que dos segundos antes:

—¡¡¡Esto es increíble!!! ¡Estáis de acuerdo con lo que ha hecho! ¡Y ni siquiera sabemos si está de nuestro lado o...!

—¡Aleshka! —Soné tan duro que se tensó.

Pero mi sobrina tenía ese carácter endemoniado de los rusos, lo que me hacía plenamente consciente de que no iba a permitir que me quedase con la última palabra, y mucho menos si eso significaba que tendría que callarse.

Apretó los puños de nuevo, dio un paso hacia a mí con altanería y pensé en darle el bofetón que le faltaba, por mucho que la quisiese.

—Ha matado al tío Riley —escupió con veneno—, y tú estás aquí, casándote con su asesina.

Mis ojos la atravesaron con rabia. Intenté pensar antes de avanzar, pero fue en vano, pues ya me encontraba a un palmo de su rostro. Ella se alejó por lo que vio en mi mirada e incluso apartó la vista cuando la contemplé con fiereza.

—Jamás —recalqué— juzgues a una persona sin saber la verdad. Eres una *cría* que no tiene ni idea de lo que ha pasado. Piensas que jugar a ser la protectora de tu familia te da derecho a inmiscuirte en las decisiones de los demás, y eso no es así.

Sus ojos habían brillado mucho en el momento en el que había girado el rostro un centímetro para mirarme justo cuando la había llamado cría. Sabía que lo odiaba.

Y lo vi. Vi el reflejo de su ira subir por la garganta antes de escupir ponzoñas:

—¡Yo no soy nin...!

Gracias al universo, a los dioses de aquel lugar o a lo que fuese, Jack intervino de una manera que ninguno esperábamos:

—¡¡Aleshka Williams!! —bramó con un cabreo monumental. Si no fuese porque estaba curtido, habría dado un bote igual que el de mi sobrina. Elevó un dedo índice en el aire y dijo—: Una puta palabra más y te enteras de quién es tu padre. ¡Vete de aquí! —Se retaron, y Jack avanzó un solo paso. El mismo que ella retrocedió—. ¡Ya!

Ella lo miró con descaro, aunque conteniéndose. «Por favor, ni se te ocurra ponerlo a prueba», le pedí en mi pensamiento. Pareció funcionar, porque se dio la vuelta, con las lágrimas bañando su rostro, y caminó hasta perderse por

la parte trasera de la vivienda. Coloqué los brazos en jarra con derrota y mi hermana puso una de sus manos en mi hombro derecho.

—Ya se le pasará. Dale tiempo.

No tenía que pedirme perdón por el comportamiento de su hija, pues todos sabíamos cómo funcionaba Aleshka con sus arranques y su problema de lo que consideraba sus posesiones. Entre ellas, obviamente entraba yo.

Jack desapareció de nuestra vista, yéndose al otro extremo. Ryan lo siguió, momento en el que escuché el rugido de dos motores y supe que Claudio, Alessandro y Angelo habían llegado. Habían organizado una vivienda a escasos metros de la de los Tanaka para que se quedasen la noche entera hasta el día siguiente.

Mi hermana volvió a sacarme de mis pensamientos. Se apartó un mechón moreno del rostro, se lo recogió detrás de la oreja y me tendió un cigarro que cogí con la respiración agitada. Antes de que le diese tiempo a hablar, alguien que olía a misticismo se detuvo a mi lado y me encontré desatado, nervioso e impulsivo, pese a querer retener todos esos instintos. ¿Y si estaba embarazada de Haiden? ¿Y si lo estaba de mí? La cabeza me funcionaba muy rápido como para ponerla en orden.

Por ende, eso me había llevado a hacerme una paranoia mental con Haiden. ¿Y si no había querido matarlo porque ella lo sabía? Tenía constancia de que Eiji no conocía ese detalle, pues, si no, no me habría pedido que le cambiase las hierbas. Pero ella... ¿Lo sabría? ¿Tal vez hablaban los celos y de verdad no habíamos tenido tiempo de acabar con Haiden?

Encima, no eran celos por su culpa, porque ese sentimiento lo había arrancado la posesión y la firmeza con la que Haiden había hablado de ella. Como si fuese de su propiedad, como si no pudiese desligarse de él jamás. Y, pensándolo con frialdad, si llevaba un hijo suyo, nunca lo haría. Siempre nos perseguiría. La probabilidad de que eso ocurriera me perturbó.

—*Konnichiwa*, Micaela.

La miré sin miedo. No me correspondió, por supuesto, solo cabeceó a modo de saludo. Yo continuaba con los brazos en jarra. Por su expresión en el rostro, supe que había escuchado a Aleshka desde la distancia.

—Hola, Natsuki. ¿Te encuentras bien?

Cuando el dedo de mi hermana apuntó hacia su cuerpo, me alteré. Ni siquiera había reparado en que una de las manos de Natsuki se tapaba el costado derecho. De hecho, esa mano había estado casi en la misma posición durante todo el regreso a Magome, sin embargo, la pasé por alto como un necio.

—¿Qué te ocurre ahí? —Fui a tocarla, pero se apartó.

Sus ojos se clavaron en los míos con enojo.

—Nada —sentenció, y me retiró la mirada. También marcó una distancia entre los dos—. Estoy bien. —Se dirigió a mi hermana—: Deberíamos descansar. Mañana nos espera un día largo y es muy tarde.

Micaela suspiró antes de responderle:

—Sí. He hablado con Tiziano y nos marcharemos a primera hora. Gracias por dejarnos un espacio. Sé que ha sido todo muy rápido.

—En todo caso, las gracias debería dároslas a vosotros por proteger mi hogar. Que descanséis.

Continuó su camino sin echar la vista atrás tras el breve asentimiento de mi hermana. Yo no la miraba porque me quedé prendado de la japonesa, quien entraba con paso firme, saludaba a su padre sin acercarse y se encaminaba escaleras arriba, dejándonos a todos allí. Los ojos de Eiji se cruzaron con los míos, e inevitablemente supe que todo el mundo se había enterado de nuestra disputa.

Ya lo esperaba antes de fijarme en ella. Puse cara de hastío, aunque me encantaba que hiciese de hermana mayor. Estaba con los brazos cruzados en el pecho y me pareció más amazona salvaje de lo que ya era.

—Tu noche de bodas y ya la has cagado hasta el fondo. Eres un máquina —comentó con ironía.

—¿Hablamos de tus cagadas con Jack? —cizañé arrogante.

—No. Hablamos de las tuyas, que han llegado después. Porque las mías hace ya tiempo que las he solventado y no procede.

Sonreí con desgana, pero lo hice porque me pareció graciosa su manera de rebatirme.

—Ya tengo suficiente con una rusa y una japonesa, y ahora no quiero endemoniarme con otra rusa más. Es mucho.

—Cuidado, Arcadiy Bravo, que me sacarás una cabeza, pero la hostia te la llevas hasta con impulso —aseveró con rudeza, pero su gesto cambió y rio después de la amenaza.

Busqué de nuevo a Natsuki, aunque ya se había perdido en su habitación, porque las puertas de bambú no daban margen para mirar más allá de un trozo de las escaleras que iban a la segunda planta.

—Necesito que me ayudes... —murmuré, y sus barreras cayeron. Lo supe porque se acercó a mí con urgencia.

—Habla.

Le conté lo que había ocurrido con Haiden, lo que me había soltado y el arrebato que me había llevado a actuar como un energúmeno cuando nos subimos al coche. Sin embargo, me di cuenta de que contárselo a Micaela no

había calmado mi pesar, sino que lo había hecho mucho más grande. Quizá eso se debía a que la persona con la que tenía que hablar estaba dentro de aquella casa.

—Deberías hablarlo con ella, Arcadiy. Pero, por favor, no seas un burro.

Pensé que podría controlarme, que no actuaría de la forma que Micaela me había dicho, pero tardaría menos de diez minutos en comprobar que no.

—¿Y si está embarazada, Mica? —murmuré.

Se hizo un largo silencio hasta que contestó:

—Entonces tendréis que tomar decisiones. Juntos. Porque te recuerdo que sois un matrimonio.

La miré.

—¿Qué hay de eso? —Movió los hombros con desinterés y esbozó una sonrisa—. ¿No vas a pegarme por casarme sin ti?

Sonrió con ternura, se acercó y depositó un casto beso en mi mejilla.

—Voy a pegarte si no cuidas esto que te late aquí. —Tocó mi corazón y giró sobre sus talones, en dirección a Jack—. No la cagues más, hermanito.

Su último comentario se lo llevó el viento, y comencé a caminar hacia el interior de la casa, donde me topé con Eiji, quien no se había movido del sitio. Me detuve cuando llegué a su altura, viendo que cerraba los ojos con... ¿consuelo? Me asombré de ese gesto, y cuando los abrió me pilló, por supuesto.

—Estás bien —soltó con tono neutro. No era una pregunta y decidí rebatirlo:

—Hombre, algún arañazo tengo, pero sigo vivo, para tu desgracia.

Rio.

—Creo que tenemos que solucionar conflictos, aunque sean casi las cinco de la mañana.

Tragué saliva y mis ojos se fueron a la segunda planta de manera inevitable. Eiji movió la silla de ruedas en dirección al interior.

—El problema más gordo lo tienes tú —opiné.

Se detuvo en mitad del salón.

—Será que tú lo tienes muy fácil. Ya me lo dirás —se jactó.

Tiré del mango de la silla para detenerlo.

—Dime que no has visto nada raro.

—¿Ahora te interesan las visiones de los *chalados*? —Sonrió.

Me dieron ganas de darle un puñetazo, porque sabía que pretendía enfadarme.

—¿Ha sido alegría camuflada por volver a verme lo que he visto, señor Tanaka? —ataqué, sabiendo que le jodía una barbaridad, y más si retomaba el

formalismo con él.

—¿Verte a ti? —Apartó mi mano de la silla con un manotazo—. ¡Ni loco!

Lo adelanté por la izquierda y me detuve al principio de las escaleras. Elevé mi dedo índice y lo apunté:

—Voy a regalarte unas piernas mecánicas solo por tener el gusto de darte la paliza de tu vida.

—Ni en tus mejores sueños, fanfarrón —soltó con gracia, y no pude aguantar la risa.

—Ve, ve. —Moví la mano, apuntando hacia la puerta de su dormitorio, a la cual se acercaba—. Que verás lo que vas a dormir con la bronca que te espera.

Se giró con altivez, movió el rostro un poco hacia la derecha y señaló la parte de arriba.

—Pues ármate de paciencia. Vas a necesitarla.

Torcí el morro y añadí con mi tonito de siempre:

—Me cae usted fatal, señor Tanaka.

Su ronca carcajada me sacó una sonrisa antes de que se internase en el dormitorio y me dejase a solas en el salón. Chiyo cabeceó hacia mí, despidiéndose cuando cerró las puertas que daban a la calle. Le correspondí y miré hacia arriba.

—No la cagues, no la cagues, no la cagues... —me repetí como un mantra.

Allí iba. A cagarla, por supuesto.

Si la puerta de mi dormitorio se encontraba cerrada, quería decir que Natsuki ni lo habría pisado, por lo que no demoré mis pasos hasta que llegué a la suya. Deslicé el bambú y entré, escuchando el ruido del agua correr al fondo. Tomé varias respiraciones grandes, armándome de paciencia.

Ojeé el interior antes de dar un paso. La ropa estaba esparcida por el suelo, lo que me llevó a maldecirme por no haber sido yo el que le quitase ese vestido en nuestra puñetera noche de bodas. Estaba saliendo todo como el culo.

—Estoy ocupada.

Sus palabras llenas de enfado me advirtieron que era mejor marcharme de allí. Sin embargo, era muy masoca por naturaleza y me gustaba echarle pulsos a la vida.

Me llevé las manos al nudo de la venda, después al filo de la camiseta hecha un desastre, e hice lo mismo con el resto de la ropa para desprenderme de ella antes de que le diese tiempo a echarme de allí a patadas. Avancé con largas y firmes zancadas, abrí la mampara de la ducha y entré. Se giró hasta quedarse de medio lado, con su rostro transformado en un claro reflejo de lo

mal que le sentaba que acaparase su mismo espacio.

—Te he dicho que estoy ocupada —sentenció con dureza.

—Me parece estupendo —objeté. Di un paso y ella retrocedió otro.

La distancia no era muy grande, así que poco tendría que hacer. No cambió su semblante, y yo sabía que aquello no era buena idea, que debíamos apagar el fuego que a ambos nos crepitaba en el pecho.

—¿Tienes un problema de audición, entonces? —cuestionó con el grifo en la mano, muy pegado al pecho.

Me dio la sensación de que estaba protegiéndose de mí, por lo que no dudé en estirar la mano, quitárselo y colocarlo en el aplique, causando que el agua nos empapase a los dos. Atisbé el movimiento de su respiración agitada, tal vez igual que la mía. No me detuve en eso.

—Tengo problemas peores como dejar a miserables vivitos y coleando.

Resopló, se giró de cara a la ducha y alargó la mano para coger el gel, sin vergüenza ninguna por estar desnuda. Me encantaba esa parte de ella que continuaba rompiendo miedos.

—No pienso discutir este tema contigo ni una sola vez más. —Habló como si aquello derrumbase su paz mental.

Pero yo no estaba dispuesto a cerrar el pico:

—Haiden me ha dicho que estás embarazada.

El movimiento de su mano se detuvo en el aire. Aprecié la tensión en sus hombros, pues la rigidez tomó gran parte de su cuerpo. Movió el rostro lo justo para mirarme de soslayo.

—¿Tanta familiaridad tienes con Haiden para hablar de eso y creerte semejante patraña?

—Es posible que lo supieses y por eso no has querido acabar con él. Dime que me equivoco, ¡vamos! —Me puse más chulo de lo estipulado. ¿Estaba dándome un ataque de celos desmedido, sumado a un posible problema?

—¡Por supuesto que te equivocas! —Se giró como un vendaval—. ¡Sabes que me tomo...!

—¡Te tomas unas hierbas que él ha modificado sin que te des cuenta, Natsuki! —Elevé los brazos al techo.

La duda formó parte de su rostro, y entonces sí que me mareé. Intentó arreglarlo de inmediato, pero ya había visto esa mueca dudosa que no iba a olvidar.

—Nadie ha tocado mis hierbas nunca —repuso con tono calmado, como si hubiese recuperado la capacidad para hablar y respirar a la vez.

A mí el corazón me bombeaba con mucha fuerza.

—¿Y cómo lo sabes? —le pregunté con arrogancia, dando otro paso más.

—Porque no las ha tocado. ¡Y tú estás fiándote de su palabra, sabiendo lo manipulador que es! —se enervó. Señaló con su mano izquierda la mampara en los segundos que necesité para reflexionar sobre su último comentario—. No voy a discutir más. Vete de aquí.

Otro paso más.

Ella se pegó a la pared porque no había más hueco para separarse.

—No quiero —solté firme.

—Que te vayas. —Se cruzó de brazos, en una postura de enfado.

Ese movimiento provocó que sus pechos se alzasen, quedando expuesta y perfecta. Entrecerré los ojos y di el último paso que nos separaba, agaché el rostro, tiré de sus brazos para que la distancia fuese mínima y murmuré con tono grave:

—Dime que no lo has dejado vivir aposta, tigresa. Dímelo, o voy a volverme loco.

Elevó la cabeza con brío, como si ese hubiese sido el impulso que había necesitado para mirarme fijamente a los ojos. Se aproximó tanto que nuestros labios casi se rozaron. Su aliento impactó de lleno en esa parte de mi cuerpo y sentí que perdía los nervios.

«No vayas por ahí, Arcadiy. No está la situación para eso», me dije, pero me ignoré también. Desde luego que lo hice.

—Pues vas a volverte loco porque te da la gana. No tienes motivos —soltó con tono huraño.

Había fruncido mucho el ceño, y cuando hacía eso se me cruzaban los cables en la cabeza porque estaba preciosa. Sin ser consciente siquiera de lo que hacía, mi mano derecha se fue a su mejilla y la aproximé como un bestia a mí. Mi lengua buscó la suya casi enfurecido, con ganas de soltar todo lo que llevaba dentro. Todo lo que me había callado por ser un idiota que no había medido sus palabras antes de decirlas y hacerle un daño que, bajo mi punto de vista, era lo que había provocado.

No tardé en sentir que sus manos subían por mi cintura y terminaban enredándose en mi cabello, apretándome más a ella. La empujé como un animal hacia los azulejos y descendí las manos hasta alcanzar su trasero, el cual empujé con un breve movimiento hacia arriba. Sus piernas se cruzaron alrededor de mi cintura mientras nuestras salivas se mezclaban con el agua de la ducha. Sentí mi polla saltar, acomodarse y quedarse en su entrada para embestirla con una rudeza pasmosa. Jadeó en mi boca cuando el roce fue más intenso y no dudé en ser un poco más cabronazo, sabiendo que no me lo diría.

—Dime ahora que me marche, Natsuki. Dímelo...

Deslicé la lengua por su garganta con maldad, mordiendo en cada ocasión

que tenía, clavándole mis dientes y lamiendo después para paliar ese inicio de dolor que ocasionó que un grito escapase de su garganta.

—Arcadiy... —gimió, restregándose contra mi dureza.

Agarré sus caderas con fuerza, elevé mi rostro empapado y apoyé la frente sobre la suya. Presioné mi cuerpo todo lo que pude y más, de manera que la dejé inmóvil entre la pared y mi peso. Alargué una mano, pellizqué su pezón derecho y después el otro, sin dejar de contemplarla. Con agresividad, con desesperación, con ganas de provocarle un infarto.

Noté que sus roces eran más continuos, sin disimulo y excitantes. Estaba cogiendo carrerilla, y eso me encantó.

—Dime que me vaya, o voy a follarte tan duro que van a escucharte en todo Japón.

Jadeó, dejándome extasiado. Estaba a punto de enterrarme en ella como un jodido demente. Noté su humedad en mi glande, su hinchado botón que pedía a gritos ser aliviado.

—Así no se arreglan las cosas, *griego* —susurró, hincándome las uñas en los hombros con malicia.

—¿Quieres ver cómo soluciono yo las cosas, *tigresa*? —Usé su mismo tono, sabiendo que estaba al borde de perder los nervios.

Su respuesta me dejó estupefacto, aunque no me frenó, sino todo lo contrario, porque estaba dándome unas alas de las que era plenamente consciente:

—Ahora solo quiero que me folles como has dicho. Luego ya veremos cómo solucionamos nuestras disputas.

Empujé y aprecié que se separaba de mí un centímetro, que arqueaba la espalda y que abría los labios conteniendo un grito. No medí la fuerza, las ganas ni el control. Lo perdí todo en los desquiciantes movimientos que se sucedieron a continuación, importándome una mierda si nos escuchaba alguien más en esa casa.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Su cuerpo se tambaleó con violencia mientras trataba de mantener las manos ancladas a mis hombros. Buscó mis labios con desesperación, con pasión. Fui un bestia cuando agarré su labio inferior con mis dientes y tiré de él. Amortigüé el grito que pugnó por salir de su garganta, devorándola como solo yo sabía.

Sus pechos subían y bajaban y mi intensidad era cada vez más letal. Siete, ocho, nueve, diez... Los músculos de su sexo se comprimieron, indicándome que iba a correrse de inmediato. Elevé una de mis manos, agarré su mentón con fuerza e inmovilicé su rostro para no perderme un solo detalle de aquellos

ojos al llegar al orgasmo. Sus labios se entreabrieron, sin dejar de soltar gemidos ahogados que deseaban convertirse en alaridos de placer. No cejé en mis movimientos, no frené el ritmo aun sabiendo que estaba llevándola al límite.

Con la mano libre, apreté su cadera con fuerza y bisbiseé con voz ronca:

—Grita. Grita y deja que todo el mundo sepa cómo te corres sobre mi polla.

Estaba fuera de control. Estaba fuera de control con ella.

—Ar... ca... diy... —Llevó una de sus manos a la que aguantaba su mentón y la apretó. No supe si indicándome que le hacía daño.

—Escucha cómo chapotean. Escúchalo. —Jadeé al borde de un infarto, con aquel sonido de fondo tan espectacular.

—Arcadiy..., ¡por los dioses! —soltó desinhibida.

El gemido que se escapó de sus labios rozó el delirio, ronco y bello en todo su esplendor. Deseé escucharla de nuevo, sentir que se me erizaba la piel con solo oírla morir agónicamente de placer.

—¡Grita! —le exigí, bombeando como un desquiciado, al borde de correrme también.

Entreabrió los labios de nuevo en el momento en el que sus paredes me absorbieron como si quisiesen tragarme, y me vi obligado a soltar su mentón para acorralar con firmeza aquellas caderas que se movían al compás. ¿Qué había sucedido con la Natsuki que conocí?

Pensé que nuestros cuerpos se fusionarían con los azulejos del baño y me vi obligado a sujetarla con tesón, pues ella misma había comenzado un baile desenfrenado sobre mi miembro, con ganas de absorberlo, de partirlo. Mis ojos la buscaron con una mezcla de estupefacción y lujuria que no pude explicar.

Me la encontré con la mirada clavada en la mía.

—Vamos, griego, enséñame cómo gritas tú.

Por supuesto, obedecí.

Y, por supuesto, me echó del baño en cuanto nuestro arrebatado encuentro se terminó.

5

Problemas matrimoniales

—¿No se supone que con un polvo las cosas se arreglan?

—Alessandro, que eso es un tópico, pero que tiene más mentira que verdad. A ver si dejas de leer tantos libros —añadió Jack. Yo me mantuve en silencio.

—La verdad es que has sido un crac —proclamó Claudio—. Tu noche de bodas y tenéis pelea y polvo sin reconciliación.

—Para que le den un premio, vaya. —Ese fue Alessandro.

Después de la patada que casi me dio Natsuki para que abandonase el baño, no me quedó más remedio que salir a más de las cinco de la mañana a la parte trasera de la casa, sentarme delante del bosque con un fresquito para mirárselo y coger una botella de sake que mi recién estrenado suegro se había asegurado de dejarme en la mesa de la cocina. Como si ya hubiese dilucidado que mi táctica no iba a funcionar.

Bueno, si es que a eso podía llamársele táctica, porque no era lo que inicialmente había pretendido. Solo quería hablar con ella, aunque hubiese dado a entender que no.

Jack y Ryan me habían visto desde la otra casa, pues ellos tampoco habían conseguido conciliar el sueño. El primero, evidentemente porque había seguido con la guerra de su hija en la casa, y el segundo por hacerle compañía. Los italianos, que dormían con un ojo abierto y otro cerrado, salieron con los pijamas —excepto Alessandro, que se colocó el kimono de dormir— en cuanto los vieron abrir la puerta de la calle. Menos mal que ellos sí que tenían una botella de algo más fuertecito. Y allí llevábamos más de dos horas sentados.

Según Claudio, Angelo dormitaba con un pijama de seda verde pistacho, el antifaz de pelo con dos orejas como adorno y unos ronquidos que podrían

despertar a medio Japón. Fue exagerado, pero me lo imaginé con unas rodajas de pepino debajo de ese antifaz tan curioso. Eso me sacó una sonrisa.

—¿Qué va a ocurrir si está embarazada de ese condenado?

Al final, una pregunta coherente por parte de Claudio, aunque no quería ni pensar en ella.

—No lo sé —murmuré, dándole un golpe a mi cigarro para que la ceniza se cayera.

—Pero ella dice que no es posible —añadió Ryan con convencimiento.

Todos lo miramos, porque era el único que se creía aquello. Pero... ¿y si Natsuki tenía razón y ella sabía que no era posible? Sus ojos habían dudado, y eso estaba matándome.

—Haiden ha demostrado ser un tipo listo. No creo que haya sido un farol —murmuré.

—También es un manipulador —objetó Ryan.

—También, ese niño puede ser tuyo.

—Alessandro —gruñí—. Se supone que estamos aquí para subirme la moral, no para hundirme la vida.

Nos encontrábamos en fila, como ya nos habíamos acostumbrado a hacer, y como no teníamos a Tiziano, ahora eran dos de sus hermanos los que ocupaban nuestras filas, mirando al bosque e intentando tranquilizarme, a medias.

—Los niños no hunden la vida. Que me lo digan a mí, que casi no conozco a la primera si no llega a ser por mi inteligencia.

Todos miramos a Jack, y después me miraron a mí porque por aquella época mi hermana estaba conmigo y yo había pasado de Jack por su jodida culpa. No había que ser muy listo para saber que Tiziano había puesto al corriente a su familia, pues allí el mínimo chisme se convertía en el acontecimiento del año, sobre todo si era algo relacionado con ellos. Y Tiziano había estado involucrado en la vida de mi hermana y Jack desde el principio. Pero eso era agua pasada y ya no había que darle demasiadas vueltas.

—Tu inteligencia se llama Aarón, y te recuerdo que se ventiló a tu mujer. —Fui dañino, porque le había tirado una pulla como él había hecho.

—¿A que todavía terminas con el ojo morado?

Fui a responderle con chulería, como si de verdad lo que me hiciese falta en aquel momento fuese una paliza, pero un carraspeo a mi espalda nos tensó a los cinco.

Nos giramos a la vez.

—Uuuh, yo me piro. Que tengo que cambiarme para coger un avión.

El cielo ya comenzaba a despuntar. Alessandro, después de ese comentario, se levantó como impelido por un resorte. Mascullé un «Venga», dándole a entender que podía irse a tomar por culo si quería, porque la japonesa llegaba y todo el mundo levantaba el ancla.

—¿Habéis terminado vuestra reunión de alcohólicos anónimos?

—Nadie ha bebido.

Natsuki enarcó mucho una ceja gracias a mi respuesta dicha sin pensar. Miró las botellas que había en el suelo y yo seguí su movimiento.

—¿Podemos hablar? —me preguntó. Llevaba las manos a la espalda.

No escuché ni un adiós, sino pisadas de elefante desapareciendo por el espeso prado en dirección a su casa. Tomé una gran bocanada de aire, maldiciéndome por no haberme preocupado siquiera por la herida del costado de Natsuki, pues ahora apreciaba que bajo la camiseta se notaba una gasa abultada.

Pero sí que había entrado como un becerro en la ducha y me había desquiciado un poco mucho.

—Claro —fue lo único que conseguí decir.

Se acomodó en su postura habitual de meditación, como si ya la tuviese tan arraigada que no pudiese colocarse de otra manera, y apoyó las manos en el césped. Cerró los ojos un segundo, respiró con tranquilidad y se dejó llevar por el inexistente ruido. No estuve incómodo, porque en esa fracción de segundo me dio tiempo a apreciar a la gran mujer que tenía a mi lado. A recapacitar sobre lo que había ocurrido.

—No te había imaginado nunca de esa forma tan... bestia.

Su tono calmado era el de siempre, pero supe que había llegado el momento de pedir perdón por partida doble, ahora que me había reconocido a mí mismo que lo de Haiden había sido un ataque monumental de celos.

—Natsuki, yo... He sido un capullo que...

—Me ha encantado —susurró sin abrir los ojos e interrumpiéndome, para mi sorpresa.

La miré con más atención, porque me había dejado mudo y sin poder continuar con mi disculpa.

—¿De qué hablamos exactamente?

—¿Siempre que discutamos será así? Nuestros problemas matrimoniales, quiero decir —aclaró, y abrió los párpados para mirarme.

Sus mejillas se enrojecieron y a mí me dio un vuelco el corazón.

—¿Te refieres a lo que ha ocurrido en el baño? —Asintió y me dejó perplejo—. Mmm... No sé qué decirte, porque no hemos arreglado nada.

—Yo sí —aseguró con aplomo—. Pero primero quiero que me respondas.

Me pilló desprevenido. A decir verdad, todo con ella me pillaba desprevenido. ¿Qué se suponía que había arreglado? No la entendía.

—Pues... No tengo experiencia con esto, pero es posible que actuemos así, sí. Siempre que los dos queramos.

—¿Y qué habría sucedido si te hubiese dicho con firmeza que te marchases?

—Que me habría ido. Evidentemente.

—Me habría parecido horroroso después de haberte visto así. —Natsuki y su sinceridad extrema.

—¿Así?

Cabeceó en señal afirmativa. Yo sabía a lo que se refería: a haber perdido la delicadeza, a haberme vuelto posesivo, desquiciado, loco. La conversación me desubicó.

—Pero tú sabías que no iba a pedírtelo —repuso con tono tranquilo. Aguanté la sonrisa, una que se me borró de un plumazo cuando tiró algo sobre mis piernas y se levantó—. Habría preferido que entrases en el dormitorio conmigo antes de que bajases aquí con ellos, pero entiendo que se marchan esta mañana y eran mejor compañía que una mujer con la que solucionar tus problemas.

Cogí el cacharro como si quemase, lo elevé en el aire e intenté levantarme sin que las piernas me fallasen para alcanzarla. Demasiadas horas sentado en la misma posición, no es que estuviera borracho.

—Natsuki, ¡espera! ¡Joder, espera!

Fui a cogerla del brazo, pero se apartó. La aniquilé con la mirada, aunque no me dio tiempo a soltarle la frasecita de los desplantes cuando se cruzó de brazos y sentenció:

—Por suerte o por desgracia, mi padre siempre tuvo pruebas de embarazo en casa. Siempre que tenía algún retraso era motivo de ansiedad, porque las hierbas no podían fallar. —Dio un paso para desafiarme. No me moví, porque me lo merecía—. Si tiene una rayita es negativo, si tiene dos, felicidades.

Ya había mirado las rayitas con anterioridad, y solo había una marcada. Resoplé, porque se giró para marcharse y dejarme allí plantado.

—Natsuki, por favor, espera. —Corrí y me coloqué delante de ella, deteniéndola. Alcé las palmas de las manos pidiéndole paz—. ¡Déjame que hable! ¡Vamos a hablarlo!, ¿vale?

—Te has dejado convencer por un cerdo manipulador. ¡Ni me has preguntado cuándo ha sido mi último sangrado! —se exasperó, permitiéndome ver a la japonesa alterada que tanto me gustaba—. ¡Que fue hace solo tres semanas! ¡Idiota!

Contuve la risotada porque me había insultado y por lo arcaico que me parecía lo del sangrado, pero me aguanté las ganas y no objeté nada. Ella bufó, con sonidito incluido. Sabía que no podría engañarla.

—¿Puedes llamarme gilipollas? Merezco un insulto más gordo. He sido un capullo tremendo.

Ahora, la que retuvo el aire fue ella, porque las aletas de su nariz se hincharon y deshincharon con exageración. Moví las manos con más cuidado, pidiéndole un tratado de paz que no me concedió, porque dio media vuelta, me echó una mirada aniquiladora y adelantó el paso hasta casi llegar a la parte trasera de la vivienda.

—¡Natsuki! ¡Natsuki, coño! ¿Podemos hablar? —la llamé a viva voz.

Se giró con muchísimo enfado, dio un paso en mi dirección, me señaló con un dedo y, cuando llegó a mí, golpeó mi pecho con saña.

—Te has creído una patraña de Haiden, ¡y mira en lo que ha desembocado!

—¡¿Y si hubiese sido verdad?! ¡Cuando te lo he dicho, has dudado! —La señalé, acusador—. ¡Y no me mientas!

—¡¡Tú me has hecho dudar!! —se enervó gritando—. ¡Yo sabía que no era posible porque apenas nos veíamos!

Tragué saliva, fruncí el ceño y di un paso para estar cara a cara. La miré desde arriba e intenté calmar mi tono de voz antes de preguntarle:

—¿Y si hubiese sido verdad, Natsuki? ¿Y si hubieses estado embarazada?

Apretó los dientes tanto que me los enseñó. Su respuesta me removió algo que no supe describir:

—Me lo habría arrancado con mis propias manos, Arcadiy. Con mis propias manos.

Y aun con esa respuesta y sabiendo la disputa que podríamos haber tenido, había entrado en el baño y me había derramado dentro de ella sin miramientos. Era un crac, como me había dicho Angelo.

—¿Y si ese niño hubiese sido mío? —No contestó, aunque su mirada se enturbió—. ¿Te lo habrías *arrancado* de la misma forma, sin pensar que a lo mejor estabas matando a nuestro hijo?

Fui dañino, y lo supe porque sus ojos brillaron. En una situación de ese calibre habría sido muy difícil decidir qué hacer o qué no. Ahí sí que hubiese sido verdad que la vida nos habría puesto una prueba de fuego.

—Yo tenía muy claro que no era posible —siguió en sus trece, supe que cambiando de tema.

Pensé que su rabia se había aplacado, pero no, me equivocaba. Natsuki tenía un carácter armado de valor, un carácter que no había sacado nunca excepto cuando me conoció a mí.

—Yo solo quería mantener una conversación contigo. Hablarlo. Pero no me has dejado.

Me miró como si me hubiesen salido tres cabezas, adelantó un solo paso, entrecerró la mirada y elevó una mano, con el dedo índice apuntándome de nuevo.

—El que no ha sabido mantener una conversación has sido ¡tú! —Golpe—. Porque piensas que, haciendo lo que has hecho —golpe, y prometo que no me reí, aunque tuviese ganas por sus palabras—, voy a ser una tonta que caiga rendida a tus pies.

Golpe doble. Aparté su mano con un movimiento suave aunque con cara de malas pulgas.

—¡Yo no te he pedido que caigas rendida a mis pies! —me exalté.

—Piensas que soy como tus amantes y...

—No tengo amantes —la interrumpí con mal tono—. ¡Deja de liar las cosas, Natsuki!

—¡Pues las que tuvieses! ¡No soy como las mujeres occidentales con las que has estado! —¿Por qué estaba alterándose tanto?—. ¡Haberte quedado con Noa!

Abrí los ojos de manera desmesurada.

—No menciones a Noa —la advertí sin malas intenciones, porque ella no tenía nada que ver en nuestra disputa.

El dolor regresó a sus ojos, dándome a entender que había recibido mal mi comentario. Y me lo confirmó:

—Así que te duele. —Su tono me mató.

Fui a intentar sujetar su mano, pero de nuevo la apartó. ¿Qué estaba diciendo? ¡Si con Noa no había tenido nada que no supiese!

—¡No hagas más eso! ¡No te alejes de mí por una gilipollez! —estallé—. ¡Noa no tiene nada que ver con esta conversación! ¡Ni siquiera las mujeres con las que he estado antes!

Ahí llegaba mi cagada monumental, porque era así por naturaleza.

—¡No pienso hacer lo que tú quieras, cuando quieras! —Entendí que su ejemplo de las comparaciones había venido por eso—. ¡No vas a comprarme con un revolcón y hacer que olvide que me has hecho daño creyendo a un psicópata antes que a mí!

—Estás exagerando las cosas. —Traté de poner de mi parte, pero estaba fuera de sí.

Extendí una mano hacia ella, intentándolo una última vez. El manotazo cayó con vehemencia sobre mi dorso.

—Mi palabra va antes que la de los demás. ¡Y no pienso ser tu sumisa

tonta!

Me crucé de brazos en aquella postura chulesca que la desquiciaba.

—Pues para no querer ser una sumisa, lo has sido durante muchos años. —Sus ojos se agrandaron muchísimo y me arrepentí al instante. Descrucé los brazos más rápido que el viento, pero ya había dado un paso hacia atrás—. No quería decir eso. ¡Natsuki! —Se giró, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Natsuki, por favor, no quería decir eso!

Intenté alcanzarla. Movió el brazo de manera brusca para que no la tocase y añadió, con un susurro dolido:

—Ya lo has dicho.

Mis brazos cayeron a plomo, siendo consciente de que me cortaría las pelotas si se me ocurriese ir tras ella. Me había engañado con el inicio de esa conversación, y ahora me había quedado descolocado por el giro tan sorprendente de los últimos minutos. Sí. sí que estaba enfadada. Ya entendía a qué se refería su padre: no era tan calmada como aparentaba y era un hueso duro de roer.

Pero yo la había cagado hasta el fondo y más allá.

Me llevé las manos a la frente, desesperado porque no sabía qué hacer ni cómo actuar para arreglar la gran metedura de pata. Sin embargo, de lo que no era consciente era de que la situación iba a complicárseme mucho más en breves minutos.

Aligeré los pasos hasta que alcancé el borde del espeso bosque, advirtiendo que antes de llegar a la vivienda donde estaba Chiyo residiendo había un pequeño riachuelo del que no me había percatado. La belleza natural me sobrecogió, aunque más lo hizo encontrarme con mi mujer —qué extraño se me hacía aquello, porque no lo pensaba como una posesión— sentada en una de las rocas que delineaban el agua, en postura de meditación.

Unos pasos me avisaron de la presencia de otra persona más en mi área. Era Asahi, el *shogun*.

—Es una gran mujer, Arcadiy-san. Pero debes cuidar mucho su sensibilidad. —Lo miré. ¿Habría escuchado nuestra bronca? La pregunta acertada era quién no la había escuchado—. Ha sufrido mucho.

Asentí, sin saber qué contestar, porque continuaba dándole vueltas a la gran cagada que había cometido minutos antes. Atisbé que mi familia, incluidos los Sabello, salían en tropel de la casa del comandante del clan Tanaka y se dirigían hacia el mismo punto en el que me encontraba yo. Ya era hora de partir, y no lo habían demorado durante mucho más.

Esperé paciente a que llegasen y nos encaminamos hacia la parte delantera de la vivienda de los Tanaka, donde Eiji se encontraba en una punta, con

Chiyo, y Hana en la otra. Lo busqué con la intención de hacerle la apreciación muda de que él tampoco había sabido resolver sus diferencias. Natsuki no llegaba, y tuve un impulso malo de coger la maleta y marcharme con ellos. Se quedó en eso, en un impulso, porque haber actuado de esa manera habría sido el detonante para que pensase que me guiaba por estímulos que ni valoraba.

—Principito. —Alessandro chocó su mano con la mía y palmeó mi espalda con brío—. Cuídate mucho y recuerda que siempre seré tu apoyo japonés.

Ambos reímos por ese comentario. Después lo siguió Claudio, con su habitual y elegante traje de chaqueta.

—No te metas en muchos problemas sin nosotros, por favor. Te necesitamos vivo y en la *famigghia*[3].

Sonreí con aprecio, pues no sabía cuándo volvería a verlos. Ellos se quedarían en Italia, ya que, cuando terminásemos en Japón, volaríamos a Londres en busca del único cabo suelto que nos quedaba por enterrar. Se suponía.

Dentro de esos cabos ya había contado con verificar si Haiden estaba muerto. «Ojalá».

—¡¡Amigo!! —Angelo extendió los brazos y tuve que reírme por su efusividad. Mejor no hablábamos del traje color caramelo con detalles en celeste que ese día vestía. Alguien debería decirle a ese señor que algunos tonos no casaban.

Palmeé su espalda con el mismo cariño que con el resto; un sentimiento que jamás pensé que tendría con aquel ser endemoniado que, de entre todos, era el que peores cometidos llevaba a cabo.

El abrazo de Ryan fue inmenso, tanto que sentí cómo me llegaba al alma, sobre todo cuando Jack se sumó y los tres juntamos nuestras frentes.

—No quiero un puto rasguño más antes de verte —me advirtió Ryan.

—Ahora no vas a requerir de momentos de acción, así que trata de sanar las heridas y... —Jack miró hacia un lateral e imaginé que Natsuki se acercaba— de arreglar las cosas con ella.

Asentí, cerrando los ojos y conteniendo la emoción, pues de nuevo volvíamos a separarnos, aunque fuese por un breve espacio de tiempo. Unos golpes fueron suficientes para que nos apartásemos y ese momento emotivo diese paso a los últimos en despedirse: mi hermana, quien ya me esperaba, y mi sobrina Aleshka, que...

Fruncí el ceño cuando Mica me atrajo hasta ella.

—Nunca te lo digo, pero te quiero mucho, Arcadiy. —Se separó y atisbé la duda en su mirada antes de que me abrazase. Miré a mi sobrina—. Nos vemos en tres semanas.

Tres semanas era el tiempo que habíamos establecido después de ir a la fiesta de Goro. Un tiempo para que los Tanaka asimilaran su dolor con Kaori, la dejasen marchar con tristeza y se despidieran de ella. También era un tiempo necesario para que Eiren y Enzo sacasen toda la información de la placa base, la copiaran en Catania y mi hermana, Jack y Ryan pudieran marcharse a Londres en busca de Aarón y Noa.

Micaela se separó de mí.

Aleshka y yo nos contemplamos con fijeza.

Y entonces me descolocó que su madre la abrazase como si le fuese la vida en ello. Tras eso, llegó su padre y actuó de la misma forma. A mí el pecho me bombeó muy fuerte. Miré a Eiji, quien permanecía serio e imperturbable.

—Estará bien —dijo Asahi, para mi sorpresa—. Tendrá una buena maestra.

—¿Maestra? —le preguntó Aleshka.

—¿Maestra? —pregunté yo, por si alguien me contestaba.

Unas palmaditas en la espalda por parte de Alessandro casi me desplazaron.

—La situación mejora, ¿eh?

Me dieron ganas de borrar de un puñetazo su sonrisa arrogante. Miré a Natsuki, quien se mantuvo en postura de señor de ciento cincuenta años, sin quitarle los ojos de encima a mi sobrina.

—Yo estoy mayor para enseñarte, niña. Eiji no puede, como podrás ver —lo señaló, pues estaba a su izquierda—. Y te convertirás en la *deshi* de tu nueva *shogun*.

Mis ojos se abrieron como platos. Mi japonesa no se inmutó, así que me acerqué a ella aunque estuviésemos enfadados, sin saber dónde meterme ni querer entender lo que significaba eso.

—¿Qué vas a enseñarle tú a mi sobrina? —cuestioné con malhumor.

Natsuki me observó.

—Si es mi discípula y yo soy su maestra, es muy sencillo, Arcadiy Bravo.

Me descompuse.

—¿Tú sabías esto? —inquirí con estupefacción.

—No.

Abrí y cerré la boca como un pez fuera del agua. Mi sobrina puso mala cara, y mi hermana y Jack ya estaban esperando a que los buscase a ellos.

—¿Vais a dejarme a la niña aquí? —pregunté ojiplático.

—A la *cría* —recalcó Aleshka con maldad.

Amusgué los ojos, fulminándola con la mirada. Elevé un dedo en el aire para advertirla de que no debía pasarse ni un pelo.

—Quiere aprender su cultura. Ya sabes lo mucho que le gusta. Y... —mi hermana miró a mi japonesa después de hablarme a mí— sé que no habrá nadie que pueda enseñarla mejor que tú, Natsuki. Pero si es un impedimento, puede esperar.

Mi actitud fue la misma que si estuviese en un partido de tenis, porque mi tigresa asintió, como si estuviese dándole el beneplácito para que se quedase con nosotros. Abrí los ojos de manera desmesurada y exclamé con tono alarmado:

—¡Pero si no puede ni verte!

Escuché las risas de los italianos y de Ryan de fondo.

Natsuki no me miró, sino que continuó con la vista clavada en mi sobrina. Y, cuidado, porque la otra tampoco desvió sus cristalinos ojos, sabiendo que la japonesa estaba echándole un pulso silencioso.

—Será muy interesante, entonces. Un cuerpo a cuerpo con alguien que te cae mal es muy entretenido. Peleas con más garra.

¿Sería masoca y yo no me había enterado? Con la perplejidad en mi semblante, busqué a mi hermana y a Jack, quienes también sonreían. Antes de darse la vuelta, Jack depositó otro beso en la cabeza de su hija, me miró y musitó un «Suerte».

Me dieron ganas de ahogarlo. De ahogarlos a todos.

Si no tenía suficiente con la japonesa, ahora sumábamos de verdad a la rusa, preadolescente, con las hormonas revueltas, y...

E iba a darme un jodido infarto.

6

Respeto

Natsuki Tanaka

Nos dispusimos a organizar los dormitorios cuando se marcharon. Arcadiy no estaba para nada de acuerdo con que su sobrina se quedase. A mí, sin embargo, me resultó de lo más interesante, pues podría demostrarle a esa niña que no era su enemiga, sino que podría convertirme en una gran amiga suya.

—En casa solo tenemos tres habitaciones, y no creo que sea adecuado que duermas en la vivienda de Chiyo, porque ya no están tus padres —añadí.

Mi griego, el hombre por el que suspiraba y con el que estaba tremendamente enfadada, nos dio la solución, aunque me miró un par de veces de reojo para comprobar que le prestaba atención:

—Yo puedo apañarme con un saco en el salón. Que se quede en mi dormitorio.

Automáticamente, supe que esperaba una negativa por mi parte, o una invitación para encontrar otra solución al reparto de camas.

Todos nos miraron de hito en hito, sin hacer comentarios, incluso mi padre pensó que cerrar la boca era lo mejor y no osó hacer ninguna objeción. ¿Habría alguien en la casa que no se hubiese enterado de la bronca?

Se había pasado muchísimo, aunque también sabía que fueron los nervios del momento. En efecto, siempre había estado sometida bajo el yugo de Haiden, y era por eso por lo que no quería ser una figura más a la que encerrar o mover a su antojo, solo cuando el hombre quisiese.

Miré a Aleshka, quien se encontraba observando a su tío sin entender nada, entonces, sus ojos se posaron en mí. Yo ya estaba fija en ella. Pareció darle vergüenza porque desvió la mirada. Comprendí que sí había alguien que no se había enterado de nuestra disputa.

—Por aquí. —Elevé la palma de una mano, indicándole que podía subir

escaleras arriba.

Arcadiy me observó en esa pose irresistible, con las manos en la cintura y los brazos en jarra. Adelanté el paso, seguida de su sobrina, quien portaba una pequeña bolsa con el equipaje.

No hablamos. Cuando separé la puerta de bambú, me encontré la habitación despejada, con solo un par de bolsas en un lateral. Supuse que las habría dejado Arcadiy. Se las habría traído Micaela, conocedora de que nos esperaban tres semanas más en Japón.

—Tu habitación —le indiqué sin mirarla—. Después de comer nos pondremos manos a la obra, así que te convendría descansar un poco, en el caso de que no hayas dormido.

«Como yo». No había conseguido pegar ojo durante toda la noche, y lo único que hice fue asomarme a la ventana para verlo de perfil. ¿Discutiríamos mucho? Tenía tantas dudas, estaba tan verde en ese ámbito, que dudé de mis acciones. Porque, si era realista, me podían las ganas de lanzarme a sus brazos, aunque acabásemos de tener otra pelea hacía tan solo una hora.

La mano de Aleshka en mi antebrazo me detuvo. La miré con interés, entrecerré los ojos y esperé. Me soltó con mucha lentitud, sin desviar aquellos iris tan hermosos que embaucaban.

—¿Has discutido con mi tío por mi culpa? —Su tono fue débil, cargado de arrepentimiento.

Pues sí, sí que se habían enterado todos. El oído lo tenía muy fino, y el día que llegaron a Magome había escuchado la conversación con su tío y el desacuerdo que mostró por que nos hubiésemos casado sin conocernos. Aguanté la sonrisa que tenía intención de salir de mi boca, ya que si me hacía esa pregunta, a lo mejor tan tan mal no le caía.

—No. —Fui concisa.

No esperaba ver una mueca de disconformidad en sus ojos, porque la pregunta me la había hecho con un tono tan marcado que era imposible no adivinar su preocupación. Asintió lentamente, con los ojos tristes. Olvidé ese gesto, caminé y salí del dormitorio, donde la dejé sola. Después de cerrar la puerta, me apoyé en la pared de al lado, me llevé una mano al pecho y cerré los ojos un segundo.

Los abrí muy rápido cuando alguien se detuvo frente a mí.

—¿Todo bien?

—Todo bien —le respondí con tono neutro, alzando un poquito la barbilla.

Él sonrió con nostalgia y me dieron ganas de lanzarme a sus brazos. Se pasó una mano por la cara, en una muestra de desesperación palpable. Tras eso, señaló con un dedo mi dormitorio y dijo:

—Voy a sacar mis pertenencias. Las dejaré en el de Aleshka con el resto.

Prensé los labios con orgullo y cabeceé en señal afirmativa como una idiota. Él me imitó y continuó su paso, pero justo antes de llegar a la puerta se detuvo e hizo el amago de girarse. No llegó a hacerlo del todo.

—Aunque no quieras ni verme, necesito que sepas que lo siento. En ningún momento he pretendido decirte esa gilipollez.

Entró en la habitación bajo mi repentino mutismo. No entendí por qué era incapaz de hablar, cuando yo no había sido así nunca. Me tomé unos segundos antes de desaparecer de allí escaleras abajo. Tenía que comenzar a solventar problemas, o mi paz mental se desestabilizaría.

Mi tía Hana se encontraba en el dormitorio con mi madre, y no quise pasar por si estaba durmiendo. Con ella no debía solucionar mucho más, ya que lo que ambas necesitábamos era tiempo y sanación. Comprendernos mutuamente. Y yo, sobre todo, entender esa curiosa historia de amor a tres recién descubierta.

En la parte trasera del jardín se encontraba mi padre, con una taza de té en las manos. Antes de llegar allí, vi que había sacado dos sacos de dormir al salón, e intuí que sus problemas con Hana, provocados por mí, también persistían. Descalza, sin hacer ruido y con calma, me aproximé.

—Siéntate, Natsuki-chan. ¿Quieres un té?

Formuló su pregunta como siempre, sin rencor, como si no hubiese ocurrido nada entre los dos, como si no hubiese sido la primera vez que le levantaba la voz con una falta de respeto que no había tenido en la vida.

—Sí. Gracias —musité humilde.

Me tendió la taza, la acepté y le di un sorbo, sin quitarle los ojos de encima. Se le veía cansado, abatido tal vez por los siguientes acontecimientos de los cuales debíamos hablar, pese a que mi tía estuviese encerrada en el dormitorio con mi madre, sin querer aceptar el futuro inmediato.

Mi padre me leyó el pensamiento, porque nuestra conversación comenzó exactamente por ahí:

—Asahi se quedará con Chiyo en su hogar. Así nos concederá la privacidad que necesitamos durante un par de días. —Sus ojos me buscaron—. Se quedará con nosotros para el *soshiki*.

Tragué saliva de manera visible, incapaz de contener la tristeza que me embargaba saberlo. Su funeral. Íbamos a preparar su funeral, tres años después. Contemplé las piernas de mi padre, extendidas y cubiertas por el kimono que ocultaba aquellos muñones bajo una enorme y gruesa gasa de algodón.

Me toqué la muela con la punta de la lengua, con el fin de retener un

agónico sollozo. Carraspeé y lo miré.

—¿Quieres que sea hoy? —le pregunté con tono apagado.

Negó con la cabeza.

—Mañana es día trece, hija mía. Es un día especial. —Como si estuviésemos conectados, ambos añadimos al unísono—: El renacimiento tras la muerte. —Asintió complacido y a mí se me encogió un poco más el corazón—. Le daremos a tu madre un día especial para su resurgimiento.

—Que los dioses kami te escuchen, *chichiue*... —murmuré con los ojos llenos de lágrimas que contuve.

Nos tomamos el té en silencio, sin abrir la boca y cada uno pensando en su situación. Tenía muy claro que la vida que mi madre llevaba no era digna de nadie, que no estaba viviendo, pero saber que me desprendería de ella para siempre, que no estaría más en ese dormitorio...

—Siento haberte hablado mal. —Agaché la mirada con arrepentimiento. Él mantuvo los ojos clavados en mí—. No debí inmiscuirme en tus asuntos con la tía Hana, y mucho menos ponerla en duda. He creado un conflicto desastroso y no sé cómo puedo arreglarlo.

—Sí, Natsuki-chan. Ni siquiera me has dado tiempo a contárselo. —Elevé la barbilla y atisbé que contemplaba algo a mi espalda. Supe que mi tía estaba detrás, porque escuché los pasos alejarse al instante—. Pero ya no hay nada que hacer y debemos afrontar la situación. Solo quiero que entiendas una cosa: nadie podrá reemplazar a tu madre, porque ella es única y tanto Hana como yo lo sabemos.

»Y, ahora, cuéntame a qué se debe ese enfado tan grande que tienes con el griego. Nadie te ha alterado nunca, y solo te he visto perder los nervios con él y con tu tía.

Contuve una sonrisa, aunque tendría que haber sentido más vergüenza que ganas de reír.

—Me ha dicho algo feo. Es un bocazas —repuse sin querer entrar en detalles.

—Y supongo que no estás dispuesta a perdonarlo, a un día de haberte casado con él.

—Tendré que hacerlo sufrir.

Reí y él ensanchó los labios. Buscó mi mano derecha con cariño, pero su rostro se ensombreció. Yo sabía a qué se debía.

—Te ha contado lo del brebaje. ¿Me equivoco?

Negué con la cabeza, dándole a entender que no.

—Tú nunca te equivocas, *chichiue*, tienes esa habilidad. —Hice una pausa, palmeé su dura mano y le confesé—: Sé que lo has hecho porque tengo una

cabeza muy dura, pero podrías habérmelo pedido a mí.

Una caída de ojos fue suficiente para quedarnos en tablas. Él mismo lo verbalizó:

—Entonces, empate.

—Empate. —Sonreí.

Descrucé las piernas, me impulsé un poquito y me lancé a su cuello para abrazarlo como tanto me gustaba. Aquellas muestras de afecto eran muy comunes en nosotros porque, aunque me había adiestrado como una samurái, el cariño en mi hogar se había repartido en grandes dosis. Al separarme, besó mi frente con ese amor fraternal que atravesaba vidas y universos.

—¿Las has cambiado? —se interesó cuando retomaba mi posición en el suelo.

—No. Lo haré esta semana. Además, Haiden ha querido envenenar a tu ya yerno.

Le conté sin tapujos lo ocurrido en el furgón, pese a que ya sabía parte de nuestra disputa en el coche con mi tía mientras regresábamos a Magome. Lo que no se esperaba era que mi exmarido fuese una persona tan sumamente manipuladora como para llegar a esos extremos.

—¿Las has tomado siempre? Siento decirte que he visto un plástico en la papelera de una prueba de embarazo. No te he espiado. —Elevó un dedo autoritario y sonreí.

—Y yo sé que lo has visto porque estabas en el salón y te he pillado poniendo la cabeza recta, como si no estuvieses mirando qué hacía.

Reímos.

—¿Has tomado las hierbas bien, Natsuki-chan?

—Sí, *chichiue*. Además, sabía que era mentira. Ya conoces cómo era el funcionamiento de Haiden cuando estaba en Tokio con él. Y mientras he viajado las tenía escondidas en las empuñaduras de las armas. Son saquitos pequeños.

Mi vida en la capital había sido otra historia. Cada vez que se me permitía marcharme a Magome, mi paz mental regresaba con rapidez. Parecía recargarme de una energía que me consumía viviendo encerrada en una torre de cristal. Sí, eso era lo que hacía: vivir enclaustrada.

Haiden solo disponía de mí cuando necesitaba de mis estrategias para sus planes, si se le antojaba ocupar mi cuerpo o si en algún momento debía salir, como ocurrió en el puerto de Yokohama. Nunca me había mostrado especial interés, pese a que se pavoneaba con aires de grandeza cuando acudíamos a las fiestas de sus amigos.

Un caballo. Era un caballo que había domado durante demasiado tiempo.

—¿Y si hubiese sido cierto? —me preguntó con duda.

Resoplé. Yo también había pecado de valiente al decirle al griego por el que bebía los vientos que me habría arrancado a esa criatura con mis manos.

—Pues habríamos tenido un enorme problema, porque, sinceramente, la duda de si hubiese sido de Arcadiy o de Haiden me habría matado.

Exhaló un extenso suspiro y palmeó mi mano con mimo de nuevo. Entonces solté sin filtros una pregunta que llevaba tiempo rondándome por la cabeza:

—¿Por qué dijiste que querías dejarme en buenas manos antes de marcharte de este mundo? —Clavé la vista en él, sin querer interesarme también por el hecho de que Asahi y él nos hubiesen preparado aquella encerrona en el torii.

Pareció pensarlo mucho antes de separar los labios y vocalizar algo que no deseaba oír ni de lejos:

—Natsuki, yo... —Que me llamase por mi nombre solo y titubease era algo muy malo. Aguanté el aire en los pulmones—. He pensado que lo mejor es irme con tu madre.

Mi cuerpo se movió con violencia hacia atrás, sin esperármelo. Me quedé sin poder pronunciar una simple palabra, con el pecho golpeándome frenético. Sin embargo, antes de que pudiese reaccionar, descubrimos que no estábamos solos, que la conversación no había sido de dos.

—¡¿Pero qué estás diciendo?! —La alarma en la voz de mi tía se escuchó a mi espalda. No pensé que se hubiese quedado, de hecho, había oído sus pasos en la lejanía.

Lo que no me esperaba era que un hombretón rubio, muy alto y caminando con zancadas severas se asomase por la puerta de salida a la parte trasera. Elevé la barbilla, enamorándome de él mucho más de lo que ya lo estaba. Hana se colocó a mi izquierda, con los brazos laxos y el semblante derrotado.

—¡¿Se te ha ido la pinza?! —Ese fue Arcadiy. No fui capaz de abrir la boca.

Mi padre cerró los ojos con cansancio, como si tener que confesármelo a mí no fuese lo suficiente doloroso. Ahora encima se le sumaban dos rostros perplejos que no entendían nada. Como yo.

—¿Vosotros me habéis visto? —cuestionó, señalándose las piernas.

—Eso no tiene nada que...

Mi tía dio un paso adelante, elevando el dedo índice, pero mi padre la interrumpió:

—¡¡Soy un inútil, Hana!! ¡Por los dioses!

—¡No tiene por qué ser así! —se enervó, acercándose a nosotros—. Estás

así porque tú mismo no has querido buscar otras opciones. ¡No me vengas con tonterías, Eiji!

No era capaz de articular una palabra, ni siquiera de entrometerme en la disputa de los dos, pues comenzaron a darse voces y a echarse cosas en cara que yo ya no escuchaba porque mi cuerpo se iba hacia atrás, sin querer. Intuí que Arcadiy se había dado cuenta de ello, ya que noté que una de sus piernas se pegaba a mi espalda, como si estuviese sosteniéndome. No sabía cuándo había llegado allí.

—¡Se acabó el tema de conversación, Hana! ¡No hay más que discutir! —bramó con un tono tan elevado que me asustó.

—¡Eres un egoísta! ¡¡Un egoísta, entérate bien!! —lo acusó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Y, entonces, como si fuese el susurro de una niña empujado por el viento, murmuré:

—¿Vas a dejarme sola?...

La discusión se cortó de raíz, pues los dos se quedaron fijos en mí. Las lágrimas ya bañaban el rostro de mi tía, mientras que mi padre mantenía los labios en una fina línea, sin despegarlos y sin querer objetar nada más a la conversación. Era su decisión, y como tal parecía que debíamos acatarla.

En ese instante me percaté de que no solo yo me quedaba huérfana, sino también Hana. El hombre que había a mi espalda se pronunció, sin que me lo esperara:

—Dame unos días para convencerte de que no es una buena idea.

Su tono fue contundente, serio, firme, inquebrantable. Pero lo que Arcadiy no sabía era que, a tozudo, a mi padre no lo ganaba nadie.

—Arcadiy, tengo bastante con dos como para...

—Una noche de chicos y te cambio la vida.

Mi padre resopló y lo miró mal.

—¿A base de qué? ¿De una botella de sake? —renegó, negando con la cabeza. Con toda la fuerza de la que disponía, se levantó hasta conseguir sentarse solo en la silla de ruedas—. Ya he escuchado bastante. Es mi decisión, solo teníais que apoyarme...

—Es un suicidio, *chichiue* —bisbiseé, con la congoja en la garganta.

Detuvo la silla en la entrada del hogar, viró el rostro y añadió:

—Asahi perdonará todos mis pecados mañana.

Me dijo eso como si fuese un aliciente, aunque yo no lo había dicho por el hecho de que entrase en el *yomi-no-kuni* con ese acto. Suspiré. No supe qué más decir.

Mi tía se dio media vuelta para marcharse de allí, con unos sollozos tan

sonoros que me asustaron, y entonces la voz de mi griego resonó por encima de mi cabeza, sin apartar todavía la pierna que me sujetaba:

—Una noche, Eiji Tanaka. No te hagas de rogar, que al final me veo de rodillas.

—¡¿Quieres hacer el favor de tener un poco de respeto por la situación y dejar de decir tonterías?! —se exasperó.

—Respeto. —El tono de Arcadiy fue arrogante—. Gánatelo y te lo daré, Eiji. Esta noche, dos sacos de dormir y esa botella de sake que has prometido. Que no se te olvide.

El bufido fue épico, y supe que aguantaba el gruñido en la garganta. No contestó, pero sí asintió quedo antes de desaparecer de allí. ¿Por qué parecían sacarse tanto de sus casillas y después ambos se empeñaban en complacerse el uno al otro?

Bastaron unos segundos para cruzarme con la mirada preocupada de Asahi, quien acompañaba a Aleshka al exterior de la casa. Acababan de bajar las escaleras, y ni siquiera supe en qué momento el *shogun* había hecho acto de presencia. Por el rostro de la chiquilla, lo habían escuchado todo. Todavía resonaban en mi cabeza las voces de la disputa que ambos habían tenido, pues jamás había presenciado una pelea de mis padres.

—Vamos al terreno de Chiyo. Voy a prepararla hoy, si me permitís, y mañana será toda tuya, *riidaa*.

La petición de Asahi me sacó de mis pensamientos. Asentí, llevándome de regalo una mirada de tristeza por parte de Aleshka. No lo sabía todavía, pero íbamos a ser grandes amigas; podía verlo en sus ojos, podía sentirlo en su energía. La mirada del maestro recayó en Arcadiy, y aunque no escuché qué le decía, supe que aprobó que se la llevase porque el maestro le contestó con un asentimiento de cabeza.

Mi padre se alejó, y justo antes de que accediese a su dormitorio, atisbé cómo le temblaban los hombros. Cerró con cuidado, tal y como me había enseñado a mí desde que era pequeña. Siempre me habían dicho que los objetos, nuestra casa, nuestras pertenencias, había que cuidarlos con suma delicadeza.

Me levanté de mi asiento con un nudo asfixiante en la garganta. Necesitaba despejar la ansiedad que me carcomía, tratar de respirar, de olvidar que mi padre pretendía quitarse la vida, al lado de mi madre. Siendo su compañero de viaje hasta en ese maldito momento. Avancé con pasos ligeros hasta la entrada del bosque, me interné en su espesura, en la naturaleza, en el aire limpio y fresco que desprendía, y entonces me di el lujo de cerrar los ojos y controlar las emociones que pugnaban por salir.

Mis pies permanecían descalzos; no me había molestado en pensar en ellos, pese a ser los encargados de tener que mantener mis piernas estables, mis brazos firmes y mi cabeza erguida. Sin embargo, cada fibra de mi cuerpo lloraba con desconsuelo por la pronta partida de las dos únicas personas que me quedaban en el mundo.

Escuché unas fuertes pisadas a mi espalda, lo que ocasionó que una gota salada descendiera por mi mejilla derecha. «No. Ya tienes a alguien más a quien le importas, aunque estés medio enfadada con él». Sonreí con tristeza al ser consciente de ese dato, pues el enojo con Arcadiy había menguado, aunque su comentario fuera de lugar se hubiese dado hacía muy poco. ¿Acaso la vida se trataba de guardar rencor? ¿O era mejor perdonar y quererse el tiempo que tuviésemos uno al lado del otro?

Yo prefería siempre la segunda opción, por supuesto.

—¿Puedo acercarme, o vas a cortarme la garganta, con toda la razón?

Mi sonrisa se estiró.

Comencé a desprenderme de la ropa, con el pensamiento fijo de entrar en el riachuelo para que el agua calmase algo de mi pesar, aunque estuviese fría a rabiar. Sin embargo, cuando me quedé completamente desnuda y di un paso, escuché unos rudos golpes que me indicaron que mi marido también estaba haciéndolo. «Mi marido...». Y era mío de verdad, pese a que tener ese pensamiento fuese una posesión indebida.

—Todas mis armas están en el suelo. De momento, no tengo telequinesis.

—*De momento*. —Lo oí trastear con su pantalón—. Imagínate poder darme un guantazo sin manos, que también puedes hacerlo ahora.

—¿Estás dándome alicientes para que te pegue?

—No me gustaría —mencionó, entrando; yo había avanzado solo unos pasos hasta cubrir mi cintura—, aunque me lo merezco.

Sentí el calor de su cuerpo muy cerca del mío. De hecho, no dudaba de que tan solo nos separaban dos palmos de distancia. Tragué saliva, con las emociones revolucionadas, hasta que vi que el agua se movía e imaginé que lo que avanzaba era la mano de mi griego, silenciosa.

—Sí. Sí que te lo mereces. —No le quité razón.

Miré de soslayo a la derecha, apreciando que esos dedos largos se mantenían en suspenso, a la espera de una afirmación por mi parte para tocarme. No lo verbalicé, pero sí que di un paso hacia atrás hasta rozarme con ellos, como quien no quiere la cosa. No alcancé a ver la sonrisa de Arcadiy, aunque estaba segura de que mis hoyuelos favoritos marcaban aquel hermoso rostro.

Sostuvo el lado derecho de mi cadera con fuerza, y la otra mano no tardó

en colocarse de la misma forma, en el otro lado. Contuve el aire cuando su boca se posó sobre mi cuello, donde depositó tres castos besos que me hicieron cerrar los ojos. Los abrí al escucharlo decir:

—Perdóname, por favor. Soy un puto desastre, y aquí ha entrado la fase de niño de cinco años, de la mano con el bocazas.

—¿Hay niños de cinco años que son bocazas? —inquirí, cerrando los ojos de nuevo cuando sus labios retomaron los endemoniados besos.

Sentí la humedad en mi entrepierna de manera inmediata. ¿Cómo era posible que fuese tan sumamente veloz?

—Claro. Tienes a uno detrás —me respondió con media sonrisa. La sentí pegada a mi piel.

Me separé a regañadientes para girarme de cara a él. No entendía cómo había podido pasar de la vergüenza absoluta a no importarme que viese mis pequeños pechos al desnudo, sin nada que los cubriese. Elevé la barbilla para mirarlo; él ya me esperaba con los ojos brillantes de expectación.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con ese niño? —cuestioné.

Se encogió de hombros. El gesto me pareció tan bonito e irreal que me descolocó, y mi enfado menguó tres cuartas partes más. Sus labios ensanchados me parecieron más sensuales que nunca, y advertí que algo más se alzaba bajo el agua.

—Pues, o le das una tregua y lo perdonas con una amenaza tipo «Que sea la última vez» —puso un tono duro al final y me reí de manera inevitable mientras movía mis manos en el agua a ambos lados—, o mejor le das una paliza, lo perdonas igualmente, porque no va a defenderse, y lo amenazas de la misma forma. Implacable, que así asusta un poco más.

La risita salió de mi boca de nuevo y él la siguió. De verdad, nadie podría imaginarse lo feliz que me hacía cada vez que sus labios se estiraban, porque eran perfectos. Porque era vida.

Mi vida.

—Me has dado muchas opciones. Tendría que pensarlo —le dije, sin dejar de remover el agua, ahora con más fuerza.

Dio un pequeño paso, el mismo que nos separaba. Busqué sus ojos celestes con prontitud, suspiré y me dejé envolver la cintura por sus grandes manos. Agachó la barbilla para estar más cerca de mí.

—¿Puedes no tardar mucho en decidir qué vas a hacer? La impaciencia me puede. —Me pareció una situación de lo más tierna, y eso me embaucó—. ¿Me explicas que haces con el agua? Me pone nervioso no saber si vas a sacar tus sais de manera misteriosa.

La risotada fue inmediata. Negué con la cabeza antes de responderle:

—Fluyo con la energía del agua. Deberías probarlo, es muy gratificante para calmar los nervios.

Alzó ambas cejas y supe que llegaba su comentario de que no quería saber nada más. Noté su miembro en mi vientre, tan duro que me asustó. De repente, sin argumentar más, se agachó hasta que el agua del riachuelo le llegó a medio pecho, sus manos se deslizaron hasta mi trasero y me subió a horcajadas encima de él.

Esos deliciosos labios se acercaron con peligro a los míos, sobrevolándolos, agitando mi respiración.

—Tengo otra opción que no te he dicho, removedora de energías —se jactó, con la voz totalmente tomada por el deseo.

Deslicé una mano por su rostro, delineándolo, mientras que la otra se mantuvo firmemente sujetada a su hombro izquierdo. El pulso de mi corazón me bombeó con mucha fuerza en la garganta, indicándome que iba a perder el control en breve.

—Ah, ¿sí? —bisbiseé, embobada con sus perfectas facciones. ¿Era posible ser tan perfecto?

—Ajá. —Asintió, colocándome en posición sobre su miembro. Tragué saliva—. Pero solo puedo enseñártela si me dejas.

Aguanté el gemido al sentirlo tan cerca, al rozarse de aquella espectacular manera que me había erizado la piel. Sus manos agarraron con más saña mis glúteos, calentándome de una forma difícil de explicar. Me mojé el labio inferior con la punta de la lengua, siendo consciente de que eso lo haría gruñir. En efecto, ocurrió.

—¿Y qué sucederá si te dejo? —cuestioné con picardía, aunque lo cierto fue que me restregué sinuosa por su erección.

Otro gruñido. Esa vez más animal.

—Es posible que pueda rebajarte un poquito el enfado, y en vez de estar tres días sin hablarnos, sean dos.

Lo miré a los ojos, acercándome más a sus labios, casi rozándolos, y entonces me aventuré, fui atrevida. Apoyé la mano que había paseado por su mejilla por detrás de su cuello y me dejé caer sobre su miembro, aguantando la respiración, sintiéndolo con cada avance, con cada empuje que apretaba más y más mi cavidad.

Su mirada brilló con ardor. Yo sentí que me desmayaba de tanto placer en un gesto tan insignificante como permitir que se enterrase en lo más profundo de mí. Nos quedamos estáticos, sin dejar de contemplarnos, como si aquello fuese lo más especial del mundo, como si no existiese nada más que nosotros. Y, entonces, ahí, algo bombeó mi pecho con más fuerza.

Esa enorme emoción fue concebida por un pensamiento fugaz en el que mi yo sabio, ese extrasensorial, me aseguraba que Arcadiy no había estado unido a mí únicamente en esa vida, sino en muchas más. La visión de mi padre, su hilo rojo del destino, ahora se sentía más palpable que nunca. Ahora era más real que nunca.

—¿Y si en vez de días lo rebajamos a esa hora anterior y ya? —musité, elevando mi trasero hacia arriba. Sus manos me sostuvieron con ahínco.

—Siempre me ha parecido una tontería eso de enfadarse durante mucho tiempo —añadió con esfuerzo, supe que conteniéndose.

Amaba la forma de ver la vida de Arcadiy. De ser capaz de sonreír incluso en las situaciones más tensas, de sacarle el lado bueno a la vida, al momento. De hacerlo suyo.

La saliva descendió por mi garganta cuando lo noté hasta el final, con lentitud, saboreando cada extremo de su longitud, cada mínima sacudida de mis extremidades. Soporté las ganas de volverme loca, de cabalgarlo como una desquiciada, sin importarme quién nos viese o quién nos escuchase, y me centré en saborear el momento de forma pausada, de engrandecer las ganas que teníamos el uno del otro.

—A mí también, pero siento decirte que vas a tener que ganártelo un poquito. —Jadeé, al borde del colapso.

—A sus órdenes, mi *riidaa*.

7

La ilusión de vivir

Arcadiy Bravo

Después de llevar toda la mañana y la tarde dando tumbos de un rincón a otro, abriéndonos de par en par, hablando mucho, estando de acuerdo en algunas cosas y en otras no, queriéndonos, mimándonos y amándonos en cada ocasión, me jodía lo indecente tener que quedarme en el salón a dormir con el señor Tanaka. Sin embargo, no solo debía hacerlo por un regalo especial que tenía para él, sino que lo haría por la mujer a la que amaba. Por ver su sonrisa, por evitar que esas lágrimas tristes se deslizasen por sus mejillas una sola vez más, siempre y cuando pudiese sortearlas.

Aleshka se había pasado el día con Asahi y Chiyo. De hecho, aquellos dos, al vernos en el riachuelo, se habían convertido en una gota de agua; no hicieron preguntas ni intentaron encontrarnos. Me había maravillado con los alrededores de Magome, alejados del resto de la civilización. Habíamos recorrido los extensos campos de té macha que inundaban el Valle de Kiso, y habíamos decidido hacer alguna parada intermitente por el camino en ciertas tabernas que ofrecían los dulces típicos de allí. Aún seguía estupefacto con la decoración japonesa, la cual no tenía un término definido, pues el concepto de la filosofía zen llenaba incluso una diminuta taberna en la zona.

«La paz en la imperfección», había dicho Natsuki, y yo no era quién para llevarle la contraria, pues eso me recordó mucho a nosotros como pareja. Ella era mi paz, dentro de mis imperfectas decisiones y/o comentarios.

Fui a salir del dormitorio de mi tigresa, pero entre beso y beso era imposible. La acerqué a mi cuerpo para estrujarla.

—Intenta —beso— descansar —beso— y no pienses —beso, beso— en nada más.

Sus labios eran pura adicción, y aunque sonreía, era conocedor de la enorme congoja que guardaba, pensando en lo que ocurriría al día siguiente.

Sus manos rascaron con mimo una incipiente barba que empezaba a salirme en el mentón.

—¿Es muy necesario que te vayas?

La miré a los ojos, apreté con más vigor su cuerpo al mío y terminé cogiéndola a pulso, hasta que cruzó sus piernas alrededor de mi cintura.

—No me pongas en la tesitura de quedarme contigo o con el señor Tanaka. Que sabes que nos llevamos regular.

Rio, tirando de mi labio inferior con vileza. Hice como que iba a morderle el dedo y su carcajada se pronunció aún más. No se imaginaba el gozo que me provocaba escucharla reír con beatitud.

—En realidad, te cae muy bien, pero si lo admites se acabarían vuestras riñas, y no puedes permitírtelo.

Metí mi rostro en un lateral de su cuello para morderlo con saña y se quejó de manera fingida, ocasionando que nos tambaleáramos y casi terminásemos esparcidos por el suelo, cerca de la cama.

—Hum —gruñí—. Es verdad, pone caras raras cuando soy impertinente. Y también soy consciente de que me necesita para tener esa chispa en la vida. —Rio con ganas—. Aunque, si te soy sincero —traté de ponerme una mano en el pecho, apoyado con la otra en el tatami, cerca del futón—, se me antoja más arrancarte mi camiseta con los dientes. ¿Qué me dices?

Golpeó mi hombro con sorna y besó mis labios castamente, con las manos entrelazadas en mi nuca.

—Te digo que has quedado con tu suegro para dormir.

«Mi suegro». Madre mía, cómo sonaba eso y qué raro se me hacía. Yo, con un suegro.

—En un saco. Como si estuviésemos de acampada —apuntillé.

—La idea ha sido tuya —dijo resuelta.

—Espero que no quiera sacarme a la calle para que nos dé el aire de la noche. —Soné socarrón y esbozó una sonrisa.

—Tienes una botella de sake para calentarte.

Hice una mueca de hastío con los labios, pero enseguida vi que su semblante se apagaba y que todo halo de alegría desaparecía.

—¿Y esa cara? —quise saber, incluso intuyendo la respuesta.

Dudó antes de responderme, pero al final lo hizo con un nudo casi palpable en la garganta:

—¿Cómo piensas convencerlo?

No dejó de rascarme la nuca con aquellos delicados y finos dedos.

—Tengo un regalo —le contesté con franqueza.

—¿Cuándo has tenido tiempo de comprar un regalo? —me preguntó con

asombro.

—Digamos que he hecho algunas gestiones en mis escasos ratos libres y tengo personas que me han echado un cable.

Sus ojos se iluminaron como si hubiesen vaticinado de qué se trataba. Sin embargo, no dijo nada, pero a mí sí que me dejó con la duda de si lo había adivinado o no. «No preguntes. No preguntes», me dije mentalmente.

—Eiji Tanaka es más tozudo que la hija —me advirtió.

Deposité un cariñoso beso en su frente, me apoyé en el suelo y la liberé de mis brazos, sin ganas. Al levantarme, la miré desde arriba y la señalé con un dedo:

—Pues se ha topado con un tío que es cansino, como decía Riley, y perseverante. —Contuve la sonrisa cuando pronuncié el nombre de mi amigo, dándome cuenta de lo bien que me hacía recordarlo—. Reza para que no me dé con la caña de bambú.

Se levantó del suelo con gesto feliz, tiró de mi mano y me besó una última vez antes de decir:

—Eres un hombre increíble, Arcadiy Bravo.

Sus palabras iban cargadas de sentimiento. Sus ojos, también.

—Y tú eres la samurái de mi vida, Natsuki Tanaka.

Resignado, me encaminé hacia la salida, la miré por última vez y lancé un beso al aire, como un jodido adolescente con las hormonas revueltas —que también— antes de marcharme. Salí de allí sabiendo que se cambiaría y bajaría para dormir en la habitación de su madre, con Hana, quien no había abandonado la estancia en todo el día.

Carraspeé con ganas, moví la cabeza a ambos lados como si estuviese preparándome para la guerra y me decidí a descender las escaleras con celeridad. Atravesé el salón, llegué a la sala de té, donde ya estaba esperándome, solté el paquete de tabaco y me senté cerca del *irori*, el brasero encajado en el suelo que ocupaba la parte central de la estancia.

—Ya pensaba que te habías arrepentido —murmuró con tonito.

—¿Yo? Ni de broma —repuse con agilidad—. Con lo bien que vamos a pasárnoslo juntos. Aquí, en una noche de suegro y yerno. Vamos, el sueño de cualquiera.

Juro que lo vi sonreír, pero cuando lo miré había cambiado el gesto por uno adusto, con la ceja derecha levantada y cara de malas pulgas. El cabroncete me había dejado la puerta de bambú abierta, pese a que no quería que fumase dentro de la casa.

Los dos vasos con el sake se encontraban muy cerca de su saco, por lo que me incliné un poco y los alcancé, viendo que pretendía no abrir la boca.

—Esto va a calentarse. Vamos a ello.

El resoplido no me despeinó el flequillo porque no tenía.

—Arcadiy. —Su tono autoritario no detuvo el movimiento de mi mano para llenar los vasitos—. ¿Qué narices quieres?

Alcé la vista, fruncí el ceño y le resolví la duda:

—¿No habíamos quedado en que esta noche era para convencerte de que la brillante idea que has tenido es un error?

—Me cansas —soltó con fastidio.

—Me cansas —repetí con tono infantil, y le tendí un vaso—. *Kanpai!*

Ahora, el sorprendido fue él.

—¿Desde cuándo brindas en japonés? —se interesó al haberle dicho «¡Salud!» en su idioma.

Dejé el vaso sobre el tatami tras bebérmelo de una tacada.

—Desde que me he casado con una japonesa que, por cierto, es tu hija.

—Para mi desgracia.

—Y también desde que tengo un suegro cascarrabias que adora a los asiáticos. —Ignoré el comentario, como si no lo hubiese escuchado.

—Pero tú no eres asiático —apuntó con tono.

—¡Que me aspen! Ni lo pretendo. —Cabeceé en su dirección con jocosidad—. Vamos, que se calienta.

Bufó, se llevó el cristal a los labios y le dio un sorbito minúsculo. No pude evitar mirarlo, aguantar la risa y poner carita de circunstancia. Él me observó de soslayo, por supuesto, aunque, como el derecho era el ojo blanco, supuse que no me veía. Sin embargo...

—¿Por qué estás mirándome como si fuese un dragón?

—Porque estás bebiéndote el sake como si fuese ácido —le respondí de inmediato.

Se había quedado con el vaso a la mitad, muy cerca de su boca.

—Los pequeños momentos hay que saborearlos.

—Y más si uno piensa matarse, obvio. —Fui dañino. Ahí sí que me miró mal—. ¿Qué? Tu hija me ha contado que el tema de la muerte lo lleváis muy bien y que no es tabú. Me parece fantástico, todo el mundo debería hablar con libertad sobre morirse. A fin de cuentas, es un ciclo natural y todos vamos a palmarla.

Torcí el morro al ver que había dejado el sake en el tatami y me observaba, muy tieso, con la espalda recta y postura de meditación. Si es que su hija era clavada a él.

—Que hablemos de la muerte con claridad no quiere decir que no le tengamos respeto.

—Disculpe, señor Tanaka —le hablé de usted para picarlo un poco más—, que no sabía que iba a ofenderle tanto hablar de su muerte.

—Arcadiy... —Fue una advertencia clara.

Cogí otro vasito y lo rellené; el mío, claro está, porque el suyo lo tenía casi lleno.

—A lo que iba. —Terminé con los formalismos—: ¿Cómo piensas matarte? Porque para ser un *miko* legendario, debes tener una imaginación flipante. No me vale eso de una pistola y ya.

Se quedó sin aire en los pulmones. Menudo resoplido dio.

—No pienso hablar contigo de esto. Mi manera de morir es mía. Apaga la luz cuando termines.

Fue a hacer el amago de tumbarse en el saco, sin embargo, se lo impedí. Miró la mano que había extendido hasta su hombro como si..., no sé..., como si hubiera experimentado algo, pues sus ojos me observaron sin maldad ni ningún otro sentimiento que demostrase que le incomodaba mi tacto.

—¿Puedes hablarme de eso? —Pareció confuso por mi pregunta y mi tono —. Del *miko* legendario del Valle de Kiso. Que tienes un puto cartel con tu careto en Tsumago.

Mi último comentario fue con tono picaresco, y simplemente lo hice para rebajar la tensión que se había creado durante nuestra brevísima charla. Sonrió al detalle, se recolocó, tendió una mano hacia el vaso y se lo bebió de una tacada. Puse un gesto de orgullo y él negó con la cabeza.

Me encendí un cigarro, porque intuí que iba para largo.

—Desde pequeño, mis padres decían que yo era especial. Que algo en mí era especial. Nunca me trataron como un monstruo por esto. —Se señaló los ojos—. Sin embargo, sabes cómo son los niños, cómo es la gente, y durante muchos años fui el hazmerreír del Valle. Hasta que crecí.

No supe qué decirle, porque las comparaciones de mi vida podrían llegar a ser tediosas y para nada objetivas. A nosotros nos habían criado como a un ejército, así que no habíamos tenido la oportunidad de ser una familia.

Seguí escuchando su historia. Fue la primera vez que no me miró mal ni me regañó por fumar.

—En la adolescencia, mi don se desarrolló muchísimo más, evidentemente. Tenía sueños y visiones incluso despierto. Perdía la conciencia en cualquier momento, y lo peor es que no solo eran premoniciones de mi familia, sino de personas que ni siquiera conocía pero a las que sí podía ayudar.

—¿Cómo puedes ayudar a alguien que no sabes si va a creerte o no? —le pregunté con verdadero interés.

Sus ojos se centraron en los míos.

—Porque cuando conseguía encontrar a la persona a quien debía darle un mensaje, los rostros les cambiaban.

—¿Y por qué lo hiciste si ya te habían tachado de loco?

Cogió aire y lo soltó lentamente.

—Porque aprendí que las personas son malas por naturaleza, Arcadiy, pero que si hay alguien que quiera hacer algo bueno, que tenga aunque sea la mínima posibilidad de hacerlo, debe dejarse llevar por sus instintos para estar en armonía con el mundo. Entiendo que la filosofía zen no es parte de tu vida, sin embargo, déjame darte un consejo: te vendría muy bien.

Chasqueé la lengua con desagrado, le di una calada al cigarro que había dejado que medio se consumiera y lo apagué en un cenicero que Eiji impulsó hacia mí, sin saber de dónde lo había sacado. Sonreí, dándole las gracias.

—Siento decirte que yo soy de las personas que hacen el mal, Eiji. Soy un asesino. Un criminal. Un villano. Llámalo como mejor te venga.

—Pero la mayoría de las veces no matas a personas inocentes. Si no que las salvas sin ser consciente de ello.

—Pero mato —repuse.

—Piensa en las personas que has matado. Una reciente, por ejemplo. —Entrecerré los ojos sin saber por qué nos desviábamos del tema—. Vladimir Sokolov. ¿Qué has hecho matando a ese hombre?

Apreté la mandíbula. Una corriente de aire me rozó la parte derecha del brazo y miré hacia allí. Los heterocromáticos ojos de Eiji ya estaban fijos en ese punto. Aguanté el aire, sin pensar en mi respuesta pero sí en lo que había supuesto.

—Vengarme.

Fui rudo en mi contestación.

—Vengarte porque mató a tu amigo Riley. —Extendió la mano izquierda, como si estuviese entre nosotros dos. Asentí, pero no hice preguntas—. Sin embargo, ese desalmado tenía otros planes, ¿me equivoco? —Negué con la cabeza muy lentamente—. Pues has salvado, posiblemente, a más niños de los que te imaginas de las garras de un hombre que iba a hacerlos sufrir.

Cabeceé muy despacio, entendiéndolo.

—La balanza —añadí—. Pero sigo siendo de los malos.

—Sigues siendo de los malos, aunque a veces hagas más bien que mal.

Un silencio se apoderó del momento, con esa permanente corriente de aire que me hizo tomarme dos vasos de sake seguidos. Estaba poniéndome muy nervioso, aunque Eiji se mantenía tan normal. Tenía el jodido presentimiento de que Riley estaba entre nosotros dos, y me contradecía yo solo al creer y no

hacerlo a la vez en aquellas cosas.

—¿Adónde va uno cuando muere? —solté sin venir a cuento. Ni siquiera supe por qué lo hice.

—No lo sé —me contestó con sinceridad.

—¿Adónde crees que va uno cuando muere?

Sus ojos me buscaron, sonrió un poco y miró al centro de nosotros. Una mano comenzó a temblarme, ya no sabía si del miedo, de los nervios o de qué, pero sentí esa presión en el pecho.

—Al mundo de las almas, donde esperan y serán juzgadas para redimir sus pecados en la siguiente vida. ¿Contento? —Puso mala cara, aunque en el fondo supe que estaba divirtiéndose—. Tú no crees en estas cosas, ¿por qué preguntas?

—¿Y por eso quieres irte al mundo de las almas?

Me llevé las rodillas al pecho, creí que en un acto reflejo de protegerme de lo que hubiese a mi derecha. Eiji me mantuvo la mirada durante muchos segundos, incontables, como si estuviese dudando. Al final lo soltó:

—Durante años, la gente acudió a mí buscando consuelo, ayuda, premoniciones que cambiasen su vida. —Me asombró que retomase el tema, pero todo tenía un fin, y yo había sido el que lo había propiciado—. Kaori tenía que deshacerse de las personas con excusas cuando vivíamos en Magome, porque a veces la calle se encontraba atestada de gente esperando para verme.

—Todo un famoso —añadí jocoso, pero ese comentario fue por los nervios.

—Y eso fue lo que me llevó a retirarme a las montañas. —Pareció pensar, irse muy lejos de allí, como si estuviese visualizando el momento en el que desapareció del pueblo. Sus ojos se fijaron en el caldero—. Ya no solo me buscaban personas nobles, sino que también lo hacían gentes con gran poder, hombres y mujeres malignos a los que yo no quise ayudar.

—Y aquí desapareciste del mundo de las obligaciones que te habías impuesto —dilucidé.

Asintió, sumido en sus recuerdos, y, como ya había advertido, el momento de gloria para él llegó.

—Eres una buena persona, el mejor amigo fanfarrón que tuve, con el que más reí, un cansino en toda regla. —No hablaba Eiji. La piel se me puso de gallina y me quedé muy quieto. Sus ojos se desviaron hasta encontrarse con los míos y vi que el negro estaba muy muy negro—. Siempre buscaba excusas para quedarme contigo o irme con Tiziano, porque me parecíais los dos tíos más molones del equipo de zumbados. —Eiji hizo una mueca extraña con el

rostro.

Tuve que obligarme a detenerlo, incluso estando en un momento en el que la garganta se me había cerrado:

—¿Qué estás...?

—El regalo más grande que he tenido fue encontrarme a Jack. El regalo más brillante que me dio la vida fue teneros a vosotros conmigo. Y tú eras mi rubio favorito. —Siendo su tono de voz, no era Eiji. Era Riley. Los ojos se me llenaron de lágrimas de manera inmediata—. Gracias de corazón por quererme tanto. Gracias por haberme puesto mis juegos favoritos en la lápida. Y ni se te ocurra olvidarte de mí. Ven a verme de vez en cuando, háblame, que siempre estaré contigo, principito.

A esas alturas no sabía qué decir. Ni siquiera cómo reaccionar, pues las gotas saladas ya caían de mis ojos como cascadas y yo las limpiaba a manotazos, con enfado. Mantuve la respiración acelerada, agarré la botella de sake y le di un trago que me quemó la garganta. Deseé con todas mis fuerzas tener una de *whiskey* para bebérmela entera y sin respirar. Saqué un cigarro de la cajetilla, con las manos temblorosas y el pulso a doscientos.

No atinaba para encenderme el cigarro. De repente, esa corriente de aire frío se me posó en los hombros y tuve que cerrar los ojos, pues el olor a Riley me dio en todas las narices. ¿Estábamos locos o qué? No, aquello no podía ser. No podía dejarme llevar por las emociones que me... que me ahogaban. El pecho me retembló y sentí que las fuerzas me fallaban.

Eiji continuaba mirándome. Yo no sabía qué hacer, porque me dieron ganas de acostarme y mandarlo todo a la mierda, así que resolví la situación a mi manera, con mi humor camuflado en muchas ocasiones. Era imposible que el señor Tanaka hablase de esa forma, y mucho menos que mencionara todo lo que había dicho.

—No hemos tenido esta conversación de chalados. —Lo señalé con un dedo mientras mi otra mano se ocupaba de atinar para encender el cigarro—. No pienso preguntar. No quiero saberlo. —Reí con histeria—. No pienso preguntar.

—Arcadiy-chan, cálmate.

—No, no, no. No quiero entenderlo. No me interesa. Lo respeto, pero no me interesa —seguí en mis trece, porque estaba sintiéndome intranquilo.

—Arcadiy... —llamó mi atención. Yo seguí negando con la cabeza, esa vez mirando un punto fijo en el tatami. ¿Riley estaba allí? ¡¡Claro que estaba allí!! ¡Me cagaba en todo!

No intenté ni por un segundo hacer una reflexión sobre el paradero de mi amigo, sobre por qué estaba allí, sobre adónde se iba su alma y el motivo por

el que no estuviese en ese mundo de las almas. A fin de cuentas, de todo en general. No. No y más no.

—Esto es una locura... —bisbiseé ido—. Una locura de remate —dije como un demente. Entonces, levanté la cabeza de golpe—: No querrás morirte para que tu hija haga estas cosas y me mate a mí también, ¿verdad?

Juro que fueron los nervios los que me provocaron soltar aquella tontería más grande que una casa. Sin embargo, esa tontería fue suficiente para que ambos rompiésemos en una carcajada monumental durante largos segundos en los que la risa no nos dejó avanzar. Nunca había imaginado que Eiji sería capaz de doblarse por las risotadas, no de esa forma, y me gané otro puntito más de manera inconsciente.

—Estaría muy bien que mientras duermes te incordiase —me dijo, con los últimos resquicios de la risa.

—Solo me faltaba tener un suegro cabrón en el más allá o dondequiera que vayamos —añadí sin importancia.

Me quedé mirando el caldero, con la conversación dándome vueltas en la cabeza. Eiji se mantuvo en la misma postura, sin moverse. ¿Cómo no le dolía la espalda de estar tan recto?

Su voz fue lo que me sacó de mis pensamientos:

—Debo disculparme por la encerrona que os hice en el santuario. —Asentí sin mirarlo, porque me olía que era una disculpa sincera—. Sé que eres la única persona que va a proteger a mi hija, que va a cuidarla.

—¿Desde cuándo lo sabes exactamente? —No entendí el motivo que me llevó a hacer esa pregunta, pero me salió sola.

—Desde que tenía tres años.

Tuve que buscar sus ojos, estupefacto. Boqueé como un pez, sin saber ni qué responder a eso. Me mojé los labios y decidí que había llegado el momento de cambiar de tema, de ofrecerle lo que tenía escondido en el dormitorio de Aleshka:

—Agradezco la encerrona, aunque en el momento lo viese regular. —Rio con tristeza—. Quiero enseñarte que hay muchos motivos en la vida para que sigas respirando, Eiji.

Mi tono de voz fue suficiente para que amusgase los ojos y me observara sin entenderme.

—¿Qué puedes enseñarme *tú* que no haya visto *yo*? —Me señaló e imitó mi tono enfático en cada uno de los pronombres.

—Ahora lo verás.

Tomé una gran bocanada de aire, elevé un dedo, pidiéndole un minuto, y me levanté. No demoré, bajo su cara de estupefacción, marcharme de la sala,

subir las escaleras de manera sigilosa, abrir la puerta de Aleshka y coger una bolsa grande que había cerca de la entrada. Retrocedí sobre mis pasos, bolsa en mano.

Eiji frunció el ceño con confusión.

—¿Eso tan grande es...? —Movió la mano en el aire.

Llegué hasta él y me coloqué de rodillas, con los ojos brillantes y rezándole a quien estuviese escuchándome que no me tirase su contenido a la cara.

—Tú me has hecho un regalo —le dije con más parsimonia de la que pretendía—. Ese regalo es tu hija, Eiji. Te lo digo con la mano en el corazón. —Me la llevé al pecho, tal y como hacía mi tigresa—. Ahora quiero demostrarte que la vida tiene solución, que no tienes por qué marcharte con tu mujer. Hana está. Tu hija te necesita más que nunca. —Vi la contención en su rostro.

No me dio tiempo a terminar mi discurso porque me interrumpió:

—Soy un inútil, Arcadiy-chan. ¡No puedo hacer nada! —bramó con mal tono, regresando la vista al caldero.

Me sorprendió ver que una mano iba en busca del vaso de sake. Carraspeé, sin pretender quitarle la razón y dispuesto a terminar con mi verborrea:

—Se supone que en un tieeempooo —alargué mucho la palabra— tus nietos estarán dando por saco en esta casa. —Ensanchó los labios con tristeza —. Y me tienes a mí.

—Dices que te caigo fatal —sentenció.

—Es que me cae usted fatal, señor Tanaka. Tengo guardado en el pecho los diez minutos de silencio e inspección cuando me conoció.

—Precisaba de mi entera atención. Debía ver que eras el mismo hombre que apareció en mis visiones.

Me hice el sorprendido, aunque lo cierto era que las manos me temblaban por abrir la cremallera y sacar el contenido de la bolsa.

—¿Y si no hubiese sido? —cuestioné con verdadero interés.

—Te habría rajado la garganta.

—¿Dónde está el granito de arena de la paz y toda esa mierda que hemos hablado antes?

Una carcajada brotó de sus labios y la acompañé.

—Eres un personaje, Arcadiy-chan, un personaje.

—Y tú eres un hombre del que algunos deberíamos aprender. —Sus ojos se fijaron en los míos—. Aquí te traigo un presente, Eiji Tanaka —abrí la bolsa con los nervios a flor de piel—, para que puedas darme la paliza de mi vida por haberte robado a tu hija.

Deslicé la cremallera, separé los dos extremos y sus ojos se agrandaron al ver lo que guardaba en el interior. Había sido complicado conseguirlo a última hora, y tal vez un poco impreciso, pero no imposible.

Eiji no se lo esperaba. De hecho, vi cómo su cuerpo se movía hacia atrás, pasmado. Buscó mi mirada, tras eso siguió el recorrido de la tela y miró el interior de nuevo.

—Después de la trifulca amorosa que has tenido, no creo que esto sea ninguna vergüenza para ti —solté de broma, consiguiendo quitarle tensión al momento—. Puedes ser el mismo samurái que hace años, si quieres, Eiji. Puedes ayudar, puedes avanzar.

Su mano derecha se introdujo dentro de la bolsa, sostuvo una de las prótesis transtibiales de una pierna y la sacó, sin dejar de contemplarla.

—¿Tú...? —Se quedó a medias de la pregunta.

—¿Esto no te lo habían dicho las visiones? —me jacté un poco, porque sabía que la parte sentimental llegaba, y ya habíamos tenido suficiente con lo de Riley.

—Las visiones no son como el telediario —me respondió, sin dejar de mover la pierna en el aire, dándole vueltas en círculos.

Permití que sacase la otra, que las observase, hasta que entendí que había llegado el momento de pasar de la expectación a la acción. Me levanté, le quité las prótesis de las manos y las tendí en el suelo. Su atención en mí era absoluta.

—¿Quieres darte una vueltecita?

8

Sayonara, kaachan

Natsuki Tanaka

—¿Por qué...? ¿Tú...? —Mi padre frunció el ceño mucho más, ojiplático.

—No pensaba que fuese usted a quedarse sin palabras, señor Tanaka.

Sonreí, escondida detrás de la pared del salón, viendo y oyendo con claridad lo que ocurría. No estaba espiándolos —o sí—, pero la curiosidad por ver a mi hombre intentando convencer a un cabeza hueca me superó. No sabía las intenciones que tenía, aunque sí había podido leerlo entre líneas en el dormitorio.

Me hacía mucha gracia cuando Arcadiy le hablaba de usted, porque entendía que, con eso, solo pretendía destensar la situación y ponerlo a prueba. Desde luego, estaban hechos el uno para el otro.

Arcadiy se puso de pie y señaló la silla de ruedas, la cual se había quedado en un lateral.

—Las han traído un poco a ojo, con esto de las prisas y de que fuese una sorpresa. —Acercó la silla de ruedas, pero mi padre continuaba estático—. Con estas no podrás mover los pies, pero tengo vistas unas que hacen a medida y son la polla. —Mi griego buscó la atención de mi padre, quien lo miró sin expresión en su rostro. Yo sabía lo que ocurría y el corazón se me encogió—. ¡Alegra esa cara, coño! ¡Que vas a poder correr cuando te acostumbres!

Arcadiy le tendió la mano, sin embargo, mi progenitor no la aceptó. Mi griego lo miró como si no entendiese por qué no mostraba una euforia desmedida.

—Agradezco mucho el gesto que has tenido y el tiempo que has invertido, pero creo que no has entendido mi decisión, Arcadiy-chan.

El nombrado resopló cuando mi padre se giró de cara al *irori*. Solté el aire contenido en un suspiro de resignación.

Arcadiy, el hombre sin rendición, se puso a su misma altura, de cuclillas,

muy cerca de él, y apoyó los codos en las rodillas. Aquella pose me pareció extremadamente sensual.

—Vamos a ver, Eiji...

—Vamos a ver, Arcadiy —repitió él, sin darle tiempo a terminar la frase.

—Tienes una puta familia que te quiere, la oportunidad de empezar de cero con Hana... —Parecía que aquel griego sacaba a relucir todo lo que habíamos estado guardando durante años.

De nuevo, mi padre lo cortó:

—Yo no quiero empezar nada de cero sin Kaori. Es lo que no entendéis.

—No me interrumpas más, ¡hostia! —bramó mi griego con tono autoritario.

—No vas a convencerme.

—Que. Te. Calles —recalcó—. Que. No. Abras. La. Boca —insistió con mucha lentitud. Mi padre hizo un movimiento de cabeza, mostrándole que le era indiferente lo que dijese—. Como iba diciendo, tienes la oportunidad de empezar de cero con Hana, de arreglar las meteduras de pata y de recuperar los años que habéis perdido sufriendo los dos. No puedes dejar a tu hija sola porque pienses que está conmigo.

—Eres su marido —prorrumpió en mal tono.

—Soy un desconocido para ella, todavía.

—Pero serás su familia —argumentó.

—Nunca podré ser como su padre o como su madre. Eso no puede suplantarse por más que uno quiera. —Arcadiy suspiró, agachó la mirada unos segundos y la elevó—. Ojalá hubiese podido pelear por mis padres mientras vivieron. Ojalá alguien me hubiese dado la oportunidad de tener esa referencia que tú vas a quitarle a tu hija por miedo.

—Yo no tengo miedo —soltó con un humor cuestionable, mirándolo de inmediato.

—Entonces, ¿por qué quieres suicidarte? —Arcadiy había mostrado en su semblante la chulería innata que poseía. Mi padre apartó la mirada de él—. Eso no habría sido lo que tu mujer hubiese esperado de ti.

Supe que el comentario lo había derribado un poco.

Sentí una presencia a mi espalda. Era Hana, y también se había enterado de la conversación. Se colocó a mi lado y le sonreí con cortesía, dándole a entender que podía quedarse.

—Mañana vais a despedir a Kaori, Eiji. —Eso sí que provocó que mi padre lo mirase con atención, por segunda vez, desde que se había plantado observando el infinito fuego del caldero—. También puede ser tu renacimiento. —Señaló las prótesis—. Puedes seguir al lado de tu hija. A mi

lado.

El hombre por el que ambas sufríamos no separó los labios de inmediato. Oía cómo su cabeza funcionaba a toda máquina elaborando qué contestar. Tardó su tiempo, aunque al final lo hizo:

—¿Para qué iba a querer quedarme a tu lado? —Imaginé que la pregunta se la había hecho por destensar el ambiente.

Miré a mi tía y las dos sonreímos porque conocíamos esa faceta de mi padre. Había aceptado sin ser consciente. Arcadiy tenía conocimiento de aquello, ya que era buen observador.

—¿No te parece que soy el tío más guay con el que te has topado en tu vida? —soltó arrogante.

—Pues no —sentenció con dureza.

Atisbé que mi progenitor aguantaba con ganas curvar las comisuras de sus labios.

—¿Y no te parece suficiente que *intentes* darme una *paliza*? Solo que lo intentes.

—Te daría la paliza desde el suelo.

Hana y yo reímos por lo bajo. A ver quién era peor de los dos...

—Ni en tus mejores sueños, *miko* legendario —se jactó el otro, y los dos se miraron detenidamente. El pecho me latió con más intensidad cuando le preguntó en un murmuro—: ¿Qué me dices? ¿Intentamos dar esa vuelta o qué?

Asintió, y desde la distancia aprecié el nudo que asfixiaba su garganta.

Eiji Tanaka era un hombre rudo, que contenía sus emociones para que nadie más pudiese percibirlas, sin embargo, lo conocía tanto que supe que esa vez no podría mantenerlas a raya, por mucho que insistiese.

Miré a mi tía con preocupación. Ella ya lo hacía.

—Necesito que me dejes que te manosee un poco, porque ni puta idea de cómo se coloca esto.

Regresé mi atención a Arcadiy al escucharlo, quien se había juntado mucho al hombre que ya estaba en su silla de ruedas. Se aproximó más a él y la jocosidad con la que le habló mi padre me hizo sonreír:

—A ver si te has equivocado y te has enamorado de mí antes que de mi hija.

Mi padre se subió el kimono y apartó la tela hasta dejarla arremolinada a la altura de los muslos mientras Arcadiy miraba y trasteaba la prótesis de un lado a otro.

—¡Sí, hombre! —le dijo el griego sin mirarlo, pues estaba concentrado en la colocación de la prótesis derecha—. Ya hiciste suficiente con los diez

minutos de silencio. —Lo miró y elevó un dedo en el aire—. En la vida te lo perdonaré.

—Vas a necesitar un manual de instrucciones —añadió mi padre.

—Soy un manitas. Qué poco me conoces, *gifu*.

El clic se oyó a los pocos segundos, indicando claramente que había podido colocar una. Mi progenitor esbozó una amplia sonrisa al escuchar que lo llamaba suegro en japonés. Desde luego, estaba hecho un embaucador de cuidado.

Regresé la vista a Hana, quien observaba la escena con los ojos brillantes, como los tenía yo. La respiración se me atascó en la garganta con agudez al apreciar el gesto de mi padre, que no le quitaba los ojos de encima a su recién estrenada prótesis, mientras mi griego iba a buscar la otra. Entonces, cuando retomó el camino para quedar delante de su *gifu*, se detuvo, lo miró y vio cómo movía con mucha cautela la pierna. Las lágrimas saltaron libertinas de mis ojos al ver cómo de los de mi padre caían dos enormes goterones.

Arcadiy carraspeó y le dijo:

—¿Puedo colocarte la otra? —Mi padre asintió a la pregunta—. Habrá que hacer una pequeña rehabilitación. Como mucho, en unos veinte días podrás estar en danza tú solo. Pero ahora, ya sabes, el cerebro tiene que recibir la orden para que vuelvas a caminar. ¿Tenemos un trato, entonces?

Eiji Tanaka no se molestó en limpiarse aquellas lágrimas de alegría. Mi griego lo miraba con mucha atención, pues su pregunta solo tenía una respuesta clara.

—Serán menos de veinte días, Arcadiy-chan.

El nombrado cabeceó en señal afirmativa, satisfecho por el resultado. Eso ocasionó que lo quisiese un poco más.

—Pues serán menos de veinte días, señor Tanaka.

Se agachó, le colocó la otra con destreza y le dejó espacio para que se las contemplase. Mi padre solo podía mirar las prótesis, y Arcadiy se apartó, cogió su paquete de tabaco y se encaminó hacia la salida, creí que para dejarle unos minutos y que lo asimilase.

Sin embargo, el torrente de voz de mi padre lo detuvo antes de que consiguiese dar dos zancadas seguidas:

—*Arigato*, Arcadiy-dono. Que los dioses bendigan tu gesto.

Me mareé al escuchar que lo llamaba así. Para mi griego también fue importante, porque lo miró sin saber qué decir, y había que tener mucho cuerpo para dejar a Arcadiy sin palabras. Solo asintió con los ojos brillantes, en señal de cortesía, y se adelantó a la salida para permitirle esa privacidad que necesitaba.

Me aventuré a salir de mi escondite. Total, él ya sabía que andábamos las dos viendo lo que ocurría. Mi tía Hana se mantuvo al margen, pero intervine y le hice un gesto con una mano, indicándole que podía avanzar.

Mi padre elevó la barbilla, me observó y sonrió con verdadero amor, satisfacción y con todos esos sentimientos que le embargan el corazón a uno cuando se ve distinto. Hana lloraba en silencio a mi espalda, y lo supe porque escuché un sollozo agudo.

—*Chichiue* —lo llamé, sin saber qué más decirle. No fue necesario.

—He sido un egoísta —sentenció con rudeza, y nos miró a las dos—. No he valorado la opción de haceros felices a ambas, y ha tenido que llegar uno de la calle para hacerme ver otra realidad distinta.

No se refirió a Arcadiy con malas intenciones, ni mucho menos. Lo había dicho con un cariño aplastante, con un amor que denotaba que ya lo había cubierto bajo el manto de la protección de los Tanaka para siempre. Se lo había ganado a pulso.

—No has sabido ver la cantidad de posibilidades que tenías, *chichiue*. No te fustigues por eso ahora.

De nada sirvió, pues buscó los ojos de mi tía y sentí que me rompía. ¿Cómo había podido tratarla de aquella forma tan bestia? Lo que veía en su mirada era amor verdadero, como el que siempre le profesó a mi *kaachan*.

—Perdóname, Hana. —Su tono se rompió como nunca—. Lo siento muchísimo.

Mi tía no dudó en adelantarme y colocarse de rodillas, delante de él. Mi padre le apretó las manos y sentí que me mareaba. Sin embargo, tenía un pilar que me sostenía, un dios griego que se había colocado detrás de mí. No sabía cuándo había llegado allí.

—No tengo nada que perdonarte, *suki*.

Me enterneció escuchar que lo llamaba con ese amor, refiriéndose a que era su amado, alguien especial en su vida. Tragué saliva, conteniendo las emociones.

—Solo he pensado en mi dolor. En culparme por lo que ocurrió hace tres años y en sentirme inútil al ver a nuestra Kaori en esa cama. —Sus ojos se apartaron con vergüenza de ella. No me pasó desapercibido que hacía referencia a mi madre de aquella manera. De los dos—. Nunca pensé que sentiría esto al tener... —señaló las prótesis— al ver que quizá algo podría cambiar. Que no solo podría servir para crear un nuevo ejército por el bien de mi hija.

Me observó. Mi tía sonrió con tristeza, tocó su mano con cariño y anunció con mimo:

—Pues ya ves que ha tenido que llegar alguien más tozudo que tú para hacerte verlo, Eiji.

Las manos de Arcadiy se afianzaron en mi cintura al mismo tiempo que notaba sus labios en el hueco de mi cuello. La piel se me erizó, pese a todas las emociones que galopaban por mis venas, sintiendo aún los rescoldos de los orgasmos de aquel día, sus caricias, sus besos... Todo.

Lo busqué de reojo. Sus labios cayeron sobre mi mejilla derecha, barriendo aquellas lágrimas que, pretenciosas, habían humedecido mi piel.

—¿Cómo vamos a superarlo?...

El quejido roto de mi padre ocasionó que volviese mi atención a ellos. Hana sonrió con tristeza, se levantó y lo abrazó. Escuché con claridad ese susurro lleno de coraje:

—Juntos, Eiji. Juntos.

Él cerró los ojos mientras Hana se abrazaba con fuerza a su cuerpo, envolviendo con sus letales manos el cuello firme. Arcadiy se mantuvo en silencio, igual que yo, que me refugié en su antebrazo, el cual ya cubría mi clavícula.

Cuando mi tía se separó de mi padre, este habló, focalizando su atención en el hombre que tenía a la espalda:

—¿Cómo vamos a hacerlo, Arcadiy-chan?

Me alegró ver que su humor prevalecía incluso para destensar el ambiente.

—Pues ya que están aquí estas valientes, vamos a levantarte.

Había visto que había movido las rodillas, acompañando las prótesis, no sin dificultad. Arcadiy no puso en duda que no fuésemos a lograrlo, pero el anfitrión sí:

—Llevo tres años sin moverme de esta silla.

—Eso no es verdad —le dijo Arcadiy, adelantándonos a mi tía y a mí—. Yo he visto que te bajas y te subes solito. O sea, que algo de movilidad has tenido.

—No es lo mismo —le rebatió, borrando todo rastro de tristeza y suplantándolo por el tono gruñón que lo caracterizaba.

Arcadiy cogió su brazo derecho y me hizo un movimiento con el mentón para indicarme que sirviese de apoyo en el izquierdo.

—No es lo mismo, pero puede valernos para restar esos veinte días, ¿no? —El griego sabía dónde picarlo para que accediese.

—Zorro astuto. —Lo miró con arrogancia y una gracia innata.

—Siempre —le aseguró resuelto—. A la de tres, así que ve ordenándole a esa cabeza que se ponga en marcha.

Afianzó el agarre en nuestros hombros, lo observé y sonreí. No hacía falta

que nos dijésemos nada, por lo que una breve caída de ojos bastó para que lo entendiese.

—Dos y... tres. —El gruñido de Arcadiy fue el mismo que el mío al levantarlo.

Se quedó muy quieto, con Hana delante de él por si trastabillaba. Lo busqué con atención, viendo cómo inclinaba la cabeza hacia abajo, se miraba los pies y la alzaba de nuevo, pasmado. ¿Por qué nunca habíamos pensado en esa solución si habríamos podido tenerla? Porque él no se lo había planteado siquiera, y porque yo estaba muy ocupada intentando sobrevivir con Haiden.

Las manos de mi padre nos apretaron a ambos los hombros sobre los que se había sujetado. Fue a hacer un movimiento, pero la estabilidad le falló y lo sostuvimos para que no cayese de bruces.

—Esto es...

Fue a gruñir, sin embargo, Arcadiy lo detuvo:

—Esto es que tienes que acostumbrarte, y para eso tengo dos muletas que te ayudarán a apoyarte mientras intentas caminar. Vamos a tratar de dar dos pasos y por hoy ya es suficiente, ¿de acuerdo?

Los ojos celestes de mi griego perforaron los de mi padre. Este asintió con pesar. Y al final no fueron dos pasos, sino algo parecido, porque no consiguió coordinar los movimientos. Otra situación comprensible a la que tardaría en adaptarse.

El sol había despuntado hacía un buen rato, pese a que la casa no había dormido nada. Nos habíamos recluido en el dormitorio de mi madre, y tanto Hana como yo nos habíamos encargado de lavarla, peinarla con una larga trenza y maquillar sus alargados ojos cerrados. Había intentado ser todo lo fuerte que podía, pues en mi hogar la muerte no era un tema tabú, ya que se nos preparaba para ello.

—¿Recuerdas la primera vez que nos cruzamos en los pasillos? —murmuró Hana, preguntándole a mi padre.

Se encontraba delineando sus párpados con un lápiz negro. Arcadiy se había tomado unos minutos para preparar el desayuno. Primero esperé a que Azumi hubiese regresado para hacerlo ella, aunque luego pensé que no era buena idea y algo llamado celos me recorrió el estómago.

—Sí, con aquella carpeta forrada de *sakuras*, que parecía que tenía obsesión con eso, y las dos coletas. —Mi padre rio y esbocé una tenue sonrisa.

Habían hablado durante toda la noche de mi madre, de lo que había sido. Según mi tía, era la más noble, cariñosa y sincera, mientras que Hana y mi padre eran unos testarudos de cuidado. Tal vez, de ahí que ella fuese el equilibrio de los tres y por eso habían podido conservar aquella relación secreta.

Me olvidé de mi griego, porque estaba segura de que podría con ello, con Azumi si se le insinuaba y con el desayuno si ella no estaba.

—¿Por qué no lo gritasteis a los cuatro vientos? —cuestioné, y los dos me miraron. Yo había sido la impulsora de preguntarles por su vida—. Sé que era una relación complicada, pero habría sido bonito enseñarle al mundo que también puede existir.

—Aquellos tiempos no eran los de ahora, hija mía.

—Lo sé, *chichiue*, pero nunca lo intentasteis.

Durante los cuidados de Hana a mi madre, advertí cómo la tocaba, cómo le acariciaba la piel, cómo se despedía de ella. En ese momento se encontraba colocándole unas florecitas blancas entre la espesa trenza y admiré cada movimiento de sus delicados dedos. La amaba con todo su corazón, y ese sentimiento me llegaba desde la distancia.

—Me apena que no podamos hacerle su *soshiki* como se merece. —Hana se refería al funeral con el resto de la población.

—Ella no habría querido eso. Y mucho menos después de llevar tres años así.

Sus ojos se buscaron y sentí que me encontraba en medio, estorbando, pese a que la que estaba en la cama era mi madre. Agaché la mirada sin saber qué hacer, y decidí que había llegado el momento de ir en busca de Arcadiy.

La observé solo unos segundos antes de armarme de valor. La habíamos vestido con el kimono blanco atado hacia la derecha. Se elegía ese color para contrastar con la piel del difunto; en este caso, futura difunta. En los vivos, el kimono se vestía con el lado izquierdo sobre el derecho.

Era bellísima, la mujer más preciosa que había visto en mi vida, y le quedaban minutos para desenchufarla de una máquina y dejarla ir. Cabeceé sin darme cuenta, sin saber que estaba haciéndolo, hasta que noté dos pares de ojos mirándome. No podía explicar qué había sido, pero algo en mi interior me había dicho que eso era lo correcto.

Que dejarla marchar era lo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo.

Hice un breve mohín, giré sobre mis talones y salí de la habitación tras decir en un susurro:

—Os dejo a solas.

Al cerrar, me apoyé en la pared de al lado, tomé un par de bocanadas de aire y me aventuré en dirección a la cocina, donde con seguridad encontraría a Arcadiy. En efecto, allí estaba, en la otra punta de donde se situaba Aleshka. Azumi no había aparecido, y ya no sabía si mi padre tenía que ver algo con aquella decisión.

Se respiraba tensión en el ambiente, aun así permanecí quieta durante unos minutos, contemplándolos y escuchando cómo discutían. Tratando de evadir los verdaderos pensamientos que me azotaban.

—Dame los huevos —le pidió con mal tono su sobrina.

—Los huevos estás tocándomelos tú a mí —le contestó el otro de la misma forma.

Me apoyé en el quicio de la puerta, crucé los brazos y esperé a que alguno se diese cuenta de que estaba allí.

—Pues entonces puedes irte de la cocina. Ya hago yo el desayuno.

—No sabes cocinar —bufó mi griego.

—Hago mejor la comida que tú, aunque sea una *cría*.

Aguanté la risa por el tono de Aleshka. Qué mal le había sentado eso.

—¡Más quisieras! A ver si te piensas que cuando estoy solo me cocina alguien.

Arcadiy ya estaba con el brazo derecho en el aire y el cuchillo en la mano, señalándola.

—Bueno, ya tendrás quien te cocine. —Me tensé, porque eso iba por mí.

Mi griego soltó el utensilio a plomo, se llevó las manos a las caderas en esa pose tan sumamente sensual y yo me mordí el labio, divertida.

—Aleshka, como sigas con el tonito y con las impertinencias...

—No me hables —lo interrumpió como si no quisiese escuchar su regañina.

—Me cago en la puta que parió...

Fui a reírme sonoramente, pero lo cierto era que ese día no desayunaríamos, pues un brazo tocó el mío y cortó de raíz la bronca de tío-sobrina, evidentemente pillándome con descaro. Me giré hacia Hana con una presión en el pecho.

—Es la hora, Natsuki.

Me mareé, aunque asentí casi de manera inconsciente. Puse mis pies en movimiento y abandoné la cocina para regresar, suponiendo que ya habrían terminado la conversación privada. Había durado menos de lo que esperaba en un principio. Arcadiy llegó a mi lado como un rayo y me observó con duda y tristeza, pese a querer camuflarla con un amago de sonrisa que no llegó a mostrar sus hoyuelos.

Con las manos, enmarcó mis mejillas con cariño.

—Todo va a estar bien. ¿Me oyes? —Llevé las mías a sus muñecas y asentí queda—. Te esperaré aquí.

—¡No! —le dije muy exaltada cuando fue a retirar sus manos, atrapándolas con fuerza—. ¿Puedes...? ¿Quieres...?

Una caída de ojos fue suficiente para que accediese. Tampoco hicieron falta las palabras, y eso me asombró, porque entenderse con alguien a quien acababas de conocer era prácticamente inviable.

Mi padre se encontraba al lado de mi *kaachan*, con una de sus manos sujetando la de ella. Se movía en círculos, despacio, con mimo. Contuve el aire al escuchar el crujido de la madera en el exterior, pues Chiyo y sus hombres habían montado una pira en el prado, ya que llevaríamos a cabo la incineración de manera clandestina y fuera de nuestras tradiciones. Por lo general, mi madre nunca las había seguido, y tampoco nos encontrábamos con la facilidad de organizar el *soshiki* japonés.

El labio me tembló.

Lo reprimí con un diminuto mordisco.

Avancé.

Miré su rostro por última vez, grabando en mi retina cada rasgo de mi bella madre. De la mujer que me había enseñado tanto que no concebía la vida sin ella, sin poder contarle mi futuro, a quién amaba de verdad, lo que había vivido. Lo que me quedaba sin ella.

Me aproximé con un dolor agonizante en el pecho. Me incliné, coloqué las manos sobre su cuerpo laxo y cerré los ojos antes de besar su mejilla con verdadero amor.

—*Sayonara*, *kaachan*.

Y antes de que me diese tiempo a quitarle aquel dolor inminente a mi padre, me separé, con los ojos anegados de lágrimas, lo miré, y él mismo tiró del cable que la mantenía conectada a la máquina, apagando así su vida para siempre.

9

Un escaso luto

La habíamos sacado a la parte trasera del hogar, donde reposaban los altos *sakuras* que tanto adoraba. No era seguro prender una hoguera en medio de los árboles, pero la distancia que los separaba era más que suficiente para evitar un mal mayor. Busqué a mi padre, clavado en su silla de ruedas y las dos piernas inmóviles, contemplando el laxo cuerpo de mi *kaachan*, de frente. A su lado, mi tía Hana mantenía su mano derecha apoyada en uno de los hombros de mi *chichiue*.

Me mentalicé con mucha fuerza para no derramar las lágrimas que gritaban ansiosas por salir de mis ojos, notando que el brazo de Arcadiy me envolvía los hombros con mimo. La pequeña Aleshka se encontraba paralizada en el otro extremo de donde estaba su tío; el maestro Asahi, frente a mí, al otro lado de la pira, y Chiyo y sus hombres rodeando la pequeña montaña de maderas.

Las manos me temblaron cuando el *shogun* me tendió una antorcha, previamente encendida. Me deshice de los brazos de Arcadiy, quien me miró con el corazón en un puño, besó mi frente con cariño y cerró los ojos antes de que yo diese el paso que me separaría de él. Con decisión y sabiendo que era lo correcto, me coloqué al lado de Asahi.

—Kaori Keitaro, que los dioses Kami te acojan en su seno. —Los hombres de Chiyo, él incluido, se postraron en el suelo—. Que te guíen por los confines del universo y que devuelvan tu alma a la tierra cuando crean oportuno.

Asahi agachó su rostro en señal de respeto al mismo tiempo que mi padre, mi tía y los demás lo imitábamos. Apreté los ojos con fuerza, conteniendo el llanto, y elevé la antorcha para no demorarlo más. Iba a ser un escaso luto, y no por el funeral precisamente.

Avanzaba con pasos cautelosos, como si no quisiese llegar a ella. Busqué a

Arcadiy con la mirada, quien ahora arropaba a su sobrina Aleshka. Ella sí derramaba lágrimas silenciosas, imaginé que con la congoja de pensar que alguna vez podría perder a su madre, lo cual la pondría en una situación muy similar a la mía. Cada día empatizaba más con aquella chiquilla de ojos celestes, sin motivo.

La llama se irguió brava, furiosa; tal vez eran los dioses que querían transmitirme un mensaje que no conseguí descifrar. Y cuando estaba a punto de tocar las ramas, algo ocurrió.

Solo atisbé los ojos de mi griego abrirse como platos, un jadeo ahogado, propio de una respiración abrupta, y una mandíbula desencajada por parte de la chiquilla que lloraba. Aleshka miró a su tío; su tío la miró a ella. Entonces, como si no quisiese creerlo, moví el rostro de manera lenta hacia la izquierda. Al verla, me tambaleé tanto que pensé que me caería de espaldas.

Allí, sentada en la pira, unos ojos grandes, oscuros como los míos y confusos, me observaban sin saber qué sucedía. Traté de ser capaz de pronunciar una palabra coherente, sin embargo, el sonido de la silla de mi padre me perforó los tímpanos cuando se adelantó a decir en un susurro apenas audible:

—Kaori...

Mi padre miró a Arcadiy, después a mi tía, quien permanecía con la boca abierta y los ojos más desencajados todavía, y tras eso se volvió hacia mí. Arrastré los pies hacia atrás en unos pasos titubeantes. Busqué a mi progenitor y vi que le temblaba la barbilla, como si no fuese a ser capaz de contener el inminente llanto por lo que estaba sucediendo.

—*Kaachan*... —bisbiseé absorta, con el corazón en la garganta y el estómago dándome calambrazos, no supe si de la emoción o de la perplejidad que me había causado.

«Ibas a quemarla», me dijo mi subconsciente. No sabía si estaba reprochándomelo o si era fruto del *shock* que todos estábamos viviendo; incluida la pequeña rusa, que había dejado de llorar y se encontraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué...? —intentó hablar mi madre y carraspeó, pues la voz apenas le salía.

—¡Que alguien traiga agua! ¡Ya! —se exaltó mi padre, retomando la marcha en su silla con torpeza hacia la pira.

Tiré la antorcha lejos de donde nos encontrábamos, di unos pasos hacia ella y de un salto entré en la montaña de maderas, sin poder creérmelo. La mano me tembló cuando la elevé para delinear su cincelado rostro, el cual se mostraba estupefacto. Noté el breve temblor de mi extremidad, apreciando por

el rabillo del ojo que mi padre llegaba a nuestro lado, sin dejar de mirarla.

—Es una bendición de los dioses... —aseguró Asahi, ojiplático y dando un paso hacia atrás.

No tenía palabras para describir lo que parecíamos estar sintiendo el resto de los allí presentes y yo, pero la energía era tan densa y descontrolada que asustaba. «Está viva». Aquello se repetía mucho en mi cabeza, como si fuese un mantra.

—*Kaachan*... —Llevé las dos manos con tiento hacia las suyas, que permanecían en la madera como si las hubiesen pegado a ella—. ¿Sabes quién soy?

Ella desvió su atención a mi padre, miró sus piernas, cerró los ojos y eso ocasionó que una gruesa lágrima descendiese por su mejilla. Al abrirlos, buscó a mi tía y vi adoración. Una adoración infinita que no esperaba. Sin embargo, Hana no se movía del sitio. Pensé que todo era fruto de la perplejidad que había causado ese despertar, si podíamos llamarlo así.

Chiyo apareció con rapidez y le tendió un vaso de agua mientras en la otra mano sostenía una botella de cristal, por si necesitaba más. Mi madre la cogió agradecida, creí ver que reconociendo al hombre que estaba a nuestro lado, al que ya era mi más fiel guerrero. Tras eso, carraspeó de nuevo y con voz débil preguntó:

—¿Qué ha... que ha ocurrido? —Miró a su alrededor, percatándose de dónde se encontraba—. ¿Estaba muerta?

Me giré con hosquedad hacia mi padre, soltando el agarre de mi progenitora. Él extendió una mano, dubitativo, y permitió que el roce con la de mi madre se sintiese como si una inmensa ola de energía armoniosa nos hubiese envuelto.

—Kaori..., yo... —La voz de él se quebró—. Por los dioses... Estás viva...

Su tono denotó tanto asombro que me sobrecogió. Pocas cosas eran las que sacaban a mi *chichiue* de sus estándares, y últimamente estaba dejando que saliesen a flote en tropel.

—Eiji... —agonizó ella. Entonces, se impulsó para moverse de su asiento.

—¡Espera!

Mi advertencia resultó tardía, pues mi madre trató de colocar las piernas en una posición que le permitiese bajarse de la pira, lo que ocasionó que se desestabilizara y casi cayera de bruces contra el suelo. El brazo de un hombre rudo la salvó del golpe. Cuando elevé los ojos, Arcadiy se encontraba a su lado, sosteniendo la mitad de su cuerpo. Creí leer en sus ojos que había llegado tan veloz porque había intuido cuál iba a ser el siguiente movimiento de mi madre.

—Después de tanto tiempo sin moverte, no es conveniente que intentes caminar a la primera de cambio.

La dulzura con la que mi griego habló me sobrecogió, ya que estaba poniendo todo de su parte con una persona a la que no conocía. Desconfiada, mi *kaachan* apartó las manos de su antebrazo cuando consiguió quedarse sentada en la misma posición. Como si lo hubiese invocado, había pasado por mi mente el fugaz pensamiento de que no se alegraba de verme a mí, pues todavía sus brazos no habían envuelto mi cuerpo, pero... Después de tres años dormida, entendí que había que digerir mucho. Mucho.

«Por los dioses... Está viva», continuaba diciéndome, sin descanso.

—Mi niña... —Desvió su atención a mí y no se lo pensó antes de envolverme y juntarme a su pecho. Revolvió mi cabello con el mismo dulzor que recordaba, y entonces sí que dejé que las lágrimas salieran de mis ojos.

Al separarme, mi tía se encontraba a su lado con una dulce sonrisa. Apretó su mano con cariño, hizo un gesto con sus ojos que no supe lo que significaba y entre Hana y Chiyo la ayudaron a bajarse de la pira para sentarla en el suelo. Aprecié de soslayo cómo mi tía acariciaba más de la cuenta el brazo de mi madre y cómo esta le devolvía el gesto con una muestra de amor inexplicable. Asahi se acercó a mi madre, sostuvo sus manos con amor y besó su frente con el respeto que siempre se habían tenido.

—Es un milagro, Kaori. Un milagro —mencionó el *shogun*.

Mi *kaachan* miró a ambos lados, buscando a alguien, hasta que lo preguntó sin medias tintas, aunque con un nudo en la garganta:

—¿Dónde está Ayari, Hana? ¿Por qué te encuentras aquí?

Imaginé que no quería hablar de más sin saber qué podríamos haber descubierto los demás y qué no.

Mi tía miró a mi padre y este a mi madre. Yo lo hice con el griego, que me había bajado de la pira, y enseguida supimos que la conversación que debían mantener iba a ser muy larga. Que nosotros no debíamos estar allí.

—Mi querida *deshi*. —Asahi llamó a la sobrina de Arcadiy—. Vamos a retirarnos a las afueras con Chiyo. ¿Puedo, Arcadiy-san?

Mi madre nos contempló a todos, sin entender nada. El griego asintió, sabiendo que pretendía llevársela para darnos privacidad, y los tres desaparecieron junto con el ejército rumbo a la casa de Chiyo.

—*Riidaa*. —Mi hombre inclinó la cabeza a modo de saludo, y no pasó desapercibido para mí la confusión en los ojos de mi *kaachan*.

—*Riidaa?* —preguntó ella estupefacta.

—Kaori... —Mi padre dudó, aunque al final pudo la sinceridad que siempre teníamos—: Llevas dormida tres años.

El cuerpo de mi *kaachan* se fue hacia atrás, como si no pudiese creérselo. Vi cómo movía las piernas de un lado a otro, supuse que intentando despertarlas. Caminé hacia ella, me agaché a su lado y cogí su mano con delicadeza, tratando de no asustarla.

Kaori Keitaro no se dejaba amedrentar por nadie. De hecho, siempre había sido mucho más letal que mi tía Hana o incluso mi padre. A su manera, era la que observaba y dirigía en la sombra, la que poseía la capacidad innata de su legado.

—El tío Ayari está muerto —le dije.

Entrecerró los ojos y contempló a mi padre y a mi tía. No entendí si aquella mirada iba cargada de reproche o si lo hacía con la duda de si ambos estaban juntos. No tardó en exponerlo; otro de los dones de Kaori: no dejarse nada en la lengua.

—¿Y vosotros estáis juntos aquí? En Magome —recalcó, para que no hubiese duda en la pregunta.

Miré a Arcadiy, quien ya tenía una ceja enarcada. Lo había cogido al vuelo, igual que todos.

—Creo que deberíamos entrar y hablar —terció Hana, con la tensión implantada en los hombros.

—¿Quién ha matado a mi hermano? —inquirió mi madre, desviando su atención a mí.

Se creó un breve silencio que fue interrumpido casi a los dos segundos de haberse formado:

—Yo.

No lo esperaba. Todos nos giramos hacia el lugar del que procedía esa contundente y grave voz que había traspasado los oídos de los cuatro que nos encontrábamos allí.

—¿Tú? —escupió mi madre, como si verdaderamente le importase su hermano.

Trató de ponerse de pie y, pese a no poder casi sostenerse, se sujetó a mi antebrazo para que la ayudara. Consiguió colocar los pies en posición, apuñalándome el antebrazo en señal de que no se mantenía. Inclinó el rostro hacia delante, aunque el bravucón que tenía por marido no se amilanó y se acercó con una larga zancada a nuestro encuentro.

—Me enviaron para liquidarlo hace un tiempo.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó de manera atropellada pero firme. Miró a mi padre—. ¿Por qué le has dado asilo al asesino de su marido? —El último comentario fue lanzado con un golpe de cabeza hacia Hana.

Carraspeé cuando mi progenitor y mi tía me miraron. Mi madre también lo

hizo. Tomé una extensa bocanada de aire, decidiendo que lo mejor era sacarla de la ignorancia y que los tres se marchasen para hablar durante el tiempo que necesitasen.

—Es mi marido, *kaachan*.

Los pozos oscuros, sin fondo y anonadados, me contemplaron. La confusión fue palpable en su semblante. Y, de nuevo, verbalizó su sorpresa:

—¿Tú no estabas casada con Hai...?

—¡Ya no! —bramó Arcadiy con genio. La atención de todos se focalizó en él—. Creo que deberías entrar en casa, hablar y esas cosas —se dirigió a mi padre, quien asintió. Mi griego se acercó a nosotras—. ¿Puedo ayudarte a llegar al salón?

Se lo pensó. Mi madre se lo pensó en exceso, y fue la mirada de mi padre la que la impulsó a asentir, aunque reticente. Arcadiy no lo dudó cuando la cogió en volandas, aligeró sus pasos y la introdujo en el hogar sin mediar palabra. Ella evitó cualquier contacto con su pecho, pues incluso los brazos los llevaba cruzados a la altura del suyo, supe con certeza que sin fiarse todavía del desconocido que andaba por casa.

Tantas cosas habían cambiado... Tantas habían ocurrido...

—Regresaremos al anochecer —los informé cuando mi griego soltó a mi madre sobre uno de los cojines.

No hubo más palabras, aunque sí miradas. Cabeceé de manera disimulada hacia Arcadiy, indicándole que podíamos salir a la calle, y me siguió. Cuando estuvimos a solas, solté todo el aire que había contenido en los pulmones. Miré hacia atrás una sola vez y fui testigo de cómo el silencio se había apoderado de la sala, de que ninguno sabía por dónde empezar.

—¿Estás bien?

La pregunta de Arcadiy llegó con un abrazo a mi cuerpo, el cual pegó al suyo en exceso. Sentí un calambre en el centro de mis piernas y temblé como una adolescente. En realidad, con él siempre lo era. Llevé mi mano derecha a su nuca, donde rocé las puntas de su cabello rubio, sin dejar de mirar el salón.

—Sí. Pero necesito despejarme. Ha sido todo muy brusco y... —Cerré los ojos con pesar al ser consciente de lo que habría provocado si hubiese juntado la antorcha a la madera.

—No ha ocurrido, Natsuki. No lo pienses porque no ha sucedido.

Sus manos fueron girándome de cara a él mientras lo decía. Me gustó que hubiese sido capaz de leerme el pensamiento sin hablar.

—Lo sé —susurré, ahora repasando su barbilla con mimo.

Él agachó el rostro para estar más cerca de mí.

—¿Qué quiere hacer mi tigresa para matar las quinientas horas que

tenemos que esperar hasta que se pongan de acuerdo?

Sonreí al descubrir, de nuevo, que a Arcadiy nada lo detenía para sacar su humor cuando menos me lo esperaba, o, como siempre decía, en las situaciones más tensas que podría esperar. «Tensa pero feliz». Sí, el corazón me brincaba tanto que no era capaz de controlarlo. Mi madre estaba viva. «Viva...».

—Lo que sea para olvidar —musité al viento, y el griego se lo tomó al pie de la letra.

Tardamos menos de cinco minutos en llegar a la parte trasera de mi hogar, coger la primera moto que encontramos en nuestro camino y salir en dirección a Tsumago, para no alejarnos mucho de Magome. Al llegar al pueblo, desmontó con celeridad, extendió una mano en mi dirección y lo miré desde mi posición, sin moverme del asiento trasero.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —Acepté su mano.

—Nunca he tenido una cita. ¿Te suena de algo eso? —dijo con tono bromista y media sonrisa.

Verlo sonreír de aquella manera comenzaba a ser uno de mis pasatiempos favoritos. Todavía seguía escuchando mi corazón. Tronando, frenético, contento. Visualicé durante mucho rato los ojos de mi madre al abrirse; ella sentada en la pira; todos los presentes desconcertados, y así en bucle. Bajé, me juntó a su pecho y deslizó sus dedos por mi cabello, recogiendo un mechón detrás de mi oreja. Después de ese gesto, simplemente me besó con una dulzura encandiladora.

—No —susurré sobre su boca—. Pero ya sí sé lo que es no querer separarse de unos labios.

Los hoyuelos se le marcaron mucho en las mejillas y repitió el beso, esa vez más largo, más caliente. Su mano derecha atrapó la mía izquierda y la pegó a su torso mientras la otra se mantenía firmemente sujetada en mi cadera.

—Había pensado que podríamos dar una vueltecita como un matrimonio normal por las calles de Tsumago. Comer algo, beber lo que sea menos té —reímos—, y después... —Apretó mi cintura con vigor.

—¿Y después...? —inquirí con un deseo desenfrenado, sintiendo cómo mi cuerpo se contoneaba de manera involuntaria.

—Si te lo digo, no será una sorpresa.

—¿De verdad ibas a sorprenderme hoy? —le pregunté, sabiendo que no era cierto por la situación que acabábamos de vivir.

El pecho se me encogió un poco. Quise pensar que los tres estarían bien, que no habría altercados y que hablarían largo y tendido.

—¡Claro que sí! —Volvió a reír y se separó de mí, enlazó sus dedos con

los míos y tiró de mi mano—. ¿Qué habría sido de nosotros de no ser así?

—¿De no haber sido unos villanos de película? —le dije con sorna, apartando aquellos pensamientos. No podía calentarme la cabeza por algo que no sabía. Y, siendo sinceros, había visto el agradecimiento en mi padre al dejarlos solos.

También era comprensible, pues, aunque fuese su hija, eso no quería decir que tuviese que estar en una conversación en la que los tres eran una parte fundamental.

—Exacto.

Pareció otear la larga calle principal, sin decidirse hacia dónde tirar. Fue un gesto enternecedor y decidí sacarlo del apuro. Ahora fui yo la que tiró de su mano con una pronta carcajada, lo arrastré calle abajo y sellé esa conexión tan especial que habíamos creado.

Sentí el calambre en mis dedos. De hecho, los miré de manera momentánea; era lo más maravilloso que había experimentado con un hombre mientras caminábamos. Deseé con todas mis fuerzas que el tiempo se detuviese al verlo distendido, sin preocupaciones, pareciendo alguien normal, con una vida cotidiana y las típicas preocupaciones que uno tiene por saber si llega a fin de mes o no. Arcadiy se detenía en los puestos ambulantes de la calle, se acercaba a los escaparates, me enseñaba objetos que estaba harta de ver y... parecía sumamente feliz. Y yo no cesaba en explicarle para qué servía cada utensilio u objeto. También fui consciente de que estaba haciéndolo para que me evadiera del problema mayor, el cual se encontraba a pocos kilómetros de nuestra posición.

Retomamos la marcha. Él saludaba a los ancianos, quienes, por educación, inclinaban sus rostros cuando pasábamos por su lado; yo iba embobada en cada facción, en cada mueca, en cada marca de su semblante. Tan perfecto, tan varonil, tan él. Me sentí en una nube esponjosa. Mi vida estaba casi completa, ahora que mi madre había despertado, ahora que lo tenía como compañero de viaje. Ahora que solo nos quedaba la supervivencia del hombre que caminaba junto a mí, porque una cosa tenía muy clara: Peter Callum no iba a darse por vencido hasta que encontrase a los policías y hasta que acabase con Arcadiy y toda su familia.

—Me habría encantado ser contorsionista y trabajar en un circo.

Giró el rostro y me observó con gracia, sorprendido por mi respuesta a la pregunta que habíamos dejado en el aire hacía escasos minutos. Sus ojos brillaron e intuí que un pensamiento pecaminoso le había pasado por la mente.

—¿En un circo? —cuestionó.

—Sí. Siempre he tenido mucha elasticidad, y me gusta hacer reír a la

gente, aunque no lo parezca.

Continuamos nuestra marcha, sin soltarnos.

—No, la verdad es que no, señor de ciento cincuenta años. —Las carcajadas de ambos brotaron solas—. Me gusta. Yo podría haberte acompañado vestido de payaso. También se me da bien hacer reír a la gente.

Sus cejas subieron y bajaron en un gesto guasón, y, aunque él no se dio cuenta, acababa de romper una barrera de su vida. Ni siquiera había recordado que Vladimir Sokolov, ese hombre que tanto les había quitado, había sido el primero en decirle que era el payaso del circo. Me gustó que afrontase el miedo con esa particularidad, pero más me alegré de ver que su gesto no cambiaba y continuaba el paseo como si nada.

—También se me da bien hacer churretes en la cara. Podría pintarte de maravilla.

—Mientras no asustase a los niños —repuso, dando a entender que pintaba fatal, pese a no saberlo—. Así no ganaríamos mucho dinero.

—Y tendríamos que ganarlo porque estaríamos cuidando a nuestra familia —añadí suelta.

—En esa ecuación solo pueden entrar dos —lo indicó con los dedos— y un perro. Que me encantan los animales, aunque no tenga.

Reí.

—Dos porque te lo ha dicho mi padre. Pero me vale.

—El señor Tanaka estaba borracho el día que lo dijo. En realidad, me da igual si tenemos *legado* —enfatizó las palabras de mi progenitor— o tenemos solo el perro.

—De momento, vamos a centrarnos en lo importante, que es comprarse una casa.

Las risas fueron más sueltas, más amenas, acompañadas de más chorradas de las que estuvimos riéndonos durante una larga hora, pues terminamos en una taberna comiéndonos unos encurtidos junto con el *teishoku*, la comida típica japonesa variada que nos sirvieron.

Al salir, atravesamos de nuevo las calles de Tsumago como si hubiese visto aquel lugar por primera vez, y me atreví a pedirle que recorriésemos la ruta de Nakasendo de nuevo, la misma que cuando llegamos. En la espesura de la zona histórica había un *torii* antiguo que no habíamos visto al llegar a Japón. Me pareció algo muy significativo para los dos.

—Por lo que veo, tienes ganas de darle a la pata, Natsuki Tanaka.

Ya llevábamos más de media hora andando por el interior de la ruta, solo que un poco apartados de los turistas, pues se desconocían muchos caminos que no eran los que salían en todas las guías que se publicaban en Internet.

Reí por su tonito y tiré de él hacia el fondo del *torii*, atravesándolo y acercándome a la maleza, desde donde se podía escuchar el agua correr de uno de los tantos riachuelos que había por allí.

—Y a ti te encanta ser un niño de cinco añitos a veces, Arcadiy Bravo.

Sonreí sin mirarlo, pues tenía cogida su mano e iba delante de él. Me frené al ver que no me seguía, detenido en medio de las rocas que formaban el riachuelo. Giré mi cuerpo para mirarlo, apreciando que algo en su cabeza batallaba. Entrecerré los ojos al ver que no abría la boca.

—¿Sabes que queda muy poco para que se haga de noche?

—¿Tú tienes ganas de volver a casa? —me preguntó con duda.

No lo tenía claro, porque tampoco sabía cómo iba a estar la situación cuando pusiese un pie en Magome. Ver a mi madre, tocarla, sentirla, me alegraba el alma, sin embargo, también entendí que lo que más necesitaban era estar juntos. Los tres.

Una energía vibrante me erizó la piel al ser consciente de que lo había admitido. De que había dado por sentado la relación que mantenían y..., lo mejor de todo, que me parecía estupendo que le mostrasen al mundo cuánto se querían.

Anduve con tiento hasta colocarme delante de él, sujeté sus dos manos y miré hacia arriba.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

Tardó lo suyo en contestar, y entonces reparé en que no habíamos tenido tiempo de hablar de nada de eso, de valorarlo o ponerlo sobre la mesa, porque habíamos decidido que esos minutos que estaríamos a solas, como dos personas corrientes, los necesitábamos para conocernos un poquito mejor.

—¿Qué vamos a hacer? —Supe por dónde iba la pregunta y no quise responder—. ¿Vas a quedarte con mi apellido?, ¿yo con el tuyo? ¿Dónde vamos a comprarnos esa casa? ¿Viviremos aquí, en Japón? —Señaló con una mano el bosque—. ¿Nos iremos a Grecia? ¿No tendremos dónde ir?

Afiancé sus manos con más cariño y mostré una diminuta sonrisa que no estiró las comisuras de mis labios.

—¿Quieres mi apellido? —le pregunté.

—No. —La respuesta fue contundente. Me soltó una mano para moverla a continuación—. No, no, no. No me refiero a que no me guste. ¿Tú quieres el mío? —Resopló como si le hubiese desesperado que no lo entendiese, pero era él quien no se había explicado como debía.

Sonreí.

—Yo quiero estar contigo.

Se quedó perplejo por mi rápida respuesta.

—Vaya, esa contestación no me la esperaba —musitó, y se tocó los labios con la mano libre—. Pero tú eres la líder del clan Tanaka, y, como es evidente, no puedes cambiar de apellido.

Tomé una extensa bocanada de aire y me solté de la mano con la que me agarraba. El gesto no le gustó, porque puso mala cara. Me acerqué un poquito más a él, con soltura. Envolví mis manos en su nuca, me impulsé y salté, de manera que quedé encajada en su cadera.

—Tengo una solución para esos quebraderos que traes. —Sobrevolé su boca.

—No sé cuál será la solución, pero estás poniéndome cachondo. —Rozó mi labio inferior con anhelo—. Y no son quebraderos, pero creo que debemos hablarlo.

Me restregué contra su miembro y gruñó. Le mostré una sonrisa pícara que no pasó desapercibida para él.

—El clan será Tanaka Bravo.

Un gruñido de su garganta resonó por el bosque y me alegró el corazón. Cuánto amaba esa manera de ser, esa soltura y esa forma de ver la vida. ¿Por qué no lo había visto antes?

—La mujer, llevando los pantalones de la casa —objetó, sin dejar de mirarme la boca—. Me gusta.

Me aventuré a rozar sus labios, sacar los dientes y tirar del inferior con calma, atrevida.

—Estaremos un tiempo en Japón, otro en Grecia, y en vez de comprarnos una casa, nos compraremos dos y ambos estaremos cerca de nuestras respectivas familias.

No esperaba la reacción que tuvo cuando sujetó mi espalda, dobló la mitad de su cuerpo y mi cabello rozó la tierra. Tras mi grito de sorpresa, acabó colocándose de rodillas en el suelo, conmigo aún encajada en él. Su erección se clavó en el centro de mi sexo y me vi en la obligación de reprimir un gemido por ese simple roce.

—Me encantan las mujeres resolutivas. —Se acercó y mordió mi barbilla —. Tienes que tomar otra decisión, Natsuki Tanaka Bravo.

Me reí, porque aquello, legalmente, no podría ser, aunque en la casa de cada uno... Nadie iba a enterarse de que usábamos los dos apellidos.

—¿Cómo de importante es? —me interesé, con las manos en su nuca apretadas fuertemente.

Jamás habría imaginado que fuese a necesitar el sexo en mi vida tanto como respirar. Pero allí estaba, con él en medio de mis piernas y sin importarme que alguien pudiese pasar y vernos en una posición

comprometida.

Me aventuré a rozarme, esa vez más lasciva. Sacaba la mejor versión de mí, sin duda, porque también había aprendido que era algo natural, que debía dejar que fluyese, que no debía reprimirme. No con él.

—¿Cómo lo quieres? ¿Suave o salvaje?

Me mordí el labio inferior con gracia, grité de nuevo porque sus dientes se clavaron en mi cuello y tuve clara cuál iba a ser mi respuesta:

—Me gustas más cuando te vuelves un pirado.

10

Una relación de tres

—Mmm...

—Esto es explotación —le dije, con los pies colocados sobre su ancha espalda.

Nos encontrábamos en un pequeño hostal de Tsumago, pues permitir que nos hubiese poseído el espíritu de la pasión en medio de la ruta de Nakasendo fue un problema a medias. Arcadiy me había empotrado contra varios árboles, me había tumbado como un salvaje en mitad de la maleza y había dicho, literalmente, que quería comprobar la elasticidad que tenía por si finalmente podíamos dedicarnos a montar un circo.

Ahora me encontraba con los pies sobre su espalda, haciendo el famoso katapateo sobre ella. Deslicé los pies por su columna, sin apoyo, en aquel masaje terapéutico y milenario.

De repente, elevó la cabeza como movido por un resorte y me miró de lado. Sonreí al comprobar que los músculos de su costado se tensaban y se volvían más apetecibles de por sí.

—¿Has pensado dedicarte a ser masajista?

—Masajista —repetí, dándole un buen pisotón con el pie derecho.

—Sí, masajista. —Movió la mano como si fuese evidente—. Así, desnuda.

Abrí los ojos mucho.

—Desnuda con el resto del mundo —añadí casual, pero en mi tono iba impregnado que eso no lo haría ni muerta.

Chasqueó los dedos de la mano que había extendido e intentó girarse a medias. Sujetó mi pierna izquierda, la apartó a un lado para que me bajase de mi posición y me quedé con ambas abiertas en uve mientras se daba la vuelta para quedar de cara a mí.

—Ya sé lo que vamos a hacer cuando vayamos a Grecia.

Me crucé de brazos, realzando mis pechos.

—A ver, ilumíname.

—Llevarte a una playa nudista para que se te quite la vergüenza. —Me señaló con un dedo como si fuese la mejor idea que había tenido en la vida.

—Yo no quiero que se me pase la vergüenza con nadie de la calle —le rebatí.

No se lo pensó y dio un breve golpecito con su rodilla derecha en la parte posterior de la mía, provocando que la doblase y tuviese que quedarme a horcajadas sobre él. Su enorme miembro se alzó por delante de mi barriga y tragué saliva por las sensaciones y la clara disposición que mi boca clamaba. Pareció darse cuenta de ese detalle, o yo era un libro abierto para él, porque una mueca burlona en su rostro lo evidenció.

—Eres una pervertida, Natsuki Tanaka Bravo.

Reí desenvuelta. Planté las dos palmas sobre su cincelado torso, moví los pulgares ejerciendo presión en su carne y repasé cada línea que acentuaba esos cuadraditos que no me cansaba de lamer y mirar.

—Y tú un embaucador, Arcadiy Bravo Tanaka.

Cogió la mano que paseaba con libre albedrío y tiró hasta que llegó a mi muñeca para atraparla. Me tumbó sobre él mientras con la mano libre palmeaba dos veces mi nalga izquierda.

—Restriégate —murmuró ronco, cerca de mis labios.

—Eres un degenerado... —Gemí al sentir el primer roce de su falo justo cuando movió la cadera con un movimiento concreto en círculo que rozó mi abertura.

—Me pueden las ganas de enseñarte cosas nuevas. Tú has abierto la veda —afirmó con una expresión graciosa.

—Tengo un poco de miedo de los pensamientos sucios que me vienen a la cabeza durante todo el día.

Me restregué. Claro que lo hice. Primero despacio, sintiendo su longitud arriba y abajo, y después tratando de llenar toda mi abertura e incluso de absorberlo. Él se dio cuenta de ese gesto y colocó una mano en mi cadera para detener la intrusión.

—No —sentenció con mucha firmeza, y siguió mi ritmo. Escuché el latido de su corazón, frenético, alertado, igual que lo estaba el mío—. Háblame de esos pensamientos.

Noté que mi clítoris se hinchaba tanto que dolía, hasta que cogí el ritmo, froté con más calma de la permitida y aguanté el aire para poder llegar a contestarle algo con sentido. Entreabrí los labios, tragué saliva y continué con la vista clavada en él. No había tenido la oportunidad de abrirme a alguien tanto como a él, y lo que más me gustaba era que no me importaba la

desnudez, ni por fuera ni por dentro. No con él.

—Pienso en ti todo el día —me expliqué antes de que un jadeo me ahogase.

—Me tienes todo el día —me aseguró, ahora sosteniendo mis caderas con ambas manos para presionar.

—No es eso, Arcadiy. Pienso en ti todo el día así. —Moví el rostro para que lo entendiese—. Desnudos, unidos, permitiendo que me enseñes lo bonito del sexo, del amor... De la vida, a fin de cuentas. —Un gemido se escapó de forma rápida de mis labios.

—¿Y los pensamientos sucios? —se interesó, sin detener el movimiento.

Separé los labios de nuevo, pues los había prensado intentando reprimir el maremágnum de emociones y sensaciones que clamaban por ser liberadas.

—Quiero... —Movió el rostro un poco, indicándome que se lo dijese—. Me gustaría... —Tragué saliva y sonrió—. Me gustaría lamerte a todas horas, entero —recalqué mucho—. Que estuvieses enterrado en mí siempre. ¿Eso es malo?

Me tumbó sobre el futón con una agilidad pasmosa, se colocó sobre mí y su rostro se ensombreció cuando empujó para penetrarme hasta el fondo. Cerró los ojos un instante, supuse por su semblante que conteniendo un jadeo profundo, pues su mandíbula se marcó mucho.

—Eso es una de las cosas más bonitas que puedes decirme, mi *riidaa*.

Mis manos subieron en una lenta caricia hasta su cabello, sujetaron algunos mechones y los masajearon mientras su cuerpo se afanaba en salir y entrar con delirio. Alcé la cadera buscando una profundidad dolorosa, pues Arcadiy ya estaba trabajando en no dejar un hueco libre de mi cavidad.

Omití el detalle de lo mucho que me brincaba el corazón cada vez que me llamaba como su líder, y también me arrollaba un sentimiento de posesividad hacia él que no podía explicar. No quería ser tóxica, no deseaba experimentar malas sensaciones a su lado, y tenía claro que las mantendría a raya siempre que pudiese.

—Te amo mucho, mi griego.

La espalda se me arqueó al sentir el orgasmo tan cercano, subiendo por mi barriga, arremolinándose en mi estómago y buscando salir por mi garganta. ¿Cómo podía tener tantas sensaciones juntas? Era la felicidad máxima, el estado puro de un gozo inexplicable que no pensaba dejar que nadie rompiese.

O eso creía.

Gruñó, gimió y se agachó para devorar mis labios con una pasión desenfrenada. Tiró de mi labio inferior, lo soltó y buscó mi lengua con agilidad. La enlazó y sentí lo desbordado que se encontraba, las emociones

que lo aceleraban en sus acometidas.

Una, dos, tres, cuatro, cinco... Dentro, fuera, dentro, fuera. Mi columna se arqueó mucho más, mis manos se hincaron en aquellos hombros fuertes y apretados y entonces sus ojos se clavaron con más intensidad en mí cuando se separó de mi boca.

El sudor comenzó a perlar nuestros cuerpos como si una luz divina se hubiese colado entre ambos. Afiancé mis uñas en su carne y elevé la barbilla con brío, indicándole que el orgasmo me arrollaba sin compasión. Acercó su boca de nuevo, sobrevolando mis labios de esa manera tan particular que me aceleraba el pulso.

—Natsuki... —gruñó al borde del colapso—. No sé cómo definir lo que me pasa contigo, pero es que decirte que te amo mil veces se queda corto.

Un gemido ronco escapó de mis labios. Apreté mi cuerpo con más fuerza al suyo, me moví más rápido de lo que mis caderas podían y tiré de su nuca hasta que lo junté a mi frente. Nuestras respiraciones y nuestros alientos se mezclaron. Las ansias de desatarnos y de explotar al unísono nos abrasaron. Y las ganas de vibrar emergieron con tanta fuerza que me cimbrearon las piernas, las cuales se dispuso a sostener para ganar más y más profundidad.

—Arcadiy... —gemí extasiada, sabiendo que no podía retenerlo más.

Bombeó con vigorosidad, entrando y saliendo a una velocidad de vértigo mientras mi sexo saboreaba cada acometida con la que él me llenaba. Noté cómo mis paredes lo apresaban, cómo lo absorbían sin descanso, deseando llenarse de él, fundirse con él. Lo miré con devoción, con verdadero amor, con ese que solo puedes ser capaz de sentir con una persona que jamás imaginaste y que te lo ha dado todo. Que te ha hecho vivir en una carrera de sentimientos constante.

Noté que los ojos se me inundaban sin previo aviso, con las emociones a galope. Él lo vio, por supuesto, y al contrario de ignorarme, dijo:

—Yo siento lo mismo, mi tigresa.

Sonreí, y eso ocasionó que una lágrima cayese por una de mis mejillas e impactase en la sábana al mismo tiempo que alzaba mi cadera y explotaba como un volcán. Arcadiy me siguió, como si él también hubiese estado conteniéndolo durante todo el tiempo en el que yo había aguantado para que durase más, mucho más. Porque no quería que acabase nunca.

Lo miré con adoración, apreciando que su pecho subía y bajaba frenético. Que la respiración no lo llenaba lo suficiente como para que se calmase. No se apartó de mí, ni siquiera se molestó en salir de mi interior mientras seguía notando los rescoldos de su orgasmo. Cómo me había llenado por dentro y cómo continuaba bombeando hasta el final. Una de sus manos subió hasta mi

cabello y apartó el que se me había pegado en la mejilla derecha. Terminó agachándose para darme un beso en la frente. Cerré los ojos por ese contacto.

—¿Te encuentras más tranquila?

—No me has dejado que piense mucho en ello, ciertamente. —Reí y él me imitó, sin dejar de delinear mi rostro con sus dedos.

Sin embargo, su semblante cambió con más rapidez de la que habría esperado.

—Se me da bien eso de distraerte. Ahora, dime la verdad, ¿cómo te sientes?

Carraspeé, le cogí una mano y la besé. No consintió moverse de la incómoda posición en la que se encontraba e intuí que desde esa distancia veía mucho mejor mi rostro, aunque yo estuviese deseando que se tumbase para apoyarme sobre su pecho.

—¿Abrumada?

Apretó los labios en una mueca sin mucho convencimiento.

—Ibas a quemar a tu madre y se ha despertado. Después de tres años, Natsuki. No sé si *abrumada* es la palabra adecuada. Llámame raro, pero yo estaría todavía en *shock*. —Sonreí por su humor—. ¿Has pensado en la probabilidad de que ese estado en el que se encontraba fuese por alguna medicación?

Asentí muy despacio.

—El médico de la familia era enviado por Haiden, y solo hace unos días que mi padre le dijo que no volviese. Ha sido un pensamiento fugaz, pero...

—Pero vamos a buscar a ese señor para que cante como un gallo —terminó por mí, y volvió a sobrecogerme que hiciese suyo el problema cuando no lo era.

—¿Por qué eres de esa manera? ¿Porque te preocupa alguien que no conoces? —Le mostré mi desconcierto sin tapujos.

Rozó mi nariz con la suya y temblé cuando se movió, pues su falo lo hizo dentro de mí también. Sentí ese cosquilleo maravilloso.

—Eres mi mujer.

—¿Sabes que mi madre es mucho peor que mi padre? —inquirí con malicia.

Se separó como un rayo de mí para observarme ojiplático.

—No estoy preparado para una señora Tanaka, te lo digo desde ya.

Reí a mandíbula batiente y él me siguió. Sin embargo, la risa se me cortó cuando verdaderamente entendí que no había sabido gestionar bien mis emociones. Y lo dije, por supuesto, como siempre hacíamos:

—Me he pasado tres años buscando venganza. Dando tumbos de un lado a

otro, aguantando a un psicópata obsesivo, siendo una simple pieza a la que mover —murmuré con congoja—, perdiéndome la vida. —Lo miré con los ojos cristalinos—. Y ahora soy consciente de que tengo a mi padre vivo, y de que gracias a que te has puesto en mi camino, está más vivo que nunca.

»También debo reconocer que he perdonado a mi tía Hana, porque solo debía entender que su relación a tres sí es posible, que no pretendía en ningún momento ocupar el lugar de mi madre. Y... mi *kaachan*... —Hice una pausa que no osó interrumpir—. Arcadiy, está viva. Viva. ¿Qué sentido tiene continuar peleando cuando hemos ganado?

Sus dedos masajearon mis costados con mimo, descendieron como si nada y llegaron a mis rodillas, las cuales sujetó con adoración. Ese gesto no fue casual, porque lo noté duro en mi interior, listo para un asalto más.

—*Has* ganado, tigresa. *Tú* has ganado. Y te mereces todo eso y mucho más. —Vi la duda en sus ojos, aunque mi mirada entrecerrada fue lo que le indicó que continuase—: Debes reconstruir lo que Haiden ha destruido. Aquí, en Japón. Y yo tengo que cerrar un ciclo en Londres. Tu madre está viva, tu padre necesitará toda la ayuda posible para poner en funcionamiento esas piernas y tu tía te necesita más que nunca, aunque no te lo diga.

Me miró con detenimiento. El pecho se me encogió, y no le di lugar a continuar con lo que pensaba decirme. Coloqué una mano en su pecho, lo empujé e invertí las posiciones hasta que me quedé a horcajadas sobre él. Sonrió ladino al ser consciente de que retomaba el mando como una sargenta.

—Si tú no hubieses aparecido en mi vida, no habría ganado.

—Tal vez —añadió por toda respuesta.

Me moví en círculos sobre su miembro, ya que no habíamos roto nuestra unión para cambiarnos de posición. Lo observé con ojos felinos y pude dilucidar la batalla que se libraba en su mente.

—No, Arcadiy-chan —solté contundente—. Esa relación de tres puede apañárselas perfectamente y esperar a que regrese sana y salva. Contigo. —Fue a hablar, pero lo detuve poniendo un dedo en alto y subiendo el tono—. Y no pienso consentir que se te pase por la cabeza marcharte solo a Londres. Iré donde tú vayas. Estaré donde tú estés. Y no vuelvas jamás a insinuarme siquiera que nos separemos.

Se mordió el interior de los carrillos, supe que aguantando una risa por mi tono autoritario. Buscó mi boca con devoción y mordisqueó mis labios, para después profundizar en un beso que me desarmó.

—A sus órdenes, mi *riidaa*.

De nuevo, volvió a ponerme tan cardíaca que me sorprendí por la barbaridad de situaciones en las que podía vernos a los dos, por la cantidad de

veces que podría repasar su piel y unirme a él.

Había anochecido cuando nos decidimos a ir a Magome. En ese momento sí que sentí los nervios en el estómago. Flotando, agitados.

Guardamos la moto en el garaje y me dispuse a salir a la calle, con la mano derecha entrelazada con la de Arcadiy y sin saber muy bien cómo entrar en mi hogar.

—Calma. No hay una persona más paciente en el mundo que tú, y sabrás cómo enfrentar lo que venga.

Me detuve, siendo consciente de que de verdad empezaba a necesitarlo para todo. Me coloqué delante de él al mismo tiempo que subía la mano libre para frenarlo por el pecho.

—¿Adónde vas tú? —le pregunté con mucha urgencia.

—A buscar a la tocapelotas de mi sobrina. Estoy deseando que me dejes darle una paliza. —Intentó bromear para destensar el ambiente, pero lo cierto es que me puso más nerviosa.

—Arcadiy, ¿tú...?

No me dejó terminar:

—No. —Sujetó mis muñecas con cariño, tiró de mis manos hacia arriba y besó mis nudillos uno a uno, sin importarle que se le fuese un tiempo que a mí me sirvió para olvidarme. Juntó los puños cuando acabó en su torso—. Es tu madre. Yo, un forastero.

—¡Arcadiy! —lo regañé, porque no quería que se traumatizara por aquello. Los asiáticos éramos muy nuestros.

—No, mi tigresa. No voy por donde estás pensando. —Hizo una pausa que no me gustó—. Es tu madre, Natsuki. Ella te comprenderá; tú lo harás. Necesitáis estar solas, y yo no soy el indicado para romper ese momento. *No* quiero romperlo.

Su énfasis tuvo todo el sentido del mundo, y sin pensármelo lo abracé. Lo abracé con tanta fuerza que noté mis costillas aplastadas, aunque no me importó. Nada lo hacía, en realidad, cuando estábamos juntos.

—¿Te he traspasado algunos dones y no me he dado cuenta? —le pregunté con el tono más calmado.

—No lo sé. Vete a saber lo que ha hecho el señor Tanaka, en un despiste.

No hubo mucho tiempo más para hablar, pues solo tuve el suficiente para separarme un poco, golpear su pecho de broma y escuchar la voz de mi padre a mi espalda:

—¿Tú qué estás hablando de mí?

Arcadiy elevó la barbilla y miró al frente complacido, con media sonrisa pícara.

—De que soy un cabrón con suerte y tú un *miko* cojonero. —El movimiento en los labios de mi padre no pudo quedar oculto, así como su sonrisa tampoco, y aquello me enamoró—. ¿Qué haces de pie ya?

—Me urge usarlas —le contestó, moviendo las piernas muy poquito mientras mantenía las manos apoyadas en las muletas.

Hana salió detrás, intuí que dejando a mi madre a solas, quien ya me esperaba. Me mostró una tenue sonrisa. Eso me confirmó que la conversación entre los tres no había ido muy mal.

—*Misaki* —me saludó con un movimiento de cabeza, con las manos juntas delante de su vientre. La imité con un breve movimiento de barbilla y una caída de ojos.

—*Chichiue*, no puedes ser testarudo. Sabes que esto va poco a poco.

Chiyo apareció detrás con la silla de ruedas y lo agradecí enormemente. Se sentó, le pasó las muletas a Hana, quien las dejó en la entrada del salón, y descendió la rampa hasta llegar junto a Arcadiy y a mí.

—Y estoy tomándomelo al pie de la letra. —Nos señaló a ambos—. Que lo entendáis los dos. ¿Dónde habéis estado? No habéis llegado ni para la cena.

Cerré la boca y evité hacer comentario alguno. Pero, claro, Arcadiy no estaba por la labor:

—¿Quieres que te lo cuente de verdad?

—¡Arcadiy! —lo regañé, y los dos rieron, dándome a entender que me había delatado yo sola. Puse los ojos en blanco.

Adelanté el paso para acceder, me descalcé y mi tía se colocó a mi lado.

—Son hombres. No esperes otra cosa.

Los oí renegar, pero pronto cambiaron de conversación y ambos se enfrascaron en una disputa como dos niños de cinco años, como decía mi griego. Arcadiy quería llevar la silla de ruedas; mi padre decía que no hacía falta. Arcadiy le espetaba que se dejara de tonterías; mi padre le contestaba que más tonto era él. Y, así, en bucle.

—Ya. —La miré a la cara con una mueca burlona mientras los otros dos no paraban de tirarse pullas—. ¿Cómo está?

Hana torció el morro y chasqueó la lengua al preguntarle por mi madre.

—Bueno..., puede que haya sido mucha información de golpe, pero creo, si no me equivoco y su carácter no ha cambiado, que lo ha asimilado todo bien.

Me dio un poco de vergüenza hacerle la pregunta, aunque al final lo hice decidida, demostrándole que ya había admitido esa relación.

—¿Y vosotros? Los tres.

Los ojos de mi tía brillaron con tanta intensidad que creí adivinar que aguantaba las ganas de llorar por una simple pero valiente pregunta. Se tomó su tiempo en responderme:

—Nosotros bien, *misaki*. Muy bien.

Escuché que las voces de detrás habían cesado; estaban al tanto de nuestra conversación. Sin embargo, lo que menos me esperaba fue que, al girarme, estuviesen mirándome, Arcadiy sujetando la silla de ruedas y mi padre con ojos escrutadores.

—Natsuki-chan —me llamó mi progenitor, aunque dudó antes de decirlo—. Lo sabe todo. Incluido que eres conocedora de nuestra verdad.

Asentí. Ya me había llevado las manos a la espalda sin darme cuenta. Mi griego dio tres largas zancadas, llegó hasta mí y besó mi frente con amor. Lo observé desde mi altura, sin necesidad de decirle cuánto significaba para mí. Cuánto significaba ese beso. Sonrió.

—Voy a llevarme al cascarrabias de tu casa, a ver si lo convenzo por el camino para que le ponga los puntos sobre las íes a la rusa adolescente. —Bufó con exageración—. Esperaré a que vengas a buscarme.

Repetí el gesto afirmativo, busqué a mi padre por un lado de Arcadiy y vi que mi tía se movía hasta llegar junto a ellos. Le mostré una mueca de tranquilidad a mi padre y él pareció relajarse, aunque no del todo.

—Yo no tengo edad para adiestrar a niños. Así que déjame y apáñatelas solo.

Arcadiy se volvió de cara a él con guasa, sujetó de nuevo la silla de ruedas pese a los reniegos de mi *chichiue* y aseveró:

—Tienes dos opciones: o me ayudas a que la niña se centre y deje de tocar los cojones, que en eso eres un experto —mi progenitor rugió y mi tía rio por lo bajo—, o te pongo a dos ruedas y empiezo a hacer trompos contigo. —Empujó la silla.

Mi padre fue a detenerlo y mi tía me guiñó un ojo antes de seguirlos.

—¡Arcadiy-chan! ¡Te daré una paliza que recordarás toda tu vida! —lo amenazó mi *chichiue*.

—Ya te gustaría a ti. A ver si te piensas que yo no me hago reversible con las volteretas.

Reí abiertamente porque sabía que aquello no era verdad y que nuestras artes marciales se le daban fatal. Respiré de manera sonora y accedí a mi hogar, dispuesta a permitirme esas horas que las dos necesitamos. «Está viva, Natsuki. Muy viva», me recordó la voz de mi cabeza, embriagándome de un sentimiento intenso.

Me detuve en el quicio de la puerta y observé que se encontraba frente al caldero, moviendo las manos al compás del fuego que la acompañaba. La energía no dejaba de fluir con ella, y pese a poder encontrarse débil, se mostró con toda la valentía que pudo.

La larga trenza que le habíamos hecho con anterioridad ya no existía. Se había soltado la larga melena, una que le llegaba por la cintura, y también se había cambiado la ropa. Ahora vestía un *iromuji* azul oscuro. Recordé de inmediato que aquel color era el favorito de mi madre, pues decía que el azul era precioso en todas las tonalidades que existiesen, pero que la profundidad del oscuro lo abarcaba todo, hasta los lugares más inhóspitos del universo, el cual tenía ese fondo.

—¿Piensas entrar ya, *chō*?

Su contundente tono provocó una sonrisa en mi boca. Tan autoritaria como de costumbre. Que me llamase de aquella forma me erizó la piel, pues la palabra *chō* era muy importante para la cultura nipona, ya que se refería a las mariposas, insectos que significaban la transformación y el renacimiento.

—¿Cómo se encuentra tu humor después de tres años, *kaachan*? —le pregunté risueña, acercándome despacio a ella.

No se movió, sino al contrario: continuó con el baile hipnótico de sus manos.

—Mi *chō* sabe bromear. Mmm... Qué interesante. ¿Dónde está la Natsuki que dejé aquí con diecisiete años? Y, si quieres mi opinión, estoy bien desde que me he quitado el kimono de los muertos que me habéis colocado.

Me senté a su lado, con las piernas cruzadas al igual que lo estaba ella. Sus oscuros ojos, tan negros y grandes como aquel universo al que tanto amaba, me inspeccionaron. Entrecerré los míos en un gesto desafiante que siempre habíamos llevado a cabo, hasta que ella me lo devolvió y estallamos en una carcajada.

—Tu *chō* se ha convertido en una mujer a base de mucho. Pero sí, digamos que alguien me ha enseñado a ver la vida de otra manera. —Suspiré y me llevé las manos a las rodillas abiertas, aunque lo que más deseaba era tocarla —. Respecto a lo otro, te recuerdo que íbamos a quemarte.

—A quemarme... —dijo perdida en sus pensamientos, mirando el fuego.

Debía decir que mi *kaachan* no era de muestras afectivas, que le costaba mucho; tal vez, de ahí que yo tuviese una parte muy importante de aquel carácter. También era una mujer selectiva, buena y bondadosa, pero reticente a las relaciones desconocidas. Más que Eiji Tanaka. Mucho más. Sin duda, siempre había sido el pilar de la familia, y la desaparición de nuestras vidas había supuesto un enorme batacazo con el que comenzamos a vivir sin

remedio.

—No puedo decirte lo que ha supuesto para mí. —La voz se me quebró. No hablé de mi padre porque no me creí con el derecho a hacerlo. Ya habían tenido el tiempo necesario los tres.

Su mirada me buscó por segunda vez, muy atenta, y no me esperaba lo que me dijo a continuación:

—Siempre te sentí, Natsuki-chan. —El corazón, ese que estaba desesperado por salir corriendo de mi pecho, latió con más fuerza que nunca—. Siempre te sentí. Y según pasan los minutos, recuerdo algunas cosas. Algunas conversaciones que habéis tenido conmigo.

Tuve que obligarme a frenar el tropel de preguntas que se agolpó en mi cabeza, y ella lo intuyó porque sonrió. Yo era muy mística, pero Kaori Keitaro —desde hacía años, Tanaka— era la más mística de todos, pese a no poseer ningún don que no fuese el de su propia intuición.

—Entonces recordarás muchas cosas, porque te lo he contado todo —le dije con media sonrisa. Ella me observó muy atenta.

No esperaba que reaccionase de esa manera. Con los ojos llorosos, se movió de su posición y saltó casi sobre mí para arroparme en un sentido abrazo que me llenó el alma. Envolví con las manos su cuerpo, cerré los ojos con verdadera adoración y escuché que decía las palabras que yo misma le mencioné cuando llegué a Japón, con Arcadiy en la entrada:

—«Tendrías que verlo. Es la persona que mejor me ha tratado nunca. De hecho, es la persona que me ha enseñado lo más bonito de la vida, *kaachan*». —Besó mi cabello y buscó la atención de mis ojos. Sonreí con lágrimas corriendo por mis mejillas—. Háblame de ese griego que ha sacado lo mejor y lo peor de mi *suki*.

11

Un riesgo

Arcadiy Bravo

Bufé exasperado mientras cenábamos, contemplando de reojo a mi sobrina, quien no consintió abrir la boca durante todo lo que tardamos en devorar la comida. El *funeral* de Kaori era algo que todavía me tenía desubicado. ¿Cómo había sido posible?

Aunque había tratado de quitarle hierro al asunto con Natsuki y sus pensamientos, lo cierto era que por mi cabeza pasaban esas mismas preguntas: ¿Y si hubiese encendido la pira?, ¿y si no hubiese abierto los ojos a tiempo?, ¿cuántos golpes de suerte podría tener una persona en la vida?

Aquello me llevó, de manera irremediable, a hacerle unas cuantas a Chiyo, pese a saber que era un hombre al que no le sacabas mucha conversación:

—Chiyo. —El nombrado me miró—. El médico que venía a ver a Kaori, ¿lo conocías?

Asintió muy despacio. Enarqué una ceja, dándole a entender que podía molestarse un poco en mantener una conversación. Eiji y Hana permanecían en el exterior de la vivienda, con Asahi y su postura de no sacar las manos de las mangas.

—Y él era el que la medicaba, supongo.

Miré a mi sobrina cuando afirmó aquello. Se encontraba dejando el cuenco de arroz, el cual se había comido con una destreza innata, si contábamos con que lo había hecho con esos palillos del demonio. Miré los míos, apoyados en la mesa baja y sin intención de tocarlos.

—En efecto, señorita Williams. El médico la trataba en todos los aspectos.

—Incluido el oxígeno —murmuré más para mí que para el resto.

—Sí, señor...

—Arcadiy —lo corregí—. Arcadiy. Y olvídate de señor, por favor.

Pude apreciar que la comisura de sus labios se levantaba levemente y me

pareció un hecho insólito.

—¿Alguna vez habéis visto o escuchado algo raro mientras la visitaba? —Miré a Aleshka mal. ¿Por qué no se callaba?—. Es posible que hayan estado suministrándole un medicamento que la dejase en coma durante...

—¡Aleshka! —bramé. Sin embargo, Chiyo le prestaba suma atención. Incluso tenía los ojos brillantes.

Mi sobrina cerró la boca con enfado.

—Sí, solo soy una *cría*. Entiendo que tengo que callarme la bocaza.

Me dieron ganas de borrar su risa autosuficiente de un guantazo. Pero me contuve porque no era su padre y no pensaba ponerle una mano encima, aunque quisiese estrangularla. Mis ojos afilados fueron suficientes para que se relajase.

Chiyo sonrió, inclinó la cabeza y, tras un breve comentario, nos dejó a solas:

—Creo que han conseguido desentramar el problema. Ahora debemos buscar la raíz para extirparla de la tierra.

Cabeceé de manera positiva, entendiendo que nuestro siguiente paso era ir en busca del médico. Contemplé a mi sobrina, quien se había afanado en coger un té y se lo bebía a sorbos, mirando al frente, como si mi presencia le molestase. Me crucé de brazos para ponerla más nerviosa.

En efecto, lo conseguí porque se removió incómoda.

Era extremadamente bonita. No quería ni imaginarme la gran mujer en la que podría convertirse con el paso del tiempo. Su cabello era tan parecido al de Adara que asustaba. Lo llevaba recogido en un enorme moño desordenado sobre la cabeza, y estaba seguro de que aquellos ojos tan azules como un cielo despejado llevarían de cabeza a más de uno o una. Con un movimiento, me observó al saberse analizada.

—¿Tengo monos en la cara? —me preguntó con tonito de preadolescente.

—Tienes una hostia como mi mano de grande. —Se la señalé.

Para mi *no* sorpresa, rio. Con la parte cómica de su tío favorito, Aleshka aplacaba aquel carácter endemoniado de los rusos. Casi se le salió el té por los agujeros de la nariz al intentar aguantar la risa.

—Me hiciste una promesa —me dijo al fin.

Asentí.

—Y no la he olvidado.

—Te has casado y no pensabas volver a por mí.

—Me he casado y nunca he dicho que fuese a quedarme aquí para siempre.

Desvié mi atención al exterior. El señor Tanaka estaría a lo suyo, pero nos prestaba atención como si tuviese dos antenas parabólicas, porque nos

miramos.

—No ibas a volver —sentenció ella con mucha firmeza.

Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo tras haber dejado la taza de té previamente en el suelo. Descrucé los brazos y me acerqué a ella arrastrando el culo por el suelo. Se revolvió incómoda de nuevo.

—Aleshka —la llamé para que me mirase, pues había apartado los ojos y ahora enfocaba la parte derecha de la casa—. Aleshka, mírame. —Le sujeté el mentón y tiré de él hacia mí. Tenía los ojos brillantes—. Nunca. Nunca dudes de mi palabra, porque yo siempre iré a por ti, *to korítsi mou.*

La conocía lo suficiente como para saber qué ocurriría a continuación. A sus padres siempre les echaba un pulso, e imaginé que eso era algo común entre padres e hijos, sin embargo, conmigo no era así. Se lanzó a mis brazos como si le faltase la vida, desestabilizándome un poco en el sitio. La abracé con fuerza, hundí la nariz en su cabello y le di un beso que me erizó la piel. Y, entonces, sin saber cómo había llegado tan rápido, el señor Tanaka apareció en mi campo de visión. No me gustó la sonrisilla que aguantaba.

Aleshka se separó de mí y me miró a los ojos con devoción, hasta que se dio cuenta de la persona que nos aguardaba enfrente.

—¿Puedo? —preguntó el recién llegado.

—Como si fuera tu casa —le dije con socarronería. Rio.

Aleshka recogió un mechón de su cabello que se había escapado hacia su rostro y se lo colocó detrás de la oreja izquierda. Eiji no dejaba de mirarla a los ojos, y la niña no se amedrentó. Mi suegro —qué raro se me hacía aquello — se sirvió un té y le dio un sorbo antes de decir:

—¿Habéis escuchado alguna vez que existe el reencuentro de almas?

Puse los ojos en blanco con la intención de levantarme, pero Aleshka sujetó mi muñeca con fervor y con la atención muy fija en Eiji.

—¡Venga ya! —me quejé, y él sonrió.

—Yo sí. Me gusta mucho el mundo del esoterismo. Me encanta todo lo que tenga relación con un fantasma.

Eiji esbozó una sonrisa y yo aguanté el resoplido.

—No todo lo relacionado con el mundo místico debe tener ligado un fantasma, Aleshka Williams. Hay muchas cosas más que desconocemos, y ni con un milenio habría suficiente para aprenderlas.

—¿Qué esperabas de... —mi sobrina me miró muy mal— de una muchacha en proceso de ser adulta?

La sorna me salió cara, porque Aleshka me dio un codazo en las costillas. Me quejé de manera fingida. Escuché las explicaciones de Eiji, aunque mi atención se centró en el exterior. Desde el gran ventanal del salón podía

discernir la entrada de la vivienda de los Tanaka, pero no veía a Natsuki.

—Las almas siempre se reencuentran si están predestinadas a ello. Y me atrevería a afirmar que vosotros dos habéis tenido una relación poderosa en el pasado.

—¿Cómo puede saber eso, señor Tanaka? —le preguntó mi sobrina con interés.

—Porque nos queremos a matar pero nos queremos —resolví sin mirarlos.

—Está bien, Arcadiy-chan. No tienes que preocuparte por ella —añadió Eiji, y retomó su conversación—: Cuando morimos, siempre volvemos a nacer en un círculo cercano a la familia que tuvimos en la vida anterior.

Fijé mi atención en él. No dudaba que estuviese mal, pero sí me preocupaba llevar tanto rato sin estar cerca de ella. Había comprendido que me quería a su lado cuando se avecinaban asuntos importantes, sin embargo, no deseaba que eso se convirtiese en una necesidad, y hablar con su madre era algo de las dos. Yo allí estorbaba, y entendí perfectamente que debía negarme. Por nada del mundo quería convertirme en una prioridad tóxica para Natsuki.

—¿Y quiere decir que nosotros ya nos hemos conocido antes?

La pregunta de mi sobrina me transportó a la conversación y llevé los ojos al techo con un pequeñísimo resoplido. No pensaba preguntar y aguantaría con todas mis fuerzas soltarle algún comentario de los míos, aunque yo ya sí empezase a creer que tenían razón en todas las cosas de las que hablaban.

—Por supuesto que os habéis conocido antes. Y me arriesgaría en mis conclusiones a constatar que...

—No te arriesgues, no te arriesgues —lo interrumpí. Me miró mal por ese hecho, pero hice como que cerraba la boca con una cremallera de manera exagerada.

—Tenéis una deuda kármica, de eso estoy seguro. Es posible que hayáis mantenido una relación amorosa o que os haya unido un parentesco familiar. Hermanos, madre e hijo, padre e hija...

—¿Nosotros, pareja? ¿Relación familiar de hermanos? —Aleshka se señaló y después lo hizo conmigo—. ¿Y quiere decir que tenemos que resolver algo pendiente?

Mi sobrina me miró, entusiasmada por la información que estaba dándole el *miko* legendario. Yo, para no perder la costumbre, le puse morritos como si fuese a besarla. Eso ocasionó otro codazo por su parte y un varazo en la rodilla izquierda de mi suegro.

—¡Oye! ¿Tu caña de bambú es extensible o qué? ¿De dónde la has sacado?

Hizo un gesto con la mano, indicándome que me ignoraba.

—En efecto, Aleshka, debéis resolver algo que en el pasado os quedó pendiente, o tal vez tengáis una misión de vida juntos. Que en el pasado hayáis sido pareja, por ejemplo, no influye en que ahora seáis familia.

Mi sobrina se acercó un poco más, como si no quisiese dejar el tema en toda la noche. Yo empecé a desesperarme porque no sabía si quería saber más de eso o no.

—¿Y cómo podemos averiguarlo, señor Tanaka?

Me mordí el labio interior, atisbando que Eiji me miraba con gracia, como si estuviese riéndose a mi costa. De repente, esa corriente de aire fría tan característica cuando Riley se me venía a la cabeza apareció. La rodilla izquierda comenzó a cambiarme de temperatura y mis ojos se fueron al *miko* de inmediato. Estaba sonriendo.

—Creo que tu tío va a quedarse unas largas temporadas por aquí. Así que podrías preguntarles a tus padres si te dejan venirte conmigo de vacaciones. Te enseñaría mucho sobre nuestras costumbres y nuestro mundo.

Parecía tan emocionada que me asustó, tanto que creí oír los latidos de su corazón desde mi posición. El aire continuó allí, sin moverse, y entonces mi amigo apareció en mi mente sin pensarlo siquiera. Cuánto lo echaba de menos y cuánto daría por volver a verlo una vez más.

—¡Estaría encantada, señor Tanaka! ¡Usted sería como mi maestro terrenal!

Fruncí el ceño al no saber qué significaba eso de maestro terrenal, eludiendo la alegría que mostró el rostro de Eiji, como si hubiese esperado ese momento siempre. Entonces, también sin motivo, escuché que dijo:

—Hay que aprender a meditar. Eso es lo fundamental para reencontrarnos con quien queremos.

Tragué saliva de manera perceptible, pues a mi mente vino la primera vez que cerré los ojos y me concentré en una escena bonita: cuando Natsuki y yo nos golpeamos hasta la saciedad. Allí había podido ver a Riley, sin embargo, algo me impidió acercarme a él. Era tan real...

Aparté de un plumazo aquellos pensamientos cuando miré hacia el ventanal y vi que Natsuki estaba en la entrada. Me levanté como si me hubiesen empujado.

—Aquí os dejo con vuestras locuras, que yo voy a por mi mujer.

Escuché algún reniego en la lejanía, pero no le di importancia. Aceleré el paso hasta que llegué al exterior. La noche se apoderó de aquel lugar, haciéndolo más oscuro y perdido de lo que ya era. Los ojos de Natsuki se encontraron con los míos, sin embargo, desde la lejanía no podía verlos. Sí sentirlos. La sentía de una forma incomprensible, como si algo me

comunicase qué era lo que estaba experimentando.

Era feliz. Sumamente feliz. Y eso me llenaba de una dicha inexplicable.

Entonces, como si alguien la hubiese invocado, la mujer con la que había estado hablando durante horas apareció. Se colocó a su lado, con un kimono de un solo color, con las manos a la espalda, tal y como estaba su hija, la mirada altiva y la pose de un guerrero. Kaori era una belleza sumamente exótica, tanto como lo era su hija, con la única diferencia de que los ojos de la madre de mi tigresa resaltaban mucho más, pues eran más grandes que los del resto.

Solo me separaban de ellas cinco zancadas. Me detuve a contemplarlas cuando el tono dulce pero mortífero de la señora Tanaka salió de su garganta:

—Arcadiy-san.

Inclinó el rostro en señal de saludo, aunque el sufijo fue de respeto. Ya tenía el truquillo de eso, así que imité su gesto con la cabeza.

—Kaori-san Tanaka.

Se hizo un silencio breve en el que mis ojos buscaron los de Natsuki, los cuales se encontraban clavados en mí. Mi japonesa dio un paso para llegar hasta donde me encontraba mientras su progenitora hablaba, sin quitarme los ojos de encima. Pensé en que dos que duermen en un colchón... «Por favor, diez minutos de silencio de nuevo no...».

—Te honra mucho lo que has hecho por mi familia, Arcadiy-san. —Cuando Natsuki llegó a mi lado, la abracé. Besé su cabeza con mimo, aun sabiéndome observado por su madre. Aquella mujer era de armas tomar, no me cabía la menor duda—. *Arigato*. —Inclinó la cabeza de nuevo—. Por todo, no solo por mi hija.

Supe que no me daba las gracias solo por Natsuki. Era consciente de que lo hacía por Eiji, por Hana y por su hogar, a fin de cuentas. Sin embargo, me escamó tanta cordialidad cuando podía ver el veneno en la punta de su lengua. Insano, vibrante, mortal.

—No hay que darlas, Kaori. —Mi acorte en su nombre ocasionó que su ceja izquierda se pronunciase un poco.

Sentí que la mejilla de Natsuki se rozaba con mi pecho. Sonreí al vaticinar lo que vendría a continuación. La señora Tanaka me observó con fijeza, sin pestañear, con las manos a la espalda y una amenaza muy clara en sus oscuros ojos.

—*Chō*. —Mi japonesa alzó la cabeza. No sabía qué significaba aquello, pero me anoté mentalmente preguntárselo a Natsuki. Y ahí venía—: ¿Por qué no vas a buscar a tu padre y a Hana? Se ha hecho muy tarde.

Natsuki pareció dudar. Fue un breve instante, pero lo aprecié en menos de

lo esperado.

—Claro, *kaachan*. —Me observó, sabiendo que algo no cuadraba, aunque ella estuviese pletórica.

Asentí en señal de que podía marcharse, besé su cabeza y musité muy muy bajo:

—Torres más altas he subido.

La frase no era así, por supuesto, pero yo la había adaptado a lo que me parecía que era Kaori en aquel momento: una torre muy alta, con mucha belleza pero muy letal. Una serpiente con su lengua viperina a punto de saltar, estrangularme y marcarme con su ponzoña. No deseaba por nada del mundo que convirtiésemos aquel bonito reencuentro en una rivalidad, porque no éramos enemigos, sin embargo, tampoco pensaba dejarme amedrentar —y mucho menos pisotear— por la madre de la mujer a la que amaba.

Natsuki me observó los segundos suficientes como para llenarme de ese valor que no me faltaba para enfrentarme a la persona que espera, paciente, a que su hija se alejase los suficientes metros para empezar el asalto. Se alejó con pasos decisivos y sin mirar atrás ni una sola vez.

Cuando estuvo a cierta distancia, perdiéndose casi en la espesura del bosque, me giré con el rostro serio y preparado para el primer ataque.

Kaori ya estaba esperándome.

—¿Por qué no mataste a mi sobrino en el furgón?

El primer dardo llegó certero. No iba a exponerle las circunstancias del momento, porque ya lo habría hecho su hija. Su tono fue, cuanto menos, mortífero.

—Valoré más el hecho de sobrevivir.

Coloqué las manos por delante de mi vientre, en una postura desinhibida. Ella continuaba con las suyas a la espalda, recta y firme. Sus labios se mantuvieron apretados, como si estuviese valorando cuál era la mejor respuesta para darme o, en su caso, para rebatirme.

—¿Por qué te mandaron a ti para matar a mi hermano?

—¿De verdad te importa o te importó Ayari? —le pregunté con arrogancia.

Sus ojos se convirtieron en una fina línea. No había pensado siquiera el hecho de tratarla de usted, pues para mí Kaori era un igual, no como en el caso de su marido, a quien siempre había visto como un ser superior a todos los que existíamos en la Tierra.

—Me importa que mi familia esté en peligro. Contesta. —Su tono fue incisivo.

—Me envió la policía. No tengo más explicaciones que darte porque yo solo cumplía órdenes. ¿Te vale? —la vacilé.

Dio un paso solemne.

—¿Por qué accediste a casarte con mi hija?

Ahora, el que dio el paso fui yo.

—Porque tu marido nos lo puso a huevo y porque la amo.

Avanzó otro, con el mentón muy elevado y las manos ahora a ambos lados de su cuerpo.

—¿Por qué quieres que Eiji pueda volver a caminar? ¿Por qué le has regalado esas piernas que no te ha pedido?

Di otro paso, y ya solo nos separaba uno; o sea, un palmo. Pensé que me aguantaría la respuesta, pero no. No la retuve:

—Porque me salió de los cojones y de aquí. —Me golpeé el pecho con fuerza, justamente en el corazón. Endurecí mi tono más de lo que habría imaginado—: ¿Esto es un puto tercer grado, Kaori?

No dudé ni por un instante que aquella mujer fuese a avanzar sin miedo hasta quedarse a un centímetro de mí. Así lo hizo, y no me moví. No hizo falta que sacase un arma para amenazarme; con la oscura tonalidad que proyectaban su mirada y su voz bastó:

—Esto es una puta amenaza que debes tomarte al pie de la letra, *griego*. —Aguanté las ganas de sonreír porque había dicho una palabrota y porque había usado ese nombre con tonito—. Si se te ocurre romperle el corazón a mi hija, hacerle daño a mi marido o a mi familia —supe que dentro de esa ecuación entraba Hana—, no tendrás lugar en el mundo donde esconderte.

No cambié mi posición, y en cierto modo, las manos por delante del vientre marcaban una distancia que apenas teníamos. Incliné el rostro un poco hasta quedarme muy muy cerca de ella. Ambos nos mantuvimos la mirada, retadores.

—¿Crees que estás preparada para enfrentarte a mí?

Sonrió ladina.

—Torres más altas han caído.

Pues sí, sí me había escuchado, y ahora se lo había llevado a su terreno. Sonreí con arrogancia y solté sin que se lo esperase:

—Creo que me caes bien, Kaori. Espero no arrepentirme de no haberte quemado yo en la pira.

Su gesto guasón me mostró que había captado mi tono bromista, a pesar de no haberlo revelado. Me sorprendió su contestación, aunque no lo mostré:

—Creo que me caes bien, Arcadiy. Espero no tener que matarte mientras duermes. —Enarqué una ceja—. Por si acaso no consigo enfrentarme a ti.

—No lo pongo en duda.

Mentí. Mentí como un bellaco porque aquella mujer era capaz de pegarme

la paliza de mi vida; o, en ese caso, la segunda paliza de mi vida, porque la primera me la había dado Natsuki en cuanto llegamos a Japón. Recordarlo me hacía sonreír de forma tonta.

Kaori se apartó ligeramente de mí, dándome a entender que la tregua entre nosotros era real.

—¿Cuál es el plan?

Había estado pensándolo durante los minutos en los que la cabeza había dejado de funcionarme a mil por hora o se había distraído con otros placeres más relevantes.

—Por fin alguien dice algo con sentido. —Sonrió ampliamente y me gustó—. Deberíamos investigar, saber si Haiden está vivo o no, para empezar.

—Mi sobrino no ha muerto. Casi podría asegurártelo.

La miré con gracia.

—¿Tú también eres rarilla?

Rio, destensando los hombros.

—No. Yo no poseo ningún don, si es a lo que te refieres.

«Pero eres el pilar fundamental de esta casa». Lo pensé, aunque no lo dije. Ella lo sabía de sobra.

—También deberíamos buscar al médico que estuvo atendiéndote durante estos tres años. —Chasqueé la lengua al ver el gesto de sufrimiento que apareció de manera momentánea en su rostro—. Puedo encargarme de eso a primera hora de la mañana. Iré con Chiyo e intentaremos averiguar qué ha ocurrido.

—¿Crees que Peter ha tenido algo que ver?

Moví la cabeza a ambos lados, dándole a entender que no.

—Mi intuición de experto asesino me dice que todo ha sido organizado por Haiden. De alguna manera, él pretendía teneros controlados, pero, sobre todo, a Natsuki.

Me quemó la garganta mencionarlo, hacerlo real. Ella no estaba dispuesta a dejar correr ese tema, pues me preguntó:

—¿Crees que de verdad la quiere?

Miré hacia la casa en la que había desaparecido y me los encontré a todos en fila india, contemplando nuestra discusión. Al parecer, nadie había querido perderse el espectáculo y todos conocían de sobra a Kaori. Regresé mi atención a la sargenta que tenía delante.

—Creo que no sabe amarla pero que está obsesionado con ella.

—Eso es un riesgo que debemos exterminar —sentenció con seguridad.

—Un problema que pienso resolver antes de irme de aquí.

No esperaba que retomase el paso, que se acercase a mí y que plantara su

mano derecha en uno de mis antebrazos. Me buscó con la mirada, hasta encontrarla.

—Arcadiy, tú has salvado a mi familia. Juntos vamos a terminar con la escoria, y juntos vamos a sobrevivir. —No entendí que quiso decirme. Tampoco tardó en aclarármelo—: Nosotros te ayudaremos a salvar a tu familia de Peter, pero sobre todo te mantendremos con vida a ti, porque ya eres parte de los Tanaka.

12

El muerto sorpresa

Esa mañana estábamos todos como un batallón a punto de partir a la guerra en el salón de los Tanaka. Cada uno tenía una función distinta, la cual ya habíamos repartido y ordenado de manera correcta. Como era más que evidente, Natsuki se había encargado de eso, y el orgullo que mostraron los ojos de su madre fue descomunal.

—Asahi y mi padre irán a Magome, preguntarán si tienen pistas de Haiden o si alguien lo ha visto; Aleshka y yo nos quedaremos aquí para empezar con el entrenamiento antes de marcharnos; Hana y mi madre determinarán el plan que llevaremos a cabo en Londres y descifrarán la información que el *shogun* nos envió y de la que ya dispone la familia de Arcadiy. —Cabeceó en señal de agradecimiento—. Y Arcadiy y Chiyo irán en busca del médico. ¿Alguna duda?

Azumi no dejaba de dar vueltas, trayendo y llevándose objetos que no eran necesarios, pensé que con tal de estar atenta a la conversación, algo que me escamó. Pero no. Lo que le ocurría simplemente a esa muchacha era que no sabía cómo encontrar mis ojos para hacerme algún gestito. En un principio pensé que su ausencia se debía a que Eiji la había despedido de la casa, sin embargo, la causa fue que su madre se puso enferma.

Esa mañana casi murió de un infarto cuando Kaori le abrió la puerta, y necesitó más de veinte minutos para confirmar que la señora de los Tanaka estaba vivita y coleando. No creía que fuese mala persona, sí un poco ligera de cascos, pero, a fin de cuentas, una chica simple.

—¿No será un poco peligroso que el *miko* legendario, desaparecido hace un milenio —puse tonito teatral, exagerando—, aparezca en Magome y alguien lo vea?

Eiji me contempló desde el otro lado de la mesa, con las muletas en las manos. Esa mañana había avanzado un par de pasos más. Lo había visto

renegar con Hana y Kaori en la parte trasera de la vivienda, con una a cada lado de su cuerpo. No quise ni imaginarme lo que sería lidiar con aquellas dos, con el carácter que tenían, y encima aguantarse a uno mismo. Porque Eiji era mucho Eiji.

—Tendré que arriesgarme a que vayas sacando tiques para la laaarga cola. Imagínate, tú como mi secretario.

—¿Yo? —Me señalé, y vi a Natsuki sonreír—. Tendrás que comprarme un uniforme con taparrabos, como mínimo. Así revolucionaríamos tu país asiático.

—Eres un guarro —objetó con sorna.

—Y tú un remilgado.

No solo rio él, sino que lo hicieron las dos mujeres de su vida, y no quise tener pensamientos pecaminosos. Puse cara de asco, como si el hijo fuese yo, y mi tigresa soltó una pequeña risa que la delató. Cambió de tema de forma radical, pues imaginarnos a ese trío no nos apetecía a ninguno de los dos:

—Si alguno tiene dudas o cree que está en peligro, lo más conveniente sería salir de allí y no enredar la situación. ¿De acuerdo?

Todos asentimos al comentario de la organizadora. El aire se cortó cuando Azumi apareció, jarra de café en mano —hay que decir que allí no se estilaba mucho eso del café—, se acercó con pasos decididos a mí y la elevó en el aire.

—¿Desea más café?

Fue una pregunta simple que parecía inofensiva, sin embargo, no lo era. No lo era porque sus ojos lascivos me buscaron hasta que se toparon con los míos, porque su escote estaba más abierto que de costumbre y porque la falda que llevaba como uniforme casi dejaba a la vista sus muslos enteros. Le eché una mirada amenazante. Ya era hora de ponerle freno.

Me separé de la mesa, en la cual me encontraba apoyado y con los brazos cruzados a la altura del pecho, miré con descaro mi taza, que se encontraba a mi derecha, y cuando fui a negar con la cabeza, alguien se me adelantó:

—Azumi. —La nombrada se volvió cuando el tono letal de mi japonesa resonó por toda la estancia. Dio un paso hasta quedarse delante de ella—. ¿Necesitas el trabajo? Este trabajo, me refiero.

—Sí, señora. —Pareció avergonzarse, ya que los coloretes le subieron por las mejillas con rapidez.

—Bien. —Todo el mundo estaba pendiente a la conversación. Yo no me esperaba lo que siguió a continuación—: Pues que sea la última vez que te insinúas a *mi* marido. —Azumi abrió los ojos como platos, creí ver que sin saber dónde esconderse—. Puedes retirarte.

Se hizo una gota de agua. No me había dado cuenta de que había estado

aguantando el aire en los pulmones, como tampoco de que Kaori mostraba un indescriptible rostro de orgullo hacia su hija. Yo no era una persona tóxica ni reparaba, quizá, en esos detalles porque no le daba tanta importancia. Sabía con quién sí y con quién no quería estar, pero lo cierto era que aquello me gustó. Me encontré hinchado como un pavo al escuchar la posesividad con la que había hablado, aunque no estuviese bien.

Nuestros ojos se cruzaron. Los de ella destelleaban; los míos mantenían ese brillo burlón por lo que acababa de hacer, y todavía me burbujeaba el estómago si lo pensaba.

—Creo que quizá será mejor que yo vaya con el *shogun* a Magome y tú te quedes con Aleshka aquí —rectificó Natsuki, mirando a su padre. Mi sobrina me buscó, aunque la japonesa llamó su atención—. Lo siento, *deshi*, pero nuestro entrenamiento tendrá que esperar. Al final vas a tener que quedarte en Japón más tiempo.

La niña aguantó la sonrisa.

—¡No pienso quedarme aquí sin hacer nada! —bramó Eiji, dando un paso con las muletas. De momento, lo veía bastante estable.

No albergaba ninguna duda: estaba convencido de que conseguiría caminar antes de lo esperado. Sus ganas y su empeño lo atestiguarían.

—*Chichiue*...

—Y a mí me gustaría irme con mi tío. Así estaríamos todos bien repartidos y protegidos —apuntó mi sobrina con agilidad.

Menuda espabilada. No gruñí, aunque retuve en la garganta mi desacuerdo, pues no sabíamos quién era el médico ni por quién se encontraba resguardado, lo que podría ponerla en un peligro inminente.

Mi tigresa resopló.

—Está bien. Preparémonos y en marcha. No hay que demorarlo mucho, pues en unos días tendremos que marcharnos a Londres.

Todavía no habíamos estimado el día concreto en el que partiríamos, pero a lo sumo no podríamos demorarlo más de una semana. El tiempo apremiaba, y Jack no tardaría en llamarme. Si no me fallaban las cuentas, en unos días se reunirían todos en Reino Unido.

Cada uno se repartió en el lugar al que debía ir a cambiarse, recoger sus armas y prepararse para partir. Seguí a Natsuki escaleras arriba, con mi sobrina al lado. Le dediqué una mirada afilada; ella me respondió entrecerrando mucho los ojos. Al final terminé riéndome porque era muy tonta.

No pude retener mis instintos cuando entramos en el dormitorio de Natsuki. Cerré, la acorralé contra la mesa de escritorio que había en la entrada

—colocada a petición mía— y me agaché para mirarla con detenimiento.

—¿Qué te pasa? —me preguntó exaltada, con los labios entreabiertos.

—Me ha puesto muy cachondo esa toxicidad fea. ¿Eso no infringe alguno de tus códigos?

—Que yo sepa, no —murmuró, absorta entre mis ojos y mis labios. Me dediqué a repasar el suyo inferior con la yema de mi pulgar, provocando un gemido de su garganta—. Tengo que pelear por lo que es mío, o al final se te habría tirado al cuello.

Asentí, perdido en la boca de la mujer que me llevaba de cabeza. Empujé mi pelvis contra la suya mucho más y, sin mediar palabra, la alcé, deposité su culo en la madera. Ella se exaltó, aunque la ignoré.

—Me vuelves un pirado, Natsuki Tanaka. Un jodido loco.

Estampé mi boca contra la suya, buscando un beso ardiente que recibió con candor. Le quité las botas, después los pantalones elásticos, y conseguí arrastrar con ellos su ropa interior. Me noté duro como una piedra.

—Arcadiy... Nos tenemos que...

—Hay tiempo. Y va a ser muy rápido —le rebatí con urgencia.

No haría lo que ella estaba pensando. Llevé una mano a su vientre, la deslicé con liviandad y terminé en su chorreante rajita. Colé un dedo en su interior, buscando la atención de aquella zona, y la encontré cuando me separé de su boca y la miré. Estaba extasiada, deseosa y jadeante.

—¿Qué...?

—Voy a comerte el coño, mi tigresa. Ese es el qué.

Sus mejillas se enrojecieron. No le di margen a que rebatiese nada, pues me postré frente a ella, entre sus piernas, sin dejar de torturar el centro de su placer, y acompañé los movimientos circulares de mi dedo con dos en su interior, entrando y saliendo en un fogoso chapoteo que indicaba lo mojada que estaba.

Mi lengua se plantó en la parte baja. Lamí hacia arriba, presionando, ejerciendo una fuerza rítmica cuando su clítoris se rozó con la punta de mi músculo. Lo atrapé con mis dientes, sin dejar de torturarla con obscenidad, cambiando los movimientos y subiendo la intensidad para que se corriese.

Elevé los ojos hacia los suyos. La encontré con la mirada clavada en mí, con los labios entreabiertos y la respiración agitada. Pujé con más fervor en su interior, sumando otro dedo más, los cuales apretó entre sus paredes en un indicio de la velocidad que tomaría aquel orgasmo.

Noté la tensión en su cuerpo cuando alguien llamó a la puerta, sin cerrojo.

—¿Natsuki? ¿Estás ahí?

Fue a apartarme, pero me negué. Continué con mis ataques a su sexo, los

cuales ocasionaron que tuviese que taparse la boca para no soltar un gemido que, con seguridad, escucharía su madre al otro lado.

—¿Natsuki? —preguntó de nuevo Kaori.

Deslicé la lengua de abajo arriba, en movimientos cortos y ligeros. Iba a correrse, podía notarlo por la hinchazón de su clítoris, por cómo se comía mis dedos cada vez que los deslizaba por sus paredes.

—Arcadiy... —jadeó en un susurro ahogado por el placer. Negué con la cabeza.

—¿Puedo pasar? —preguntó su madre.

Ella sujetó el escritorio con más fervor.

—¡Ahora salgo! —le dijo muy apresurada, aún exaltada—. Espérame abajo.

Sonreí como un canalla sobre su sexo, sintiendo que una de sus manos se colocaba en mi cabello y lo presionaba con tanta fuerza que me desbordó. Lamí como un desesperado, cambiando el movimiento circular de mi lengua, absorbiendo con más fuerza y embistiendo como un poseído. Impregnándome la mano, la boca y el mentón de su esencia.

Me aparté del cruel ataque a su coño para murmurarle:

—Dame más, tigresa. Déjame que beba de ti.

Y con un conciso apretón a mi cabello, se dejó ir con la mano libre taponando su boca mientras obedecía y me empapaba de ella. No le di margen para tranquilizarse, sino que seguí y seguí lamiendo hasta que las piernas le fallaron y una risa histérica me indicó que necesitaba un respiro. Me erguí en mi postura, la besé empapado de ella y añadí:

—A ver cómo le explicas a tu madre por qué no podías.

Me golpeó como de costumbre y reí, aunque al final terminé llevándomela como un mono hasta el baño.

Una hora después nos encontrábamos en Magome, buscando entre las calles la vivienda del señor que había estado al cuidado de Kaori. Miré a Aleshka de reojo, quien para mi sorpresa se había mantenido callada durante todo el trayecto. Chiyo iba en el mismo plan, y a mí estaban desquiciándome. Con lo que me gustaba hablar...

Tamborileé mis dedos sobre la bolsa que llevaba con armas para distraerme.

—¿Esta es la casa? —le pregunté al mudito uno, señalando la entrada de una vivienda típica de la zona.

Chiyo asintió. Yo resoplé.

Fui a tocar a la puerta, sin embargo, el primer golpe ocasionó que cediera. Viré el rostro un centímetro hacia la derecha, miré a Chiyo y me llevé la mano a la parte trasera del pantalón, de donde desenfundé la pistola. Busqué a mi sobrina.

—Quédate aquí. A la mínima, te largas y buscas a Natsuki, ¿me has escuchado bien? —Su semblante se mostró disconforme—. ¡Aleshka! —rugí en un susurro.

—Que sííí.

Cabeceé en señal afirmativa, empujé la puerta con el pie y miré a Chiyo, quien ya se había sacado la catana y estaba listo para el ataque. Sin embargo, pese a las expectativas que habíamos tenido de que fuese una encerrona, anduvimos por la entrada, el salón y la cocina, sin encontrar ni rastro del médico. El lugar se encontraba desértico, con todos los objetos y muebles en su sitio, como si ese señor del cual desconocía su nombre fuese a aparecer de inmediato.

—Aquí no hay nadie —dije para mi pesar, más al viento que al hombre mudo a mi espalda.

Me toqué la muela con la lengua, pensando en quién podría habérsenos adelantado en busca del medicucho y...

—Aquí hay un cadáver.

La voz de Aleshka me sobresaltó. ¿Cómo coño había entrado sin verla?

—¡Me cago en la madre que me parió! —siseé, y comencé a andar como un orangután en dirección a la voz. Me la encontré después del salón, en el dormitorio—. ¿Qué cojones haces aquí? ¡Te he dicho que te esperases fuera! ¡Fue-ra, Aleshka!

—No toques el cuerpo, Aleshka, que puede estar contaminado.

La familiaridad con la que Chiyo le habló desde el quicio de la puerta provocó que me girase, lo mirase con sorpresa y después regresase mis furibundos ojos a la rubia que estaba a los pies del médico desaparecido. Me percaté entonces de que su boca estaba manchada con lo que parecía espuma.

—Lo han envenenado —dedujo Aleshka.

—Qué lista eres —le dije con sarcasmo—. Apártate del muerto sorpresa ahora mismo.

Pero no me hizo caso, sino que entrecerró los ojos, se acuclilló un poco y observó la saliva más de cerca. A mí ya me llevaban los demonios.

—Puede que si sacamos una muestra, encontremos...

—¡Me cago en todo, Aleshka! —Di una zancada, saltando al médico. La sujeté de un antebrazo con malas formas y la levanté, escuchando su reniego

—. ¡Te acabo de decir que te apartes! ¿Qué coño no has entendido? ¡No te pones en peligro! —Recalqué mucho la última frase—. ¡No. Te. Pones. En...!

Aquel sermón que pensaba darle en plan padre se fue al garete, porque una andanada de balas reventó los cristales de la casa.

—¡¡A cubierto!! —gritó Chiyo.

Le dio una patada a la mesa del salón, creando una barrera entre las balas y él, mientras yo me tiraba de cabeza hacia mi sobrina para cubrirla. Mal. Mal porque ponerme como parapente para que no le diese una bala significaba que a mí sí me había atravesado.

Justo en el giro que necesité para ponerla en el suelo, cerca de los pies del futón, me llevé un impacto certero en el hombro izquierdo. Apreté los dientes tanto que creí que me los partiría. Los disparos no cesaban. Aleshka se llevó las manos a la cabeza en un vano intento de protegerse, y yo tiré de ella hasta que conseguí llegar al bajo de la ventana, lejos del muerto y de los disparos.

—¡No te muevas de aquí! —le grité antes de levantarme y asomarme por el filo de la ventana.

Otra bala casi me perforó la mejilla, aunque estuve ágil al apartarme. Mi sobrina llevó una mano a mi antebrazo, tiró de mí y me miró con horror. Entonces comprendí que esa ventana se encontraba abierta porque mi sobrina había accedido por ahí. Su histérica voz llegó a mis oídos:

—¡No te acerques! ¡Te van a matar!

—¡Anda! ¿No me digas? —ironicé, contemplando su espanto. Me llevé la mano a la bolsa bien colocada que llevaba en la espalda, la tiré al suelo y la abrí con rapidez.

Reprimí echarle en cara que tendría que haberse quedado fuera. Menos mal que no me había hecho caso. La habrían matado sin preguntar. Ni siquiera habría tenido tiempo de salir despavorida.

—¡He contado diez! —vociferó Chiyo desde el salón.

Monté tres armas a la velocidad de un rayo, bajo la atenta mirada de mi sobrina. Los hombres que había en el exterior se acercaban; estaban entrando en la vivienda y no nos darían cuartelillo para poder escapar. De hecho, nos encontrábamos rodeados.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó acelerada.

Agarré uno de los cargadores con los dientes mientras el otro lo encajaba con agilidad en uno de los rifles. Noté que la sangre comenzaba a deslizarse por mi brazo izquierdo, y el dolor cobró vida sin esperármelo tan pronto. Aleshka no había reparado en ese detalle, hasta ahora.

—Estás... Estás... —Sonaba intranquila—. ¡Te han dado! ¡Tío Arcadiy! —murmuró como si fuese un secreto del que nadie debía enterarse, aunque la

exaltación fue gigantesca.

—Sujeta esto. ¿Recuerdas cómo te ha enseñado tu padre a disparar? —Le tendí la pistola que antes llevaba yo—. Ni se te ocurra moverte de aquí hasta que vuelva —la amenacé, con un dedo libre en alto.

—¡No, no, no! ¡No te vayas, tío Arcadiy!

—Has disparado un franco, *to korítsi mou*. No falles ahora.

Bufé sin darle tiempo a retenerme, pues sus manos ya estaban manoteando en el aire. Me tumbé bocabajo en el suelo y me arrastré hasta llegar al quicio de la puerta, escondido en un lateral. Se nos echaba el tiempo encima, así que, o empezábamos a matar a gente, o nos mataban a nosotros.

—¡Chiyo! —grité, y este respondió con un rugido. Los pasos se hicieron más sonoros—. ¡Dale caña!

Lancé el arma por el suelo hasta escuchar que la atrapaba. Entonces me afané en tirar de la mía, la cual llevaba en la otra mano, la elevé y disparé sin miramientos al salón. Eso no se lo esperaban, ya que los quejidos agónicos de los hombres que habían entrado en la estancia resonaron en el aire. Chiyo se colocó, subió su cañón y disparó como una máquina sin frenos. Lo siguiente que hice fue lanzarle un cargador, porque iba a necesitarlo.

El cristal de la ventana de la habitación estaba hecho un desastre, y alguien no tardó en dejar de disparar para introducir la mano e intentar sujetar a mi sobrina por la camiseta. Digo intentar porque estuve rápido. Regresé, poniéndome de pie de un salto y sabiendo que las balas retomarían su marcha si conseguían fijarme en el punto de mira sin matar a su compañero, agarré al tipo por la cabeza y casi le saqué los sesos en la propia madera.

—¡Suéltala! —Pum—. ¡Suelta esa mano! —Pum. Pum. Pum.

De soslayo, aprecié que Aleshka se deshacía del agarre del tipo mientras yo masacraba su cráneo contra la ventana, llenándolo todo de sangre. Entrecerré los ojos cuando vi a uno de los hombres del exterior con un fusil en alto, en dirección a mi cabeza. La moví de un acelerado impulso y me pegué a la pared cuando el proyectil salió. Había estado rápido en sujetar a mi sobrina y colocarme casi encima de ella para cubrirla.

—¡Tenemos que cambiar de posición! Si no pueden llegar a nosotros, lo intentarán de otra manera.

Había sido una encerrona en toda regla, y dudaba mucho que solo llevasen armas para dispararnos desde fuera. Un mareo me sobrevino, y no entendí el motivo. Parpadeé varias veces, desconcertado, miré la herida con duda y ahí comprobé que la visión se me emborronaba. Aleshka me zarandeaba de fondo, y ni siquiera la había escuchado.

—¡Tío Arcadiy! ¡Tío Arcadiy!

Los golpes en la espalda fueron más agitados. Auné todas las fuerzas que pude, me separé de la pared y tiré de la mano de mi sobrina, echándola al suelo para que se arrastrase. Al mismo tiempo, elevé el cañón del arma y disparé sin miramientos hacia el exterior.

—¡Ve a la posición de Chiyo y...!

Y me quedé a medias porque alguien me sujetó del tobillo y me arrastró hacia atrás. Me volví en el suelo como un vendaval, levanté la otra pierna y golpeé al bicharraco que se había colado por la ventana en nuestro intento de huida. Era más grande que Ryan, y yo estaba un poco borracho para verlo con claridad.

—¡No, no, no! —se desesperó mi sobrina.

El tipo me sujetó de la camiseta, elevó mi cuerpo con una mano y me arreó un puñetazo en las costillas que me dobló. Cogí aire —el que pude—, me incorporé, preparado para un siguiente ataque, y logré darle tal patada en la mano izquierda que tiró su arma, la cual ya tomaba un camino derecho hacia mi estómago. Entrecerré los ojos, focalizando toda mi atención en el hombre al que veía doble. ¿Qué coño estaba pasándome? Y entonces...

«La bala».

No lo pensé, pues ni siquiera tuve tiempo de advertir que el mareo se hacía más intenso, que me tambaleaba sin motivo y que poco a poco iba perdiendo las fuerzas. Pero de lo que sí fui consciente fue de que mis puños volaron de izquierda a derecha, dando bandazos y golpes al saco de carne que tenía delante.

—¡Aleshka, ve con Chiyo! ¡Corred!

Tenía la vista desenfocada, aunque advertí, mientras el colega me daba media vuelta a base de golpes, que en el exterior preparaban... ¿una bomba? Abrí los ojos de manera desmesurada y vociferé:

—¡¡¡Bomba, bomba, bomba!!!

Mi sobrina imitó el movimiento de mis ojos estupefactos, aunque advertí que se resguardaba al lado de Chiyo. No fue mi suerte, por supuesto, porque aquel tiarrón estaba dispuesto a dejarme sin pensamiento, pese a saber que tenía una balita en el hombro izquierdo que estaba debilitando mis facultades.

Con un sobresfuerzo patente, golpeé con saña sus costillas y conseguí colocarlo delante de mí, de manera que el que quedaba de espaldas a la ventana era él, no yo. No había visto a un japonés tan grande en la vida. Ni los de sumo, vaya.

Los de la parte exterior no tuvieron miramientos con que uno de los suyos estuviese dándose de hostias conmigo; con matarnos a los dos les bastaba. Lanzaron el fogonazo hacia el interior, instante en el que retrocedía unos

pasos ágiles hacia atrás, tratando de poner distancia. Íbamos a volar por los aires.

—¡Arcadiy! ¡Arcadiy!

El berreo de Chiyo no ayudó, pues mientras iba de espaldas trastabillé y terminé en el suelo con el tiparraco encima. Moví la frente hacia delante y le di un cabezazo de lleno. Sus manos se convirtieron en puños que sostuvieron mi camiseta, sin embargo, para cuando pensaba que iba darme un golpe mortal, algo atravesó la ventana, se clavó en la pared que teníamos a la derecha y la batalla por ver quién de los dos se quedaba mientras el artefacto explotaba se sirvió.

El boom tardó menos de dos segundos en reventar la habitación.

13

Pido clemencia

Natsuki Tanaka

—Así que piensas que nuestra nueva *deshi* tiene probabilidades —murmuró el maestro Asahi mientras caminábamos por el centro de Magome. Sus brazos continuaban dentro de la túnica.

—Chiyo me ha dicho que es buena. Con una práctica diaria, puede ser una persona letal. Un arma.

—¿Quieres que se convierta en un arma? No podía ni verte —cuestionó mi padre, empujando su silla de ruedas.

Nos habían detenido algunos de los aldeanos. Eso era algo muy obvio porque todo el mundo conocía el rostro de Eiji Tanaka, pese a no haberse dejado ver durante un tiempo. La sorpresa y la estupefacción para muchos no había pasado desapercibida para nadie, y pude ver la mueca de satisfacción en el rostro de Asahi, quien siempre había venerado a su mejor amigo. También era cierto que llamaba un poco la atención, pues mantenía mi Hiroko Megumi anclada a la espalda.

—Lo hará más adelante. Sé que nos llevaremos bien —le aseguré con media sonrisa.

No habíamos descubierto nada acerca de Haiden, y a las pocas personas que les habíamos enseñado una fotografía en tabernas, hostales y demás negocios habían agachado la cabeza, e incluso pude ver el reflejo del miedo en algunos.

Sin saber por qué, me detuve en mitad de la calle, con los sentidos alerta. Era como si la tierra hubiese vibrado bajo mis pies, como si algo...

—¿Qué ocurre? —me preguntó Asahi, deteniendo el paso.

Miré el suelo, comprobando que lo que acababa de suceder no fuese fruto de mi imaginación. Que no hubiese una inminente catástrofe natural o algo similar. Amusgué los ojos en busca de una explicación para lo que había

experimentado, aunque no la encontré. Retomé el paso.

—No sé. Supongo que nada. —Mi padre me observó sin mover la silla—. ¿Entramos en esa taberna? Aquí se para mucha gente y...

Silencié mis labios de nuevo cuando, al dar un paso más, el suelo tembló otra vez. Ahora sí que busqué la atención del *miko* del Valle, quien ya se encontraba con la mirada fija en mí; una mirada que se tornó profunda, se deslizó por el pavimento y después subió calle arriba en busca de algo significativo. Un mareo me sobrevino sin esperarlo.

—Cuando las almas que están predestinadas a unirse conectan...

Lo dejó en el aire porque lo interrumpí con un susurro:

—Arcadiy...

No tuve que esperar ni pensar mucho más sobre mis *poderes* extrasensoriales, porque un niño de no más de ocho años a quien conocía muy bien de la aldea cercana descendía calle abajo con movimientos frenéticos en mi busca.

—*Riidaa, riidaa!!* ¡¡Están atacando a Chiyo!!

Corrí.

Mis pies se pusieron en funcionamiento mucho antes de que me diese tiempo a meditar siquiera las opciones, porque aquel ataque no solo era al teniente del clan Tanaka, sino que mi griego se encontraba dentro de esa ecuación. Y Aleshka.

Me arrepentí de inmediato por haberla dejado con ellos, escuchando de fondo cómo mi padre les daba órdenes a los pocos hombres que habían acudido con nosotros a Magome, quienes se encontraban repartidos a nuestro alrededor como simples viajeros. Siempre era bueno ser precavido, según decía mi progenitor constantemente, y aquello había sido una de las mejores decisiones porque daría la voz de alarma en mi hogar para que el resto acudiese.

Esperaba no llegar tarde. Esperaba.

Saqué la catana sin mirar, la empuñé con fiereza en una mano y en la otra sujeté la pistola que estaba anclada a mi pantalón, escondida sobre el *tsukesage*, el kimono más versátil y de los más usados. Aceleré las pisadas, sintiendo que el aire entraba con dificultad en mi pecho, que levantaba con cada holladura una ola de polvo.

Los vecinos de la aldea me observaban estupefactos, tanto a mí como al *shogun*, quien ya había emprendido su carrera a mi espalda. No escuché una sola voz que me llamase en la lejanía, pues no era necesario. Actuarían de la forma en la que yo mandase, aunque fuese una muerte segura por no saber qué íbamos a encontrarnos.

No lo vi. No lo sabía, pero el nombre de Haiden rechinó en mi mente y produjo que apretase la mandíbula con fuerza.

Al final de la calle, el pequeño que había dado la voz de alarma, quien pertenecía a la *kazoku*4 de Chiyo, me adelantó, indicándome así el lugar por donde seguir. Me instó rapidez con una mano en alto, aunque a mí ya no me hacía falta ver nada más que la espesa nube de humo negro que se alzaba sobre Magome, vaticinando lo que había ocurrido, y tal vez uno de los motivos por los cuales la tierra había temblado, para una posible explicación científica. Para mí no la tenía. Para mí, algo intangible me había alertado del peligro que corría Arcadiy.

—*Hayai! Hayai!* Natsuki-dono, *hayai!*

«¡Rápido! ¡Rápido! ¡Natsuki-dono, rápido!», repetí en mi mente. Pero por más que corría, no llegaba. La vivienda continuaba lejos, o eso me parecía a mí. La gente se arremolinó en mitad de la calle, y entonces sí que escuché disparos, bramidos y gritos de horror entremezclados con los de los transeúntes. Los aparté como pude, a empujones, dando bandazos al aire o mostrando mis armas para que me abriesen paso, para que me permitieran llegar a él cuanto antes.

El aire me quemaba la garganta.

«Solo quedan unos metros», me dije, viendo la casa más cerca. Más humo. Más gritos. Más balas.

Las piernas me cimbrearon.

«Está bien. Tiene que estar bien. Os lo ruego, dioses».

Impulsé tanto y tanto mis pisadas que me pareció que volaba. De hecho, de haber podido, estaba segura de que mi cuerpo habría levitado por encima de aquellas personas que empezaban a correr en dirección contraria como una estampida. Iban a arrollarme, y yo cada vez me encontraba más cerca. Más cerca de Arcadiy. Respiré agitada cuando un hombre chocó con mi hombro izquierdo y me tiró al suelo, provocándome un agudo dolor. Ni siquiera reparó en la brutal caída que tuve, y si no llega a ser porque el *shogun* me había alcanzado, tal vez me habría abierto la cabeza por el impacto, o me la habrían pisado, pues la mansalva de personas no dejaba de correr, alentadas por el terror.

—¿Te has hecho daño, *deshi*?

Aparté su mano con un breve manotazo que le dio a entender que no podíamos entretenernos. Me miró con los ojos desencajados, pues otra explosión se oyó.

—¡¡Corre!! —le grité con el corazón en un puño.

Me levanté como si alguien me hubiese empujado con una fuerza

arrolladora, aparté a la gente con grandes manotazos y, al ver que me retrasaban porque no podía avanzar, elevé el cañón de la pistola en el aire, viendo que Asahi estaba cada vez más cerca.

Disparé cuatro veces al cielo sin contemplaciones.

—¡Al suelo! ¡Todo el mundo al suelo! —Pam, pam, pam, pam—. ¡¡Al suelo!!

Las voces lastimeras y los gritos de pánico aumentaron según avanzaba, ahora con el camino mucho más despejado. Las mismas personas que habían atacado la vivienda del médico de mi familia, también lo habían hecho con los civiles, pues la gente corría con grandes heridas, sangre y miembros amputados. Imaginé que aquello habría sido ocasionado por las múltiples explosiones que había sufrido la vivienda. A los alrededores de esta había diversos puestos de comida ambulante, fruta y una de las tabernas más reconocidas de Magome, que, por ende, estaría a reventar en el momento del ataque.

Viré el rostro sin dejar de avanzar al extremo colindante con el bosque, desde donde ya se veían muchos de mis hombres saltando de casa en casa hasta llegar al lugar del ataque. No giré la cabeza ni una sola vez para ver si mi padre me seguía o no, aunque sí vi que, desde el otro extremo de la calle, un todoterreno de los nuestros frenaba en seco con el subteniente de Chiyo al volante, mi tía Hana al descubierto y mi madre. Mi *kaachan* llevaba una de sus legendarias catanas, acompañada de Hana con un rifle en las manos, quien disparaba sin miramientos a la hilera de hombres apostados en la entrada del hogar. No iban a ser necesarias tantas personas, pues a lo lejos vi cómo caían en cascada, como un dominó impulsado por el viento.

—*Misaki!!!*

La voz de mi tía me alertó. Alcé la barbilla para indicarle que estaba bien y apreté los pasos hasta poner un pie en la entradilla de la casa. Accedí con el corazón a galope, catana en mano y presa de un miedo atroz por lo que pudiese encontrarme. Localicé con rapidez a Chiyo en una esquina, peleándose cuerpo a cuerpo con un hombre. Supuse que se le habían agotado las balas porque un rifle reposaba a sus pies.

Mis iris se movieron con una ligereza pasmosa, tratando de encontrar al griego de mi vida, y solo recé mentalmente por que no lo hallase y estuviese muerto. Entonces, un grito me alertó y salté por los escombros de lo poco que quedaba del hogar.

—¡En la habitación, *riidaa*!

Hubo poco más que ese intento de golpes en el hombre que atacaba a Chiyo sin piedad, pues mi madre, pese a no estar recuperada, sacó la fuerza de

donde no la tenía y apareció como una salvaje a mi lado, alzó la catana y le partió la cabeza por la mitad. No tuve tiempo de reparar en el estado de mi fiel hombre, aunque fue suficiente ver todas las marcas de sangre de su cara para dilucidar que no se encontraba bien.

—¡Ni se te ocurra tocarlo! ¡No te acerques! ¡¡No te acerques!!

El sollozo ahogado de la garganta de Aleshka me tensó justo en el momento en el que llegaba casi a la puerta. Rebasé aquella barrera de escombros gigantesca y me quedé estática sobre las rocas, con la mirada afilada y en la posición de un tigre a la espera de saltar.

La sobrina de Arcadiy permanecía de pie, con los ojos repletos de lágrimas y el cuerpo lleno de cortes y sangre. Mantenía con una firmeza implacable un cuchillo enorme, colocado de manera horizontal.

A sus pies, el cuerpo de un hombre yacía con los ojos cerrados.

Enfrente, una fiera malvada los contemplaba a los dos con una pistola en la mano.

Di una voltereta en el aire y mis pies aterrizaron con precisión sobre el tatami que había sobrevivido. Me erguí con majestuosidad, obviando que el músculo que me otorgaba la vida estaba a punto de apagarse. No me permití el lujo de caer, de ser débil.

Extendí los brazos en cruz, sin soltar la catana ni la pistola, de manera que dejaba a Aleshka a mi espalda, e incluso el cuerpo de Arcadiy. «No estás muerto», comencé a recitar como un mantra.

—Todos tus hombres han caído —sentencié.

Haiden descendió el arma hasta colocarla entre sus manos, a la altura del vientre. El siguiente ruido que se escuchó fue ocasionado por las pisadas de mi madre, que llegaba justo a mi lado, por la otra esquina derruida de la habitación, para cubrir el flanco restante.

Mi exmarido la observó con asombro.

—No eran mis hombres. Eran mercenarios —me dijo sin miedo ni alteración en su voz—. Kaori. —Inclinó la cabeza hacia abajo en señal de saludo. Mi *kaachan* no le correspondió.

—¿Qué es lo que quieres, Haiden? —le pregunté con asco, aunque manteniendo mi asombrosa habilidad de calma para esas situaciones.

Deseaba lanzarme a los brazos de Arcadiy. Tocarle el pulso, ver sus heridas. Todo. «No estás muerto», repetí.

—Tengo que hablar contigo. —Hizo un largo silencio—. A solas.

Mi madre rio con amargura. A mi tía no la vi, e intuí que había desaparecido de allí, pese a no alejarse demasiado. El maestro Asahi fue el siguiente en entrar, y vi a través del socavón destrozado que Chiyo y al menos

veinte hombres rodeaban la posible huida de Haiden.

—¿Eres consciente de que no tienes escapatoria?

Contemplé su desaliñado estado. Intentaba aparentar que se encontraba bien, pero sabía que había sufrido las suficientes heridas como para recuperarse tan pronto. Y Haiden no era inmortal.

Tardó lo suyo en abrir la boca. Lo que dijo me aceleró más:

—¿Sabes que si me marcho no lo salvarás?

El sollozo de Aleshka a mi espalda me indicó que se encontraba en el suelo, con su tío. No me distraje, porque si miraba una sola vez atrás, perdería la capacidad de calma y desataría a una bestia que había estado escondida durante mucho tiempo. Así, en caliente, no conseguiría nada con aquel manipulador.

—¿Por qué se supone que te necesito para salvarlo?

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Elevé el arma y apunté a su cabeza sin pensármelo. Con la que tenía libre me pidió unos segundos de tregua, y sacó un frasco diminuto que me mostró en el aire.

—Le han disparado. —Aguanté con más ímpetu las ganas de volverme para examinar su estado—. Y esa bala estaba impregnada de un veneno que lo matará en —le echó un vistazo a su reloj de muñeca— dos minutos. Tú decides.

Lo miré. Lo miré mucho porque no entendía a qué estaba jugando.

—¿Es eso cierto, Aleshka?

La niña se sorbió la nariz y sollozó antes de responder:

—S... sí. Tiene... Tiene... —Hipó—. Tiene el hombro izquierdo herido.

—La herida está poniéndose de un color feo —murmuró Asahi en mi oído, aunque eso no servía para nada, pues la sonrisa de Haiden me mostró que nos escuchaba—. Tiene muy mal aspecto.

Mis ojos se convirtieron en una fina línea y lo aniquilaron sin contemplación alguna.

—¿Cómo sé que no estás mintiéndome? —inquirí con arrogancia. Noté que la ceja izquierda se me alzaba. Estaba perdiendo la paciencia.

No aparté la pistola de su posición.

—Un minuto y treinta segundos, *sukoshi*.

Mis dientes rechinaron.

—¿Qué quieres a cambio? —le pregunté con fiereza.

—Pido clemencia.

Me hirvió la sangre, pero no disponía de tiempo para dejarlo pasar.

—Clemencia... —bisbiseé como una demente.

—Solo eso, mi querida *sukoshi*. —Lo miré tanto y con tan malas

intenciones que deseé que todo el mal del mundo recayese sobre él—. Un minuto, Natsuki.

Busqué la atención de mi madre, quien ya la tenía centrada en mí, a la espera de mi decisión. Mi padre se encontraba detrás de Haiden, pero este no se había dado cuenta. Miró mis pies, y su rostro cambió al encontrarse al que ya era su yerno en el suelo.

Adelanté el paso, sin demorar más la situación ni el momento, me coloqué muy cerca de él y lo miré fijamente a los ojos, tratando de intimidarlo. En sus iris podía contemplar a la perfección la satisfacción que le ocasionaba ser él quien tuviese la cura para la persona a la que más amaba en el mundo. No lo había dicho, pero yo sabía que los demonios se lo comían por dentro por ese mismo hecho.

Puse una mano sobre la suya que mantenía el frasco con fuerza. El contacto me asqueó y así se lo hice saber con un breve gesto de mi rostro. Me llevé la otra mano al corazón antes de decir:

—Te juro por mi honor y por los dioses kami que si me mientes, que si muere —recalqué con bravuconería pero sosegada—, te arrancaré los ojos aquí mismo.

Soltó el frasquito en mi mano y musitó:

—¿Cómo has podido hacerme esto?...

Obvié su último comentario, alcé la voz y llamé a mis hombres con una orden firme:

—¡Apresadlo! ¡Sacadlo de aquí!

Guie mis pasos hasta Arcadiy con una calma que no sentía. Miré el frasco, cerré los ojos y después los enfoqué en él. En cuanto supe que Haiden estaba fuera de allí —acción que tomó menos de dos segundos—, me lancé a los pies de mi griego y tiré de su barbilla hacia arriba con desesperación y las manos temblorosas. Me llevé la que apresaba el frasco a los dientes y tiré del tapón para abrirlo.

—Aleshka, ¡ábrele la boca!

Me tembló la voz por la histeria que denotaban mis palabras. La chica había dejado de llorar, y en su lugar se encontraba una muchacha que me observaba como si se hubiese dado cuenta en ese momento de que, si su tío moría, moría yo también.

Vertí todo el contenido dentro, lo agaché con la ayuda de Asahi y lo tumbé para que se deslizara por su garganta con agilidad.

—No puedes morir... —le dije casi neurótica, muy cerca de su oído.

—Natsuki. —La voz de mi madre me sobresaltó, pero yo no estaba para escuchar a nadie.

¿El veneno habría sido instantáneo? ¿Tendría Haiden otro as bajo la manga? ¿Me habría mentido? Las preguntas se apelotonaron todas en mi mente, sin permitirme escuchar más allá de lo que me cuestionaba. Llevé dos dedos al cuello de Arcadiy, sin encontrarle el pulso. Me mareé. Juro por los dioses que me mareé y creí que me moriría al mismo tiempo.

Las lágrimas se amontonaron en mis ojos con ganas de salir. Las mantuve a raya, escuchando a Aleshka sollozar de nuevo.

—*Chō*...

Negué con la cabeza porque supe lo que iba a decirme. Los ojos de Arcadiy continuaban cerrados, el pulso no retomaba su ritmo y la herida tenía un color muy feo. Estaba demasiado pálido y no respondía. Asahi se agachó a la altura de Aleshka y la arropó entre sus brazos. Ella no se apartó de él; al contrario, sollozó con una fuerza demoledora, y un dolor indescriptible salió de su garganta en forma de alarido.

Moví la cabeza, negándome a creer eso. Negándome a pensar que me había dejado.

—*Deshi*..., creo que hemos llegado tarde —murmuró el *shogun* con tristeza.

Abrí los ojos todo lo que pude y más, rota. Desolada. Abatida. Seguí negándome a que nuestro final fuese ese. No. No. No. «No estás muerto. No estás muerto».

—¡No! —Golpeé su pecho con el puño y Aleshka lloró con más fuerza.

—*Chō!* ¡Por los dioses! —exclamó mi madre al ver mi gesto.

Aparté sus manos, las cuales me habían sujetado de los hombros para separarme de mi griego. Lo hice de malas maneras, como jamás se me hubiese ocurrido actuar con ella, y me lancé de nuevo, esa vez a los hombros de Arcadiy. Los sujeté con fiereza y comencé a zarandearlo de malas formas.

—¡No! ¡No y mil veces no! ¡Arcadiy! —exclamé destrozada, con las lágrimas ya cayendo por mis mejillas—. Escúchame, griego de las narices —rugí, con los dientes apretados—. ¡Ni se te ocurra dejarme! ¡¡Ni se te ocurra dejarme, o te buscaré dondequiera que estés!! ¡Maldito cabezota! —me desgañité, desolada.

—Natsuki-chan... —La voz de mi padre se escuchó a mi espalda, momento en el que yo había apoyado la cabeza, con abatimiento, sobre el pecho dormido de Arcadiy.

Apreté los dientes, sabiendo que aquello no estaba bien. Que nadie había previsto ese incidente, que no tenían la culpa de que nos hubiesen tendido una emboscada, pero...

Me separé de él con una mirada tan mortífera que asustaba. Mi madre se

movió hacia atrás, temiendo por lo que iba a hacer, y no me digné siquiera a contemplarla antes de separarme de él, con todo el dolor del mundo. Busqué la atención de mi *chichiue*, quien me observaba desde su silla de ruedas, afligido como todos.

—¿Esto no salía en tus visiones? ¿Te lo has inventado todo?

Fui dura con él sin motivo. Su rostro se entristeció al ver que lo atacaba de aquella manera. No. No todo lo que había visto mi padre solo lo había visto él, pero el dolor hizo mella en mi corazón y mi lengua se convirtió en un arma letal.

—¡Natsuki! —me reprendió mi madre.

No la miré, sino que salí con paso firme de la casa destruida, en busca de la persona que me había arrebatado la felicidad de un balazo, nunca mejor dicho. ¿Cómo podía cambiarte la vida en un segundo? Me limpié las lágrimas con vigorosidad antes de poner un pie en la calle. Antes de que Haiden me viese, aunque se notaba a leguas. Iba a devolvérsela por partida doble. Iba a buscar lo que más le doliese en el mundo hasta destrozarlo todo a mi paso.

Iba a quebrantar su alma tanto que no tendría *yomi-no-kuni* donde esconderse de mí.

—¡Tú! —escupí con una soberbia que no me caracterizaba.

Me notaba los ojos ardiendo, como si de un instante a otro el fuego fuese a formar parte de ellos. Deseé con todas mis fuerzas tener el poder de abrasarlo, de quemarlo con un simple toque. Haiden levantó la cabeza y me contempló, atado de pies y manos por Chiyo. Los hombres del clan Tanaka se cuadraron al verme.

A lo lejos, una barrera de policías estaba flanqueada por más de nuestros hombres, impidiéndoles el paso.

—Has llegado tarde —añadió sin pena alguna.

Supe que el grandísimo condenado estaba aguantando una sonrisa. Di un paso firme, temerario, y cuando llegué a él me di cuenta de que había agotado toda la paciencia que se suponía que guardaba muy dentro de mí. No quedaba ninguna. Ni un ápice de la Natsuki de siempre.

Golpeé con saña su mejilla tras convertir mis manos en puños. Una patada rabiosa lo lanzó contra el suelo y desplazó su cuerpo unos cuantos metros más alejados de donde estábamos.

—¡¡Suéltate!! —bramé encolerizada, con las manos en posición de ataque.

Movió su cuerpo un poco, me miró desde el suelo y dijo:

—No quiero pelear contigo, *sukoshi*. La culpa no es mía. Tú has llegado tarde y...

—¡¡Aaahrrrg!!

Tras ese grito, me tiré de cabeza a él y empecé a golpearlo sin miramientos, sin contención ni adiestramiento que valiese. Lo peor fue que no se defendió, sino que dejó que cada uno de mis puños se clavara en lo más profundo de su piel. Él estaba atado, pero yo sabía que podría quitarse esas ataduras cuando quisiese.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco...

Diez, once, doce, trece, catorce...

No supe cuántas veces magullé su rostro, sus costillas, su pecho. Y cuando quise ser consciente, las lágrimas habían surcado mi rostro, la pena me había destrozado el corazón y me encontré aullando de dolor, sin fuerzas y a horcajadas sobre él. Apreté su camiseta con tanta intensidad que pensé que le arrancaría la piel con las manos. ¿Qué hacías con alguien que no se defendía? ¿Cómo atravesarle la garganta si ni siquiera se movía un palmo? Su rostro estaba embadurnado, y no solo de su sangre, sino también de la de mis nudillos sollados.

—Te... pido... clemencia..., mi *sukoshi*... Yo... —Le costaba incluso respirar por la cantidad de golpes que le había dado—. Yo te aliviaré ese dolor si... me... dejas.

¿Cómo podía ser tan ruin? ¿Tan miserable? ¿Tan psicópata?

Extendí los brazos a ambos lados de mi cuerpo y grité.

Grité para que me escucharan en todo Japón.

Grité hasta que me escocieron los pulmones.

Grité hasta que se me secaron las lágrimas de la impotencia.

Grité con tanta rabia que deseé morirme en aquel momento, ante los ojos de todos mis hombres, de mi familia y del desgraciado que me había arrebatado al hombre de mi vida.

14

Una desgracia menos

—Hija. —El tono apagado de mi padre me indicó que se encontraba a mi espalda.

Me llevé las manos ensangrentadas a la cara, me aparté del cuerpo sin fuerzas de Haiden y caí de culo en el asfalto. No lo vi, pero supe que mi *chichiue* había dado la orden para que los hombres del clan Tanaka se marchasen, porque escuché sus pisadas rotundas alejándose de inmediato.

No controlé la respiración; de hecho, creí que me ahogaba en mi propio llanto. Mantuve los ojos apretados con mucha fuerza, sin ser capaz de enfrentarme a la realidad. No quería entrar en la casa. No podía. El desamparo me mataba y creí que el mundo se me venía encima.

Deslicé las manos, ensuciándome la piel con la sangre de ambos. Y entonces me encontré a un hombre destrozado, tal vez por otras circunstancias similares a las mías. Haiden lloraba en silencio. Él. No puedo negar que me asombró ese gesto, al igual que también supe enseguida que sus lágrimas se debían al desamor. ¿Podía una persona como él amar a alguien de verdad? ¿Amarme a mí, con todo lo que me había hecho? Parecía ser que sí.

Tragué saliva, adelantándome a lo que acontecería en unos segundos, sin embargo, el destino volvió a darme otro revés; esa vez, de felicidad.

—Si alguien me hubiese dado una cerveza, me habría sacado la bala yo solito.

Abrí los ojos con desmesura, impulsé mis pies para dar un brinco y grité con euforia:

—¡¡Arcadiy!!

El corazón me galopó como un potro desbocado, mis pies ya se habían

puesto en movimiento, y lo único que aprecié fue la sonrisa de satisfacción de mi madre. Mi griego se encontraba con los brazos extendidos entre Aleshka y ella. El amor de mi vida entrecerró los ojos cuando ya llegaba a él. No me lo pensé antes de abalanzarme sobre su pecho de manera brusca, provocando que tuviese que soltar el agarre de mi *kaachan* para abrazarme.

—Unos segundos muerto y ya estás encima de otro *tío* —lo último lo añadió con retintín—, perdiendo la paciencia de un señor de ciento cincuenta años. No te reconozco, Natsuki Tanaka Bravo.

Reí, con las lágrimas saltándome victoriosas de los ojos. Golpeé su pecho como de costumbre, solo que en esa ocasión de una forma más floja. Se quejó de manera fingida, y enseguida noté que sus brazos me rodeaban, lo cual indicaba que había soltado a su sobrina también. Besó mi cabello con mimo.

—Llevadlo arriba. —La orden de mi padre fue tajante.

No me molesté en mirar, pero sí que sentí los ojos de Haiden clavados en mí, y los de Arcadiy en él. De hecho, noté que el cuerpo entero se le tensaba.

—No vuelvas a hacerme esto —le dije con reproche y enfado.

Me separé de él lo justo para que viese mi ceño fruncido. Abrió los ojos con exageración.

—Oh, disculpa si no he podido decidir cuándo iban a darme un balazo envenenado. La próxima vez lo tendré en cuenta.

Sonreí, reí después, y a continuación solté un llanto que no sabría cómo catalogar. Era una mezcla entre la alegría y la tristeza, sumado a los nervios. Me apretó con más vigor a su cuerpo, gesto que ocasionó que lo envolviese con mis brazos hasta donde pude y más, estirándome como si fuese un chicle, como él decía algunas veces.

—Casi me muero —musité con la boca pegada a su camiseta hecha jirones.

—No, tigresa, el que casi se muere soy yo. Que confundes términos.

Su tono distendido me hizo reír de nuevo, aunque no quería ni recordarlo. Y eso que había sucedido apenas hacía unos minutos.

—Tenemos que marcharnos de aquí. Los hombres no podrán retener a las autoridades durante más tiempo, *chō*.

Asentí a las palabras de mi madre y me separé un centímetro del torso de mi griego. Encontré una sonrisa como respuesta y un guiño para el rubio que me arropaba. Volvió a besar mi cabeza, y entonces la alcé para mirarlo a los ojos. Los tenía cristalinos pero llenos de vida. «Está vivo». Agradecí mentalmente a los dioses kami que me hubiesen concedido la oportunidad de otro día más junto a él.

Lo agradecí de manera infinita.

—¿Por qué pareces un vampiro? —inquirió.

Subió una de sus manos por mi mejilla, retiró las gotas saladas que se habían quedado allí y terminó en mis labios, tirando del inferior hacia abajo. Y me besó. Sin importarle que esa sangre hubiese sido del malnacido que le había disparado, me besó. No lo había verbalizado, pero Arcadiy no era un hombre al que tomar a la ligera, y mucho menos tonto.

—Hay que sacarte esa bala cuanto antes —musité en su boca, sin ganas de separarme.

Entonces me fijé en el agujerito y me extrañé. Él curvó los labios.

—Tranquila, que la madre que te parió se ha encargado de sacármela mientras estaba inconsciente. No ha tenido ni un poquito de miramiento. Ni un poquito. —Me mostró dos de sus dedos separados por un pequeño margen y reí.

Me apreté de nuevo a él, sintiendo su corazón. Necesitaba escucharlo, tronar al unísono con él, respirar con él. De lo más profundo de mi espíritu, el sentimiento del amor brotó sin más de mis labios:

—Te amo mucho, mi griego.

—Yo te amo mucho más, mi tigresa. Hasta en plan vampira sádica.

Le di un codazo del que también se quejó, envolví su mano con la mía y giramos sobre nuestros talones para seguir la estela de los pasos de Aleshka, quien esperaba apoyada en el todoterreno, aún con los ojos anegados de lágrimas. No lo dudé, y antes de montarme la abracé con una fuerza desmedida.

Por supuesto, ella correspondió a ese abrazo con una pureza innata.

Nos encontrábamos en el salón del té, dos horas después, yo con una taza de aquel líquido que Arcadiy tanto repudiaba y mi griego con un vaso de sake hasta arriba. Decía que lo ayudaría a paliar el *dolorcillo* —así lo llamó— que le molestaba en el hombro. La bala se le había quedado encajada, y eso había bastado para que el veneno se le extendiese por el organismo. Los segundos en los que se le había detenido el corazón habían sido los necesarios para que el antídoto hiciese efecto.

Debía recalcar que no había visto a mi padre tan contento en todos mis años. Ni siquiera cuando fue mi ceremonia *gembuku*, el día más importante para un samurái. Le había soltado alguna pulla que ignoré, porque algunas de ellas eran tales como «Qué mala cara tienes después de haberte muerto» o «Muerto estabas más guapo» cuando Arcadiy le respondía con alguna de sus

salidas.

Afiancé la taza de té con las manos, calentándomelas. Me quedé fija en el ventanal abierto, desde donde podía ver a Haiden, a quien habían apresado con unas gruesas cadenas a un hierro, previamente anclado al suelo por Chiyo. Se encontraba en la entrada principal, y la lluvia recién aparecida hacía una escasa media hora lo mojaba sin tregua. No me daba pena. Ni siquiera sentía que un mínimo resquicio de mi alma se apiadase de él. No había bondad que ofrecer a personas de ese calibre, pese a que el perdón era lo primero que aprendí en mi hogar desde bien pequeña.

Repasé con fijación el rostro de Haiden, apreciando el gran parecido que tenía con Sakura, mi hermana. Era una mezcla entre él y yo. Una versión que siempre había pensado que era causada por los genes familiares que nos unían. Qué terrible era algunas veces conocer la verdad que te había sido ocultada y, al mismo tiempo, qué gratificante era haber querido a mi hermana con todo mi corazón y continuar queriéndola con la misma intensidad después de conocer la veracidad de su procedencia.

Unas manos me envolvieron la cintura con cariño. Me apoyé en el duro pecho, con cuidado de no darle en la herida, ahora cubierta por una enorme venda para que no se infectase. Nos habíamos amado lo suficiente como para reponer fuerzas antes de enfrentarnos al hombre que había en el jardín.

—¿En qué piensas, mi *riidaa*?

Me hacía mucha gracia cuando me llamaba así, porque, aunque no se hubiese percatado de ello, Arcadiy poseía un don. Ese era amar a las mujeres, a mí, por encima de todo. Lo demostraba con sus comentarios, con sus pensamientos, con ese simple hecho de ponerme a mí como líder sobre cualquiera.

El tema del mando y del poder del clan Tanaka me recordó la cantidad de veces que Chiyo le había pedido perdón por fallarle. Arcadiy le había restado importancia, y aunque todavía no habíamos hecho oficial lo del clan, pensaba llevarlo a cabo antes de marcharnos a Londres, si se podía. Me apasionaba saber que lo suyo era mío y que lo mío era suyo. Para siempre.

—¿Qué vamos a hacer con él?

Un suspiro profundo salió de sus labios, muy cerca de mi oído. Besó mi cuello antes de contestar:

—¿Arrancarle las pelotas? ¿Sacarle las tripas como haría Tiziano? ¿Dejar que se muera atado a ese hierro sin agua y sin comida? ¿Arrancarle las uñas a lo chino? —Lo miré alzando la barbilla—. ¿Sigo? Tengo ideas para dar y regalar.

—Si lo matamos, sería una desgracia menos.

—Entonces, mi tigresa, ¿dónde está la duda? ¿Es porque Hana es su madre y no quieres dañarla?

El tema de mi tía estaba más que solventado, o eso creía. Era lo que nos había dicho desde que entablamos aquella conversación tan extraña en el ático de Goro, sin embargo, no dejaba de ser su hijo. No dejaba de ser la persona que había dado a luz a ese hombre, aunque ahora fuese un monstruo. Nosotros no éramos unos santos, pero no podíamos compararnos con las atrocidades que había cometido ese malnacido.

El breve toque que Arcadiy dio en mi vientre bastó para hacerme regresar y que le respondiese:

—¿Por qué iba a organizar ese ataque para después salvarte?

—Podría haber sido un farol —dedujo.

—Pero no lo ha sido. Y, sin embargo, lo único que pidió fue clemencia.

—Está solo. Es obvio que necesita apoyo, o Peter lo matará. Si no lo hacemos nosotros antes. —Esto último lo añadió con hosquedad.

Negué con la cabeza. Algo se nos escapaba de las manos, y si lo liquidábamos a la primera de cambio, no nos enteraríamos. Comprendía las ganas que tenía Arcadiy de terminar con su vida. Entendía a la perfección su odio, pues nadie más que yo lo odiaba tanto en el mundo.

—¿De quién eran todos esos mercenarios, entonces? ¿Por qué no mató a tu sobrina? Podría haberlo hecho. Tú estabas inconsciente y yo no había llegado.

Un gruñido animal salió de su garganta. Supe que aquello había significado mucho para él, pues habría podido ocurrir. Aleshka habría podido morir, y eso, sin lugar a duda, no se lo habría perdonado jamás. La chica continuaba arriba, en su habitación, hablando con sus padres, a quienes había escuchado tratar de tranquilizarla cuando les contó lo ocurrido. De hecho, Arcadiy tuvo que entrar en una de las ocasiones para mediar entre ellos y calmarlos.

—No soy partidario de darle rienda suelta a ese cabrón, pero si tú decides que es lo correcto, te apoyaré.

Me giré un poco, deshaciéndome de sus manos. Las sostuve entre las mías con fuerza, las presioné y lo miré a los ojos.

—Ahora tú también lideras este clan. Esta familia. ¿Qué hacemos?

Soltó mi mano derecha, tocó la punta de mi nariz con mimo y añadió con gracia:

—Todavía no es oficial, así que no me eches el muerto encima. —Miró al exterior y sus ojos se enturbiaron, pese a tratar de disimularlo—. Decidas lo que decidas, los huevos se los corto yo.

—Me parece correcto.

Besó mis labios de manera casta, y esa sensación de que alguien más nos

observaba en la lejanía me recorrió la espalda en forma de escalofrío. Haiden nos contemplaba, sumido en su propio dolor, a su manera, y, seguía diciendo, sin explicación. Era consciente de que Arcadiy no me acompañaría, y lo respetaba. Sabía que si accedía a ir al jardín conmigo, con seguridad, las respiraciones de Haiden se agotarían antes de lo previsto.

—Me quedaré aquí, en la entrada. Sin armas —aseguró. Y, como había pensado, ya sabía el porqué de ese detalle—. Una señal y le partiré el cuello como hice con el Guatayo.

Estiré las comisuras de los labios, me alcé y lo besé. Otra persona apareció a su lado, esa vez con las muletas y pisadas muy cortas. Mi padre no pensaba demorar la recuperación, e iba a pasos de gigante.

—Arcadiy-chan, ¿me traes la silla? La he dejado en la parte trasera.

El canalla del nombrado asintió.

—Si me echas con tanta cordialidad, te hago hasta la cena.

—Intuyo que se te quemaría. Prefiero darle rienda suelta a la imaginación con los venenos mientras cocino.

Sonreí. Eran mortales cuando se juntaban.

Arcadiy comenzó a alejarse, no sin antes soltar la última:

—¡Claro! Mientras tanto, iré poniéndote una bomba debajo de la cama.

Negué con la cabeza, viendo aquellos andares seguros, galantes y mortíferos. Me volvía loca cada parte del cuerpo de Arcadiy. De hecho, pensaba en él a todas horas; por un motivo u otro, pero siempre en él.

—Natsuki... —Hizo una pausa en la que me miró—. No tienes por qué hacerlo. Puedo encargarme de...

—Debo hacerlo, *chichiue*. Hay respuestas que no tengo y quiero.

—Él está pasándolo mal, aunque no lo diga. —Se refería a Arcadiy.

—Entiendo sus instintos asesinos. No son más grandes que los míos, te lo aseguro. —Lo contemplé con candor—. Por favor, haz que se calme. No podemos dejar que recaiga en esa ansiedad continua de nuevo.

Asintió con convicción, como si ese fuese a ser su principal cometido durante el tiempo que yo estuviese hablando con el desgraciado que usurpaba un trozo de mi jardín.

—Hana está con tu madre en la casa de Chiyo. Siguen investigando la información que le diste a la familia de Arcadiy. Creen que los informes cifrados que Riley consiguió, antes de su muerte, eran unos lazos que unían a Peter con una célula terrorista.

—Tendría todo el sentido del mundo. Me refiero al arranque para asesinarlo por parte de Peter.

Mi padre suspiró, se colocó a mi lado y me enorgullecí de verlo tan recto,

temerario, con la vista fija en el hombre que nos contemplaba desde fuera.

—Imagínate el gran problema que tendría con sus altos cargos si se enterasen de que, además de vender información de todos, también quería destruirlos. —Su atención se desvió a mí—. Hay que trazar un plan cuidadoso, hija. No podéis dejaros cabos sueltos ni tomar este asunto a la ligera, y mucho menos si unos terroristas están metidos en el saco.

Arcadiy silbó, avisándonos de que regresaba, por si manteníamos una conversación de padre-hija. Sonreí, di un paso y fui hacia la puerta para enfrentarme al demonio que más odiaba. Al que tanto había temido por miedo a que destrozase a mi familia. Y al final había ganado. Yo había ganado.

—Deja de hacer el tonto. Si sabes que ahora voy a contártelo todo —soltó mi padre.

—Bueno, no está mal avisar por si se te fríe el cableado. —El tono de Arcadiy cambió y lo pinchó usando el formalismo—: Que ya nos conocemos, y cuando da con la caña, va a traición, señor Tanaka.

Un paso.

Otro.

Haiden levantó la cabeza y ahí pude ver con claridad la obsesión que siempre había tenido conmigo. No era ningún farol, me amaba de verdad y le dolía la situación en la que se encontraba.

Me quedé mirándolo más de lo permitido, contemplando sus oscuros ojos, sus rasgos marcados, aquella barba incipiente. Lo atractivo que era y lo buen marido que podría haber sido. Continué, sin sentir siquiera un rescoldo de compasión. Su mirada centelleó al tenerme tan cerca, sin embargo, no osé acercarme más de lo permitido, sino que me quedé a una distancia prudencial, me acuclillé y esperé bajo la lluvia, calándome hasta los huesos.

No recordé ni una simple vez en la que hubiese sido capaz de aguantarle la mirada durante tanto tiempo; no sin ganarme una paliza por su parte o por la de su hermano.

—No te conozco... —murmuró ido.

—No. No me has conocido nunca —le aseguré, sin cambiar mi tono calmado.

—Haberte casado con un extranjero te ha cambiado. —Sus palabras iban cargadas de maldad y dolor a partes iguales.

—Haberme casado con un extranjero... —Miré mi alianza, le di vueltas con el dedo anular de la mano izquierda y terminé—: Ha sido lo mejor que he hecho en mi vida. —Rio con desaliento—. ¿Quiénes eran esos hombres, Haiden?

Sus facciones se endurecieron, y pensé que el hombre de siempre saldría.

Pero no. De nuevo, volvió a fallarme la suspicacia, porque parecía estar dispuesto a hablar más de lo debido. Ni siquiera había en él una pizca de la altanería que lo caracterizaba.

—Al día siguiente de escapar del furgón, Peter me encontró en medio del bosque. Tampoco pude esconderme mucho. Tu *extranjero* me dejó hecho un despojo. —Asentí y esperé paciente, sin interrumpirlo—. Me ofreció un trato.

Mis hombros se tensaron, y esa tensión tuvo que ser palpable en mis guardaespaldas, porque escuché los pasos de Arcadiy acercarse.

—¿Ocurre algo?

Elevé una mano para detener al griego, sin embargo, antes de que terminase de levantarme para avisar a Chiyo y a los hombres de una posible encerrona, Haiden me detuvo cuando elevó la voz:

—Te he pedido clemencia, *sukos*... —Se calló al instante, supe que por el rugido bestial de Arcadiy. Rectificó—: Natsuki.

—Explícate —le exigí, mirándolo de soslayo, pues me había quedado fija en Arcadiy, delante de él.

Los ojos de mi griego se cruzaron con los míos de manera momentánea, pidiéndome permiso para quedarse. No hizo falta que le respondiese. Haiden nos contempló a ambos.

—Veo que ya no es una conversación de dos.

Arcadiy dio un paso, se detuvo a un palmo de su cara y sentenció:

—Si quieres, te vuelo la cabeza, y entonces seguirá siendo una conversación de dos.

No tuve la intención de tratar de apartarlo. No se lo merecía. Y aunque necesitábamos esa información, si al final a mi marido se le iba la mano..., tampoco iba a enfadarme.

Haiden apretó la mandíbula, desvió la mirada de él, para mi sorpresa, y habló:

—Peter me dejó al cargo de un grupo de los mejores mercenarios de Japón. La intención del londinense era acabar con él —cabeceó con desdén hacia el griego—, y después ir a por todos vosotros. A por tu casa.

—En compensación a eso, te ofreció tu vida y lo creíste —vaticinó Arcadiy.

Haiden lo miró mal.

—No soy tan necio —escupió. Pude ver en la punta de la lengua de mi griego las ganas que tuvo de responderle, aunque se retuvo—. Quien te la juega una vez, lo hace una segunda, y todos sabemos que ese hombre no se casa con nadie y que a la mínima de cambio nos liquidará a todos.

—¿Y por qué le disparaste a Arcadiy? —le pregunté.

Haiden rio.

—Con sumo gusto lo habría hecho, ya que él mató a mi hermano y me mandó su cabeza sin remordimiento alguno. —Su tono fue desdeñoso—. Pero fue el mercenario con el que te pegaste hasta la saciedad quien lo hizo.

—Te habría mandado esa caja cien veces, y habría matado a tu hermano doscientas, de haber podido. —Haiden gruñó y lo fulminó con la mirada—. Mercenario al que reventaste con una bomba sin miramientos, por cierto. A eso lo llamo yo trabajo en equipo.

De soslayo, contemplé que mi padre había salido al porche con la silla de ruedas, y estaba enterándose de todo, aunque no se entrometió.

—Yo no lancé esos explosivos tampoco —se defendió—. Me tuvieron durante el proceso como una marioneta, para que siempre pensaras que yo había organizado la encerrona. De esa manera, vendrías a por mí si moría, y después nos matarían a ambos.

Me habló directamente a mí, apartando a Arcadiy de la conversación. Mi semblante fue rudo, sereno e inamovible.

—¿Cómo conseguiste el antídoto? —inquirí.

—Logré quitárselo al que lo llevaba. Cuando entraron en batalla, ni siquiera se dio cuenta.

—¿Y cómo supiste que ibas a poder quitárselo?

No necesitaba hacerle esa pregunta, porque Haiden, siempre que se había propuesto algo, lo había conseguido. Sin embargo, necesitaba agotar todos los cartuchos antes de confiar de verdad en que quería una redención. Una redención que no pensaba darle, por supuesto.

—Sabía que conseguiría quitárselo. Habría matado a la niña de haber querido, Natsuki. —Su voz se elevó un poco, pues supo que no estaba creyéndomelo.

—¿Y cuál es tu intención para con nosotros? Si puede saberse.

No moví un músculo de mi posición, puesto que ya estaba de pie, de lado, muy pegada a Arcadiy. Él nos miró a ambos, aunque después pasó la vista a mi padre un nanosegundo.

—Ya te he dicho que quiero clemencia.

—¿Pretendes que te deje unirte a los Tanaka Bravo? —cuestioné.

Su cuerpo se irguió casi sin impulso, como si la información que acababa de darle lo hubiese abierto en canal.

—¡¿Los Tanaka Bravo?! —espetó con asombro.

—Sí. Eso he dicho. No creo que tengas problemas de audición.

Frunció el ceño, parecía enfadado, e intentó relajar aquella expresión de desconcierto. Le dolía tanto que no era capaz de controlar sus emociones.

—¿No es suficiente que esté arrodillado?, ¿que esté pidiéndote asilo porque no tengo otro lugar en el mundo al que ir? ¿No te parece lo *suficientemente* humillante? —No comenté nada—. ¿Acaso te han cambiado tanto que te has quedado sin corazón?

Y, entonces, como si me hubiese poseído el espíritu de una psicópata, me agaché despacio, me acerqué de cuclillas a él y bisbiseé dañina, letal, fría:

—¿Acaso tuviste tú corazón todas las veces que me faltaste al respeto?

—Eres mi *sukhos*... —Arcadiy no retuvo sus instintos y le dio un puñetazo que no me molesté en recriminar tampoco. Escupió la sangre, lo miró con odio y rectificó—: *Eras* mi mujer.

—¿Acaso tuviste tú corazón cuando tu hermano me maltrataba? No, Haiden, tú te hacías el despistado, el que no veía nada, pero lo sabías todo.

—Natsuki...

—¿Acaso tuviste tú corazón cuando me golpeabas porque tus planes no salían como querías?

—Estoy tratando de pedir perdón por mis actos. ¡¿Cómo quieres que lo haga si no me dejas hab...?!

En efecto, no lo dejé continuar, y esa fue mi última pregunta, silbante, con los dientes apretados y las facciones de mi rostro tensas:

—¿Acaso tuviste tú corazón cuando me violabas?

15

Un curso de meditación

—¿Crees que es conveniente que os marchéis con él a Reino Unido? —La pregunta de mi *kaachan* fue con tiento pero dura.

Los ojos de Hana se cruzaron con los míos. Desvió la mirada, sujetó unos papeles que había tenido previamente en las manos y sumergió su atención en ellos, restándole importancia al tema. Sin embargo, entendí que no podía ser así, que no podría disimular que le dolía, aunque estuviese investigando información vital de la famosa placa base que nos habían mandado los Sabello esa mañana.

—No lo sé. Ni siquiera sé si es o no arriesgado que confiemos en alguien como él.

Eso último lo susurré, pretendiendo no hacerle daño a Hana. No más del que ya había sufrido. Mi madre me observó de soslayo y regresó después la vista a su... ¿Cómo tenía que referirme a ella? La duda debió quedarse plasmada en mi semblante.

—No soy mujer de dar segundas oportunidades, y creo que lo más conveniente es que no confiéis en él.

Me giré hacia ella, escuchando de fondo que los pasos de mi tía se alejaban. Era muy temprano. Nos encontrábamos en la parte trasera de la vivienda, alejadas de la puerta, pues no podíamos perder de vista a Haiden, quien aún continuaba atado al poste de hierro, en la misma posición que el día anterior.

—Tengo una voz interior que me dice que no pretende engañarnos, *kaachan*.

—Las voces interiores no salvan vidas, Natsuki. —Fue más severa.

—A veces sí. Y creo que ha llegado el momento de redimir sus pecados. O por lo menos intentarlo —rectifiqué, volviendo la atención a mi exmarido.

—Haiden es un ser despreciable que jamás podrá lograr redimir nada. ¿Qué crees que hará cuando vea que no gana la batalla y que sigues con Arcadiy? —Vi su fuerza en los puños—. ¿Cuando no vuelvas con él? Dime, ¿crees que te dejará vivir?, ¿escapar?

Apreté la mandíbula, sin querer contestar. Busqué a mi griego en el interior del hogar, pero no apareció. Se encontraba durmiendo, ya que su último turno había sido el de las cuatro a las siete de la mañana, junto con mi padre. Ambos se habían quedado en el porche, mirándolo fijamente, aunque cuando el frío apretó se metieron en el interior del salón, sin quitarle los ojos de encima. Toda seguridad era poca, por lo que había mandado a veinte de mis hombres rodear la zona, sin ser vistos. También había otros tantos cerrando los posibles accesos a la casa, por si se le ocurría un plan de fuga.

—¿De verdad crees que me ama tanto que está aquí para conquistarme? —inquirí, con la piel de gallina y un asco demoledor.

Jamás podría perdonar sus atrocidades. Jamás podría olvidar.

Mi madre dio un paso firme, con aquella postura intimidante y sabia.

—Él tiene claro que puede dominarte. Para eso necesitas darle un escarmiento, Natsuki.

—¿Quieres que lo degüelle delante de su madre? ¿Esa es tu solución?

Mis preguntas no fueron con tono altanero, pero sí firmes, y pude discernir en el rostro de mi madre la clara amenaza si rompía el respeto que debía tenerle. Entonces, sus ojos se desviaron una milésima a Hana, que se encontraba en el lateral de los *sakuras*, sin ser vista por su hijo. Mi *kaachan* chasqueó la lengua.

—Se te olvida quién es. Y, repito, debes darle un escarmiento. —Bufé, y ella elevó la mano derecha en el aire para pedirme que la escuchase—: Durante todo este tiempo ha pensado que eras su caballo. Ahora es el momento de mostrarle quién es el caballo que venció.

Me conmocionó aquella frase, aquella palabra que tanto me había definido con él. Siempre había sido su firme figura. Pero solo eso, a fin de cuentas: una figura.

Otra de las características que podían definir a Kaori Tanaka era su terquedad. No daba el brazo a torcer aunque la matasen, pese a saber que no llevaba razón.

Tragué saliva, sin parecer una soberbia, me acerqué un paso y le dije, retomando la conversación desde el principio:

—Y a ti se te olvida que yo he sido la que ha sufrido a su lado. Eso ya no viene a cuento —le resté importancia cuando me miró de golpe. Mi atención se fue a Hana—. Lo que importa es el daño que quieras causarle a ella. Lo que

eso os conlleve a vosotros después.

Me salió natural. Sin forzarlo, sin titubeos, sin medias tintas que demostrasen que aún no entendía esa relación, y entonces comprendí de verdad que el amor era libre. Tan bonito y maravilloso que había que vivirlo sin juzgarlo, a pesar de que en ocasiones nos doliera. No me di cuenta, pero los ojos de mi madre estaban clavados en mí.

—¿Acabas de decirme que te preocupa el sufrimiento de tu tía? ¿A ti? —inquirió con tono militar.

La miré con más intensidad. Había omitido que las entrañas se me removían todavía cuando tenía a Haiden tan sumamente cerca, que tal vez sí me daba un poco de reparo quedarme a solas con él, pero también entendí que era necesario para vencer ese único miedo con el que no había batallado. Plantarle cara. Desde luego, eso era lo que debía hacer.

—Sí. ¿Por qué no debería importarme? —cuestioné, elevando un poco una ceja—. Además, creo que estaría bien que a partir de ahora dejáramos de considerarla mi tía. No me cuadra mucho en la relación que tenéis, y en cierto modo suena hasta mal.

Pude ver, por primera vez en mi vida, cómo la saliva descendía por la garganta de mi *kaachan*. Se quedó perpleja, sin habla. Guio su cuerpo hacia el frente, evitando de esa manera que pudiese ver lo sorprendida que acababa de dejarla mi petición. No respondió de inmediato, y le di su tiempo para que recapacitase.

Hana no quería hacer acto de presencia ante su hijo. Nadie había objetado nada, aunque sabíamos casi a ciencia cierta que en algún momento lo haría, y sería antes de que muriese. Porque de todos era sabido que Haiden moriría, tarde o temprano.

—*Chō*, ¿tú...? —titubeó—. ¿Tú entiendes...?

Se calló, sin saber cómo continuar. Di otro paso hacia un lado, buscando unos ojos oscuros que me evitaron. No podía creerlo.

—¿Kaori Tanaka dudando? Esto podría ser un hecho histórico, perfectamente.

Me dio un codazo y rio. La imité, porque verla reír de aquella forma le llenaba el alma a cualquiera.

—No me acostumbro a que tengas estas salidas —apuntó.

—Has estado durmiendo tres años, *kaachan*. Ahora debes acostumbrarte a muchas más cosas. No solo a mí.

Sentí una presencia a mi espalda y me volví. Mi padre se encontraba de pie, apoyado en las muletas, justo en la rampa de bajada. Nos contempló a ambas con una adoración tan infinita como lo eran nuestras vidas, aunque el

tono le tembló cuando preguntó:

—¿Acabo de escuchar que permites que Hana forme parte de nuestra vida, Natsuki-chan?

Los miré a los dos de forma alterna. Solo había que contemplarlos unos segundos para percibir ese halo de adoración, lo mucho que se amaban, y si indagabas un poco más, encontrabas las miradas furtivas en dirección al sitio donde estaba Hana, ahora batiendo en el aire una caña de bambú, ajena a nuestra conversación.

—No es cuestión de aceptar o no vuestra relación, *chichiue*. El destino es vuestro.

—Pero...

—No hay peros que valgan —le dije, sin apartar la mirada de él. Mi madre permaneció inmóvil, observándonos a los dos—. Ahora necesito tomar una decisión importante. Si me permitís.

Incliné la cabeza a modo de despedida, aceleré mis pies y salí de allí, dejándolos solos. Me apoyé en la pared del salón principal, donde nadie me veía, y contemplé la figura de Haiden en el jardín, postrado sobre la hierba y con la cabeza gacha. En algún momento se desmayaría del cansancio, o eso creía. Su cabello oscuro, de media melena, se mecía con el viento, cubriéndole parte del semblante. Los músculos de su cuerpo se veían feroces, incluso estando en aquella postura insufrible, con las manos atadas a la espalda, pegadas al poste. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

«Te odio», pensé con fuerza.

«Mátalo», me dijo otra voz en mi cabeza, como si eso fuese a resolver un pasado lleno de traumas y dolencias agónicas.

Aparté la mirada del punto fijo en el que me había quedado, impidiendo que los recuerdos de años se colasen en esa parte del cerebro que nos martillea con insistencia. Giré sobre mis talones y encaminé mis pasos escaleras arriba para comprobar si Arcadiy continuaba durmiendo, tal vez intentando evadirme o buscando apoyo en alguien. Fue ese impulso el que me llevó a conocer otra parte de lo que sería mi futura vida.

Aleshka se encontraba en la puerta de mi dormitorio, sentada en el suelo, con un teléfono móvil en las manos. No se percató de que llegaba, seguramente porque estaba enfrascada en algún vídeo de esos que veían los adolescentes. Su sonrisa me pareció mucho más bonita de lo que acostumbraba a ver, pues la muchacha —evitaría llamarla niña—, como norma habitual, siempre parecía enfadada. «Típica rusa», habría dicho Arcadiy de haber escuchado mis pensamientos.

Iba vestida con una sudadera de chándal cuatro tallas más grande que la

suya. De hecho, me jugaba el cuello a que era de su padre, de Jack. Los pantalones de deporte los llevaba sueltos, y el cabello platino, recogido en un moño desordenado. Aparentaba ser dulce, delicada, sin embargo, bajo esa capa había una verdadera fiera que había que domar.

Elevó la vista de golpe, como si se hubiese sentido observada. Carraspeó incómoda, se removió en el suelo y me apartó los ojos durante unos segundos.

—Primera regla: nunca apartes la mirada de tu contrincante. A pesar de que te haya pillado haciendo algo que no debes. —Mostró confusión—. ¿Qué haces en el suelo?

Di unos pasos para quedarme más cerca de ella, me agaché y apoyé el trasero en el tatami, a su lado. No se movió. Más bien se quedó recta, como un palo.

—No estaba haciendo nada malo —repuso ágil.

—No he dicho que estuvieras haciéndolo. Es una regla. Nada más.

Amusgó su mirada un poco, pronunciando sus ojos sobrenaturales.

—En realidad, solo... Yo estaba aquí porque mi tío...

—La segunda regla —le mostré dos dedos— es no dudar jamás de tu palabra, y mucho menos de lo que tengas que decir.

—Quería vigilarlo por si el loco de Haiden se escapaba.

La observé con asombro y orgullo. Es más, en el lateral que no veía bien había apreciado la punta de un cuchillo, muy cercano a su muslo.

—¿Y has pensado que eso —lo señalé— podría salvarte la vida, en ese caso?

—El tío Tiziano siempre dice que sí.

Sonreí. Aquella chica tenía más tíos políticos de lo que jamás se habría imaginado. Entendí que, por encima de todo, lo único que pretendía era que nada ni nadie perturbase el sueño de su tío. No pensaba decirle que antes de que Haiden llegase a la primera planta, yo misma le habría arrancado la cabeza con las manos.

Sin esperárselo, me impulsé de un movimiento ligero, atrapé el cuchillo y después su cuello. Fue un cambio brusco que no previó, pues abrió los ojos con desmesura, con la cabeza apoyada en la puerta de bambú gracias a mi mano presionando su garganta.

—¿Qué...?

No la dejé continuar. Apreté con más garra.

—La tercera regla. —Moví el rostro, apacible en ese momento—. Si tienes un arma, escóndela siempre. —Me separé de ella, solté el cuchillo y elevé los brazos en cruz, permitiendo que los dos sais asomasen sus puntas del interior de mis mangas. Aleshka los contempló—. Que nadie sepa que escondes

armas.

Asintió con cautela. Me quedé en la misma posición, de cuclillas, observando que Aleshka sujetaba de manera disimulada el cuchillo que había lanzado a la otra punta, se lo colocaba en la manga derecha sin hablar y sostenía el teléfono de nuevo, dando por finalizada la conversación. Sonreí por la manera tan cortés que había tenido de echarme.

Me levanté con la intención de acceder al dormitorio. Sin embargo, el tono fuerte y marcado de la chica me detuvo:

—Natsuki-dono. —Aguanté la sonrisa. «Un paso más con ella». Giré el cuello para mirarla—. ¿Podría quedarme con vosotros un tiempo? Hasta que aprenda.

—Aleshka-chan —aguantó una risilla por cómo la había llamado—, no puedes aprender el arte del guerrero en unos días. Supone la práctica de años, y tienes una familia. Unos padres, unos hermanos que no pueden prescindir de ti.

Se puso de pie, exaltada, como si la euforia la hubiese arrollado, aunque su tono no fue elevado para así seguir respetando el sueño de su tío:

—¡Pero estaré con vosotros! ¡Sois mis tíos! ¿Dónde iba a quedarme mejor que aquí? —Me sorprendió que me metiese dentro de esa ecuación—. Además, el maestro Asahi, Chiyo y Eiji son los mejores *shogun* que voy a tener. Y tú... ¡Tú eres una samurái!

Me llenó de orgullo que nos viese de esa forma, y aquello me recordó que debía preguntarle a mi madre de qué conocía a Chiyo, pues había visto en su mirada cómo lo había contemplado al abrir los ojos en la pira.

Me giré de cara a ella, coloqué las palmas de las manos sobre sus hombros, los estrujé con fuerza y murmuré para que Arcadiy no se despertase:

—No tengo ningún inconveniente en convertirme en tu tutora durante un tiempo —pareció más emocionada aún—, pero es lógico que esto deberemos hablarlo con tus padres cuando vayamos a Londres. Lo comprendes, ¿verdad?

Su mirada se apagó un poco, supuse que por mis últimas palabras. No sabía cómo se lo tomarían sus padres, y comprendería que no quisiesen dejar a su hija a miles de kilómetros de distancia mientras ellos se dedicaban a sus trabajos y criaban a su hermosa familia.

Me separé de Aleshka, dejándola pensativa, abrí la puerta de bambú y accedí. Al entrar, me encontré a un hombre con el antebrazo sobre los ojos. Me aproximé a la ventana para cubrir la luz del día; después guie mis pasos hasta el futón y me tumbé a su lado. Coloqué mi mano derecha sobre su corazón y cerré los párpados, sintiéndolo. Oyendo cómo le latía, notando sus pulmones subir y bajar.

—¿Qué te ocurre?

Su voz adormilada me sobresaltó, pues pensaba que dormía como un tronco.

—Te he despertado.

Movió su vigoroso cuerpo hasta quedar de cara a mí. Recogió con mimo uno de mis mechones y me observó en silencio. No había una luz excesiva en el dormitorio, aunque la suficiente para poder observarnos.

La figura de Aleshka había desaparecido al otro lado, imaginé que entendiendo que su tío se encontraba bien conmigo. Ese detalle me llenó de más gozo que el que había sentido con nuestra conversación, ya que eso significaba que comenzaba a confiar en mí. Que estaba apartando, poco a poco, el pensamiento de verme como a un rival.

—¿Tú sabes que los asesinos dormimos con un ojo abierto y otro cerrado? —Sonreí—. Jack me lo enseñó.

—Jack te enseñó muchas cosas. —Reí.

—Como tú vas a enseñárselas a su hija, por lo que veo.

Aguanté el aire en los pulmones, entendiendo que había escuchado nuestra conversación.

—Eso dependerá de sus padres y de ti.

—Te ha llamado *tía*, de manera sutil, pero ya te ha metido en su familia. Eso es todo un logro —se jactó, y lo golpeé en el pecho con gracia.

—Quizá la haya amedrentado un poco al cogerla del cuello. No te creas que todo es tan fácil.

Alzó las cejas con asombro, esa vez llevando una de sus manos a mi costado para hacerme cosquillas. Al final terminó con su rostro metido en mi cuello, dando pequeños mordiscos por donde paseaban sus dientes.

—No me acostumbro a verte bromear. —Besó mi clavícula antes de preguntarme de nuevo—: ¿Qué te ocurre?

Al ver que no le respondía, elevó la mirada, me observó y esperó con paciencia. Bastaron esos segundos de margen para que respondiese como una locomotora:

—No sé qué hago con Haiden en el jardín. Entiendo que puede sernos útil, y te prometo que tengo un pálpito de que no nos miente. De que de verdad quiere ayudarnos. —Pareció discrepar por su gesto—. Por otro lado, no quiero que Hana sufra. No más de lo que ha sufrido durante toda su vida. Primero su relación con mis padres, después la tortura de sus hijos, de su marido... ¿Cómo lo asesino delante de ella?

—¿Has pensado que podrías hablarlo para salir de dudas? —inquirió.

Ignoré esa pregunta y fui a lo que de verdad importaba:

—Y luego estás tú.

—¿Yo? —Se sorprendió, incluso se echó un poco hacia atrás para verme bien.

—Sí, tú. —Tomé una larga bocanada de aire antes de continuar—: Sé que no estás bien, que no te sientes cómodo, que quieres arrancarle la cabeza, y que no lo haces porque no te dejo. Aunque no te lo haya ordenado, no actúas por mí. —Eso último me salió agónico—. Y eso me mata, Arcadiy.

Frunció el ceño, sin entenderme.

—¿Te mata que no lo mate? —Su tono y redundancia me hicieron sonreír de manera suave.

—Me mata que no seas tú.

Entrecerró los ojos, ahora sí comprendiéndome, aunque lo que no me esperaba fue que yo hubiese sido tan transparente con el tema de Haiden.

—Pues a mí me mata que estés buscando apoyo en mí con ese tío, cuando tú eres una mujer que no necesita apoyarse en nadie, y mucho menos en un hombre.

Se creó un silencio extenso entre los dos. Entonces asumí que sí, que desde que habíamos capturado a Haiden, buscaba el contacto directo con Arcadiy al lado, siempre al lado. Que cuando había tenido que tomar la decisión de si matarlo o no, también lo había hecho, y que últimamente buscaba a mi griego para todo.

—¿Es posible que sea porque no he tenido un apoyo así nunca? —cuestioné, apretándome contra su cuerpo. Eso sí, sin dejar de mirarlo.

Besó mis labios de manera casta.

—Es posible, pero eso no vamos a permitirlo, porque *tú*, Natsuki Tanaka Bravo, no necesitas a nadie para valerte por ti misma. ¿Me has entendido? —Asentí con convencimiento—. Bien. Respecto a lo otro, aunque me repatee las entrañas, siempre siempre seguiré lo que ordene mi *riidaa*. Y si mi *riidaa* dice que le saque información a golpes, se la sacaré. Si me pide que lo mate, lo mataré, y si me pide que lo deje libre, lo liberaré.

¿Cómo podía existir en el mundo una persona como Arcadiy? ¿Cómo había sido yo la afortunada de haberlo encontrado? Me quedé embelesada mirándolo, como si fuera un dios. «Tu dios». Tragué saliva, lo apreté con más fuerza y besé su pecho. Cerré los ojos de manera momentánea, traspasándole todo el amor que sentía por él.

—Te amo, ahora y siempre, mi griego. Le doy gracias a los dioses todos los días por haberte puesto en mi camino.

—Yo también te amo, mi tigresa. —Su tono cambió—: Pero ahora, levanta ese culo, baja al jardín y plántales cara a tus demonios. Cómetelos con patatas

y después hacemos un curso de meditación.

Reí por su tono contundente. A fin de cuentas, casi era lo mismo que me había dicho mi *kaachan*. Tal vez, todo el mundo se había percatado de mi estado de ánimo, de que no me encontraba bien con ese hombre en mi casa. Lo busqué con la mirada, asentí y lo besé castamente.

—Para canalizar la ira —añadí.

—Eso, para no querer partirle el cuello a cada segundo. Estaría muy bien.

Ronroneé lo justo y permitido antes de separarme de él con un último palmetazo por su parte en una de mis nalgas. Me sentí recargada de una energía nueva y alegre, sincera y con mucho amor.

Mis pisadas fueron determinantes. Al mismo tiempo que descendía las escaleras, Aleshka las subía, para quedarse de nuevo haciendo la guardia del sueño de su tío. Sonreí en su dirección cuando pasó por mi lado, y ella me correspondió con el mismo gesto.

Inspiré profundamente, aguanté el aire y lo solté despacio, liberando las energías negativas que pretendían devorarme antes de llegar al jardín. Allí continuaba, en la misma posición que cuando subí. Algo en mi interior se removió, algo llamado ira descontrolada, y me vi en la tesitura de calmarla antes de avanzar. Entonces, como si fuese un brujo disfrazado de humano, alzó la barbilla y sus ojos pardos se clavaron en lo más profundo de mí. Intuí que bajo esa capa de seriedad había un ser que aguantaba la risa malévola. Una risa a mi costa, por saber, quizá, mis pensamientos. Por supuesto, tenía muy claro que no iba a exteriorizar mi miedo, que no iba a decirle con total sinceridad que él había sido quien más daño me había hecho en la vida, como tampoco que algo dentro de mí me decía que continuaba siendo el monstruo al que todos los niños temen. Incluida yo.

Cuando me percaté, mis pies se habían puesto en marcha y me encontraba en medio de los dos guardianes, a tan solo unos pasos de él. Su mirada seguía fija en mí. No toleré que la saliva descendiese por mi garganta, y mucho menos que él lo viese. Porque si algo caracterizaba a Haiden era el poder de quedarse con el detalle más ínfimo.

—¿Tendrías la decencia de darme un poco de agua? —me preguntó desde la distancia.

Mis pies parecieron haberse quedado anclados al tatami. No lograba moverlos, así que les ordené que se pusiesen en funcionamiento y avanzasen con pasos lentos.

Firmes.

Cortos.

Mortíferos.

—Solo llevas un día completo sin agua y sin comida. Intuyo que estás preparado para mucho más.

Su sonrisa ladina me crispó. Me detuve delante, lo miré durante unos segundos y él no osó apartarme aquella mirada retadora, camuflada bajo una breve ironía.

—Es impresionante. —No mostré confusión, pues sabía qué quería decir —. Todos estos años has estado ocultándome tu verdadera identidad. Ni siquiera eres una sumisa como siempre creí.

«Su caballo dócil».

Negó de un lado a otro, como si no pudiese creerse su confesión, y yo me dispuse a moverme conforme necesitaba, que era para sanar mis heridas. Me acuclillé delante de él para tenerlo más cerca.

—Era una niña —escupí con rabia.

—Eras una niña que nunca me quiso —añadió con dolor, mirándome a los ojos—. Nunca me quisiste como lo hizo tu hermana. Ella sentía devoción por mí.

—Una pena que tu padre la ahogase en el río, ¿verdad? —inquirí con mala sangre.

Soltó el aire con dificultad y me sorprendió lo que dijo:

—Aunque Sakura estuviese viva, yo siempre te habría elegido a ti, por encima de todo.

—Eres un degenerado igual que tu padre. Somos familia —repuse con asco, sin querer rememorar todo lo que me había hecho durante esos años.

Años que fueron endureciéndose cuando cumplí los diecisiete y me casé con él. Antes de eso, Haiden me había rondado muchas veces, pero conseguía esquivarlo con la excusa de que no estábamos casados. Esa cuestión me dejó sin dormir muchísimas noches, pensando en cómo sería el momento de tener que enfrentarme a él después de nuestra boda. Ni siquiera quería recordarlo, porque me daban ganas de arrancarme la piel a tiras, y ahora yo sí tenía a alguien que me amaba por encima de todo y todos. La imagen de Arcadiy se superpuso sobre las desdichas que Haiden me había obligado a vivir.

—¿Cómo has podido hacerlo, Natsuki? —No respondí—. Tú siempre has sido leal a tu honor. Y no solo has conseguido un divorcio que no he firmado, sino que te has casado con un extranjero que no es ni la mitad de hombre de lo que lo somos los asiáticos. Me has abandonado cuando yo lo era todo para ti.

Una risa sarcástica brotó de mi garganta y él se sorprendió. Preferí no hacer comentarios sobre lo que acababa de decir, pues mi pensamiento se fue directamente a su hombría. Sería la influencia de Arcadiy y su boca sucia.

—Haiden —lo contemplé con más fijeza de la permitida—, no volvería

contigo nunca, porque nunca has sido nada para mí. Mi familia es lo único que me ha importado. —Señalé el interior de mi hogar—. Y si no llega a ser por ellos, te habría degollado en la noche de bodas.

Cerró la boca, como si mis palabras lo hubiesen herido en lo más profundo de su ser. Como si hubiese tocado algo que estaba prohibido.

—No me amas —dictaminó con seriedad.

—Nunca te amé. Nunca te ganaste que te amase, y siempre buscaste hacerle daño a mi familia para tenerme amarrada. —Su semblante me indicó la veracidad de mis palabras—. Tú originaste que Peter les hiciese eso a mis padres.

Tenía fuerza; una desmesurada que no tardó en mostrar cuando sus dientes asomaron con furia bajo sus labios. Se aproximó tanto a mí que quedó a un centímetro de mi cara y berreó:

—¡Tú propiciaste que actuara de esa forma! ¡Te he dado siempre todo lo que has querido! —Movió las manos en la espalda con vigor—. ¡¡Y mira cómo me lo pagas!! ¡Te has casado con otro hombre, Natsuki! ¡Has dejado que otro hombre te toque!

—Y un hombre que sabe dónde tocarme para darme placer. —Jamás, en todos mis años de vida, pensé que sería capaz de darle una respuesta así—. Él sabe que no debe violarme. Él sabe quererme.

—¡¡Yo nunca te violé!! ¡Eras mi mujer!

Me gustó que lo admitiese, aunque fuese de una forma tan retorcida.

Reí como una tirana.

—Todas las veces que me has tenido, ha sido porque me has obligado. ¿Cómo se le llama a eso?

—Eras mi mujer —rugió entre dientes, sin querer dar su brazo a torcer—. Por lo que veo, la mujer equivocada, porque ni siquiera imaginé que debajo de esa apacibilidad se encontrase la serpiente que estás enseñándome.

Sonreí como una muñeca diabólica, sabiéndome ganadora y sintiendo una liberación monumental. Aquella similitud con la serpiente me dio a entender que me había visto como la persona que era, no como la que creía tener encerrada durante días en una torre de cristal. Eso me gustó. Me gustó muchísimo.

—Bien, pues ahora que vamos conociéndonos mejor, dame los motivos suficientes para que no te mate esta mañana, Haiden Keitaro.

Sí, como Arcadiy me había dicho, iba a necesitar un curso de meditación para sanar, y no solo para curarme de él, sino de todas mis heridas que ahora comenzaban a cicatrizar a la perfección. También había visto por fin la evidencia que los demás me habían asegurado: Haiden sí estaba enamorado de

mí, pero no había sabido amarme, ni tampoco había intentado cambiar para lograrlo.

El mundo era así.

El mundo se asentaba para demostrarnos que podíamos ganar.

El mundo... te daba un revés que te giraba la cara, y no iba a tardar en descubrirlo.

16

La torre de cristal

Arcadiy Bravo

Desesperado, moví un pie con breves toquecitos contra el suelo. Era el segundo café que me tomaba, y seguramente el décimo cigarro que me metía en el pecho. Mi sobrina Aleshka se encontraba en la parte trasera de la vivienda, al lado de los *sakuras*, dándose palos con Chiyo con una caña de bambú. Todo estaba regido y supervisado por Asahi, quien no se había separado de ellos. Eiji también había cumplido su función como *shogun* unas cuantas veces, sin embargo, había tenido que adelantarse para socorrer mis nervios en tres ocasiones ya.

—¿Por qué estás tan nervioso? —me preguntó, entrando en el salón.

«La cuarta vez que lo haces entrar», me reprendí.

Me encontraba apoyado en una de las paredes, desde donde veía a la perfección las reacciones de Natsuki y de Haiden, y también observaba de soslayo a Aleshka y su intento de defensa. A su favor debía decir que sabía contrarrestar golpes cuando se lo proponía.

—Yo no estoy nervioso.

«Mentira».

Hana y Kaori estaban en la casa de Chiyo, investigando aún de qué parte del mundo procedía la célula terrorista con la que Peter había establecido contacto, tratando también de descubrir cuáles eran los fines de su alianza, más allá de asesinar sin miramientos a sus propios compañeros de oficio. Y por si no se habían sumado ya cosas, los Sabello nos habían enviado más información de la placa base.

Subí el cigarro en dirección a mi boca y me percaté de que los dedos me habían temblado lo suficiente para que Eiji se diese cuenta de mi ansiedad. No soportaba verlo, no aguantaba a Haiden, ni siquiera que estuviese en el jardín de una casa que no era la mía. Tenía tantas ganas de destriparlo que nadie

podría imaginarse lo que deseaba darle una paliza.

—Puedo adivinar tus pensamientos desde aquí, Arcadiy-chan.

Escuché que la silla de ruedas se movía hasta quedarse a mi lado.

—Claro que puedes escucharlos. Te recuerdo que eres el *miko* del Valle. —Intenté quitarle hierro al asunto con la broma. Pero no funcionó.

—Está luchando contra sus demonios. Y está haciéndolo bien, griego. —Asentí, sin querer responderle—. Aunque tengas ganas de partirle la cara cada vez que levanta la voz.

Su tonito consiguió que lo mirase un segundo. Fue efímero, aunque el suficiente para ver que Eiji le tenía tanto odio como yo. Tanto o más que yo, pues no dejaba de ser su padre, y habría pensado mil y una veces cómo asesinarlo. Haiden se había encargado de hacerle saber todo por lo que pasaba su hija desde que tuvo la oportunidad, y allí, mientras esperaba a que la conversación terminase, lo que más salía a relucir era cuánto la amaba.

Mis dientes rechinaron.

—¿Cómo has podido soportarlo? —musité.

No me miró.

—Porque intenté construir esto que ves, Arcadiy-chan. Porque quise labrarle el futuro a mi hija, ya que a nosotros nos lo habían arrebatado. —Me mordí la lengua, pero escuché ese susurro que me partió un poquito más—: Aunque me doliese ver las atrocidades que le hacía. Encima tengo que darles gracias a los dioses por haberte encontrado tan pronto.

Calculé que solo habían pasado casi tres años desde que Natsuki se casó, aun así, ese tiempo era más que suficiente para sembrar el caos en una persona.

—Estabas deseando que llegase. Admítelo ya, *miko*.

Sonrió porque, de nuevo, le había quitado tensión al momento. Mi tigresa estaba muy cerca de Haiden, y este apretaba los puños en la parte de atrás, con contención. Se encontraba rabioso, y no sabía por qué, pues Eiji se había encargado de que desviase mi foco de atención momentáneamente.

—Eres único, Arcadiy-chan. Único —murmuró perdido en su hija.

Sonreí sin quitarle la razón, aunque sí me atreví a ir más allá de lo que hablábamos con el fin de evadirme para apagar mis instintos asesinos.

—¿Cómo conseguiste contactar con Chiyo? Aquí estabas recluido y sin ayuda. Por lo menos, hasta donde yo sé. —Chasqueé la lengua con gracia—. Antes no tenía tanta confianza con tu hija.

—La historia de Chiyo es muy larga. Pero te resumiré que fue el primer amor de Kaori.

El dato me dejó perplejo. Entrecerré los ojos, busqué la atención del

hombre que contemplaba a su hija en la distancia, me coloqué delante de él y lo escrudiñé hasta que sonrió.

—¿Tú eres consciente de que tu vida es una jodida novela?

—¿Ahora es cuando me dices que en un futuro vas a dedicarte a escribir?

—¿Yo? ¡Ni loco! Y menos escribiría tus historias, que seguro que en venganza me echas alguna maldición de esas raras que ponen en el panel de Tsumago. —Rio con ganas—. Además, que sepas y entiendas que seguro que me inventaría cosas y te pondría feo. Muy feo —recalqué.

—Entonces no ibas a comerte un rosco. Lo que tiran son los personajes con potencial, y yo tengo mucho.

—Qué presuntuoso es, señor Tanaka —bromeé con ganas de meterme con él—. Pero tiene gancho. Después de probar la carne..., el pescado le gustó más. —Me refería a su mujer y a las relaciones que había tenido.

—¡Arcadiy-chan! —me regañó, pero después siguió una carcajada—. Da gracias a que Kaori no está aquí para escucharte.

—Tampoco voy mal desencaminado —me defendí.

No quise pensar en lo que supondría para Chiyo estar al mando de la que podría haber sido su hija. Podría. Y ahora mucho más que Kaori había despertado, cuando casi le quemábamos el gaznate.

Tenía huevos la situación, aunque estaba visto que en la familia Tanaka ocurría de todo menos lo que se esperaba.

Desvié mi atención a la entrada. Natsuki permanecía en esa pose de señor de ciento cincuenta años, ahora que se encontraba de pie, contemplando a Haiden como si fuese un insignificante insecto.

—¿Ha empezado a tomarse las hierbas ya? —se interesó Eiji.

Fruncí el ceño y lo miré sin haber reparado por un momento en eso. Me encogí de hombros, dándole a entender que no lo sabía.

—Me imagino que sí.

—¿Imaginas? —cuestionó con cierta estupefacción. Asentí—. ¿Sabes lo que ocurre cuando se imagina uno las cosas?

Aguanté la risotada, pero no quería ni pensarlo.

—Sí, que llega tu legado, como me dijo un hombre que conocí hace poco. —Puso los ojos en blanco—. Pero como yo no me creo mucho esas cosas, confío en que mi mujer hará caso de ese señor.

Negó con la cabeza, supe que aguantándose las ganas que tenía de partirme la cara. No era la primera vez que me lo juraba, y sabía a ciencia cierta que, en cuanto se mantuviese sin muletas, la paliza iba a ser épica.

No conseguí centrarme del todo en mi sobrina, a quien miré durante unos segundos. Aleshka bailaba con Chiyo, dando gráciles y concisos

movimientos. Unos golpes que eran corregidos con paciencia por el *shogun*.

—Será una buena líder si sus padres dejan que aprenda como ella quiere —comentó Eiji, al ver que la observaba.

—De eso no me cabe la menor duda. Es terca como la madre.

—Es digna de convertirse en lo que un día fue Natsuki. En una *deshi* para nosotros. En una auténtica *riidaa* el día de mañana.

Centré mis ojos en ella, en la forma que tenía de danzar. No era como nosotros. No era como mi hermana, como Jack o como yo, pese a haber convivido durante tantos años a nuestro lado. Ni siquiera era como Vadim, su padre biológico. Tenía algo que la hacía especial, que ocasionaba que entendiese de todo y que le gustase aquella cultura, el ansia por saber más, por comprender lo desconocido.

—¿Qué pensabas hacer con el negocio que Vladimir y tú teníais entre manos?

La pregunta de Natsuki me devolvió al punto en el que me había quedado. Dirigí mi mirada hacia la parte principal de la vivienda, notando que la lava ascendía por mis venas a gran velocidad.

—Ya sabes qué era lo que iba a hacer ese ruso con los niños. No creo que necesites muchas más explicaciones —le respondió el otro sin un ápice de arrepentimiento.

Junté las piezas del puzle que me habían faltado, comprendiendo que Haiden se encargaba de robar a esos niños que después entrarían en las filas de Vladimir. Sin embargo, había algo que se me quedaba en el aire, pues si el ruso estaba muerto, ¿qué pensaba hacer con ellos?

Natsuki se me adelantó en la pregunta, y lo que más me escamó fue su respuesta:

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Evidentemente —le contestó ella con arrogancia.

El hijo de puta no titubeó:

—Goro Yoshida, el hombre al que el italiano desquiciado le rompió el cuello, era el comprador de esos niños para el tráfico de órganos. —Pude ver el cambio en el semblante de mi tigresa—. No creo que te asuste, Natsuki. Siempre has sabido que Keitaro se dedicaba al tráfico de órganos.

—No de niños.

—¿Un adulto no tiene el mismo derecho que un niño? —inquirió el desalmado, sabiendo que haría que se lo plantease.

—¿Qué has hecho con ellos? —cambió de tema.

—No me has respondido, *sukoshi*...

Apreté un puño y la mano de Eiji me detuvo por el brazo libre. Sin

esperármelo, fue Natsuki la que le soltó un guantazo que le cruzó la cara. Retuve el aire en los pulmones, con ganas de machacarlo, de sacarle los ojos y no sabía de cuántas cosas más.

—No soy tu mujer, Haiden. No vuelvas a llamarme así en tu vida.

Rio de manera macabra, como si aquel golpe no le importase. De hecho, no lo hizo porque se pasó la lengua por la comisura de los labios, buscando una provocación que no iba a consentir.

—¿Me dejas ya, papá? —le pregunté con ironía, y Eiji no dudó en abrir su mano de un movimiento seco.

En menos de lo estipulado, me encontraba plantado en la rampa, con los puños apretados y los instintos asesinos a flor de piel. Mi tigresa me miró, atisbó el gesto de mis manos y dirigió sus rasgados ojos hacia Haiden. Aunque la había dejado sola un tiempo eterno, pude apreciar la mueca de alivio cuando me presenté a su lado.

—Tienes diez segundos para convencernos y un solo motivo para que te dejemos con vida. —Sonrió, incrédulo. Me llevé la mano a la parte trasera del pantalón, le quité el seguro a la pistola y apunté a su cabeza—. Diez.

—Natsuki —la llamó él.

Mi *riidaa* me observó con la boca cerrada.

—Nueve. —Continué con la cuenta.

—Ya os he dicho que voy a ayudaros si vosotros me ayudáis. Es sencillo. Todos nos escapamos de las garras de Peter, pero tenéis que confiar en mí.

—Claro, porque imagino que tú fuiste el impulsor. El que le dio la idea a Peter de que debía quitarse de en medio a sus *trabajadores freelance* —añadí con sarcasmo— para que no hubiese nadie que se interpusiese en sus planes. ¿Me equivoco? —No respondió, sin embargo, sus llameantes ojos me aniquilaron—. Qué pena. Al final, el ratón se comió al gato. Ocho.

—Mi inteligencia va más allá de eso, *asesino*.

—No lo veo yo. —Negué con la cabeza, firme en mi decisión—. Siete.

Natsuki dudó.

Yo no dudaba, iba a dispararle de verdad.

—Ya te he dado el motivo —gruñó, removiéndose.

Quise pensar que él también se había percatado de algo: de que no era un farol. Moví los hombros con desinterés.

—Sigues sin convencerme. —Miré a Natsuki—. ¿A ti te convence, mi *riidaa*?

Aprecié una leve sonrisa por parte de mi japonesa, quien no contestó pero sí negó con la cabeza. Haiden comenzó a ponerse nervioso, sobre todo cuando Eiji apareció a mi espalda, y a un lado se mostraron sin temor Asahi, Chiyo y

mi sobrina. A lo lejos, Kaori salía de la vivienda en nuestra dirección.

—Seis. Se te acaba el tiempo, Jackie Chan.

«Más quisiera parecerse a Jackie Chan». Evidentemente no lo dije, pero sí lo retuve en mi cabeza.

—Peter está unido a una célula terrorista. —Entrecerré los ojos. También me hinché como un pavo al escucharlo hablar tan rápido—: Tengo información en Tokio que puede servirnos para identificarlos y no entrar dentro de ese problema. Solo necesitamos un negociador con el potencial suficiente.

Mi atención se fue a la señora Tanaka, que ya había detenido los pasos a mi derecha.

—Cinco. —Miré a Kaori y le pregunté con un movimiento de cabeza—: ¿Y bien?

Las manos de la madre de Natsuki se colocaron a su espalda, como las de su hija. Lo observó con porte altanero, mirada severa y una fina línea en sus labios que solo separó cuando dijo:

—¿Tienes algo que ver con el asesinato de Riley?

Esa pregunta no me la esperaba, por lo que mis alarmas saltaron con brío y afiancé la pistola con más fuerza en la mano. La cuenta regresiva me parecería poco si la respuesta era afirmativa.

Haiden me miró, aunque su contestación fue contundente:

—No.

Kaori asintió queda.

—¿Desde cuándo sabes que Peter tiene estos lazos con los terroristas?

—Desde hace un tiempo —resolvió tajante.

Me daba la sensación de que no quería hablar directamente con Kaori, e incluso me pareció atisbar un halo de pánico al enfrentarse a ella. No había ni rastro de altanería ni una mirada fulminante. Nada.

—¿El mismo tiempo en el que le diste la idea a Peter para que acabase con los criminales que lo ayudaban a ponerse medallas? —Su sobrino no contestó—. Comprendes que Peter también jugó contigo, que ese hombre no es un santo y que fue el que le ordenó a este hombre —me señaló con un golpe de cabeza— que matara a tu padre. ¿Lo comprendes, Haiden?

Busqué la atención de Natsuki, aún sin soltar la pistola ni terminar la cuenta atrás, siendo consciente del rapapolvo que su tía estaba dándole de manera directa. Haiden agachó la cabeza, quizá viendo con claridad que sus impulsos por el liderazgo de los Keitaro lo habían llevado al final a quedarse sin familia. Que todo había sido propiciado por él, de manera inconsciente.

—Por eso necesito que me ayudéis a terminar con él.

—Tu legado está muerto, Haiden. —Natsuki se pronunció—. Si estás de nuestro lado, acatarás nuestras órdenes —me hinché como un pavo, por segunda vez, al contemplar cómo me señalaba— sin rechistar. El único clan que hay en el Valle de Kiso ahora son los Tanaka Bravo.

El apresado trató de no mostrar su disconformidad con el nombre del clan, pero lo disimuló mal. Apreté el arma con más ganas, sin escuchar un comentario por parte de nadie. No sabía si Natsuki había hablado de ello con sus padres o no, sin embargo, sus palabras eran firmes y las había convertido en ley.

—Cuatro.

Haiden me observó furibundo. Tardó lo suyo en responder, aunque al final claudicó:

—Llevadme a Tokio y os daré toda la información de la que dispongo. He ido recopilando datos, antes de que mataseis a casi todos mis contactos, y tenemos una posibilidad si trabajamos en equipo.

No estaba de acuerdo con la decisión, y creo que eso se apreciaba en la firme determinación con la que aguantaba el arma, sin embargo, no iba a contradecir que Natsuki le había dado una oportunidad para salvarnos. La entendía, al igual que entendía que si había cedido, más que por nadie, era por mí, pues yo estaba dentro de la lista de Peter, como toda mi familia. Que aquel cabrón tuviese un as bajo la manga con unos terroristas podría ser más que suficiente para acabar con nosotros de un plumazo el mismo día.

—¿Nuestras cabezas están puestas al día con los terroristas?

—Me temo que sí —añadió Haiden con un poco de desgana. Lo pasé por alto porque todavía continuaba apuntándolo.

Miré a Natsuki buscando su aprobación. Le pregunté de manera muda si bajaba el arma o no. Lo hice tras su breve asentimiento, chasqueé la lengua con desagrado y busqué a Eiji. El rufián aguantó una mueca de burla, tal vez pensando lo mismo que yo: que podríamos haber terminado con la vida de aquel miserable en dos segundos.

Fui a darme la vuelta, sin intención de ver lo que acontecería, pero el tono letal de Kaori me detuvo:

—Ya no estoy dormida, Haiden. Si nos la juegas, te juro por los dioses y por mi honor que te mataré.

Las órdenes de Natsuki fueron claras: no soltarlo bajo ningún concepto hasta que nos marchásemos a Tokio, lo que sucedería ese mismo día. No escuché tampoco réplica alguna por parte de Haiden, y ahí me reafirmé en que estaban acostumbrados a esas *torturas*, por llamarlo de alguna manera.

Mi japonesa encabezó la fila y todos seguimos sus pasos hasta llegar a la

cocina, donde dio por finalizada su marcha.

—¿Nos dirigimos a la torre de cristal?

Mi pregunta fue dirigida al aire, aunque en la estancia solo nos encontrábamos Natsuki y sus progenitores. Mi tigresa se sirvió un té caliente y miró por la ventana, como si quisiese ocultarse del resto.

—Me temo que sí —murmuró Eiji, contemplando a su hija y a nosotros de manera alterna.

—¿Quieres que vaya yo? —le pregunté a mi japonesa, ya directo al grano al ver que no hablaba. Kaori me buscó con preocupación, y eso me extrañó en una mujer de sus características.

Negó con la cabeza, aunque no respondió. Me atreví a acercarme con disimulo por detrás, sabiendo que había escuchado mis pasos lentos aunque seguros.

—Natsuki-chan, ¿qué ocurre? —le preguntó su padre.

Dudó, pero al final lo soltó conforme lo pensaba:

—No quiero ir a Tokio. No quiero pisar ese apartamento. No quiero ver ni siquiera aquel sitio, y no tenemos otro remedio que ir. —No se giró, y yo empecé a preocuparme de verdad—. Odio tener este sentimiento de rabia insano a cada minuto, pero, sobre todo, odio verlo a él en mi casa, con nosotros, como si encima tuviésemos que perdonarle la vida por intentar ayudarnos a algo que ha propiciado él.

Si los cálculos no me fallaban, Haiden no solo había originado que su familia saliese perjudicada de aquel entuerto por darle alas a Peter, sino que los Tanaka habían sido los segundos, y ahora también pretendía exterminar a la brigada de Aarón y a todos sus ayudantes; o sea, a nosotros.

No lo medité antes de decir con firmeza:

—Ya sabemos dónde está la información. Ya sabemos qué es lo que tenemos que hacer, y lo primero es detener a sus aliados para no engordar más la bola. —Miré a Eiji y a Kaori—. Si me pides que acabe con él, con sumo gusto lo haré.

El silencio se extendió más de lo debido, momento en el que Hana accedía por una puerta lateral, habiéndose enterado de nuestra conversación. Ella miró a Natsuki, esperando a que hablase. Al ver que no lo hacía, fue la propia Hana la que rompió el incómodo silencio:

—Sabes que hay algo más. Algo que no te ha contado.

Natsuki chasqueó la lengua y cabeceó en señal afirmativa.

—Temo descubrir qué es, porque si se ha guardado esa baza para sí, tiene que ser muy grande. —Se giró de cara a su padre. No entendí el motivo, hasta que susurró—: Tan grande que no lo hayamos visto.

No hice preguntas, pero sabía, de primera mano, que aquella mirada significaba mucho más, que hablaban de sus dones intuitivos o como quisieran llamarlos, y también supe que no pensaba interferir en ese asunto.

—Voy a descubrirme delante de él —anunció Hana, y todos nos giramos para observarla con estupefacción.

—Pero, Hana... —Kaori se quedó a medias, sin saber qué decir.

Vi cómo Hana extendía su mano para sujetar la de Kaori con cariño, con un amor que traspasaba todo lo conocido, y Natsuki también fue testigo de ese gesto. Eiji permaneció sin moverse, contemplando la escena como si estuviese en otro plano que no fuera el nuestro.

—No voy a esconderme toda la vida. Ya no, *suki*. Además —no soltó la mano de su amada, pero sí que miró a Natsuki—, Haiden escapará. De una manera u otra, la baza de la que hablas es su vía de escape. Su fuga. Y tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Y qué pretendes que haga? —le preguntó su sobrina.

—No seré yo quien decida cómo debes emprender tu liderazgo, *misaki*.

Natsuki arrugó el rostro, contrariada por lo que había dado a entender.

—He pensado mucho en qué hacer y qué no, porque no quería herirte. Eres su madre y...

Hana se separó de Kaori, alcanzó la mano de mi tigresa y la tocó con dos golpecitos breves. Sonrió de manera suave y, tras un suspiro, añadió:

—Esto que voy a decirte es muy duro, *misaki*. Son mis hijos, pero unos hijos que jamás me quisieron porque vivieron al amparo y bajo las órdenes de su padre. Todo lo que han aprendido es el dolor y la venganza. De hecho, si Haiden se encuentra subyugado, es porque sabe que su vía eres tú, que no le queda nadie más, o que quiere llevaros a todos a la boca del lobo. —Fruncí el ceño al pensar en la segunda posibilidad—. Ten cuidado, Natsuki, y no mires la cara de nadie por sobrevivir. Aunque me duela, lo superaré.

Sin argumentar nada más, Hana la soltó, dio media vuelta y salió de la cocina sin hacer ruido. Kaori la siguió, en dirección a la vivienda de Chiyo, y en la estancia solo nos quedamos Eiji, ella y yo. Hubo un silencio perturbador, interrumpido únicamente por el sonido de las ramas de los árboles o por los golpes retomados de la caña de bambú de Aleshka.

De repente, sin esperarlo, Eiji cogió mucho aire y se sobresaltó, asustando a su hija y dejándome estupefacto a mí. ¿Qué le había sucedido?

—*Chichiue*, ¿te encuentras bien? —le preguntó exaltada Natsuki.

El *miko* la miró con fijeza, y aquel ojo negro me pareció más pardo que de costumbre. Tocó una de sus manos, la palmeó con suavidad y la advirtió:

—Id preparados. Lo que os espera en Tokio... Lo que os espera en Tokio

no tiene nombre, Natsuki-chan.

17

Nunca digas nunca

Eiji se había empeñado en acompañarnos, y pese a la cantidad de veces que Natsuki le había preguntado el motivo, él se había negado en rotundo a contarle qué había visto en esas visiones que tanto lo caracterizaban. A mí me dio miedo, para qué íbamos a engañarnos, por lo que sellé la boca y no hice ni un simple comentario.

La noche había penetrado con una capa de lluvia fina que nos mojó lo suficiente cuando llegamos a la capital de Oriente, después de haber organizado un plan milimétrico si queríamos partir al día siguiente hacia Londres, donde se encontraba el resto de la plantilla.

Elevé el mentón, recorriendo con los ojos las incontables plantas de un edificio que daba vértigo mirar desde abajo, muy cerca de la famosa Torre de Tokio, la cual dominaba la metrópolis desde 1958. La semejanza con la Torre Eiffel de París era increíble, aunque más lo eran sus tonos rojizos, los cuales resaltaban sobre el resto de los rascacielos.

La capital de Japón derrochaba colorines en los enormes carteles publicitarios, los transeúntes se apelotonaban en las calles pareciendo hormigas y el sonido de los vehículos acelerados resonaba por cada esquina. Miré hacia atrás sin saber el motivo. Tal vez andaba buscando un indicio, o tal vez empezaba a dejarme llevar más por ese instinto que todos poseíamos y del que Natsuki hablaba tanto: la intuición.

En lo referente a esas cosas, era un Tiziano en mujer. Sin embargo, la sorpresa me sacudió cuando, al fijarme en la aglomeración de personas, una se distinguió por encima de todas. Su constitución era delgada, de un metro setenta quizá, y estaba cubierta por una ropa oscura elástica. Me refería a ella en femenino porque, desde esos metros que nos separaban, vaticiné que era una mujer.

La puerta del edificio se abrió justo cuando aparté la mirada. Eso fue suficiente para que aquella persona desapareciese del mogollón, como si hubiese sido un espectro. Barrí con la vista la zona sin moverme del sitio, todavía con el pálpito de que se había colocado de manera estratégica ahí para que la viese.

Apreté mi rifle en el costado cuando el pinganillo de la oreja pitó y una voz me informó:

—Esto ya está conectado, principito.

—Romeo... —gruñí, y escuché cómo le daba una calada a un cigarro.

—¡Vale, vale! Que solo se lo tienes permitido a Tiziano. Recuerda que si no llega a ser por mí, no habrías establecido lazos carnales con la japo. Qué poético me ha quedado eso, ¿a que sí?

Sonreí y avancé detrás del pelotón. Haiden iba apresado de pies y manos, aunque el resto de la población lo viese. Chiyo y otro de sus hombres lo llevaban sujetado de los brazos; dos hombres del teniente iban a su espalda; Natsuki, tras ellos, y el señor Tanaka, a su lado, ahora con las muletas. Le había pillado el gusto; aunque, en mi opinión, estaba cogiendo demasiada carrerilla.

Los Sabello nos harían de apoyo logístico en la casa de Haiden, pues la información que encontrásemos sería la que le mandaríamos a ellos, ya que había pensado que la mejor opción para poder quitarnos de encima a la célula terrorista era pactando. Y el que pactaría sería Romeo para salvarnos el culo a todos. Necesitábamos a alguien con un poder de peso en el mundo. Y para aquel cometido, los mejores y más influyentes, sin duda, eran ellos.

—Eres un puto pesado. —Ese fue Piero, quien se encontraba con él, reemplazando a Enzo, que había desaparecido en sus negocios con Alessandro —. Arcadiy, mueve la lente un poco, que no enfoca bien.

Solté la mano del rifle que llevaba colgado en mi cuello y me metí parte de la yema de un dedo en el ojo, moviendo la lentilla lo suficiente para que se enfocase. «Riley y sus inventos», pensé. Mientras ejecutaba ese gesto, aprecié que los hombros de Natsuki se encontraban más tensos que de costumbre.

Durante todo el camino no había abierto la boca, pues en el mismo coche habíamos ido los cuatro, mientras que en tres vehículos externos nos habían acompañado los hombres del clan Tanaka, quienes rodearían el perímetro por si al japonés se le ocurría hacernos una encerrona, al igual que otra persona sorpresa aguardaba para entrar en acción en el caso de ser necesitada.

Me acerqué a ella con largas zancadas, atisbando que los ojos de Haiden se fijaban en nosotros. Veía su dolor, su angustia cada vez que mis manos la tocaban, cada vez que la miraba, y aquello acrecentaba con garra mis

acercamientos desinteresados con tal de joderlo.

—¿Alguna vez has pensado en tirarte de estos enormes edificios?

Mi tigresa sonrió por mi tono bromista y Haiden resopló. Chiyo continuaba en su plan de no mostrar emociones, muy al estilo Ryan, y Eiji aguantó la risa porque se le hincharon los mofletes un pelín.

El ascensor se abrió y accedimos.

—No es algo en lo que haya pensado, la verdad. Pero creo que nunca lo haré.

—Nunca digas nunca, mi *riidaa* —solté con socarronería, ganándome una mirada aniquiladora por parte del japonés enemigo—. Tiene que ser muy emocionante, más que habernos tirado de una avioneta verde robada.

Rio con ganas y negó con la cabeza, supuse que tratando de destensar el ambiente, aunque llevásemos a un capullo a quien me apetecía lanzar mil veces por uno de los ventanales. Así se lo hice saber, por supuesto:

—Si quieres, podemos probar contigo, Haiden. Sin ataduras tiene más adrenalina.

Sus dientes se apretaron; pude verlo desde la distancia mientras subíamos las incontables plantas de la construcción. Por supuesto, no contestó. Si Riley hubiese estado conmigo, habría dicho algo como que los chinos esos eran unos amargados y siempre estaban con el palo de la escoba metido en el culo. Sonreí al recordarlo cuando una corriente de aire frío me alcanzó el brazo izquierdo.

Eiji me observó, yo lo dejé estar, y alguien me acompañó al otro lado de la línea, pese a saber que todos lo oíamos:

—¡Que lo tire! ¡Que lo tire! ¡Que lo tire! —Las palmas fueron el acompañamiento del tono cantarín de Romeo.

—Te doy tres mil euros si lo haces —añadió Piero, para mi estupefacción.

Piero era uno de los hombres roca de los Sabello, y jamás, jamás de los jamases, lo había visto bromear ni mostrar una mínima emoción.

—Rácano —añadí, contemplando que Eiji sonreía.

El maldito bloque no terminaba, o a mí estaba haciéndoseme interminable.

—Diez mil si le haces un corte para que vaya desangrándose en la caída. —El tono de voz de Claudio hijo me sobresaltó, pues no lo esperaba allí.

El pitido del ascensor se escuchó justo cuando me imaginaba al sucesor de los Sabello entrando en la sala donde tenían el equipo, ajustándose la chaqueta con galantería y paso firme. Cabeceé hacia Haiden, indicándole que podía ser el primero en avanzar. Me contempló con ojos fulminantes, aun así, lo ignoré y esperé hasta que mi tigresa adelantó el paso. La detuve del antebrazo y me observó.

—Dentro —informó Piero, indicando que habían accedido al sistema de seguridad.

Me llevé la mano a la oreja y tiré del cacharro para quitármelo, no sin antes escuchar de fondo a Romeo:

—¡No te lo quites, cojones!

Sin embargo, se me había olvidado que mi mujer lo llevaba todavía puesto. Igual que Eiji y Chiyo.

—¿Ocurre algo? —le pregunté. Viendo que no contestaba de inmediato, alcé una ceja como si eso fuese indicativo suficiente para que nuestra sinceridad aflorase por encima de las palabras.

Carraspeó; otro gesto que no había visto en exceso en ella, porque, pese a la apariencia calmada que siempre mostraba, yo sabía que algo en su cabeza no funcionaba bien. Parecía abatida, así que la solté y dejó ambos brazos en sus costados.

—No quiero estar aquí.

—No quieres estar aquí —repetí como un tonto, sin entender a qué se refería—. Pues vamos a coger lo que necesitamos, te llevas lo que quieras tuyo y...

Me interrumpió, asombrosamente:

—No quiero llevarme nada. Las pertenencias a las que les tengo aprecio están en Magome.

Tajante. Esa era la Natsuki que tenía delante. Sin embargo, aunque no tuviese la culpa de los recuerdos que la asaltaban al encontrarse allí, la comprendí. Puso mala cara, me dejó atrás y avanzó por el largo pasillo de moqueta azul, con muy poquitos adornos, hasta que llegamos a la entrada donde Haiden se disponía a colocar su mano en un lector dactilar que abriría la puerta de su amado hogar. La miré de reojo.

—Ese fue el primer jarrón que me estampó en la cabeza. —Incluso Haiden se irguió cuando Natsuki habló. Los demás guardamos silencio, pero todos nos tensamos—. Este pasillo —lo miró sin expresión en los ojos, y yo sabía que eso era muy malo porque guardabas veneno— lo he recorrido con la cabeza más de veinte veces. Esa puerta... —señaló ahora la que Haiden acababa de abrir. Cabeceó de manera afirmativa—. La primera vez que llegué aquí pensé que esa puerta me salvaría del monstruo, pero no.

Apreté la mandíbula, Eiji cerró los ojos y los apartó con dolor, y Haiden la contempló con... ¿arrepentimiento? No podía creerlo. No entraba en mis planes que ese hombre despreciable pretendiese recuperar a la mujer que había perdido sin tenerla. Me coloqué el pinganillo de mala manera, escuchando un silencio perturbador al otro lado de la línea, para lo que eran

los Sabello.

—Bien. —Decidí romper el momento como mejor sabía: siendo un bruto —. Pues con esta información, ahora mismo voy al coche, cojo la garrafa de gasolina que tengo en el maletero y le prendo fuego al rascacielos entero. —Elevé mi dedo índice y señalé a Haiden—. A ti puedo darte una paliza antes de que eso ocurra, porque por supuesto debes quedarte en casa para quemarte vivo.

Mi tigresa me miró, y dentro de aquella profunda mirada encontré el amor que me tenía. Encontré lo mucho que les había agradecido a sus dioses que yo hubiese sido el elegido, como ella lo llamaba. Cuántas cosas nos quedaban por vivir y cuántas ganas tenía de demostrarle que estaría dispuesto a todo por ella.

No me lo pensé, estiré mi mano derecha, alcancé su cintura y la atraje hacia mi pecho, sintiéndome observado por los siete que estábamos allí. Tanto Chiyo como sus hombres apartaron la mirada, y Eiji también. Sin embargo, el cabronazo de Haiden no lo hizo, fustigándose con su propio sufrimiento.

Me llevé la mano libre al corazón.

—Te prometo por tus dioses y por los míos que cuando esto acabe vamos a recorrer el mundo y voy a hacer que borres esos años de tu vida.

Apretó los labios, y en esa mueca atisbé que aguantaba un nudo en la garganta. Ese nudo fue el mismo que ocasionó que sus ojos brillasen, con lágrimas contenidas.

—¿Me lo juras por tu honor?

—Ay, Dios mío... —Ese susurro agónico fue producto de la boca de Romeo—. Yo le habría abierto la cabeza con un bate ya.

—Cierra la puta boca de maruja que tienes —le espetó Claudio.

—Tú lo que quieres es enterarte bien, anda, pillín.

Aguanté la risa, al igual que mi tigresa, por la respuesta de Romeo. Aquella panda era inaguantable. Nuestras miradas se dijeron mucho más de lo que pensaban, y casi sin darme cuenta me aproximé a ella hasta que rocé sus labios. Olía a tensión por el hombre que permanecía pegado a la puerta, pero a mí me importó una mierda. Como si quería reventar.

—Te lo juro por mi honor y por mi madre si hace falta.

La besé con devoción, con verdadera adoración y con ganas de borrarle la tensión acumulada por haber puesto un simple pie allí, por tener que haber acudido a su antiguo hogar, donde jamás pensó que regresaría.

Cuando me separé, no dudé en acercarme a su oído y susurrarle, para que nadie se enterase:

—Quiero ver a ese señor de ciento cincuenta años que te caracteriza.

Sonrió en silencio, y tras un breve guiño que le dediqué, entramos en un ostentoso y enorme espacio desde el que veías la gran ciudad de Tokio. Los ventanales daban vértigo, la decoración era minimalista, como en la gran mayoría de las viviendas de Japón, y se notaba que el apartamento era más grande de lo que en un momento pensé.

—Tenemos que ir a mi despacho —añadió Haiden con la voz áspera.

Me acerqué a él con pasos cortos, mirándolo con fijeza. Él no apartó sus rasgados ojos de los míos, y cuando llegué a su altura le propiné un golpe con el cañón del rifle.

—Tú primero.

De nuevo, la nuca se me erizó, como si fuese mi propio Riley el que estuviese avisándome de algo que no había visto, y fue entonces cuando me percaté de que una de las ventanas del amplio recibidor se encontraba abierta. Desvié mi atención a Eiji, quien ya tenía el ceño fruncido, habiéndose dado cuenta de ese detalle también.

—Chiyo, envía a unos cuantos hombres para hacer un barrido del edificio —le ordené—. Romeo, revisa los vídeos de las cámaras de hace un par de horas. —Los ojos de Haiden se clavaron en mí, acusadores—. Tenemos visita.

No lo mostró, pero yo sabía muy bien que la sorpresa había formado parte del hermano del Guatayo. Me llevé una mano a la parte trasera del pantalón, saqué uno de los cuchillos de caza que llevaba, avancé con rapidez y le coloqué el arma a Haiden en el cuello.

La voz de Natsuki fue la que gobernó el momento, sin necesidad de que despegase los labios:

—¿Quién hay detrás de ti, Haiden?

Apreté el cuchillo en su garganta.

—Nadie. Te he dicho la verdad, y pienso ayudarte hasta el final, Natsuki.

La nombrada comenzó a andar por el salón tal y como le había pedido, con las manos a la espalda. Enfocó los ojos en la ventana, con una pregunta muda formándose en ellos. Haiden desvió su atención al mismo punto, y al ver que no contestaba, no me resistí y le arreé un porrazo en las costillas. Se quejó de dolor. Supe que no era fingido, pues ya llevaba dos días sin comer, y la falta de alimento deterioraba a cualquiera.

—¿Y te has dejado la ventana así para que haya ventilación?

Después de mi pregunta, reparé en que Eiji se había mantenido al margen, como si no estuviese allí, y me sorprendió encontrarlo con la vista clavada en el pasillo que supuestamente daba al despacho de Haiden.

Natsuki también inspeccionó a su padre, habiéndolo dejado por imposible. No le había vuelto a preguntar más, y a mí me escamaba que no quisiese

contarnos su visión.

—He visto a una mujer en la calle. —Las palabras de mi tigresa rebotaron por la sala. No me asombré de que ella se hubiese percatado de eso también —. ¿Quién era y por qué está aquí?

Inmediatamente, mi mente se fue a Hana, pensando que podría ser una posibilidad entre un millón que desconociésemos. Ella misma le había dicho a su sobrina que usase la baza de su supervivencia cuando más le interesara, reservándose para el momento en el que a Natsuki le hiciera falta, pero... ¿podría jugársela?

Lo que ninguno sabíamos es que ese momento iba a llegar en menos de una hora.

—No sé de quién me hablas.

La respuesta tajante de Haiden no nos pilló por sorpresa a ninguno. Tampoco hizo falta que Natsuki me lo indicase, pues un breve vistazo entre los dos fue suficiente para hacerme saber que podía ir al despacho, y que fuera lo que sus dioses quisiesen.

Sin embargo, cuando avanzamos unos centímetros, con Haiden sujetado de malas formas por la camiseta, el torrente de voz de Eiji nos detuvo:

—¿Dónde está?

Todos observamos a Eiji. ¿Dónde estaba quién? ¿Sería Hana nuestra traidora?

—¿A quién quieres encontrar, Eiji Tanaka? —inquirió con tonito de suficiencia.

El *miko* apretó las muletas con fuerza, como si al tío no estuviese costándole una vida mantenerse tanto tiempo de pie. Comprendía su duro entrenamiento, pero también era consciente de que necesitaba su tiempo y un reposo que no estaba dándose, como Kaori; otra que se había tomado a la ligera su recuperación, según ella, porque su hija la necesitaba más que nunca.

—No juegues conmigo, Haiden. Porque yo sí podría jugar todo lo que quisiese contigo.

«Mmm...». ¿Se refería a que podría jugar con saber que su madre estaba viva? Me había perdido, y mi mirada en dirección a Natsuki lo demostró.

—Alguien está... ¡Me cago en la puta! ¡¡Piero!! —La voz de Romeo me sobresaltó, porque había dado hasta por olvidado que todavía estaban al otro lado de la línea—. ¡¡Arcadiy, a cubierto!! ¡¡A cubierto!!

—¡Alguien sube por la fachada! —Ese fue Claudio, alertado.

Me dieron ganas de borrar la sonrisa petulante del hombre que llevaba apresado. Sin embargo, no tuve tiempo de reacción para responderle a Romeo ni a Claudio ni para predecir la que se avecinaba.

—Ya te he dicho que no voy a jugar con nadie, Eiji. —Miró a Natsuki—. Pero a lo mejor tienes alguna cuenta pendiente que saldar, *sukoshi*.

Fui a darle un puñetazo en la boca cuando un cacharro sobrevoló nuestras cabezas, se estampó en el suelo y una nube de humo gris comenzó a salir de él. Empujé al cabronazo que, con seguridad, sabría que no estábamos solos mientras escuchaba a Natsuki buscar auxilio para su padre:

—*Chichiue! Chichiue!*

Pero ni *chichiue* ni hostias, porque Eiji se encontraba de pie, en la misma posición y sin importarle que el humo llenase sus pulmones, mirando a Haiden. Tras eso, sus ojos se enfocaron en la ventana por la que un aluvión de personas comenzó a entrar en el recibidor como si fuesen una plaga.

—¡Necesitamos refuerzos! ¡Equipo dos, refuerzos! —vociferó Chiyo, enfrentándose al primero.

Le di una patada a Haiden, instante en el que escuché los sais de Natsuki salir de sus mangas y elevarse en el aire. Al mismo tiempo, comencé a ver a personas volando. La nube no me permitió discernir con claridad quién había delante de mí, y eso provocó que una patada certera llegase a mi boca.

—¡A la derecha! ¡A la derecha, Arcadiy! —me gritó Romeo.

—Subiendo el equipo dos —comentó Piero con un poco de urgencia en el tono.

Llevé una mano a lo que había justo enfrente y noté en las yemas de mis dedos que había apresado el tobillo fino de alguien. No era de un hombre, y cuando tiré de él hacia mí, distinguí el atuendo de la persona que había visto en la calle. No se entretuvo en golpear e intentar matarme, pues lo que verdaderamente le importaba era el tío que tenía a mi espalda, en el suelo. La pierna libre de la persona que me había golpeado a la primera de cambio voló por encima de la que le tenía sujetada y me tambaleé hacia atrás. A la vez, Haiden aprovechó ese momento y me dio una patada en el tobillo para que cayese de espaldas.

Extendí un brazo cuando vi que la persona de negro se lo llevaba y lo agarré con saña de la camiseta, rajándosela. Apreté la mandíbula con fiereza y lo apresé, negándome a que se marchara de rositas.

—¡¡¡Natsuki!!! —la llamé dejándome los pulmones, aunque todavía la escuchaba pelear con garra—. ¡¿Adónde crees que vas, mamonazo?!

Moví la pierna izquierda con brío, golpeé el pecho de Haiden para que no escapase y me dieron ganas de pegarle un tiro en la cabeza por embustero. La que intentaba llevárselo se tiró sobre mí, tratando de apartarlo, por lo que tuve que armarme de paciencia y de fuerza para poder sostenerlos a los dos. Rugí como un animal al ver que Chiyo se abalanzaba para ayudar a Natsuki, en

medio de aquella capa blanquecina que se desvanecía poco a poco.

—¡¿Así es como pretendes que confiemos en ti?! —bramé.

—¡Suéltame! ¡Idiota! —me dijo, y eso me puso como una moto.

Apreté los dientes, gruñí y me impulsé hasta poder sujetarlo del cuello mientras la otra persona se afanaba en saltar sobre mi espalda para tratar de asfixiarme. Llevé mi mano derecha a su antebrazo y lo golpeé con saña varias veces, y todo aquello sucedió mientras apresaba a Haiden hasta casi arrancarle la piel. Menuda cadena habíamos montado.

—¡¡Suéltame, puta!! —bramé. Pude atisbar el reflejo de asombro en los ojos de Haiden. Sonreí, porque eso significaba que él sabía muy bien quién era la persona que forcejeaba conmigo.

Haiden gritó algo en japonés que no entendí, pero debido al tono desesperado quise pensar que era algo así como que se marchase, pues las personas que habían entrado en el apartamento estaban muriendo. A lo lejos identifiqué la figura de mi tigresa dando patadas voladoras al aire, lanzando sais que luego recogía y sacándose todas las armas que su finústico cuerpo escondía. Nuestros ojos se encontraron durante unos nanosegundos, los suficientes para que corriera en mi dirección, esquivando a los pocos que quedaban del bando contrario.

Tuve un instante de reacción antes de que Natsuki llegase para quitarme a la garrapata que se había pegado a mi espalda. Solté al japonés enemigo, me llevé una mano a la cinturilla del pantalón y agarré otro de los cuchillos. Lo extendí con celeridad hacia atrás, punzando el costado de mi insecto. Ahí descubrí por el quejido que, como pensaba, era una mujer.

Sonreí victorioso. Todo ocurrió a una velocidad de vértigo, pues Natsuki se tiró con un grito de guerra mordaz sobre la tipa, la lanzó al suelo y sacó todo su arsenal japonés para atacar. Me fijé solo un instante, el justo para verla como un águila en el suelo a punto de saltar sobre su presa.

—¡¿Quién eres?! ¡Descúbrete o muere! —le exigió mi japo con un tono que me puso a mil.

La competidora blandió la catana en el aire con una maestría que me asustó, retándola, y volví a la realidad cuando escuché decir a Romeo, de quien me había olvidado, al otro lado de la línea:

—¡¡Que se te escapa el hermano del Guatayo!! ¡¡Que se escapa!!

Rugí, me levanté veloz y corrí a trompicones hasta que lo alcancé del tobillo. Mis ojos buscaron con desesperación a Eiji, pues no había reparado en sus reducidas capacidades ni una sola vez. Me maldije por no haberlo protegido y haberlo dejado a su suerte.

—¡Ven aquí! —vociferé con sobresfuerzo.

—¡¡A cubierto!! —nos indicó Piero con tono alarmista.

El *miko* estaba sin ningún miedo, con un rifle en la mano y apoyado en una de las columnas, disparando a todo aquel que se acercaba. No dudó en lanzarse al suelo tras el berrido de Piero, lo que indicaba que llegaban los refuerzos. Y por extraño que pareciese, no acabábamos con los enemigos restantes.

La puerta de entrada al apartamento explosionó. Me llevé las manos a la cabeza, soltando a Haiden, y este también se aseguró de cubrirse como pudo. Cuando la polvareda de humo se disipó lo suficiente para que pudiésemos ver, busqué a Natsuki lo primero, quien continuaba peleando como una fiera con la tiparraca, sin importarle que casi saltásemos por los aires. Después encontré a Chiyo degollando con su catana a alguien, y a Eiji detrás del mueble del recibidor, en el suelo.

—¡¡Amigos!!

Reí como un desquiciado, me tumbé bocarriba sabiendo que Haiden no tenía escapatoria y no me di ni dos segundos para levantarme en busca de Eiji, creyendo tal vez que Natsuki acabaría con la pelea, la cual estaba durando demasiado para mi gusto.

Un tío vestido con un traje burdeos con ribetes blancos me tendió la mano. Tenía hasta puntilla en los bordes. Negué con la cabeza, me levanté y vi que dos de sus hombres retenían a Haiden.

—Un momento —le pedí. Me giré y le aticé un puñetazo en la boca al cabrón que casi lo desarmó por fascículos—. ¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté a Angelo.

—¡Oh! Disculpa, se me olvidaba que vivo por y para tus cosas —ironizó —. ¿Dónde está la información?

Moví los hombros dándole a entender que no lo sabía pero que el japonés sí. Asintió, y sin delicadeza movió el cuello y les indicó a sus hombres que se lo llevasen hasta ese punto. Nuestro golpe de suerte había sido que Angelo no se había marchado a Italia, como habían establecido desde un primer momento, lo que nos había dado un margen para tener un equipo de rescate en caso de necesitarlo. Yo no era conocedor de su paradero, pero los Sabello sí.

—¿Hoy vas de conde Drácula? —inquirí con cierta burla. Era insostenible.

Angelo me observó por encima de sus pestañas, con caras incomprensibles, y añadió con tonito:

—Sabes que he tenido que entrar porque casi te matan, ¿verdad? ¿La categoría de asesino la ganaste en una tómbola?

Reí, viendo de soslayo que Chiyo conseguía reducir a la contrincante de Natsuki. Deseoso por descubrir de quién se trataba y cómo era posible que a

Haiden le quedasen todavía apoyos, me acerqué a un Eiji descompuesto cuando su hija elevó la catana en el aire, dispuesta a cortarle la cabeza a la mujer que la mantenía cubierta por una tela negra hasta los ojos. Sin embargo, la espada de Natsuki cayó a plomo al suelo, y lo siguiente que escuché fue el berrido de Eiji desde la distancia:

—¡¡Detente!!

18

Ríete de la muerte

Natsuki Tanaka

Me tambaleé hacia atrás, notando que el cuerpo se me aflojaba y la catana rebotaba contra el mármol. No había visto su semblante, sin embargo, aquellos ojos grises con puntitos amarillos sí sabía de quién eran. A quién pertenecía esa mirada de otro mundo. Sentí una presión en el cuello que me asfixió, viendo de soslayo cómo mi padre aligeraba para llegar a nosotras. Arcadiy iba a trote detrás de él, sin saber qué ocurría.

Yo tampoco lo hacía.

—¡Descúbrete! —le ordené, aunque no me hacía falta, porque no había nadie en el mundo que tuviese esos ojos.

Mi *chichiue* se detuvo a un paso de mí, la observó con pasmoso asombro y yo temí que hiciese una tontería, que no obedeciese o que alguien disparase sin pensar. Mi mano derecha subió hasta quedarse a la mitad de mi cuerpo, solicitando un alto el fuego a todos los hombres que se encontraban allí. Ella vio mi gesto, movió los pies como una experta bailarina y entonces me percaté de que el ventanal abierto estaba a su alcance. Negué con la cabeza.

—No lo hagas. —La profunda voz de mi padre la paralizó solo un segundo, pues al instante retomó su marcha, sin quitarnos los ojos de encima.

—¡Suelta las armas y entrégate, o te pego un tiro! —vociferó Arcadiy, rifle en alto.

—¡¡No!! —grité, dando un paso a la izquierda para detenerlo.

Sin embargo, la mujer fue más rápida: lanzó su catana en dirección a mi marido y casi no tuve tiempo de abalanzarme sobre él para derribarlo.

—¡¡Espera!! —Mi padre se dejó la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Había elevado la cabeza, una vez en el suelo y sobre el cuerpo de Arcadiy. Se me cortó el aire, aunque aparté mis pensamientos con rapidez cuando ella

saltó por el ventanal y desapareció de allí como un fantasma.

—Te ha cortado...

Me aparté de las manos de Arcadiy con una agilidad pasmosa, me levanté de un salto y corrí todo lo que me dieron las piernas, obviando el semblante abatido de Haiden, el cual no comprendí ni quise comprender.

—¡¡Natsuki, no!! —Mi padre me llamó con opresión en la voz.

—¡¡Natsuki!! ¡¡Natsuki!! —Ese fue mi marido, pero lo ignoré también.

Los oídos me pitaban, las manos me temblaban, y el corazón me latía tan frenético que no fui capaz de controlarlo mientras descendía las escaleras de cuatro en cuatro, saltando algunos tramos, al borde de partirme la cabeza.

—¡Decidme si la veis! ¡Romeo! ¡Decidme si la veis! —les pedí con exaltación.

—Está bajando por el edificio, por las... cristaleras —añadió Piero, intuí que asombrado.

—¿Me da tiempo?

Salté, salté y salté. Corrí, corrí y corrí, dejándome la respiración en la planta de los pies, sin controlarla, sin sentirla, pues solo quería llegar, alcanzarla.

—No... No lo sé, japo —dudó Romeo—. No he visto a nadie en mi vida escalar un rascacielos. ¿Qué te digo?

No dudaba de que alguna sujeción debía tener, aunque no era una de mis prioridades a preguntar cuando la tuviese delante, pero lo que sí sabía a ciencia cierta era que tenía que alcanzarla como fuera. Eso era. Esa era la visión que mi padre había tenido, y ahora entendía que no quisiese habérmela dicho. ¡Era de locos!

«Corre», me dijo mi mente, sin comprensión alguna, porque si ella bajaba con una cuerda, era lógico que llegaría antes que yo, e iba a ser imposible acercarme sin perderla de vista entre todo el tumulto de gente.

Cogía la escalera treinta y tres, y tal vez fuese el número lo que me dio suerte, pues Arcadiy se encontraba saliendo del ascensor con el semblante descompuesto, creí que por mi huida.

—¡¡Espera!! —me pidió con las manos en alto. Angelo estaba a su lado.

El frenazo me supuso casi una torcedura de tobillo de lo rápido que iba. A punto estuve de continuar sin hacerle caso, porque cada segundo que transcurría era una posibilidad menos de alcanzarla.

—No podemos saltar por la ventana porque te matarías, ¡y yo no sé cómo esa tía está trepando un puto rascacielos! —espetó de carrerilla, desesperado—. Pero Angelo ha tenido una idea y puedes llegar antes.

El italiano tendió una mano hacia el interior, como si estuviese

invitándome a una actuación de teatro, así que no lo medité y le hice caso, entrando en el ascensor que, previamente, ya tenía el cajón de mantenimiento abierto, con los cables fuera y una palanca grande y roja a la vista. Cabía destacar que el ascensor era de cristal, por lo que para las personas con vértigo no era muy apropiado.

—Anonadado me hallo entre esa señora y tú saltando escaleras.

—¡¡Angelo!! —bramamos los dos al unísono.

—*Bene, bene*[5]*!* —Elevó las manos al aire—. Podemos bajar a la velocidad de la luz, peeerooo...

Arcadiy se colocó delante de mí, pulsó el botón de cierre de puertas con celeridad y terminó diciendo:

—Si cortamos los cables, llegaremos en unos segundos a la primera planta, aunque corremos el riesgo de que la palanca no reaccione bien cuando vayamos a frenar, o es posible que frenemos a destiempo y nos estampemos.

—Todos nuestros sesos repartidos por tu antiguo portal, japo —dramatizó Angelo.

Mi griego me sostuvo de los hombros, los apretó y, de nuevo, volvió a proclamarse el rey, dueño y señor de mi vida cuando inquirió, sin pedir explicaciones:

—¿Vale la pena, mi *riidaa*?

Tragué saliva, paralizada, tal vez sin meditar bien las consecuencias de lo que acababa de preguntarme. De que podríamos matarnos.

Y asentí.

Sin más, asentí queda, con los ojos brillantes y las esperanzas puestas en que esa palanca funcionase.

—¡¡Nooo!! ¡¡Arcadiy, no!! ¡¡Natsuki!!

El alarido descompuesto de mi padre por el pinganillo me confirmó que ambos habían salido al trote del apartamento. Arcadiy tragó saliva, asintió, con los ojos muy abiertos, soltó algún que otro improperio, buscó a Angelo y cabeceó de nuevo. El italiano se persignó.

—*Dio, salvame!*

—Rézale a la Virgen también —le dijo mi griego, y me miró—. ¡Sujétate!

Tiró de los cables, sin decir ni media palabra más, y fue en ese instante en el que casi me desmayé, cuando la adrenalina subió por mi barriga, se extendió por mi figura y me aferré al cuerpo de mi hombre con pavor.

—¡¡Vamos a moriiir!! ¡¡Me cago en la puta boca que tengo!! ¡¡Vamos a moriiir!! ¡Si yo nunca ayudo a nadie! —se quejó; lloriqueo fingido incluido—. ¡¡Vamos a moriiir!! —gritó el italiano, dejándose la voz.

Busqué a Arcadiy, quien me había cubierto con su cuerpo. Mantenía la

mandíbula apretada como un titán y rodeaba mis hombros con el brazo izquierdo, sin rozarme la herida que me había provocado el lanzamiento de la catana. Permaneció con los ojos fijos en las plantas según descendíamos a una velocidad imposible; la velocidad propia de un ascensor sin frenos. La mano que tenía libre la había apoyado en el cristal, muy cerca de la palanca roja, mientras que sus pies se habían anclado con firmeza al suelo, separados ligeramente para hacer presión. Angelo estaba sujetado a la barandilla de metal, agachado, con las piernas flexionadas y los ojos cerrados, como los había tenido yo antes. Al otro lado de la línea no se escuchaba un alma, por lo que intuí que todos estaban a la espera de saber si nos matábamos o no.

«Por favor, dioses...», les rogué cuando vi la mano de Arcadiy moverse hacia la palanca con sobresfuerzo debido a la celeridad.

—¡¡Agarraos!! —rugió.

Me aferré a él con más vigor, ahora sosteniendo su cuerpo con mis manos entrelazadas en su cintura con fuerza.

El viento ululó con un impresionante chirrido que sacudió todo el rascacielos, perforándonos los oídos al mismo tiempo que nos golpeaba con violencia, seguido del frenazo. Con miedo, aparté los ojos del pecho de Arcadiy, descubriendo que estábamos a una sola planta y que el cubículo se había detenido.

Mi griego soltó el aire contenido a la vez que muchos soplidos cargados de tensión se escuchaban por el pinganillo. Presionó el botón de emergencia, el cual abrió las puertas, y me urgió:

—¡Corre, mi *riidaa*!

Lo besé con candor, me separé para mirarlo y musité antes de salir a toda prisa:

—Te amo, mi griego.

Y corrí.

Corrí tanto que, en la siguiente escalera que me faltaba para llegar a la calle, los escalones me parecieron invisibles por los saltos, aún con las piernas temblando debido a la tensión acumulada en el ascensor. Los labios me cosquilleaban por el fugaz contacto que habían tenido con los de Arcadiy, y esa sensación de plenitud, de poder decirle a alguien que lo amabas a viva voz, me llenó el pecho.

Atravesé la puerta de acceso con un empujón bestial, casi a punto de estamparme contra ella. El pinganillo tomó vida por segunda vez en menos de unos segundos, con Piero al mando:

—Acaba de tomar la calle del medio. Se dirige al frente, Natsuki. Si te das prisa, es posible que la cojas.

Y aunque las piernas me fallaban por todo lo sucedido, me obligué a que no quedase en saco roto lo que había ocurrido desde que pusimos un pie en la capital. Aparté a la gente con bruscos movimientos, disculpándome cuando los pulmones me lo permitieron, mientras buscaba por encima de las cabezas de los transeúntes la que quería encontrar. Y la vi.

A lo lejos, corría despavorida, mirando hacia atrás de vez en cuando para saber si la alcanzaba o no. Aguanté la respiración, pensando en cuál sería la mejor solución para llegar antes, y sin meditarlo desvié mi carrera a la izquierda, me colé en la acera de los negocios, me subí en uno de los coches aparcados en un lateral y comencé a saltar por encima de ellos con una maestría indómita.

—La hostia puta... —murmuró Romeo, supuse que ojiplático.

Ella se giró y me localizó.

—Ya te tengo... —musité exhausta, aunque alegre porque conseguiría saltar sobre ella en segundos.

La gente comenzó a gritar, alucinando por ver a una tarada moverse sobre los coches, y no me paré a pensar que la policía estaría allí antes de que nos diésemos cuenta. La voz de Arcadiy me hizo sonreír:

—Siguiendo al saltamontes negro.

«Uno, dos, tres...». Salté. Salté a la derecha sin pensar en las posibles consecuencias de fallar en mi impulso y partirme las piernas en el intento. Pero no, me salió a la perfección. Las botas militares resonaron sobre el asfalto, hice una voltereta en el suelo y alcancé su tobillo. Conseguí desestabilizarla y cayó al suelo de boca. No le di tiempo a que me golpease o hiciese alguna llave para escaparse de mí, porque la monumental pelea que habíamos tenido en el apartamento me había demostrado el adiestramiento al que había estado sometida, y esa manera de luchar la conocía muy bien porque era la de mi tío Ayari.

—¡¡Quieta!! —grité, sintiéndome observada por todo el mundo—. ¡Deja de forcejear!

Mi petición se quedó en el aire cuando sus piernas se alzaron por detrás. Como esperaba, me sujetó con una llave complicada y las tornas cambiaron, ocasionando que fuese yo la que quedase en el suelo. Pero lo que ella no sabía era que un rubio de casi dos metros de altura estaba apuntándola por detrás, justo en la coronilla.

—¡¡No te muevas!! —le gritó enajenado.

Temí que le disparase, y mi mirada se lo advirtió. No hicieron falta palabras, como siempre, porque lo captó al vuelo mientras ella elevaba las manos al cielo, sin apartar sus impresionantes ojos de mí.

—Solo quiero hablar contigo —tercié, intentando transmitirle confianza.

No pude ver sus facciones, pero se habían endurecido porque sus oscuros iris tornaron su mirada en una endiablada.

—¿Vas a permitir que el asesino de tu tío Ayari me asesine a mí también?

El tono marcado, rudo, tan parecido al nuestro, tan irreal... La piel se me puso de gallina de manera inevitable.

—No va a matarte —le aseguré.

Arcadiy presionó más la pistola en su coronilla cuando se movió.

—No lo tengo muy claro —ironizó—. ¿Por qué estás trabajando con él? Os matará a todos.

Me tragué el nudo de emociones, porque parecía que no le importaba que acabásemos de reencontrarnos.

—¿Para quién trabajas tú? —le preguntó alterado mi griego.

—Porque es mi marido —le contesté casi a la vez.

Se sorprendió, y justo cuando pensaba retenerla, alguien irrumpió en el lugar a la espalda de Arcadiy. Su nombre en los labios de mi padre casi me provocó un infarto:

—Sakura.

«Está viva», me repetí mentalmente, como un mantra en la cabeza, sin dejar de mirarla. Deseé con todas mis fuerzas quitarle la tela que cubría casi toda su cara, verle el rostro al completo, abrazarla, sentirla...

Sin embargo, su tono mortífero me lo impidió:

—*Chichiue*... —Se giró para mirarlo, aún con las manos en alto. Se levantó, con el rostro endiablado, y yo me arrastré para quedarme al lado de ella. Sus palabras me resultaron un veneno letal inapropiado—: Veo que la vida te ha sonreído. Unas piernas nuevas, a tu mujer viva y a tu hija convertida en una auténtica samurái. Estarás orgulloso de tus logros.

Su tono ponzoñoso me erizó la piel. Miré a Arcadiy de reojo, quien no apartaba el arma de ella.

—Ahora tengo a mi hija también —anunció él con seriedad.

—¿Me has visto? —cuestionó ella, y mi *chichiue* asintió—. ¿Has visto cómo acabaré con todos vosotros, entonces?

Mi cuerpo se tensó al oír esa amenaza de sus labios. «Ya no la conoces. Ya no es ella», me dijo mi mente, sin opción a equivocación, porque no, no la conocía.

—Sakura... —musité, dolida por sus palabras.

Sus ojos se fijaron en los míos con odio.

—¿Qué, Natsuki? Toda la vida has sido tú. Yo ya no tengo familia.

Abrí la boca para reprocharle que eso no era cierto, pese a que teníamos un

público bastante amplio a nuestro alrededor. De hecho, Arcadiy llamaba en exceso la atención con la pistola en alto.

—¡Tú estabas muerta! —bramó mi padre acelerado.

—¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo y habláis? —inquirió mi griego, sin fiarse de bajar el arma.

A lo lejos atisbé las luces de la policía; algo previsible con el escándalo que habíamos organizado. Sakura no respondió. Me la imaginé con los labios apretados, sin saber qué decidir.

Mi hermana estaba viva. ¿Cómo era posible? ¿Cómo, si la habíamos enterrado nosotros mismos? No recordaba con exactitud aquel *soshiki* con tan solo cinco años, pero sí que era uno de mis recuerdos traumáticos. De esos que se quedan grabados a fuego y jamás olvidas. De hecho, durante todos los agostos desde entonces, habíamos honrado su memoria con el *Obon*. Aquella conmemoración se llevaba a cabo con la preparación de cada casa, y en ellas resaltaban los farolillos que se encendían para indicarle el camino al difunto.

—Yo no quiero hablar, y vais a tener un problema muy grande. —Cabeceó hacia los policías, que ya se acercaban a nosotros.

—Guarda la pistola, Arcadiy —le pedí antes de que lo viesen, pero la gente ya había indicado que portaba un arma.

—No tenemos tiempo —me informó él, metiéndosela en la cinturilla del pantalón.

—Sakura-chan... —murmuró mi padre con un dolor indescriptible.

El alma se me resquebrajó. No había más lugar en su corazón para el sufrimiento. No lo había.

Supe lo que sucedería, al igual que mi padre, quien se giró como si no hubiese ocurrido nada y caminó, apoyado en las muletas, en dirección al rascacielos en el que habíamos dejado a Haiden. El dolor apareció en los ojos de mi hermana, y tuve la esperanza de que recapacitase, aunque supiese que no sería en ese momento.

Vi el asentimiento de Arcadiy, intuí que por algo que le habría dicho mi padre sin que yo me diese cuenta. Lo siguiente que noté fue su enorme mano envolviendo mis hombros, de los cuales tiró hasta juntarlos a él.

—Sakura... —musité, rota, con las lágrimas agolpadas en mi mirada—. Sakura...

Sin creérmelo por su tono desdeñoso, para mi sorpresa, se giró y buscó mis ojos, y encontré los suyos igual de anegados en lágrimas que los míos. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo era posible que estuviese viva?

—Vamos, mi *riidaa*. Te juro que la encontraremos, pero ahora debemos pasar desapercibidos, o nos detendrán.

Caminé sin desviar mi atención de la mujer que se quedaba clavada en el asfalto, sin apartar la mirada de mí, como si algo se rompiese en ella al separarnos de nuevo, pero sobre todo como si la distancia que había interpuesto mi *chichiue* hubiera sido lo que la hubiese matado. Quizá, esa visión que había tenido era dolorosa, tanto como alejarse de su hija después de quince años creyendo que estaba muerta, sabiendo que no podría retenerla a su lado.

Ahora comprendí que no quisiese darme esa información, pues lo único que habría conseguido habría sido provocarme un daño adelantado. Y, como siempre decíamos, las visiones podrían ser inciertas e incluso podíamos interpretarlas de manera errónea.

—Camina, mi tigresa. No mires atrás, o no saldremos de aquí.

La petición de mi marido fue el detonante para que aligerásemos nuestros pasos. El instante que tuve para mirarlo a él bastó para que mi hermana se evaporase como el humo de un cigarro.

Como si hubiese sido un espejismo.

Como si nunca hubiese existido.

Podría haberme replanteado que todo había sido una ilusión. Pero no. No lo era. Y lo más preocupante es que daba gracias a los dioses por no haber matado a Haiden, pues ahora era la única persona que podía darme respuestas mientras encontrábamos a mi hermana.

Los policías comenzaron a gritar en nuestra dirección dándonos el alto. Busqué a mi padre por encima de los demás, tal y como había hecho para dar con Sakura, y lo encontré junto a Angelo, apoyado en él y casi llegando al rascacielos. Arcadiy me instó rapidez cuando entrelazó una de sus manos con la mía y tiró hacia uno de los callejones.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Alto! ¡Deténganse!

Con las piernas cimbreándome, aligeré el paso hasta llegar prácticamente al final de la calle. Miré a ambos lados, sin saber dónde íbamos a escondernos, pues la policía nos había encontrado.

—Dos pasos a la derecha y tenéis una escalera de acceso al terrado de un restaurante.

Ni siquiera había escuchado las indicaciones de Romeo, quien controlaba las cámaras de seguridad de la propia capital. Un zumbido constante me perforó la cabeza; puede que el cansancio estuviese haciendo más mella en mí de lo que esperaba. Arcadiy me observó con cautela, sin soltar una de sus bromas que destensasen el ambiente.

—¿Salimos a otra calle? —preguntó mi guía.

—Sí. Podréis bordear la zona para llegar de nuevo al rascacielos, aunque

es conveniente que esperéis un rato. Si la policía se calma, salid.

Arcadiy asintió como si pudiesen verlo. Tiró de la escalera, me instó de nuevo a que subiese, sin dejar de mirar atrás, y acabamos en el terrado, con vistas a la puerta de acceso que Romeo nos había indicado. No habló durante todo el camino. Y, por si faltaba más, en aquel restaurante no podías pasar inadvertido porque se trataba de uno de los más elegantes de Tokio. Los comensales nos contemplaron con horror, ya que íbamos llenos de polvo, sangre, heridas y golpes que no pasaban desapercibidos.

Miré a ambos lados, tratando de centrarme y de no toparme con ningún policía al que hubiesen avisado de nuestro paradero. Pensé que, si se daban por vencidos pronto, sería porque no harían mucho caso a que un loco estuviese en pleno centro de Tokio, con una pistola en la mano.

La rudeza con la que Arcadiy me condujo fue admirable. No sabía dónde nos encontrábamos, pero eso no le impidió llevar las riendas de la situación al verme en estado casi catatónico. Nos detuvimos cerca de la avenida que daba al rascacielos, lugar donde la policía aguardaba con uno de los coches patrulla, cerca de la entrada.

—Esperaremos aquí. —Tiró de mí hasta meternos en la escalera de otro callejón cercano—. ¿Podéis encargaros mientras se marchan?

—A sus órdenes, mi capitán. —Angelo sonó socarrón—. Esperaremos a que llegues para moler a hostias al japonés.

Pero Arcadiy no sonrió. Ni siquiera un poco, pues todo atisbo de chulería, alegría y demás características que podían definirlo había desaparecido de su semblante.

—Bien. Romeo, desconéctanos quince minutos.

Me estremeció aquel tono de voz sosegado, aunque severo al mismo tiempo.

—Por supuesto, rubio.

Sin más, un pitido de apagado nos indicó que nos habíamos quedado sin conexión los dos. No aparté el cacharro de mi oreja. No entendí el motivo, pero mis brazos se sacudieron, mi cuerpo tembló y sus manos me envolvieron como siempre habían hecho, casi desde que me conoció.

No hubo necesidad de hablar, ni siquiera de expresarle lo que sentía, porque cuando fui consciente , las lágrimas ya corrían libertinas por mis ojos, empapaban su camiseta y la llenaban de un dolor agónico. «Está viva».

Noté cómo masajeaba mi cabello, cómo besaba mi cabeza y me daba el espacio que requería, sin preguntar. Sin pedir nada a cambio.

—Llora, mi tigresa. Grita, patalea y ríete de la muerte, mi *riidaa*, porque no sé cómo puedes con tanto. No lo sé...

19

Justifica tus actos

Habían pasado unos treinta minutos cuando regresamos al rascacielos con los ánimos por los suelos, por lo menos yo. Demasiadas emociones para tan poco tiempo. Me daba la sensación de que estaba descubriendo un mundo paralelo en el que vivía y en el que, al final, era la única que no se había enterado de nada.

Arcadiy continuaba a mi lado, sin preguntar, sin objetar y sin hacer ningún comentario fuera de lugar, ni siquiera para animar un ambiente enrarecido. Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento. Lo miré de forma interrogante porque no tenía muy claro que aquel cachivache funcionara en condiciones después de lo que habíamos hecho. Me observó con una sonrisa mal disimulada.

—Tranquila, no podemos hacer caída libre hacia arriba.

Lo imité, tiró de mi mano y besó mi frente en aquella muestra tan característica de él. Me abracé a su pecho y sentí que una de sus manos se iba al corte de mi hombro derecho. Era pequeño, apenas escocía, pero estaba ahí.

—No necesita puntos —le dije.

Pulsó el botón.

—Pues sí que te ha dado tiempo a investigarte la herida.

—Es por el dolor. Sé identificarlas. Cuando llegue, la limpiaré y la taparé.

—Seguro que Aleshka está encantada de curártela. Lo mismo te echa un poquito de veneno para que cicatrice antes.

Me separé de él y le di un breve golpe en el pecho.

—¡Oye! —Reí sin apenas ganas—. Ya nos llevamos mejor.

Asintió con una sonrisa, retomando su agarre y apretándome a él. Aleshka había puesto el grito en el cielo cuando supo que se quedaba con diez de

nuestros hombres en Magome. No estaba preparada y Arcadiy se lo hizo saber, pese a los pisotones que dio a modo de berrinche porque no la llevábamos.

El ascensor llegó a la planta en la que no me apetecía nada estar, cerré los ojos momentáneamente y una mano de Arcadiy me alzó la barbilla con mimo. Besó mi nariz, después mis mejillas y terminó en mis labios con más lentitud de la esperada.

—Te prometo que cuando lleguemos a casa voy a borrar esa cara triste.

«A casa». No pude evitar sentir un gozo tremendo cuando hizo de mi hogar el suyo. Estiré las comisuras de mis labios con suavidad.

—¿Y qué vas a hacer? —ronroneé, sabiendo que me pegaba más a su cuerpo.

—Mmm... De todo. Empezaré en el baño y terminaré en la cama. ¿Cómo lo ves?

—¿Con el cansancio que arrastras?

—¿Quién tiene cansancio? —Miró a ambos lados, haciéndome reír—. Estoy como una rosa, mi *riidaa*.

Tragué saliva antes de decirle:

—¿Y cómo vas de cansancio para llevar la batuta de que cierta persona justifique sus actos?

Los ojos le brillaron. Era consciente de que no quería entrometerse en mis decisiones, en mi manera de actuar ni en nada que me dejase en evidencia, pese a que ya habíamos hablado de ello y nos entendíamos a la perfección con una simple mirada.

—Tigresa... —Fue un tono de advertencia.

—Lo sé —le dije de carrerilla, colocando las palmas de las manos en su pecho—. Sé que me has dicho que no debo depender de ti, pero no es eso, o tal vez sí. —Fruncí el ceño, contrariada—. ¡Bah! ¡Me da igual! Ahora sí lo necesito, y te recuerdo que el clan es de los dos. Y no es que esté escondiéndome detrás de ti. O tal vez sí.

Mi muestra de confusión tuvo que sentirla, porque sujetó mis manos, me besó castamente y añadió con tono temerario:

—¿Con libre albedrío?

—Con libre albedrío.

—Está bien, pero me gustaría seguir viendo a ese señor de ciento cincuenta años y a mi *riidaa* más letal. Tienes que cerrar una etapa de tu vida, y solo lo harás cuando les plantes cara a todos tus demonios.

Ensanchó más los labios, mostrándome la cara del asesino que era. Tiró de mi mano, avanzó con pasos firmes y concisos, atravesó el pasillo de moqueta

azul y se internó en el apartamento sin puerta, gracias al explosivo de Angelo. Conectó el auricular que llevaba en la oreja y añadió:

—Romeo, te haremos llegar la información con Angelo. Imagino que ya lo tendrán todo. Desconecto, *amico*6.

—Arcadiy..., ¿seguro que...?

—Ya estamos dentro. Tranquilo. Si cae una bomba, no vais a poder ayudarme.

Lo observé, y sentí desde la distancia el gran afecto que se tenían, lo mucho que se querían pese a no compartir sangre, la profundidad de haber unido esa gran familia casi sin darse cuenta de lo enorme que era.

—Te veo en Londres, principito. Ven sin un rasguño.

Cortó la conexión, aunque siempre supe que ellos continuaban detrás, viendo cómo sucedían los acontecimientos por el sistema de seguridad. Estaba conmocionada por las palabras de Romeo, por el sentimiento con el que se las había dicho y por lo mucho que demostraba. Los Sabello eran una mafia con todas las de la ley. Tenían sus obligaciones, sus responsabilidades. Ahora más que nunca, que la familia aumentaría en muy pocas semanas.

—¿Por dónde es?

Señalé el pasillo en el que no nos había dado tiempo a entrar anteriormente. De refilón, atisbé el dormitorio de matrimonio, donde había tenido que acudir solo para que Haiden me hiciese suya, pues yo dormía en otra habitación separada de él. Tragué saliva al recordar los momentos en los que había sido arrastrada del cuello para internarme con malas formas allí. Para arrancarme la ropa y poseerme como un desquiciado.

Arcadiy apretó la mandíbula, sin detenerse. Estaba segura de que había leído mis pensamientos, sin haberlos expuesto.

—Es aquella puerta. —La señalé, aunque vi que las luces estaban encendidas.

Dentro se encontraban Chiyo, mi padre sentado en una silla, con una mueca de dolor significativa, y los tres hombres que nos habían acompañado, rodeando ahora a Haiden, a quien habían sentado en el sillón de su despacho. La caja fuerte de detrás de él se encontraba abierta y había unos papeles sobre la mesa de madera.

Moví los dedos en el aire, indicándoles a los tres hombres de Chiyo que podían marcharse. Mi *chichiue* permaneció quieto, con el semblante más serio que de costumbre y la vista fija en Haiden.

—¿La información que necesitamos? —Arcadiy tomó la palabra en cuanto sus pies se colocaron frente al escritorio.

Los ojos de Haiden me buscaron, aunque yo estaba inmersa en el griego,

que lideraba como un tigre. Como nuestro tigre blanco.

—Sí. Tenemos rostros, direcciones... Todo. Ahora hace falta que el chino no esté mintiéndonos. —Angelo señaló con un golpe de mano a Haiden, quien puso mala cara.

Arcadiy se volvió para mirarlo y le preguntó con tonito:

—¿Estás mintiéndonos? —Negó con los labios sellados—. Angelo, se acabaron las vacaciones. Márchate a Italia con los Sabello. Te mereces un descanso.

El nombrado asintió sin hacer ningún comentario, se quedó al lado de mi marido y le palmeó la espalda con afecto.

—Cuídate, que ahora sí me voy de verdad, Arcadiy. No te metas en líos hasta que no llegues a Londres.

Me ponía la piel de gallina pensarlo. No solo estaríamos cara a cara y en riesgo extremo con Peter, sino que habría un reencuentro con Noa, y la situación había cambiado mucho desde la última vez que nos vimos. Desde que se bajó del barco. ¿Seguiría enamorada de él? «Pues claro que sí». ¿Sería capaz de soportar que lo mirase con aquel amor? Psss... No sabía qué pensar.

Me apasionó la sonrisa que Arcadiy le dedicó, cómo correspondió a su abrazo disimulado y el breve «Gracias» que salió de sus labios. ¿Cómo habían podido formar aquel equipo con alguien como Angelo? No lo sabía, pero lo cierto era que a mí me caía hasta bien.

—Angelo —lo llamé, y él ya entendía por qué lo hacía.

—Sí. En cuanto tenga el destino, te llamaré y los sacaremos —me respondió sin darme tiempo a explicarme. Tampoco pretendía hacerlo delante de Haiden, porque no permitiría que se enterase de nuestros planes.

De todos era sabido que Angelo se dedicaba al tráfico de personas desde hacía años, y muchas de las organizaciones que se movían por el mundo habían tirado de él, incluso los Keitaro. No era algo que me hubiese llamado la atención especialmente, pero, como siempre explicaba, dentro de esa antigua organización yo no decidía. Yo no tenía voz ni voto.

Esa misma mañana, que nos habíamos puesto en contacto con los Sabello y que nos habían comunicado que Angelo no se había marchado a Italia sino que se había mantenido en Japón, decidí pedirle el paradero de los niños que Haiden había vendido al no ser efectivo el negocio con Vladimir para la atrocidad que el ruso estuvo dispuesto a llevar a cabo. No iba a preguntarle a Haiden quiénes habían sido sus compradores, aunque sí pensaba averiguarlo para devolverles esos chiquillos a sus familias. Porque eran niños robados que habían sido destinados a criarse en un mundo de asesinos, como mi griego. Porque pensaban arrebatarles todo, y como aquello ya no se haría efectivo,

seguramente los venderían para hacerles crueldades, a saber cuál peor. Eso ponía en jaque el trabajo de Angelo, y sin embargo había decidido ayudarme.

Eso me llevó a recordar la primera vez que vi a Arcadiy, en el contenedor de Yokohama. Mi excusa fue decirle que escapaba de mi familia, y en cierto modo no mentía, porque escapaba del tirano que continuaba atado de pies y manos en el sillón de su despacho.

Una onda expansiva de negatividad me arrollaba, como si el apartamento entero quisiera devorarme. Me concentré en el tono de voz de Arcadiy, impidiendo de esa manera que me absorbiera:

—¿Por qué ha venido Sakura a por ti? —le preguntó. La piel se me erizó de nuevo al recordar a mi hermana.

Haiden miró a mi griego y después lo hizo conmigo, como si no entendiese el motivo por el que llevaba la voz cantante. Se suponía que así eran los matrimonios, y me sentí más dichosa de lo que jamás pensé, pues ahora habían cambiado las tornas y la que gobernaba era yo, pero el que lideraba como un verdadero capitán era él.

Mi exmarido no separó los labios, aunque Arcadiy continuó:

—¿Por qué está viva? ¿Dónde ha estado durante estos años?

—Qué sabrás tú de los años y de Sakura, *extranjero*.

Su tono colmado de ponzoña me salpicó, y supe que le había tocado la moral cuando mi griego sacó un cuchillo de la parte trasera de su pantalón, se acercó a él, le desató las manos con habilidad y cabeceó hacia Chiyo para que le sostuviese el brazo derecho. No le hizo falta hablar.

Haiden trató de soltarse del agarre de Arcadiy, pero no lo consiguió. Le colocó la mano sobre la mesa apenas sin esfuerzo, debido a su debilidad. Me llevé las manos a la espalda, en esa posición que a mi griego tanto le gustaba. Lo percibí en su sonrisa ladeada, como si hubiera deseado que sacase a ese tigre enjaulado a pasear.

—Puede que él sepa más cosas de las que tú supiste nunca —añadí, andando de un lado a otro.

La vista de Haiden se fijó en mí. Arcadiy ya le tenía puesta la mano izquierda sobre la mesa y esperaba con el puñal fuertemente sujetado.

—¡Deja de compararme con él! —reventó, y sonreí, porque eso quería decir que lo sacaba de sus casillas.

Mi griego elevó la mirada, se sentó con pose chulesca en el borde del escritorio y alzó el puñal en el aire antes de decirle:

—Última oportunidad, Haiden. Explica por qué estaba Sakura aquí.

—¡Que te den! ¡Solo hablaré con ella! ¡A solas!

Me estremecí, y no porque no me viese capacitada para hacerlo, sino

porque no quería, por nada del mundo, compartir un espacio cerrado con aquel hombre despreciable. No me hizo falta tampoco negar con la cabeza para que Arcadiy supiese que no lo deseaba, sin embargo, también sabía que, mientras ellos estuviesen allí, Haiden no hablaría.

Arcadiy soltó el arma cuando se la clavó con saña en la mano izquierda de Haiden, quien apretó la mandíbula para no evidenciar el insoportable dolor que le habría recorrido las venas mientras mantenía los ojos fijos en mí.

—¿Eso es lo que piensas hacer? ¿Torturarme? —me escupió con ira. Mi griego le dio dos puñetazos seguidos. Uno de ellos le rompió la nariz—. ¡Te he dicho que iba a ayudarte!

—No me parece una ayuda sana que lleguemos aquí y nos hayan hecho una encerrona —opiné.

El puñal seguía clavado en su dorso. Arcadiy lo retorció un poquito más, y mi padre y Chiyo permanecieron en silencio, como si no estuviesen allí. Tomé aire antes de responder a su comentario dañino:

—Ha estado trabajando para Peter. No pienso contarte nada delante de él.

Mi griego sacó el arma con mala leche al ver que continuaba hablando de él como si no estuviese. Haiden no pudo retener el grito que salió de su garganta. Arcadiy limpió la sangre en su camiseta rajada y elevó el arma en el aire de nuevo.

—Ahora empezaré a cortarte los dedos. Y entonces, si ella ve conveniente quedarse a solas contigo, que lo haga.

Haiden me observó, pidiéndome una ayuda que no encontró, y, por supuesto, Arcadiy continuó con su tarea. Primero fue un corte seco en el dedo índice; después llegó el corazón, el cual amputó de la misma forma y sin titubear.

—Arcadiy no está trabajando para la policía. Te recuerdo que huye de ella como nosotros. No entiendo a qué viene ese cambio, Haiden.

La sangre salía a borbotones. De nuevo, me contradije con respecto a mi propio pensamiento cuando elevé dos dedos en el aire para indicarles que saliesen del despacho. Mi griego no dudó, pero sí que le colocó el arma en el cuello, apretó con saña y le hizo una herida. Me quedé estática en la puerta, con mi *chichiue* al lado y Chiyo en el pasillo.

—Un rasguño, uno solo, y entraré por ahí —señaló la entrada—, te dispararé hasta que vacíe el cargador y después te colgaré con una soga en medio de Tokio, para que todo el mundo sepa quién eres y que alguien te asesinó a sangre fría en tu propia casa.

Arcadiy se levantó y lo fulminó con una mirada. No dudó en sujetarme de la cintura para empujar mi cuerpo y sacarme al pasillo en su camino hacia la

puerta, la cual entornó para concedernos privacidad. Llevó una mano ensangrentada a mi mejilla derecha y musitó:

—¿Estás segura?

Negué.

—Estoy segura de que no hablará si estamos todos. Le dará igual la de dedos que le cortes.

Se lo pensó antes de decirme:

—No voy a moverme de aquí. —Señaló la entrada—. Es la segunda vez que enfrentas a tus demonios, aquí más presentes que nunca, mi *riidaa*. —Hizo una extensa pausa mientras me acariciaba con el pulgar la mejilla—. Puedes con todo. Siempre podrás con todo.

No añadí nada. El simple hecho de observar esa puerta, de saber que estaríamos a solas en un sitio en el que me había provocado tanto daño... No era lo mismo. Noté un breve temblor en las manos, sin embargo, me obligué a detenerlo. En el fondo, Arcadiy había sabido que Haiden no nos contaría nada si no nos quedábamos a solas, y de ahí que lo hubiese debilitado con aquellos cortes que lo desangrarían si no taponaba sus heridas. Desde luego, estaba muy claro que no nos fiábamos de él.

Me aventuré a intentarlo. A tratar de no temblar. Me separé de Arcadiy, con una breve caricia de él que grabé a fuego, elevé una mano y me di media vuelta hasta llegar a la entrada del despacho, sin querer aplazarlo más tiempo.

Haiden mantenía la vista al frente, ignorando la sangre que manaba de su mano, como si estuviese ido en sus pensamientos, en una mente que ahora no ocupaba el espacio preciso para ver qué sucedía.

Entonces, lo entendí.

Comprendí que bajo esa capa arrogante se encontraba un hombre al que había sido capaz de hacerle daño. Yo. Con mis desplantes y mi proclamación de amor hacia otro que no era él. Y eso era algo sumamente esencial, y también bueno, porque podría llevarlo por donde me diese la gana. Jugar con Haiden como tantas veces lo había hecho él.

Tomé aire conscientemente.

Moví un pie.

Después otro.

Sin mirar abajo. Sin titubear. Con las manos firmes a la espalda y la posición digna de alguien que no tiene miedo aunque por dentro esté temblando.

Porque sí, temblaba de pavor, por no saber qué ocurriría, y aun así avancé con el temperamento decidido, reafirmándome en mi posición, en que no dudaría ni una sola vez para que viese el daño que me había ocasionado.

—¿Por qué está mi hermana viva?

Sus pozos negros se giraron con lentitud hacia mí. Avancé hasta quedarme delante del escritorio, elevé la barbilla y lo insté a que respondiese.

Cerró los ojos un segundo, como si le costase mantenerme la mirada.

—¿Serías tan amable de soltarme?

Lo contemplé en silencio antes de tomar una decisión.

—Ya estás suelto —dije, apreciando al mirar sus manos que una de ellas contenía una abundante cantidad de sangre.

—Natsuki... —Bufó exasperado—. Los pies. Por favor. —Le costó hasta decirlo, y me dieron ganas de sonreír—. No voy a hacerte nada. No voy a tocarte.

Me estremecí, aunque tampoco lo demostré. Saqué de la manga de mi camiseta un sai, me coloqué a su lado sin apartarle la mirada y me agaché. Colé el arma con la vista fija en él por el hueco de las dos piernas y tiré. Su figura se alzó presuntuosa delante de mí, haciéndome parecer más pequeña de lo que era.

No titubeé. Me erguí, quedando frente a él, y en aquella mirada aprecié el halo desesperante que recorría su cuerpo. Era intenso, demasiado como para no cortarle la respiración a nadie, pero aguanté el pulso como me había propuesto, hasta que sonrió y se separó de mí, abandonando el contacto primero.

Me tomé la licencia de soltar el aire que había estado conteniendo cuando se acercó a la licorera que había en el otro extremo de la sala, de espaldas a mí. Me giré. Abrió la botella de cristal con la mano sana, se echó un vaso de licor, el cual se bebió de una tacada, y lo siguiente que hizo fue verter un buen caño en los dedos amputados para cortar un poco la sangre.

No emitió ni un simple alarido.

Ni uno solo.

Abrió el mueble que tenía en la parte inferior de la licorera y sacó una especie de venda que se enrolló en la mano con torpeza, ya que Haiden era zurdo, algo que Arcadiy no sabía.

Comenzó su narración antes de que mi primer resoplido apareciese:

—Mi padre nunca la asesinó.

—Eso es evidente —añadí con malhumor, la mirada áspera y las manos en una postura correcta.

Se giró para mirarme, con un vaso lleno en la mano. Me señaló con él, como si estuviese dándole énfasis a un relato.

—Ayari siempre estuvo herido por ese desliz que tu padre tuvo con mi madre. —No mostré sorpresa, aunque él lo notó—. Siempre supe que Sakura

era mi hermana —hizo una pausa que se sintió maquiavélica— y la tuya.

Me señaló con el vaso de nuevo, y a mí me dieron ganas de estampárselo. Se sentó sobre el apoyo de una de las sillas que había en las esquinas. Me notaba muy a la defensiva, pues mantenía una ceja en alto y los labios firmemente apretados. Los separé cuando vaticiné lo que iba a contarme a continuación:

—Adivino que Ayari la apartó de vuestra familia y la crio como a una salvaje, sin valores ni hogar, solo como a un guerrero que debía cuidar de los suyos. Ejecutó un cambio por otra niña que se pareciese a Sakura y una bastarda menos.

La tranquilidad fue mi amiga, aunque lo cierto era que las venas me ardían, que empezaba a no controlar las ganas de golpearlo por pretender defender a Ayari, pese a que fuese su progenitor.

—¿Comprendes lo difícil que ha sido para mi padre lidiar con el tuyo?

Mi mirada se hizo más profunda.

—¿Comprendes que tu padre ha sido un degenerado? —cuestioné, devolviéndole la pelota—. ¡Amaba a su hermana! ¡Por los dioses!

—Y tu padre le quitó a su hermana y a su mujer. —Abrí los ojos con sorpresa, sabiéndome vencedora porque no conocía que la verdadera razón era que mi *kaachan* había sido la impulsora de esa relación—. No estoy justificando lo que hizo con Sakura, pero...

—¿Dónde ha estado durante todo este tiempo? —le pregunté, interrumpiendo una explicación vaga que no nos llevaría a ningún lugar.

Pareció pensárselo antes de decir:

—En Tokio, Natsuki. Sakura siempre ha estado en la ciudad.

—¿Sabe quiénes somos? —Por la mirada de mi hermana, supe que a mí y a mi padre sí nos reconocía, pero la pregunta no iba por ahí.

Haiden lo captó al vuelo.

—Sí. Y también sabe que Kaori no es su madre.

—¿Por qué te defiende? ¿Por qué ha venido a buscarte? —Parecía una ametralladora de preguntas.

Traté de evitar que me temblase el labio, de que no me cimbreasen las manos, de no apretarlas para que viese que lo que en realidad me ocurría era que una tristeza insufrible se apoderaba de mí. Mi hermana había estado viva y yo solo había llorado su muerte. Una muerte fingida.

Haiden carraspeó. Parecía incómodo, pero apartó sus ojos de los míos, que, inquisidores, buscaban muchas respuestas. La presión en mi semblante fue lo suficientemente precisa para que hablase:

—Tu hermana ha estado trabajando desde hace años con el londinense,

mucho antes de que lo hiciese con nosotros. —El corazón se me detuvo—. Es una de las personas en las que más confía ese hombre detestable.

No me caí de espaldas porque tenía que guardar la compostura. Intenté que la saliva no descendiese por mi garganta de manera visible.

—¿Qué quieres decir con que es una de las personas en las que más confía?

Haiden elevó la barbilla muy poco, como si siguiese costándole hablar.

—Es... Es como si fuese parte de su familia, Natsuki. Es su niña mimada, y parte de la educación que tiene se la debe a él. Mi padre llegó a ese acuerdo con Peter cuando Sakura cumplió quince años. —Recordé que, por aquel entonces, suponía que Ayari habría empezado a trabajar para Peter Callum—. Es complicado, pero sí te diré que le debe más lealtad a ese hombre que a nosotros.

Me quedé bloqueada durante unos segundos. ¿Qué posibilidad habría entonces de recuperarla? Tal vez, ninguna. La tierra se abrió un poquito más bajo mis pies. Tuve que ponerme en movimiento, de un lado a otro de la sala, para que no se notase que los nervios me comían.

—Imagino que eso quiere decir que ella fue la que te sacó del bosque la noche que os apresaron. —Lo miré y asintió—. Imagino también que está protegiéndote por el pacto que tenía con tu padre, y porque Peter se lo ha ordenado. —Cabeceó de manera afirmativa de nuevo. Me detuve para contemplarlo profundamente—. ¿Por qué me cuentas esto ahora?

Y se levantó.

Se separó de su asiento.

Mis piernas flaquearon.

Mis alertas sonaron.

Y entonces un olor conocido inundó mis fosas nasales, dándome a entender que había dos personas imprescindibles en mi vida en la puerta. Viendo lo que ocurría. Escuchando lo que me contaba.

Se me partió el alma al pensar en mi *chichiue*. Se me partió en mil pedazos.

Mantuvo la distancia unos cinco pasos alejado de mí. Se le veía cansado, dolorido y a punto de perder el conocimiento, aun así, aguantó como solo él sabía.

—Te lo cuento ahora porque no he tenido opción de hacerlo antes. —Un paso. Yo no me moví—. Te lo cuento ahora porque quiero que comprendas que me arrepiento de verdad. Que necesito que me perdones, Natsuki. —Otro paso. Alcé la barbilla con intención de frenar esos avances—. Porque estoy enamorado de ti. Siempre lo he estado y...

—No puedes querer a nadie. ¡No tienes corazón, Haiden! —bramé con rabia.

Detuvo el siguiente paso que había estado a punto de dar.

—¡Eso no es verdad! —se exaltó, y avanzó las dos zancadas que le quedaban de manera muy rápida, tanta que no me dio tiempo a detenerlo—. Estoy dispuesto a dar mi vida por ti. ¿Por qué no me crees? —me preguntó con derrota.

Nos encontrábamos tan cerca que el aire comenzó a faltarme. Tenía que alejarme. No soportaba su cercanía, ni siquiera el olor de su perfume, ese que tanto detesté desde que era una chiquilla.

—Nunca te has ganado que te crea, Haiden. Eso es imposible ya.

Fue una milésima de segundo. Un movimiento que no controlé, el cual me obligó a apartarle la mirada de manera fugaz. Haiden lo aprovechó para enmarcar mis mejillas con las manos, apretarlas con un mimo que no había tenido jamás y musitar con verdadero dolor:

—Nada es imposible, mi *suki*. —Detesté que me llamase así y los ojos me brillaron. No de amor, no, sino de cólera—. Yo te amo. Y estoy dispuesto a perdonártelo todo si tú me indultas por todo lo que te he hecho. Te juro por los dioses que te honraré hasta que...

Tan ensimismado se encontraba en su declaración que no lo vio venir. Ni siquiera se dio cuenta del momento exacto en el que mi sai se apoyó en su garganta, dispuesto a rajarle el cuello de un extremo a otro. Soltó mi piel como si no pudiese creerse aquella determinación, y entonces escuché que la puerta del despacho se abría de par en par.

—Nunca. —Rechiné los dientes, con el arma apretando con más fuerza su nuez—. Jamás se te ocurra volver a ponerme una mano encima. Ni siquiera para tocarme sin maldad, Haiden.

Quizá fue el peligro en mis ojos, o quizá fue que sí estaba arrepentido de verdad de sus actos, pero su perplejidad no pasó desapercibida para mí, como si hubiese descubierto un poco más de la Natsuki desconocida, de la que no se había molestado en cuidar cuando la tuvo.

De repente, sus ojos apagados se fueron a la puerta. Los desvió tras una mirada cargada de odio y susurró, apartándose de mí:

—Entiendo.

Me urgía tomar aire, salir de allí y olvidarme de lo que acababa de suceder, por lo que corté la conversación lo más rápido que pude. Me giré, dispuesta a marcharme y viendo a Arcadiy plantado como una estatua en la entrada, sin quitarle los ojos de encima. Era una mirada tan intimidante que me asustó.

—Decide qué quieres hacer, Haiden. Tienes hasta el amanecer.

20

Te juro que volveré

Arcadiy Bravo

Otro nuevo día se alzaba con majestuosidad en el Valle de Kiso. Otro nuevo día en el que el futuro se presentaba más que incierto para nosotros.

Era muy temprano para que estuviese levantado, ya que los rayos del sol todavía no alcanzaban la cúspide del cielo. Removí mi café sin mirarlo, pensando en todo y en nada, sintiendo que el giro de los acontecimientos me ahogaba, que no estaba gestionándolo como debía, y que, pese a todo lo que yo había sufrido a lo largo de los años, me mataba encontrarme a una Natsuki tan rota por cada revés de la vida.

Lo peor del regreso de Tokio no fue ella en sí, porque a Natsuki podía tranquilizarla de alguna forma: con mis encantos, con mis tonterías, con mis salidas de tono para que olvidase momentáneamente que su hermana estaba viva y que se había perdido toda su vida. «Menuda putada», pensé, y de verdad consideré que esa familia tenía para una telenovela épica. Lo más duro fue presenciar el mutismo de Eiji durante el regreso a Magome, cómo aguantaba con los labios sellados y el dolor reflejado en cada parte de su semblante.

Todo empeoró cuando llegamos a la casa de los Tanaka, cuando Hana y Kaori se enteraron de la verdad y cuando Eiji se recriminó no haberse dado cuenta de que el cadáver de aquella pequeña no era el de su hija. No quise entrar en una conversación que no me pertenecía, pero muchos factores pudieron influir en la equivocación de los tres. La principal: el dolor que podría sentirse por la pérdida de un ser querido. De una hija.

No había visto a Aleshka en todo el día, y cuando llegamos de madrugada, Asahi me informó de que se encontraba durmiendo, después de un largo y duro día de entrenamiento, al saber que esa mañana partiríamos para Reino

Unido.

Le di un sorbo al café, sin apartar los ojos del espeso bosque. Tras eso, el cigarro previamente encendido fue lo que se posó en mis labios. Escuché que alguien se acercaba a mi espalda, y por el sonido de la silla supe de quién se trataba.

—¿Insomnio?

—Diría que madrugar —lo corregí.

Llegó a mi lado con una sonrisa en los labios. Apoyó sus grandes manos sobre los antebrazos y saltó con una agilidad que ya no me asombraba en el señor Tanaka. Cogió de un lateral una botella que supuse que contenía té, empujó con un breve toquecito la silla hacia atrás y terminó en la misma posición que yo.

—¿Y se puede saber por qué has madrugado tanto? ¿Qué es lo que no te deja dormir?

Serio, desvié mi atención a él. Una enorme capa de humo se instaló entre los dos. Cuando desapareció, Eiji ya se encontraba con su singular mirada fija en mí. No respondí a sus preguntas, sino que me llevé el tema a mi campo:

—¿Cómo estás? —Apretó los labios en una mueca—. De verdad, Eiji.

Me preocupaba, para qué íbamos a engañarnos. De hecho, aunque me hubiese mantenido en silencio, guardaba la necesidad de hablar con él a solas, de intentar que se abriese, que confiase en mí. Pensé que me saltaría con una evasiva, pero no:

—Terriblemente mal, Arcadiy-chan. —Sus ojos brillaron y giró el rostro hacia el bosque—. Terriblemente mal.

Cambié la postura de las piernas, poniéndolas como si fuese un buda.

—No podías haberlo sabido. Aunque entiendo que no te sirva de consuelo.

Negó con la cabeza con lentitud. No esperaba la profundidad de sus siguientes palabras, ni siquiera que tuviésemos aquella conversación tan explícita:

—Sakura estuvo perdida varios días. No puedes hacerte una idea de la batida que organizamos. Incluso el miserable de Ayari acudió. —Apretó la mandíbula, conteniendo la rabia—. Fue en la mañana del tercer día cuando dimos con ella.

»Se había ahogado en el río, y el canal había arrastrado su cuerpo a unos cuantos kilómetros de aquí. —Hizo una pausa necesitada, y sentí un dolor similar al que él rememoraba—. No parecía ella —se le atascó la voz, aunque lo mencionó como si acabase de descubrirlo—, pero todo lo achaqué a que los días la habían inflamado, a que su rostro era parecido, solo que sin vida. A que había sido demasiado tiempo sin dar con ella.

Tragué saliva y enfoqué los ojos al frente. Me quedé absorto en los árboles, sin llegar a fijar ningún punto en concreto.

—No sirve de nada que te fustigues ahora, Eiji —le dije con tiento.

Me miró.

—Solo tenía diez años, Arcadiy. —Los dos nos contemplamos unos segundos, en silencio—. Nadie mejor que tú podría comprender qué significa que te separen de tu familia.

Asentí brevemente, sintiendo un pellizco en el pecho.

—Con la única diferencia de que, cuando yo quise buscar a los míos, ya estaban muertos. —Le aparté la mirada, recordando a mi familia, asesinada por el hombre al que una vez llamé padre—. Sakura tiene la posibilidad de recuperar lo que le arrebataron.

—Discúlpame. No pretendía... —se adelantó.

Lo interrumpí, retomando el contacto visual:

—No pasa nada, Eiji. Hace mucho que asimilé que mi familia es otra, que lo único que me queda es mi hermana. Y es por lo que voy a luchar hasta que me muera, porque no pienso perderla a ella también.

Contrajo las facciones de su rostro, tal vez reprendiéndose por haber sacado el tema o por el simple hecho de la comparación. Tomé una extensa bocanada de aire y los recuerdos llegaron a mí como si hubiesen ocurrido esa misma semana. Me había costado poco olvidarlos cuando llegué a la fortaleza, me había costado menos cobijarme bajo los brazos de un tirano, y un día, cuando Jack me encontró, esos recuerdos habían regresado a mí con una fuerza desmedida en forma de sueños o pesadillas que se reproducían vagamente, enseñándome lo que había sucedido un tiempo atrás.

—Esta noche he intentado ponerme en la otra cara de la moneda. En si yo hubiese sido Ayari. —Lo observé con confusión. Él continuó serio—: He comprendido que era una persona detestable, como su hijo, pero que, en parte, es posible que la vida le viniese grande.

—¿Te refieres a haberle robado a la hermana y después dejar embarazada a su mujer? —cuestioné con tonito, de manera inevitable—. No sé, señor Tanaka, pero yo veo que es usted un agonías.

Rio de manera ronca.

—Siempre ha querido hacernos daño. De la forma que fuese. Kaori ha sido su prioridad desde que nació. Y... —negó, como si no pudiese creérselo—, de una manera u otra, e incluso estando muerto, se ha vengado de nosotros porque nos ha robado a una hija.

—Pero ella está viva —apunté.

Sus ojos, esos de distinto color, tan místicos, tan severos, me observaron

con tenacidad. Me asombró la contundencia en sus palabras cuando afirmó:

—Mi Sakura murió hace quince años, Arcadiy-chan.

No quise leer entre líneas. Me negué a que se rindiera, a que no luchase por una persona que había nacido del más puro amor que esos tres se profesaban. Y, entonces, como si quisiese quitarle ese pensamiento de la cabeza, le dije lo que me había desvelado antes de tiempo, el motivo que tenía rondándome por la mente:

—Voy a decirle a Natsuki que se quede aquí. —Me miró como si me hubiesen salido tres cabezas—. Que no venga conmigo a Londres. Yo lo arreglaré.

—No puedes hacer eso —sentenció.

—Sí. Sí que puedo. Ella todavía no sabe la hora a la que nos vamos.

—No pienso ayudarte —afirmó tajante, viendo por dónde quería ir.

Me moví de posición, nervioso, y me atreví a buscar la casa con la mirada, con el deseo de no encontrarme a mi japonesa pululando por allí.

—Escúchame —le pedí.

—No. —Fue una respuesta inamovible.

—Eiji, ¡coño!

Manoteé a ambos lados para darle más énfasis, pero él negó con la cabeza como si no hubiese un tema de discusión posible.

—No pienso abrirte la puerta de atrás para que te vayas sin mi hija. No, no y otra vez —acercó su rostro al mío y pronunció más despacio—: no.

Chasqueé la lengua y hablé de carrerilla, con urgencia, porque a lo sumo en treinta minutos tenía que estar fuera de la casa, contando con que Natsuki no se despertase y tuviera que aplazar la improvisada huida.

—Estoy convencidísimo de que entre los cuatro podréis hacer que Sakura vuelva...

—Mi hija está muer-ta —me cortó, recalcando mordaz.

—¡Calla, coño! —me desesperé, y me gané una mirada reprobatoria. Alcé las palmas de las manos para que me viese—. ¡Te juro que volveré! —Negó con la cabeza—. ¡Te lo juro por mi vida, cojones! —Volvió a negar y resoplé, hastiado—. Tenéis una oportunidad. Todos juntos. Eiji, tenéis una oportunidad con vuestra familia al completo. Podéis recuperarla, y si Natsuki viene conmigo, no será lo mismo. No estaréis unidos para lo que de verdad necesitáis estarlo.

Negó, en plan cansino. Puse los ojos en blanco.

—Tu palabrería de santurrón no va a convencerme.

—¡¿Pero qué santurrón ni qué niño muerto?! —me exalté con arrojo—. Yo me llevo al tonto de tu sobrino-yerno —puse cara de asco—, lo suelto para

que corra como el ave fénix en busca del londinense —estiró las comisuras de los labios al verme teatralizar de esa manera—, llego a Londres, hago el pacto con Romeo y los terroristas, nos cargamos a Peter y vuelvo. —Negó—. ¡¡Que vuelvo de verdad!!

Natsuki había decidido darle la oportunidad al cerdo —no quería recordar lo que habían hablado en el despacho y su supuesto amor— que teníamos atado en la entrada de la casa de Chiyo. Aún no había visto a su madre. Tampoco sabía cuándo lo haría, pero lo que sí sabía era que habían acordado que soltaríamos a Haiden en Londres para engañar a Peter. Juró y perjuró que estaba con nosotros, y tras una larga charla pusimos sobre la mesa el plan estratégico y el momento en el que atacaríamos al jefe de la brigada de Aarón, quien también estuvo presente en la reunión improvisada, vía telefónica.

Verificar que estaban instalados en el pueblo de Noa nos hizo plantearnos la cuestión de si Peter sabría o no que se encontraban allí, a lo que Haiden aseguró que el londinense todavía no tenía esa información. Por ahí íbamos bien, porque nuestro plan empezaba con una buena dosis de confianza y una mentira estratégica.

Con lo que sabía Haiden, descubrimos que lo primordial para Peter era terminar con todos sus compañeros de oficio antes que con nosotros. Que iríamos después, por supuesto, pero de momento no estábamos en el punto de mira inicial.

—Te he dicho que no. No cuentes conmigo.

Fue a levantarse del suelo, pero lo detuve por la muñeca. Me miró con una clara advertencia, aunque me la pasé por el forro de los huevos.

—Eiji. —Me lo pensé antes de decírselo, aunque al final lo hice con esa sinceridad característica de los Tanaka—: Eres el único al que puedo recurrir. Solo te tengo a ti y a Natsuki.

Sus ojos retomaron ese brillo característico que indicaba la breve emoción que le habían causado mis palabras. Lo vi dudar, como si estuviese a punto de darme su veredicto, esa vez afirmativo, sin embargo, el semblante le cambió y supe que ahí llegaba la negativa, con todas las de la ley.

—Te he dicho que...

Alguien interrumpió nuestra conversación privada, lo que ocasionó que los dos diésemos un bote por el sobresalto:

—Nosotras te ayudaremos.

La fuerza de Kaori me dejó como un pasmarote. Busqué a Eiji, que se mantenía estático, y después pasé mi atención a Hana, quien asentía con convencimiento.

—Pues entonces... —comencé mientras iba soltando la muñeca de Eiji—

siento decirte que acabas de pasar a mi lista de segundones.

—Pero ¿qué...? —No supe si la pregunta a medias iba para mí o para sus mujeres.

—Hana irá a despertar a Aleshka. Yo te sacaré a Haiden de la pocilga y Asahi ya tiene preparado el coche para que te marches. En Tsumago encontrarás a un hombre que te llevará al aeropuerto más cercano.

Me sorprendió la agilidad de Kaori para organizar, y no me dio tiempo a hacer ninguna pregunta cuando Eiji se exaltó:

—¡¿Qué estás diciendo?!

—Cállate, Eiji. Él tiene razón —me apoyó Kaori.

—¡Tiene que marcharse con su mujer! ¡Cuando tu hija se entere...!

—*Suki* —intentó mediar Hana—, Kaori tiene razón. Es mejor que nuestra *misaki* se quede con nosotros. No correrá...

Nada, ahora parecía que todos se pisaban, sin dejar de terminar hablar a unos y a otros, y yo estaba en medio, como el jueves.

—¡Cuando se entere de lo que habéis hecho, entrará en cólera! ¡Insensatas!

Kaori puso los ojos en blanco de una manera muy graciosa y aguanté una risa. El señor Tanaka me golpeó con el puño en el brazo, lo que provocó que riese a mandíbula batiente. El cabrón me había clavado la falange proximal del dedo corazón, sabiendo que así me hacía mucho más daño.

—¡Oye! —me quejé—. ¡Ellas tienen razón! —Me levanté de un salto cuando vi que Eiji se disponía a subirse en la silla de ruedas—. ¿No comprendes que no quiero apartarla? Solo deseo que se quede aquí, que resuelva los problemas familiares —Eiji me miró muy mal y rectifiqué—: en el caso de que se pueda, y de esa manera dejará de correr más riesgos.

Entrecerró los ojos, se colocó en la silla de ruedas y bramó, conciso:

—¡No! No pienso haceros caso a ninguno de los tres. Me niego a que mi hija me clave un sai mientras duermo o, lo que es peor, que deje de hablarme una semana por vuestra culpa.

Él no se había dado cuenta, pero Hana lo había rodeado por detrás y ya se encontraba casi al borde de los mangos de empuje. «Menuda pájara», pensé con gracia, pues le había hablado con tono suave, pero en el fondo era una mujer de armas tomar, como ya se veía desde que la conocí. Mal disimulé la sonrisa, aunque Eiji no se dio cuenta cuando Kaori tomó la palabra, con un tono mucho más determinante:

—No ha dejado de correr peligros desde que ha vuelto. —Asentí, y Kaori apoyó mi cabeceo—. Está agotada, Eiji. Agotada de tantos problemas, de tantas sorpresas y de todo en general. —Su marido fue a hablar, pero ella levantó la mano, dándole a entender que ni se le ocurriese—. Su hermana ha

aparecido, *suki*... Debemos esforzarnos en recuperarla, y con Natsuki tendremos una oportunidad.

Esa última parte ocasionó que los ojos de Kaori se llenasen de lágrimas. Los sentimientos de esa familia estaban a flor de piel, y aunque yo no quisiese apartar a Natsuki de mí, fui consciente en mitad de la noche de todo lo que acababa de decir Kaori. Si podía evitarle más sufrimiento..., ¿por qué no iba a hacerlo?

Eiji elevó el mentón, dando a entender que sería inflexible en su decisión.

—He dicho que no voy a ser partícipe de esta tontería.

—Eiji, por favor —musitó Hana, sujetando la silla. Él se giró hacia atrás, sin saber en qué momento había llegado allí—. La he escuchado llorar durante muchas horas.

El nudo se me atascó en la garganta, y cuando el señor Tanaka me miró, fue para buscar la veracidad de las palabras de su mujer. Cabeceé de manera lenta, sin querer echarle más leña al fuego, pero dándole a entender que no mentían. Sin embargo, otra cosa no, pero Eiji era duro de roer y cabezota como él solo.

—¡Sakura murió hace quince años! —bramó enfadado. Se separó de Hana y resolvió—: Se ha terminado el tema.

Justo intentaba darse la vuelta cuando Kaori bufó y caminó a largas zancadas mientras Eiji peleaba con Hana. Entonces entendí qué estaba haciendo: distrayéndolo. No me lo esperaba, lo juro por mi vida. Kaori pasó por mi lado, me miró con chulería y con la paciencia al límite, dijo algo como «Hombres», se colocó detrás de Eiji y le dio un toque seco entre una oreja y la nuca.

Y el señor Tanaka se desmayó.

Y yo casi con él.

Di un paso hacia atrás, contemplando asustado a las dos mujeres, quienes sonreían victoriosas.

—¿Lo habéis matado? —inquirí tontamente, pero es que se me pasaron muchas cosas por la cabeza.

Las dos rieron como brujas. Pensé que era un mal momento para no llevar una pistola, porque Eiji tenía el cuello doblado, como si estuviera echándose la siesta. La situación era, cuanto menos, surrealista.

—Solo está dormido. ¿Vamos? ¿O tengo que meterte en ese coche de la misma manera?

Elevé las palmas de las manos con rapidez, negué raudo con la cabeza y caminé en dirección a ellas; eso sí, mirando ojiplático a Eiji. «Vaya, que está inconsciente de verdad».

—¿Qué vais a hacer con él? —me interesé, pensando que serían capaces de dejarlo en mitad del jardín. Visto lo visto...

Kaori silbó cual camionero andante y Chiyo apareció de entre los matorrales con paso ligero. Pero ¿cuánta gente había estado espiando nuestra conversación?

Kaori pareció leerme la mente.

—Desde que te conocí, supe que la cuidarías. Lo que estás haciendo no es abandono. Estás salvándola de más dolor, y eso te lo agradecemos en el alma, Arcadiy-chan.

No solo ella se llevó una mano al pecho, sino también Hana; de ahí que Kaori hablase en plural. No supe qué decir, pero más pasmado me quedé cuando Chiyo abrió la boca con una soltura impensable para mí:

—Kaori, como tu hija se entere de que estoy participando en esto...

—Tranquilo, le diré que la cabecilla he sido yo, y ya veremos cómo lo arreglamos. Ahora llévalo dentro antes de que despierte.

—¿Y qué hago si me ve? —le preguntó con dudas, creí ver que hasta con nerviosismo.

Kaori le puso una mano en el hombro, lo palmeó con gracia un par de veces y añadió:

—Pues le dices que el maestro Asahi precisa de ti y te marchas.

—Esto no saldrá bien —rumió el japonés por lo bajo.

Me quedé estático, sin saber si era una ilusión o qué. Hana se presentó a mi lado, me observó con cariño y musitó:

—Sí, aunque parezca mentira, Chiyo habla.

No se me ocurrió decirles ni una sola palabra a los dos *amigos*, quienes me miraron. Madre mía. Pensé en Eiji. Cuando se despertase, iba a arder Magome entero, y mejor que no viese la cercanía que tenían su mujer y su... ¿Quién era entonces Chiyo para Kaori? Menudo berenjenal, menuda telenovela y menudo todo. Hice como si me cerrara la boca con una cremallera invisible y comencé a andar. A lo lejos vi que Asahi ya me esperaba con una Aleshka recién levantada, con mala cara y el equipaje en la mano. De nuevo, me asombré cuando Chiyo me tiró una bolsa que no había visto.

—He recogido tus pertenencias mientras dormías.

Abrí los ojos con desmesura. ¿Cuándo había entrado ese hombre en nuestro dormitorio? No quise hacer preguntas de si había visto o no que andábamos haciendo guarrerías a altas horas de la noche, cuando podía tomarme la licencia de hacer que mi japonesa se olvidara del llanto.

Boqueé como un pez fuera del agua.

—Anonadado me hallo. —Los miré de hito en hito a todos—. Procurad

retener a mi tigresa, porque cuando se despierte... Que vuestros dioses os protejan.

Asintieron al unísono, como si hubiese pulsado un interruptor para que lo hiciesen a la vez. Demoré mi estado de estupefacción, avancé con largas zancadas y me regañé un poco por no haber sido del todo sincero con Natsuki. «Lo haces por su bien», me dijo una vocecilla. Y aunque yo pensaba, me aseguraba, que era lo mejor para evitarle más sufrimiento, otra parte de mí se fustigaba porque tal vez no había sido la manera.

Miré a mi suegro desfallecido. «Va a matarlos a todos cuando lo vea». Me mordí la lengua con tal de no hacer un comentario, pese a saber que cuando volviese, Eiji sería el primero que me daría una paliza. De repente, un pensamiento me atravesó la mente como si no hubiese caído jamás en que eso podría ocurrir. Fue un pensamiento impulsado por esa particular corriente de aire frío que últimamente no se separaba de mí.

¿Y si no regresaba? ¿Y si me mataban? ¡Cómo no había caído en eso antes! Me giré como un vendaval, y entonces fue la lista de Hana la que habló primero:

—Tiene dudas.

Kaori resopló y colocó las manos en su cintura. Luego se frotó la frente con desesperación.

—Por los dioses...

—¿Y si me matan? —pregunté al aire.

Kaori me miró con mala cara.

—Pues te enterramos para que no huelas, Arcadiy. —Mostré mi desacuerdo.

—O te quemamos, lo que mejor te venga —declaró Hana, y me pareció asombroso que esa señora supiese bromear.

—Prometemos ir a por tu cadáver en el caso de que alguien se adelante a tus golpes y disparos occidentales.

Ya empezábamos.

—No estoy de broma —renegué.

—Ellas tampoco —intervino Chiyo—. Si no nos vamos, será imposible salir antes de que Natsuki se levante.

Enfilé el paso en dirección a mi sobrina, con las dudas flotando en mi cabeza. Aleshka me miró con desaprobación, pero la ignoré, sujeté su equipaje, me despedí del *shogun* con una breve inclinación de cabeza y bordeamos la casa hasta dar con el coche. Kaori no tardó en aparecer con Haiden esposado de pies y manos. Comprobé que le habían permitido asearse y, con seguridad, comer algo. Traía los ojos pegados. Eso indicaba que había

descansado, aunque fuese en un lugar penoso.

—¿Dónde está Natsuki? —preguntó con confusión.

Fui rápido en resolverle la duda:

—Ahora nos acompaña. Andando —le ordené.

Sin embargo, una voz a mi espalda me erizó la piel y me sobresaltó.

Era Hana.

—Un momento.

Haiden parpadeó varias veces, tal vez pensando que verla podría ser fruto de su imaginación. Me aparté a un lado cuando Hana pasó, con la vista clavada en él. Pude apreciar el dolor en su semblante. No era dolor por volver a verlo, sino por saber que lo perdería, porque de todos era sabido que cuando Haiden terminase su misión con nosotros, la muerte sería lo único que le esperaría. Natsuki se había negado en rotundo a perdonarlo, y tenía muy claro que no accedería ni tendría clemencia con él.

Hana elevó su mano derecha y tocó una mejilla de su hijo. Él, sin pestañear, susurró:

—Madre...

Fue un momento tan incómodo que no supe dónde mirar. Kaori sí les mantuvo la mirada a los dos, aunque fue una mirada de tristeza y decepción. Las palabras de Hana me dejaron estupefacto:

—Nunca tendrías que haber sido como él. —Se refería a Ayari. Tras una breve pausa en el que los dos se miraron, añadió—: Que los dioses te perdonen, hijo mío.

Besó su frente con mimo, cerró los ojos durante ese acto y se separó de él. Haiden no pudo creerse lo que había visto, pues incluso cuando Kaori lo metió a la fuerza en el maletero del coche, él continuó perplejo.

Hana le había dicho a Natsuki que podría utilizar la baza de contarle que estaba viva cuando más le conviniese, sin embargo, en la reunión de la noche anterior, las palabras de mi tigresa fueron muy concisas y le pidió que se despidiese de él antes de que nos marchásemos a Londres, pues lo más seguro era que no volviese a verlo.

Abrí la puerta del conductor cuando Kaori me entregó un papel con el nombre de la persona que nos esperaría en el pueblo de al lado. Nuestras manos se rozaron y sentí que el cuerpo se me erizaba. Al elevar el mentón, ella ya estaba con su mirada clavada en mí.

—Recuerda que le has jurado a Eiji volver, Arcadiy-chan.

Sonreí de forma suave, echándole un último vistazo a la casa.

—Me caes regular, Kaori. Regular. —Me callé unos segundos antes de pedirle—: Por favor, cuida de ella.

Rio, me subí en el coche y cerró la puerta, dando después unos breves toques. Arranqué el vehículo sin demorarme más, observando al maestro, a Chiyo al lado de Hana y a Kaori por última vez antes de acelerar.

Cuando salíamos de la finca, y sin mirar atrás, noté que unos inquisidores, azules y maquiavélicos ojos me inspeccionaban. Carraspeó, llamando mi atención. La miré, sin ninguna risita ni nada que me delatase, pues sabía que empezaría a renegar, como ya era costumbre en Aleshka. Pero no. Sus palabras me demostraron que, quizá, la adultez llegaría antes de lo previsto:

—Esto que has hecho no va a salir bien. Natsuki va a cortarte las pelotas con su Hiroko Megumi.

21

Un nuevo miembro

Nos encontrábamos aparcados en Tsumago, a la espera de que el señor que me había indicado Kaori en el papel apareciese. «Como para una urgencia», pensé, y más me valdría haber seguido en el coche hasta el aeropuerto más cercano.

—Sabes que no has actuado bien, ¿verdad?

Suspiré, cerré la puerta del maletero cuando saqué a Haiden como un trapo y me volví para observarla.

—¿Y tú sabes que las niñas guapas están más bonitas calladas? —Cabeceé despacio en dirección al japonés, dándole a entender que no hablase más de la cuenta.

Aleshka se llevó los brazos al pecho y mostró aquella pose disconforme que a mí me importaba una mierda. Pasé por su lado, con el macuto en la mano, y la insté con otro cabeceo a que cogiese el suyo.

—Ha estado muy mal. Va a enfadarse muchísimo cuando vea que te has marchado.

Me detuve en seco. Haiden me observó, con las manos atadas a la espalda y los pies cogidos por una gruesa cadena. Parecía un prisionero zarrapastroso.

—También deberías saber que las niñas guapas no hablan delante de los hombres malos.

Hice gestitos irónicos con los ojos. El chino mandarín bufó, mi sobrina lo miró y siguió a lo suyo. Sin embargo, me dio la sensación de que estaba nerviosa.

Un coche se acercaba a nosotros en la lejanía, y por la marca del vehículo supe que era nuestro traslado. Era el que aparecía en la nota. Retomé mi marcha durante poco, tan poco que casi no me dio margen a levantar un pie.

—Todavía estás a tiempo.

Parón de nuevo. Me giré para mirarla.

—Aleshka, estás tocándome mucho los huevos. Y ya te he dicho que a callar. Así que ya.

—¿Dónde está Natsuki?

«El que me faltaba», pensé, aunque no lo dije. Con una mano, seguí sujetando el amarre de las muñecas de Haiden, me agaché, abrí la bolsa con destreza y saqué la cinta americana. Él me observó estupefacto. Aleshka continuaba:

—Es que solo te digo que creo que deberías haber hablado con ella. Preguntarle si era lo que quería y...

—¡Me importa una mierda tu opinión de mierda, Aleshka! —exploté con redundancia. Solté a Haiden un segundo y corté la cinta americana.

—¿Por qué vas a taparme la boca? ¿Dónde está Nat...? —Le planté la cinta de un manotazo—. ¡Mmm, mmm!

—Calladito estás mejor, porque, si no, solo me entran ganas de cortarte la lengua para que tengas otra amputación. —Sonreí malvado y me giré con ojos fulminantes hacia mi sobrina—. Si abres la boca una jodida vez más, te la coso.

Pensé que montaría en cólera, teniendo en cuenta que el carácter de Aleshka era indomable, pero no. La niña se mantuvo en silencio, miró a ambos lados de la carretera y retomé el paso cuando el vehículo se detuvo. Un hombre de mediana edad salió, me saludó con una inclinación de cabeza y le pregunté:

—¿El señor Yuto?

Cabeceó en señal afirmativa.

—¿El señor Bravo? —Le dije que sí de la misma manera y me indicó el coche—. Pueden subir.

—A este lo metemos en el maletero, que hace mucho ruido —me jacté, escuchando los gruñidos e intentos de que se le entendiese algo al japonés.

Lo monté en un segundo, ignorando su mala cara y sus quejas mudas, lo apresé con unas esposas previamente atadas en un lateral y cerré el maletero sin miramientos. Al volverme, mi sobrina movía de manera poco disimulada los ojos.

—Aleshka, no tienes por qué estar nerviosa. Pronto te reencontrarás con tus padres y estarás a salvo.

Sus ojos se fijaron en mí, prestándome atención. Coloqué los brazos en jarra, a la espera de una contestación por su parte.

—No estoy nerviosa. —Frunció el ceño y apretó los puños a ambos lados de su cuerpo—. Es solo que creo que deberías habérselo dicho a Natsuki,

aunque estés intentando que no sufra y que recupere a su hermana.

Imaginé que toda esa información la tenía gracias a Asahi, pues era su única fuente de confianza en Magome, que yo supiera.

—¿A ti no te caía mal? —cuestioné.

—Yo no he dicho que Natsuki me caiga mal.

Entrecerré los ojos y me apartó la mirada, porque los dos sabíamos que aquello no era verdad.

—Entonces, ¿todo el pollo que has montado era por...?

—Porque me daba pelusilla, como dice el tío Tiziano —me respondió tan campante, retorciéndose las manos.

Su actitud no me cuadraba. Aun así, lo pasé por alto, elevé una mano para instarla a que se montase en el coche y añadí, con un tono de refunfuñón que no me pegaba:

—Andando, pelusilla. Yo sí que voy a darte pelusilla.

Se detuvo en seco, me contempló con ojos suplicantes y me preguntó, por no sabía cuántas veces ya:

—¿Seguro que no quieres llamarla y arreglarlo?

Estuve a punto de soltar un resoplido gigantesco, pero el aire se me quedó en los pulmones cuando la espalda se me erizó, como si me la hubiese atravesado una de esas corrientes. Sin embargo, no era la corriente habitual cuando sabía que Riley estaba conmigo —parecía un loco, pero tenía que asimilar las cosas de una maldita vez—, sino todo lo contrario.

—Ya te he dicho que no vamos a hablar más del te...

—¿Adónde demonios *vas*, Arcadiy Bravo Tanaka?

Tuve que morderme el labio y no terminar la frase, por supuesto. Miré a mi sobrina, quien ya tenía cara de culpable. Moví los labios para esbozarle un breve «Te mato», y entonces reparé en que de los bolsillos de su sudadera gigantesca sobresalía un teléfono. No negué con la cabeza porque iba a ser muy evidente para la mujer que se encontraba a mi espalda y de quien podía oler el humillo de enfado que emanaba.

Tuve que girarme, aunque lo hice con mucha lentitud, ya que no sabía cómo enfrentar la situación, y las dudas me asaltaron como un torbellino. Natsuki se encontraba con las manos en las caderas, con mirada asesina y los labios muy apretados. Solo tuvo que menear el mentón hacia arriba un poco para darme a entender que esperaba una respuesta.

—¡Tigresa! —dije muy alterado, tal vez demasiado efusivo. La aniquilación de su mirada se intensificó—. Yo... Yo... —Señalé el coche, como si con los gestos fuese a entenderme.

—¿Tú...?

—Iba a..., bueno, ya sabes. —Palmeé el maletero como los gilipollas—. A cargar la basura antes de irnos. —Sonreí, creyendo que eso le quitaría hierro al asunto.

Aleshka pasó por mi lado, me miró como si fuese tonto —que lo era— y mostró su disconformidad con un movimiento de cabeza. Y juro por mi vida que me parecieron las dos igualitas.

—*Irnos* —repitió mi mujer.

—Irnos, sí. Eso he dicho. *Irnos* —recalqué, como ella había hecho.

Dio un paso intimidatorio y cruzó los brazos bajo sus senos, en una postura chulesca que me tensó la bragueta. Evité por todos los medios mirarle el escote que había creado ese movimiento, al igual que también evité que mis ojos se quedasen demasiado tiempo en sus turgentes pechos. Era un hombre, para qué íbamos a justificarnos de otra forma.

—¿Y cuándo se suponía que me avisabas de que nos íbamos? —inquirió.

Busqué la ayuda de Aleshka, quien otra vez negó. Le faltó decirme que parase ya de hacer el idiota. Suspiré con abatimiento, porque, como siguiese liando la bola, al final iba a ser peor.

—Tigresa, yo...

De nuevo, parecía haber cogido carrerilla con eso de interrumpirme:

—¡Ni tigresa ni leches! Habéis golpeado a mi padre, lo habéis ocultado, te has marchado sin decir ni una palabra. —Fui a hablar, pero levantó un dedo tal y como había hecho su puñetera madre, para que no se me ocurriese interrumpirla. Su tono fue creciendo a medida que continuaba—: ¡Y encima me dices que íbamos a *irnos*! ¡A irnos! —Miró a mi sobrina y añadió con enfado—: ¿Se puede ser más mentiroso?

Abrí la boca con desmesura, las observé a las dos y até cabos. De repente, mis labios no fueron los únicos que se agrandaron, sino que mis ojos lo hicieron a la par.

—¿Tú has sido la chivata? —Apunté a mi sobrina de inmediato.

Se revolvió en el sitio, indicando que sí.

—Yo no he hecho nada más que llamarla mientras estabas con Eiji en el jardín.

Abrí más los ojos, tanto que casi se me salieron de las cuencas, porque me habría esperado cualquier mentira piadosa a la verdad absoluta. Mi tigresa me miró muy muy mal.

—¡Serás perra traidora! —le dije medio de broma, medio estupefacto.

—Ahora, la única que puede echarte un cable es la perra traidora —sentenció, pareciéndome una adulta y no una niña—. He hecho mucho hincapié en que te arrepintieses, pero eres muy tozudo.

«De ahí la insistencia». Encima tenía que darle las gracias por nada.

—Habría estado mejor que me dijeses: «Oye, tío Arcadiy, que le he retransmitido a Natsuki todo lo que he visto, así que deja de hacer el tonto antes de que sea tarde».

—¡Eh! —Mi tigresa chasqueó los dedos delante de mi cara para que le prestase atención—. No pagues con ella lo que tú haces mal. ¡Dijimos que nos íbamos juntos!

Busqué a mi sobrina de nuevo, la señalé con el dedo y sentencié:

—Estás castigada. No te vienes a Japón cuando regresemos. —Volví mi atención a Natsuki—: Oye, escúchame, todo esto tiene una explicación lógic...

No me hizo caso, solo miró a mi minirusa y sentenció:

—*No* estás castigada, y te vienes conmigo a Japón cuando regresemos, siempre que tus padres estén de acuerdo.

Ahora, el que se cruzó de brazos de manera infantil fui yo, pero porque no sabía por dónde salir. Aleshka puso cara de suficiencia y me dieron ganas de darle un bofetón. Sonrió malvada cuando entrecerré los ojos.

—¡Estáis las dos en mi contra! ¡Nadie me deja hablar!

—Menudo dramático —murmuró Aleshka, y quise ahogarla.

—Sí, creo que está dándole la pataleta de niño de cinco años.

—¡Vale ya! ¡Las dos, coño! —Me desesperaban.

Natsuki pasó por mi lado, así que intenté sujetarla del codo, lo que ocasionó que se soltase de un brusco movimiento. Elevé las manos en el aire por su gesto, aunque reprimí resoplar. Entrecerró los ojos con ganas de soltar muchas barbaridades, y eso me llevó a tratar de arreglar la situación, otra vez:

—Escúchame, por favor. Déjame que te dé mis motivos y después enfádate. —Fui a tocarla, pero se apartó. Ahí sí que fruncí el ceño—. Natsuki, no hagas eso.

Se separó, marcando esa distancia que odiaba, y bramó altanera antes de meterse en el coche donde Aleshka había aposentado su culo:

—Tranquilo, tienes ochocientas horas para hablar contigo mismo y reflexionar.

Me asombró que me recriminase lo de las horas, pues era algo que yo le había dicho el día que partimos para Japón. No me gustó su significado.

—¡¿No piensas hablarme en el vuelo interminable?! —Negó con la cabeza —. ¿Estarás de broma, Natsuki Tanaka Bravo?

Elevó la bolsa que llevaba colgada en el hombro.

—Yo tengo que enseñarle historia a mi *deshi*. Tú puedes hablar con los asientos.

Y, sin más, se montó en el coche.

No iba mal desencaminado con mis conclusiones, porque, en efecto, durante el interminable vuelo hasta Londres no se le ocurrió dirigirme la palabra, y solo pude acercarme a ella cuando entendí que mi vida no corría peligro si le rozaba un mechón.

Era obvio que ese momento fue cuando se durmió.

Llegamos al aeropuerto de Londres casi a medianoche. El viaje fue tedioso, y me replanteé la de veces que estaría hasta los huevos de tantas horas de avión. Japón estaba lejos de cojones. Pensé que lo mismo tendríamos que quedarnos a vivir en un punto intermedio o que viniesen el resto a visitarnos. Cualquiera le decía algo a la fiera indomable que había cumplido al pie de la letra su amenaza de no hablarme en todo el camino. Si lo hacía, me aseguraba un divorcio exprés.

A Haiden lo habíamos llevado en la bodega, y como buenos malotes que éramos, lo habíamos metido en un trasportín para perros grandes, por lo que podía darse por satisfecho de que había podido estirar un poco sus cortas piernas. Lo saqué de allí con mala cara y con su boca todavía cubierta por la cinta americana. Al quitársela con brusquedad, me dijo lo primero que le vino a la cabeza, claro:

—No tenéis humanidad. ¡Casi quince horas como un animal! ¡Sin una gota de agua! ¡Con la boca tapada!

Me detuve para mirarlo con asombro.

—Ah, disculpa, que no sabía que habías cambiado de animal, y de cerdo te habías convertido en rata. —Sonreí maquiavélico, sabiendo que mi comparación no tenía nada que ver con lo que le había dicho—. Camina, chino mandarín —le ordené—, y no hagas que me arrepienta y te cosa la boca en vez de ponerte una cinta.

—Se suponía que teníamos un trato. Aun así, ¡me habéis dejado solo en la bodega! —Casi escuché cómo sus dientes rechinaron—. ¡¿No habéis tenido bastante con ocultar a mi madre?! —El dolor se reflejó en esas palabras, aunque las ignoré, pues aquello no me competía.

Se había detenido de nuevo, así que lo empujé con un golpe seco en la espalda. La verdad es que le di con ganas.

—Anda, no sabía que le tenías miedo a quedarte solo, pero lo apuntaré en mi lista de *no me importa una mierda*.

Bufó, exasperado por mi tono altanero, aunque no objetó nada. Conduje con él por la pista, sin soltarlo, hasta que a pocos metros de nosotros atisbé

dos coches que me hicieron sonreír. En uno iba Angelo, quien se quedó unos metros alejado, y en el otro iban Jack y Micaela. Desmontaron con otra sonrisa más amplia en sus bocas, sobre todo cuando Aleshka comenzó a correr hacia ellos. Se tiró primero a los brazos de su padre, que ya la esperaba con ellos en alto. Mi hermana se aproximó y tocó el cabello de mi sobrina, donde depositó un tierno beso. Aleshka no dudó en extender uno de los brazos que habían envuelto a su padre para arropar a su madre. Quién iba a decírselo.

—¿Es anhelo lo que veo en tus ojos? —La pregunta de mi tigresa me sorprendió.

La miré con una sonrisa más grande y ella no pudo contenerse, pese a que sabía que estaba enfadada.

Haiden escuchaba con atención.

—Es una familia muy bonita —comenté, dando un paso lateral con disimulo hacia ella—. Si quieres, podemos ir a buscar nuestro primer miniyó, pero te aviso que nos fastidia un poco con tantos planes.

Aguantó la risa y negó con la cabeza. El bufido del japonés fue monumental. Mis comentarios estaban jodiéndolo vivo. Más me valdría haberme guardado esa broma, porque parecía haber invocado al destino.

—Ya veremos, Arcadiy Bravo Tanaka. Ya veremos.

Le guiñé un ojo socarrón, le pellizqué la cintura y retomamos la marcha juntos; ella me siguió con las manos a la espalda, cara de pilluela y boca cerrada hasta que llegamos a los nuevos visitantes, sabiéndonos observados.

—Hermano. —Me saludó Micaela, envolviéndome entre sus brazos.

—¿Tenéis todo listo? —susurré casi sin mover los labios.

—Sí. Pero no nos marcharemos hasta que sea seguro.

Rugí a modo de afirmación y me cambié de posición en dirección a Jack. Al chocarme con él, sentí que el arma que tenía escondida bajo su chaqueta me presionaba el vientre.

—Ryan está dentro del aeropuerto. Hay un tiro certero.

—¿Él con un francotirador? No le confiaría mi vida —opiné de guasa, continuando en el mismo tono bajo y deseando ver a ese cabezota.

—Ha tenido tiempo de aprender y de tener buena puntería, enano.

Dos golpes en mi espalda fueron el indicativo para saber que el plan de Londres empezaba su función. No habíamos tenido que repasar nada porque ya lo llevábamos estructurado desde Magome, y solo esperaba que nadie se desviase del tema.

Me giré de cara a Haiden, a quien ahora sujetaba Natsuki mientras hablaba con mi hermana.

—Que tu dios te libre si se te pasa por la cabeza jodernos, Haiden —lo

amenacé, aunque ya lo había hecho muchas veces más el día anterior.

Me miró con fijeza y mal. Sin embargo, como siempre solía hacer para darme a entender que mi presencia le importaba una mierda, se giró hacia mi japonesa, la observó con ojitos de cordero degollado y le anunció:

—Te juro que no voy a fallarte. Esta vez no, Natsuki.

Su cabeceo hacia abajo fue en señal de respeto, y aunque viese que de verdad estaba arrepentido, que le dolía haberla perdido, seguía sin entrarme en la cabeza cómo una persona como él podría querer —amar— a alguien con todo lo que le había hecho sufrir.

Natsuki asintió, y vi en sus manos sujetando a su exmarido el reflejo de unos nervios subyacentes.

—Vamos —añadió Micaela, extendiendo un brazo hacia su hija.

Mi sobrina me miró, después lo hizo con mi tigresa y esta última le devolvió una mirada de cariño inmensa, con la promesa de llevársela impregnada en ese gesto. Entendí por el nerviosismo de mi sobrina que no sabía cómo se tomarían sus padres que quisiese venirse a Japón con nosotros, pero sobre todo con el maestro Asahi, con Chiyo y con Eiji.

«Eiji». Pensé en él durante muchas horas, y me prometí acordarme de llamarlo en cuanto la vida me diese un respiro. Tendría que chantajearlo con algún invento, porque a ver cómo le explicaba yo que había permitido que esas dos arpías lo dejasen KO con un breve toquecito. Es que era de risa.

Antes de subirse al coche, mi sobrina retrocedió, chasqueó la lengua y se tiró a mis brazos, dejando plasmado en ellos el amor tan profundo que sentía.

—Te quiero mucho —me dijo, pegada a mi cuello—. No me odies, por favor. Yo solo deseo verte feliz siempre.

Besé su frente, al igual que hacía con Natsuki, quien observaba la escena emocionada. La separé, recogí su cabello platino por detrás y sonreí al juntar mi frente con la suya.

—*Os* —subrayé— perdono las casi quince horas que habéis estado con vuestras historietas de samuráis. Y también que hayas sido una chivata de primera. —Rio y la abracé con más fuerza—. Yo también te quiero, *to korítsi mou.*

Se limpió las lágrimas que habían caído de sus ojos, típico de una niña que no había cumplido los doce años, por mucho que ella se creyese una adulta, o tal vez nosotros estábamos impulsándola a ser más adulta por el mundo en el que vivíamos.

No me esperaba tampoco cuando se separó de mí y no dudó en cobijarse bajo el brazo libre de Natsuki. Tras ese abrazo al que la japonesa correspondió como si fuese un palo de escoba, Aleshka le plantó un beso en una mejilla.

—Seré una gran guerrera en las filas Tanaka Bravo. —Se llevó una mano al pecho, justo donde Natsuki siempre se colocaba la suya. La piel se me erizó —. Te lo juro por mis dioses y por mi honor.

Casi me desmayé. Y aunque la situación no estaba prevista de aquella manera, y mucho menos que nos enredásemos tanto en la supuesta despedida ficticia, me sobrecogí cuando mi tigresa sostuvo su mano con mimo, la soltó para llevársela a su corazón y sentenció:

—Y yo te juro por los dioses y por mi honor que haré de ti el arma más letal que haya conocido el mundo, Aleshka Williams.

Jack y Micaela me observaron sin comprender qué sucedía, a lo que yo hice un gesto con los ojos, dándoles a entender que más tarde se lo explicaríamos. Haiden carraspeó, como si le incordiase la situación. Sin querer, sin saber cómo había sucedido, un nuevo miembro se había unido al clan de los Tanaka Bravo. Con qué poderío sonaba mi apellido ahí dentro.

—Tened cuidado —nos solicitó Micaela cuando mi sobrina llegó a ella. Le abrió la puerta para que se subiese, y Jack movió el rostro de esa manera que nosotros nos entendíamos. Era un «No me marcho».

Cogí una gran bocanada de aire, miré a Natsuki, que aún continuaba con las lágrimas agolpadas en los ojos por lo que habíamos presenciado con Aleshka, y continuamos nuestro paso juntos hasta llegar a otro de los vehículos más alejados en la pista. Me daba un poco de pavor la situación a la que íbamos a enfrentarnos en solo unos segundos.

Desde que nos llevamos a Haiden a Magome, habíamos percibido que alguien nos vigilaba en la distancia, y Chiyo había sido el que nos lo había comunicado. No se había atrevido a sobrepasar las líneas del perímetro de la casa, pero sí que estaba allí. Por supuesto, la presencia de Sakura no había sido avistada porque era tan silenciosa como su hermana siempre que quería.

Y, en efecto, cuando solo nos quedaban unos pasos para llegar al vehículo, ella apareció como un fantasma, tal y como Haiden nos había dicho. Tras saber que Sakura había sido la que lo había rescatado del bosque, junto con Peter, el japonés que llevábamos apresado nos comunicó que ella siempre lo protegería por el tratado que tenía con su padre Ayari, pero, de igual forma, si Peter le ordenaba que lo matase, con seguridad también lo haría, porque le debía más lealtad a él que a ninguno de los allí presentes.

—Sakura —murmuró Natsuki, con el dolor palpable en la pronunciación de su nombre.

Su hermana, vestida completamente de negro, como iba la primera vez que la vimos en Tokio, extendió una pistola en dirección a la parte trasera del vehículo y apuntó. No se anduvo por las ramas, ni siquiera pareció tener ese

apego familiar que Natsuki sí mostraba siempre, pese a no haberse visto desde hacía quince años.

—Si no me entregas a Haiden, lo mato.

Una cabeza castaña asomó por el lugar al que apuntaba, con un traje verde limón y una camisa naranja lisa, sorprendentemente. Contuve el arranque de reírme a carcajadas, porque si Angelo no había hecho una bendita broma, era porque estaba acojonado de verdad.

Recordé nuestro plan del día anterior.

—¡¡¿A mí de cebo?!! ¡¡Una mierda mierdísima!! ¡Os podéis ir todos a tomar por culo! ¡¡No pienso aparecer más en vuestras vidas!! —había dicho en la conversación de la noche anterior, cuando planificamos nuestros movimientos por videollamada.

—Angelo... —lo llamé con poca paciencia.

—¡¡¡¡Que no!!!! ¡Además, yo me iba para Italia! ¡Me dijiste que ya estaba de vacaciones! —vociferó para que lo escuchásemos más alto. Me hizo gracia que me diese explicaciones como si me perteneciese.

—Un año de seguridad de los Sabello —soltó Romeo con desgana, sentado en el despacho de Tiziano. A través de la videoconferencia, se veía al capo dando vueltas con el teléfono en la oreja, creíamos que sin prestarnos atención.

Angelo se colocó el teléfono en la cara de manera exagerada y pronunció con rapidez:

—Hecho.

Entonces, el capo de la mafia siciliana se dio la vuelta, miró atentamente a la pantalla y lo amenazó:

—Pero si haces una cosa que manche a la Nostra Famigghia*, te arranco la piel a tiras y después me hago un abrigo.*

Sonreí mentalmente al recordarlo. La voz de mi mujer me sacó de mis pensamientos, viendo al mismo tiempo que el italiano se ponía de pie, sin perder de vista el cañón del arma.

—Este hombre no ha hecho nada que merezca la pena para dejarlo vivir, Sakura —pronunció Natsuki con calma, y le dio un breve empujón a Haiden en el hombro.

Él no habló, como así le habíamos indicado.

—No voy a repetirlo otra vez, Natsuki. O me lo das, o disparo. Es tu

elección.

—¿Por qué estás con Peter Callum? —le preguntó alterada, y yo caí en que eso continuaba siendo parte del plan, aunque pareciese que no.

La mujer de negro movió la mano hacia arriba, como último aviso. Quitó el seguro del arma, indicándonos que no iba de farol.

—¡¡Eh!! ¡¡Eh!! —se desesperó el italiano, con las palmas de las manos elevadas—. Tranquilidad, ¡por Dios! Japo, entrégale al chino este, por lo que más quieras. —Mi tigresa no mostró nada en su semblante—. ¡Que me dispara! —Su tono fue desesperado; nada fuera de la realidad, vamos.

Carraspeé, metiéndome así en la conversación, lo que ocasionó que me ganase una mirada fulminante de Natsuki. Por supuesto, previamente ensayada también.

—Natsuki... —Miré a Sakura—. Si te lo entregamos, te marchas de aquí sin ningún altercado del que después nos lamentemos.

Sakura nos observó a los dos. Al no contestar, me afané en sacar la pistola de la parte trasera de mi pantalón, amenazándola tal y como ella hacía. Apunté con destreza a su cabeza y entrecerró los ojos en mi dirección.

—No estaba hablando contigo, asesino. —Sonreí al ver que sería el apodo que me perseguiría de por vida. Me dejó fuera de lugar cuando le anunció a su hermana—: Deberías haberte quedado en Magome. No sobreviviréis ninguno.

—Sakura. —Mi tigresa fue a dar un paso, pero su hermana la apuntó—. No tienes por qué seguir con ellos. Ven conmigo.

No lo sabía, pero yo sí que pude ver la duda en su mirada, en sus ojos sacados del mismísimo polo norte. En el fondo deseaba poder correr a los brazos de su familia, y aquello llamó poderosamente mi atención, pues, ¿por qué no lo hacía, entonces?

—¡Entrégamelo, Natsuki! —bramó con mal tono y con una mirada fría como el hielo.

La nombrada sujetó a Haiden de las cadenas, evitando en cualquier momento tocarlo. Con la mirada distante y muy calculadora, elevó el mentón e impuso sus reglas:

—Primero, entrégame a Angelo.

Sakura asintió con calma y movió la cabeza en señal de que podía esconderse detrás de mí, que fue lo que hizo. Y sin dejar de apuntarnos, abrió la puerta del coche, colocado allí por Angelo aposta, y esperó a que Natsuki empujase a Haiden.

—Márchate, Natsuki. Márchate antes de que sea tarde y el lobo te devore.

Su segunda advertencia me indicó que no daba una moneda por nosotros, creyendo que moriríamos a la primera de cambio, al primer encontronazo que

tuviésemos con el londinense. Y, quizá, podría ser así y que nosotros lo hubiésemos subestimado. Quizá, cualquier detalle podría desmoronarnos como una torre de naipes.

Natsuki empujó a Haiden. Afiancé la pistola en mi mano, sin perder de vista los movimientos del japonés atado, con la duda latente en mis terminaciones. Solo esperaba que no nos la jugase, porque, de lo contrario, tendríamos que remover cielo y tierra para encontrarlo.

Se montó en el coche. Sakura lo hizo después de él y bajó el arma. Antes de irse de allí, me miró y me dijo:

—Ya puedes decirle a tu francotirador que deje de apuntarme.

Pues sí, la japonesa era igual de lista que la hermana, y posiblemente se había dado cuenta de que estaba todo el mundo esperando un falso movimiento para coserla a balazos. A mi favor debía decir que no era más lista que nosotros, porque no había dilucidado que todo era una trampa.

Menuda familia tenían los Tanaka.

22

Una mentira costosa

El trayecto hasta Castle Combe fue un no parar de hablar con Natsuki, con Angelo, quien no dejaba de entrometerse en la conversación, y con mis propios pensamientos. No quería desalentar a mi japonesa, pero cada segundo que transcurría nos daba más indicios de que Sakura no regresaría al núcleo familiar. De que no estaba dentro de sus planes. Aquello me apenaba en lo más profundo de mi ser, porque me veía reflejado en ella, pero esa familia albergaba la oportunidad de recuperarse al cien por cien.

Yo jamás la tendría.

—Aun así, has tenido miedo —objetó mi tigresa.

Los miré de reojo, sin perder la atención en la carretera.

Sakura se había llevado uno de los coches; uno puesto adrede por nosotros, pues habíamos organizado el plan al dedillo. De hecho, la llegada a Londres en sí ya era un plan.

—¡No he tenido miedo! —Después de ese sobresalto, bajó el tono—: Es solo que tu hermana exuda respeto, con esos ojos brillantes, grises... —Pareció quedarse en el limbo—. Siniestros.

Natsuki rio.

—Te has cagado por sus ojos, Angelo. Para una vez que te metes de lleno en algo que no te beneficia —repuse socarrón.

Lo busqué por el espejo retrovisor, percatándome de que miraba por la ventana como si estuviese ensimismado en el exterior. Me había dado cuenta de un cambio de tono anormal en Angelo, pero no quise objetar nada.

Entonces, sin preguntarle, prosiguió:

—Tiene una buena estatura para ser china. —No me molesté en corregirlo ni tampoco en sacarlo del error. Que japonesas grandes también había—. Unas piernas largas y fuertes. Ese cabello azabache que esconde debajo de las capas de tela negra. —Me observó un segundo antes de regresar la vista a la

ventana—. Se piensa que no me he fijado, pero se le ha escapado un mechón en plena reyerta. Tiene pinta de ser muy sedoso. —Cabeceó en señal afirmativa.

Busqué a Natsuki de soslayo y ella ya estaba mirándome con asombro. ¿Eran imaginaciones mías, o el tono de Angelo había sido anhelante? No podía creerme aquello.

Mi japo y su sinceridad se adelantaron:

—Angelo, hablas de mi hermana como si fuese una diosa. ¿Te ha dado tiempo a ver todo eso en ella?

Ni se inmutó al ser consciente de que lo habíamos pillado un poco traspuesto. Debía ser el efecto Natsuki.

—Sí. —Se detuvo, porque fue una afirmación pausada—. Ojalá me hubiese dado la oportunidad de pelear cuerpo a cuerpo con ella. Habría sabido qué calidez tiene su piel blanq... —Pareció ser consciente del rumbo de sus pensamientos y carraspeó, cortando la conversación de raíz.

Tuve que pensar mucho para ver por dónde salía con una de mis bromas, ya que enseguida se le notó incómodo por lo que había soltado por la boca.

—En resumen, que casi tienes que cambiarte los pantalones. —Mi tigresa me miró de reojo; yo intenté que lo dejase ahí.

El semblante de Angelo mostró su disconformidad, y entonces el momento de Natsuki llegó cuando él se echó un poco hacia delante, dejó la cabeza en medio de los dos asientos y buscó la atención de ella, cambiando también de tema:

—¿Te parece bien que vayamos a por esos niños mañana a primera hora?

Los ojos de mi mujer brillaron. No sabía qué tipo de organización pretendía llevar, pero sí estaba al tanto de qué no entraba en los planes de futuro.

Giré a la derecha en una bifurcación, en el oscuro y dormido pueblo de cuento, detrás de Jack. Atravesamos las estrechas calles de aquel sitio hasta acceder a la plaza principal, donde se abrían dos callesr a las avenidas principales.

—¿Crees que podrás arreglártelas sin mí? —me preguntó, y Angelo aguantó una risa mal disimulada.

Volví mi rostro hasta toparme con el suyo perverso. Mantenía las manos en los muslos, aparentemente relajadas. Le devolví la pregunta con una sonrisa burlona:

—¿Crees que podrás arreglártelas sin mí?

Rio y asintió, aunque sí que vi el reflejo de la duda en sus ojos, como si le preocupase algo que no comprendí. Inmediatamente, el rostro de Noa me vino

a la mente y mi mirada se posó en su mano izquierda, la cual portaba esa alianza que nos había comprometido apenas hacía días.

Angelo continuó parloteando cual loro. Yo iba sumido en mis pensamientos según nos acercábamos a la casa de Noa, recordando nuestra última conversación. Natsuki le respondía con alegría al italiano, pero no era la misma que había mostrado durante el trayecto. ¿Por qué parecía tan insegura?

Las palabras de Noa rebotaron en mi cabeza sin darles permiso:

«A mí no me has mirado nunca así».

«No sé cuánto tiempo llevo enamorada de ti, Arcadiy».

«No puedo soportarlo más y necesito alejarme de ti todo el tiempo que pueda».

«Necesito bajarme del barco».

Y ahí íbamos nosotros: a su casa, casados y enamorados hasta las trancas.

No me gustaba hacerle daño a la gente de manera gratuita, no si me importaban, y Noa me importaba más de lo que ella se imaginaba. Juntos habíamos vivido momentos emocionantes. Y no solo hablaba del sexo, sino de instantes de felicidad, de risas, de peligro. Todo, a fin de cuentas.

Llegamos a la entrada, cerca del río y del bosque, en la parte del pueblo donde se encontraban las casas tradicionales de la campiña inglesa. Detuve el vehículo con un nudo en la garganta y vi a Aarón en la puerta, esperándonos.

Los primeros en llegar a él fueron Jack, Micaela y Aleshka. La sonrisa de Aarón fue suficiente para saber el aprecio que les profesaba. Mi sobrina se acercó a él y lo abrazó con mimo, Jack le palmeó la espalda en una muestra afectiva, pues no se habían visto desde que nos separamos, y Micaela se abrazó a él.

—¿En qué piensas?

Noté los ojos de mi tigresa clavados en mí, aunque no desvié la vista de mi familia.

—Algún día te contaré la historia de esos tres, y va a parecerte asombroso que se lleven tan bien. —Reí y negué, sin creérmelo. En un susurro, añadí—: Nosotros también tenemos una novela para contar.

—Quién sabe. Lo mismo un día encontráis a alguien con el suficiente valor para escribir vuestras historias.

Reímos, y entonces sí la miré.

—Nuestras, mi *riidaa*. Nuestras historias.

Se acercó, con el semblante lleno de amor, me abrazó por la cintura y yo correspondí ese gesto. Sin embargo, cuando los ojos de Aarón se posaron en nosotros, Natsuki se apartó con duda, como si lo que había hecho no estuviese

bien. Ahí caí en la cuenta de que el nudo ese que no me dejaba tragar tenía que desaparecer, que no teníamos que reprimir nuestras muestras de cariño ni escondernos de nadie, porque todo el mundo sabía que nos habíamos casado, porque no habíamos hecho nada más que dejarnos guiar por nuestro corazón.

Y donde mandaba el corazón..., nadie podía mandar.

—¿Qué ocurre? —le pregunté al ver que se quedaba tiesa como una tabla.

—Quizá debamos mantener las distancias porq...

No la dejé terminar:

—Porque nada, Natsuki. No es necesario que nos ocultemos. —Me contempló con duda—. ¿Hay alguien en el planeta que no sepa que me he casado con la samurái más molona?

Me mostró todos los dientes con su risa y la imité.

—Eres muy tonto, Arcadiy Bravo Tanaka.

Deslicé un brazo por sus hombros para arroparla.

—Mientras el tonto te haga reír, me vale.

Caminamos en dirección al expolicía.

—Que sepas que todavía estoy enfadada. Ibas a abandonarme.

—Ya me encargaré de quitarte el enfado esta noche. —Me miró horrorizada—. Aunque tenga que ponerte una mordaza.

Según nos acercábamos a Aarón, el expoli iba ensanchando cada vez más los labios, hasta que choqué una mano con la suya en una muestra de saludo. Natsuki cabeceó en su típico saludo japonés y él le correspondió, sabiéndose las costumbres.

—Me alegro de verte sano y salvo, rubiales.

—Y yo de ver que sigues con la cabeza sobre los hombros, poli —me jacté, y rio—. ¿Has buscado nombre ya para tu cuadrilla?

Asintió, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Seremos los polis macarras de siempre, solo que independientes.

—¿El resto de tu equipo ha venido?

Negó con la cabeza. Natsuki se mantuvo a un lado, sin tocarme, con las manos a la espalda y la boca cerrada. Miré a mi alrededor un segundo, ansiando ver al cascarrabias de Ryan, quien acudiría después de recoger a Lili. Ella llegaría en otro vehículo, aunque la dirección se la intercambiarían en el camino. No quería imaginarme lo que supondría para él ese acercamiento, ese reencuentro que se llevaría a cabo aquella noche, después de tantísimos años separados. Todavía no podía creerme que Lili lo hubiese llamado. Eso tenía que significar algo.

—No. Klaus está cerca de aquí, pero sigue en Mánchester. Beatrice... Bueno, ella está en Colombia, de momento. Tenemos esperanza de que

consiga entrar en el cuerpo federal de la policía de México. —Puse mala cara y Aarón movió los hombros con desinterés—. Ella no quiere abandonar su sueño, y debemos respetarlo. Natsuki. —La miró como si le costase decirlo, aunque al final lo soltó—: En la placa base hay información de... de tu hermana. Te la he copiado para que puedas analizarla, por si te sirve.

Ella apretó los labios en una muestra de agradecimiento, aunque también la verbalizó:

—Gracias, Aarón.

Como un torbellino, la puerta de la casa se abrió y apareció el huracán de Noa, subida a unos altos tacones, vestida con un pantalón ajustado y una camisa ceñida también. Tragó saliva y nos observó con atención. Ahí me di cuenta de que estaba... ¿cambiada?

—Arcadiy —musitó.

—Noa —le respondí como saludo.

Sin esperármelo, dio dos largas zancadas y se lanzó a mis brazos, cobijándose y soltando el aire que había retenido en sus pulmones.

Elevé las manos para envolverla con tiento, sin querer mirar a Natsuki, pues no sabía si eso estaba bien o mal. Si debía o no mirarla, si se incomodaría por aquel gesto involuntario. Sentía el cariño que Noa mantenía vivo en su interior, el que me atravesaba por la intensidad, y escuché cómo inspiraba mi olor de manera sutil.

—Estás bien, gracias a Dios.

—Gracias a Dios no lo sé, pero...

No me dio lugar a terminar la broma porque se apartó de mí como si hubiese recordado algo, miró a mi japonesa, que estaba más tiesa que Aarón, y le preguntó:

—¿Tú estás bien? —Fue una pregunta sincera, preocupada. Entendí que lo había dicho por Sakura.

Mi tigresa entrecerró los ojos y pensé que iba a sacarle uno a Noa con el sai, pero no. Me equivocaba, como de costumbre con ella.

—¿Tú estás bien? —repitió su pregunta Natsuki, muy fija en la rubia.

Noa se revolvió, soltó el poco agarre a mi cuello que le quedaba y se separó. Entonces me percaté de algo. Aarón la observaba con fijeza, queriendo disimular, Noa se hacía un poco la sueca y Natsuki continuaba su inspección.

—¿Qué sucede? —pregunté al aire, porque no sabía quién iba a responderme.

Ellas seguían observándose sin pestañear.

—Los Sabello llegan mañana. ¿Irás con Romeo a cerrar el acuerdo? —se interesó Aarón, supe que desviándome del tema principal.

Aprecié la saliva de Noa deslizarse por su garganta y no comprendí el motivo, hasta que escuché su pregunta susurrante a mi japonesa:

—¿Puedes verlo?

¿El qué podía ver?

Natsuki asintió, y busqué a Aarón al escuchar que seguía hablando:

—... Yo también iré con vosotros. El resto se quedará aquí para organizar los últimos retoques antes de...

—Yo también voy —sentenció Noa con el ceño fruncido, interrumpiéndolo, como si estuviese enfadada con él.

Aarón dio un paso bastante firme, como si quisiese dar a entender con ese pisotón que ahí las órdenes las daba él. Miré a mi tigresa de forma interrogante, pero me esquivó.

—No —soltó Noa con rudeza.

—¿Os referís al plan que *no* se sabe todavía, después de pactar con los terroristas?

Nadie me respondió, pero sí que me ignoraron adecuadamente.

—¡No eres mi padre! —bramó Noa, y se cruzó de brazos, en postura de desacuerdo, ya que Aarón no le respondió.

Me pareció estar en medio de una reyerta con aquellos dos. ¿Qué ocurría?

—¡Noa, ya! —rugió por lo bajo Aarón.

¿Sería una relación amorosa lo que percibía desde fuera? Miré a Natsuki, sin entender una mierda de lo que estaban hablando, hasta que se me ocurrió la idea de abrir la boca:

—Bueno, puede acompañarnos si ella quiere...

—¡¡No!! —Esa palabra fue prorrumpida al aire por dos personas al unísono: Aarón y... ¡¿Natsuki?!

Pero su conversación quedó camuflada bajo el rugido de un motor que se acercaba a nosotros. Lo vi aparecer al lado del espeso bosque, en un coche oscuro y a gran velocidad. Detrás de él se aproximaba otro, del mismo color, al que no perdí de vista.

—Ahí llega Ryan —anuncié.

El murmullo —o eso pensé yo— de Noa y Aarón se detuvo, supuse que por un breve golpe que escuché que ella le había dado y que lo había detenido, y me anoté mentalmente preguntarle después qué era lo que ocurría y por qué su antiguo jefe no quería que acudiese.

El primer coche se detuvo. Tuve que mostrar mi asombro al ver que Ryan desmontaba con una chaqueta fina informal, cubriendo sus enormes brazos tatuados y siempre libres. El gesto en mi semblante tuvo que ser visible para él, porque sonrió de medio lado.

No me había olvidado del corrillo que había a mi espalda, porque mientras yo caminaba para saludar a mi amigo, los tres continuaban hablando en susurros que nadie escuchaba. Si Romeo hubiese estado en ese momento allí, se habría enterado de todo sin preguntar.

—¿Ha caído una bomba? —le pregunté socarrón, viendo su perfecta hilera de dientes.

Nos abrazamos con cariño, palmeándonos con fuerza las espaldas en ese gesto de machos alfas que los hombres teníamos por costumbre.

—Veo que has sobrevivido a todo sin mí. No sé cómo es eso posible —se jactó.

Me separé unos centímetros y elevé la mano izquierda en el aire.

—Fíjate si lo he hecho bien que me he buscado otra compañera de viaje porque tú me has abandonado.

—Pero te dejé a Aleshka. —Me señaló con un dedo y con guasa.

Alguien más llamó mi atención. Llevaba unos botines altos, oscuros, a juego con un abrigo de piel, largo hasta las rodillas. Tenía una estatura pequeña, de no más de un metro cincuenta, y una melena lisa por los hombros, negra también, adornada con una boina marrón claro. Nadie había conocido a la exmujer de Ryan, excepto Micaela. Se la veía una mujer digna de su cargo: elegante, serena... Muy correcta y seria para ser la pareja de la roca que tenía delante.

Ryan se apartó unos centímetros, extendió una mano como si fuese un gesto casual y nos presentó. No lo aparentaba, sin embargo, en el fondo notaba los nervios de mi amigo, y me apostaba el cuello a que cuando había ido a por ella ni siquiera se había bajado del coche.

—Arcadiy, ella es Lili.

No abrí la boca; un cabeceo fue suficiente para indicarle mi saludo. Ella me imitó, sin sacar las manos de los bolsillos de su abrigo. Sus ojos, pequeños y tristes, se fijaron en mi amigo.

—Ni siquiera me has dado tiempo a saludarte.

Sobraba en esa conversación, pero cuando me disponía a retomar mi marcha hacia el interior de la vivienda, donde las tres gallinas ya se habían metido, el pie de Ryan lo impidió, interceptando mi huida con un movimiento disimulado. Gruñí un poco al sentir los inquisidores ojos de Lili de soslayo.

—No te preocupes. Cuanto menos estés aquí, menos riesgo correrás —le dijo con un tono tan grave que me pareció más una regañina que una bienvenida.

—Ryan... —intentó hablarle ella.

Lo miré con los ojos un pelín abiertos, reprendiéndolo. Él me ignoró, por

supuesto, y yo continué viendo esos nervios camuflados debajo de aquella masa de músculos.

Adelantó el paso, sin darle tiempo a continuar con lo que fuese que quisiera decirle, indicándole que podíamos entrar:

—Vamos, es muy tarde y tienes que regresar.

Un resoplido de Lili bastó para que se detuviese. Yo no sabía adónde mirar.

—Ryan, ¿podemos hablar un momento?

Me sentía un cotilla allí, e incluso empecé a impacientarme. Madre mía, ¡qué tensión! Ryan buscó mi ayuda y yo... Pues yo se la di:

—Ryan tiene razón: será mejor que entremos. Y antes de irte, podéis hablar de... vuestras cosas. Peter tiene ojos en todos lados y es posible que alguien te haya seguido.

—No hay nadie que me haya seguido —repuso ella con tonito. Esa manera de hablar me confirmó el carácter de Lili: altivo, tajante y, lo peor, impregnado de razón en cada una de sus palabras.

Mi amigo cabeceó sin nada más que objetar y su exmujer resopló. Extendí mi mano derecha para dejarla pasar a ella primero. Sus pasos eran elegantes, seguros de sí mismos y finos. Muy finos. Comprendí al instante la alta cuna en la que Lili se había criado, las enseñanzas que habría podido darle su familia y lo distinta que era a Ryan, un exmilitar del ejército de Estados Unidos, ahora agente de la CIA.

Su relación había sido complicada. Hablaba de lo que sabía, según Ryan. Él lo dejó todo para estar con ella, incluso cuando tuvieron su primera discusión grande mientras Ryan era el guardaespaldas de Micaela, en Barcelona, en el Diamante Rojo. Cuando las aguas se calmaron, él regresó a Londres, y Lili se marchó de casa justificando que su ausencia continua era insostenible para cualquier relación. Ryan siempre me dijo que creyó que Lili estaba con otro hombre. Y, bajo mi punto de vista, yo también lo pensaba.

Si no me fallaban las cuentas, acababan de verse las caras después de varios años. También leí entre líneas que él seguía tratando de superar su ruptura, pues Ryan no había estado con nadie, por lo menos de manera formal. Ella... De ella no sabíamos nada, aunque también atisbé el arrepentimiento en su oscura mirada.

Fui el último en acceder a una vivienda de estilo antiquísimo, con muebles de madera maciza y, tal y como pensaba, con un aspecto de cuento, como el resto del pueblo. Disponía de un salón espacioso, detrás de un vestidor en el que no había separación. Allí también se encontraba la cocina, una puerta que conduciría a algún aseo y el pasillo que daba a la parte trasera de la casa, con

otro acceso que daría al sótano. No era pequeña, y por lo que pude ver por el ojo de buey desde fuera, supuse que las escaleras de la segunda planta llevarían a las habitaciones.

—Un momento —solicitó Micaela cuando cerraba la puerta a mi espalda.

Vaticiné lo que vendría a continuación. Detrás de mi hermana se encontraba Angelo, en uno de los sofás; mi sobrina con Natsuki, en otro; Aarón y Noa, con las caras largas de haber discutido en la barra de la cocina, preparando unos bocadillos, con Jack a su lado, y Ryan delante de Lili.

La recién llegada elevó el mentón con altanería, gesto que ocasionó que mi hermana alzase más la barbilla que ella. Con menuda había topado si se pensaba que iba a echarle un pulso. Mica llevaba un detector de posibles micros, por muy pequeños que fuesen.

—¿Vas a cachearme? —inquirió la recién llegada con tono agudo.

—Voy a cachearte, sí —le respondió tirana—. Y da gracias a que no te deje desnuda delante de todos.

—Mica... —la advirtió Ryan, ya que intuíamos que estaba allí para ayudarnos. Pero... le había hecho mucho daño a Ryan, y ese hombre era el ojo derecho de mi hermana. Comprensible.

Lili se movió incómoda.

—He venido hasta aquí jugándome la vida para daros una información que salvará la vuestra. Creo que lo mínimo que merezco es un poco de cortesía.

Mica enarcó las cejas, con falsa sorpresa, y elevó el cacharro en alto antes de decir:

—¿Y quién está siendo descortés? —Se giró con arrogancia para mirar a su espalda. Angelo fue el primero en sonreír, y los demás se encogieron de hombros, pero sin quitarle los ojos de encima. Mica regresó su atención a ella, como buena líder—. Creo que sabes perfectamente quiénes somos. Así que, por tu bien, espero que no tengas nada que te delate, porque si no te irás con los pies por delante. ¿Me he explicado?

Lili se giró hacia mi amigo, quien permanecía inmóvil al lado de ella. Pronunció su nombre con asombro y quizá con algunos nervios:

—Ryan...

Él la observó, tomó aire de manera disimulada y añadió, para mi estupefacción:

—Ella manda. Y si cree conveniente pasarte el detector y cachearte, es lo más lógico.

Abrió los ojos en su máxima extensión, buscó ayuda en alguien más que se cruzase con ella y dijo:

—¿Y tú qué potestad tienes aquí? —le preguntó indignada.

Micaela me miró. Yo puse los ojos en blanco y me alegré de que mi chico le hubiese dado ese guantazo sin manos.

Ryan pasó por su lado, en dirección al salón, y sin mirarla añadió:

—Espero que vengas limpia, Lili. Por la cuenta que te trae.

La sonrisa maquiavélica de Micaela ensombreció el momento. Era normal que le tuviese inquina después de cómo se había portado con Ryan, por cómo habían terminado y, sobre todo, por la manera en la que había vuelto.

El detector comenzó su trayectoria. Pude apreciar cómo la saliva de Lili descendía por su garganta hasta desaparecer, aunque más palideció su tez blanquecina cuando mi hermana le ordenó:

—Quítate el abrigo.

—¡¿Qué?! ¡Oh, venga ya! —se quejó—. Si esto va a ser así, me marcho y... —Fue a darse la vuelta, pues buscó a un Ryan que ya se aproximaba a la cocina. Sin embargo, en su intento de huida me encontró a mí, apostado en la puerta.

Sonreí, con las manos por delante del vientre.

—Se siente. Tendrías que haberme pedido entrar la última. Así habrías podido intentar largarte. —Nos contemplamos con fijeza. No era mala, pero sí una mujer de armas tomar. Con voz dura le exigí—: El abrigo.

Retuvo el aire, lo soltó y asintió varias veces como si no pudiera creerse que estar con una panda de criminales fuese como hacer bolillo con las abuelas. Se sacó las mangas con dureza, lo cogió con sus manos perfectamente arregladas y las elevó en el aire, mostrándonos un vestido ceñido de color burdeos que le llegaba hasta la rodilla.

Un silbido me despistó. Era Angelo, evidentemente.

—Menudo pivonazo —se escuchó a lo lejos—. ¿Y decía que esta pava recatada era su mujer? Es que no le pega, vamos.

—¡¡Angelo!! —lo regañó Jack, y el amonestado elevó las manos en el aire.

Micaela terminó de pasarle el detector, la miró muy mal y comenzó a cachearla sin ningún reparo, metiendo las manos hasta donde menos se esperaba Lili. Durante todo el proceso la desafió con sus penetrantes ojos, y la tensión era tan asfixiante que costaba respirar. Lili se puso colorada como un tomate cuando las manos de mi hermana trastearon sus tetas sin ningún pudor, al igual que todas las partes del resto de su cuerpo. La rojez empeoró cuando llegó a su vientre y siguió sin miedo.

—Una pena —pronunció Mica, y a Lili se le fue un color y le vino otro—. Habría sido una mentira costosa, pero creo que no va a ser posible. —Miró al resto de la plantilla, separando las manos del centro de sus piernas—. Está limpia.

23

Una charla de amigos

Nos habíamos colocado alrededor de la zona de la televisión: algunos en el sofá, unos pocos apoyados en la barra de la cocina, y otros, como yo, de pie e intimidante. No sabía cuántas veces me había mirado Lili los brazos cruzados sobre el pecho, o la pistola en la cintura del pantalón, al tiempo que se enrojecía ligeramente, tratando de evitarlo.

—Vosotros no sois su prioridad ahora —añadió, dando información de algo que ya sabíamos por Haiden. Natsuki me observó—. Jacob tiene toda la atención puesta en la gala conmemorativa de la policía.

—¿Qué quiere decir eso, Lili? —le preguntó Ryan, sin moverse de la barra. Me dio la sensación de que estaba tan lejos para evitar un contacto directo con ella.

—Que solo habéis sido perseguidos por él cuando pensaba que podría teneros. Como, por ejemplo, a ti —me señaló, y todos entendimos que se refería a la fiesta de Goro, en Tokio—. Ahí erais un blanco fácil, y si cogía a uno...

—Nos capturaba a todos —terminé por ella. Cabeceó en señal afirmativa.

—¿Por qué lo llamas Jacob? —cuestionó Noa, con el ceño fruncido y sin llegar a fiarse de la nueva. Podía verlo reflejado en sus chispeantes ojos.

Lili tragó saliva; es más, juraría que mantenía las manos entrelazadas porque le temblaban en exceso. Continuaba con esa postura correcta, y cada vez que se movía para mirarnos a unos o a otros, el olor a perfume caro llenaba la estancia.

—Como bien sabéis, soy muy buena amiga de su mujer. Una amargada, aburrida de los trapos sucios de su marido que habla más de la cuenta cuando bebe.

—Y ha encontrado en ti una confidente —añadió Mica con desagrado—. Vaya.

Lili carraspeó, ya que cada palabra que mi hermana soltaba por su boca era dañina o iba con segundas. Tuve instintos asesinos hacia ella, pues, a fin de cuentas, la mujer estaba allí para ayudarnos, se suponía.

—Eso me ha dado la licencia de poder ayudar a Ryan —bufó exasperada por el tono de mi hermana. Desvió la atención a Noa, otra que tampoco se fiaba de ella—. Lo llamo Jacob porque los más allegados sabemos su nombre verdadero. Peter es una tapadera que utiliza en la policía, y pocos saben que no es su nombre de verdad. Es como... —titubeó, creí que por las miradas aniquiladoras de la mitad de la plantilla—. Es como un seudónimo.

—¿Por qué es tan prioritaria la fiesta conmemorativa? —cuestionó Natsuki, pronunciándose por primera vez.

Lili cogió aire, lo soltó y dijo:

—Porque quiere organizar una masacre en la fiesta. —El silencio se hizo eco por el salón. A los pocos segundos, retomó la palabra—: Quiere asesinar allí mismo a altos cargos de la policía y políticos. Ya sabéis lo que son ese tipo de fiestas.

Nos habíamos puesto al corriente de aquellos detalles con Haiden y los documentos que él había tenido a bien guardar y recolectar, aunque allí no se mencionaba nada de masacres en conjunto. No obstante, si me fijaba, era la misma información que habíamos ido recabando en el camino, sin ayuda ni de Haiden ni de Lili. Evidentemente, si Peter quería poder, tenía que robarlo al precio que fuese.

—Se supone que cuando mate a todas esas personas —Mica nos miró, dejando claro que eran los que aparecían en la placa base—, vendrá a por el respaldo basura. O sea, nosotros.

Lili asintió. Me deslicé una mano por la barba, pensando en nuestros siguientes movimientos, aunque la exmujer de Ryan habló antes:

—Por eso debéis pactar con la célula terrorista. —Buscó a Ryan—. Si Jacob pierde sus apoyos con esa gente, tendréis una posibilidad. Si los mantiene... —nos contempló afligida—, estaréis perdidos.

Ryan quitó su apoyo de la barra, y ese paso fue determinante para que ella se tensase. De hecho, creí que un breve temblor la había recorrido.

—¿Cómo conseguimos las invitaciones para esa fiesta conmemorativa? Hay que acabar con ese hijo de puta, y allí tenemos una oportunidad.

Lili asintió con lentitud y abrió su bolso bajo la atención de todos; algunos, como mi hermana, dispuestos a volarle la cabeza si hacía un movimiento en falso, tanto que su mano se había apoyado en el arma. Lili no se había percatado de ese gesto, al igual que nosotros no sabíamos las intenciones que tenía la mujer, quien habló de manera acelerada:

—He logrado apuntar las horas en las que Jacob no estará en la oficina pasado mañana. Sé que es muy tarde y que disponemos de muy poco tiempo, pero si entráis en su despacho, con la información que tenéis podréis preparar un comunicado y mandárselo a las personas que van a la fiesta.

—¿Esto es una especie de favor que no entiendo? —cuestioné, fijando la vista en ella.

Elevó el mentón y tragó saliva, por no sabía cuántas veces ya.

—Allí... Allí acudirán niños... —titubeó—. Mujeres y hombres que no tienen culpa de que alguien como Jacob quiera más poder.

—Esta se piensa que somos las putas Hermanas de la Caridad —rumió Angelo de fondo.

Nadie le recriminó el comentario.

—No vamos a arriesgarnos por algo que no nos concierne —espetó Ryan con malhumor.

Ella se sorprendió por ese arranque al que todos asentimos. De hecho, dejó clara su estupefacción con los ojos.

—¡Son personas inocentes, Ryan! —se exaltó—. Amigos de toda la vida que morirán en una guerra que no les corresponde. ¡Familias enteras con las que antes quedabas para comer!

—No, Lili. ¡Son *tus* amigos! —enfatizó con fuerza—. Y nosotros no somos tus monigotes ni trabajamos para ellos. ¿Por eso me has llamado? —le preguntó furioso. Bajó el tono al entenderlo, igual que el resto—: ¿Porque sabías que éramos los únicos que podríamos ayudarte?

Lili dio unos pasos al frente, tratando de tocar el brazo de mi amigo.

—Ryan...

—¡No me toques! —bramó él con fiereza, y la fulminó con la mirada—. No te importaba una mierda, ni antes ni ahora. —Negó con la cabeza—. ¡Te da igual que me maten mientras tú puedas salvar a tu puta gente!

—¡Es nuestra gente! —se desesperó ella, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

Ryan la miró desde arriba con un rencor que nunca imaginé que vería.

—¡No, Lili! —le rugió—. ¡*Es* y *siempre* ha sido tu puta gente! ¡Yo nunca he pertenecido a tu mundo! ¡Y no pienso poner en riesgo la vida de mi familia por ti! ¿Qué parte no entiendes? —Su voz encolerizada me sobrecogió.

Lili soltó el aire por la nariz con brusquedad, extendió su brazo derecho y con una mueca de asco pronunció:

—¿A esto lo llamas familia? A personas que han roto tu brillante futuro por involucrarte dentro de una panda de criminales sin escrúpulos. ¿Esto es una familia, Ryan?

—¿De qué mierda de futuro estás hablando? —le preguntó con los dientes apretados, instante en el que Angelo tomó posiciones con mala cara. Imaginé que esa anotación nos había sentado a todos como una patada en el culo.

Lili dio otro paso para acercarse a un hombre al que se le había tensado la vena del cuello tanto que temí que le explotase.

—¡Eras un excelente agente en la CIA! ¡Y antes de eso fuiste un excelente hombre al servicio de América! ¡¡Y te lo cargaste todo por irte de guardaespaldas a un club de putas!!

Ryan se aproximó a ella. Opacaba su cuerpo si lo mirabas de perfil y daba verdadero miedo. Es más, su exmujer se hizo un poco más pequeña cuando le soltó:

—¿Era mejor hombre cuando me dedicaba a ser el calzonazos de una mujer del Gobierno que hacía todo lo que ella quería, cuando quería y como quería?

No la sacó del error, pues mi amigo continuaba en la CIA, solo que ahora estaba con una excedencia.

—Ryan... —Intentó detenerlo elevando una mano para ponerla en su pecho, pero él no se lo permitió. El resto nos encontrábamos expectantes.

—¿Era mejor cuando me dejaba la piel viajando entre Estados Unidos y Londres, entre Barcelona y Londres, entre Grecia y Londres, para así estar con la mujer a la que quería? —escupió, con los ojos cargados de ira. Lili trató de detenerlo; él no se dejó y su tono fue subiendo—: ¿Y era mejor taparse los ojos ¡cuando esa mujer se follaba a otro tío que también va a esa jodida conmemoración?! ¡¡No sabes una puta mierda, Lili!! ¡¡Pero *yo* sé mucho más que tú!!

Lili enmudeció, con los ojos llenos de lágrimas. La incomodidad regresó al salón, y atisbé el gesto de dolor de Micaela cuando Ryan salió de la estancia, en dirección a la calle. Jack y mi hermana lo siguieron con pasos apresurados, e incluso Aleshka corrió tras su tío, dejando a Natsuki en el sofá. Noa cruzó su mirada con la mía. Aarón hizo lo mismo, y entendí que volvían a darme el mando entre todos. Tamborileé los dedos contra mis labios, pensando en qué era lo más apropiado mientras veía cómo Lili cerraba su bolso y se disponía a marcharse con gesto enfadado.

Mi tigresa esperó a que la buscase. Entendí que no quería entrometerse en algo que no era de su familia y a lo que no pretendía echarle más leña al fuego. Sin embargo, pese a todo el enfado principal, mantuve la calma y fui capaz de enlazar una palabra con otra, sin dejar de pensar en Ryan.

Angelo se detuvo a mi lado, me observó de reojo y añadió:

—Esperaré fuera. Lo que decidas estará bien. Pero —la miró de reojo—, si

me quedo aquí, le arrancaré la garganta aunque me mate Ryan después.

Estaba enfadado de verdad; creí que como el resto. Yo, por lo menos, me encontraba muy molesto.

—Si lo he entendido bien —empecé con tono neutro mientras Lili detenía el movimiento de su abrigo y me observaba—, nosotros entramos en la oficina de Peter, en esas horas que tienes ahí —señalé con un dedo el papel—, le mandamos un comunicado a todos los asistentes para que no acudan, qué irán de todos modos —apuntillé—, y entiendo que tú nos facilitas el acceso a la fiesta conmemorativa para que podamos acabar con él. Detalle que has omitido.

—No me ha dado tiempo a comentarlo —se defendió altiva.

Enarqué una ceja y Natsuki la contempló con mala cara.

—Todo eso contando con que consigamos detener a los terroristas y no actúen antes —objetó Aarón, marcándose un farol.

Todos sabíamos que los Sabello, si no habían llegado, estaban a punto.

—No dudo de que lo logréis —añadió con vergüenza.

—Claro, porque somos una panda de criminales sin escrúpulos —le dijo Natsuki, con cierto tono de reproche.

Me dieron ganas de reír por la hostia que le había dado sin manos, aunque sí que vio el gesto de orgullo que se mostró en mi semblante, al igual que Noa, quien sonreía con chulería desde el otro extremo. Lili enmudeció.

—Yo podría entrar en las oficinas. —Aarón despegó su trasero del taburete y casi saltó sobre Noa cuando habló. Pero ¿qué les ocurría a esos dos? Noa extendió una mano hacia él y continuó con su idea—: Nos conoce a todos.

—¡A ti también! —«Otros que se pelean», pensé cuando Aarón estalló. Estaba el ambiente caldeado.

Noa pareció no escucharlo cuando repuso:

—¡Pero yo entiendo la codificación de esos ordenadores! ¡Tengo más posibilidades que ninguno! Seré rápida. Solo hay que organizarse bien y todo saldrá a la perfección —se desesperó, y tiró de la camisa de Aarón—. Si me pillan a mí, tal vez pueda jugar con la baza de que soy su sobrina. —Lili fue a negar con la cabeza, pero Noa la detuvo sabiamente con el dedo índice en alto —. ¡Os daría tiempo a entrar y ayudarme!

—Noa... —El tono de Aarón fue de advertencia mientras intentaba apartar su mano.

No obstante, no le dio tiempo a más porque añadió con suspicacia:

—Iré con Natsuki. Ella es mejor que todos vosotros juntos. —Miró a Lili con mala cara y le ordenó—: Consigue esas putas entradas, porque allí mataremos a Peter. Sea tu amigo o no.

Mi tigresa me miró sin mostrar nada desconcertante en su rostro. Se levantó, colocó las manos en posición de señor de ciento cincuenta años, se detuvo al lado de una Lili a la que le cimbreaban las piernas y murmuró con voz calmada:

—Espero que cumplas con tu acuerdo, Lili. De lo contrario, esta criminal sin escrúpulos se encargará de entrar en tu casa y asesinarte mientras duermes. Y, créeme, a Ryan le caigo bien. —La nombrada entró en apnea—. Pasado mañana enviaremos ese comunicado.

Sin añadir ni una sola palabra más, caminó más tiesa que una vara, me observó de reojo y se detuvo cerca de mí mientras la londinense terminaba de abrocharse el abrigo para salir despavorida de allí. Aarón fue a decir algo, pero Noa lo detuvo con una mano y caminó hasta la parte trasera de la casa, por lo que el expoli invitó a Lili a desaparecer de nuestra vista.

—Creo que deberíais hablar. —Miré a mi japonesa sin entenderla—. Habla con Noa, Arcadiy.

No me gustó su tono, no me gustaron sus ojos, que escondían algo grave, y no me gustó que me dejase a medias de una verdad camuflada. ¿Qué había sucedido o qué me había perdido? No lo sabía, pero estaba a punto de averiguarlo.

En silencio, encaminé mis pies tras la estela de Noa, pero el chirrido de la puerta de entrada me detuvo: los Sabello habían llegado, y le había tocado la tómbola a Romeo y Dante. El gemelo de Tiziano ensanchó los labios de una forma muy carismática en él y me saludó con un guiño. Romeo permaneció estático, con mirada de depredador y postura típica de mafioso malvado.

Lili no había levantado la cabeza en su trayectoria a la salida, y eso fue suficiente para que se estampase con él. El sobresalto fue verbalizado por la mujer y Romeo sonrió ladino e infame.

—¡Oh! Lo siento, yo... —Su improvisada disculpa se quedó en el aire cuando levantó la cabeza. Romeo la tenía asida por los hombros.

—Oh, sí. Yo también lo siento. —El siniestro rostro de Romeo se movió hacia la izquierda—. Lili, ¿verdad?

Ella dio un paso hacia atrás, obligándolo a soltarla, y balbuceando le respondió:

—S... Sí...

«Acaba de mearse», pensé. Aarón, ya acostumbrado a las amenazas, las malas formas y, a fin de cuentas, a nosotros, se apoyó en la pared del pasillo y esperó a que terminase. Dante continuaba en la misma posición, con aquella pose desinhibida que no soltaba ni muerto. Romeo se rascó la nariz, perdiendo el tiempo.

—¿Sabes? Hemos estado aquí, echándonos unos cigarritos mi hermano y yo, en la puerta —la señaló como si no fuese evidente—, mientras tú le soltabas esa retahíla de insultos a *mi* amigo. —Lo recalcó bien para que quedase claro.

—No he dicho nada de voso...

Sin dejarla continuar, señaló la entrada por segunda vez:

—La diferencia de unos criminales a unos mafiosos es abismal. —La situación estaba divirtiéndome, por lo que me crucé de brazos, a la expectativa—. ¿Te han enseñado eso en el Gobierno, cara bonita? —Estaba riéndose de ella, quien enrojeció al momento, y supe por sus movimientos nerviosos que estaba acojonada—. Y el problema, *Lili* —los ojos de Romeo se oscurecieron, y aquel verde que lo caracterizaba se tornó muy tenebroso—, es que Ryan es de *la mia famigghia*[7]. ¿Lo entiendes?

Lili asintió muy veloz. Dante chasqueó la lengua a la espalda de Romeo y se apoyó en la puerta para verla mejor.

—Creo que *cara bonita* no lo entiende.

Romeo puso morritos, de una manera muy parecida a Noa, quien también se encontraba apostada en la puerta de salida del jardín trasero, fumando y con la vista fija en ellos. «Menuda panda de cotillas estamos hechos». Dante la vio y le guiñó un ojo en la distancia.

—¿Lo entiendes, *Lili*? —Romeo subrayó mucho su nombre, por segunda vez.

—S... S... Sí... —balbuceó.

El Sabello dio un paso hacia ella, estiró el cuello y pareció mucho más temerario.

—Nuestra japo tiene mala leche —cabeceó hacia la calle—, pero si a cualquiera de nosotros le ocurre algo por entrar a salvar a tu jodida gente, tendré que tirar de una lista en la que aparecen hermanos, cuñados... —Sus ojos brillaron con sadismo y la amenaza fue palpable—, sobrinos... —Lili dio otro paso hacia atrás—. Lo comprendes mejor, ¿verdad?

—No es una trampa —repuso de carrerilla.

Romeo se metió las manos en los bolsillos, movió los hombros con desinterés y le preguntó, sin apartar sus felinos ojos de ella:

—¿Y quién ha dicho que lo sea, cara bonita?

El silencio se prolongó durante demasiados segundos de incomodidad. El pistoletazo para que Lili se marchase fue cuando Dante se apartó del quicio de la puerta, giró sobre sus talones e imaginé que salió en busca de Ryan, quien no sabía dónde estaría, al igual que el resto.

Romeo sonrió perverso, y la disculpa de Lili fue a penas un susurro:

—Si me disculpas...

Él se apartó de forma teatral a un lado, extendió una mano que ella no vio y dijo muy convencido:

—Claro que sí, Lili. Espero que no tengamos que volver a vernos.

La nombrada no miró atrás, sino que se montó en el coche como alma que lleva el diablo, pisó el acelerador y salió de allí a toda mecha.

Romeo empujó la puerta; yo lo miré con satisfacción.

—Pareces un puto muñeco diabólico, macho.

Se acercó a mí, me palmeó la espalda y después lo hizo con Aarón. Un movimiento de cabeza y una sonrisa bastaron para saludar a Noa.

—Pues porque no me has visto en todo mi apogeo —me dijo tras el comentario—. Creo que voy a irme en busca de la panda de criminales sin escrúpulos que intentan mantener una conversación con Ryan al lado del río. ¿Os venís?

—Yo sí —le contestó Aarón muy ligero, cogiendo una chaqueta del recibidor.

Noa cerró la puerta del jardín como toda respuesta y Aarón bufó. Romeo nos miró a los tres sin entender una mierda —como yo—, elevó las manos al techo y se dio la vuelta para marcharse, añadiendo al final:

—¡Te la comes, principito! —Fue a cerrar la puerta, pero la abrió de inmediato y asomó la cabeza—. No en el sentido literal, o la japo te saca las tripas mientras duermes.

Puse los ojos en blanco, me volví en dirección al jardín y agarré una de las botellas de la licorera, sin mirar cuál había alcanzado. Abrí despacio, encontrándome a Noa sentada en el bordillo, con las manos cogidas por delante de sus piernas. Me aproximé a ella, planté mi culo a su lado y me encendí un cigarro, invitándola a uno. Lo declinó.

—¿Quieres contarme algo? —le pregunté, intentando romper el hielo.

—¿Qué es lo que quieres que te cuente exactamente, Arcadiy? —inquirió, con el tono un poco enajenado.

—No lo sé. ¿Qué ocurre con Aarón?, por ejemplo. —Torció el gesto y me aventuré a decir—: Estáis juntos, por lo que veo.

Viró su rostro con brusquedad y me observó pasmada.

—¡¿Qué?! ¿Aarón y yo? ¡Arcadiy! —se quejó, dando incluso un pisotón.

—¿Por qué no? —cuestioné sin entender nada—. Tiene toda la pinta, y...

No me dejó terminar:

—¡Aarón siempre ha sido como mi familia! ¡Arcadiy, coño!

Le pedí paz con un movimiento de manos.

—Entonces, cuéntame qué pasa.

—¿Esto es un tercer grado? —insistió, con una ceja enarcada.

Me atreví a contemplarla bajo aquella luna potente. Era una mujer espectacular, en todos los sentidos. Sin embargo, había algo en ella que no me cuadraba. La veía más... No sabía cómo definirlo, porque ni siquiera era más mujer, sino que me daba la sensación de que algo en Noa había cambiado.

—Esto es una charla de amigos, nada más —bisbiseé sin quitarle los ojos de encima.

Su mirada se posó en mi anillo de compromiso.

—Te has casado —musitó, pero yo ya era conocedor de que todos lo sabían.

Contemplé la alianza y le di vueltas con el dedo pulgar.

—Sí. Me he casado.

—Y estás enamorado de ella hasta las trancas. —Sonrió con tristeza y con un poco de amargura que intentó camuflar—. Lo sabía. Siempre supe que despertaba algo en ti.

—Noa...

No pretendí que el tema de conversación fuese yo, porque había traspuesto hacia la parte trasera con el fin de interesarme por ella. Traté de cortarlo de raíz, sin embargo, no me dio tiempo porque la información y el cambio de cuestión me dejó patidifuso:

—Estoy embarazada.

«¡¿Que qué?!».

Juro que el corazón dejó de latirme, que los pensamientos sobre la descendencia que había hablado con Natsuki en el aeropuerto me vinieron de golpe a la cabeza y que empecé a hacerme pajas mentales a la velocidad del rayo, sin saber ni qué responder.

Noa permaneció mirando al frente, tan campante, como si acabase de decir que le dolía la cabeza.

—Noa... —Cogí aire como un idiota—. ¿Estás...? ¿Estás embarazada de Aarón?

De nuevo, desvió sus ojos a mí de forma rauda, como si no entendiese el idioma en el que le hablaba.

—¿Qué dices? ¿Pero tú me escuchas?

La boca se me secó, rebobiné lo que acabábamos de hablar, recordando que Aarón era para ella como alguien de su familia, y entonces sí que creí que me moría. El cuerpo se me fue hacia atrás en un impulso que no controlé. Lo vio, me sostuvo del brazo derecho y mostró su confusión.

—Venga ya... —murmuré.

—¿Estás bien? —se interesó con desconcierto.

Empecé a reírme como un desquiciado, recordando también las veces que nos habíamos acostado, las que habían sido con preservativo, las que no, si me había corrido dentro de ella, si no... Tan bloqueado estaba que ni me acordaba.

—Tiene que ser una puta broma. —Reí más—. Una puta broma que no tiene ni gracia, Noa. Ni gracia.

Se me saltaron las lágrimas por el ataque histérico de risa. Noa frunció el ceño, como si no comprendiese el motivo de aquella reacción. Yo sí lo hacía. Estaba desquiciado, pensando en cómo contarle la noticia a Natsuki. En cómo decirle que iba a ser padre de una criatura, con otra mujer.

Intentó reírse, pero no. No le salía, más bien acabó poniendo cara de circunstancia.

—No sabía que algo así te haría tanta gracia, aunque estés contradiciéndote.

Recabé una buena cantidad de aire, intentando calmarme lo suficiente como para establecer una mente fría y una boca coherente.

—No puedes estar embarazada —solté sin filtros, con el tono un tanto huraño.

Me contempló con asombro e ironía.

—Disculpa, que si lo llego a saber, pido número antes. ¡Pues claro que lo estoy!

Un «Ay» muy doloroso y fuera de lo común se escapó de mi garganta. ¿Qué iba a hacer yo ahora? Las manos se me cayeron a plomo, el cigarro se había consumido en algún lugar del jardín y la garganta se me cerraba cuando quería hablar. Nos quedamos unos segundos en silencio. Unos segundos que parecieron eternos, que me martilleaban, que me horadaban.

—¿Cómo vamos a superar esto?...

Fue un suspiro al aire, ya que noté que el corazón me latía con mucha fuerza. Mis manos comenzaron con su habitual baile, y comprendí que un ataque de ansiedad era lo próximo que me esperaba. Tenía que sobrellevarlo como fuera, pues si estaba embarazada, lo que menos necesitaba era intentar calmarme a mí.

—Gracias por incluirte —añadió casual, lo cual me extrañó—. Lo primero es que no salga de aquí. —Sus ojos azules se clavaron en mí con intensidad—. Arcadiy, no puede saberlo nadie. Nadie —recalcó.

—¿Aarón lo sabe? —Asintió. Entonces ya lo sabía uno más. Me llevé las manos a la cara y me la froté en un acto desesperado—. Dios mío, no sé cómo vamos a sobrellevar esto. No lo sé.

Me puse histérico, alcancé la botella y le di un extenso trago que me quemó la garganta. Fui a ofrecérsela, aunque enseguida se la retiré. ¿Adónde

iba yo? «Embarazada. Natsuki te mata».

—Tu mujer también lo sabe, así que os pido por...

Me levanté del bordillo de un salto que casi me partió las piernas.

—¡¡¿Qué?!! ¡¿Se lo has dicho a Natsuki antes que a mí?! ¡¡¿Estás loca?!!

Noa intentó ponerse de pie a la misma velocidad, pero no lo consiguió por la estabilidad de los tacones. ¡Por Dios bendito! ¡¿Qué hacía con esos tacones en su estado?! Me observó con una confusión palpable y me preguntó con vacilación:

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Por qué estás tan atacado?

La miré como si tuviese tres cabezas, notándome en el pecho que tenía la respiración muy agitada y que no conseguía calmarme. Ella estaba muy cerca, tanto que un breve movimiento habría acabado rozándonos.

—Porque... —«Tranquilo», me alenté yo mismo como un imbécil—. Porque voy a ser padre... —musité ido.

La rubia abrió los ojos con sorpresa. ¿Tal vez estaba exagerando y no era para ponerse así? ¡Y yo qué sabía! ¿Cómo se supone que debe actuar uno en esas circunstancias?, ¿cómo reacciona?, ¿qué hace?

—¿Natsuki está embarazada?

«Infarto en tres, dos, uno...». Mi cara debió adquirir otro color, porque vi en su semblante la preocupación. Ahí sí que balbuceé:

—¿Q... Qué? ¿Natsuki te ha dicho que está embarazada?

—¿A mí? ¡Arcadiy! —Me sujetó de los hombros para que la mirase. A mí ya me temblaba el labio—. ¿Puedes hacer el favor de centrarte y hablarme como una persona normal? No sé qué demonios estás diciéndome.

Tragué saliva, porque incluso mirarla a ella me parecía irreal, ya que de verdad comenzaba a marearme. Accioné el botón de apagado de mi cabeza, permitiendo así que nuestra conversación sin sentido se acabase y ambos pudiéramos expresarnos como dos personas normales y no como tontos.

—Tú estás embarazada —dije de manera evidente.

—Sí. Estoy embarazada —repitió, para mi desgracia. También podría haberse equivocado al decirlo—. Y no pasa nada, Arcadiy, estoy bien.

Parecía que estaba tranquilizando a un niño de cinco años, y me sentí absurdo por el ataque histérico. Sentí la presión de sus dedos en mis hombros, masajeándolos. Empezó a coger aire por la nariz y a soltarlo por la boca con lentitud, como si hubiese adivinado que estaba con un buen golpe de ansiedad descontrolado.

—Y Natsuki te ha dicho que también lo está —objeté, aguantando las ganas de desmayarme.

Era un flojo, podría ser.

—No, Hades —añadió con cariño, sin dejar de mover los dedos—. Natsuki sabe que *yo* estoy embarazada. Ella *no* está embarazada, que yo sepa. ¿Eso está claro?

Solté el aire poco a poco, sin llegar a destensarme, y lo único en lo que fui capaz de pensar fue en que una menos. ¡Menuda tontería! La miré fijamente a los ojos, recabé toda la fuerza que pude y le pregunté:

—¿Y cómo se ha tomado que estés embarazada de mí?

Noa frunció mucho el ceño. ¿Pues no me había dicho que Natsuki lo sabía? Apunto estaba de decírselo cuando cerró los ojos como si hubiese descubierto América, suspiró con fuerza y rio con amargura. Pronunció muy bajito:

—Tú no eres el padre, rubio.

No la comprendí. Y a decir verdad, no supe a qué atenerme después de esa afirmación. Solté un resoplido que casi me vació los pulmones.

—Ah, ¿no? —La sostuve de los antebrazos. Negó y rio taciturna—. Entonces, ¿quién...?

Sus ojos brillaron mucho y pareció dudar entre si decírmelo o no. Miró hacia un lado, soltó los hombros que había masajeado hacía tan solo unos minutos, regresó su atención a mí y murmuró el nombre que había venido a mi mente en forma de huracán:

—Dante.

Me mareé otro poquito más.

No por mí, sino por ella. Porque, según creí haber leído entre líneas con respecto a todo lo que había dicho, como Dante se enterase, sin que Noa le hubiese contado nada...

Que los dioses de mi tigresa nos cogiesen confesados. O, lo que era peor: es que, encima, Aarón, Natsuki y yo éramos confidentes.

La muerte estaba servida.

24

Un alma que nunca abandonaría

Natsuki Tanaka

Había transcurrido un buen rato desde que Lili se marchó del hogar de Noa. Me encontraba cerca del río By Brook, desde donde se veía todo el pueblo embrujado por la noche al estar en la ladera de la colina. Mis piernas colgaban del muro de piedra mientras Ryan se empinaba una botella de alguna bebida alcohólica en silencio. Hacía solo unos minutos que los demás se habían marchado a la casa cuando Noa y Arcadiy salieron para ver dónde estaba el resto.

Los italianos habían alquilado la vivienda de al lado, pues Noa no tenía espacio suficiente. Aleshka había asegurado tener un cansancio extremo, y Jack y Micaela se habían ido tras su estela, después de que Ryan insistiese mucho. Mi presencia tuvo algo que ver, pues les prometí no desaparecer hasta que mi griego llegase.

Me mordí el interior de la boca, sopesando de qué manera comenzar a hablarle. Me sabía muy mal que estuviese abatido, al igual que también era consciente de lo importante que era para Arcadiy.

—Suéltalo ya —gruñó, y aguanté la risa.

Moví los pies para destensar las piernas un poco, miré hacia el agua y noté que sus ojos se clavaban en mí.

—Sigues enamorado de ella —añadí sin preguntar.

Se creó un silencio grande entre los dos; contestación suficiente para saber que sí.

—Es muy tarde. Tendréis un desfase horario tremendo, y no creo que lo que mejor te venga sea hablar de mi situación sentimental. *Deberíais* descansar.

Recalcó mucho en su verborrea esa palabra, porque se había dado cuenta de que Arcadiy estaba escondido cerca del puente. Era bueno. Muy bueno.

Ignoré todo lo que me había dicho, al igual que la presencia de mi marido a mi espalda, quien salió de su escondite y se sentó a mi lado con un pequeño suspiro. Llevaba una botella en la mano, la cual le pasó sin preguntar a Ryan.

Hombres.

—Entiendo que estés enfadado con ella —opiné con calma, la misma que siempre me caracterizaba—. Aunque, por lo que habéis ido diciendo unos y otros, llevas muchos años sin verla y tendrías que haberlo superado.

Ryan le dio un trago a la botella. Arcadiy se mantuvo en silencio, y me recordó a la escena de ellos en mi hogar, sentados en el jardín, cuando tuvimos la primera discusión matrimonial.

—Mañana tienes que marcharte temprano con Angelo a por esos niños. No querrás que se te pase la oportunidad de tener ayuda de ese italiano convenido, ¿verdad?

Alguien se sobresaltó detrás, y entendí que llevaban tiempo allí. A esos no los había visto.

—¡¿Cómo que convenido?! ¡¿A qué viene esa ofensa?!

Evidentemente, los tres nos giramos para ver cómo Angelo se acercaba a paso apresurado, le quitaba la botella a Ryan de malas maneras y se sentaba al lado de él. Romeo imitó su gesto con media sonrisa, empujó a Ryan para que se moviese hacia la izquierda y se sentó en medio de ambos. Por su mirada, ya supe que venía para interrogarme.

—No te pega hacerte el ofendido. —Ryan le quitó el vidrio de las manos.

Romeo me observó con sus impresionantes ojos verdes, movió las cejas en un gesto gracioso y esperó a que los dos vecinos terminasen su guerra.

—¡Lo hago porque quiero! ¡Porque me cae bien la japo! —se exaltó, con el acento italiano muy marcado.

—Sí. Ya le pedirás algo a cambio. —Angelo gruñó a la respuesta de Ryan.

—Todos sabemos cómo funcionas, italiano. —Arcadiy no se cortó en colocar su brazo por delante para solicitar la botella, rozando mi vientre.

Ese gesto me estremeció, pues en el fondo deseaba rememorar el momento que vivimos tras nuestra disputa. Era tan... salvaje. Creí que lo había visto en mis ojos porque lo miré un segundo y los aparté de él, dada la intensidad con la que esperaba que conectáramos. Tragué saliva.

—¡Me caéis fatal! ¡Vaya amigos! ¡Amigos de *merda*[8]! —repuso con indignación.

Me atreví a interceder, en parte porque quería echarle un cable:

—Yo sé que lo haces por mí, Angelo. Sé que no hay intereses de por medio, así que puedes respirar.

Arcadiy me tendió la botella y negué. Frunció el ceño, aunque lo cierto era

que le faltó decirme que lo dejase pasar por un día y bebiese.

El italiano pareció desinflarse al otro extremo cuando dijo:

—Menos mal que tenemos a alguien decente en el equipo. —Se detuvo un segundo y preguntó—: ¿Dónde está Dante?

La atención de los cuatro recayó sobre Romeo. Este nos miró a todos sin querer decir dónde se encontraba, y su respuesta fue suficiente para que los hombres del murillo de piedra sonrieran con picardía:

—Ah, yo no lo sé.

No quería hacerme ni una ligera idea de qué ocurriría si Noa continuaba con el embarazo y, tal y como había entendido en nuestra breve conversación, no le decía nada a Dante. Era fiel defensora de que en esos casos los padres debían enterarse de que iban a serlo, sin embargo, el argumento de Noa también me pareció de lo más racional, si partíamos de la base de quiénes eran los Sabello.

—Ryan —lo llamé, y me miró—. Eres una buena persona. —Abrió los ojos de par en par y elevé las palmas de las manos—. Entiéndeme, buena persona para alguien como Lili. Siento decirte que todos hemos visto lo clasista que es, pero por encima de eso, también hemos visto lo que verdaderamente le interesa. Y tú lo sabes.

El silencio volvió a ocupar el espacio, aunque eso no fue suficiente para que dejase de mirar a Ryan. Sus ojos regresaron a mí con dolor, pero se mantuvieron muy poco, ya que los desvió a un punto en el horizonte.

—No sé cómo arrancármela del pecho. No quiero tenerla aquí —murmuró con rudeza, aunque no tanta como la que lo caracterizaba—. Quiero que desaparezca de mi vida.

—Lo hará cuando estés preparado. Solo tienes que admitir que ya no estáis juntos. Eso es algo que no has hecho.

Suspiró, bajó la barbilla y cabeceó en señal afirmativa.

—Estoy empezando a odiarla tanto que me da miedo —confesó, para sorpresa de todos.

Incluso Romeo se movió incómodo en su asiento, pero dijo sin delicadeza:

—Si quieres que desaparezca...

Le di un codazo para que no liase más la situación. Arcadiy carraspeó y yo retomé la conversación, evadiendo el tema:

—Entonces, ¿por qué aceptaste su ayuda? —le pregunté, viendo el mutismo de todos.

No necesitó pensarlo mucho antes de responder:

—Porque aceptaré toda la ayuda que sea buena para mi familia criminal sin escrúpulos.

Reímos por el tono irónico y por la manera de decirlo. Arcadiy elevó la botella en el aire, y de esa manera que lo caracterizaba para destensar el ambiente, dijo a viva voz:

—¡Por los criminales sin escrúpulos y por el equipo de zumbados!

Esa corriente de aire tan especial que siempre aparecía en aquellos momentos llegó. Sonreí, sabiendo a ciencia cierta que Arcadiy también lo había sentido. Estaba segura de que el alma de Riley se había enlazado con la suya, sin querer soltarlo hasta dentro de mucho tiempo.

Jack apareció en ese momento, argumentando que Micaela se había quedado con Aleshka pero que enseguida llegaría, y se sentó al lado de mi griego. También comentó que se escuchaban sonidos extraños, amortiguados y... Bueno, que todo el mundo entendía qué estaba ocurriendo en la habitación de Noa.

Con una breve sonrisa, me levanté de mi asiento y me miraron.

—¡Eh, eh! —Ese fue Romeo. Ya sabía que quería algo—. ¿Te piensas que he esperado a mi turno para nada? Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Sonreí porque sabía que iba por aquella premonición de antes de final de año. Miré a mi griego, obviando que Romeo me contemplaba con el ceño fruncido.

—Estoy cansada. Mañana alguien tiene que ayudarme con cierto asuntillo, así que... hasta mañana. —Arcadiy fue a levantarse, pero se lo impedí colocando una mano en su hombro—. Espera un poco.

No supe si había entendido lo que le había pedido o no, pero cuando sus ojos brillaron me reafirmé en que sí. No me había levantado de allí para nada. Lo había hecho porque alguien muy especial para ellos necesitaba ese asiento. Era risueño, con algunos ricitos en su cabello, sonrisa de alguien puro y unas gracias infinitas en su mirada.

Una lágrima saltó de uno de mis ojos cuando me giré, y vi que Arcadiy observaba el hueco vacío con fijación. Allí, a su lado, alguien le había tendido un brazo. Un brazo que ahora se apoyaba en sus hombros y le transmitía la paz más pura que existía.

Un alma que nunca abandonaría a ese equipo de zumbados.

Recorrí el jardín con una sensación plena en el pecho, hasta que me detuve en la entrada trasera de la vivienda y me fijé en la carretera.

Había un coche.

Mis alarmas sonaron. Me llevé las manos a los bordes de las mangas y

toqué los sais con sigilo, tratando de discernir quién se encontraba en el vehículo. Reconocí al momento que era el coche que Lili había traído, pero no vi a nadie en su interior, y por el frío que hacía en la calle, dudé de su paradero.

Entré en la vivienda, subí las escaleras obviando algunos soniditos fuera de tono en la segunda planta, avancé hasta las escaleras que daban a la buhardilla —lugar que había sido destinado para Arcadiy y para mí— y me afané en aproximarme a la ventana. Pude abrirla con facilidad, atisbando que el vehículo continuaba en el mismo sitio, sin nadie a la vista. Con la escasez de luz en la calle y vestida de negro como iba, no me sería difícil pasar desapercibida. Además, contaba con la suerte de que estaba estacionado en la parte izquierda de la casa, lo que era otro punto a mi favor para no ser vista.

—Vamos allá —musité. Seguían en la misma posición, haciéndose bromas, distendidos, y Micaela ya estaba sentada con ellos.

Me encaramé con las manos a la madera del ojo de buey, saqué la mitad del cuerpo sin perder de vista la atención en la calle y terminé colgada en la fachada. «Mejor no mires abajo», me dije, oyendo de fondo las risas y el barullo de conversaciones. Elevé la pierna derecha hacia el mismo lado, la afiancé en la cenefa que llegaba hasta donde me encontraba sostenida y me impulsé con agilidad para alcanzar el marco que rodeaba la ventana por la que había salido.

Por fortuna, el redondel albergaba el espacio justo para que pudiese colocar las manos o los pies en posición. No mentiría diciendo que fue una tarea fácil, pues la mano izquierda me resbaló y aguanté que el susto saliese por mi boca, pese a que el corazón casi se me fue por el mismo sitio. Logré colocarme como si fuese un ave, con los pies en una postura estratégica y las manos ancladas en el borde de la ventana. Busqué de reojo la cornisa que llegaba al tejado, elevé la palma derecha y trasteé hasta que toqué el filo. Con cuidado, volteé mi cuerpo para quedarme de espaldas, de cara a la fachada.

—Vamos, que tú puedes —me animé cuando una ráfaga de viento provocó que me tambalease y, por segunda vez, casi cayese al vacío.

Al poner las manos en el filo, retuve el aire durante unos instantes y, tras eso, dejé las piernas suspendidas. Apreté los dientes, subí, y cuando tenía la mitad del cuerpo dentro, un hombre de casi dos metros de altura me sostuvo de los antebrazos y me sacó de allí con un movimiento fugaz.

—¡¡¿Arcadiy?!! —exclamé en un susurro.

—¡¡¿Qué coño haces?!!

—¡¡Shhh!! ¡¡Shhh!! —Le coloqué una mano en la boca, acto que ocasionó que cayésemos los dos al suelo.

Me quedé encima de él, viendo su ceño fruncido y su cara momentánea de malas pulgas. Entonces, como si algo hubiese tirado de mí para que levantase la cabeza, me encontré a la pequeña Williams mirándome, teléfono en mano. Cerré los ojos y encajé las piezas de mi puzle, que básicamente se resumían en que ella estaba allí arriba, me había visto y había avisado a su tío; tiempo suficiente mientras yo escalaba para que él llegase.

—¿Tú no estabas durmiendo? —le pregunté acusadora.

Fue a hablar, pero su tío se adelantó cuando me quitó la mano que cubría su boca:

—¿Es que no sabes que existen las puertas?

El timbre de su voz fue de enfado, sin embargo, me centré más en el bulto que se clavaba en mi sexo, porque seguía encima de él. Me mordí el labio con diversión, y supe que lo había cogido al vuelo cuando movió la cadera hacia arriba con un gruñido, intentando no reírse. Menos mal que Aleshka estaba a lo suyo, pendiente de que no la castigase nadie más.

—No tenía sueño, así que me asomé a la ventana de nuestra habitación y.... Bueno..., que he visto que Lili seguía aquí. Está a unos pasos del coche y no hay nadie con ella.

Levanté la barbilla de inmediato.

—¿Estás diciendo que nos vigila? —Esa pregunta fue seguida de mis movimientos al incorporarme, no sin antes rozarme lo suficiente para escuchar otro gruñido por parte de mi griego.

Lo miré de soslayo.

—Creo que está esperando. No sé a qué, pero está esperando. Mira.

Aleshka dio un paso, cogió una de mis manos y tiró de ella hasta que me condujo hacia el borde del tejado. Antes de llegar, se colocó de cuclillas, movió la cabeza para que la imitase y lo hice. Un golpe de vista fue suficiente para que contemplase el punto que me indicaba.

Allí se encontraba Lili, fumándose un cigarro, apoyada en el muro que separaba el jardín de otra de las viviendas que subían la carretera en fila india. Tenía que estar muerta de frío, pues desde donde estábamos veía cómo le temblaba el cuerpo, sobre todo las manos.

—¿Cuánto lleva ahí? —me interesé, porque seguro que lo había visto.

—Hace más de diez minutos que me asomé a la ventana. Creo que no se ha marchado, y si lo ha hecho, ha sido para apartar el coche de la puerta de la casa y que pensásemos que se había ido.

—Muy buena observadora, pero tus padres te matarán. Y yo ya no puedo hacerme el loco —opinó su tío, llegando a nosotras.

Asomó la cabeza de la misma manera y entrecerró la mirada.

—Voy a bajar —anuncié.

Arcadiy me sujetó del antebrazo cuando fui a retroceder para marcharme.

—¿Y si es una trampa? ¿Y si está ahí aposta? —cuestioné de forma atropellada.

—Pues entonces daréis la voz de alarma. —Miré a Aleshka—. Quédate aquí. En el caso de que veas algo raro o a alguien más, avisa a tus padres de inmediato. —Busqué a mi hombre—. Tú coge esa arma que tanto te gusta y cúbreme las espaldas.

Elevó un dedo en el aire, amenazante:

—No te muevas de aquí hasta que vuelva.

Asentí, pero tanto él como yo sabíamos que era mentira y que no iba a esperarme. No tardó en desaparecer por las escaleras, como si la urgencia lo hubiese empujado, sabiendo que estaba casado con una mujer que desobedecía sus órdenes. Aleshka y yo nos miramos, ella con una sonrisa de oreja a oreja. Fue la primera en decirme:

—No me moveré de aquí hasta que venga mi tío, mi *riidaa*.

La dulzura en su voz me enamoró. Asentí, le di un beso en la frente, como Arcadiy hacía siempre, coloqué un pie en lo alto del muro del tejado y me preparé para bajar por el lateral, sin ser vista. Tardé menos en descender que en subir el tramo escaso que había tenido para llegar arriba, me escondí detrás de unos arbustos gigantes y avancé sigilosa, saltando dos vallas más para llegar a la tercera casa, hasta la posición en la que se encontraba Lili.

Escondí mi cuerpo pegándome a la pared, cerca de la valla de la tercera vivienda. Anduve con cuidado, con pasos más rápidos, como si fuese un gato en mitad de la noche, y me preparé, con los sais fuera de las mangas y las empuñaduras cogidas en las manos. Justo en ese instante, ella miraba hacia la casa de Noa, por lo que no me fue difícil colocarle uno de ellos en el cuello.

—¿A quién esperas? —le pregunté mordaz.

El sobresalto provocó un estrépito, ya que se le cayó de las manos el bolso y el cigarro; obviamente, este segundo no efectuó ningún ruido en mitad de la noche. Apreté más fuerte el arma contra su garganta.

—Yo..., por favor... —Elevó las palmas de las manos en el aire. Apreté más—. ¡Por favor! —gimió.

—No te lo preguntaré de nuevo. ¿A quién esperas?

—Ryan... Ryan... —balbuceó, y un hilo de sangre comenzó a deslizarse por su piel—. No he tenido tiempo de decirle...

—¿Qué tienes que decirle? —me interesé, impulsando en un corto movimiento su cuerpo contra mí. Había colocado el otro sai, el cual ya apuntaba a su espalda. Lili la arqueó, tratando de no pincharse con él.

De soslayo, aprecié un movimiento en el tejado de la casa de Noa, e imaginé que mi griego se meneaba para que lo viese. Moví con rudeza el cuerpo de Lili, la estampé contra el muro de piedra que tenía a mi espalda y coloqué de la misma forma que antes el arma: sobre su delicado cuello sangrante. La insté a que respondiese con un movimiento seco de cabeza.

—En cuanto entréis en las oficinas de Jacob y enviéis ese comunicado, lo más probable es que él os dé caza porque seréis un incordio demasiado cercano a su golpe fundamental —expuso de carrerilla.

Mi rostro se tornó más sombrío. Entrecerré los ojos y le pregunté:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tendréis que salir de aquí. Es uno de los puntos clave que tiene marcados en su despacho. De hecho, todos vosotros os encontráis en esa pared que tiene por mapa. Lo he visto con mis propios ojos.

No íbamos a ser tan estúpidos de quedarnos en la casa de Noa tras aquello, pues era evidente que, como había dicho, nos daría caza. Lo que Lili no llegaba a comprender es que éramos una panda de criminales sin escrúpulos muy listos.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

Me miró con horror, como si la respuesta fuese obvia. A mí las miradas no me servían como contestación. Golpeé su barbilla con mis nudillos, esperando una respuesta.

—¡Ah! ¡Por favor...! —gimoteó por segunda vez—. Tengo mucho miedo y...

Su cuerpo temblaba.

—No has tenido miedo para tratarnos como a despojos humanos —escupí.

Me observó durante unos interminables segundos, durante los cuales vaticiné cuál era su gran problema. Ella no estaba allí porque quisiese tendernos una trampa. Estaba allí porque todavía seguía enamorada de Ryan, porque no quería que le ocurriese nada, y porque en el fondo su vida era un lío de narices, una existencia vacía y solitaria que, con seguridad, llenaba en momentos puntuales con aquel tipo del que Ryan había hablado.

—No quiero que le ocurra nada —musitó con congoja.

—¿Y por eso le pides que salve a la gente de la conmemoración? —solté con hastío y cara de circunstancia.

Las lágrimas corrieron por aquel rostro angelical, deslizándose hasta llegar a su barbilla. Las risas a altas horas de la madrugada se escuchaban lejanas, como el canto de una sirena. Lili miró hacia allí, pero su atención regresó con velocidad a la mujer que la apuntaba con el sai.

—No es lo que él ha dicho. No es lo que está pensando —sollozó—. Es

cierto que Matthew estará allí, ¡pero os juro que no es por él! —Imaginé que el hombre que había mencionado era su amante, o como quisiese llamarlo.

—¿Estás diciéndome que te has quedado aquí para...?

—Le mandaré a Ryan todos los accesos posibles para que no tengáis ningún problema en las oficinas de Jacob, y no... Yo... —titubeó, lo que me exasperó, y eso que yo era la paciencia personificada—. Quería decirle que nuestra casa está a su disposición si la necesita, que no me importa correr riesgos porque yo... porque yo... —Escuché los pasos de alguien detrás y ya sabía quién era—. Yo todavía lo am...

La voz varonil, esa que te ponía la piel de gallina, con tono autoritario y letal, habló:

—No quiero *tu* casa —subrayó—. No quiero que me facilites las cosas y no quiero que vuelvas a merodear por aquí, o el próximo que te pondrá un cuchillo en el cuello seré yo, y entonces no te gustará el Ryan que conocerás.

Aparté el arma de la garganta de Lili, di un paso hacia atrás y me dispuse a marcharme. Sin embargo, me sorprendió que Ryan me sostuviese del antebrazo con rapidez. Miré el agarre, después a él, y vi en sus ojos la súplica para que no desapareciese de allí. Asentí antes de girarme. Alcancé a ver el humo de un cigarro en lo alto del tejado. Arcadiy no estaba solo, lo supe cuando otra figura igual de poderosa que la suya se asomó, mostrándome a Jack. La pequeña Aleshka y su madre también estaban allí.

Me encontré con los ojos de Lili al volverme, quien observaba con descaro y lágrimas el agarre que Ryan había tenido con mi brazo. Me coloqué en la postura de sabia y esperé, con los pies anclados al asfalto.

—¿Podemos hablar? —le preguntó Lili con tono suave. Ya no me parecía la mujer tan altiva que había entrado en la casa de Noa, creyéndose una diosa —. A solas.

—Lo que tengas que decirme, puedes hacerlo delante de ella.

«De ellos», pensé, pues no sabía si Ryan se habría dado cuenta o no, pero todos los italianos estaban escondidos detrás de unos arbustos, con Noa y Aarón también. De hecho, Dante asomó la cabeza a mi izquierda y dijo un breve «Cucú», amortiguado por una colleja que le cayó por detrás. No supe de quién.

Lili dio un paso y a mí me pareció que sobraba. De hecho, la tensión podía cogerla con la mano si quisiera, pero Ryan me había dicho que me quedara allí, y si un amigo pedía aquello, lo haría por él, por muy incómodo que fuese.

—Siento cómo he entrado. Por favor, Ryan, sabes cómo soy. ¡Tenía miedo, joder!

—Uh, que dice palabrotas—. Eso se escuchó en la parte de los arbustos.

No identifiqué si fue Dante, Romeo o Angelo, aunque pensé que fue el último. Di gracias a los dioses porque Ryan estaba muy enfadado y no escuchaba.

—El miedo no te da derecho a ser una maleducada. Y si tenías que haber soltado esta mierda de los accesos y tus putos ofrecimientos, podrías haberlo hecho allí en vez de salir corriendo.

—¡Te has marchado tú! —se desesperó, e intentó tocarlo. Él se apartó.

Me junté más a la zona de los arbustos, de manera disimulada. Romeo ya me esperaba.

—¡No soy un imbécil, Lili! ¡Sé por qué ejecutas cada uno de tus movimientos!

—¡¡No es por Matthew!! ¡¡Te lo juro por mi vida, Ryan!!

Eso desencadenó una monumental pelea entre los dos, y gracias a esa discusión, Romeo pudo abrir un poco las hojas de los árboles, asomar la cabeza y decir:

—Yo no la perdonaba. Es una perra del infierno.

—Al *yomi-no-kuni* vas a ir tú. Pero sí, yo tampoco la perdonaba —repuse, sin apartar mi mirada de los dos.

Ryan apretaba mucho los puños a ambos lados de su cuerpo, y Lili, al verlo en ese estado alterado, no se atrevía a acercarse en exceso a él, por no hablar de la diferencia de altura, que daba miedo. Es que Ryan era muy muy grande.

—Es una bicha de cuidado. A la *mama* se la llevaba yo, que no iba a verse en otra —apuntó Dante, quitando a su hermano.

—Sois muy cotillas y marujones, que lo sepáis —argumenté sin venir a cuento.

Dante abrió los ojos con desmesura.

—¿Me lo dices tú, japo? ¿Tú, que estás ahí la primera? —Un dedo índice salió por el árbol para apuntarme.

Le di un palmetazo y Ryan nos miró de reojo. Ya los había cazado.

—Ryan me ha pedido que me quede con él. A vosotros no —le respondí con calma.

Dante entrecerró los ojos.

—Que sepas que me caías bien, pero voy a tener que pensarme si ponerte en mi lista de enemigas.

Elevé el sai sin que se lo esperase, lo dejé posado en su nariz y él abrió más los ojos, sin creerse que hubiese hecho aquello. Romeo y el resto se reían de él a su espalda, tratando de no hacer ruido. Miré a Noa un segundo, pues el espacio por el que Dante había salido era más que suficiente, y deseé que se arrepintiese en su decisión de no contárselo. Quizá podrían formar una pareja

muy bonita y todavía no lo sabían.

—Lárgate de aquí, Lili. No queremos tu ayuda.

—¡Necesitas mi ayuda!

—¡Lo haremos a nuestra manera! —rugió—. Vete, gracias por la información, por preocuparte —le dijo con amargura—, pero ya no hace falta que volvamos a vernos. Es más, no quiero que lo hagamos.

Viré el rostro para contemplar la reacción de Lili. El resto enmudeció.

—Me necesitas... —musitó ella, rota.

Aparté el sai de la nariz de Dante, solté un extenso suspiro y los dos me contemplaron. No debía entrometerme, pero... Él me había permitido quedarme allí por algo, e iba a hacer lo que más sabía: hacerle entender quién era.

—Necesitar es una palabra que denota carencia —añadí sin quitarles los ojos de encima, pues me había dado cuenta de que él ya sabía que todos se encontraban detrás. De hecho, sentí que la tensión menguaba—. Y tú no necesitas nada, Ryan Moon, porque lo tienes todo. Porque tú eres todo lo que quieras ser.

25

Estoy sin argumentos

No hizo falta que Ryan me diese las gracias por aquellas palabras, ya que su mirada dijo todo lo que pensaba. Lili se marchó de allí con la cabeza gacha y un fracaso más para su lista de hombres a los que no había conquistado o, en ese caso, reconquistado.

Me había entretenido con Micaela y con Noa en la cocina: la primera, bebiéndose un vaso de *whiskey*; la segunda, uno de leche con cacao, y yo, uno de agua. Imaginé que a Noa le apetecía más la bebida de Micaela, aunque no hablamos nada de su embarazo durante lo que duró ese trago, sino de Ryan, quien se había marchado con Arcadiy, Jack y Romeo a dar una vuelta por los alrededores, pese a ser casi las cuatro de la mañana.

Pasaba la planta donde se encontraba Aleshka y vi que tenía la puerta de la habitación semiabierta. Me asomé y la encontré cobijada bajo una gruesa manta. Sonreí con ternura, escuchando los pasos de su madre a mi espalda. Se detuvo antes de llegar.

—¿Crees que será una buena idea?

Imaginé por su pregunta que había hablado con la muchacha. No me giré para contestarle, pero sí continué mirando a Aleshka, o más bien a su alma.

—Será lo que vosotros queráis que sea. —Me giré para observarla. Tenía los ojos llameantes—. Será lo que le permitáis que sea, Micaela.

Su mirada fría me perforó, calculadora y letal, sumada a una oscuridad enloquecedora que le confería aquel cabello negro, tan oscuro como la noche. Tan incierto como nuestro futuro. Ahí me confirmó la respuesta a una pregunta que no había hecho, por lo que asentí con cortesía, me giré y subí a la buhardilla, dejándola de pie, sin apartarme la mirada, la cual sentía clavada en mi espalda.

Empujé la puerta que había dejado... ¿abierta? No. Yo la había cerrado

antes de salir por la ventana porque me disponía a acostarme, de eso estaba más que segura. Bajé el brazo derecho, descolgando el primer sai y rozándolo con mis dedos. Entonces, alguien presionó la madera desde dentro y la puerta se movió con suavidad hasta cerrarse.

Me quedé de espaldas porque ya sabía quién era.

—¿No te habías ido con Ryan? —le pregunté con verdadero interés.

Noté que sus manos se colocaban en mi cintura con suavidad, recorrían el contorno de mi figura, llegaban a mis axilas, se deslizaban por mis brazos y terminaban en mis muñecas. Entretanto, su boca se había pegado a mi cuello y lo mordía según le entraba en gana.

—Había, pero yo he venido antes a por mi *riidaa* chicle.

Coló ambas manos por la abertura de mi camiseta, tiró de los sais y los lanzó al suelo en un movimiento seco. Tras eso, se encargó de llegar al filo de mi oscura prenda, la alzó un poquito y fue quitando de uno en uno los cuchillos que tenía, incluidos los dos aros que guardaba debajo del sujetador.

—¿Tienes miedo? —inquirí con picardía, sintiendo su dureza en mi espalda.

—Todavía puedo dar gracias a que la catana está detrás de la puerta. —Me giró de golpe—. Pero debo confesar que me da miedo encontrar una espada láser y que te pongas a lo Obi-Wan Kenovi9.

Envolví las manos alrededor de su cuello y me aproximé.

—Estaría bien eso de ser una Maestra Jedi. —Sonreí muy cerca de sus labios—. ¿Por qué estás desnudándome, Arcadiy Bravo Tanaka?

Me separó para terminar de quitarme la camiseta, después se deshizo del sujetador y fue directo a mis pantalones elásticos, sin preguntar. Moví la cadera hacia delante, instándole a que me contestase. Noté que se tensaba un poco, solo un poco, aunque suficiente para hacer sonar mis alarmas.

—A partir de mañana, no sé cuándo vamos a tener un rato para los dos. —Se agachó para sacar la prenda por mis tobillos. Fruncí el ceño por su tono y por lo que dijo a continuación—: Tampoco sé si vamos a ser capaces de sobrevivir, y...

Detuve sus movimientos cuando ya sacaba la segunda pierna de la prenda. Dejó las manos inmóviles y me observó, pues tenía los dedos de la derecha clavados en su mejilla. Me agaché para estar a su altura antes de interrumpirlo con decisión:

—Nunca..., jamás en tu vida, pongas en duda que vas a morir tan pronto, que vas a apartarte de mí tan pronto, griego, o no te lo perdonaré ni en esta ni en las siguientes vidas. —Me miró mucho, aunque no contestó—. Las dudas siembran dudas, pero si crees firmemente que vencerás, lo harás.

—¿Y tú estás convencida de eso? —cuestionó con firmeza.

—Tan convencida como que estoy viendo nuestro hogar en Japón y en Grecia, mi griego.

No esperaba el ímpetu con el que actuó, aunque sí vi la determinación en sus bonitos ojos. Sus manos se colaron por detrás de mis rodillas, me impulsaron y terminé en el suelo de la buhardilla, con las piernas enlazadas a su cintura y las braguitas como única tela cubriendo mi cuerpo. Los ojos se me fueron a la puerta sin cerrojo.

—¿Estás viendo ahora el castigo que voy a darte por dejarme casi quince horas interminables solo en un avión?

Me encontraba muy cerca de sus labios, así que me tomé la licencia de llevar una de mis manos al inferior, mientras que la otra la mantuve firmemente apretada en su nuca.

—No, pero podrías enseñármelo —musité. Jadeé cuando su miembro chocó con el mío adrede.

—¿Y si entra alguien? —me preguntó, jugando como un experto, pues había visto el paradero de mi mirada. Mis mejillas se tornaron rojizas; lo sentí en el mismo instante en el que comenzaron a arderme.

Fui osada cuando me restregué, esa vez con garra, contra su entrepierna. Gruñó y apretó los dientes a la vez, gesto que provocó que una mueca burlona saliese de sus labios.

—Me esconderé debajo de la manta hasta que se me quite la vergüenza. Puedes empezar con el castigo.

Se le escapó una risa, y a mí me cambió la cara cuando noté que su mano se deslizaba con suavidad por mi costado derecho, llegaba al centro de mis piernas y se internaba bajo esa tela que ya empezaba a estorbar. Un calor sofocante me subió por la garganta, y más al darme cuenta de todos sus movimientos, pues teníamos un espejo de pie, ovalado, en la izquierda. No quería apartar la mirada de él, sin embargo, de reojo podía apreciar cómo se marcaban las venas de sus brazos por la contención.

—Eres una descarada. Y te has portado fatal. —Trató de poner voz de indignación, aunque no le salió porque terminó riéndose de nuevo.

Un dedo se coló en mi sexo. Arqueé la espalda por el placer que ese movimiento me produjo, y eso me llevó a mirar sus labios con más anhelo del que imaginé.

—No impones nada de respeto, que lo sepas —lo piqué—. Pero ya que estamos, ¿podría ser igual que en nuestra primera discusión?

Abrió los ojos en su máxima extensión, pese a que en el fondo le brillaron picarones.

—¡Eres una sádica! —se hizo el alarmado, aunque en realidad no lo estaba.

Moví la cadera para empujarlo con más fuerza en mi interior. Rugió, se acercó a mi boca y tiró del labio inferior, sin detener sus movimientos, ahora con dos dedos. Pero yo deseaba que me poseyese como un loco, como esa vez que me llevó al extremo. Y, para mi sorpresa, me encantó.

—¿Cómo piensas castigarme? Dime —le exigí muy cerca de la boca, rotando las caderas para buscar más placer y alargando la mano derecha para meterla bajo sus pantalones hasta llegar a su falo.

Besó mis labios con fervor justo cuando llegué a la parte que deseaba. Conseguí sumergirme en su interior y alcancé la zona caliente, mojada, tersa y lista para recibirme. Aquello no hizo más que aumentar las ganas que tenía de perderme en sus caricias, en él, en su cuerpo cincelado.

—Estoy pensándolo —soltó a bocajarro cuando me separé de él momentáneamente.

Me encontraba tirando con la mano libre de su camiseta y me ayudó en mi labor, abandonando mi sexo, que clamaba un orgasmo con urgencia. Descubrir la piel que tantas veces había visto en tan poco tiempo me hizo tragar saliva, con los ojos brillantes, sin ser capaz casi ni de respirar.

—No puedes ser más perfecto... —susurré, absorta en cada una de las marcas de su torso.

Rugió como un león, enmarcó mis mejillas entre sus manos con ferocidad y estampó su boca con ansia sobre la mía. Con ganas de devorarme.

De volverme loca.

De llevarme al infinito y más allá.

De hacerme ver las estrellas.

Ni siquiera me di cuenta del momento en el que lo empujé hacia al lado, permitiéndome así el control de la situación. Me vi desbocada soltando el botón de su pantalón y forcejeando con mi propia desesperación para que desapareciese de su cuerpo. Las manos de Arcadiy no estuvieron quietas, pues masajeaban cada resquicio de mi figura, apretando, clavando sus dedos, rugiendo por las ganas que los dos nos teníamos.

Se separó de manera brusca y me miró con extrañeza.

—¿Digo que voy a castigarte y te pones como una fiera?

Tiré de la ropa hacia abajo, llevándome el bóxer a la vez. Lo miré a través de mis pestañas con sagacidad, me mordí el labio inferior y me concentré en mi tarea, diciéndole:

—Es porque estoy deseando ver el castigo al que vas a someterme.

Gruñó, tal vez sabiendo que había perdido una batalla antes de comenzarla.

Y eso se ganó otro trozo de mi corazón, sumado a una intensidad desbordante por el profundo amor que sentía por él. «Dioses, no lo apartéis de mi vida». No iba a verbalizarlo, pero una parte de mí también tenía miedo de perderlo, de que todo se acabase tan rápido.

Me quedé con la mirada fija en su erección, la boca hecha agua y unas ganas horribles de lamerlo, sin embargo, él no estaba dispuesto a darme ese margen de tiempo, pues sujetó mis antebrazos con vigorosidad, tiró de mí hacia arriba y me clavó el miembro en el sexo sin delicadeza. Sentí los muslos mojados, cómo la humedad se deslizaba por su falo prieto y preparado para ensartarme.

—Pues el primer castigo es no probarme —ordenó como si acabara de ocurrírsele, y tuve que contener la risotada.

Contoneé la cintura con sensualidad, provocándolo. Él alzó las cejas, y también me hizo gracia su forma de actuar. Estar con Arcadiy era eso: vivir con devoción cada instante.

—¿Entonces? —le pregunté socarrona mientras paseaba mi dedo índice por su clavícula. Atrapó mi mano, se llevó el dedo a los dientes y lo mordió.

—Te vas a enterar. —Puso tono amenazador, aún con el dedo en la mano.

Me acerqué un poco más a él, quedándome a un escaso palmo de su rostro y notando cómo su miembro pedía a gritos que lo dejase entrar.

—¿Seguro? No te creo. —Lo besé castamente—. Eres un chulo, Arcadiy Bravo Tanaka.

—Estoy sin argumentos —me dijo con total sinceridad, y tuve que taparme la boca con la mano libre para amortiguar la carcajada.

Enseguida pensé en cualquiera que nos viese, riéndonos a mandíbula batiente mientras pretendíamos amarnos sin límites. Entonces comprendí que aquello era lo más especial que había vivido en mi vida, y que estaba haciéndolo con él.

—Estás volviéndote un blando, mi griego —metí cizaña.

Me soltó, sus manos volaron a mis caderas y me giró con brusquedad a una velocidad de vértigo, ocasionando que mi espalda quedase pegada a su pecho. Di un pequeño grito por la efusividad y apoyé las manos en sus caderas para no caerme. Desde mi posición veía a la perfección aquella parte de su anatomía que me llevaba a la locura, la que deseaba con todas mis ansias. Noté incluso que el sexo me vibraba, que lo llamaba con desesperación, y sentí la rojez en mis mejillas al verme tan expuesta.

Se incorporó un poco, apoyando su espalda en una de las patas de la cama. Al movernos, la gran alfombra que cubría el suelo se deslizó y se arremolinó a nuestro lado. Una de sus manos fue hasta mi sexo, lo delineó y arrastró toda

su humedad para soltarla sobre su falo.

—No dejes de mirar al espejo —me ordenó, y mi sonrojo subió con más intensidad cuando ronroneó—: aunque estés colorada como un tomate. Quiero ver cómo te corres así.

Con la vista en el cristal, me fijé en cómo la colocaba en mi entrada, cómo se perdía su glande en mi sexo, cómo lo absorbía y cómo me llenaba de un placer inmenso. A su lado me veía tan pequeñita que asustaba, pero lo cierto era que encajábamos a la perfección. Noté que resbalaba con tranquilidad, que lo engullía con fervor y que lo hacía desaparecer. No fui consciente, y cuando quise darme cuenta estaba en lo más profundo de mí.

—¿No se supone que deberías castigarme con lo que me da más placer? —inquirí inocente, pues era lo que más gusto me daba.

Se recolocó, movió la cadera hacia abajo y después la levantó para volver a entrar con parsimonia. Una parsimonia enloquecedora. Entreabrí los labios, viéndomelos sonrosados, contemplando su mirada azul clavada en cada uno de mis gestos. Era feroz, adictiva, endiabladamente perfecta.

Y era mía.

Su mirada era mía.

No me percaté de que sus dientes tiraron de mi oreja, pues me había quedado ensimismada en el movimiento de su pelvis, en cómo entraba y salía su enorme miembro de mí, regalándome un placer tan extraordinario que no estaba dispuesta a perderlo.

—Feliz cumpleaños, mi *riidaa*.

Mis ojos se abrieron al escucharlo. ¿Cómo sabía que ese día era mi cumpleaños?

Sonrió como un canalla, pero no me dio tiempo a decirle nada, pues cuando me disponía a girarme, pese a tener que romper nuestro contacto, sujetó mis caderas con una firmeza aplastante y comenzó un bombeo enloquecedor.

«Así lo querías», me dijo mi mente, sin equivocarse.

Mis pechos brincaban con violencia, mis manos se aferraban a cualquier parte de su carne, mis labios se deshacían con cada gemido amortiguado en mitad de la habitación, y yo solo podía contemplar sus ojos y su miembro.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Subía y bajaba. Subía y bajaba.

El orgasmo me arrolló con vertiginosidad; él continuó sin descanso. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

Ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce...

—Arcadiy... —jadeé, muerta de gozo y al borde del desmayo por la

intensidad del momento.

Escuché su respiración agitada, vi cómo subía y bajaba su pecho descompasado, y casi me desmayé cuando un segundo orgasmo, casi instantáneo, comenzó a bombear en mi vientre, queriendo explotar.

—Tenemos que llenar nuestro dormitorio de cristales. No te imaginas lo salvaje que estás así —gruñó, sin dejar de embestirme.

Recordé el curioso significado de tener cristales en una habitación, pero me callé porque no era momento de exponer mis creencias. Me reí mentalmente al pensarlo, aunque pronto se me fue cuando sentí sus dientes clavados en mi hombro. Fue un segundo en el que me había despistado. Noté cómo su miembro se tensaba, cómo se engrosaba, y supe que la explosión era inminente.

Giré el rostro todo lo que pude hasta encontrar el suyo, busqué su boca con desespero y permití así que nuestras lenguas se mezclaran, que batallasen juntas, que nuestros fluidos fueran uno. Juntos. Siempre juntos.

Y lo amé con tanta fuerza que el pecho me quemó.

Me dolía la cabeza cuando amaneció, y me desperté porque alguien estaba lanzando piedras al ojo de buey. ¿Era posible llegar allí desde el suelo? El que fuese debía tener una puntería extraordinaria.

Me levanté con una sonrisa en los labios, recordando que nos habíamos dormido hacía apenas un par de horas, pues Arcadiy se había dedicado a cantarme el cumpleaños feliz unas tres veces seguidas, a hacerme cosquillas y a meterse con mi padre porque no estaba en un día tan especial. También me había dicho que tenía un regalo muy emotivo para mí, pero que me lo daría a mi regreso, tras sacar a los niños que Angelo había encontrado sin dificultad.

Parecía haberlo invocado, pues era él quien estaba en el jardín. Elevó los brazos en alto al verme por la ventana y le pedí un momento con la mano. No quería despertar a mi persona favorita, quien dormía con un brazo sobre los ojos y el cuerpo desnudo, cubierto solo por una parte de la sábana. Me aproximé a hurtadillas hasta la ropa, sin dejar de mirarlo, la saqué de la maleta y me coloqué de manera estratégica el pijama para ir a darme una ducha urgente justo en la planta de abajo. Me giré, pero lo mismo que intenté escabullirme, tuve que frenar.

—No vas a conseguir engañarme en la vida. En la vida.

Sonreí, girándome.

—Nunca digas nunca...

Ya estaba levantado, desnudo, y venía hacia mí sin ningún pudor. Yo mantenía todas las prendas en la mano apretujadas, y el aire comenzó a entrarme y a salirme a toda velocidad. Cuando me alcanzó, recogió uno de los mechones que habían escapado de mi improvisada coleta mini y me lo colocó detrás de la oreja.

—Nunca —se reafirmó, con tal de llevar la razón—. Igual que con el té. Nunca de los nunca beberé té. —Omití el comentario de discrepar cuando fue acercándose para darme un beso y lo escuché decir por lo bajo, antes de llegar a mis labios—: Qué hostia me va a dar la vida.

No contuve la risotada mientras lo besaba, porque él mismo se adelantaba al futuro, él mismo lo veía y él mismo sabía que lo que decía no sería verdad. Me separé unos centímetros, traté de sostener la ropa con una mano y le dije:

—Duerme un poco. Es muy pronto y Romeo no ha aparecido todavía. Os queda un buen rato para iros.

Me sujetó con fiereza de las caderas y las prendas terminaron desparramadas por el suelo. Me reí tontamente. Apretó mis nalgas con lascivia, empujó con las manos hacia arriba y me instó a que lo rodease con las piernas.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo a la ducha?

Rocé su nariz con la mía.

—¿No habremos llamado la atención lo suficiente ya esta noche?

—Bah, tonterías. Somos supersilenciosos. —No terminó de decirlo cuando ya estaba riéndose a mandíbula batiente, porque era consciente de la gran mentira que acababa de soltar.

Y qué hermosa era aquella sonrisa que llenaba mi corazón, que embriagaba mi alma de muchos sentimientos bonitos.

—No puedo decir que te reserves las fuerzas para después, porque creo que empezaríamos con buen pie la mañana —objeté con una risilla picarona.

Negó con la cabeza, guasón.

—Estás convirtiéndote en una pervertida, Natsuki Tanaka Bravo. —Su tonito me hizo sonreír ampliamente.

Eso ocasionó que terminásemos descendiendo las escaleras en silencio, bajo el mutismo en el que estaba sumida la casa tan temprano. Me coloqué un dedo en el labio para suplicarle silencio, pero me dio tal palmetazo en el trasero que resonó por toda la casa, y al final hicimos más ruido del pretendido antes de llegar al baño.

Casi una hora había pasado entre que terminé la ducha pasional, me hice un té con prisas y salí a la calle, donde Angelo se había sentado en uno de los banquitos del jardín. Se encontraba con Aarón, quien se bebía un café cargadísimo, pues el olor me llegaba desde la distancia.

—¿Cuánto tardas en arreglarte? —me preguntó, y después miró a Aarón —. ¡Si se ha puesto una gota de maquillaje y ropa que se coloca en un abrir y cerrar de ojos! Yo no lo entiendo.

Aarón levantó la cabeza con una sonrisa pilluela y le devolví el gesto, tirándome de las mangas del jersey. Angelo resopló y se puso de pie. Casi me dio un paro cardíaco al ver que llevaba un traje beis. Beis, a secas. Era imposible.

—La paciencia es una virtud, Angelo —le dije, pasando por su lado para encaminarme hacia el coche.

Los dos se levantaron.

—¿La paciencia, o tener a un ruso-griego de marido? —cuestionó el italiano con sorna.

—Angelo... —lo advirtió el expolicía, situado a mi lado.

Me detuve para mirarlo y solté con toda la sinceridad del mundo:

—Las dos cosas. —Moví los hombros con desinterés, como si fuese algo obvio.

Todavía me aguijoneaban las caderas al recordar las manos de Arcadiy clavadas en esa parte, en la ducha, mientras me penetraba con tanta rudeza que parecía una muñeca de trapo en sus brazos. Mi sexo emitió un calambrazo que me desarmó, y tuve que contenerme para no olvidarme de todo y subir corriendo en busca de mi marido. No entendía el motivo, pero lo deseaba a todas las horas del día. De una manera u otra, quería su contacto, su cercanía y...

—¿Hay hueco para uno más?

Sonreí. Sonreí mucho, y supe que los ojos me brillaban sin necesidad de ver mi reflejo. «Sabía que vendría. Lo sabía». Me giré de cara a él, quien ya esperaba mi reacción.

—¿No tienes que ir a ver a Haiden con Romeo? Antes del trato con los terroristas, me refiero —inquirió Angelo.

—Todavía le da tiempo a echarnos un cable —argumentó Aarón, con la mano en el aire—. Vamos, rubio. Se nos hace tarde y tenemos que llegar para la comida, o Noa nos matará.

Iba guapísimo, con sus pantalones vaqueros ceñidos, aquel jersey de color hueso y, lo más bonito de todo, su francotirador colgado en la espalda. Me acerqué a él con pasos largos, salté sobre sus brazos y entrelacé mis manos

alrededor de su cuello, con una sonrisa permanente en los labios.

—Oh, por favor, ¡qué pastelosos! —añadió el que le había echado un ojo bien grande a mi hermana.

—Cállate, idiota. Qué más quisieras tú estar así.

—¿Yo? Ni muerto, vamos.

Reí en la boca de mi griego por el comentario de Aarón y la respuesta de Angelo, pues imaginé que a los dos se nos había venido a la cabeza lo de «Nunca digas de esta agua no beberé».

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te amo? —le pregunté con socarronería.

—Mmm... Creo que no —me vaciló.

Lo besé con delirio, me separé muy poquito y sentencié, con el corazón en la mano:

—Pues te amo mucho, mi griego. Te amo muchísimo.

26

La santa Iglesia

Habíamos llegado sin ningún altercado al condado de Berkshire, concretamente a una iglesia casi abandonada en Cold Ash. El viaje nos había supuesto casi una hora de camino, en la que Angelo no dejó de indagar sobre Japón y su cultura, las tradiciones más populares y todo chisme del que tuviese que estar al tanto. Me pregunté a cuento de qué venía tanta insistencia, pero los ojos de Arcadiy se tornaron pícaros, de una forma casi insólita, y aprecié entonces que lo que le ocurría a Angelo era que se había fijado demasiado en mi hermana y no en mi país. La llevaba clara si pretendía conquistarla, pues una de las cosas de las que más era consciente era que no lograríamos recuperarla. No tan pronto. Me apenaba en lo más profundo de mi alma, pero más lo hacía ver los ojos tristes de mi padre al saberse vencido. Derrotado. Hundido por no poder recuperar a su hija. Ni siquiera había tenido tiempo de replantearme cómo estaría pasándolo mi *kaachan* o Hana.

—¿Quién los tiene? —me interesé cuando desmonté del coche.

Angelo se sacó un papel del bolsillo.

—Se supone que el cura de aquí. Tiene cojones. —Se rio por lo siniestro que sonaba aquello—. Un cura guardando a niños que van a convertir en asesinos.

—Como la vida misma —rumió Aarón, adelantando el paso para llegar a la entrada de la iglesia. Se llevó una mano al arma.

Seguí el rastro del expolicía, dejando al italiano con Arcadiy. Aarón había venido en otro coche independiente. Era un furgón que tenía a primera hora de la mañana en la entrada de la casa de Noa. No sabía de dónde lo había sacado, aunque imaginé enseguida que era para esos críos.

—¿Crees que será necesario? —le pregunté, ya con la mano derecha tirando de mi catana, la cual se encontraba anclada a mi espalda.

—Si tienen en la propia iglesia a los niños, ¿cómo de ilegales crees que

serán? —Alzó una ceja y yo tiré de la empuñadura hacia el lateral.

La construcción estaba hecha un desastre, casi podría decirse que se caía abajo. Haiden le había indicado a Angelo que había quince niños que deberían haber salido directos hacía unas semanas, pero no se sabía adónde. Tal vez había sido la predisposición de Haiden lo que les había salvado la vida mientras se decidía o no a hablar conmigo. No me tragaba sus actos de buena fe, y aunque fuesen ciertos, no los quería.

Asentí, indicándole a Aarón que podía llamar a la puerta. Su gran puño la aporreó con tres toques sonoros, pero nadie abrió. Lo intentó por segunda vez, en esa ocasión con más brío.

Nada.

Nos miramos.

—¿Estás seguro de que es aquí?

—Es lo que me ha dicho el chino —le respondió.

—Es japonés —lo corrigió mi griego, y sonreí.

Centré mi atención en la cima de la iglesia mientras ellos hablaban, y para mi sorpresa vi una cabeza esconderse con mucha ligereza. Le di un codazo a Aarón, quien enmudeció de inmediato al sentir mi roce. Le hice un gesto con la mano izquierda, la libre, y apunté con la catana la cúspide del lugar sagrado. Aarón cabeceó, me indicó con gestos que subiese por la escalera lateral del patio, buscó a Arcadiy y esté entendió a la perfección qué debía hacer.

Angelo no dudó en preguntar:

—¿Qué hago yo?

Di dos pasos hasta colocarme a su lado y musité:

—Si alguien abre esta puerta, apunta con la pistola y no permitas que nadie se vaya.

—¿Ves? —le dijo a Aarón, quien ya iba camino de la parte trasera—. No cuesta tanto hablar el mismo idioma.

Lo último le salió un poco gruñón, aunque sonreí.

Arcadiy se disponía a tomar posiciones en un árbol que había en la esquina, abarcando la construcción y sus posibles salidas. Se encaramó al tronco y trepó como un experto hasta esconderse entre sus ramas a la vez que yo reanudaba mi paso.

Antes de saltar por el muro de una altura media, lo miré. Me señaló los ojos, indicándome que desde ahí vigilaba cada uno de mis movimientos. El único que no se encontraba a cubierto era Aarón, y al final me arrepentí de aquel plan, pues podría ser arriesgado.

Coloqué un pie en el cajetín de la pared. Seguramente sería para la luz o

para alguna toma funcional y necesaria de la iglesia. Me apoyé en él, me quedé abierta de piernas en el muro y salté con soltura al interior del patio abandonado. Todas mis alarmas se activaron según caminaba, localizando dos accesos posibles al interior. Corrí con sigilo hacia las escaleras, y mientras las subía, atisbé la misma cabeza que había visto asomarse desde el tejado. Marchaba en dirección contraria a la mía, por el corredor que conectaba las dos torres del templo.

Aligeré los pies, presionando mis botas contra la piedra. Me agazapé cuando al joven se le ocurrió mirar hacia atrás, y justo antes de que llegase a la puerta, ya había atravesado el primer pasillo y llegaba al que conectaba con la otra zona. Me había dado tiempo a sacar un sai, el cual lancé con ferocidad hacia la oreja derecha del monaguillo, sin embargo, algo más provocó que el chico elevase las palmas en el aire y que a continuación se arrodillase y se llevase las manos a la cabeza.

Había sido un disparo certero de Arcadiy, quien había abierto un enorme boquete en la puerta por la que el muchacho se disponía a entrar. Busqué a Arcadiy en la distancia pero no lo vi, llegué al monaguillo y toqué su hombro derecho con el filo de mi catana.

—Ejem, ejem —carraspeé, al ver que no se movía. Le cimbreaba todo el cuerpo.

—Por favor, ¡no me mates!

Estaba aterrorizado, así que no sería muy difícil sacarle la información. Le di una patada suave para que se girase, y este cayó al suelo como si fuera una cucaracha. Unos pasos elegantes resonaron a mi espalda. No me hizo falta girarme para ver a Angelo.

—¿Dónde están los niños? —le pregunté con rudeza.

—¡Yo no sé nada! ¡Solo soy un simple monaguillo!

Me agaché para estar más cerca de su cara, y tal vez mi semblante turbio fue lo que lo hizo temblar. Tenía los ojos muy abiertos, un corte en un lado del rostro, por donde el sai había pasado, y la túnica marrón manchada de polvo y su propia sangre.

—¿Cuántas personas estáis en la iglesia?

—Yo... Yo... —balbuceó.

El silbido chulesco de Angelo se oía cada vez más próximo. Parecía una alarma que indicaba que la muerte estaba cerca.

—¿Yo qué? —Le propiné otra patada, pues no había tiempo que perder.

—¡Yo no sé nada! ¡No sé nada!

Aguanté el aire en los pulmones, sabiendo que el camino sería más fácil si le daba un buen corte con la catana, así que me dispuse a hacerlo,

concretamente en su mano, pero cuando ya levantaba el arma y el monaguillo abría los ojos, una bala pasó por mi izquierda y le agujereó la misma mano que tenía alzada. Me giré con brusquedad para ver a Angelo y su cañón humeante.

—¡Aaah! ¡¡¡Aaaah!!! —gritó con horror, y cayó de espaldas sujetándose la muñeca—. ¡¡Dios mío, ayúdame!!

—¿Y bien? —le preguntó. Llegó a su altura y se agachó—. El próximo es aquí —le colocó el arma en sus partes—, y ya no podrás follarte al cura. —Enarqué las cejas por la información, aunque el italiano siguió con lo suyo—: ¿Dónde están los niños?

Hizo el intento de titubear de nuevo, así que lo provoqué. Llevé el filo de la catana a su mejilla y la corté sin miramientos. Otro alarido más mientras continuaba mirándose la mano con pavor. Angelo le había hecho un agujero que seguramente dolería mucho. Mucho.

—Los niños —lo insté con mirada asesina, y entonces señaló la puerta por la que iba a escaparse.

Avancé con paso ligero, empujé la madera y vi unas escaleras de caracol hechas un desastre. Miré a Angelo, quien ya se encontraba a mi espalda. Torcí el gesto y descendimos con cautela, sin saber qué o a quién podríamos encontrarnos. Sin embargo, la vida nos dio un suspiro cuando llegamos al final de lo que parecía un sótano abandonado, como el resto de la construcción. Allí se encontraban los quince niños, en el suelo mugriento, apenas con lo puesto. En el lugar había un fuerte olor desagradable.

—Por los dioses... —musité al verlos.

Bajé la catana para no asustarlos, aunque tampoco habían reparado mucho en nosotros. Tal vez porque estaban acostumbrados a que hombres y mujeres con armas entrasen allí, a que los hubiesen sacado de sus casas a la fuerza. Recordé las circunstancias de Arcadiy y lo que habría tenido que pasar cuando era un crío. Ahí me di cuenta de que no había sido buena idea dejarlo venir, y que ese instinto que siempre nos acompañaba había sido el principal para no decirle que lo hiciera desde el primer momento. Deseé que no entrase, pero fue tarde, porque cuando quisimos percatarnos, una puerta a la espalda de los niños se abrió de par en par.

Todos se movieron asustados, y tanto Aarón como mi griego entraron con los dos únicos hombres que imaginé que había en la iglesia. Al herido lo llevaba Arcadiy cogido de la parte de atrás de la túnica, mientras que al otro, más mayor, lo tenía sujetado Aarón.

—Este ha intentado huir. —Mi griego lo empujó hacia delante. El monaguillo no dejaba de sujetarse la mano izquierda.

Tuve un mal augurio que no me gustó nada.

—Y este —Aarón empujó al más mayor, a punta de pistola— ha intentado escaparse por la puerta trasera.

Inspeccioné a todos los niños, quienes, asustados, no sabían hacia dónde mirar. Los examiné por encima, confirmando que los había de todas las edades, entre los cinco y los quince años más o menos. Me aproximé a uno que tenía cara de mayor, el que me había parecido el más grande. Se encontraba en medio de dos pequeños que ahora lloraban sin control y muertos de miedo. Me agaché y el niño se echó hacia atrás con pánico.

—No nos hagas más daño —me pidió con tono suave, sin mirarme.

—¿Eres el mayor? —Asintió—. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce, casi quince. —Cabeceé en señal afirmativa, verificando que era una buena calculadora de edades.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Mu... muchos días. Por lo menos... por lo menos dos semanas —titubeó, e incluso le tembló la voz.

—¿Estáis bien alimentados?

Me fijé en los arañazos de sus manos, de sus antebrazos, y vi cardenales en las partes del cuerpo que tenía descubiertas. Apreté los dientes. El chico negó con la cabeza, miró hacia abajo y vi una especie de pasta en el suelo. Parecía pan mojado.

Retuve mucho aire, me levanté, me giré hacia Angelo y le ordené:

—Llama a Micaela. Que vengan enseguida y saquen a estos niños.

—Sí, mi *riidaa*. —Cabeceó con guasa, puse mala cara y dijo—: ¡Vale, vale, vale! ¡Que ya voy! Joder, que solo era una broma —rumió, marcando en su teléfono.

Los ojos de los chiquillos brillaron y a mí se me partió el alma. Puede que ver a mis padres destrozados por la supuesta muerte de mi hermana durante todos esos años me hubiese ablandado el corazón con el tema de los niños. Nunca había sido partidaria de hacerles daño, pero siempre supe el lugar al que pertenecía, y en un mundo de villanos, los niños eran los que más sufrían.

—¿Van a liberarnos? —preguntó uno con voz muy infantil.

Lo miré, y entonces confirmé que no tendría ni los siete años.

Me acerqué a él, busqué a Aarón de reojo y sonreí cuando me agachaba para estar a su misma altura. Ese niño también tenía la ropa rasgada, algunos moratones en el cuello... Eran como marcas de dedos. Dedos grandes y gordos, como los del hombre al que Aarón apuntaba. Dulcifiqué mi tono:

—Sí, pequeño. Ese hombre de ahí atrás os llevará a la comisaría más cercana para que llamen a vuestros padres y regreséis con ellos. Pero tenéis

que prometerme algo. —Los observé a todos. Ellos ya estaban expectantes a mis palabras—. No podéis contarle a nadie quién os ha sacado de aquí. Como si nosotros no existiésemos. ¿Lo entendéis?

—¿Porque sois héroes y no queréis que el mundo se entere de que ayudáis a la gente?

Mis ojos impactaron con los de Arcadiy, que me observaban con verdadero amor. Tenían un brillo inusual, y comprendí que era porque la situación era un reflejo de su pasado. Sonrió de forma suave.

«Nosotros somos villanos, pequeño».

—Sí, pequeño. Exacto. Nadie puede saber que cazamos a hombres malos —mentí a medias—. Ahora vamos a soltaros. Y tenéis que hacerle caso al hombre que os he dicho. Él os tratará bien, os lo juro por mi honor.

Me levanté, con la mano en el corazón, mirando al más mayor, quien imaginé que había entendido mejor la situación que ninguno. Saqué un cuchillo con cuidado de no asustarlos y empecé con la ayuda de Angelo, desde una punta al centro, donde me topé con el italiano, que me observaba sin decir nada. Ojalá aquel acto que estaba teniendo conmigo lo ayudase a desviarse un poco de sus negocios.

Pareció leerme la mente:

—Ni lo sueñes. —Esbocé una sonrisa—. No haría algo en una... —miró a su alrededor con mala cara y puso tonito— *santa iglesia*. Pero ni de coña. —Esto último lo susurró.

Había tantas cosas que se hacían en nombre de las religiones que no nos hacíamos una idea. Aquello era una versión mini de las grandes atrocidades que el mundo llevaba a cabo por culpa de seguir a sectas que solo deseaban poder. Nada tenía que ver con nuestras creencias, sino con los líderes que las gobernaban en la Tierra.

—Sacadlos de aquí —les pedí, pretendiendo quedarme a solas con los dos hombres del templo.

—¿Estás segura? —me preguntó Angelo en el oído, sin que nadie pudiese enterarse.

Asentí, mirándolo con fijeza. Arcadiy se apoyó en el muro de piedra de su espalda cuando Aarón lanzó a los hombres al centro. Los niños se levantaron y me acerqué al más mayor de todos antes de que saliese. Lo sostuve con cautela del antebrazo, busqué sus ojos y él permitió que lo tocase.

—¿Qué os han hecho?

Me fijé en el cabello oscuro, en sus rasgos árabes. Tenía un rostro fino, muy marcado, con una herida en la ceja que demostraba que había sufrido algunos golpes pronunciados, pues estaba abierta. Gracias a los rayos de sol

que ahora le daban en el semblante, aprecié unos ojos inusuales. Eran amarillos. Su porte era demasiado alto para su edad, y me transmitía una personalidad delincuente, como la nuestra.

—De todo. —Fue escueto. Su tono era fuerte, grave.

Lo observé con detenimiento. El chiquillo me mantuvo su penetrante mirada y supe que jamás la olvidaría, por mucho que transcurriese el tiempo. Se giró, dispuesto a marcharse, y algo me impidió que lo hiciese. Lo sostuve de nuevo, esa vez del codo.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Viró el rostro un escaso centímetro, el justo para poder verme de perfil.

—Imran Hamad.

—Natsuki Tanaka —me presenté, sin saber por qué—. Si alguna vez necesitas algo, búscame.

Volvió un poco más su rostro, para verme bien. Asintió quedo, agradeciendo en silencio lo que había hecho por ellos. En ese instante, alguien apareció por la puerta donde Aarón se encontraba para sacar a los niños y me sorprendí.

—¿Cómo habéis llegado tan pronto? —les pregunté sin parpadear.

—No me fiaba de que le ocurriera algo a este —Noa señaló a Aarón—, así que he venido detrás.

—Y nosotros no nos fiábamos de que le ocurriese algo a este —Micaela apuntó con un dedo a Arcadiy y después a mí— o a ti, y hemos salido detrás de Noa.

Ryan sonrió a su espalda y supe que había tenido algo que ver. El tiarrón organizó a los pequeños para que saliesen en fila india, a su vez, otra persona entró en la sala, acaparando no solo mi atención, sino la de mi nuevo amigo también.

Se abalanzó a mis brazos sin reparo.

—¿Estáis bien, tía Natsuki? —El corazón me latió muy fuerte cuando me llamó así. Asentí, sin saber qué decir. Los ojos de Imran no se apartaban de Aleshka, como si se hubiesen quedado prendados de la belleza de aquella amazona.

Le devolví el abrazo, por supuesto, y besé su frente con mimo.

—No deberías estar aquí —la amonesté.

—Si quiero formar parte del clan Tanaka Bravo, tendré que estar hecha para esto.

—Tienes once...

A mi griego no le dio tiempo a terminar cuando ella dijo con tonito y una mano puesta en la cadera de manera chulesca:

—Doce. Tengo doce años, tío Arcadiy. Te recuerdo que hoy es mi cumpleaños.

Mi pecho tronó. Mi cabeza también, e intuí que por dos motivos muy dispares. Uno de ellos era la conexión entre el chico, Imran, y mi ya declarada sobrina. De hecho, casi me tambaleé hacia atrás cuando me pareció ver un hilo invisible para el resto de la humanidad. «No puede ser», me dije. El otro detalle fue que acababa de decir que...

—¿Tu cumpleaños es hoy? —le pregunté ojiplática.

Ella me miró con una sonrisa espectacular.

—Sí, hemos nacido el mismo día. —Parecía incluso emocionada.

Las casualidades no existían. Ella había llegado a mi vida por una razón, y pensaba descubrirla.

—Eh, chico. Vamos, salgamos de aquí.

La voz tranquila de Ryan ocasionó que apartase mis pensamientos y desviase mi atención a esas manos. Después elevé la mirada y me fijé en que Aleshka daba media vuelta sin hacerle ni caso al chico. Él sí que siguió sus pasos hasta que la muchacha se quedó en la salida y comenzó a repartirles a los críos unas botellas de agua que sacó de una mochila.

Arcadiy me miró, buscando el punto en el que estaba fija. Yo observé cómo Imran se aproximaba a la puerta. Aleshka le tendió la botella de agua sin mirarlo, y cuando sus manos se rozaron..., levantó la cabeza de golpe.

Un destello reverberó en ese ínfimo momento, deslumbrándome. No podía ser... El corazón me latió muy fuerte, y lo que sucedió a continuación en segundos, a mí me parecieron una eternidad. Pude apreciar sus miradas clavadas, escuchar sus corazones frenéticos, sin saber, sin entender qué les ocurría. «Son almas gemelas. Ya se conocen de otras vidas...».

El momento se rompió cuando el muchacho avanzó, salió de la iglesia y Aleshka retomó el reparto de botellas a los cuatro niños que quedaban. Los ojos de Arcadiy me inspeccionaron en la distancia, pero no fui capaz de decirle qué era lo que había presenciado. Ni siquiera sabía si me creería, así que lo alargaría en el tiempo hasta que llegase el momento. Si llegaba.

Angelo fue el último en salir después de asegurarme que nos esperarían. El plan me parecía muy arriesgado para unos expolicías a la fuga y unos criminales en busca y captura, sobre todo en Reino Unido, sin embargo, supe que la forma más fácil para encontrar a sus familias era aquella.

La puerta se cerró.

Mis ojos refulgieron con la escasa luz que había quedado en el sótano gracias a los ventanales de las figuras santas. Arcadiy permanecía en la pared, sin cambiar la postura chulesca, pero sí con la pistola en la mano.

Recuperé mi catana, apoyada con anterioridad en una de las columnas. Me la coloqué a la espalda, entre las manos, y tomé mi postura de sabia, dando zancadas largas hasta hacer un círculo con mis pisadas, alrededor del cura y del monaguillo.

—¿Cuánto tiempo llevan los niños aquí? —pregunté al aire, esperando a ver quién me respondía antes.

Ninguno lo hizo, así que me tomé la libertad de efectuar el primer corte. Fui directa al cura, pues sabía que ese condenado tenía muchos más pecados por los que confesarse. El hombre soltó un alarido y vi cómo Arcadiy se separaba de la columna, caminaba hacia mí y me tendía un teléfono móvil.

—¡Dos semanas! —me contestó el hombre con dolor—. ¡Nos los trajeron aquí hace dos semanas!

Mi griego no dijo nada, pero el gesto de su semblante me indicó que ese aparato pertenecía a uno de ellos. Se quedó un segundo inmerso en mis ojos, sin saber muy bien si entregármelo o no. Un diminuto tirón fue suficiente para que me lo cediese.

—Las dos semanas han estado aquí, imagino. —No argumentaron nada—. Y les habéis dado de comer peor que a los perros, por lo que veo. —Miré hacia el suelo, localizando la pasta. Le di un pisotón, marcando mi bota y toda la suciedad en él. Elevé la barbilla y busqué al monaguillo—. Come.

La orden fue tajante. El joven abrió los ojos como platos, sin obedecer. No titubeé. Me llevé la catana a la parte delantera y corté su mano sana desde la muñeca. El grito desgarrador, la sangre y la sorpresa inundaron el sótano. Repetí con mucha lentitud la orden:

—Come.

El cura lo empujó de un hombro, instándolo a obedecer. Me fijé en la esquina de la izquierda, donde me encontré otra zona, la cual supuse que habría servido de baño para los chiquillos, pues el suelo rebosaba de excrementos y orines. El cura me observó, sin creerse lo que estaba a punto de ordenarle. Asentí, sin palabras. El monaguillo ya comía a mis pies, como un cerdo, con las lágrimas corriendo por sus mejillas y cara de repulsión.

—Pero...

Elevé la catana en el aire con muy mala cara. Tragó saliva con dificultad y se encaminó hacia la parte indicada, con pasos lentos. Cabeceé de lado, pidiéndole a mi marido que le diese un impulso.

Por supuesto que lo hizo.

Disparó sin pestañear a la parte trasera de la rodilla derecha, provocando que el sacerdote cayese de bruces sobre las heces. Se llenó la cara, y ante el asco que me produjo la escena, miré mis pies. El monaguillo iba a morirse

desangrado por esa mano que le faltaba, por el agujero de la otra y por la cabeza que iba a perder en segundos.

Fui una valiente al abrir ese teléfono. Había un vídeo pausado.

—Lo ha encontrado Aarón en el dormitorio del cura —me informó Arcadiy, y movió la cabeza con un gesto de repugnancia, señalando al monaguillo.

Imaginé lo que contenía ese vídeo, aun así, lo abrí para permitir que la rabia subiese con mucha más intensidad por mis venas. El sacerdote tenía entre las manos al chico con el que había hablado, a Imran. Lo apoyó sobre una mesa con malas formas, y entonces el monaguillo fue el que tiró de sus pantalones destrozados, dejándolo desnudo de cintura para abajo. El estómago se me revolvió, porque supe lo que ocurriría.

Aparté la mirada unos segundos, los suficientes para escuchar que el muchacho no abría la boca, ni siquiera para quejarse, y que aquel malnacido que se comía los excrementos y vomitaba a la vez rugía. Comprendí que lo había penetrado.

Cerré los ojos con un dolor indescriptible en el pecho. Las manos me temblaron mucho, y de soslayo aprecié que los ojos de Arcadiy estaban muy brillantes. No me había contado nada respecto a eso, supuse que porque a él no le había sucedido, pero sí que me había dicho que a otros chicos los habían violado en la propia fortaleza, con el fin de horrorizar más a los chiquillos. Si es que eso era posible.

Los soniditos del cura me crisparon la sangre, pues esos rugidos de placer eran acompañados por los chapoteos del monaguillo a mis pies. Miré el teléfono con todo el dolor del mundo y vi que el joven se maltrataba el miembro al lado de la cara de Imran. Tardó solo unos segundos más en verter su simiente sobre el rostro del muchacho, sin ningún miramiento.

Tuve que apagar el teléfono por mi propia salud mental cuando el sacerdote sujetó la cabeza de Imran con violencia y comenzó a golpearla contra la madera, sin dejar de embestirlo, cada vez con más fuerza. Ahí habría sido donde le habría partido la ceja. Le lancé el teléfono a Arcadiy. Había que destruir aquel cacharro y todas las copias posibles que pudiesen existir en la iglesia.

Besé la hoja de mi catana, le pedí a los dioses mentalmente que ayudasen a ese chico a superar lo que quisiera que fuese a perjudicarle aquello durante el resto de su existencia y, sin pensármelo más, dejé caer la hoja en seco hasta cortarle la cabeza. El último llanto agónico del monaguillo se perdió en el sótano. Me agaché con decisión, cogí su cabeza con la mano libre y me fijé mucho en su mirada cristalina, aún con las lágrimas corriéndole por las

mejillas. Al llegar a la zona donde el cura comía, se la lancé y este cayó de espaldas.

La agresividad que mostré por aquel instante fue desmedida, pues no sabía por dónde tomar las riendas de la situación para no perder la cabeza y descuartizarlo con lentitud. Era consciente del poco tiempo que teníamos antes de que Arcadiy se marchase con Romeo y Haiden.

—¿Cómo un hombre de Dios puede hacer semejante atrocidad? —le pregunté huraña.

Arcadiy se acercó a mi espalda.

—Yo... Yo...

No le dio tiempo a argumentar nada, pues el rostro lleno de heces y dolor se agudizó cuando una bala salió de la pistola de mi griego y le voló sus partes. Los gritos fueron ensordecedores, y a mí me curaron el alma un poquito.

—La humanidad está podrida. Pero las cosas que hacéis en nombre de vuestros dioses... —Negué con la cabeza y los dientes apretados—. Ojalá os pudráis en el *yomi-no-kuni* durante la eternidad.

Aguanté la empuñadura de mi Hiroko Megumi, pidiendo su generosidad, su bendición, más que nunca. Porque no deseaba por nada del mundo que a ese hombre le perdonasen los pecados jamás.

—Pido... Por favor... —Cayó de rodillas, colocó las manos sucias en una posición de rezo y continuó con su balbuceo—: Por favor... Te lo ruego...

Blandí la catana hacia un lado, sesgándole las dos manos a la altura de la muñeca. El tormento fue momentáneo. El miedo también, pues el sacerdote abrió mucho los ojos, sin poder creerse que le hubiese amputado las dos manos. Separó los brazos a ambos lados de su cuerpo, como si estuviese crucificado, todavía de rodillas.

Lo contemplé con ira contenida, manteniendo la pose calmada que siempre me había caracterizado, y sin saber su nombre le dije:

—Infiel de tu dios, yo te sentencio a muerte.

Me miró de sopetón, sin entender el motivo de mis palabras, y sin titubear una sola vez empuñé mi amada catana con las dos manos. Cerré los ojos, sabiendo que la *kissaki*[10] se encontraba casi en el suelo, le pedí a mis dioses la fuerza necesaria para lo que iba a hacer y actué.

Propiné un corte desde el vientre del cura hasta la coronilla de su cabeza, en silencio, partiéndolo por la mitad. No sentí asco, pena ni tristeza por el acto que acababa de cometer. De hecho, lo miré durante unos instantes, para resarcirme de su agónica muerte. El corazón me brincó en el pecho cuando noté la calidez de los labios de Arcadiy en mi oreja derecha.

—Ojalá te hubiese tenido a ti cuando era un niño para salvarme, mi *riidaa*.

27

Un gato y una bola de cristal

Arcadiy bravo

Salimos de la iglesia unos minutos después y nos encontramos a Aarón con todo listo entre el furgón y los coches para marcharse a la comisaría más cercana. Tendríamos que dividirnos, pero lo haríamos al mismo tiempo en diferentes distancias, por si algo salía mal. Admiré el valor de mi tigresa, aunque más admiré la capacidad que había tenido para rajar a un cerdo por la mitad. Sin miramientos. Sin escrúpulos. Como los que ellos habían tenido con ese chiquillo con el que Natsuki había estado hablando antes de saber nada.

Imran Hamad, había escuchado que se llamaba. El chico estaba a la espera de entrar en el furgón, el último. Sus extraños ojos se cruzaron con los míos de manera momentánea. Eran amarillos. No había visto jamás unos ojos con aquel tono tan vivo, tan resplandeciente, tan áureos. No parecían de este mundo, y tuve a bien callarme y no hacer preguntas, porque Natsuki le habría buscado la lógica extraterrestre al muchacho. Me había dado cuenta de su inspección a él y a mi sobrina, pero no pensaba preguntar.

«No vas a preguntar», me repetí mentalmente.

Imran entró, no sin antes buscar a mi alocada cumpleañera entre el resto. La miró de una forma particular y subió a la parte trasera, la cual Noa cerró con delicadeza. Me coloqué a su lado, a la espera de que diese la orden para que los vehículos se moviesen.

—Menudo jaleo —rumió por lo bajo la rubia.

—Esto es un mérito para vosotros, que hacéis el bien —me jacté.

Puso cara de risa irónica.

—Muy gracioso, Arcadiy. —Se cruzó de brazos y me observó con duda—. Oye, he pensado una cosa que quería comentarte.

Me saqué un cigarro y la apunté con el dedo, como si fuese una pistola.

—¡Dispara!

Sonrió por mi tono jocoso, aunque siguió dudando antes de decirlo:

—Pues... Verás, he estado pensando en lo de mañana. —La miré con una ceja enarcada—. Eso de meternos en las oficinas de Peter para mandarle un mensaje a todos los invitados con la información de la placa base...

—No lo ves viable —terminé por ella.

Pareció desinflarse como un globo. Extendió los brazos a ambos lados de su cuerpo y respiró con tranquilidad, como si eso hubiese servido para quitarle un peso de encima y darle el impulso que necesitaba para contármelo.

—No.

Miró a ambos lados de la carretera y comprobó que casi todos se habían marchado, que los únicos que quedábamos allí éramos nosotros, además de Ryan y Natsuki, quienes hablaban en la ventanilla del vehículo de Angelo. La mano de Noa se colocó en mi antebrazo y tiró de mí para alejarnos un poco más.

—¿Estás bien? —le pregunté en un susurro.

—Cállate y no hagas movimientos extraños. —Mostré un gesto de confusión—. Ayer escuchamos lo que Ryan le dijo a Lili. Lo del tal Matthew Lee. El apellido no lo dijo —repuso—, pero Aarón y yo lo investigamos hasta altas horas de la noche.

Agudicé mis sentidos.

—Tú investigas mucho con Aarón. ¿Hacéis manitas en el proceso?

Me dio un palmetazo de vuelta.

—¡Oh, Arcadiy!, calla y escucha, que es importante. —Hizo una pequeña pausa y cerré la boca con un gesto—. Resulta que este tipo pertenece al UKSF, aparte de ser el amante de Lili, o lo que sea. —Movió las manos con aspavientos, como si eso no tuviese importancia.

—¿Qué es el UKSF? —inquirí.

—Las Fuerzas Especiales del Reino Unido. —Movió la cabeza evidenciando lo que quería decirme. Entrecerré los ojos—. ¡El tío es de la poli!

—¿Quieres decir que Lili nos ha mentido?

—Quiero decir que nos ha contado la verdad a medias. He investigado estas fiestas conmemorativas, y no asisten niños. Eso lo dijo para que Ryan aceptase, para ver hasta dónde llegaba su bondad y porque lo conoce.

—Sabía que flaquearía por ahí.

Noa asintió y puso cara de detective.

—Y no es solo eso. Toda la pantomima de última hora, cuando se marchó, no es por Ryan. —La contemplé, sin querer decirlo yo, y lo hizo ella—: ¡Es por Matthew! Ofrecerle su casa, tanta predisposición para una persona tan

altanera como Lili no me cuadraba, y, ¡bingo! —Chasqueó los dedos en el aire y se arrepintió de su efusividad, porque Ryan y Natsuki nos miraron. Inmediatamente, el italiano captó su atención de nuevo.

—¿Por qué me cuentas todo esto a mí y no al resto?

Me miró con dudas y, con un tono más débil, me respondió:

—¿Qué puede suponer para Ryan un batacazo de ese calibre, Hades? —Su tono no se había suavizado al llamarme de esa manera, sino que había sonado a derrota. Me buscó con la mirada, posó una mano con aquellas uñas perfectamente arregladas sobre mi antebrazo y añadió—: Ryan me cae muy bien, Arcadiy. Esto lo destrozará, y yo no soy su amiga para que abra los ojos. Para contarle que su exmujer es una hija de puta que se ha dedicado a comerle la oreja para que él creyese que seguía importándole. ¿Me entiendes?

—¿Crees que es una trampa?

Asintió queda.

—Imagínate si hubiésemos aceptado su ayuda, si hubiésemos ido a su casa. ¿Cuánto podría haber tardado Peter en arrestarnos a todos? Sabiendo que tenemos esa información de la placa base, no habríamos tenido margen de huida antes de que llegase la conmemoración.

«Maldita zorra», pensé, con la mandíbula apretada y ganas de partirle el cuello. Busqué a Ryan con la mirada, quien reía distendido con mi tigresa a su lado.

—No nos habría dado tiempo ni a salir despavoridos. Porque, en ese caso, habría estado todo planeado para arrestarnos.

—Lo he hablado con Dante y Romeo. Ellos se han encargado de alquilar un caserón a las afueras de Londres. —La observé con atención—. Vuestras pertenencias están en los coches. No volvemos a Castle Combe, rubio. Nos vamos a la capital. En casa ya no estamos seguros.

—¿Esto lo has hecho ahora? —me interesé, ojiplático. Supuestamente nos marchábamos de su casa cuando entrásemos en las oficinas de Peter.

Ella se encogió de hombros.

—Entre anoche y esta mañana, mientras tú sí que hacías manitas con tu mujer —se jactó con una sonrisa sincera.

Puse los ojos en blanco y me fijé en la mujer de mi vida, porque lo era. Barajé las posibles opciones para mantener aquella incómoda conversación con Ryan y decidí que lo mejor era hacerlo sin esperas y sin darle más vueltas, porque no las tenía.

—¿Qué crees que debemos hacer?

Noa suspiró.

—Lo que tú decidas, pero pienso que es absurdo ponernos en peligro.

Sabemos que esa gentuza no va a creerse un bulo que nosotros enviemos. Aunque...

Pareció pensarlo y la miré, pues una bombilla se encendió en mi cabeza.

—Aunque podemos enviar la información a los medios de comunicación y que le reviente a Peter en todas las narices.

Me siguió acelerada:

—De esa manera, lo fastidiaremos lo suficiente para que se quede sin algunos apoyos y, por ende, ¡tendríamos a Lili creyéndose que estamos de su parte y no en su contra!

—Que no sabemos nada. —Cabeceé en señal de conformidad.

—Y no sospechará de nosotros hasta el día de la fiesta —repuso.

Se hizo un silencio, hasta que retomé mi atención en ella.

—Así tendremos la invitación oficial para entrar en la conmemoración.

—Esto..., Arcadiy... Hay otra cuestión que quería comentarte.

La duda me escamó la piel. Miró a Natsuki y después a mí.

—¿Y bien? —inquirí.

Tragó saliva, suspiró y se tocó las manos con nerviosismo.

—Lili no es de fiar, y es posible que si pensamos entrar en ese sitio por ella lo tengamos difícil. Podría jodernos los planes en el momento, y salir por patas no es una buena opción, o no terminaremos con esto ni cuando nos muramos. —La contemplé con tanta intensidad que la vi incómoda. Tardó lo suyo en soltarlo—: Haiden sí irá a la fiesta, y si no lo matamos, por lo menos hasta que pase, tenemos otra baza.

—¿Qué quieres decir?

Pero yo ya sabía qué significaba esa mirada, ese tono y esa histeria camuflada. Como de costumbre, Noa no dio vueltas para exponer sus pensamientos. Era una característica muy significativa en ella.

—Si Natsuki entra con él, podría darnos la posibilidad de acceder sin tener que esperar a que Lili lo hiciese. No tendríamos que contar con ella.

El pecho me ardió, noté un breve temblor en la mano al pensar que eso supondría que aquel cabrón tendría que acompañar a mi mujer, y las dudas me asaltaron muy rápido y sin conexión.

—No —zanjé el tema.

Fui a darme la vuelta, pero la rubia me sostuvo de nuevo.

—Arcadiy, ¡escúchame, por favor!

Me giré hecho un basilisco.

—No, Noa. He dicho que no y es que no. Se acabó la conversación.

Me solté de su agarre con un aspaviento. Pareció abatida.

—¡Pregúntale primero! —Negué con la cabeza, dispuesto a marcharme

para zanjar la disputa—. ¡Oh, joder! ¡Pues lo haré yo!

Solo pudo dar un pequeñísimo paso, el mismo que detuve con mi manaza en uno de sus hombros. Mi mirada fue suficiente para que se detuviese, resoplase y pusiera morritos.

—Buscaremos otra alternativa. No pienso dejar a Natsuki con ese desalmado. Óyeme bien, Noa —elevé un dedo en el aire como advertencia—, ni se te ocurra decirle nada, o empezaremos a llevarnos mal. —Fue a replicar, pero la detuve furibundo—: He dicho que no y es que no.

Bufó. Me giré y la dejé allí plantada, sin querer ni darle más coba a un tema que para mí ya estaba acabado. No pensaba ponerla en jaque, después de todo lo que había hecho para apartarla de más problemas y dolor, y a la vista estaba que se me había dado de pena, porque habíamos terminado en una jodida iglesia donde habían abusado de niños y los habían maltratado hasta decir basta.

No sabía hasta qué punto le afectaba a Natsuki el tema de los críos, pero no había que ser un experto para darse cuenta de que mucho, aunque no tuviese pequeños en su familia. La había tenido. Había perdido a su hermana con diez años, y eso era algo que nadie olvidaba así por así. Posiblemente, de ahí su intento por salvarlos.

Me quemaba el pecho cada vez que un recuerdo de mi infancia venía a mí. Y por supuesto pensé con mucha más fuerza que ojalá alguien hubiese tenido la valentía de mi tigresa para salvarnos cuando entramos en la fortaleza. Cuando nos separaron de nuestras familias.

Sus oscuros ojos se cruzaron con los míos. Sonreí de aquella forma para evitar que viese reflejado en mi semblante el cabreo monumental. Noa no tenía la culpa, pero es que yo sí sabía por todo lo que había pasado con Haiden, y no iba a machacarla con el puto japonés porque no me daba la gana.

—¿Nos marchamos? —les pregunté cuando llegué a su altura.

Mi tigresa continuó analizándome. Ya me había pillado, lo sabía desde que lo había pensado un segundo antes. Nos montamos en el coche, y creí que lo más conveniente era hablar con Ryan cuando fuésemos en busca de los terroristas.

Aquellos desgraciados estaban ubicados en Londres, a las afueras, en una nave abandonada, supuse que para pasar desapercibidos. Llevaría como compañía a Ryan, Romeo y Dante, que a fin de cuentas eran las caras visibles de los Sabello, pero también tendríamos un factor sorpresa. Haiden nos esperaría allí, y me había negado en rotundo a que Natsuki me acompañase. Trataría de evitar por todos los medios que tuviese que encontrarse con él, y, de ser posible, lo mataría esa misma tarde cuando cerrásemos el acuerdo, pues

él había sido quien nos había puesto en contacto y el que nos reuniría.

—Hemos cambiado la ubicación. —Miré a Angelo. Noa se subió con él, y me cercioré que estaba al día de lo de Lili y del nefasto plan que querían hacer con Haiden—. Estaremos más seguros en Londres, además de más cerca para todo lo que se nos viene.

Noa se mantuvo seria, mirando al frente. Anda que si quería pasar desapercibida... Su semblante era el reflejo del alma, desde luego. Mi *riidaa* me miró por el espejo retrovisor, momento en el que supe que estaba muerto. No cambió nada en su rostro, y eso fue lo peor, porque yo lo identifiqué desde la distancia, como si también poseyera un don sobrenatural que me lo hubiese susurrado al oído.

El coche de ellos se adelantó, Ryan pisó el acelerador y los seguimos hasta la comisaría a la que Aarón estaría llegando, pues había salido unos minutos antes. Mi amigo me observó de reojo, intuí que por mi mutismo. Era inevitable darle vueltas a todo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —le contesté tajante, sin querer mirar hacia la parte trasera, ya que sabía que los ojos de Natsuki estaban clavados en mí.

Carraspeé, provocando que eso reflejase que ocultaba algo. ¿Desde cuándo me había vuelto tan descuidado con mis gestos? «Desde que estás enamorado», soltó mi mente sin previo aviso. Encontré una forma de desviar la atención: saqué mi teléfono del bolsillo y me dispuse a hacerle una videollamada al padre de mi mujer, quien respondió de inmediato. Su saludo fue de órdago.

Lo primero que me mostró fueron unos aniquiladores ojos que ya estaban amenazándome antes de abrir la boca. Por supuesto, la primera palabra fue suya:

—Cuando vengas, voy a darte la paliza de tu vida por permitir que dos víboras me dejasen listo en el jardín. ¡Y encima te vas y me abandonas!

—Qué dramático es, señor Tanaka. —Puse los ojos en blanco, riéndome de él. Natsuki apareció por detrás para saludarlo y el rostro le cambió.

—Natsuki-chan, ¿estás bien?

—Sí, *chichiue*, todo bien. ¿Están mi *kaachan* y Hana contigo?

Su expresión se transformó y me fulminó de nuevo a mí.

—¡A esas dos no quiero ni verlas! —se exaltó, pero Hana ocupó toda la pantalla y retomó la conversación. A los pocos segundos lo hizo Kaori, y me reí por lo bajo al ver la cara de Eiji, enfadado hasta la médula. Lo piqué un poco:

—¿Cuándo has recuperado el conocimiento? ¿Ahora mismo?

Natsuki me dio un palmetazo en el hombro y me quejé de manera fingida.

—¡No tienes vergüenza! —bramó—. ¡Te despropio del título de yerno en este momento! ¡Voy a dejarlo por escrito, Arcadiy!

—Si encima voy a tener yo la culpa de que tengas dos mujeres que están para encerrarlas en un psiquiátrico. —Las aludidas se quejaron y dijeron muchas cosas, pero yo me afané en reírme—. ¡Eres un rencoroso!

Nos insultamos durante un buen rato, en nuestra tónica de hacernos la vida más amena, porque los dos sabíamos que en el fondo había nacido una relación difícil de olvidar. Ryan pareció destensarse, y en determinados momentos de la conversación incluso habló. Me pareció sorprendente y permití que el ambiente se cargara de buenas sensaciones, relajándonos a todos de esa manera tan especial que tenían los Tanaka de tranquilizar a las personas que se rodeaban de ellos. El tono bromista cambió cuando Kaori se quedó fija en la pantalla, mirando a su hija.

—Feliz cumpleaños, *chō*. Estamos lejos, pero nos lo apuntamos para cuando vuelvas. —Sonrió con una ternura difícil de explicar y escuché el nudo que se deslizaba por la garganta de mi tigresa antes de darle las gracias.

Hana se adelantó a Eiji, quien también la observaba con devoción:

—Felicidades, *misaki*. Espero poder abrazarte muy pronto.

—Y yo también, Hana —musitó, y ahí quedó reflejado el gran amor que las dos se tendrían a lo largo del tiempo.

Eiji se fijó más en ella, como si estuviese llamándola por telepatía. No podía poner en duda nada que hiciesen los Tanaka, a quienes yo pertenecía ya.

—*Tanjoubi omedetou*, Natsuki-chan. —Imaginé que la había felicitado en su idioma, pero me sorprendió muchísimo cuando añadió—: Felicita a nuestra *deshi*, hija mía.

Lo busqué por la cámara, tratando de romper la tensión del ambiente. No era mala, sino todo lo contrario, aunque sí nostálgica. Ryan me contempló de reojo, tal vez feliz de verme en una familia de tarados, igual que la nuestra.

—Así que nos has investigado. —Negué con la cabeza—. Sigues sin fiarte de mí, y lo peor es que ya me he casado con tu hija. Tranquilo, sé cómo darle el regalo de cumpleaños. ¿Te va bien un nieto ahora?

—¡¡Arcadiy!! —me regañaron todos a la vez.

Todos menos el señor Tanaka, quien ya se encargó de amenazarme, otra vez:

—Cuando regreses, voy a matarte, Arcadiy-chan. Voy a matarte.

El camino se nos hizo corto con la videollamada, pues teníamos como una hora más para llegar al sitio en el que habían alquilado la vivienda. Nos metimos por una carretera de piedra, alejados de la civilización, y habiendo

perdido de vista el coche de Angelo hacía un buen rato. Reparé en que en la zona de la entrada nos esperaba Jack, con Aleshka a su lado, y sonreí.

En un principio habíamos organizado una pequeña comida de celebración en la casa de Noa, y parecía que, aunque hubiésemos cambiado la ubicación, la minifiesta iba a llevarse a cabo. A lo lejos divisé la enorme casa de dos plantas, muy larga y demasiado extravagante para mi gusto, rodeada de un bosque espeso que la ocultaba del resto de la civilización.

Silbé al estilo camionero y Ryan rio.

—Menuda chabola —dije, mirando por la luna delantera.

El portón de la entrada era gigante, aunque no me detuve en eso, porque los nervios resurgieron sin previo aviso y me vi saltando del coche casi en marcha. De soslayo, aprecié la sonrisa de mi amigo, y escuché en la lejanía la voz de Natsuki pidiéndome que los esperase.

—¡Me meeeooo! —le grité en la distancia. Pasé por la ranura que Romeo me había dejado y cerré la puerta.

—¡Mentiroso! ¡Piii!

—¡¡Dante!! —lo regañamos todos a la vez, pues había cogido un silbato y se había atrevido a soplar. Como para que no lo escuchase nadie y se imaginasen que teníamos una fiesta montada en pleno jardín, con sus cartelitos de cumpleaños y un millón de globos.

—Me debes dos pulmones —me dijo Romeo con dos cajas en las manos.

Le quité la mía.

—¡Anda y deja de quejarte! Con lo que te gusta a ti una fiesta.

—Eso es mentira. Los Sabello solo acudimos a fiestas privadas, listillo. Menos este —señaló a Dante—, que se pasa las órdenes del *papà* por el forro de los cojones.

Miré a su hermano, quien mascaba un chicle con desagrado y una sonrisa burlona. Le guiñó un ojo a Noa y esta negó con la cabeza, acercándose a mí con dos regalos más. Micaela llegó a nuestra altura con una enorme tarta y dos números: en un lado, el doce de Aleshka, y en el otro, el veintiuno de mi tigresa.

La puerta se abrió y tanto Jack como Ryan entraron, dejando a las dos cumpleañeras en la calle. Como para que no se enterasen de que había gato encerrado, nunca mejor dicho.

—¡A la de tres! —musitó Aarón, encendiendo las velas—. Una... —Se acercó a la puerta—. Dos... —Todos estábamos ya preparados cuando la abrió de par en par—. ¡Y tres!

—¡¡Sorpresa!! —vociferamos al unísono.

Natsuki y Aleshka se quedaron estáticas, con una sonrisa en los labios. En

medio del caos siempre había tiempo para celebraciones, para ser un poquito humanos. Para vivir.

Me acerqué a mi sobrina, a quien no había felicitado aún, y la arropé con el brazo que me quedaba libre.

—Felicidades, *to koritsí mou*. Ya eres menos cría. —Reí y me golpeó el pecho por la broma.

—Te ha costado felicitarme —murmuró en mi pecho.

Besé su frente con cariño.

—Me gusta hacerme el interesante con mi niña.

—Aparta, que su madre tiene que achucharla —soltó mi hermana, empujándome a base de culazos.

Sonreí y me fui directo a la mujer de mi vida, a mi *riidaa*, quien era arropada por los brazos de Noa en ese preciso instante. La rubia se mordió el interior del labio cuando Romeo se me adelantó:

—¡Yo quiero ser el primero en darte el regalo!

—Imagino que es algo superoriginal por tu parte, Romeo Sabello —dedujo Natsuki.

El gañán le enseñó todos los dientes y yo negué con la cabeza. Si es que eran únicos. Todos los de esa familia.

—Ya verás, ya. —Le tendió la caja con una ilusión insólita.

Angelo se presentó a mi lado con la boca llena de comida y ganas de ver la reacción de mi japonesa. Habían llenado una enorme mesa de punta a punta hasta la bandera de alimentos.

Natsuki desenvolvió un lazo gigante para poder abrir la caja. La mía se movió en mis manos y un breve «Miau» se escuchó, lo que provocó que todos tosiéramos a la vez. A Dante le entró una risa histérica muy inoportuna. Mi tigresa se hizo la sueca, pero supe que lo había escuchado por su risa mal disimulada. Sacó el regalo de Romeo y todos lo miramos regular.

—Una bola de cristal —anunció ella, y lo contempló con sorna.

Romeo elevó una mano en el aire, pidiéndole calma a la jarana que se había formado.

—Esto tiene una explicación. ¿No te gusta? —El italiano frunció el entrecejo.

Natsuki se pasó la bola de cristal a la mano derecha, la contempló atentamente y sonrió más antes de preguntar con curiosidad:

—¿Para qué necesito una bola de cristal?

Dante rio con más fuerza, haciendo mucho ruido. Angelo se contagió, y casi me atrevería a decir que fueron cayendo como moscas.

—¡Hombre! Porque ahora comemos —señaló la mesa con una mano—,

después te quedas tranquilita, haces tu concentración, como pollas la hagas —movió la mano en el aire—, y después nos lees el futuro a todos. Así nos enteramos en comuna.

—¡Ni de coña! —Esa fue Noa, y tanto Natsuki como yo la miramos. Se arrepintió al instante y rectificó—: Yo no quiero saberlo, que en la ignorancia se vive mejor.

Apartamos la vista de la rubia para no llamar la atención, y di gracias a que Dante continuaba intentando calmarse. ¿Sería porque le daba miedo? Me sonaba a mí esa risa a que sí, que conste.

—Nunca he leído una bola de cristal, siento decirte —añadió mi japonesa, quitándole hierro a la exaltación de Noa.

—Bueno, pues empiezas hoy. Venga, que te he comprado hasta un tapete de esos que usáis las brujas.

—¡Yo no soy una bruja! —Parecía ofendida, pero lo cierto es que estaba pasándoselo en grande.

Aparté a Romeo, con las alarmas encendidas. ¿Y si mi regalo no le gustaba? No me importaba quedar como un moñas delante del resto, porque ya de por sí habían visto lo mucho que nos unía todo en general, pero debía reconocer que, interiormente, tenía miedo de fallarle. De no entenderla. Y yo iba y le compraba...

—Este es mi regalo.

Le tendí la caja con mucha rapidez y los nervios de punta. Creí que me lo habían notado todos, pues se callaron de golpe. ¿Se pensaría que estaba riéndome de ella? Lo de no entenderla era por lo que iba a decirle en cuanto abriese la caja. Quería que supiese que siempre la respetaría, aunque fuese diferente a los demás por esos dones que poseía. Me había enamorado de la persona más maravillosa del mundo.

Destapó la caja con cuidado, pues algo se movió. Me miró un segundo, metió la mano y sacó una bolita de pelo minúscula de color negro. Sus ojos brillaron de emoción, y no supe cómo tomarme aquello, así que me lancé al discurso que había preparado a escondidas, cuando le pedí a Romeo que me encontrase un gato negro:

—Dicen que el gato negro es conocido como *bakeneko* en la cultura japonesa. Que poseen una gran sabiduría y tiene poderes místicos. —El silencio fue más grande y pesado. Continué con una carrerilla inaudita—: También he leído que traen buena suerte a sus dueños y que son protectores del hogar. Y... como vamos a comprarnos esa casa para el resto de nuestras vidas, he pensado que sería buena idea tener una... No te gusta.

No fue una pregunta, porque dos lagrimones cayeron de los ojos de

Natsuki. Me arrepentí al momento de haberle llevado aquel presente, pues casi todo el mundo asociaba a los gatos negros como animales de mala suerte o ruina. Creí que ella no estaría de acuerdo con eso y...

«Mierda».

—Arcadiy... —musitó sin dejar de mirarme.

Escuché cómo un par de personas se sorbían la nariz. Me giré y vi que estaban compungidos, expectantes; no lo sabía muy bien. Uno de ellos era Angelo; la otra, Noa, a quien Dante había cobijado bajo sus brazos. Me persigné mentalmente, y me dio tiempo a ver la cara contraída de Aarón.

Di una zancada para llegar a su mano e intenté quitarle el gato, pero ella no lo permitió. Encima, no entendía el motivo, pero no fui capaz de mirarla a la cara. ¿Se habría pensado que estaba burlándome? Joder, era lo que menos deseaba.

«Mierda, mierda y más mierda».

—No te preocupes, lo regalaremos. —Extendí las manos para cogerlo, por segunda vez—. No pretendía que te pusieras así, me pareció un significado bonito y solo... Yo solo... —Me atasqué como un idiota—. Te amo, Natsuki. Te amo más que a mi vida, y solo quería demostrarte que me quedo con tu parte mística también, aunque no la entienda.

La miré de sopetón. Continuaba llorando en silencio. Tragué saliva porque no hablaba. El comentario de Angelo pareció destensar el ambiente a mi espalda, pero a mí me atirantó mucho más:

—A la japo le ha hecho cero gracia, o no lo comprendo. Está claro que el retrasado del grupo soy yo.

—¡Cállate, italiano! —rugió Ryan.

Mi tigresa separó los labios, me contempló con devoción y sonrió. ¿Había sonreído?

—Me confundes, Natsuki Tanaka Bravo —le dije con el ceño fruncido.

Se lanzó a mis brazos, sin soltar el gato. Trepó hasta que tuve que sostenerla con fuerza para que entrelazara sus piernas alrededor de mi cintura y me besó, importándole poco que hubiese tantas personas a nuestra espalda.

—Es la primera vez que me regalan una mascota. —Se sorbió la nariz—. ¡Y encima es un gato! —La contemplé sin pestañear—. ¡¡Me encantan los gatos!!

Solté el aire a plomo y casi me desmayé al escucharla. Menos mal que alguien lo dijo a mi espalda antes de que lo soltase yo. Fue Dante, por supuesto:

—¡Que alguien me dé una copa! ¡Qué puta tensión, cojones! ¡La que hemos liado con el gato!

—Yo he imaginado cómo se lo lanzaba a la cabeza, la verdad —añadió Aarón bromista.

Mi japonesa envolvió mi cuello con la mano libre, depositó al gato en medio de los dos y me besó. El aire se cortó por segunda vez, en esa ocasión con un sentimiento más profundo y bonito. Ella en sí era luz. De la pura, de la divina. De la que ya no existía.

Y era mía.

—¿Puedo llamarlo como quiera? —me preguntó.

—Claro, es tu regalo de cumpleaños.

Sonrió con ternura.

—Los animales son muy sabios, ¿lo sabías? —Negué con la cabeza—. Son almas evolucionadas, aunque haya mucha diversidad de opiniones sobre esto. —Puse cara de no entenderlo—. En fin, lo importante es que son seres de luz y saben mucho. Eso me lleva a encontrar un nombre perfecto para él.

—¿Y es...?

Sus ojos brillaron. Los míos, a continuación, también.

—Riley. Nuestro felino se llamará Riley.

28

Un negocio peligroso

Habíamos comido entre bromas y risas, recordando mucho a Riley y haciéndolo parte de nuestra nueva familia, ahora con aquel minino que había pasado de mano en mano. Debía admitir que se nos habían ido las manos cuando dejamos el equipaje en el dormitorio que nos habíamos asignado, razón por la que nos demoramos más de media hora en volver. Era evidente que todo el mundo supo qué había ocurrido en esa habitación.

Tras haberme negado más de diez veces, conseguí salir de la casona y dejé a Natsuki con el resto, planificando la forma de actuar en la fiesta. Para eso, Jack era un experto.

Me monté en el coche con Ryan y partimos junto con los Sabello en dirección a las afueras de Londres, donde Haiden nos esperaba. No me pasó desapercibida la mala cara que puso mi tigresa, y me vi en la obligación de amenazarla una semana sin sexo si no quitaba esa mirada. Rio y me quedé tranquilo, porque la tontería había merecido la pena. Ella era plenamente consciente del motivo por el cual no quería que viniese.

—¿Tenemos que meter al chino mandarín aquí? —preguntó Dante, señalando con un dedo el centro de los asientos.

Romeo puso mala cara.

—No. Seguramente se marchará con los terroristas. Si viniese con nosotros, se delataría —le respondí inquieto.

Agarré el volante con precisión, sin querer mirar más veces de soslayo a Ryan porque al final iba a cazarme. Tarde. Porque a la siguiente vez que moví los ojos, él ya estaba esperándome. Escuchaba de fondo los reniegos de Dante porque no le dejábamos verle los intestinos a Haiden, o algo así.

La cabeza iba a explotarme. Y no solo porque no había tenido tiempo de hablar con Natsuki, quien también me había cazado al vuelo, sino porque no encontraba las palabras exactas para contarle a Ryan que su exmujer podría

ser una hija de la gran puta perra que solo buscaba su beneficio por el tío con el que le había puesto los cuernos. Porque ya nos había quedado claro a todos también que lo había engañado, y que eso había sido el detonante para que Lili se marchase de casa.

Bufé sonoramente.

También estaba el tema de nuestro nuevo compañero de vida: el gato. Mi amigo, dondequiera que estuviese, estaría descojonándose de mí, pero amando a la japonesa como yo la amaba. No había suficientes palabras para expresar lo que sentí cuando mencionó cómo se llamaría. Ni yo ni el resto de los ocupantes de la casona, ya que nos habíamos quedado igual de estupefactos.

—¿Vas a soltarlo ya?

El torrente agudo de Ryan me sobresaltó como lo haría el estruendo de un petardo, e incluso di un pequeño volantazo. Mis ojos se quedaron fijos en el espejo central, donde los Sabello ya estaban mirándome. Como para disimularlo, porque al unísono apartaron la mirada.

—¿El qué? —Me salió un gallo que no logré contener.

La situación no estaba para reírse, y Dante se tapó la boca, el hijo de la gran puta. Romeo le atizó un codazo. Menudos mafiosos estaban hechos. Podrían montarse un club de comedia, que yo apostaría a que ganarían más que con la mafia.

Ryan se movió en el asiento para mirarme y me pareció más grande.

—¿Te piensas que no he visto cómo hablabas con Noa? A ver si te crees que ese italiano de pacotilla estaba consiguiendo despistarme, porque lo saben todos —apuntó, dedo en alto—. Todos menos tu mujer y yo. Entiende que ella también se ha dado cuenta de ese pequeño detalle que has camuflado con el gato.

—¡Eh! ¡Con el gato ni esto! —No lo miré, pero sí que puse los dedos índice y pulgar muy juntos para mostrárselo—. Estás inventándote un cuento.

—Cuento el que vas a tragarte tú como no me digas qué coño te ha dicho Noa.

El ambiente se tensó, principalmente por el malhumor que se gastaba Ryan a la hora de hablar.

—Yo se lo diría —musitó Romeo, y tosió, creyéndose que en ese reducido espacio solo lo escucharía yo y no todos los ocupantes del coche.

Dante le devolvió el codazo en las costillas con más saña.

—Pues... —dudé.

—¿Qué ha hecho Lili? —me preguntó con un tono más suave, girando el rostro hacia la luna delantera.

Elevé la mirada hacia la carretera y la mantuve fija. Contuve el aire y

pensé en la infinidad de posibilidades que habría para contárselo, pero ninguna me pareció lo suficientemente buena como para joderlo más de lo que estaba.

—¿Por qué ha tenido que hacer algo tu exmujer?

Me contempló de sopetón. Los Sabello parecían haberse muerto en la parte de atrás, porque ni respiraban; no si sabían dónde tenían que meterse y dónde tenían que estar callados.

—Porque sabes que es el único tema que puede romperme. —Me sorprendió la facilidad para decirlo, aunque al momento se le fue el tono y dijo con rudeza—: Suéltalo ya.

No me atreví a girarme; en parte, porque estaba pendiente de la carretera y, en parte, porque se me rompería el alma al verlo sufrir.

—Creemos que todo lo que ha dicho, incluido el hecho de ir a buscarte, es una pantomima para salvar a ese tipo. —Carraspeé.

—¿Al tío con el que me puso los cuernos? —inquirió con tranquilidad, asombrosamente.

—Sí. —Me costó expresarlo—. El tal Matthew Lee es de las Fuerzas Especiales del Reino Unido, por lo que será uno de los asistentes a la conmemoración, tal y como tú le dijiste a ella.

El silencio se extendió en el vehículo durante unos segundos que fueron interminables. No sabía cómo continuar, los hermanos no encontraban un punto fijo dónde mirar, y quise imaginar que Ryan no podía hilar una frase entera. Pero me equivoqué, porque la soltó de carrerilla:

—¿Crees que ofrecernos su casa como hospedaje era una trampa? —Tenía un puño apretado en la rodilla derecha.

—Es posible. Pero no puedo decirte que sí, porque no lo sabemos.

—¿Quién ha investigado al comepollas?

—Aarón y Noa.

—¿Qué puesto ocupa? —Parecía una ametralladora. Comprendí que sabía a qué se dedicaba.

—No lo sé, Ryan. —Lo observé.

Suspiró, desvió su mirada hacia la ventanilla de su puerta y se perdió en la carretera. No quise preguntarle el motivo de su tropel de preguntas. La culpa de aquella infidelidad era de Lili, no del hombre. Sin embargo, por segunda vez en muy pocos minutos, volví a equivocarme.

—Ella ya me había engañado con Matt varias veces, pero me hice el tonto. —Me sorprendí, para qué negarlo. Dante fue el primero que se colocó en medio de los dos asientos para enterarse mejor. Ryan continuaba mirando por la ventana—. Estaba fuera de casa mucho tiempo, intenté arreglarlo, y me

culpé porque a lo mejor no estaba dando el cien por cien de mí en la relación.

—Y lo dejaste pasar —vaticinó Romeo, aparentemente calmado.

Ryan asintió, y Dante se agarró más a los dos asientos y asomó todo el cabezón.

—¡¿Tú?! ¿Un tío que mide dos metros y que es un cuatro por cuatro? No me lo creo.

Parecía que estaba de broma. Parecía. Pero no. Lo que le ocurría era que se encontraba estupefacto, como yo.

—Las mujeres no son las únicas que perdonan infidelidades, Dante. Durante mucho tiempo me culpé, pensé que podría arreglarlo, e incluso pensamos en tener hijos. —Rio con sarcasmo—. Menos mal que nunca llegó a suceder.

—Cambiaste lo suficiente para que te viese con otros ojos y repitió con el menos problemático. —A Romeo le salió una risita irónica.

Dante lo miró; yo lo miré. ¿Por qué hablaba como si conociese el tema de primera mano? No había visto yo a un Sabello sufrir por amor desde que los conocía. Aquellos ojos verdes, maliciosos y perversos, estaban muy lejos de la conversación.

—No podrías haberlo definido mejor —puntualizó Ryan. Se mantuvo en silencio unos segundos, hasta que terminó diciendo—: Y, entonces, aparece ahora como si de verdad le importase, cuando lo que ocurre es que al tío de dos metros y cuatro por cuatro le caben más balas en la espalda.

Eso me dolió. Me volví como un basilisco para mirarlo, fruncí el ceño y le hablé de forma determinante:

—A ti nadie va a meterte ninguna bala en la espalda, porque antes le corto la cabeza a ella y a todo el que se ponga por delante. ¿Te has enterado?

Quizá fuese mi tono o la contundencia con la que lo dije; no lo sabía. Sin embargo, Ryan se giró despacio. Tenía un brillo especial en los ojos, y aquello me derrotó un poquito más. No lo había visto tan abatido en la vida.

—Me he enterado, Arcadiy. Me he enterado —repitió cabeceando.

—No pienso dejar que te maten —sentencié, porque no lo había visto convencido de sus palabras.

—Yo me cargaba al tío —objetó Dante.

—Y yo lo rajaba como a un cerdo en la conmemoración, delante de ella —argumentó el otro.

—Y yo la mataba a ella —cizañé enfadado.

Ryan me miró, pero no dijo nada.

Me enervaba la sangre cuando nos culpábamos de los actos de los demás, de asuntos que se escapaban de nuestras manos, y encima parecía que

teníamos que poner el culo para satisfacer al resto. Lo había hecho todo por ella. Y Lili le había pagado con la moneda de la ignorancia, de volver a engañarlo. No me hizo falta preguntarle si ese había sido el motivo para que Ryan rompiese la relación de manera definitiva, porque estaba claro también.

El resto del trayecto lo hicimos en un silencio sepulcral. Ryan iba pensando en la poca importancia que tenía para Lili, casi seguro; Romeo... No sabía muy bien en qué pensaba Romeo, aunque sería acerca de un pasado muy lejano, pues estaba distante, y Dante... Ese hinchaba los mofletes y me miraba por el espejo retrovisor, aburrido y moviendo los labios como si estuviese diciendo: «¿Cuánto falta?». Contuve la risa, porque no era el momento.

Haiden se encontraba en la entrada del camino que daba a la nave abandonada, con una moto negra grande, vestido de motero y con el casco del mismo color en la mano. Me dieron ganas de atropellarlo, pero lo necesitábamos para ese momento puntual. Después de la reunión...

Después de la reunión iba a abrirle un agujero en la frente.

Cogí el fusil, desmonté el primero y los demás me siguieron. Me coloqué a la altura de Haiden y cabeceé en su dirección.

—Veo que te han dado de comer y has podido darte una ducha en condiciones.

Apretó la mandíbula, pero no entró al trapo.

—Vamos. Están esperándoos.

Fue a marcharse el primero. Estuve más rápido y sujeté su antebrazo ejerciendo la presión justa para hacerle daño. Movió el rostro hacia la izquierda, serio, como si no quisiese ni que nuestros ojos se cruzasen. Entonces, su mirada se desvió momentáneamente a mi alianza.

—Espero que esto no sea una trampa, Haiden. O te juro que el primero que caerá serás tú, porque antes de que me maten, me encargaré de sacarte los ojos con las manos.

Elevó la mirada de manera lenta, como si de esa forma pudiese amedrentarme. Aquel chino mandarín no sabía con quién estaba hablando, pero sí que iba a ser lo último que viese en su vida. Se soltó de mi agarre con brusquedad, sin dejar de aniquilarme con los ojos, y avanzó con paso ligero, encabezando la fila.

Me giré de cara a Romeo y asentí. Él me imitó, pulsó un botón y enseguida supimos que el plan se ponía en funcionamiento. No habíamos sido tan necios de fiarnos de Haiden a la primera de cambio, por lo que habíamos tirado de los hombres de Angelo y de algunos conocidos de Ryan para cubrir la zona y abrir fuego en el caso de ser necesario.

Entramos en una nave destartalada sin decir ni una palabra. Allí solo había

tres hombres armados hasta los dientes, vestidos de negro completamente, con chalecos antibalas y el rostro cubierto por una máscara parecida a la de Hannibal Lecter, solo que del mismo color oscuro. Los ojos también se encontraban cubiertos por unas gafas parecidas a las que llevaba la policía en los asaltos. No había ni un rastro de piel a la vista, ni siquiera las manos, que estaban enfundadas en unos guantes del mismo tejido que su indumentaria.

—Ellos son los tipos de los que os he hablado —nos presentó Haiden sin florituras—. A los que Peter Callum quiere que atrapéis después de la conmemoración.

Apreté el fusil cuando hicieron un brevísimo movimiento. Romeo se colocó a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos, y las armas sonaron a nuestra espalda, indicándonos que Dante y Ryan estaban preparados. Los terroristas también tuvieron el reflejo de afianzar las suyas.

—Hemos venido a negociar —les dije. No sabía si me miraban a mí o al resto.

Una voz distorsionada habló:

—Un negocio peligroso —apuntó el cabecilla, sin separar las manos de su arma.

Desde luego, no estaban dispuestos a que averiguásemos lo más mínimo de ellos. Busqué indicios de más personas en la nave, sin encontrar ninguno.

—Dependiendo de cómo se mire, puede o no ser peligroso —lo reté, sin apartarle la mirada.

Dio un paso adelante. Yo no lo retrocedí.

—Ese hombre os quiere muertos. ¿Qué os hace pensar que no vamos a mataros aquí y ahora?

Sonreí vencedor. Era un farol, por supuesto, porque, en el fondo, con aquella gentuza no se sabía nunca si ganabas o perdías, ya que tampoco había una certeza firme sobre para dónde tirarían.

—Tenemos más poder que ellos —sentencié con celeridad.

—¿Venís cuatro personas y ese es el poder del que habláis? —se jactó, y los otros rieron.

Elevé el mentón con soberbia. Dejé que riesen a gusto.

—Vosotros sois tres. ¿Me equivoco? —le pregunté con intención.

—Somos tres, Arcadiy Bravo, pero si nos ocurre algo a alguno de nosotros, no podréis salir del país antes de que os aniquilemos a todos.

«Del país». Era un punto geográfico muy grande que indicaba que desconocían dónde nos encontrábamos. Carraspeé con chulería, di el paso hacia delante y me quedé a una distancia más corta de él. No se movió, aunque pude apreciar el nerviosismo en el movimiento de su brazo.

—El trato es muy sencillo. Ya ves que yo vengo a cara descubierta y no tengo que ocultarme porque no miento. —Lo observé con fijación—. Tampoco tengo miedo. Y, ahora, es una decisión fácil. Aceptáis el doble del dinero y os olvidáis del equipo de la brigada secreta y del resto, o no.

Pensó mucho cuál iba a ser su contestación, pues hasta donde yo sabía no había nada negociado, porque lo único que Haiden podía hacer era reunirnos, y era consciente de que no iba a poner su cuello por delante, y mucho menos por el hombre que se había casado con la mujer a la que amaba. «Amaba». Esa palabra me rechinó hasta en la mente.

—¿Por qué íbamos a fallarle a un hombre tan poderoso como Peter Callum? —cuestionó—. Tiene mucho más poder que vosotros.

Ahí era donde entraba el *dandy* de nuestro grupo. Romeo dio unos pasos con aquella elegancia con la que su madre lo había traído al mundo, se colocó muy cerca de mí, sin sacar las manos de los bolsillos, miró al tiparraco y anunció:

—Me llamo Romeo. —El colega se movió incómodo, pues ese sí que era un factor sorpresa que Haiden no había desvelado. El terrorista se rio junto con el resto de sus compañeros, pero no le dio tiempo a decir nada cuando el italiano especificó—: Romeo Sabello.

Todo atisbo de guasa se borró de un plumazo y las risas cesaron. No podía verle la cara, aunque estaba seguro de que había palidecido.

—¿Perteneces a la mafia siciliana? —le preguntó con severidad.

Romeo dio otro paso, y ya estaba muy cerca de él. El hombre apretó el rifle contra su pecho.

—Correcto.

La tensión podía cortarse con un cuchillo, por lo que no di más tiempo de negocio ni pensamiento. Miré a Haiden, quien se mantenía a un lado sin despegar la boca, pero lo suficientemente cerca de la salida por si tenía que huir como una rata.

—Así que, querido negociador, tienes un par de opciones muy sencillas: o escoges el dinero —le dije con soberbia—, o escoges el bando de Peter y sus *contactos*.

Tras ese apunte, mis labios se perfilaron con una sonrisa macarra sabiendo que habíamos ganado, pues el cabecilla miró hacia atrás y el tipo a su espalda asintió. Previamente había sacado un aparato, parecido a un móvil, e intuí que lo que había hecho era buscar la información y verificar que era Romeo Sabello. Supuse que todavía no poseían la suficiente fuerza como para enfrentarse a una mafia, pero quién sabría en un futuro.

—¿Qué repercusiones tendremos con Peter?

Mostré una clara mueca de no saberlo.

—Si él os conoce, lo más lógico sería cambiar de identidad y de país.

No pensaba decirle que ese hombre moriría en unos días a nuestras manos, porque posiblemente eso era echarnos un enemigo a la espalda. Quien no era fiel a sus primeros tratos, continuaba siendo un picamierda toda la vida.

El silencio se extendió otra vez. El cabecilla no iba a preguntarle delante de nosotros cuál era la decisión acertada, porque para eso tenía el mando, pero sí que dudó. Identifiqué esa duda por un breve movimiento de su cuerpo. Pese al primer pensamiento que pasó por mi cabeza, asintió.

—Nos quedamos con la pasta.

Ryan pasó por mi lado, abrió un maletín que habíamos cogido previamente y se lo enseñó. Los fajos de billetes estaban apilados, forrados con papel transparente y prensados. El terrorista cabeceó en señal afirmativa. Solté un suspiro diminuto que nadie percibió. Di gracias a quien estuviese escuchándonos, porque de no haber salido bien, habríamos tenido un gran problema.

No hubo un comentario más por parte de los tres, ya que agarraron el maletín, dieron media vuelta y salieron por la parte delantera de la nave, dando por finalizada la reunión. Los vimos alejarse a pie, sin embargo, el interés se perdió cuando recordé a quién tenía a mi espalda. En el proceso de mirar hacia delante, no dudé en sacar la pistola que llevaba en la cinturilla del pantalón, y para cuando me giré, ya apuntaba a Haiden a la cabeza. Este no se sorprendió; al contrario, elevó las palmas de las manos en alto, sabiendo lo que sucedería. El resto lo tenían flanqueado por todos los lados, por si se le ocurría escapar.

—Bueno, Haiden. Creo que nuestro acuerdo de supervivencia ha llegado a su fin. ¿Qué te parece si le ponemos un punto final? Lo cierto es que te tengo un asco que no puedo ni verte, y me incordia el simple pensamiento de tenerte vivo.

Bajó las manos sin apartar su mirada de mí.

—Ya. A mí también me incordia saber que sigues respirando, pero tengo que aguantarme porque estoy en desventaja.

—Muy acertado por su parte —añadió Dante, y se encendió un cigarro.

Apreté la pistola con ganas, sin dejar de apuntarlo.

—¿Últimas palabras?

—¿Vas a dispararme como a un perro?

—No te mereces menos. —Chasqueé la lengua y le vacilé—: Pero si quieres, te hago la cuenta atrás y empiezas a correr.

Rio. Y esa risa no me gustó una mierda porque indicaba complicaciones en

mi plan para enterrarlo a muchos metros de profundidad. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza el mero pensamiento con petición de Natsuki, tiempo atrás. Eso me hizo sentirme egoista, y tal vez pensar de manera fugaz en las posibles repercusiones. Ni siquiera las había valorado.

—Yo tengo algo mejor que ofrecerte.

—Joder —se quejó Romeo, y me miró—. Me tiene hasta la polla. Hasta la polla.

Negué con la cabeza, sin querer escuchar sus mierdas ni sus intentos de sobrevivir ese día. Sin embargo, el hermano del Guatayo fue más rápido y soltó todo con una tranquilidad digna de los japoneses, porque ya no me entraba en la cabeza que tuvieran tanta calma, sabiendo que iba a abrirle un agujero en la frente:

—Tu exmujer te ha mentido. —Miró a Ryan y nos tensamos. Sabía dónde dar el cabrón.

—¿A qué te refieres? —inquirí, comenzando a notar el cansancio de tener el brazo en alto.

—Sé todo lo que ha hecho y que nadie me ha contado. —Esa pulla fue directa a mí—. Se puso en contacto contigo como si de verdad le importase tu vida, pero lo que en realidad le importa es el puesto de mando que Peter le ha ofrecido a su lado.

Bajé la pistola, tratando de darme un margen de tiempo para que se explicase y, por qué no, para descansar la mano.

—¿Se está cepillando al jefazo? —preguntó Dante al aire, sin tacto alguno.

Romeo y yo lo reprendimos con la mirada. Ryan no se movía, y eso me preocupó. Haiden me buscó a mí, pues sabía quién tomaría la última decisión allí.

—Lili Taylor es una zorra ambiciosa.

Lo siguiente que aconteció no pudimos detenerlo. Ryan dio una sola zancada, le asestó un puñetazo en la boca y a Haiden se le perdió una muela. Comprendía su rencor, y no iba a ser yo quien lo separase. El japonés escupió con desagrado.

—Límpiate la boca antes de hablar de nadie, Haiden, o el que te disparará hasta vaciar el cargador seré yo.

Nos enseñó todos los dientes.

Miré a Romeo, pues no tenía pinta de ser un farol como el que yo me había marcado con los terroristas, ya desaparecidos en mitad de la nada.

—No ha pensado tampoco en su amante, ese tal Matthew Lee. De hecho, es otro a los que pretenden cargarse en la cena —añadió como si no le importase llevar la boca chorreando de sangre—. Si me dejáis, os daré los

datos. He conseguido copiarlos del servidor de Lili.

Moví la cabeza con lentitud, indicándole que nos diese esa copia que tenía en su poder. Se metió la mano en el bolsillo, saco un dispositivo pequeño y se lo tendió a Ryan, quien se lo quitó de malas maneras.

—¿Qué has encontrado? —le pregunté sin dilación.

—Un acuerdo firmado por los dos. Ella os entregaba, antes que los terroristas, y se llevaba el puesto de teniente. Después, abandonaría la política para pertenecer al grupo secreto de Peter. El plato estaba servido en bandeja en la fiesta, cuando entraseis con su ayuda.

El suspiro de Romeo fue el que aguantó un insulto hacia Lili por parte de más de uno, incluido yo. Ryan no separó los labios ni mostró un breve cambio de humor en su semblante, pero sabía que se contenía.

Una cosa era que Lili quisiera usarlo a su antojo para salvar a su amante, aunque nos pareciese fatal, y otra muy distinta que estuviera metida en el ajo desde el primer momento, jugando con todos a su antojo.

—Entiendo que los terroristas eran un comodín por si ella fallaba —vaticiné, y Haiden asintió.

—¿Y... —Romeo se acercó más— por qué se supone que te necesitamos vivo y no podemos despellejarte aquí?

Los ojos del japonés brillaron.

—Porque puedo ayudaros a entrar. —Lo observamos y no me gustó. Las palabras de Noa llegaron a mí como una jodida cascada—. Si argumento que Natsuki vendrá conmigo a la fiesta, engañándolo, puedo daros paso por cualquier acceso que encontremos al edificio.

—No —sentencié con rudeza.

—Es la única manera de que entréis. Sabéis que el edificio está blindado, y sin nadie que lo haga desde dentro, estaréis expuestos.

Apreté la mandíbula tanto que pensé que se me partirían los dientes.

Ryan retomó la palabra, para mi asombro, seguramente al percatarse de que mi cabeza maquinaba a toda prisa:

—Correremos el riesgo de que Lili nos la juegue. —Lo siguiente que hizo fue hablarme a mí—: Mátalo y vámonos ya.

Estaba en una puta encrucijada, porque si permitía que Ryan entrase con ella, lo más seguro era que acabase muerto en el primer asalto, y si cedía para que Natsuki fuese con él..., no iba a matarla.

—Sabes que lo correcto es que ella venga conmigo. No estoy mintiendo, Arcadiy. Aunque te odie, pienso serle fiel hasta que me muera. —Me hervía la sangre y la mano comenzaba a temblarme. Lo disimulé—. No la has traído porque no quieres que vuelva a verla, pero sabes que es la mejor opción.

Ryan había avanzado unos pasos y se alejaba, más roto que nunca.

Yo, los dientes los perdía. Los nervios, también.

Y los Sabello me miraban sin querer interferir en mis decisiones, pero con las mismas dudas que las mías.

¿Por cuál de los dos debía cortarme el brazo antes? ¿A quién servía en bandeja primero?

29

Las noticias vuelan

Natsuki Tanaka

—¿Cuántos minutos puedes estar meditando?

Riley se mantuvo acostado sobre las piernas de Aleshka. Mirarlo me producía una ternura inexplicable, aunque más lo hacía rememorar las palabras que había dicho mi griego delante de todo el mundo, sin importarle que nos escuchasen.

Sin barreras.

Demostrando sus sentimientos sin miedo.

—Más de los que te imaginas, pequeña Williams —le respondí—. La paciencia es un arte que debes aprender si quieres llegar a ser una verdadera samurái.

—A mí me duele el culo —añadió Noa, como dato informativo.

—¡Noa, coño! —la reprendió Micaela—. ¡Que ya estaba relajada!

—¡Mamá! —se quejó Aleshka.

—¿Qué? —le pregunto su madre con sorpresa, y señaló a la culpable de habernos sacado de la relajación—. ¡Ha sido ella!

—Tendrías que haberte quedado con papá —gruñó la muchacha.

Intenté que no discutiesen por esa tontería:

—Podemos retomarla. Solo es cuestión de concentración.

—¡Ni de coña! —Noa se levantó de un salto.

—Papá está haciendo la comida. —Micaela siguió con el tema de su hija. Rio como una bruja malvada y tuve que aguantarme la risa—. Déjalo, que tiene que espabilar.

Desvié mi atención al hombre que movía una espátula en la parrilla con brío, al lado de Aarón, quien preparaba las bandejas de comida mientras mantenía una conversación animada con Jack. Escuché de fondo cómo madre e hija continuaban discutiendo, y entonces me visualicé en la misma situación,

muchos años después. Me gustó muchísimo imaginar que Arcadiy y yo podríamos llegar a crear algo tan maravilloso como el vínculo que los Williams compartían.

Alguien aporreó la puerta de la entrada hasta que consiguió abrirla desde fuera, pues no estaba cerrada con llave.

—¿Angelo? —lo llamó Noa con confusión, limpiándose el trasero de haber estado en el suelo—. ¿No se suponía que estabas con el resto?

—Sí. —Cerró acelerado y cogió un botellín de cerveza—. ¡Qué sed, coño!

Tras ese inciso, nos contó de principio a fin lo que había acontecido y, como era normal en Angelo, la manera en la que se había marchado como el humo cuando supo que ya no era necesario allí. Yo mantenía mi posición en el suelo, sin descruzar las piernas, con las manos aún sobre las rodillas y los dedos en mi mudra favorito.

—Quiere decir que todo ha salido bien —aclaró Aarón con las pinzas de la cocina en la mano.

El italiano puso una cara que no comprendí.

—Bueno... En realidad, hay una cosilla más. —Rio de manera poco disimulada—. Arcadiy iba a cargarse al chino, pero...

Me levanté de un salto, con las alarmas encendidas.

—¿Cómo que Arcadiy iba a matar a Haiden?

Todos me miraron.

Y todos me ocultaban algo.

«Lo sabías desde que lo viste hablar con Noa». Mis ojos se fueron a ella, quien ya estaba a expensas de que la mirase. Tragó saliva de manera mal disimulada y me apartó la vista, lo que me confirmó que había más detalles que desconocía.

¿Por qué había decidido Arcadiy matar a Haiden sin preguntármelo? No me sentía enfadada, aunque sí molesta por esa información recién descubierta y ocultada por él.

—Mmm... —Angelo no supo qué decir, y en cierto modo parecía que el peso de la culpa había recaído sobre él, ya que todos lo miraron.

—Natsuki, a ver... —Micaela intentó explicarse, siendo la valiente del grupo.

La fulminé con los ojos sin querer.

—La culpa es mía —añadió Noa en voz alta. Me giré para enfocarla a ella directamente.

—Madre mía, la que se va a armar —rumió Angelo, tomando asiento.

—Explícate —le pedí en tono neutro, aunque por dentro no tuviese ganas de contener mi lengua. ¿Qué me sucedía? Desde que estaba con Arcadiy,

parecía que los instintos más primitivos estaban floreciendo.

La rubia explosiva soltó el aire, dejó sus brazos caer a ambos lados del cuerpo y empezó su explicación. Por lo visto, tal y como había pensado, todos los que se encontraban allí lo sabían. Noté los inquisidores ojos de Aleshka desde el suelo. La muchacha estaba con Riley en sus manos y no dejaba de sobetearlo.

No supe qué decir.

Respiré de forma pausada y lenta, tratando de gestionar las emociones: que no me lo hubiese contado, que no hubiese sacado un minuto para decírmelo antes de marcharse... Podía llegar a entender que quisiese protegerme, tal y como había dicho Noa, que no tuviese que ver al asqueroso de Haiden nunca más. Pero era una decisión de los dos, no suya.

—Lo siento, Natsuki. Yo no he pretendido hacerte daño en ningún momento. Creí que era la opción más factible, y tampoco quiero que te cabrees con Arcadiy. —Noa me habló con sinceridad en sus ojos—. Él solo lo ha hecho por ti.

—Y todos los sabíais —deduje por el mutismo.

Nadie habló. Incluso Micaela me apartó la mirada como si no quisiese que la interrogase sin palabras. Durante un instante me sentí la persona que fui al principio con ellos, de la que nadie se fiaba. Porque sí habían tenido tiempo para contárselo entre ellos, pero no a mí. No a la extranjera.

—Hay alguna cosilla más que no sabéis ninguno —añadió Angelo, echándose hacia atrás en su asiento.

Bloqueé mis pensamientos de manera que no me hiciesen daño. No podía envenenarme y debía ser cabal. Arcadiy no lo había hecho con malas intenciones, lo sabía, pero, entonces, ¿por qué me sentía tan mal?

—¿Qué es lo que sabes? —le preguntó Jack, aproximándose.

—Resulta que Lili no era trigo limpio desde el principio, y que lo que ha pretendido era que Ryan fuese su amortiguador de disparos. Ese es el resumen.

No se quedó ahí, sino que nos explicó extendidamente la conversación que Haiden había tenido con ellos. «Menudo miserable. Siempre con un as bajo la manga». Esa característica no la había perdido, desde luego: la de salvarse el trasero, fuera cual fuese la situación que le tocara vivir. Estaba luchando por sobrevivir, como todos, sin embargo, lo que más me reventaba eran los comentarios de Angelo.

«Pienso serle fiel hasta que me muera». A mí no tenía que serme fiel porque jamás ocuparía un lugar a mi lado, ni siquiera para suplicarme de nuevo clemencia. Tenía muy claro que cuando todo acabase, en aquella fiesta

conmemorativa, iba a cortarle la cabeza con mi propia catana.

Comencé mi caminata de sabia. El resto me observó.

—¿Quieres decir que... ella pretendía que fuésemos a la fiesta porque allí nos cazarían a la primera de cambio? —cuestioné. Angelo asintió.

—¿Y qué sentido tiene que fuésemos mañana a las oficinas de Peter para enviarles ese mensaje a los asistentes? —La pregunta de Micaela repiqueteó en mi cabeza.

—Si nos captura allí, no montaremos el pollo en la fiesta ni tendrá repercusión después —opinó Noa.

La persona que mantenía la mirada fija en la bolita de pelo que ahora estaba tumbada panza arriba habló con suavidad:

—O por la sencilla razón de que si os dejaba entrar en las oficinas, vosotros creeríais que es de confianza y no sospecharíais de ella ni la investigaríais. —Desviamos nuestra atención a la muchacha—. Y el papelón de mujer desvalida que ama mucho al tío Ryan ha sido simplemente para quitarnos las ganas de rebuscar sobre ella.

La miré con detenimiento, orgullosa, como su madre, a quien también le brillaban los ojos.

—Y Ryan estuvo acertadísimo en hacer el comentario del amante para que eso diera pie a que vosotros tiraseis de la manta —murmuré, refiriéndome a Noa y Aarón—. Es el destino.

Moví la cabeza, con una sonrisa tonta en mi rostro, asentí en dirección a mi *deshi* y escuché de fondo que su padre decía algo como que era una Williams, pinzas de cocina en alto.

—Eres una fiera, Aleshka. Una fiera —apuntó Angelo—. Podrías llamarme tío a mí también, que me da un poco de envidia no estar en ese grupo de tíos falsos.

—¡Ni muerta! —bramó Micaela, advirtiéndolo con un dedo en alto.

Centré mi atención en Noa y le pregunté:

—¿Es posible que entremos en las oficinas de Peter ahora? Esta tarde, me refiero.

—¿Te refieres a que adelantemos la fecha en la que se supone que íbamos a meternos? ¿Sin Lili?

Asentí.

—Y así podríamos pillarlos por sorpresa, por si dentro de este plan maquiavélico de Lili entra lo de cazarnos en las oficinas para que no demos por culo —argumentó Micaela.

Aleshka se levantó, llegó al lado de su madre y le dijo:

—Quiero ir con vosotras.

—Ni hablar —le respondió tajante.

—Mamá, déjame hacerlo. Sé que pued...

—He dicho que ni hablar, Aleshka. No hay más vueltas que darle. Cuando seas mayor, podrás venir a donde quieras. Ahora no pienso poner tu vida en peligro tontamente.

Micaela fue a dar un paso para llegar hasta Jack, pero el timbre de voz de Noa la detuvo:

—Yo facilitaré los accesos a los servidores. —La tensión se palpaba en el ambiente—. Y con la copia de la placa base podremos mandar toda la información a los medios, pero creo que ella sabe hacerlo mediante una vía más rápida. —Micaela la fulminó con la mirada. Jack también, aunque la aludida se encogió de hombros.

Aleshka elevó la barbilla, como una auténtica samurái.

—He aprendido del mejor. El tío Riley estaría orgulloso de mí.

Sin venir a cuento, el gato trepó por sus brazos y se arremolinó casi en el cuello de la muchacha, como si quisiera darle un reconfortante abrazo. Sonreí.

—Cuanto menor sea nuestro tiempo allí, menos complicaciones tendremos —secundé la moción.

Noa me guiñó un ojo sin disimulo. Micaela resopló, miró a su marido y los dos asintieron a la vez.

Puse los pies en movimiento sin demora, Aleshka me siguió y Noa fue detrás, dispuestas a coger las armas para partir cuanto antes hacia Londres. Solo nos separaba media hora, pero debíamos concretar los puntos por donde entraríamos y cómo lo haríamos sin llamar la atención.

—¿No pensáis esperar al resto? —cuestionó Angelo, levantándose de un salto—. ¡Que nosotros nos vamos a Italia después de comer! ¡Y los irlandeses llegan hoy! —Miró a los hombres con alarmismo—. ¡Decidles algo, insensatos!

Jack y Aarón rieron por su histeria repentina.

Posé la mano derecha con cariño en el hombro del italiano antes de seguir:

—*Arigato*, amigo. Nos veremos cuando todo esto acabe.

Sus ojos se abrieron mucho, imaginé que entendiendo la que iba a caerle cuando le contase a Arcadiy que se le había ido la lengua antes de tiempo. Detuvo a Noa con mucha alarma en su voz, impulsada por el pánico:

—¡¿Tú tampoco vas a despedirte de tu Dante?!

Me frené en seco. No quise girarme, pero sí elevé la cabeza, para terminar encontrándome con Aarón, quien ya me esperaba. Antes de nuestra intentona por meditar, había hablado con él para verificar que todos los niños de la iglesia se habían quedado a salvo en la comisaría donde los había dejado. Una

única preocupación me recorrió momentáneamente, pues uno de los muchachos con los que había hablado era el que no había llegado a pisar el suelo del edificio.

Imran Hamad había salido despavorido en cuanto los sacaron del furgón.

—*No* es *mi* Dante, y tampoco es necesario que me despida de él. Ya me tiene muy vista, así que dale un besito de mi parte, caradura.

Rio con soltura al pasar por su lado, y Aleshka fue la última en rematarlo:

—Suerte, Angelo.

Se desplomó en su asiento, como si le hubiésemos dado un aliciente pésimo —que lo era— antes de marcharnos. Retomé la marcha, obviando que el expolicía me había quitado la mirada y que yo era conocedora de ese *pequeño-gran* detalle que podría costarnos un buen enfrentamiento en un futuro.

Habíamos tomado el control de un vehículo media hora después y las cuatro nos dirigíamos a Londres, tal y como habíamos acordado desde un primer momento, ya que se suponía que no sería nada difícil y que todo lo tendríamos en bandeja gracias a Lili. En paralelo, los hombres de aquel extraño equipo que habíamos formado se encargarían de darle los últimos retoques al plan de la conmemoración mientras comprobaban que la prensa hacía su trabajo al recibir la noticia. Como no estaban todos, Jack y Aarón se quedarían al mando de aquello mientras regresaban.

Debía admitir que la urgencia por marcharnos de allí también se debía a que no deseaba encontrarme con Arcadiy, porque necesitaba un espacio de tiempo para disipar el breve enfado y asimilar la situación de otra manera. Verla como todos querían que la viera.

—No deberíamos llamar mucho la atención —murmuró Noa, inspeccionando la calle desde la ventanilla del coche.

Los transeúntes se movían de un lado a otro en el centro, sin detenerse. Caí en la cuenta del estado de Noa y, por varias veces ya, me preocupé de lo que pudiera sucederle.

Micaela fue la que retomó la conversación, pues yo estaba fija en la rubia de mi lado, quien revisaba un ordenador pequeño en busca de las claves de acceso de las oficinas:

—Se supone que los trabajadores tienen que salir en breve.

—Aquí especifica las zonas de calor, mamá —añadió Aleshka desde el asiento del copiloto. Yo me había puesto detrás con la expolicía—. Quedan

algunos. Imagino que uno de ellos será el de seguridad, así que lo marcará hasta el final.

—De ese me encargo yo —apuntó Micaela.

Noa se mantenía callada, concentrada en su labor, y hubo un momento en el que sus ojos se desviaron a mí al ver que estaba observándola con atención. Movió los hombros, preguntándome de manera muda qué me ocurría.

—¿Seguro que no prefieres quedarte en el coche con Aleshka? Desde aquí podréis enviarlo igualmente. Nosotras nos encargaremos de conectar la información al servidor principal.

Miré su barriga y su rostro de manera alterna, para que supiese a qué me refería. La pequeña Williams se giró en su asiento.

—¿Y si la señal falla? Sería un error que nos quedásemos...

—A callar, Aleshka —la reprendió su madre—. Tú harás lo que el resto digamos. Esa era la condición. —Elevó un dedo en alto, dándole a entender que no había opción a réplica. Aleshka se enfurruñó un poco y regresó con un golpe brusco a su asiento.

—No te preocupes, japo. —A Noa le brillaron los ojos—. Todas llevamos puesto un chalequito antibalas por si la situación se complica. Además, somos rápidas.

Me guiñó un ojo; yo suspiré. Era tozuda como ella sola. No entendía por qué el corazón me palpitaba con tanta fuerza, pues eso no era nada bueno.

Estuvimos una hora en pleno silencio, observando, comprobando qué persona salía y quién no, esto último por el cacharro de la rusa. Debía admitir que mis pensamientos se iban de vez en cuando al rubio que había dejado a media hora de distancia, y me arrepentí solo un poquito de no habérselo dicho o haberlo esperado.

—Solo quedan dos personas —nos dijo Aleshka, como dato informativo—. Es posible que sean los dos de seguridad y nos hayamos equivocado al comprobarlo antes. —Miró a su madre con altanería—. ¿Se me permite hablar para eso?

Micaela cerró el puño y se lo llevó a la boca, y me hizo gracia que diese a entender que la sacaba de sus casillas. La morena no dudó: abrió la puerta del conductor y se encaminó hacia el maletero en busca de las armas. Todas la seguimos.

—Bien —habló Noa, acercándose a la parte trasera del coche—. Vosotras dejáis KO a los dos seguratas y yo me voy con esa rubia a reventar los ordenadores.

Cogió a Aleshka por los hombros y le mostró una sonrisa sincera, a lo que la muchacha respondió atrapando su mano en una muestra de cariño. Yo

sonreí mientras alcanzaba mi catana, al lado de Micaela.

Comenzamos nuestra caminata, y Noa fue la primera en mover la cabeza de un lado a otro al ver que la gente miraba mucho la funda de mi Hiroko Megumi.

—Podría pasar por un disfraz, pero... —Micaela chasqueó la lengua—. Es que no llevas ni un antifaz, y parecemos las de *Los Ángeles de Charlie* con una niña.

Ellas llevaban las armas en una mochila gigante que la rusa mayor cargaba a la espalda.

—¡No soy una niña! —se quejó la amonestada.

—Adolescente. Es una adolescente —intervino Noa, menguando el enfado de Aleshka.

—Pues tendremos que aligerar el paso —añadí sonriente.

A simple vista no había nada que llamase la atención a nuestro alrededor. Giramos por una de las callejuelas empedradas que bordeaban el edificio, con la intención de meternos por la puerta del servicio, y... ¡pum!

Tan ensimismada en mirar a mi alrededor iba que no me percaté de que tenía delante a una roca que ni se movió. El choque fue inmediato, y cuando levanté la barbilla me encontré con unos ojos azules entrecerrados, furibundos y muy muy enfadados. Su dueño tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y daba más miedo que nunca.

—¿Y si ocurre algo?, ¿y si la cosa se complica?, ¿y si no debéis dejarlas solas? —recitó Jack, aunque no sabía a quién estaba imitando—. ¿No está la situación muy tensa para que vayan solas?

Ryan habló mientras Micaela se disponía a sacar las armas, como si no le hubiese chocado que se encontrasen allí:

—¿Y por qué no se han esperado?, ¿y por qué se nos ha jodido la barbacoa?, ¿y no se suponía que entraban mañana? ¡Ah! Que es que el bocazas de Angelo ya se lo ha contado todo a todos, valga la redundancia. Las noticias vuelan. —El tono de Ryan fue irónico, aunque al final se volvió más gruñón, como de costumbre.

Jack alzó las dos cejas, dando a entender que no había tenido la culpa de eso, y fue Aarón quien esclareció los hechos:

—Los italianos y sus preocupaciones, aunque debo admitir que Angelo estaba colmado de culpa. Le tiramos un poco más y viene para ponerse de diana.

—Pues cuando nos vea el de seguridad, se va a morir de un infarto —anunció Noa con socarronería, una que se fue de inmediato.

Mi griego no abrió la boca ni cambió el gesto. Jack soltó la pulla final:

—Dante ha dicho que le parece muy mal por parte de *su* bionda que se marchase, cuando sabía que se iría definitivamente a Italia después de comer. Ahí lo dejo.

La rubia hizo un gesto desagradable con la boca, asintió como si no le importase y añadió:

—Yo *no* soy *su* bionda, y no tengo que despedirme de él. No somos amigos, y esta ha sido la última vez que vamos a vernos. ¡Andando!

Nadie notó nada extraño, y yo pensé que a Noa todavía le quedaba mucho por aguantar a Dante. No se hacía ni una ligera idea.

Arcadiy continuaba sin pestañear, fijo en mí. Y, entonces, como si fuese un fantasma, alguien abrió la puerta trasera del edificio y unos cuantos nos vimos obligados a desenfundar nuestras armas.

Era Haiden.

—Tenéis diez minutos antes de que lleguen los refuerzos. —Me miró a mí —. Te ha visto.

La atención del grupo se centró en mí y Haiden asintió con pesadumbre, aunque no entendí el motivo.

—¿Quién me ha visto?

El corazón, ese que nos otorgaba la vida, el que latía anteriormente con mucha fuerza en mi pecho, comenzó con los arranques histéricos. No necesité que formulase el nombre porque ya sabía de quién se trataba. Lo supe incluso antes de poner un pie en Londres.

—Sakura está aquí.

El rostro del hombre al que amaba no cambió, y eso me preocupó bastante. Era lógico que, si Sakura estaba trabajando con Peter, siguiera nuestros movimientos. Sin embargo, ahora la duda me aplastaba, porque si mi hermana salía con vida de aquel edificio, eso significaba que tendríamos un gran problema al que enfrentarnos en la conmemoración.

—¿Quién más viene? —le preguntó Ryan.

Haiden no me quitó los ojos de encima.

—Los hombres de tu hermana. —Continuó con la vista clavada en mí. Arcadiy apretó la mandíbula.

—Mierda... —rugió Ryan por lo bajo.

—Seguiremos el plan —sentenció Micaela, sosteniendo su rifle con fuerza —. Vosotros os quedaréis aquí, cerrando la zona para que nadie pueda entrar, ¿de acuerdo?

—Arcadiy y yo subiremos a la azotea. Hay unas escaleras al final del callejón —añadió Jack. Su mujer asintió.

—Nosotros nos quedaremos en la parte delantera, expuestos —propuso

Aarón, mirando a Ryan.

Noa cabeceó en señal afirmativa y todos nos pusimos en marcha. La rubia explosiva pasó por al lado de Haiden y se metió en el edificio. La siguió la pequeña Williams y después su madre. Estábamos los tres muy cerca, y busqué la atención de mi griego, quien volvía a mirarme con enfado.

—Arcadiy...

Entonces, sus ojos azules se fueron a Haiden, quien no perdía un simple detalle de la conversación, lo aniquiló con ellos y bramó con mal tono:

—Ya hablaremos de esto.

El pecho se me oprimió cuando comenzó a andar en dirección contraria, detrás de Jack. No quise escuchar el revoloteo de mi alma, la que se partía por ese distanciamiento, por que estuviese enfadado. Yo también tenía motivos para estar enfadada, ¿no? Tragué saliva, tratando de disimular el desasosiego que me producía verlo alejarse, sin mirar atrás. Con su espalda ancha, sus andares firmes y aquella seguridad que aplastaba.

Sentí unas ganas de llorar arrolladoras. Ahí comprendí que jamás de los jamases había amado tantísimo a una persona como para que me importase de esa manera. Como para que me perjudicase tanto que se fuese sin darme un solo beso.

—Eso no te habría pasado si estuvieses a mi lado, Natsuki. Yo te habría entendido —añadió Haiden con tiento.

Apreté los dientes. No me lo pensé y le asesté un puñetazo en la boca. Fue suficiente que lo fulminase con los ojos. Y antes de darme cuenta siquiera, ya estaba corriendo en dirección a mi marido.

Los pasos parecieron ralentizarse, o por lo menos esa fue mi percepción desde la distancia. Cuando lo alcancé, me coloqué delante de él, lo miré a los ojos con el semblante triste y le dije de carrerilla:

—Alguien muy especial para ti me dijo que nunca me marchase de casa sin darle un beso o un abrazo. —Y recité a mi *chichiue*—: «No sabemos si la vida nos pondrá a prueba y no volveré a verte. Da igual que estés enfadado, que no te apetezca o que no quieras. Jamás te marches sin eso hecho; podría suponer el arrepentimiento el resto de tus días».

—¿Y tú has pensado lo mismo antes de venir sin esperarme? —cuestionó tozudo.

Negué con la cabeza y me cogí las manos, nerviosa por ese tono abrumador y ese rostro sobrio.

—Estaba un poco enfadada —le respondí con sinceridad. La de siempre.

Cabeceó en señal afirmativa.

—Bien, pues ahora yo estoy un poco enfadado.

Tragué saliva porque lo sabía, no hacía falta ser adivino para ello. Sin embargo, me quedé en silencio, con los ojos brillantes, como un pasmarote, pensando si era acertado lanzarme a sus brazos o no. Escuché que los pasos de Jack se detenían. Y como si lo hubiese invocado con el pensamiento, los brazos de Arcadiy se abrieron y me arroparon con ternura. La de todos los días.

Su rostro se hundió en mi cabello y se me escapó una gruesa lágrima que limpié con rapidez. Me abracé a él con tanta fuerza que deseé con toda mi alma que desapareciéramos de allí, que tuviésemos nuestra bonita historia de amor sin altercados, porque nos la merecíamos. Nos la merecíamos.

Lo escuché hablar bajito mientras besaba mi cabello, para terminar mimando mi frente con un tierno beso:

—Perdóname por no querer soltarte en los brazos de ese cabrón. —Me besó de nuevo, se apartó y enmarcó mis mejillas con las manos. Yo cogí sus muñecas porque necesitaba muchísimo tocarlo—. Perdóname por ser un puto egoísta y no querer verte sufrir más.

—Arcadiy, yo no... —Intenté explicarme, decirle algo coherente, pero las palabras se me atascaron todas en la garganta.

Me besó.

Me besó con tanta fuerza que estuve al borde de romperme.

—Procura darle una paliza a tu hermana, tigresa. —Beso de nuevo—. Recuerda que tenemos que viajar —beso— por todo —beso— el mundo, y que ahora tenemos una conversación pendiente. Pero recuerda sobre todo que te amo.

Me tiré a su cuello, lo envolví con mis manos y me enganché a él como si fuese una lapa, deseando no soltarme jamás de sus brazos. Noté su sonrisa en mi cuello, y cuando levantó la cabeza un poco, sentí los ojos de Jack clavados en nosotros. Con seguridad, él también estaría sonriendo.

No tanto como la persona que me esperaba en la puerta de acceso a las oficinas.

¿Podría estar sufriendo un castigo merecido?, ¿algo que le doliese de verdad?

Los ojos de Haiden me confirmaron que sí.

30

El señor cuervo

No sabía si me escamaba o no que Haiden me acompañase por los largos pasillos desérticos de las oficinas, y tampoco tenía muy clara la manera en la que Arcadiy se había ido sin rechistar, sabiendo que me dejaba en sus manos. ¿Podría ser una trampa? No. Todos éramos conscientes de lo que le ocurría a Haiden y su arrepentimiento extremo.

Nada más cruzar la puerta de la parte trasera, me juró y perjuró que estaba allí para ayudarnos, que desbloquearía los servidores para nosotras y que solo nos acompañaría al despacho de Peter, aunque desaparecería antes de que alguien nos interceptase. Había un matiz que Haiden había pasado por alto, y era que mi hermana estaba allí.

—Se te ve feliz —escuché que me decía mientras atravesábamos un segundo pasillo gris.

Miré a ambos lados de la oficina. Era un lugar lleno de habitáculos con una breve separación entre ellos. Noa iba en cabeza; después de ella, Aleshka y Micaela, en ese orden; yo flanqueaba a la muchacha, y Haiden iba a mi espalda. Su comentario había sido apenas un susurro, pero Aleshka lo escuchó.

Me detuve.

—Es que soy feliz —recalqué, y retomé la marcha.

El abatimiento en su rostro fue una clara muestra que me indicó que ya iba siendo hora de que se arrepintiese, porque no iba a conseguir engatusarme, por muy buenos modales que tuviese hablándome ahora. Haiden había tenido su tiempo de actuar bien, y jamás lo había hecho porque se creía un ser superior a mí. Me adelanté con los pensamientos, como si hubiesen sido premonitorios.

—Te vanagloria como si fueses su reina.

Me detuve por segunda vez.

—Lo soy. Para él, lo soy.

Sus ojos brillaron mucho. Mantuvo esa pose militar, como la mía, solo que más rígido, más altanero. Imaginé lo que pensaba al ver cómo se tragaba lo que seguramente serían palabras malsonantes, al percibir cómo su pecho burbujeaba de rabia, y sin embargo las retuvo. ¿Podría una persona cambiar? Podría, claro que sí. La cuestión es que me daba igual.

—Ya. —Hizo un largo silencio—. ¿Vendrás a la fiesta conmigo?

—Iré a la fiesta contigo para entrar. Después —lo miré—, obviamente, nos separaremos.

—Deberíamos vernos un día antes para organizar un plan...

—No hay ningún plan, Haiden —lo interrumpí—. Tú abres, nosotros hacemos el resto. Así que nos vemos en la puerta a la hora acordada en las invitaciones. —Añadí eso último con un pelín de soberbia.

—Claro. —Fue tajante.

Solté un suspirito, cansada de su empeño por ver que la vida era más fácil a su lado, o por lo menos lo que él pensaba que sería. Adelantó los pasos un poco hasta que se colocó a mi lado. No lo miré. No tenía ganas, pero su pregunta me sacó de quicio: —¿Vas a quedarte en Japón con él?

Aleshka resopló, yo resoplé, y las dos mujeres que encabezaban la fila también. Eso quería decir que el grupo al completo estábamos pendientes de una misma conversación.

—Tiene que darte igual dónde me quede, Haiden. Tú vas a morir.

—Eso no lo sabes —añadió con socarronería, camuflada por supuesto por su habitual ego. Eso sí que no desaparecía si no lo trabajabas.

Tercera vez que me detenía para mirarlo, aunque ahí me aproveché de mis capacidades, de las que sabía que tenía, y lo miré fijamente a los ojos. Haiden se quedó muy quieto, pensando que estaba viéndole el alma. Pegué un poquito mi rostro al suyo, no sin ver que sus ojos se iban a mis labios, y murmuré dañina: —*Sí* vas a morir, porque voy a matarte yo.

Risas amortiguadas por parte de las tres resonaron por la oficina vacía. Me giré, dejándolo estupefacto, y continué mi marcha tras ellas, aguantando la risa también.

Cuando llegamos al siguiente pasillo, Noa elevó la mano derecha con su rifle en alto.

—Esa es la oficina de Peter —señaló.

—Pues tiene el lector en la puerta —añadió Micaela.

Me giré para empujar a Haiden y cabeceé para que se adelantase.

—A trabajar.

Bastó una última mirada de reojo para entender lo disconforme que estaba, lo mal que le había sentado que lo dejase en vergüenza delante de más gente. Atisbé que Aleshka fruncía el ceño y me acerqué, viendo que el punto rojo se movía en dirección a nosotros, por las escaleras de emergencia. Me observó con preocupación.

—¿Crees que es ella? —inquirió.

Me saqué los sais de las mangas de la camiseta.

—Sí, *deshi*, sí es ella. —Miré hacia atrás con un suspiro, y cuando retrocedí, los cuatro estaban pendientes de mí—. Ábreles la puerta y entrad. Y si os falla... —miré fijamente a Haiden—, lo matáis.

La morena y la rubia alzaron una ceja como si estuviesen sincronizadas, y la sonrisa perversa que se dibujó en sus labios no fue para tomársela a broma. Micaela ladeó la cabeza, sin necesidad de dar una orden; Noa movió los labios, diciéndome que tuviese cuidado, y Aleshka se lanzó a mis brazos. La arropé entre ellos y vi cómo su madre sonreía con cariño, sin dejar de caminar hacia la puerta.

—Por favor, ten cuidado —me pidió sin soltarme.

La separé y besé su frente.

—No salgas del despacho hasta que tu padre o tu tío den la orden, ¿entendido?

Cabeceó en señal afirmativa.

—Sí, mi *riidaa*.

Metí la mano en la cinturilla de mi pantalón, alcancé un tubo y un dardo sedante como los que usé en la fortaleza cuando dejé escapar a Vladimir y se los tendí. Me miró confusa; yo hablé muy bajito: —Cuando Haiden abra la puerta y os quedéis a solas, ponte en la parte trasera con disimulo. Introduce el dardo en el tubo y sopla.

—¿Quieres que lo mate? —me preguntó confusa.

La sostuve de los hombros, sin quitarle la vista al puntito que marcaba el ordenador. Sakura estaba muy cerca.

—Quiero que cuando no lo necesitéis, lo dejes inconsciente. Nadie debe saberlo hasta que lo hagas, *deshi*. Tenemos que dejarlo con vida si queremos entrar en esa fiesta, y la única manera de que no lo cacen y de que no estorbe, sobre todo lo segundo, es apartándolo. Metedlo en un armario.

Sonrió por mi tono.

—Eres perversa, tía Natsuki.

—Vamos, ¡ve, ve, ve! —la apremié.

Se marchó con una mueca burlona en los labios, y yo me dispuse a

enfrentarme a otro de los retos de mi vida. Cuánto dolor me producía verla y no poder abrazarla, tenerla tan lejos de mí, de mi familia. Sin embargo, debía recordar las palabras de mi padre, su semblante, cómo había reconocido que su hija había muerto con diez años, o aquello iba a ser insufrible.

Me detuve, siendo consciente de que debía bloquear la entrada para que no accediese, pues su fin era entrar en esa oficina. El pasillo estaba completamente a oscuras, a expensas de las luces de emergencia.

Al final del túnel, una mujer de negro apareció, se detuvo con los brazos y las piernas ligeramente abiertas y me observó. Imité su gesto, solo que esa vez me permití esconder los sais para que no viese en mí una amenaza directa, aun sabiendo que lo único que nos quedaría para detener su paso sería luchar.

—Natsuki.

Miré esos ojos del color del humo; ella contempló los míos sin pestañear.

—Sakura.

La voz no se me atascó como la primera vez, pues sabía que aquello era siempre: vivir o morir.

—No deberías estar aquí —puntualizó, dando un paso al frente.

—Tú tampoco.

Mis pies avanzaron de la misma forma y recordé las palabras de mi maestro: «Cuando veas venir el golpe, ataca. No esperes a recibir el primer impacto».

—No sé cómo habéis entrado —añadió, dando otro paso—, pero lo que sí sé es que esa zona está prohibida, y quien os haya dejado acceder, está muerto.

Sí sabía quién nos había dado el paso, porque ella estaba allí.

Sonreí con maldad, provocándola:

—¿Vamos a estar de cháchara todo el tiempo?

Dio otro paso.

Yo también.

—No deseo matarte porque en el pasado algo nos unió, pero estás poniéndomelo difícil.

Otro.

Otro.

—En el pasado y en el presente nos une lo mismo, Sakura: eres mi hermana.

—Yo no tengo familia.

Nos separaban tres metros a lo sumo. Me preparé, respiré, y antes de echar a correr hacia ella, sentencié: —Yo sí. Y para mí, mi *kazoku* es lo más importante, Sakura Tanaka.

Corrí como alma que lleva el diablo, percatándome de que, de manera inconsciente, la había metido dentro de mi familia, pese a que tuviese que matarla si no me daba otra opción. Sus piernas aligeraron, convirtiendo las pisadas en gráciles movimientos que estaban a punto de colisionar conmigo.

Salté, y el primer impacto llegó a ella en forma de patada lateral, girándole la cara. No permitiría que se colocase en la cabeza del pasillo, pues aquello era una pérdida absoluta para nosotros y no debía consentirlo. Nuestros brazos se liaron, y ahí comprendí, por segunda vez, que no le habían enseñado el verdadero arte de nuestra familia, sino que la habían adiestrado como a una simple mercenaria sin valores.

—¡No vas a sorprenderme con tu arte *kung fu*!

El sobresfuerzo en sus palabras me indicó lo que le costaba soltarse del agarre efectuado por mis manos. Nos movíamos en círculos, con los brazos anclados. Ella trataba de soltarse; yo de encontrar el movimiento idóneo para retenerla.

—¡Te equivocas! —bramé—. ¡No tengo que sorprenderte con nada!

Alcé la pierna izquierda, asestándole un golpe seco en la barbilla. Eso produjo que la soltase y que a continuación bailáramos al compás de una serie de movimientos espectaculares, aunque muy simples para mí. No todo era la fuerza, sino que en una pelea cuerpo a cuerpo había que mantener un equilibrio.

Cuerpo.

Mente.

Espíritu.

Solté la artillería de mis piernas pesadas, danzando de camino hacia atrás, hasta casi rozar la puerta por la que ella había llegado. Sin embargo, el sonoro ruido de un chirrido en la parte baja del edificio me distrajo de manera momentánea, al igual que las balas que comenzaron a retumbar por la zona. ¿Quién habría abajo para que se abriese un fuego cruzado?

Sakura sonrió ladina mientras nos golpeábamos sin descanso. Acaparó mi vientre, y no tuve oportunidad de retener los golpes hasta que me llevé cinco seguidos, por lo menos, pues estaba más pendiente de las pisadas que subían a toda velocidad por las escaleras que de la pelea en sí.

—¿Pensabas que estaría sola? —cuestionó con arrogancia, y golpeó mi mejilla—. ¡Vamos, Natsuki! ¿Dónde está la famosa samurái de *chichiue*?

Me rompió que pronunciase su nombre con esa burla. Eso desató la calma que me faltaba para no destrozarla a golpes. Sí, no era furia, era calma lo que necesitaba para pensar mis movimientos, para arremeter de forma precisa y sin fallar.

Me doblé hacia atrás como si fuese un puente, lancé una estocada directa a su garganta y el cuerpo de Sakura cayó a plomo en el suelo por el impacto. La sangre corrió por su boca, aunque se reincorporó con mucha rapidez. Sonreí victoriosa, y al levantarse, el pañuelo que cubría su cabeza se deslizó, dejando ver una espesa mata de cabello azabache. Era una ensoñación de mujer, una fantasía para cualquier persona.

No pensaba decírselo ni hacer que su ego creciera más, por mucho que me doliese. Me coloqué en mi postura favorita, la de aquella ave que planeaba su siguiente vuelo. Estiré el rostro, mirándola con decisión, y extendí las manos sintiendo la energía vibrar entre las palmas y las paredes del pasillo, el cual casi podía rozar.

—Te enseñaré cuáles son los valores del verdadero samurái, Sakura Tanaka —bisbiseé como una serpiente.

Apretó la mandíbula, y no se lo pensó antes de lanzarse sobre mí como si fuese un torbellino. Arremetió poseída; de hecho, consiguió atizarme con brío en más de una parte del cuerpo, aunque los ataques casi fuesen equitativos. Y digo casi porque Sakura estaba desatada.

Las chicas asomaron la cabeza por la puerta del despacho de Peter, pero no me dio tiempo a mucho más que ver a Haiden KO en el suelo. «Bien, *deshi*», pensé con orgullo.

Las pisadas resonaban más fuertes por la escalera.

Más disparos.

Más gritos.

—¡¡¡Aaarrrggg!!!

Tuve una pequeña apreciación muy importante, y era que ninguna de las dos habíamos sacado nuestras armas, lo cual me confería un margen. Eso significaba que no deseábamos hacernos un daño verdadero, y aunque notaba cierta envidia en el tono de mi hermana, comprendía que lo único que le sucedía era que albergaba una confusión gigantesca.

Detuve su puño con un movimiento de mis manos cuando ya casi impactaba en mi rostro. Recité con la tranquilidad de un dios: —Honradez. —Golpeé su cara con sus propias manos en un breve empujón hacia atrás—. Justicia. —Le asesté un codazo con sus propias extremidades—. Valentía. —Mi pie derecho barrió el suelo y la tiré de espaldas. Le tendí la mano, aunque observando cómo me contemplaba—. Compasión. —Dudó, pero terminó aceptándola. Intentó devolverme un puñetazo que no consiguió, pues me agaché para quedar de manera invertida. Ahora ella tenía el pasillo por donde se llegaba al despacho—. Cortesía.

Cabeceé en señal de respeto, pese a que Sakura miró hacia atrás un

segundo. Intentó correr hacia allí; yo se lo impedí al sujetar la parte trasera de su camiseta y pegársela al cuello. Me acerqué mucho a su oreja y musité: —Sinceridad...

Tiré con garra. Se llevó las manos a la garganta, tratando de soltarse, pero mi fuerza fue desmedida, y si no lo lograba antes de cinco segundos, la asfixiaría. El estruendo de una gran reyerta se escuchó muy cerca de nosotros. De hecho, por el rabillo del ojo, fui consciente de que algunos hombres de negro, como Sakura, salían volando por el hueco de las escaleras. De repente temí por que le hubiese ocurrido algo a Aarón o a Ryan. Creí escuchar a demasiadas personas, y en la entrada solo estaban ellos dos, ya que Arcadiy y Jack mantenían a raya la línea de fuego desde el tejado.

Coloqué a mi hermana de un golpe seco en el suelo, clavé su rodilla hasta el fondo, empujé su cabeza hacia abajo, junté el brazo que no sujetaba mi mano y lo contraje en su espalda antes de decirle muy despacio: —Lealtad.

Había reducido todos sus ataques rabiosos a base de concentración y fuerza, a base de pensar en sus siguientes movimientos y vaticinarlos como una vidente. El coraje, la ira, los gritos... Aquello no nos llevaba a ningún lugar en situaciones extremas, y la calma era la mejor consejera en nuestra vida para poder actuar de una forma coherente. A la vista estaba: tanto genio no servía para nada, excepto para estar de rodillas.

Me llevé una mano a la parte trasera del pantalón para coger directamente mi arma, pues no soportaríamos un ataque de gran magnitud, y mucho menos estando en un pasillo sin más salidas que las principales. Alcé la pistola hacia el hueco de las escaleras, sin soltar a mi hermana, y agachada como estaba apunté.

—¡Sal de ahí, Natsuki! —me gritó Noa, corriendo hacia mí.

Miré a Sakura, con el corazón en la garganta. ¿Podría ser que la matasen a ella también? Tal vez si aquellos eran hombres de mi hermana, enviados por Peter, podrían tener instrucciones firmes de acabar con su vida.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¡¡Natsuki, sal!! ¡Natsuki! —Esa fue Micaela.

Los pasos rápidos de Micaela y Noa resonaron por la planta, indicando que me cubrían las espaldas. Las dos se apostaron en un lateral de la puerta cuando el sonido de las botas militares de quien subiese se apreciaba más cerca.

—¡Japo, coño! —vociferó Noa a la desesperada.

Mis nervios se incrementaron. Iban a acribillarnos.

Sakura me contempló con una tristeza camuflada en los ojos, y ese sentimiento sí fui capaz de percibirlo.

—Vete.

Aquella palabra me tambaleó. ¿Estaba pidiéndome que la dejase allí?, ¿que me fuese para que no me matasen? Sin embargo, ese tiempo de duda fue excesivo, pues un tío de dos metros de altura y cuerpo enorme abarcó toda la entrada, fusil en alto.

—¡¡Quieto ahí o te vuelo la cabeza!! —Noa se adelantó, pese a ver que nosotras estábamos en medio.

Sin saber por dónde, alguien más, con la misma indumentaria, apareció por el lado contrario. ¿Por qué sitio se había metido? Micaela movió su arma para apuntar al nuevo. De inmediato, apareció un pelotón de personas para acorralarnos y nos rodearon.

—¿Vienen contigo? —le pregunté casi sin mover los labios.

—No —rumió, como yo.

Sakura se levantó poco a poco y la solté de la misma forma, sin hacer ningún movimiento y manteniendo las manos firmes: una apuntaba al tipo y la otra sostenía de la camiseta a mi hermana, pues había sido buena y le había soltado el cuello.

Los nervios crecieron cuando el hombre se llevó la mano libre a su cabeza, tiró del pasamontañas y se descubrió, dejando ver unos impresionantes ojos azules como el hielo, sumado a un rostro muy marcado y fiero. Cerré los párpados momentáneamente, suspirando por el alivio.

—¿Cathal? —preguntó Noa con extrañeza, y entonces, al girarme, me encontré con Taragh en la otra esquina.

—¿Vosotros no llegabais esta tarde? —inquirió Micaela, bajando el arma.

Ellos también lo hicieron.

—Ya es por la tarde —objetó Taragh, como si hubiésemos obviado ese detalle, que lo habíamos hecho—. Jack nos ha informado de vuestra posición y hemos acudido con una sorpresa.

La irlandesa de cabello castaño y ojos vivaces y verdes como un prado se acercó a las chicas y las saludó con un abrazo. Entretanto, el tiarrón de dos metros se acercaba a mí con semblante serio y mirada profunda. Tan profunda como un océano sin fin.

—Natsuki. —Cabeceó a modo de saludo—. Veo que al final te has unido al bando acertado. ¿Qué hacemos con esta? —La señaló con una mano.

Miré a Sakura, obviando que el irlandés con malas pulgas estaba a un palmo de mí. Esos dos eran pura leyenda.

Una leyenda que todo el mundo debería conocer.

—Es mi hermana, Cathal.

Mi tono fue pasivo, cauteloso, e intuí que él lo entendió. Sin embargo, algo

me descuadró cuando un hombre de unos sesenta años, con el cabello canoso peinado hacia la izquierda como si fuese un abuelo, unos ojos tan grises como los de mi hermana y mirada elegante, avanzó hacia nosotros. Saltó una pierna que había en la entrada, como si el cadáver a sus pies no le importase.

—Señoras —habló con tono firme, de mandamás. Miró a Aleshka por encima de mi hombro—, señorita. Me gustaría, a ser posible, poder hablar con ustedes en un sitio más tranquilo.

—¿Quién...?

No me dio tiempo a formular la pregunta cuando los enormes ventanales de la sala contigua reventaron en mil pedazos y, colgados de una cuerda, aparecieron dos hombres, con las armas en alto.

—¡¿Quién pollas eres tú?! —rugió Arcadiy.

El hombre mayor sonrió.

—Me gusta —le dijo a Cathal, quien asintió con soberbia.

—¡¿Cathal?! —preguntó con extrañeza mi griego, hasta que reparó en que su mujer se encontraba a su lado.

—Hola, Arcadiy. —Se apoyó en su hombro izquierdo con chulería—. Jack.

El hombre dio unos pasos más hasta quedarse prácticamente a mi lado. El irlandés me transmitió calma. No sabía por qué, pero la acepté.

—Soy el señor Cuervo, Natsuki-dono. —Su saludo fue acertado y lo correspondí—. Si me permites, me gustaría hacerle una pregunta a la mujer que tiene mi mismo color de ojos. Sakura, ¿verdad?

Mi hermana se revolvió.

—¡Que te jodan, *Cuervo*! —escupió con saña.

Yo estaba a salvo.

Ella no.

Cathal apretó su arma. En un acto reflejo, coloqué una mano sobre ella y en un murmuro le dije al irlandés: —Es mi hermana.

El tal señor Cuervo fue el que intervino:

—Una hermana que sigue la estela de Peter Callum y que os matará a todos en cuanto tenga la oportunidad. —La contempló con fijeza. Aquel hombre no poseía ni un arma, y sin embargo se encontraba con una tranquilidad aplastante—. ¿Me equivoco, *espectro*?

La observé, ¿por qué la había llamado de esa forma? El hombre parecía no perder la sonrisa. Podría pensarse que era una provocación, pero no, me di cuenta de que era su manera de ser, como si estar radiante durante todo el tiempo fuese su cometido.

Sakura no respondió, aunque sí lo fulminó con los ojos. El señor Cuervo

extendió su mano, indicándonos que podíamos avanzar por el pasillo hasta llegar a la sala intermedia. Aleshka no perdió detalle de lo que acontecía y aprovechó para elevar un pulgar en señal de que lo habían conseguido.

El teléfono del hombre nuevo sonó.

—Ya se ha emitido —informó Cathal, y supe que se refería a nuestra noticia bomba.

Cuervo investigó el móvil, pese a que todos estábamos a la espera.

—Sí —dijo con una sonrisa—. Lo habéis hecho muy bien. —Miró a Arcadiy—. ¿Podemos reunirnos en un lugar privado?

Mi griego entrecerró los ojos, con mal carácter. Se acercó mucho al hombre, lo contempló por encima y buscó al irlandés.

—¿A este tío le confiaríais vuestra vida, Cathal?

La profunda voz del nombrado resonó con gravedad, respondiendo: —A este tío le confiaría mi vida, y él nos la confía a nosotros a diario.

—Deberíais escucharlo —opinó Taragh.

Jack esperó paciente a Arcadiy, pero el señor Cuervo demostró que tenía más información de la que nos pensábamos: —No solo me gustaría hablar con los jefes del clan Tanaka. —Nos observó con aquella sonrisa a mí y a mi marido—. También me gustaría hacerlo con los griegos-rusos y los expolicías. Tengo entendido que pertenecéis a tres equipos diferentes.

Nos contemplamos entre nosotros, momento en el que me percaté de que Ryan y Aarón entraban en el pasillo ya abandonado. Arcadiy asintió, su hermano de vida también, y Noa fue la voz cantante de la parte expolicial.

Una risa sardónica, perturbadora y fuera de lugar se escuchó, y todos nos giramos hacia la procedencia de esa voz.

—Os matarán a todos si se os ocurre ir contra Peter —puntualizó.

Cathal levantó su arma, apuntándola, y temí. Lo miré suplicante, aunque él pareció no verme.

Cuervo dio unos pasos hasta colocarse delante de mi hermana.

—¿De qué lado estás, Sakura? Si cambias de bando, es posible que esa bala no entre en tu cabeza y tengamos que darle un disgusto a tu hermana.

Comprendí que, aunque no llevase un arma, las decisiones las tomaba rápido y los planes los tenía bien estructurados. Sabía dónde y cómo atacar. Arcadiy me observó con dudas, intentando acercarse para apartarme del foco. Medité las posibilidades que había para sacarla de allí, pese a tenerlo muy complicado.

—Siento decirte que del tuyo no —le dijo con rudeza.

—Sakura... —intenté hablar, pero no me lo permitió.

Una ráfaga de viento me dio en el rostro debido a la abertura de la ventana.

Mis ojos impactaron con los de Arcadiy, dándome a entender que, si era lista, podría escapar por allí, pues la cuerda todavía colgaba del gran ventanal. Lo amé más, si es que se podía.

—¡No vas a convencerme, Natsuki! —Miró con mucho odio a Cuervo—. Pégame un tiro si es lo que quieres, pero ¡no pienso trabajar contigo, inglés!

No tuve tiempo de pensarlo. Le asesté un empujón, después otro, y todos se apartaron creyéndose que andábamos peleándonos de nuevo, pues Sakura me devolvió los golpes con enfado.

—¡Eres una necia! —solté con cólera.

—¡Tendría que haberte matado! —Rechinó los dientes a la vez que se lanzaba de nuevo hacia a mí, pero yo no quería que retrocediéramos.

Yo quería que saltara.

Busqué el equilibrio y la manera de trasladarla hasta el filo de la ventana, y cuando casi lo conseguía, nuestras miradas conectaron e intuí que la conexión que siempre tuvimos apareció acompañada de ese aire gélido.

—Salta —bisbiseé con mucha lentitud.

Apreté su garganta, golpeé su estómago sin ejercer mucha fuerza y ella me devolvió una patada que exageré para caer hacia atrás, de manera que quedaba como un blanco fijo de las personas que había a mi espalda.

De soslayo, pude ver cómo el señor Cuervo sonreía, imaginé que dilucidando mi trampa. También escuché un comentario por parte de Taragh:
—Se escapa.

Cathal elevó el arma y pensé que no tendría tiempo de marcharse, pero había subestimado la agilidad de Sakura, pues no sería igual de fiera que yo en un cuerpo a cuerpo, pero la rapidez de los Tanaka la llevaba impresa en la sangre.

Se encaramó a la ventana y saltó.

Saltó, desapareciendo como un fantasma. «Como un espectro».

De nuevo, nuestros caminos se separaban.

31

En esta vida y en todas

Arcadiy Bravo

La confusión era palpable cuando llegamos a la casa donde nos habíamos acomodado durante esos días. En el camino de regreso, el gallinero se sirvió en el coche. Nos habíamos repartido un poco mal dentro del vehículo que había conducido de camino a Londres a más de ciento ochenta kilómetros por hora. Sí, se habían sumado muchas cuestiones: la primera, la vuelta que nos habían dado las mujeres del equipo, y la segunda, los nervios, porque no había pretendido que pareciese una ofensa el tema de Haiden con Natsuki.

Ryan iba a mi lado, muy histérico; Noa iba sentada sobre las rodillas de Aarón —algo que me pareció imposible; pero no, el todoterreno daba para más—; Jack ocupaba la gran parte del medio, y a su lado, casi fusionada en la puerta derecha, mi tigresa los observaba a todos. Sonreí al recordar la jugada maestra que había tenido para ayudar a su hermana, pese a que no sabía el lado en el que estaba verdaderamente Sakura, porque no había intentado matarla.

Antes de que los irlandeses llegasen con el señor llamado Cuervo, habíamos tenido que enfrentarnos a una veintena de hombres, todos con la misma vestimenta que Sakura. Aquella mujer, alias mi cuñada, me transmitía una extraña sensación que me crispaba la piel.

—¡Yo no pienso trabajar más para la poli! ¡Ni muerto! ¡Ni muerto! —repitió Ryan con mucha rudeza.

—¡Al Cuervo de los cojones le pueden meter un puto palo por el culo! —Ese fue Jack.

—¡¿Alguien ha pedido nuestra opinión antes de ofrecernos entrar en un equipo nuevo?! ¡¿Qué equipo ni qué mierda?! —Noa al habla.

Di gracias a que Micaela había tenido dos dedos de frente y se había marchado en el coche que ella misma condujo a Londres con mi sobrina y los

irlandeses. Al final, de todos, la más pacífica iba a ser ella. No conseguía entenderlos a unos y a otros porque todos gritaban, y por supuesto me sumé al carro:

—¡Pero si tú ya trabajas para la policía, Ryan! —le dije con obviedad—. ¡¿Y este tío por qué viene con esos aires de grandeza?! ¡Ni que pudiera comprarnos como a cabras!

«Casi», pensé, rebatiéndome en mi propio pensamiento. Es que ni siquiera le habíamos dado la opción de hablar antes de salir despavoridos de allí hacia un lugar más tranquilo.

—¡Yo trabajo para la CIA! ¡La CIA! ¡No para aficionados de segunda como hasta ahora!

—¡Oye! —Noa se exaltó al escuchar a Ryan. De hecho, se sujetó a su asiento y casi se subió encima de Jack, quien levantó las manos en el aire. La tía ni se pispó—. ¡Nosotros no éramos aficionados! ¡Que quieren matarnos!

—¡Y a nosotros por vuestra culpa! —Ryan se giró, muy enervado. Estaban a un escaso palmo—. ¡No te jode!

—No es momento de echarnos mierdas en cara, sino... —Nadie escuchó a Jack.

—Noa —la llamó Aarón, porque estaba subiendo el tono.

—¡¿Qué te he dicho yo a ti de qué?! ¡Si siempre he velado por todos, capullo!

—Noa... —Segunda intentona.

Ryan elevó su manaza en el aire para enseñársela, y juro que pensé que le daría un guantazo.

—¡Me faltan dedos para decirte la de veces que te he salvado yo a ti!

—¡Noa, coño! ¡Que me estás clavando el puto tacón! —bramó Aarón, hasta la polla.

A Jack le dio la risa nerviosa. Yo lo seguí, y Ryan bufó como un toro. Se dejó caer en el asiento, a plomo, y me miró muy mal.

—O aguantas esa risa, o te machaco la cara, principito.

Se me cortó de inmediato. No por su amenaza, sino por el mote que había usado. Fruncí el ceño, y cuando iba a contestarle con algún comentario dañino de los míos, la voz paciente del equipo intervino; si es que no podíamos vivir sin ella:

—Ejem, ejem... —Seguían gritando. Natsuki elevó más el carraspeo, por supuesto—: ¡¡Ejem, ejem!! —Se callaron de inmediato—. Gracias. ¿Puedo hablar sin que nadie me apuñale? —Un gruñido grupal fue respuesta suficiente. La miré por el espejo retrovisor, alternando entre la carretera y ella —. ¿Y si nos esperamos a que lleguemos? Vemos lo que este hombre quiere

ofrecernos y después pensamos si lo matamos, si lo dejamos vivir o si lo echamos a la barbacoa que no hemos hecho.

Sonreí al escuchar ese comentario desenfadado sobre la barbacoa. Dos que duermen en un colchón se vuelven de la misma condición.

Jack fue el primero en hablar:

—Yo lo veo viable.

Ryan emitió un sonido extraño que confirmó que pensaba lo mismo. Noa elevó las palmas de las manos en el aire regresando a su asiento, con cuidado de no aplastar más a Aarón, y dijo:

—¡Vale! Me parece medio bien, pero vale.

—Creo que es lo mejor —objetó Aarón.

Yo simplemente asentí, porque mi tigresa ya esperaba mi respuesta.

—Qué paz —musitó, y algunos esbozamos una sonrisa. Otros, como Ryan, pusieron los ojos en blanco.

El camino, o lo poco que quedaba ya, se hizo más ameno cuando la conversación cambió a Sakura. No estaba muy seguro de si sería buena idea o no, pero a Natsuki pareció no fastidiarla. Es más, se la veía feliz, y supe al instante que, aunque no hubiese cambiado la relación de hermanas, algo se había creado al salvarla.

Accedimos por el camino que llegaba a nuestra casona, donde había dos coches a la espera: el de Micaela y el del señor Cuervo, acompañado por tres mastodontes que eran más grandes que Ryan. Miré a mi amigo de reojo, y quise entender por su ceja alzada que había pensado lo mismo que yo.

Reticentes y con un silencio extraño, abrimos la puerta que daba al jardín y entramos hasta colocarnos alrededor de la mesa que había cercana a la barbacoa. El señor Cuervo fue el último en acceder, alzando la mano para que sus hombres no lo acompañaran. El irlandés se aseguró de quedarse al lado de él, porque un movimiento en falso habría acabado con su vida de un plumazo.

—Señores, señoras y señorita. —Se llevó una mano a su galante traje de chaqueta a modo de respeto—. No voy a robaros mucho tiempo, y si me permitís la osadía de antes, me gustaría seguir tuteándoos. ¿Es posible? —Asentimos como un rebaño de ovejas—. Bien. En primer lugar, quiero aseguraros que mis intenciones para con vosotros no son malas. De hecho, jamás pretenderé que lo sean.

Unas risas irónicas y colectivas flotaron por el aire en mitad de la noche.

—¿Podemos poner en duda a la poli? —le preguntó Ryan, y señaló a Aarón y Noa—. Pregúntaselo a ellos, que lo saben de primera mano.

Los interpelados asintieron.

Aquel hombre de sonrisa de anuncio prosiguió:

—Soy consciente de lo que os ha ocurrido a todos con la brigada secreta de espías, y permitidme de nuevo la licencia de deciros que no somos iguales y que tampoco pretendo hacer comparaciones con ese miserable de Callum.

—Me suena a rivalidades —deduje. Me apoyé en la mesa, coloqué una pierna con chulería y me lancé a la piscina—: ¿Quién eres, señor Cuervo?

Abrió las manos en cruz con mucha teatralidad, sin dejar de enseñar los dientes. ¿Por qué estaba tan feliz?

—Yo no soy nadie, Arcadiy. Y eso es lo mejor. Escuchadme, por favor. —Palmeó el brazo de Cathal con confianza—. Vuestro nuevo aliado estuvo en la misma situación, aunque un poco más singular. —Chasqueó los labios.

Los irlandeses no se movían, y no sabía si eso era bueno o malo. Tampoco entendía muy bien por qué eran nuestros *nuevos aliados* si nos habíamos visto dos veces, y hasta donde todos sabíamos, habían acudido a Londres para que Cathal se cobrase su propia venganza, pendiente desde hacía años.

—Hay que terminar con los policías de mierda que quieren jodernos la vida en cada oportunidad —añadió Cathal, mirando de reojo a Aarón y a Noa.

Estos no se inmutaron, pues, hasta donde sabía, tenían muy claro lo de buscarse otro empleo que no tuviese relación con la poli.

—Y ese hombre soy yo —anunció Cuervo—. Somos un equipo que vive en la sombra, pero al margen de la ley. Aquí no hay culpas, no hay limpiezas, no hay dobles tratos ni mentiras. Aquí se trabaja en equipo, se paga bien y se vive como una familia.

—Tengo que formar un equipo para varios fines futuros. —Cathal buscó la aprobación de su mujer, quien asintió con la cabeza—. Ya sabéis que la caza de tesoros es nuestra especialidad —sonrió con chulería—, pero digamos que vamos a expandir el negocio.

—Desde hace algún tiempo, los dos trabajamos con Cuervo —anunció Taragh, adelantando el paso—. Ahora queremos formar nuestra cuadrilla dentro de su gobierno. Aquí no hay leyes.

—¿Ni jefes? —puntualizó Jack.

Cuervo negó.

—¿Ni mandamases a los que queramos matar? —Ese fue Ryan.

El señor Cuervo añadió:

—Aquí seréis la familia que queráis ser. Sin juicios, sin venganzas, sin rencillas. Unidos únicamente cuando algo grande os precise como equipo. Sin más.

Todos se miraron entre todos, sin querer tomar una decisión temprana. Los ojos de Natsuki estaban clavados en mí, imaginé que en lo que al clan Tanaka Bravo respectaba. No pensaba decidir sin contar con ella, así que tomé las

riendas de la situación cuando me percaté de que me miraban en conjunto:

—Tendríamos que hablarlo. Creo que es lo más comprensible. —¿Por qué me ponían de líder?

Cuervo asintió.

—Estoy de acuerdo. Como os he dicho, esta reunión iba a ser muy breve. Pensad si lo veis factible, y cuando toméis una decisión, podéis hablar con la persona que os ha elegido para su equipo. —Se encaminó hacia la puerta, tan galante, y el corazón me brincó con mucha fuerza en el pecho cuando murmuró—: Un equipo de zumbados. Tienes buen ojo, O'Kennedy.

El irlandés sonrió, pero yo pensé que no podía existir una casualidad tan grande en el mundo y que ese hombre nos hubiese llamado de la misma forma que lo hacía Riley. Y, como siempre, ahí estaba mi tigresa para sacarme de dudas, pues murmuró un breve:

—Señales.

Durante aquella cena hubo muchas risas, muchos momentos de silencio y muchas anécdotas que los irlandeses nos contaron acerca de su vida, haciéndonos más partícipes de su día a día, de sus problemas y de los trabajos que habían ejecutado con el señor Cuervo. Si lo miraba desde un punto de vista analítico, tampoco era tan grave, pues el equipo se resumía a hacer su vida, excepto cuando ese señor que no era nadie nos llamase.

Cathal añadió que Cuervo había sido muy modesto, pero que tenía a personas con gran poder en Reino Unido que nos protegerían las espaldas en la fiesta de conmemoración. Y, de hecho, él mismo estaría en el lugar, en la sombra, dando órdenes para que la sabandija de Peter no se escapase.

Entrada la madrugada, cada uno se fue a sus dormitorios, pues únicamente nos quedaban dos días para la batalla final, donde se decidiría cuál sería el camino de cada uno y si por fin éramos libres o, por el contrario, caeríamos en el intento. Recé para que no, pero ya sabíamos cómo funcionaba nuestra vida: luchar o morir.

Cerré la puerta de la habitación cuando mi tigresa entró con los coloretes por las nubes. ¿Qué le ocurría? Parecía preocupada, tanto que comenzó a deshacerse de la ropa con mucha urgencia, como si le urgiese meterse en la cama y taparse hasta la cabeza. Me acerqué a ella con pasos lentos, apreciando aquel enorme tatuaje que cubría su espalda y que tantas veces había admirado ya. Era Byakko en todo su esplendor. Sonreí al recordar la primera vez que le vi la *patita*, en el piso franco de Madrid.

Estaba preocupado, para qué iba a mentir. Me había dado cuenta de que había algo muy particular en nosotros, y era que no esperábamos, no nos matábamos como hacían otras parejas, sino que buscábamos la solución

inmediata, no separarnos, y después nos sentábamos a hablar.

La sujeté de las caderas y se puso tensa. Fui más atrevido y metí mi rostro en su cuello, arropándola con mi cuerpo. Me encantaba ese olor tan característico. Era esotérico, místico, como ella.

—La verdad siempre, mi *riidaa*.

No hizo falta mucho más, porque se dio la vuelta, colocó sus manos en mi torso y me observó con una mezcla de pavor y de anhelo difícil de explicar.

—No has venido a la ducha conmigo —añadió.

—Y tú no me has esperado —le rebatí—. Me has visto hablando con Jack.

Puso morritos y me dieron ganas de comérmelos. Sabía que el foco de la conversación no estaba ahí. No se hizo de rogar, como siempre:

—Prométeme que estaremos juntos en esta vida y en las siguientes.

Eso me escamó, porque no tuve muy claro si había tenido una premonición. A esas alturas me lo creía todo de los Tanaka.

—Cuando tú me prometas que si alguna vez ves que la palmo, me lo contarás.

Sonrió y me dio un pequeño puñetazo.

—Eres muy tonto, Arcadiy Bravo Tanaka, pero te lo prometo.

—Seré un tonto, pero un tonto que te ha hecho reír. —Paseé mis manos por sus brazos, con mimo, con tiento, con amor—. Te lo juro, mi *riidaa*. En esta vida y en todas.

No supe cómo tomarme su suspiro. Desvió su mirada, mostrándome su intranquilidad, y al ver mi ceja enarcada decidió contármelo sin dar más vueltas:

—Me duele aquí —se tocó el pecho, a la altura del corazón—, y temo que algo nos separe, que alguna tontería nos separe, Arcadiy.

Mostré mi gesto de confusión al instante.

—¿Por qué iba a ocurrir eso?

Se apartó y eso no me agradó.

—Sé que lo que has hecho con Haiden es por mi bien. Que no quieres que tenga que enfrentarme a su cara de nuevo. —Ese detalle me hizo sonreír—. Pero ¿es normal que me haya molestado que no me lo comentases?

No supe qué decir, aunque sí, llevaba razón.

Me crucé de brazos mientras ella daba vueltas como un tigre por la habitación, retorciéndose las manos y observándome con nerviosismo. Su mirada se clavó en la postura por la que había optado mi cuerpo y me hizo gracia. No quería decirlo, de verdad, pero estaba seguro de que en su entrepierna ya había humedad.

—Me imagino que sí. Yo me he enfadado un poco *mucho* porque te has

ido a Londres sin esperarme.

No le hizo gracia mi chascarrillo porque estaba más preocupada por mi reacción, y siguió dando vueltas y hablando como una locomotora:

—Vale —musitó, más para sí misma que para mí. Se detuvo un segundo y me observó estupefacta—. Entonces, ¿es normal que antes de entrar yo me tire a tus brazos?, ¿o tendría que haberme esperado con mi enfado pequeño?

Una risita sincera brotó de mis labios y ella torció el morro.

—A ver...

Fui a avanzar hacia ella y me detuvo con su boca malpensada:

—Estás riéndote de mí.

Di otro paso más, a punto de saltar sobre ella, todavía con la sonrisa plasmada en la boca. La sujeté de las caderas, tiré de su cuerpo menudo y la besé. Primero fue algo casto, lento, como si no la hubiese saboreado nunca, y después me aventuré a devorarla con tantas ganas que tuve pensamientos atrevidos de lanzarla sobre la cama y dar por finalizada la conversación que ya habíamos medio arreglado. Pero no. Eso no estaba bien.

—Eso no es cierto, tigresa. —Me refería a su comentario—. Los dos estamos muy verdes en temas amorosos —besé sus labios de nuevo—, aunque considero que los solucionamos de la mejor manera.

—¿Y esa cuál es? —me preguntó, pegada a mis labios.

Contuve la risa y ahora sí que sonrió con gracia.

—Eres una pervertida. —Toqué su nariz con cariño e intenté aparentar la seriedad que requería la situación—. Enfadarse no es malo, son nuestros sentimientos, y ahora no los controlas. Cuando lleves dos años conmigo, me amenazarás con el sai en la garganta.

—Eres un rencoroso.

Lo sería, pero ella se contoneó de una manera que debería estar prohibida. Auné todas mis fuerzas para mantener una conversación normal:

—Si has venido corriendo antes de entrar en las oficinas, es porque te ha nacido del corazón, Natsuki. Y donde manda el corazón... —Negué con la cabeza, dándole a entender que ahí no mandaba nadie.

—¿Y por qué tú no has venido? —se interesó, y ahí sí que me pilló sin saber qué responderle. Me encogí de hombros y ella asintió—. Entiendo... Quizá es porque tu enfado estaba más alto que el mío. En el momento, claro.

Me detuve solo unos segundos a pensar en lo que estábamos haciendo. Cualquier pareja se habría tirado horas sin hablarse, tal vez días, pero nosotros estábamos hablándolo, en mayúsculas. Sin duda, la japonesa me había cambiado la vida, yo se la había modificado a ella, y juntos éramos el tándem perfecto. Sentí que la amaba por encima de todo, y no pensaba guardármelo

para mí.

—A veces te encuentras confusa, mi *riidaa*. —Me miró de sopetón y yo sostuve una de sus manos pegada a mi pecho—. Yo también. Pero te juro que es lo más maravilloso que he experimentado jamás, porque nunca creí que tanta sinceridad pudiese ser real, ni tampoco que alguna vez encontraría a una persona que sacase tanto partido a la mejor versión de mí.

Sus ojos brillaron de emoción.

—Entonces, ¿no soy yo la única que no puede respirar sin tener un pensamiento para ti?

Sonreí.

—Tú ocupas todos los pensamientos de mi cabeza las veinticuatro horas, Natsuki-chan.

—Eso quiere decir que estás enfermo de mí.

Todavía me costaba verla bromear. La lancé a la cama sin que se lo esperase y soltó un gritito con risa incluida.

—Quién iba a decirme que el pastel que me encontré en el contenedor de Yokohama iba a guardarme tantas sorpresas.

Su mano continuaba enlazada a la mía, e intenté no aplastarla con mi peso. Noté la tensión de mi polla en el pantalón, el cual tenía ganas de agujerear hasta encontrar su refugio y volverme loco.

—La sorpresa es que te han hecho una encerrona y te has casado sin pestañear.

—Ya, es que tenía ganas de boda y no sabía cómo hacerlo.

Verla tan feliz me transmitía un amor incondicional. Uno de esos que no sabía ni cómo manejar porque la velocidad que adquiría mi corazón era inusual, aunque pareciese un moñas. ¿Podría ser más bonito enamorarse? No, lo dudaba.

—Me debes una disculpa por no haber saltado como un león a mis brazos.

Sonreí canalla y lo captó al vuelo. Me restregué con fervor, escondí mi boca en su cuello y mordí su piel mientras mi mano se soltaba de la suya para deslizarse hasta la cinturilla de su pantalón.

—Mmm... —ronroneé en su cuello, sin dejar de morderlo—. ¿Le parece bien a la señora Tanaka Bravo que la disculpa se la dé en el coño?

Miré por encima de mis pestañas, viendo cómo se sonrojaba. Tragó saliva; lo noté en mis labios.

—Tienes una boca muy sucia, Arcadiy-chan. —Jadeó cuando tiré de sus pantalones.

Los deslicé con premura junto con sus bragas, sin apartar la mirada, y cuando los tenía por las rodillas los dejé allí. Los movimientos de su pecho

me indicaron su agitación, y aquel detalle ocasionó que tuviese más ganas de devorarla.

—Esta boca sabe hacer muchas cosas. ¿Quieres que te lo enseñe? —le pregunté con la voz tomada por el deseo.

Deslicé dos dedos por su rajita, desde abajo hacia arriba. Entreabrió los labios con el anhelo impregnado en la mirada.

—Sí —susurró extasiada.

Alcé la mano mojada, tal y como había pensado, llevé los dedos a su boca y la insté a que la abriese. No dudó en hacerlo, como tantas otras veces, mientras la devoraba con los ojos brillantes y ganas de lamerla entera. Apreté mis dedos con fuerza, raspándolos con aquellos dientes letales, sintiendo la textura de la boca que pedía a gritos ser absorbida por la mía. Gimió a la vez que movía sus caderas, y eso fue mi perdición.

Saqué los dedos y me incorporé un poco, quedando frente a frente, con ambas manos apoyadas en el colchón.

—¿Qué quieres, tigresa? —murmuré pegado a sus labios.

Su saliva descendió por segunda vez. La provoqué con la mirada para que me lo dijese, rozando mi pantalón sin importarme que se mojara de su humedad. El ambiente estaba cargado, y yo deseaba con toda mi alma destensarlo.

—Hazlo —me pidió en un susurro, mirándome con fijeza.

Sonreí malvado.

—¿El qué?

Moví las caderas, deslicé la mano y regresé los dedos a su raja. Jugué con ella, pasé la palma abierta para abarcarla entera y la froté despacio, volviéndola loca.

—Baja... Ahí, y... —titubeó, muerta de vergüenza.

Esa rojez me encantó, porque sabía que llevarla al límite provocaría que se volviese una marrana sin contención, y eso pensaba conseguirlo como fuese. Me escurrí por su cuerpo hasta quedarme de rodillas. Tiré de sus piernas, las encajé en la cama y me deshice de la ropa que había dejado a medias.

—¿Quieres que te coma el coño, Natsuki? —le pregunté con intención. Ella gimió, pero no contestó.

Pegué mis labios a la cara interna de su muslo derecho, lo besé, saqué la lengua y me acerqué casi a la mitad de su pierna sin detenerme en mi recorrido. Subí, me detuve muy pegado a esa línea que había repasado varias veces y soplé cuando estuve en el centro, ocasionándole una oleada de nervios. Sin embargo, era un cabrón nato por naturaleza y desvié mi trayectoria hacia el otro muslo para hacer lo mismo. La escuché gruñir un

poquito. Repetí el proceso, con una tranquilidad aplastante, y cuando estuve de frente a su chorreante sexo, lo único que hice fue deslizar un solo dedo para que se retorciese.

—Arcadiy... —Fue una advertencia en toda regla.

—Dímelo.

—Por favor... —Jadeó cuando pasé el dedo hasta tocar su clítoris.

—Dímelo y te daré placer hasta que amanezca, mi tigresa.

Elevó la cabeza para mirarme. Sus ojos eran dos pozos tan negros que deseé perderme en ellos infinitamente. «En esta vida y en todas».

—¿Vas a dejarme que yo también lo haga?

Me hizo gracia su pregunta, aunque asentí y solté una de las mías:

—Hasta que consigas gastarla, si quieres.

Echó la cabeza hacia atrás, muerta de placer cuando un dedo se impregnó viscoso, anhelante, tanto como lo estaba yo. Mi bragueta se tensó en exceso, a punto de reventar, y me vi en la obligación de desatarme con la mano libre los pantalones, que ya me ahogaban. No quería ni pensar en sus labios sobre mi polla. No quería imaginarme cómo me lamería, cómo se pasearía buscando mis ojos como tantas veces había hecho ya, o al final me correría como un adolescente inexperto.

Me quedé estático cuando la escuché decir con firmeza:

—Cómeme el coño, Arcadiy. Hazlo ya, por los dioses... —Lo segundo lo dijo con menos fuerza porque mi dedo había vuelto a deslizarse con delirio por su parte más sensible.

Sonreí maquiavélico, y antes de estampar mi boca contra aquel manjar, añadí:

—A sus órdenes, mi *riidaa*.

32

Masacre conmemorativa

El día más temido y esperado a partes iguales había llegado. Nos encontrábamos en la salida del enorme edificio donde se llevaría a cabo la masacre conmemorativa, con los semblantes turbados por la incertidumbre del destino. Unos queríamos ser libres; otros, la libertad en el trabajo que les habían robado, y el resto deseaba su propia venganza por asuntos sin resolver.

Romeo me había telefoneado esa mañana para ofrecernos la ayuda de los Sabello disponibles, pero me negué en rotundo. Adara empezaba con las primeras contracciones y su marido no podía faltar, pues toda su familia estábamos a kilómetros de ella excepto su madre y sus dos sobrinos. Era consciente de que ese detalle le había pesado mucho a Aleshka, pero todo no podía tenerse, y si en realidad pensaba quedarse un tiempo con nosotros en Japón, debía digerir que se separaría de su familia de manera definitiva.

—¿Estamos todos en orden? —les pregunté, siendo de nuevo el líder de aquel particular equipo.

Dábamos miedo.

Íbamos vestidos de negro, al estilo Sakura, con telas que cubrían gran parte de nuestro rostro para no ser identificados. Aquella indumentaria había sido cedida por el señor Cuervo, y no quise preguntar cómo ese hombre ya casi sabía que formaríamos un equipo de zumbados en un futuro. Lo habíamos hablado en grupo durante esos días, también en solitario, y Natsuki me había expuesto su acuerdo inicial, no pareciéndole mal la idea, pues todavía debíamos plantearnos a qué se dedicaría el clan Tanaka Bravo.

También habíamos tenido tiempo para distraernos, para hablar de planes de futuro y para soltar tensiones, que nunca venía mal. Tal y como habíamos

imaginado, la difusión de las noticias había durado menos de un día; tiempo suficiente para que Lili llamase a Ryan y mostrase su disconformidad. Tuvimos que ayudarlo muchas veces a respirar antes de contestar a esa llamada que había quedado en tablas, pues Ryan se mantuvo tajante desde el minuto uno, hasta que se dio cuenta de que la función debía continuar. Lili, convencida de que lo habíamos hecho por no involucrarla más y con la preocupación falsa en la voz de mi amigo, se había tragado que todo seguía su curso, que Ryan la esperaría con los brazos abiertos el día de la fiesta.

Pero lo que no se esperaba aquella zorra era que Ryan no aparecería jamás.

No por donde había planeado para que fuese su *escudo de balas*.

—Todo correcto —añadió Jack, quien ya había escalado con Micaela y Aleshka hasta colocarse en los tejados de las casas exteriores, de manera estratégica por si teníamos inconvenientes de última hora.

No debía ser difícil, pues se suponía que entraríamos a punta de pistola justo cuando Peter estuviese dando el discurso, lo coseríamos a balas y no le daríamos opción de llegar a pisar el suelo de la sala, porque moriría en el escenario.

Lo que no sabíamos es que el diablo sabía más por viejo que por diablo.

Oteé el exterior, comprobando que Aarón y Noa se preparaban, cargaban las armas y las sujetaban con fuerza. Taragh y Cathal ya estaban listos y avanzaban con sigilo hacia la parte trasera del edificio.

—Que todo el mundo recuerde su parte del plan, ¿entendido?

Asintieron.

—En posiciones y entendido, enano. —Ese fue Jack.

Ryan se mantuvo a mi lado, y el nudo en mi pecho se incrementó al ser consciente de que me faltaba lo que más valor tenía en mi vida.

Natsuki no estaba.

Ella ya había entrado hacía una media hora en el edificio, sin ningún tipo de dispositivo, ya que los asistentes debían pasar por un escáner de cuerpo entero, por no hablar de sus pertenencias. Toqué con la punta de mis dedos su Hiroko Megumi, la cual llevaba anclada a la espalda.

—Estará bien. Es una tía dura. —La voz de Noa me sacó del ensoñamiento momentáneo.

Y recordé el detalle de que estaba embarazada. De Dante, nada más y nada menos. Del hombre del que me había despedido días atrás, con un nudo en la garganta y con ganas de contarle la verdad, pues yo sabía, como Natsuki, que cuando se enterase —que lo haría—, iban a rodar cabezas, y las nuestras serían las primeras por no habérselo dicho.

Los Sabello eran mi familia, al igual que yo lo era para ellos. Haberme

guardado aquel secreto me mataría durante mucho tiempo.

—Noa... —dudé, aunque al final ganó la batalla de soltárselo. Aprecié la tensión en sus hombros—. Puedes quedarte aquí, o incluso con Jack. No es necesario que entres y te pongas en peligro.

Aarón la miró, apoyando la noción. Pero Noa era mucha Noa y no iba a hacerle caso a dos tipos que miraban por su bienestar. Comprendí las ganas que tenía de machacar a Peter, pero era un riesgo innecesario porque no le echaríamos en cara no haber entrado. Incluso Natsuki había tratado de que desistiera de sus planes durante los dos días de libertad fingida que tuvimos, sin éxito.

La rubia no me contestó. Apretó su arma con más fuerza, y me pareció escuchar que las botas militares de tacón hacían que el asfalto temblara. Contemplé a Aarón, solté un suspiro y él me imitó.

—Y me ha pedido que me vaya a vivir con ella —recordó el expolicía con cierto pesar.

Reí por su tono y por esa conversación que habían tenido el día anterior. Había parecido más una propuesta de matrimonio camuflada, con el único matiz de que cada uno se llevaría a sus *amigos* o *amigas* y que no follarían nunca. Yo y el resto, incluso los irlandeses, que nos conocían de poco, lo pusimos en duda. La conversación subió de tono cuando Noa le preguntó por el tamaño de su polla para valorar las posibilidades de que eso sucediese. Mi tigresa no supo dónde meterse, y aproveché el momento para decirle que siempre éramos así de claros.

Anduve acompañado de Aarón y de Ryan, miré mi reloj y vi que solo quedaban cinco minutos para que la puerta del servicio se abriese y mi japonesa nos diese paso al asalto. Mi amigo endureció el rostro según nos acercábamos, y tuve la intención de preguntarle, pero él se adelantó:

—Voy a matarla.

Me quedé sin palabras. Sin saber qué decirle. El tema de Lili también lo habíamos hablado entre Natsuki, Ryan y yo. Habíamos abandonado el momento de placer y descanso a altas horas de la noche cuando lo vimos en el jardín solo. Mi japonesa le había sacado una manta y le había preparado un té calentito, le había arrancado la botella de *whiskey* de las manos y casi lo había puesto a meditar. Y digo casi porque las respiraciones sí que lo había obligado a hacerlas.

—Y yo estaré para recogerte después —admití sin querer rebatirlo.

No era una cuestión de: «O conmigo, o sin mí». Era una cuestión de saldar deudas. Se había reído de él en su cara, lo había insultado en silencio, y ahora tenía que pagarlo. Llevábamos allí mucho tiempo, el suficiente como para

haber visto a Lili en la puerta, buscándolo, sin encontrarlo. Y la mirada de Ryan perdida en la de ella, sin comprender por qué le había hecho aquello.

Por qué lo había obligado a tomar una decisión que acababa de exponer.

Continuamos nuestro paso, y quise quitarme de la cabeza el momento en el que Haiden apareció, dispuesto a coger de la cintura a Natsuki. Una mirada fue suficiente para que no se le ocurriese. Y, por qué no decirlo, necesité palabras de ánimo grupales para no correr en su dirección y arrancarle la cabeza al japonés.

—¿Crees que habrá tenido problemas? —dudó Ryan, apostado en la pared del callejón.

Negué con la cabeza, claramente convencido.

—Si nos la coló a todos en Yokohama, ¿tú crees que no colará que se ha marchado con su exmarido para una mejor vida? —Chasqueé la lengua con desagrado.

«Menudo plan de mierda», pensé, obviamente enfadado. No era un plan de mierda ni mucho menos, pero hablaba esa parte del cerebro negativa que no está a gusto si no ocurre lo que él quiere.

Haiden la esperaría en la entrada, ella llegaría vestida de gala, y en paralelo el japonés se habría encargado de mentirle a Peter para que no sospechase al ver a Natsuki en la fiesta con él. Debían aparentar ser una pareja de diez, y eso me mataba.

Me hervía la sangre al imaginarme sus manos rodeándola.

Al saber que Haiden aprovecharía cada momento para tocarla, aunque fuese fugazmente.

—Recordad —les dije con el rifle en alto. El equipo al completo estaba a mi alrededor—, nos colocamos en puntos estratégicos. Cathal y Taragh, derecha, en la salida de emergencia de las escaleras. —Asintieron—. Ryan y Aarón en la izquierda, en la cara de las ventanas del edificio. —Miré a Noa, todavía con dudas—. Tú no te separes de mí.

—Sí, papá —me respondió con una sonrisa guasona, matizando mucho las palabras con sus labios rojos. Se subió la tela que cubría su rostro en cuanto escuchamos unos pasos.

Cabeceé hacia la izquierda para que todo el mundo se apartase. La puerta se abrió con brío y alguien con una melena corta, peinada y preciosa se asomó. Sonreí cuando sus ojos pardos me miraron.

—¡Vamos! —nos apremió, moviendo la mano con rapidez para que entrásemos.

Me detuve más de lo permitido en el ajustado vestido negro y con algunos brillantes que resaltaban la elegancia. Tenía dos aberturas cerca de los muslos,

lo que le conferían una movilidad extra y poder colocarse las armas en cuanto se las soltara.

Esperé a que el equipo entrara, viendo cómo ella se apoyaba en la puerta blanquecina, mirando hacia el pasillo desértico por el cual solo merodeaban los trabajadores. Puse un pie en el escalón cuando Ryan entró, me quedé delante de ella y la miré desde arriba con ganas de rajarle el vestido.

—¿Te he dicho ya que eres más bonita que el sol?

Miró hacia arriba y sonrió cuando coloqué un brazo de manera chulesca sobre la puerta.

—También me has dicho que la luna no tenía comparación conmigo. Y me has quitado el vestido dos veces.

—Uyyy... —bromeé con gracia—. Se me ha olvidado que vosotros decís siempre que el tres es el número de la suerte. La próxima vez que tenga que quitarte la ropa, lo tendré en cuenta.

Rio, llevó su mano derecha a mi mejilla y se estiró muy poco para darme un beso que correspondí encantado. Abrí los ojos cuando todavía la tenía muy cerca, y supe por el brillo en los suyos que había captado mi malestar.

—Lo he tenido a raya y...

Cogí su mano para detenerla. Negué con la cabeza.

—Ahora no. —Besé su dorso—. El baile debe continuar, y no me veo capacitado para sobrellevarlo si me cuentas algo que no me guste.

Asintió con congoja, momento en el que la mano que tenía sujetada me temblaba un poco. Natsuki percibió ese gesto, por supuesto, pero no dijo nada y su silencio valió más que mil palabras. Cambió las tornas, se llevó mi dorso a su boca y lo besó.

—Recuerda que no puedes morirte, Arcadiy Bravo Tanaka.

—Recuerda que no puedes morirte, Natsuki Tanaka Bravo —la imité.

Sostuve su mano con cariño, y con media sonrisa tiré de ella para avanzar por el pasillo que nos conduciría de manera misteriosa a la sala donde se había organizado una esplendorosa cena, la cual todavía no había empezado, pues lo primero de todo era el discurso de bienvenida. Ese que aportaría el caos a la fiesta.

—Me ha parado y he tenido que mentir mucho —me informó mientras salíamos del pasillo y cogíamos un acceso privado del edificio. En su tono había preocupación. Le apreté la mano para que no se intranquilizara por eso.

Cuando llegamos a un ascensor alejado del resto, Cathal tiró la bolsa que llevaba al suelo y se dispuso a colocar un aparato en la pantalla del cubículo para abrirlo, ya que tenía contraseña.

—¿Ha notado algo? —le pregunté, refiriéndome a Peter.

—No, pero ya sabéis que no es tonto.

—¿Dónde está ese chino mandarín? —inquirió Ryan, mirando a ambos lados de la zona.

Natsuki reparó entonces en que no se encontraba allí. Yo ni siquiera lo había echado en falta.

—Le pedí que me esperara aquí —murmuró, más para ella que para los demás.

—Esto ya está —añadió Cathal, levantando su enorme cuerpo celta del suelo.

—Vamos —los insté, y coloqué una mano en la parte baja de la espalda de Natsuki—. Estará arriba.

No hice mucho hincapié en él. Mal por mi parte, pues iba a llevarme una tremenda sorpresa cuando llegásemos a la sexta planta, donde estaba ubicada la celebración. Me dispuse a sacar las armas de mi tigresa y se las entregué todas, viendo cómo se apartaba el vestido a un lado sin importarle que los demás estuviésemos en el mismo espacio. Conociéndola, en otras circunstancias no habría permitido que una línea de su piel fuese vista por alguien más, y aquel cambio me pilló desprevenido y con una sonrisa en los labios.

El murmullo de personas se escuchó en la lejanía, dando a entender que habíamos llegado a la planta. Con unas breves indicaciones de las manos, moví al grupo entero a sus posiciones, y Natsuki fue a regresar a la suya en el salón, pero algo, tal vez alguien en forma de corriente de aire, me detuvo.

«No», me vino a la mente de repente. Había aprendido en los días y las largas conversaciones con ella que la intuición no fallaba, y que si algo te decía «No», era no. Me observó sin entenderme cuando la frené por el brazo.

—Si no regreso, sospecharán. El discurso está a punto de empezar.

—¿Qué ocurre, Arcadiy? —me preguntó Noa, colocándose en el otro extremo.

Me mostré confundido.

—No lo sé —bisbiseé, mirando a Natsuki. Ella posó sus ojos por encima de mi hombro derecho, y una breve caída de los suyos me confirmó que estaba viendo a Riley.

—Me quedaré con vosotros.

Fui a preguntarle. De hecho, tuve intención de mirar hacia atrás, pero la prontitud con la que la voz de Peter sonó me hizo ponerme en marcha a toda prisa hasta llegar a la puerta en la que deberíamos quedarnos.

—¡Muy buenas noches, caballeros y señoras!

El énfasis me crispó la sangre, porque de verdad era un tipo que se hacía

amigable solo con abrir la boca. Miré a Noa y a Natsuki, las dos juntas en la pared. Me fijé expresamente en la puerta que daba a las ventanas, donde me encontré con que Ryan dejaba inconsciente a uno de los camareros que había salido por allí.

Peter continuó:

—Los que estáis aquí me conocéis, aunque hayáis escuchado alguna habladuría dañina hace unos días. No quería que os enteraseis tan pronto de que pretendo arrebataros vuestras posesiones. —Lo dijo con tanta normalidad y con aquel tono bromista que los asistentes se echaron a reír. Menudos incrédulos—. Hoy quiero brindar por un futuro mejor en esta fiesta conmemorativa, la cual llevaremos a cabo después de la exquisita cena.

Había una docena de camareros distribuidos por el salón, todos con copas de champán en las bandejas. En una de las esquinas conseguí ver a Lili, sin asomarme. Mis ojos se cruzaron con los de Ryan, quien ya la había visto.

—He tenido el honor de compartir aspectos de mi vida con grandes personas, grandes amigos y amigas que me han ayudado en todo el camino hasta conseguir limpiar nuestras calles de basura y estorbos que no nos hacían bien. —Hizo una pausa. No supe para qué hasta que añadió—: Por favor, subid aquí.

Varias sillas se arrastraron al mismo tiempo, lo que me indicó que estaba más que ensayado. El corazón me dio un vuelco cuando Lili se levantó, y entonces pude ver con claridad que la persona que se encontraba a su lado era el tal Matthew Lee. También habíamos tenido tiempo de estudiar el perfil de aquel hombre diez años más joven que Lili, de padre canadiense y madre londinense, afincado en Reino Unido desde hacía muchos años. En la misma mesa, la mujer de Peter aplaudía, aunque a ella no la había mencionado.

No fue ese el detalle que llamó mi atención, sino las copas que los camareros portaban en las bandejas. Entrecerré los ojos para verlas bien, discerniendo justo lo que quería encontrar.

—El champán está envenenado —resolví para que todos me escuchasen a través de los pinganillos de pegatina. Ahí fui consciente de que Lili había sido otra pieza fundamental en el plan de Peter, pues ella no tenía ni idea de aquello, e íbamos a descubrirlo en breve.

El señor Cuervo había tenido a bien dejarnos ese equipaje, para no variar. Él permanecía en silencio, pero sabía que escuchando lo que sucedía.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó Noa, frunciendo el ceño.

Fue a asomarse, pero Natsuki la reprendió con la mirada. De fondo, continuábamos escuchando a Peter vanagloriar el trabajo de su equipo, lo bien que habían hecho contratando a personas viles —como a nosotros—, para

luego liquidarlas sin pensar, pues eran un estorbo en la sociedad.

—La chica que aguanta la bandeja de este lado —añadí para que intentasen ponerse en posición y verlo—. Fijaos en el color del líquido. Es más oscuro que el de al lado. Y, para más inri, algunas copas están expulsando burbujas.

—¿No serán las burbujas de la bebida? —cuestionó Cathal.

—No. Fíjate bien en el resto.

Mi respuesta sirvió para que cada uno de nosotros, desde nuestra posición, nos quedásemos con adónde iban destinadas esas copas. Entonces calculé mentalmente las mesas que había en el salón, recordando la información confidencial de la fiesta que Aarón había conseguido. Él mismo se adelantó:

—Cada camarero tiene una mesa asignada. Impresionante... —Lo último lo musitó.

—Y sabe perfectamente qué mesa es la que va a liquidar —sentenció Taragh.

—De hecho, han repartido en grupos a las personas que van a morir, de ahí su colocación —sopesó Ryan.

Entonces vimos con claridad una mesa que estaba predestinada a morir, aunque eso no era lo único que nos sorprendería en unos segundos.

Miré a Ryan de nuevo. Se mantenía en su posición, pero yo sabía que por dentro el dolor era insoportable. Y lo peor de todo era que no pensaba hacer nada para salvarla.

Ryan había tomado una decisión y era irrevocable.

—... Es por eso por lo que quiero enseñaros unos avances de última hora. Para que confiéis en esta nueva generación de la brigada secreta de espías de Inglaterra. ¡La fiel —se vino arriba—, inquebrantable y mejor brigada que conocerá el mundo! A todos, os muestro una vez más cómo las ratas que deben morir, ¡lo harán para no ensuciar más nuestro país!

El público prorrumpió en un estruendoso aplauso. ¿La gente estaba loca? Noa me tendió un pequeño cristal que guardaba en el bolsillo mientras mi tigresa mostraba su clara confusión con el ceño fruncido. ¿Qué había querido decir con eso? Moví el espejo con celeridad, y mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré de rodillas y atado con las manos en la espalda a Haiden.

Eso no fue lo más apabullante del momento, pues a continuación, dos hombres sacaron a dos personas de detrás del escenario y la respiración se me cortó. Eran los dos que faltaban en la cuadrilla de Aarón: Beatrice y Klaus.

La saliva se me agolpó en el gaznate y me vi obligado a mirar a Noa, quien ya estaba esperándome para las malas noticias. Sin embargo, esas malas noticias llegaron antes de que me diese tiempo a separar los labios:

—Este hombre de aquí acumula serios problemas con la justicia de

muchos países. Capturarlo nosotros es una medalla más para nuestro reconocimiento. Y he de decir que su acompañante, una japonesa como él, está escondida en este edificio y también debe pagar por sus errores.

Inmediatamente, aparté a Natsuki cuando tuvo la intención de asomar la cabeza.

—Me parece a mí que no vamos a matar nosotros al chino mandarín —objetó Ryan.

Noa cruzó su mirada con la mía, instante en el que el cabecilla de la antigua brigada de espías, ahora fugitiva, dijo con estupefacción:

—Los tienen...

—¡¿A quién tienen?! —preguntó Noa con exaltación.

Era conocedor de la relación tan estrecha que Noa tenía con Beatrice, y no solo por haber dedicado tanto tiempo juntas en la policía, sino por la amistad tan importante que habían creado. Unos lazos que ahora se desvanecerían si no actuábamos de inmediato. Y Klaus... Ese hombre había sido siempre la otra mitad de Aarón desde que se unió a ellos.

—¿Cuánto hace que no hablas con Beatrice y Klaus? —le pregunté a Noa, aunque el resto nos escuchaba.

Tragó saliva, con los ojos brillantes, entendiendo lo que significaba que estuviesen allí.

—Una semana.

No hubo más comentarios ni respuestas. No hicieron falta, porque la voz de Peter resonó con fuerza por todo el lugar como si supiese que ya estábamos allí. De hecho, no me cabía la menor duda de que lo sabía.

—Tengo entendido que dos de las personas que faltan en este equipo están aquí, pero no han salido de su ratonera. —Un silencio extenso recorrió el salón—. ¿Creéis que saldrán para quedarse con sus compañeros?, ¿o los dejarán morir como a ratas?

Miré a Natsuki. Nuestro plan, ese del que no debíamos salirnos, era, sin más, atrapar a Peter en el escenario, cortarle la cabeza para que Cathal se resarciese y fin.

Pero no. La vida no iba a darnos esa tregua, a ponérnoslo fácil sin tener que mancharnos las manos de sangre, pues cuando estaba a punto de dar la orden de que entrábamos a matar para recuperar a Beatrice y a Klaus, un aluvión de personas apareció de manera sigilosa por el lugar por el que habíamos accedido, rodeando todo el pasillo trasero por el que se accedía al salón del evento.

—Me cago en la puta —rumié.

Los agentes iban vestidos con un uniforme oscuro, el mismo que vi el día

que entraron en la fiesta de Goro, en Tokio, y eran los que nos apuntaban con unos rifles con visores rojos que enfocaban las partes vitales del cuerpo.

Si disparaban al corazón: morías.

Si disparaban a la cabeza: morías.

—Vamos —añadió Peter distendido—, que no os dé vergüenza salir. Estamos esperándoos.

Y entonces analicé la situación, dándome cuenta de que los invitados estaban todos igual de enfermos por el poder que Peter. Que querían lo mismo, que sabían quiénes éramos y, lo peor de todo, que no tenían ni puta idea de que no íbamos a ser los únicos que morirían esa noche.

33

El amor es incondicional

Natsuki Tanaka

Las emociones se me agolparon cuando fui consciente de la gravedad de la situación. No solo estábamos rodeados nosotros, sino también Cathal, Taragh, Aarón y Ryan. Me llevé las manos a la cabeza sin dejar de mirar a mi griego, quien trazaba un plan silencioso en la suya. Podía verlo desde la distancia.

Intenté traspasarle algo de tranquilidad con una mirada, sin embargo, era conocedora de la incapacidad para hacer eso, pues tenía las pulsaciones alteradas y no podía controlarlas.

—¡Camina! —le ordenó uno de los agentes a Arcadiy, quien continuaba cavilando las posibilidades de salir de allí.

Mi griego elevó los brazos, los colocó por detrás de su cabeza y encabezó la fila en dirección al salón. Los demás nos movimos detrás de él, y solo se me ocurrió musitar una tontería, tal vez para manifestar lo que deseaba con todo mi corazón que sucediera:

—El amor es incondicional.

Por amor, casi habíamos entrado para salvar a los amigos de Aarón.

Por amor, el tipo que estaba de rodillas en el escenario había sido capturado.

Por amor, Noa iba a poner en peligro la vida de su bebé más que nunca, porque su amiga estaba en ese escenario. Y todos sabíamos quién sería la primera en caer.

Por amor, Cathal se encontraba allí para vengarse de la persona que le arrebató a lo más grande de su vida: a su padre.

Por amor... Miré a Arcadiy. Por amor moriría por él, me pondría delante de una lluvia de balas y perecería en aquel lugar que olía a egocentrismo, a gente de poder.

—A la de tres, nos movemos a la antigua usanza —nos ordenó Arcadiy sin titubear justo antes de mirarme—. Como el amor es incondicional, dos que yo me sé se meten debajo de las mesas cuando empiecen las balas.

—¿Cada uno con su flanco? —le preguntó entre dientes Ryan.

—Ajá —le contestó él, sin que fuese necesario que dijese nada más.

Los ojos de Peter me atravesaron desde la distancia. En su semblante había una clara muestra de suficiencia. Incluso la sonrisa que me mostró fue de lo más perversa. Solté el aire por la nariz, con tranquilidad, sintiendo cómo la calma retomaba mis terminaciones. «No puedes dejarte llevar por los sentimientos», me dije, sabiendo que cuanto menos pensase en Arcadiy, más posibilidades tendríamos de sobrevivir. Todos.

Localicé los cuchillos sobre la mesa cuando los agentes nos despojaron de las armas.

—Uno.

Doce mesas.

Siete personas.

—Estos miserables habían preparado un plan espectacular, ¿sabéis cuál era? —Miró a los invitados, quienes ya nos observaban con caras de asco. Algunos negaban, otros nos insultaban en voz baja—. Pues querían matarnos. A todos. Y fijaos de nuevo: volvemos a ganar.

«Porque sois héroes y no queréis que el mundo se entere». Esas palabras rebotaron en mi mente. Que fuésemos héroes se lo merecían personas como aquellos niños a los que tratamos de ayudar, no esa gentuza que había sentada en las sillas caras, con trajes adinerados y miradas de suficiencia. Esas personas se merecían lo que iba a ocurrirles en menos de lo esperado.

—Dos.

Estábamos en medio de las mesas, y desde allí aprecié la mirada de esperanza que Noa le dedicó a Beatrice. La morena mantenía las manos atadas a la espalda, como Klaus, y ambos mostraban rostros serios y algunos moretones que indicaban que los habían maltratado.

Peter retomó la palabra:

—Con esta gentuza tenemos que jugar —puntualizó casual, cogiendo una de las copas de champán que una camarera le ofreció. Inmediatamente, los asistentes comenzaron a sostener las suyas—. Por ejemplo, estas dos personas están en busca y captura, y nos ha costado muchísimo dar con ellos. Uno, escondido en Mánchester como un cobarde que no es capaz de enfrentarse a la justicia. —Con un golpe de cabeza, señaló a Klaus—. Y la bella dama nos ha llevado hasta Colombia, donde hemos tenido que sorprenderla con todo nuestro arsenal en un estudio de mala muerte. ¿Veis lo difícil que lo ponen

todo?

—Cerdo —escupió con rabia Beatrice, llevándose un golpe en la espalda por parte de uno de los agentes, quien le había propinado una patada sin contemplaciones.

Arcadiy no perdía de vista el escenario, y también pude apreciar cómo la atención de Lili se encontraba focalizada en el hombre que hablaba. Estaba enamorada de él. La muy idiota estaba colada por el jefe de la brigada, aun siendo la mejor amiga de su mujer. No fui la única que percibió ese detalle, pues cuando busqué a Ryan, me encontré con una mirada apagada aunque cargada de ira.

—¡Que el poder siempre gane! —Elevó la copa y todos lo imitaron. Miró a Lili, y ahí confirmé que sí, que se acostaba con él—. ¡Que venza el amor y la pasión por el trabajo que tenemos!

Lili movió su copa hacia él con una amplia sonrisa, pero lo que esa insensata no sabía era que estaba envenenada. Imaginé cuál era el propósito de mi griego, porque yo habría hecho lo mismo, y cuando los invitados rozaron con sus labios el líquido, o incluso algunos de ellos dieron un extenso sorbo, profirió letal:

—¡Tres!

La situación se descontroló cuando nos dispersamos como si fuéramos un abanico, y entonces en la esquina en la que había estado Ryan y Aarón vi cómo Jack y Micaela aparecían a punta de pistola, disparando sin mirar a los asistentes, a la policía y a todo aquel que se pusiese en su camino.

Las balas rebotaron por parte de la policía, Peter se tiró al suelo y los capturados trataron de ponerse a cubierto, con esfuerzo. Di una voltereta lateral, acabé sobre la mesa de mi derecha y alcancé los suficientes cuchillos para lanzárselos al agente que venía en mi dirección. Conseguí derribarlo desde la distancia, encontré mis armas en el suelo y reparé en cómo Arcadiy danzaba por este con dos agentes a la vez, a puñetazos.

Corrí a gatas, tratando de llegar a mis armas. Sin embargo, me era inevitable fijarme en el resto. Éramos muchos: la gente corría, otros atacaban sin dilación, Peter estaba siendo parapetado por más de diez hombres en el escenario y... Haiden se encontraba al lado, en primera fila, intentando llegar a él. Como Cathal y Taragh, quienes ya habían ocupado su lugar en ambas esquinas y se dirigían como panteras hacia su presa.

El equipo de Aarón había resguardado a Noa, como si estuviesen protegiéndola de algo que Klaus y Beatrice, ya libres, no sabían. Eso no quitó que golpeara como una salvaje a todo el que se acercaba a ella.

Un agente tiró de mis pies y me detuvo a media marcha. Me giré con

agilidad y provoqué un torbellino con mis piernas para soltarme, atizándolo sin piedad. Otro llegó y sujetó mi cabeza con intenciones de partirme el cráneo, pero Ryan estuvo rápido. Apareció y levantó al tipo con una mano, lo estampó contra la mesa de al lado y le disparó sin pensárselo al de mis pies.

—¡Vamos! —me urgió, tirando de mi muñeca.

En medio de aquella danza de la muerte, nos detuvimos como si el mundo se hubiese parado cuando alguien llamó a mi amigo:

—Ry... Ryan... Ayú... Ayúdame...

Analicé esa voz, y antes de que el nombrado se diese la vuelta, me fijé en varios aspectos, porque yo sí la veía. En la parte derecha se encontraba Matthew Lee bocabajo, muerto, al igual que el ochenta por ciento de los comensales; a su lado, también muerta, la famosa mujer de Peter Callum, en quien ni habíamos reparado. Lili tenía los ojos muy rojos, las manos le temblaban y estaba empezando a echar espuma por la boca.

Había más muertos que vivos. Aquello era una verdadera masacre.

Ryan se giró y se encontró con una Lili temblorosa, y a pesar de lo que había imaginado sobre cómo acabaría aquello, el tiarrón volvió a sorprenderme con sus actos y solo la miró. Lili se tambaleó, temblando, y se sostuvo fuertemente de una silla con las manos. La única verdad que esa mujer había soltado por su boca fue la de los terroristas, pensé que tal vez porque sí le importaba un poco Ryan.

—Ry... Por fa... por favor, Ryan...

Él, impasible.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, porque al tocar su brazo con cautela, él no se movió. Su exmujer sí que desvió la atención a ese gesto por mi parte. Al tocarlo, sentí todas sus emociones. El dolor y la rabia, el anhelo y la desesperación, la impotencia y el duelo.

Arcadiy corría hacia nosotros. Se había dado cuenta de lo que ocurría.

Lili intentaba tocar con su mano al hombre que tenía delante, pero él no se dejó.

Ryan contuvo a raya las lágrimas que asomaron a sus ojos.

Yo cerré los míos porque sabía lo que iba a suceder, todavía sin apartar mi mano de él.

—Adiós, Lili —murmuró con tono neutro antes de que un disparo resonara en el salón con fuerza, disgustado, con un mensaje de despedida que me hizo temblar.

Cogí aire cuando bajó la pistola con la que le había disparado en la frente. Se mantuvo estático, y cuando mi griego llegó a su altura, con los ojos muy abiertos, lo giró, palmeó su rostro y le ordenó:

—Se acabó el tiempo, amigo. Ahora no puedes permitirte caer. ¡Nos van a masacrar y te necesito, Ryan! ¡Yo sí que te necesito!

Él miró a Arcadiy, y lo que dijo me conmocionó, porque eso significaba que le había llegado al alma:

—Necesitar es una palabra que denota carencia. Y tú no necesitas nada, Arcadiy, porque lo tienes todo. —Me observó con verdadera adoración y el alma se me quebró al ponerme en su lugar.

Apreté con más saña su brazo, me colé entre el cuerpo de mi griego y él y sentencié:

—Pues nosotros sí que te *queremos*, Ryan. Así que, por el bien de todos, vamos a sobrevivir —repuse con mucho aplomo.

Asintió, miró el cuerpo sin vida de Lili y avanzamos entre empujones y golpes con los agentes. Sin embargo, me percaté de que nos acercábamos a un escenario blindado en el que Peter estaba cubierto a nuestra espalda, pero había algo muy significativo: los agentes de atrás no nos disparaban, sino que únicamente lo protegían, mientras que los delanteros nos rodeaban con gráciles movimientos, apelotonándonos como a un rebaño.

—¡¡Arriba las manos!!

—¡¡Suelten las armas!!

—¡¡Las armas al suelo!!

—¡¡Las manos donde pueda verlas!!

Las voces de los agentes eran un claro diagnóstico de nuestra situación. Pocos invitados eran los que quedaban en pie, porque estaban casi todos muertos. En ese lapso en el que caminábamos de espaldas, sin poder ejecutar ningún movimiento porque podrían masacrarnos, tuve tiempo de concluir varios asuntos.

El primero fue que solté mis armas, bajé las manos y entrelacé la derecha con los dedos de Arcadiy, mientras que con la izquierda sujeté a Ryan. Al lado de mi griego, Micaela y Jack levantaban los brazos; a su lado, Cathal y Taragh, y al final, todo el equipo de Aarón: Beatrice, Klaus y Noa. No había nadie que no llevase sangre, heridas y golpes. Me fijé en la sangre que salía del costado de Noa, quien apretaba los dientes y casi no respiraba.

Busqué a Arcadiy, alterada. ¡Le habían dado! Entonces me fijé en que Ryan llevaba en el brazo con el que me daba la mano una enorme raja de un cuchillo. El corazón me palpitó con mucha fuerza cuando uno de los agentes gritó:

—¡Dense la vuelta! ¡¡De cara al escenario!! ¡¡Ya!!

El corazón me galopó con violencia, y no por pensar en que iban a fusilarnos, sino por el miedo de lo que podría ocurrirle a Noa, ya que los

agentes del frente se dispersaron, dejando ver con claridad al hombre enchaquetado, elegante y poderoso que nos había controlado a todos a su antojo. Sonrió perverso, se ajustó la chaqueta y dio unos pasos, tomándose su tiempo para aproximarse.

—Tranquila —me dijo Arcadiy con mucha firmeza—. No vamos a morir.

—No sé qué decirte —bisbiseé con dudas.

—No. Vamos. A. Morir —recalcó sin un atisbo de vacilación.

El hombre apuesto de ojos como el hielo y sonrisa blanquecina y perfecta avanzó hacia el córner izquierdo y me temí lo peor, porque iba hasta Noa. Peter se metió las manos en los bolsillos, dando una imagen de señor cortés con extrema confianza.

—Querida sobrina... —murmuró—. Me has dado un tormento increíble uniéndote a este equipo de mierda. —Señaló con un movimiento de cabeza a Aarón—. Y ahora mira dónde estás, a punto de desangrarte y morirte aquí. No perderé tiempo contigo, pero podrás darle recuerdos al perro de tu padre cuando acabe con ellos también.

El rugido de Noa fue sobrenatural, aunque Beatrice la detuvo cuando dio un paso inestable para subirse al escenario. El primer agente que había delante de ella la apuntó con su arma, amenazándola con un disparo.

Peter se paseó hasta que llegó a Aarón, ojeó a Jack y a Micaela y añadió dañino, negando con la cabeza:

—Nunca debiste trabajar con una pandilla de asesinos. Mira cómo vas a terminar. —Rio con maldad, avanzó, se detuvo frente a Arcadiy y mi griego no agachó la mirada, sino que alzó más la barbilla. Encima es que tenía chulería hasta en un momento así—. Tú. Ya te dije que te quería en mi equipo, pero saliste por patas en el bosque, como aquel. —Cabeceó en dirección a Haiden, quien se encontraba al lado de Ryan. Ni siquiera había reparado en él—. Una pena, Arcadiy, una pena.

Barajé las posibilidades de salir de allí, pues me escamaba muchísimo que el señor Cuervo no hubiese aparecido aún. Estábamos atrapados en aquel salón, sin posibilidades de sobrevivir, por mucho que dijese Arcadiy. Entonces, Peter me observó altanero, hizo un gesto desagradable con su cara hacia mí pero me ignoró, y solo entendí que pronunció algo como que se había quedado con la mejor. Era por Sakura, evidentemente. También había pensado en ella, pero no sabía qué cometido tenía con Peter, ni siquiera si lo seguía a todas partes.

Pensé en mis padres, en Hana. Ahora que lo tenía todo... Busqué los ojos de Arcadiy y le sonreí con amor. Ahí recordé mis palabras de aliento cuando entraron en el edificio, eso de que el amor era incondicional. Aquella

afirmación se había desvanecido en mi mente como si fuese un espejismo y no una realidad.

—Y tú, miserable rata —Arcadiy mostró una sonrisa en sus labios cuando se refirió a Haiden—, ¿pensabas que no iba a enterarme de que has estado ayudándolos?, ¿que no sabía que me mentías para recuperar el amor de la persona a la que has perdido? Eres un necio, y tu inteligencia japonesa está muy por debajo de la media —argumentó con desprecio, mirándolo de manera desagradable.

Me fijé en los puños de Haiden, apretados, haciendo fuerza. Tenía los muñones de los dos dedos cortados cubiertos por una tela fina. Su cara se enrojeció deliberadamente por la ira. Peter se dispuso a darse la vuelta, pero detuvo su paso cuando lo escuchó gruñir:

—¡Que te follen, londinense de mierda!

Ese comentario fue el definitivo para ganarse una expulsión, nunca mejor dicho. Un silbido irónico salió de la boca de mi griego. Le di un codazo para que no llamase la atención, sin soltarnos las manos. La de Ryan también seguía manteniéndola fuertemente apretada, y a él no parecía importarle.

Peter sonrió arrogante, le quitó el arma a uno de los agentes que nos apuntaban y, sin dilación, disparó tres veces a bocajarro sobre Haiden. Seguí el movimiento de su cuerpo cuando cayó de espaldas hacia atrás. Comenzó a echar sangre por la boca, con los ojos muy abiertos y un claro dolor, aunque no le había dado en las zonas principales para matarlo en el acto, pero sí con agonía.

Y no sentí nada.

—Debéis tener cuidado con esa boca, porque, aunque todos vais a morir, no estáis en la mejor posición de hablar. —Elevó el arma, dándose un breve golpecito en la cara.

Retomó el paso, acordándose de que había dejado a alguien en la parte final del escenario: Cathal. Aquel hombre daba miedo y transmitía un respeto exagerado, en comparación con el resto. Había escuchado cómo Taragh lo llamaba su dios celta, y la verdad es que la comparativa le venía estupendamente.

Aquel hombre de dos metros de altura, cuerpo definido y mirada aniquiladora no se achantó. Al contrario, elevó mucho más la barbilla, como lo había hecho Arcadiy, y lo esperó con sus ojos añiles a punto de echar fuego. La deuda era muy grande, y tenía muy claro que Cathal O'Kennedy no iba a quedarse de brazos cruzados escuchando insultos ni ñoñerías. Su mujer tenía los ojos brillantes, imaginé que con miedo a perderlo en aquel momento.

—Tú eras solo un niño. —Peter asintió varias veces—. Mírate. Te has

convertido en el gran O'Kennedy, y ahora tienes una hermosa familia, según tengo entendido. —Los ojos de Peter volaron a Taragh—. ¿Por qué lo dejas venir a cobrarse una venganza que ahora os costará la vida a los dos?

Ella perfiló una sonrisa ladina, miró a su esposo y añadió:

—Vas a morir, Peter. Y pagarás por lo que le hiciste cuando tenía cinco años, recuérdalo.

El jefe de la brigada de espías se disponía a elevar su arma, imaginé que para aniquilarnos a todos, de uno en uno y en fila, tal y como nos tenía.

—Entonces verás primero cómo muere tu amado O'Kennedy. —Se fijó en él y sentenció—: Reúnete con tu padre, Cathal.

El irlandés no le quitó los ojos de encima, sin miedo a la muerte. Yo miré a Arcadiy, pensando en un plan alternativo, y sin embargo aprecié que sonreía. ¿Por qué lo hacía si iban a matarnos?

—¿Arcadiy?...

No me esperaba que mi griego anunciara con fiereza y un liderazgo digno de admirar:

—Hoy no, Peter. Hoy, el que va a morir serás tú, y el chino mandarín del suelo.

No comprendí qué estaba ocurriendo, pero de inmediato una avalancha de hombres, liderada por... por... ¡¿Aleshka?!, entraban a punta de pistola y aniquilaban a la fila que permanecía inmóvil a mi espalda, por el flanco derecho. ¡Eran los hombres del señor Cuervo! Entonces aprecié que, junto a ella, aquel muchacho, Imran Hamad, la protegía con un arma en las manos, dispuesto a salvarnos, y que otro hombre, de aspecto vikingo y mirada criminal, la flanqueaba por el lado contrario.

No tuve tiempo de mostrarle a mi griego la confusión, porque él mismo me lanzó al suelo para protegerme de las balas. Imaginé que Arcadiy había llevado a cabo otro plan paralelo que no nos había contado. «El as bajo la manga de un experto jugador». Eso ocasionó que tirase de la mano de Ryan y acabásemos los tres en el suelo. Mis ojos se fijaron en el lado derecho cuando una voz que ya sí conocía ordenó:

—*Kogeki!!!*

Mi hermana Sakura les ordenaba a unos veinte hombres que atacasen a los que se encontraban en el escenario, con los cuales ya había empezado la guerra. El sonido de una voz profunda y desconocida bramó:

—¡Se te escapa! ¡Se te escapa!

Golpeaba a un agente con todas mis fuerzas, o por lo menos las que me quedaban, cuando los ojos de mi hermana se cruzaron con los míos. Sentí un ahogo tremendo justo en el instante en el que el agente me sujetaba del cuello

y me levantaba un palmo del suelo. Lo golpeé con garra, viendo de refilón que sacaba un cuchillo que iba a clavarme. Sin embargo, eso no llegó a suceder debido a que alguien lo golpeó en la espalda y cayó muerto al suelo.

Impacté contra la moqueta del escenario, y entonces una mano se tendió en mi dirección. La dueña de esa mano cabeceó en señal afirmativa, con los ojos brillantes y una mueca de anhelo en sus labios.

—Estamos en paz, *imouto*[11].

Asentí, sin poder decirle ni una sola palabra, pues la congoja se apelotonaba en mi garganta, casi sin dejarme respirar. Y, como un espectro, desapareció de allí para siempre. De lo único que sí estaba segura era de que mi hermana no me había salvado por orden de Arcadiy, sino porque le había salido del corazón.

Tal vez se marchó buscando su camino, quizá intentando encontrarse, no lo sabía, pero deseé con mucha fuerza que pensase en regresar a casa. Que volviese con nosotros, pues era lo único que nos faltaba. No sabría si eso sucedería en algún momento de nuestras vidas.

Me levanté al notar que mi griego había desaparecido, y lo vi cómo en una película a cámara rápida, corriendo detrás de un Peter enchaquetado que se escapaba por las escaleras de emergencia mientras todos seguían con sus batallas. Me fijé unos segundos, los suficientes para ver quién era el hombre que protegía a Aleshka con su vida, sin conocerla. Entonces lo recordé. Era el hermano de Taragh, el amigo incondicional de Cathal: Harald Heraldson, un tipo sin escrúpulos al que le habían otorgado el apodo de Caníbal, pues se comentaba que se hacía barbacoas con sus víctimas, pero no lo conocía y no era quién para juzgarlo. Noruego de nacimiento, aunque vivió muchos años en Irlanda con su hermana. Tenía el cabello castaño con reflejos rubios, una coleta demostrando lo buen vikingo que era, los ojos muy verdes, casi translúcidos, y un porte que amedrentaba.

Fui a poner mis pies en funcionamiento, pero al intentar andar, alguien me detuvo de los tobillos. Enfoqué mi atención en esa dirección, encontrándome a Haiden agonizante, mirándome con desesperación desde el suelo. Aparté mis pies de su tacto de inmediato.

—Nat... Natsuki...

Elevé la barbilla, permitiéndome ese momento de gloria. Ryan estaba a mi lado, y fue él mismo quien me tendió un puñal, sabiendo lo que ocurriría. No se movió, y tal vez eso sirvió para sellar un vínculo entre aquel hombre y yo, porque ahora sí me observaba como a una igual. Como a una de su familia.

—Haiden —pronuncié con rudeza.

Los recuerdos se presentaron en mi mente como si fuesen una película que

no quería ver. No había nada en el mundo, nada, que perdonase el desprecio, los golpes, la violencia, el maltrato, las violaciones... Nada. Ni un puñado de «Te quiero» ni un puñado de promesas falsas. Nada. Ni siquiera un juramento de un ser como Haiden.

Porque un maltratador siempre repetía.

Porque alguien que te golpeaba siempre repetía.

Y nadie debería permitir aquello, por mucho que un falso amor nos vendase los ojos. Yo no sentía nada de eso, pues lo había despreciado desde que era una niña, y ahora no pensaba indagar más en los motivos que lo habían llevado a ayudarme, fueran buenos o con segundas. Me daba igual.

Me acuclillé para estar más cerca de él, con mirada severa y las intenciones muy claras.

—Perdóname... Perdóname antes de morir, por favor...

No hubo ni un resquicio de pena en mí. Supe que no me había vuelto una insensible. Supe, a ciencia cierta, que no se lo merecía.

—No tienes mi perdón, Haiden Keitaro. Que los dioses te hagan sufrir en el *yomi-no-kuni*.

Sus ojos se abrieron, cristalinos, y dejaron que unas lágrimas brotasen de ellos antes de que mi mano se posase sobre el filo de su garganta y avanzase hasta el otro extremo, cortándosela. La sangre me salpicó y me llenó el rostro de manera desagradable. No me detuve en observar cómo de sus ojos las gotas saladas caían con lentitud hasta el pavimento, porque Ryan sujetó mi antebrazo, me levantó, se abrazó a mí y añadió tajante:

—Vamos en busca de tu griego y a por ese hijo de puta.

La batalla campal terminaba en el salón de actos, y lo primero que atisbé fue que Cathal salía despavorido, alentado por Taragh, escaleras abajo. Salté sillas, mesas, cuerpos sin vida, cristales... Le lancé en el camino una mirada de amor a mi pequeña *deshi*, quien me correspondió con una sonrisa, y antes de girar por la esquina de la escalera, Imran Hamad me contempló. Le guiñé un ojo; él me devolvió una sonrisa. Entendí que estábamos en paz por haberlo salvado, como también que no me daría tiempo a despedirme de él porque, cuando regresase, ya no estaría allí.

Y lo vi.

De nuevo, vi el hilo rojo que lo unía a la pequeña Williams.

Ryan tiró de mi mano y descendimos las escaleras a toda velocidad, saltándonos algunos escalones. El trayecto hasta la calle fue complicado, y pensé que cuando llegásemos Peter ya se habría escapado. Pero no. No había tenido esa suerte porque Arcadiy estaba machacándolo a golpes con auténtica fiereza. Peter se tambaleó hacia atrás en el callejón, con la nariz partida, el

labio roto y los ojos llenos de sangre. Estaba dándole la paliza de su vida.

Ryan y yo nos detuvimos en la puerta, viendo cómo Cathal O'Kennedy se acercaba a él con pasos firmes, seguros y mortíferos. Jamás, en todo el tiempo que llevaba con ellos, había visto algo tan macabro como lo que presenciamos. Arcadiy se separó de Peter, quien se encontraba tumbado bocarriba en el pavimento, y Cathal le lanzó una muestra de agradecimiento en la distancia.

Escuché un ruido a mi espalda. Me giré, y me encontré a Taragh y Harald, los dos con el semblante turbio.

—¿Podemos hablar de...? —Cathal no se pronunció, solo colocó sus dedos pulgares en los ojos de Peter y apretó. Apretó mucho—. ¡¡¡Aaah!!! ¡¡¡Aaah!!!

Los alaridos fueron tan impresionantes que creí que los habrían escuchado en todo Londres. Mi griego permaneció a su lado, sin quitar la mirada de la atrocidad que estaba llevando el irlandés a cabo. Cathal continuó apretando, al mismo tiempo que lo hacía con su propia mandíbula, y los movimientos de Peter por intentar escapar del cuerpo del irlandés fueron debilitándose mientras la sangre salía a borbotones de sus cuencas.

Fue... Fue tan macabro que un breve repelús me recorrió el cuerpo cuando un chasquido en mitad de la noche nos indicó que le había hundido los dos ojos, y que también le había partido el cráneo.

De repente, una corriente de aire frío me atravesó el cuerpo. Me giré hacia el lado libre de Ryan y vi al hombre de risa risueña, pelo rizado y gafitas a su lado, sonriendo en mi dirección. Mi amigo gigante frunció el ceño; yo sonreí, viendo que Arcadiy también nos contemplaba, como si hubiese sentido la presencia del espíritu de Riley, y entonces, supe que habíamos ganado.

Que nos habíamos cobrado la venganza por partida doble.

Que habíamos enterrado a nuestros fantasmas del pasado, como Haiden, como Lili.

Que ahora sí éramos libres.

Epílogo

Arcadiy Bravo

Seis meses después

—¡Fanfarrón! —me metí con él, sabiendo que lo único que podría provocar eso era una paliza por partida doble.

—¡Es la segunda vez que te meto una paliza! —argumentó Eiji con guasa.

—¡Y una polla! ¡Es porque estoy dejándome!

Natsuki rio, sentada en el jardín, con un libro que se llamaba *Provócame*[12] entre las manos. Parecía muy entretenida en la lectura, y de vez en cuando nos hacía algún comentario con las impresiones de una historia que se asemejaba mucho a nuestro mundo.

—¡Deja de entretenerte! —Eiji me atizó con una caña de bambú, y encima le di gracias porque no llevase la catana.

Aquella espada familiar que le regalaron a Natsuki fue devuelta a su padre por ella misma el día en el que Eiji comenzó a manejarse con autonomía propia, gracias a sus piernas nuevas, hechas a medida después del asalto en Londres.

Habían transcurrido seis largos meses en los que no nos había parado la pata, pero en los que también habíamos asentado nuestra relación como pareja. En ese instante nos encontrábamos en Grecia, a las afueras de la isla de Santorini, donde nos habíamos comprado una hermosa casa hacía tan solo un par de meses.

Me arrastré como un lagarto hasta que llegué a mi mujer, quien rio con más ganas al escuchar cómo su padre me vociferaba que fuese un hombre y me levantase.

—*Chichiue!* —lo regañó ella, con la sonrisa enmarcada en su semblante.

Me apoyé en sus muslos con la cabeza bocabajo y suspiré.

—Me tiene molido —solté bajito para que no me escuchase.

Y es que Eiji había cogido una velocidad que incluso se atrevía a venir con nosotros cuando el señor Cuervo nos requería para alguna misión de las suyas con los irlandeses, pues Micaela y Jack al final acabaron perteneciendo a otro círculo que prohibía que se relacionasen con otras organizaciones.

—¿Te rindes? ¡Ja! —se mofó—. Te dije que te daría una paliza, Arcadiy-chan, ¡y te la he dado por partida doble!

Elevé la cabeza de donde la tenía, pese a no querer porque Natsuki estaba con sus dedos metidos en mi cabello. Cómo me gustaba cada vez que hacía eso.

—Me cae usted fatal, señor Tanaka. —Su rostro mostró que no estaba de acuerdo con esa afirmación, así que reí y lo piqué como mejor sabía—: ¿Tú no tienes a dos mujeres a las que contentar? Ahora no hay nadie en la cocina.

—Arcadiy... —gruñó.

Mi tigresa me tiró de un mechón, dañina, pero yo seguí:

—¿Con quién empiezas primero? Cuéntamelo. —Me incorporé como si fuese un niño a la espera de un regalo—. Ignora que está tu hija aquí. ¿Y bien?

Bramó muchos insultos que ya sabía en japonés y me reí a mandíbula batiente, extendiendo un brazo a la vez para que dejase de golpearme con la caña mientras decía que era un guarro y muchas cosas más. Preferí no decirle las barbaridades que le hacía a su hija en la cama, porque si no habría explotado, y seguramente me habría matado.

Hacía cinco meses que habíamos presenciado una de las bodas más bonitas de mi vida; después de la mía, todo había que decirlo. Fue íntimo, pero tan especial que necesitamos unos días para digerir que habíamos impulsado que el amor, ese incondicional del que mi tigresa siempre hablaba, venciese. No escatimamos en detalles, siendo la boda en Magome, en la propia casa de los Tanaka, la cual cuidaba la adiestrada Azumi cuando no estaban. Había escarmentado, y no necesitó un solo toque de atención más.

Ese día también se llevó a cabo el nombramiento del clan Tanaka Bravo, donde los fieles guerreros de Chiyo, y él incluido, me habían jurado lealtad mientras nuestra *riidaa* me contemplaba conmocionada, siendo una de las que hincó la rodilla cuando la palabra lealtad salió de la boca de Asahi, el *shogun*. Juntos decidimos que nuestro clan no se dedicaría a nada.

Sí, a nada.

Nos habíamos centrado en viajar, en conocer el mundo, aceptar trabajos del señor Cuervo y apoyar a los amigos cuando lo necesitasen, como había

sido el caso de los Sabello, relativamente hacía muy poco. Éramos una *famigghia*, nunca mejor dicho.

—¡Eh! ¡Pelea con alguien de tu tamaño si te atreves!

Esa voz tan marcada no me sorprendió, pues Kaori se había convertido en mi fiel consejera, en una amiga y en alguien más allá de ser la *kaachan* de mi mujer. Se aproximó con una cara de soberbia inaudita, agarró otra caña de bambú y la blandió en alto como una verdadera samurái. Como lo que era.

—Kaori, no me vengas...

La nombrada la interrumpió, por supuesto, porque Kaori siempre tenía la última palabra por encima de todos. Hana se encontraba en la puerta que daba al jardín, con una sonrisa en los labios y el felino en los brazos. Aquel gato se había convertido también en mi fiel compañero.

—¿Es miedo lo que huelo?

Kaori olfateó el ambiente, dando vueltas en círculos, con la perfecta sincronía de sus manos al moverse en el aire. Me senté detrás de mi tigresa, besé su cuello y apoyé la barbilla en su hombro para ver el espectáculo durante unos minutos, pues me marchaba en breve a mi lugar de retiro. Uno que solo visitaba la mitad del año, y que debía aprovechar mientras estuviese en Grecia.

Ver cómo se golpeaban con las cañas me recordó a mi sobrina Aleshka, quien se había quedado en Japón, tal y como se dijo desde el primer momento, aún con las dudas de mi hermana por dejarla sola. Eso no había sido un impedimento, porque tanto Jack como Micaela y los pequeños, Atenea y Vladimir, se habían marchado de manera temporal al país asiático, con trabajo suficiente y su niña al lado. El entrenamiento era constante por parte de Chiyo, Asahi y Eiji, pero cuando Natsuki se encontraba allí... A veces se amaban y otras se odiaban por la caña que la japonesa le daba.

—Voy a marcharme ya, que va a hacerse de noche en breve —le dije, pegado a su oreja.

Asintió con un breve movimiento, sin soltar el libro.

—Procura llegar para la cena. Tus suegros se marchan mañana y no querrás que Hana te eche veneno.

Puse cara de espanto y eso la hizo reír. Ese era uno de los principales cometidos que tenía todos los días, desde que me levantaba hasta que me acostaba: hacerla feliz. Habíamos enterrado nuestros demonios del pasado. De hecho, ella me había ayudado, junto con Jack, a reventar la antigua fortaleza de Anker Megalos. Fue justo después de regresar de Japón, tras la boda de Eiji, Kaori y Hana, cuando nos presentamos en aquel tortuoso sitio que tan buenos y malos recuerdos nos trajeron. La recorrimos, rememoramos

vivencias felices, todas cuando estábamos juntos, pero siempre obviando las malas, las que no queríamos recordar mientras paseábamos por el interior. Eso ocasionó que por cada rincón por el que pasábamos colocásemos un explosivo que no dejaría un puñetero bloque en pie.

Y así fue como durante una semana la fortaleza salió en todos los medios de comunicación, sin encontrar a los culpables de aquella catástrofe. Jack y yo lo celebramos durante ese mismo tiempo con varias cervezas, un paquete de tabaco y las impresionantes vistas de la Atenas más mágica.

Fui al recibidor a por las llaves de la moto, le guiñé un ojo a Hana y esta me sonrió con dulzura. Había mantenido largas conversaciones con ella. Durante el mes que estuvimos en Japón, cuando tuvo lugar su boda, había recordado en innumerables veces a su hija, a Sakura. Ni Kaori ni Hana la vieron jamás, y ella tampoco apareció nunca. Yo tenía mis sospechas de que nos vigilaba, pero no pude confirmarlo, pues, tal y como había dicho el señor Cuervo, era un espectro. Natsuki asumió que las dos habían quedado en tablas, que se habían salvado, y que su hermana murió cuando tenía diez años. A la Sakura de ahora nadie la conocía ni podían obligarla a regresar a casa.

Saqué mi teléfono del bolsillo cuando vibró, antes de subirme a la moto. Valor había tenido de pelearme a cañazo limpio con Eiji, sin apartar el aparato. Sonreí al ver que era el grupo de *Los macarras*, a secas, y que dentro de él solo estaban Aarón, Noa, Natsuki y yo. Abrí la foto que Noa había mandado, viendo que Aarón aparecía agachado, señalando su enorme barriga de más de siete meses y una mueca burlona en los labios.

Noa:

¡¡Es un niño!!

No tardé en ponerle muchos emoticonos, porque la cabezota se había negado en rotundo a enterarse del sexo del bebé, hasta que Aarón la convenció de que lo hiciese o les cogería el toro. La relación de aquellos dos no la entendía, pero se habían ido a vivir juntos, cerca de Castle Combe, donde había regresado la familia de Noa cuando Peter murió. Vivían y hacían su vida juntos. La verdad es que me olía que Aarón sería casi como la figura paterna de aquella criatura. Y, por los dioses de Natsuki, pensé en el día que Dante se enterase. Que lo haría.

Las heridas de guerra habían cicatrizado bien, sobre todo las de la rubia, pues la bala le había perforado parte del costado, pero fue un disparo limpió

que no causó más pánico que el inicial. Mi tigresa se había preocupado hasta el límite por ella, y ambas habían creado una bonita historia de amistad que jamás llegaron a pensar que tendrían. La vida era impredecible, y yo agradecí que entre ellas no hubiese una sola rencilla, pues Aarón sí que trabajaba con el señor Cuervo de manera prolongada, en la sede de Reino Unido, al igual que Klaus, quien trabajaba codo con codo con el expolicía, ahora en asuntos fuera de la ley. Beatrice también había conseguido aquella añorada plaza en México gracias a los contactos de nuestro nuevo amigo, y no regresó a Colombia, pero todos sabíamos que la relación con el contacto de Tiziano había calado muy hondo en ella y se veían de forma continuada. Me reí mentalmente al recordar que Riley había apodado a Juan Camilo como Juancho.

Le di gas a la moto y salí de mi casa hacia mi destino particular, respirando el aire de mi primer amado país. Y me refería a él como el primero, porque también había amado Japón, y ahora se encontraba en uno de mis lugares favoritos, con sus costumbres, tan distintas a las nuestras, con sus maneras de ver la vida y con el dichoso té que al final me bebí y que ahora me gustaba tanto. Nadie se imaginaba cuántas veces había rememorado las palabras de Eiji en mi jodida cabeza. Si es que era un *miko* legendario, ¿qué quería?

Unos minutos más tarde detuve la moto en la entrada del camposanto y llegué a ese que había denominado mi lugar favorito en la Tierra el mismo día que enterramos a Riley. Miré al cielo, apreciando que unos nubarrones lo cubrían. Abrí la verja, anduve unos pasos y me tiré al suelo, como de costumbre. Me saqué un cigarro de la cajetilla de tabaco, lo encendí y comencé mi cháchara habitual, delante de la particular tumba repleta de flores frescas y algún que otro juego más pegado a la lápida. Esa había sido Aleshka antes de marcharse.

—Ojalá que te hayan gustado los juegos nuevos. Dio bastantes vueltas para encontrar uno decente. Espero que nadie se atreva a robártelos, por su bien. —De momento, ninguno había desaparecido de allí, pero ya sabíamos cómo eran los vándalos—. Ayer me llamó Ryan. ¿Puedes creerte que el tío está recorriendo el mundo andando? ¡Se le ha ido la pinza!

Negué con la cabeza, recordando lo afectado que estuvo. Eso ya se lo había contado a Riley, o a lo que quedase de él en aquel lugar. Era mi manera de estar más cerca, de estar juntos. Y me daba igual que pareciese una locura.

Una semana después de la masacre —que salió anunciada no solo en Inglaterra, sino en parte del mundo entero—, Ryan se marchó. Conseguimos emitir la copia de la placa base, desvelando así el pastelazo que Peter había organizado, además de inculparlo como el autor de los múltiples envenenamientos que se habían llevado a cabo en la velada. Fue una de las

personas a las que llamaron cuando retiraron los cadáveres del edificio, por si quería enterrar a Lili. Yo me encontraba con él cuando eso ocurrió, y Natsuki también. Su respuesta fue un «No» muy rotundo, para después colgar el teléfono. Se apoyó en nosotros como no se había apoyado en la vida, y por primera vez vi a Ryan destrozado, desmoronado y hundido durante esas dos semanas que tardó en tomar la decisión de recorrer el mundo a su manera.

Todos los días llamaba a mi tigresa. Todos, y siempre por videollamada. Habían creado unos impresionantes lazos, y lo más especial de todo era que, cuando terminase de pasearse por el mundo con una mochila, se vendría a vivir a una casa que había comprado al lado de la nuestra, en Japón. Aseguró que no quería separarse de su única familia, pues Micaela y Jack también estaban allí, así que no le ataba nada en otro lugar. Había dejado el trabajo de la CIA por segunda vez y se había encargado de marcharse a Estados Unidos, vender su casa, coger a su perro, al cual había estado cuidando la vecina, y se había vuelto en unos días a Japón.

Me hacía mucha gracia cuando le contaba a Natsuki que había tenido algún altercado, pues la japonesa ya no era lo que en su día fue, y ahora estaba más suelta y libre que nunca, en todos los sentidos. Ella le decía que los amenazase, que presumiese de que pertenecía a un clan poderoso y de que, encima, tenía a una mafia siciliana a la espalda, que con esas palabras no se atrevería a molestarlo nadie.

—No sé qué destino vamos a elegir ahora, porque al paso que vamos... —rumié, tirando piedrecitas a un lado mientras en la otra mano sostenía el cigarro— recorreremos el mapa antes que el cabezón de tu amigo. Mira, lo mismo le hace ilusión y todo. —Me permití un largo silencio—. Te echo mucho de menos, Riley. Muchísimo. He pensado que tal vez podría comprar un muñeco de espuma y hacerte una habitación, como la que tiene Tiziano en su casa. Así, quizá, podría paliar un poco el pesar de no meterme contigo.

Sonreí con tristeza, aunque lo que en realidad me ocurría era que las lágrimas se deslizaban por mis mejillas sin querer retenerlas. Mi japonesa también me había enseñado que los sentimientos había que dejarlos salir, que no era bueno guardarse las cosas y que llorar no nos hacía menos fuertes. Nuestra sinceridad continuaba inquebrantable. Cada día me enamoraba de un detalle nuevo. Cada día investigaba una parte de su cuerpo hasta grabarla en mi retina. Cada día la amaba más y más, hasta tal punto que pensé que no era capaz de existir tanto amor en el mundo, y mucho menos en mi corazón.

No escuché que la verja se abría, ni tampoco los pasos sigilosos que llegaron a mí hasta colocarse detrás. Tan ensimismado estaba contemplando la tumba de Riley que no atisbé cómo se acercaba.

—A África —añadió, sentándose a mi lado. La miré sin pudor, y ella recogió con cariño aquellas gotas saladas—. Vamos a ir a África, Riley Fox. Que Ryan está allí y los animales en su hábitat son preciosos.

Volví mi atención a la tumba.

—Pues eso, amigo. A África dice que nos vamos, porque yo me he convertido en un calzonazos que no tengo ni voz ni voto. —Natsuki me golpeó el brazo de broma—. Sobre todo desde que tengo a Aleshka casi a mi cargo, y ahora a Ryan también. ¡Ellos lo deciden y así se hace! —me quejé de manera fingida mientras mi tigresa reía a mandíbula batiente.

—Eres muy tonto, Arcadiy Bravo Tanaka. —Dejó de reírse y añadió—: Pero que sepas que a Riley le parece bien nuestro destino.

Mostré un asombro descomunal al mismo tiempo que abría la boca y me quejaba con más ganas. Había admitido de verdad los dones de Natsuki, esos que algunos podían creerse o no. En ese instante sentí la corriente de aire, esa que ya era mi compañera de viaje y la que muchas veces me ayudaba a tomar decisiones importantes que nadie entendería. Porque sabía, en lo más profundo de mí, que Riley siempre estaría conmigo, hasta el día que me muriese.

—¡Me parece un insulto que te pongas de parte de alguien que no conoces apenas!

La japonesa rio más mientras yo le hablaba a la nada. Tiré de la mano de mi tigresa con una sonrisa en los labios y el corazón a mil por hora. Siempre que la tenía tan cerca era necesario sentirla, aunque solo fuese con un abrazo.

La coloqué a horcajadas sobre mí, atisbando que el cielo se cerraba más y más. Besé sus labios de manera casta, después lo hice en la frente, como de costumbre, y moví los dedos en círculos sobre sus caderas.

—Tengo que preguntarte algo que llevo unos días pensando.

Pareció dudar, y eso siempre era muy extraño en nosotros.

—¿Puede enterarse Riley? —inquirí con las cejas enarcadas.

Ella rio.

—Riley ha ido a pasear al ver cómo me has colocado. Esas cosas las respeta.

Tocó mi nariz con mimo, yo apreté sus nalgas con lascivia y la sonrisa permanente regresó a su bonito rostro.

—¿Y bien?

—Pues que... —titubeó. Aquello ocasionó que me separase de ella unos centímetros, los suficientes para darle espacio—. Es que he pensado que, a lo mejor, no sé si tú..., ahora que estamos sin altercados, ubicados en nuestras casas...

—Por favor, te suplico que me digas que no se viene nadie a vivir con nosotros —le dije de broma tratando de destensarla, pues sus hombros mostraron una rigidez inmediata—. Que somos muy escandalosos, Natsuki-chan, y tú te has vuelto una sinvergüenza.

—¡¡Arcadiy!! —Me golpeó el pecho de nuevo.

Sujeté sus muñecas con cariño, me las llevé a la boca y besé el dorso de ambas manos.

—Venga, ¿qué te tiene tan preocupada?

Se lanzó como una bala:

—¿Tú quieres ser padre? —Casi me desmayé, y pensé que quizá fue mi rostro blanquecino y el breve movimiento de mi cuerpo lo que la impulsó a correr en su explicación—: Me refiero a que si tú quieres formar una familia. No estoy embarazada ni nada de lo que estás pensando.

Solté el aire contenido, como si hubiese guardado una bombona entera en mis pulmones.

—Natsuki, por tus dioses y por los míos, no me des estos sustos, o no voy a llegar a conocer a mis hijos en la vida.

—Mi padre dijo que sí —añadió como si nada.

Puse los ojos en blanco, aunque sabía que el *miko* no se equivocaría. Me tomé la conversación muy en serio, dejando las bromas aparte, ahora que ya hablaba con normalidad:

—¿Tú quieres formar una familia, mi *riidaa*?

No comprendí su mirada, la cual no sabía si era de vergüenza o de duda.

—A mí... Sí, me gustaría —murmuró. Agachó su cabeza como si le diese reparo mencionarlo, o tal vez pensarlo.

Llevé la mano derecha a su mentón, tiré de él hacia arriba y aguanté la risa.

—Tú sabes que hay que cambiar pañales, hacer biberones y dar el pecho cada tres horas, limpiar mierdas gigantes de culos muy pequeños y esas cosas, ¿no?

—Lo pones muy feo —puntualizó.

—No sé yo —bromeé.

Ella negó con la cabeza.

—Bah, déjalo. Es una tontería, ya está. —Intentó levantarse de donde estaba, pero se lo impedí, así que preguntó—: ¿Nos vamos a casa?

No era una tontería. Si lo había mencionado, significaba algo, y quizá había llegado la hora de madurar un poco en ese aspecto si era lo que ella quería. Y, siendo sinceros, después de todos mis demonios, de mis monstruos del armario masacrados, ¿qué podría salir mal? Yo sería un padre de diez, de eso no me cabía la menor duda.

—Cuando volvamos de África, dejas los hierbajos —dictaminé.

—Arcadiy, que no. Que solo es...

La interrumpí:

—Si tiene que pasar, pasará... —Sus ojos brillaron—. Y si mi *riidaa* es lo que desea, yo solo estoy en este mundo para complacerla.

Hice una breve reverencia muy teatrera.

—Tendrás que aprender a tomarte las cosas en serio.

—¡Anda! Será que no lo hago —le dije con socarronería.

Se acercó a mí, me envolvió con sus brazos y metí la cabeza en su cuello, aspirando ese aroma místico que ahora me despertaba todas las mañanas entre besos y arrumacos que siempre deseé. Porque yo había querido enamorarme, y la vida me lo había puesto fácil al encontrarla.

—Gracias por aparecer. En esta vida y en todas —musitó sin soltarme.

Besé su cabello, busqué su frente y repetí la acción, para después mirar sus ojos pardos, felices y tan hermosos que en cualquier momento explotaría por lo que sentía en mi pecho a todas horas.

—Te amaré en esta vida y en todas, mi *riidaa*.

Fin

Agradecimientos

En esta ocasión no voy a extenderme en exceso, pues mis agradecimientos siempre van para las mismas personas, ya que son las que me acompañan día a día, de manera incansable. Cabe destacar que mi familia es primordial en esta faceta: mi madre, Mercedes, mi hermana, Patricia, y mi marido, Luis. Por supuesto mi editorial, Entre Libros, y todo el equipo invencible que trabaja dentro de ella.

En conjunto, también me gustaría agradecérselo a mis principales amistades, las cuales puedo decir que cuento con los dedos de las manos: Sara Maher, Steffany Kennels y Carmen Delgado. No hay nada más maravilloso que teneros cerca siempre.

A las que sí voy a agradecerles de todo corazón la confianza depositada en cada una de mis historias son a mis lectoras cero, también denominadas mi *famigghia*, la que se encuentra, no la que te toca, porque esta es la más importante en la vida. Gracias, villanas mías, por estar las primeras, por los audios interminables, por las emociones, por las capturas, por los momentos de tensión, por el apoyo sin límites que siempre me mostráis. Por mil años en mi equipo.

A Beatriz Jiménez, por tener luz propia, por ser Pepito Grillo y por no dejarme caer. Sobran las palabras de todo lo que te diga, porque las muestras que tenemos a diario son suficientes para saber que lo que se plasme aquí se queda corto. Gracias por aparecer un día cualquiera y decidir que lo mejor era confiar en una zumbada como yo. Te quiero, *mika* legendaria.

A Lola Pascual, por brillar en los momentos más sombríos, por convivir conmigo, con ellos, por ser mi mafiosa más intensa y por dejarme conocerte cada día un poquito más. Eres una mujer invencible, y muchas personas deberían seguir el ejemplo de una fiera samurái como tú. Te quiero en esta y en todas nuestras vidas en las que nos encontremos.

A mi Noelia Medina, porque sin ti yo no sé vivir. Porque juntas envejecemos. Juntas vivimos miles de experiencias bonitas, locas y únicas. Porque de la mano conseguimos nuestros sueños y sabemos campear los temporales, pero juntas. Siempre juntas. Te quiero, mi ser de luz, mi alma gemela y mi compañera de vida.

Gracias a todos mis provocadorxs y villanxs que se han sumado al carro. Sois tan especiales que no puedo estaros más agradecida por hacer que mis libros brillen con tanta fuerza que se vean en el firmamento.

Se os quiere.

Agradecimientos infinitos

Un gracias enorme a todxs los villanxs que forman parte de esta aventura. Sois increíbles.

Rocio Perez, Yashairaivonn, Lady Books 7, Linda Salazar, Claudia Folegotto, Daysi Perez, Alenny, Vero @chicabookblogger, Mireia @thealicebooks, Silvyarodado @lapasiondemon,@21_abril_21 , Lluva, María Marqués, Eva Blanca, Ana Valdés, Ana Blanca, María José, Miriam Villalobos, Aroa López, Sonia Gálvez, Cristina Bermejo, Mcac, Sharlor, Julissa Molinares N, Noelia marinero, Arlen Oviedo, Ana Mejido, Lionela23, Almudena López, Ainhoa Latasa, M Lourdes Andrés García, Patry Dávila, Ascensión Sánchez, Patri R, Ana Zamora, Isabel Romero, Silvia Grande, Marta Rufino, Antonias Literarias, Iría Knight, Pat, Génesis Rodríguez, Celeste Rubio, Erikar292, Ella Mía Mar, Prii Sobera, Lorena García, María Vargas, María Abellán Cañestro, Mónica Fernández, Ángela Halcón, Jessica Gelabert, Iriana Lara, Moni, Fátima Enrique Delgado (paragustoslibros), Sofía Tapia,Nuria González, Vanessa Cledera, Rebeca Manzano Almerana (@rebk_manal), Jessi Louzao, Mari Hoyos, Paola Valentina Guerra, Pequitas Bella, Nandithiaguete, Cristina Iguiño, Aroa Menacho, Aránzazu Sánchez de @el_baul_de_los_colores, Melani Menacho, Sandra Besada, Irene González López, Chari García, Brenda María González Valverde Rico, Bego Sánchez, Anitxu Mosteiro, Elena Castro, Alicia Pigner, Maranela Saltos, Alicia Badia, Mabi Morelos, Meli And, Vicky Martin, Chairmaine Sanabria, Dulcibet Benavides, Rhoda Ann León, @lelescoca, Raquel RocBel, Ysmar, Angélica Blanco Gil, Constanza Vasquez M., Diana Ferrera, Rox Parraguirre, Cindy Martínez, Rocío Martínez Caballero, Vanesa Barbero, Raquel Morante, Cynthia Fernández, Beahiguera, Carla Cornejo, Mitad Izquierda, Adri Román, Argiñe de Trespuentes, Maiky Barreto González, Verónica Bolaños, Alba Carrusca, Gemma Pastor Mateo, Miriam Hernández, Cristina Pastor, Ana Lore, María Enrique Delgado, Teresa Meler, Manuela Dabe, @carolinesarai, Lorena Carrasco García, Susana Navarro, Ariday Santos, María José Rodríguez, Marga Ferrer Mayo, Yuliana M. Rodríguez, Francia Segovia, Merche Cortes, Alejandra, Josefina García, Veigaselisa, Gema @gema73, Laura Ponce, Montmireía, Susana Viola de Rosario Argentina, Alejandra Cavazos, Lluna, Andrea Ascensión Guerrero, Ana Abellán Cañestro, Lauraalaar, Beatriz Zamora Pérez, Claudia Marro, Arianyely Subero, Janeth

Lazcano, Yessica Alejandri, Pilar Escamochero Rodríguez, Nuria Daza, Yoli Robles, Carolina Domínguez, Mari Arteaga, Mar Chinchilla, Miriam Cid, Esme Barrera, Mel V. Novoa, Maite Echevarria, Erandy R, Laura Castro, Alicia Cecilio, Sara Roige, Andrea Rosado Narváez, Estívaliz Marco Lobo, Rebeca Castillo, Elena Roda, Silvia Ocaña Villanueva, Toño Fuentes, Newinbookstagram, Marta Daniela Portillo, Kattherín Loaiza, Desireé Naranjo, Marisa García, Consue García, Beatriz Jiménez, Mila González, @elianbooks6, Carla Paniagua A, Lina Martínez, Eclairmontserrat, Keka Sariego, Soledad Botella, Elena Bandera, Lorena Alonso, Rocío Vera, Montse Carrillo, Juanimur, Aye Reynozo, África Pastor, María José, Jorvick Polo, Aye Reynozo, Marisa Gallén, Carmen Sánchez, Ariadna Martin, Silvia Garaz, Eva maría Pinto, Inés Ruíz, Francís Vargas, Mary Solzelher, Arantxa Vilches, Beatriz Martin de oliva, Paramarín85, María JT. Txiki, Nahya Mcgibbs, Tania Negrín, Katherine Jiménez, Isa Vilches, Yolanda Bandera, Sofa_manta_libros, Gloria Morales, Lola Araque Izquierdo, Sonia García Lobo, Raquel Meritxell, @costafajardoelisabeth, Hilda Josefina García, María José Quiles, Aniibook, Mariana Roldan, Estibaliz Molina, Juana Ramírez, Wane Duran, Susana Guerrero, Sofía Ponce de León, Susana Pérez, Graciela Salas, Mayra Salvador, Betina Adam, Mily Miranda, Estefanía L. Carricarte, Victoria Puchetta, Selena Castillo, Fati Reimundez, Rosamary Tenza, Jennis A.Ureña Román, Rosi, Mariana Muñoz, Paulina Flores, Julieta Díaz, May Zimmerman, Mariana Casas, Mmarvettones, María José L. Mullor, Uni13, Noelia Marchante Lidón, Adriana Cruz Fieles, Mónica Cruz Fieles, Beita Díz, Jacqueline, Grabawski, Mari Carmen Verd ,Miriam Padilla Rabaneda, Gery, Angela.lectoravoraz, Rebeca, María Horcajada, Lourdes Romero, Noelia Gómez Sánchez, Jessica Cerdá, Niyireth Urea, Elisenda Fuentes Juan, Mari Carmen Peinado Ferrer, Begoña Troitiño, Bella Clark, Helen García, Fati Reímundez Álvarez, Carmen Mar Baena Ortiz, Dephine Triedo de Richoufftz, Ruby Navas, Angela Ruminot Araneda, Susana Martínez Peláez, Marta Sancha Herrera, Nines Rodríguez Guerra, María del Mar López Sánchez, Paqui Ceballos Zamora, Helen Helen Helen, Vanessa Santana, Marta Escalada, Elena Gaspar Alcalá, Gabriela Rodelo, Mónica Prats, Rebeca Manal, Caroline Sarai Cabrera Meneses, Monni Montes, Gemma Molina Benítez, Mari Trini Enguix García, Sandra Moly, Ana María Gomez, Yolanda Hombrebueno, Marisol Rodríguez Valero, Priscilla Santana, Reyes Gil, Mushu Juanana Tarmelán Lake Cullen, Pili Palomares, JMary Jurado Nieto, Enri García Gómez, Sandra Ripoll Clemente, Alba HV, Tere Lorente, Yazmin Lee, Lucre Arrías, Miriam Cordero, Virginia Becerra Macias, Maribette Oliveras, Yashaira Ivonn Garza Delgado, Elena Escobar Llorente,

Viviana Pinedo Rojas, Elvira Chumillas, Silvita Rocino, Vanessa Sotos García, Laura Larra, Sandra Sotos, Raquel Guerrero, Almudena López, Mary García García, María Vils Barberán, Aurora Mañez Paredes, Carmen Jiménez, Gabriela Cartagena, Macarena Moreno Ardite, Rosario Esther Torcuato Benavente, Tamara Cabello, Mitad Izquierda, Beatriz Maldonado Perona, Martí Petri, Lidia Madueño, Elena Blanco, M.ª José Sánchez, Silvia EV, Mica Martínez, Diana Palafoxx, Mariana Muñoz, Yolanda Martínez Antón, Yesica Barrera Marín, Gasteiz Paz, Ceci Bonilla, Mizar Bones, Olga LB, Rocío Navarro Montoya, Patricia Cortes Bermúdez, Marifeli Guevara, Isabel Sepulveda Sepulveda, Noelia Camacho, Mari Trini Soler Gil, Esther Cayuela Rodríguez, Marialina Lores Cisneros, Arianna Mato Álvarez.

Angy Skay

Tu opinión nos importa

Llegados a este punto nos gustaría pedirte que, si puedes y lo deseas, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma para contarnos tus impresiones. Gracias a eso podremos mejorar y ayudarás a muchos autores.

Tu opinión sí nos importa.

Muchísimas gracias.

Entre Libros Editorial

Biografía de la autora

Angy Skay, Valladolid de 1990.

Reside en Almería con su bonita familia desde hace más de treinta años. Comenzó su carrera en 2014, y en la actualidad tiene publicadas más de una veintena de novelas donde el romance, la comedia, el *thriller* y los villanos son su devoción. La perseverancia y el esfuerzo de la autora son un claro ejemplo de que los sueños pueden cumplirse.

Esta soñadora nata, apasionada por conocer mundo, amante de los animales y cinéfila del terror es trabajadora en el mundo literario y tiene un Máster en Edición y Gestión Editorial con la Universidad de Valencia y el Grupo Planeta. También realizó su formación como guionista, dada la pasión que desencadenó el mundo del cine en su vida. Una de sus finalidades es nunca callar las voces de sus personajes, pues cree que el mundo debe conocerlos.

Notas

[←1]

Zapatos tradionales japoneses.

[←2] Traducción del italiano: muchacha.

[←3]

Traducción del italiano: familia.

[←4]

Traducción del japonés: familia.

[←5]

Traducción del italiano: bien.

[←6]

Traducción del italiano: amigo.

[←7]

Traducción del italiano: mi familia.

[←8]

Traducción del italiano: mierda.

[←9]

Personaje ficticio de la saga Star Wars.

[←10]

Punta de la catana.

[←11]

Traducción del japonés: hermana pequeña.

[←12] Novela de la serie Solo por ti, de Angy Skay.